TESTIMONIO DE DOS GUERRAS

MANUEL TAGÜEÑA LACORTE

El autor fue dirigente de la Federación Universitaria Escolar, de Madrid, antes de la Guerra Civil de 1936-1939. Durante la contienda mandó Compañía, Batallón, Brigada, División y finalmente el XV Cuerpo del Ejército de la República. Tenía 24 años cuando en la batalla más importante de la guerra, "La Batalla del Ebro", tuvo 70,000 hombres bajo sus órdenes.

Fue a la URSS a estudiar en la Academia Frunze, la Escuela Superior del Ejército Rojo, y allí le sorprendió la Segunda Guerra Mundial, en la que participó preparando oficiales y mandos. También fue consejero del Ejército Yugoslavo.

Universitario, tenía los títulos de Licenciado en Ciencias Físico-Matemáticas y en Medicina, y el doctorado en Física.

Nació en Madrid en 1913. Murió en México en 1971.

EDICIONES OASIS, S. A.

Manuel Tagüeña Lacorte

TESTIMONIO DE DOS GUERRAS



EDICIONES OASIS, S. A.
MEXICO

Primera edición, 1973

Oaxaca 28 - México 7, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

PROLOGO - DEDICATORIA

Indudablemente cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá lograrlo. Pero su tarea es quizá mayor: evitar que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida, en la que se mezclan las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas; en la que poderes mediocres, que pueden hoy destruirlo todo, no saben convencer; en que la inteligencia se humilla hasta ponerse al servicio del odio y de la opresión; esa generación, ha debido en sí misma y en su alrededor, restaurar, partiendo de sus amargas inquietudes, un poco de lo que constituye la dignidad de vivir y de morir.

A. Camus. (De su discurso al recibir el premio Nobel.)

Tardé mucho en decidirme a escribir, hasta que me convencí de que era un deber el hacerlo; de modo que cuando este libro salga a la luz se refiere ya a acontecimientos históricos. Ha perdido así carácter polémico, pero ha ganado en objetividad; aunque no deje de ser el relato parcial de

un testigo que expone sus puntos de vista y sus experiencias particulares.

Si lo hubiera redactado apresuradamente cuando sobrevolé la Cortina de Hierro, hubiera volcado en él demasiadas amarguras y desilusiones. Ahora, transcurridos varios años, puede dar una versión más serena y menos apasionada. Sin embargo, no estando encasilladas en ningún bando, mis opiniones disgustarán, por motivos diversos y hasta idénticos a los que se creen poseedores de las diferentes "verdades absolutas", de los que se disputan el control de la humanidad.

No pretendo convencer a nadie, sólo quiero proporcionar datos que puedan servir de material a los que sin prejuicios, traten de comprender la época agitada de guerras y revoluciones en que mi generación se ha debatido. Escogí para mi narración una forma autobiográfica, no por considerar importante mi persona, sino porque a través de las vicisitudes que he corrido, se reflejan bien las circunstancias azarosas que me han rodeado y de las cuales soy, casi por azar, superviviente.

He revisado el manuscrito con mucho cuidado tratando de presentar personas, hechos y comentarios, en forma concisa, sin recurrir a calificaciones exageradas u ofensivas. He eliminado también indicaciones que puedan comprometer a los que todavía viven bajo regímenes dictatoriales, y he procurado no descubrir secretos que alguna vez me fueron confiados, salvo que ya sean del dominio público o que carezcan de importancia en la actualidad.

Finalmente, quisiera dedicar este libro a todos aquellos que en la trágica disyuntiva de la primera mitad del siglo XX, supieron vivir y morir dignamente.

Ciudad de México, diciembre de 1970.

CAPITULO I

LA CAIDA DE LA MONARQUIA Y LA SEGUNDA REPUBLICA ESPAÑOLA

Nací en Madrid en 1913, pero toda mi familia era aragonesa. Mi padre era topógrafo del Instituto Geográfico y mi madre, maestra nacional. Entre mis tíos carnales hubo un notario, un médico, un jefe de taller de fábrica de vidrio, un ayudante de montes y dos comerciantes. Los demás, la mayoría, fueron maestros. Mi familia era una auténtica representación de la clase media española. Al crecer, nada a mi alrededor me empujaba a interesarme en la política. A mis padres nunca les oí ni un solo comentario en ese sentido, vivían entregados a su trabajo y a la educación de sus tres hijos, de los cuales yo era el mayor.

Fueron mis abuelos, representantes de otra generación y de una época más inquieta, los que sembraron en mi alma infantil cierta curiosidad por el pasado y el presente de mi patria. En sus narraciones y recuerdos, aparecían siempre los consabidos dos bandos opuestos. Las tradiciones familiares eran, sin embargo, contradictorias. Mi abuelo paterno, que murió siendo yo muy niño, fue republicano y miembro de la Milicia Nacional y debió haber participado en episodios revolucionarios; pero las historias que me contaba mi abuela materna eran más precisas e impresionantes. Las oí muchas veces y nunca me cansaba de escucharlas. Me fascinaban las aventuras de su padre, mi bisabuelo, Fermín Paraíso, primero seminarista, luego general de Don Carlos en la primera guerra civil. El momento más emocionante era la escena de su frustado fusilamiento, al ser prisionero. Ya delante del pelotón de ejecución, se salvó tirando su guerrera nueva a la

cara del oficial liberal que se acercó a quitársela. Aprovechó el desconcierto y la poca luz, pues atardecía, para tirarse a un profundo barranco, de donde por la noche bastante herido, fue sacado por unos campesinos, que le facilitaron la evasión a Francia. Allí le sorprendió el abrazo de Vergara, que no quiso aceptar y pasó el resto de su vida de maestro en Alquézar, pueblecito de la provincia de Huesca. Muy viejo ya, alcanzó a ver a dos de sus hijos ocupando su lugar en el ejército del Pretendiente en la última sublevación carlista. Uno de ellos fue capitán ayudante del general Dorregaray.

En cambio, su tercer hijo no tenía aficiones militares y y se dedicó a otras actividades. Este fue Basilio Paraíso, financiero e industrial, quien en los años de la Restauración participó con Joaquín Costa en el movimiento de Unión Nacional, y siempre mantuvo opiniones republicanas. Este tío abuelo me inspiraba en la infancia el más profundo respeto, por su aspecto venerable con su barbita blanca puntiaguda y por la veneración con que toda la familia lo rodeaba. Falleció en 1930 antes de la instauración de la Segunda República.

Más modestos, pero no menos atrayentes, eran los relatos de mi abuelo materno. Fue campesino y sastre en Campo, pueblecito del Alto Aragón, pero sus relatos siempre eran bélicos. Como correo del cura Santa Cruz, famoso caudillo de la última guerra carlista, había llevado a Navarra y Lérida sus mensajes y órdenes. Me contaba con detalle emboscadas, sorpresas, la toma de la Seo de Urgel y varias proezas del célebre guerrillero. Al llegar la paz se casó con mi abuela y se fueron a vivir a Zaragoza, allí trabajó, hasta su jubilación, como obrero en el taller de biselado de "La Veneciana", la fábrica de vidrio de su cuñado don Basilio.

Aun siendo mis antecedentes familiares tan dispares y opuestos, como eran el carlismo y el republicanismo, tenían sin embargo algo en común que atraía mi simpatía: ser posiciones extremas y bien definidas. Me produjo gran impresión un viejo soldado carlista, guardián de una ermita en Alcañiz. En su habitación vi colgada una medalla en agradecimiento a los servicios prestados "a Dios, a la Patria y al Rey". A mi pregunta sobre los

motivos que lo llevaron al ejército rebelde, me contestó que en su juventud, decentemente, se podía ser carlista o liberal, pero quedarse al margen de la lucha era una cobardía. Aquello me convenció. Tenía yo entonces 11 o 12 años y cuando volví a Madrid de mis vacaciones, expliqué a todo el que quiso oírme, que era carlista, y no me afectaba en nada la expresión de sorpresa con que en mi casa escogían mis incipientes "opiniones" políticas.

La educación que recibí fuera de la familia influyó mucho en mis actividades posteriores. Después de un año en una escuela particular, estuve cuatro en una primaria del Estado. En el Madrid de entonces, cuando comenzaban a construirse grandes grupos escolares, según los últimos adelantos pedagógicos, seguían existiendo escuelas unitarias de tipo pueblerino con una sola aula y un solo profesor, donde se sentaban alumnos de seis a catorce años. Había en la calle Núñez de Arce dos de estas escuelas, una la regenteaba mi madre y otra de niños, a la que yo asistía mezclado con 50 ó 60 muchachos humildes del barrio. Mi maestro, don Quintín, veterano de la enseñanza, ya próximo a la jubilación, y siempre enfermo, gastaba con nosotros sus últimas energías en su difícil labor.

A los diez años pasé el examen de ingreso y comencé a estudiar el bachillerato en el colegio de los Hermanos Maristas, de la calle de los Madrazo. Guardo buen recuerdo de aquellos tiempos y de mis compañeros. Allí recibí instrucción religiosa y era creyente con verdadera fe. Mi aprovechamiento fue siempre bueno, mi conducta regular; aunque nunca fui indisciplinado, tenía mucho amor propio y a menudo chocaba con los profesores.

Desarrollé una gran afición a la lectura, no hubo libro de la bien nutrida y seleccionada biblioteca del colegio que no pasara por mis manos. Muchas de estas obras estaban dedicadas a ensalzar las pasadas glorias militares españolas, naturalmente sin hacer alusión a la decadencia del país ni a ninguno de los problemas que nos rodeaban. Otras se referían a los combatientes de la fe cristiana en todos los países y en todos los tiempos, desde el Imperio Romano, hasta el siglo XIX pasando por la Revolución Francesa. Había además muchas novelas de aventuras. La

mayoría de esos libros, aparentemente distintos, tenían mucho en común. En todos aparecía la lucha del hombre por ideales, lucha generalmente armada y frente a dificultades múltiples, que se vencían con toda clase de sacrificios. Tenían algo realmente positivo: aun estando dispuestos a todo, los héroes eran fieles a normas éticas y morales, a ese conjunto de virtudes humanas que luego tantas veces he visto pisotear y desconocer, pero que sigo creyendo deben formar la conciencia de todo hombre de verdad.

De todo ese conjunto de influencias de mis maestros y de mis lecturas, iba surgiendo mi mentalidad. A los 16 años consideraba que sólo entregado a una causa noble tenía sentido la vida. El problema consistía en encontrarla, pues de todos los personajes que hubiera querido imitar, me atraía más su manera de vivir, que el propio contenido arcaico de sus vidas. En definitiva, debo agradecer a aquellos años de mi primera formación el que me inculcaran principios y sentimientos firmes.

Sin embargo, mi bagaje era bien limitado para afrontar la realidad. Cuando, terminados los años de colegio, tuve que encararme con ella, encontré algo muy distinto de lo que pensaba. El mundo estaba muy lejos de marchar conforme a mis ideales. Abundaba el egoísmo y la indiferencia ante la suerte de sus semejantes, entre las figuras visibles del catolicismo en el que había sido educado. Era inevitable que buscase algo nuevo con todo el entusiasmo de mi juventud. No podía resignarme a cruzarme de brazos, al contrario, creí justo recurrir a la violencia para transformar el mundo. Todo me empujaba a convertirme en revolucionario intransigente, lo del matiz ya dependía menos de mí y más de las circunstancias.

Cursaba el último año de bachillerato cuando se acercaba el final de la "dictadura", bonachona y paternal, del general Primo de Rivera. No podía dejar de percibir su impopularidad y el descontento creciente que se extendía en todo el país. Es cierto que al lado de los regímenes sanguinarios que hemos visto después por el mundo, la situación de España en aquellos años no tenía nada de terrible. Públicamente se hacía mofa del dictador y los chistes corrían de boca en boca, los repetía mi padre a

pesar de su apoliticismo. La opinión española se radicalizaba, y en este ambiente se esfumó mi carlismo de la infancia.

El movimiento estudiantil liberal me atraía irresistiblemente. En el colegio era delegado de los estudiantes católicos, pero en lo profundo de mi conciencia nacían inquietudes que no me atrevía a formular. Un día presencié una manifestación de estudiantes que alborotaban frente al domicilio de Primo de Rivera, situado en la misma calle de los Madrazo. Aunque nuestro profesor, el hermano Clemente, mandó cerrar las persianas, seguimos oyendo largo rato el estruendo de los manifestantes y las cargas de la policía. Yo sentía dentro de mi un nerviosismo extraño, hubiera querido estar dentro del tumulto, pero permanecía quieto. El ruido fue aminorando, renació la calma y todos nos levantamos para marchar a casa. Se cruzó entonces mi mirada con la del maestro: algo vio en mis ojos, y me mandó sentar. Los demás salieron y, frente a frente, largo rato, quedamos él y yo sin pronunciar palabra. Cuando me creyó calmado, con una seña me dejó ir. Siempre me pregunté cómo pudo leer en mi pensamiento algo que yo creí disimular tan bien.

En junio de 1929, terminé el bachillerato de Ciencias. En el otoño ingresé en la Universidad Central para estudiar ciencias físico-matemáticas. En el viejo edificio de la calle San Bernardo me encontré con un medio muy diferente al de mi colegio. El ambiente de mi casa también había cambiado debido a las desgracias familiares que nos abrumaron. Mi padre había muerto, casi repentinamente, a principios de 1927 y poco después, se le manifestó a mi hermano Luis una afección cardiaca, que hoy se opera con facilidad, pero que entonces era una condena a muerte. Esperando este desenlace vivíamos con la angustia de ver desmoronarse, día a día, la resistencia física de mi hermano. Debido a esto, no es extraño que entonces fuera yo un joven tímido y poco sociable, a pesar de lo cual, bastaron dos meses para que abandonara a los estudiantes católicos y me inscribiera en la asociación profesional de mi facultad que pertenecía a la FUE (Federación Universitaria Escolar), organización que claramente se oponía al régimen. Al mismo tiempo, me uní a los compañeros de ideas izquierdistas procedentes del Instituto Escuela y de los cen-

tros oficiales de enseñanza. Pronto nos declaramos en huelga y casi todas las universidades del país fueron clausuradas.

El 28 de enero de 1930, el rey Alfonso XIII destituyó a Primo de Rivera, que al poco tiempo falleció en París. Nombró en su lugar al general Berenguer, para salvar lo que ya no tenía salvación alguna. Volvieron a abrirse las universidades y el movimiento de oposición a la dictadura tomó entonces un carácter abiertamente antimonárquico. Había una gran espontaneidad y sin profundizar mucho, veíamos en la República la solución de todos los problemas de España. Se conspiraba por todas partes. Los republicanos estaban en tratos con los socialistas para un pacto de acción común. Políticos completamente desconocidos hasta entonces, como Manuel Azaña, secretario del Ateneo de Madrid, empezaban a figurar al lado de antiguos monárquicos como Alcalá Zamora y Sánchez Guerra, a la cabeza de la oposición.

Por extraño que parezca, la labor de los dirigentes republicanos durante el año 1930, fue frenar las manifestaciones y demostraciones de descontento, para dar tiempo a la sublevación militar que, fiel a las tradiciones anacrónicas del siglo XIX, había de traernos la República con un pronunciamiento. Los sindicatos obreros de la Unión General de Trabajadores (UGT), dirigidos por los socialistas, que habían mantenido su legalidad durante la Dictadura, y participado incluso en organismos oficiales, veían renacer frente a ellos a los sindicatos anarquistas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), que no tardarían en agrupar enormes masas obreras. Aparecía un nuevo elemento perturbador, pero que entonces, pese a su "apoliticismo", se mostró dispuesto a participar, a su manera, en la transformación que se avecinaba del régimen político de España.

Asistí con entusiasmo a la gran manifestación con que los estudiantes de Madrid recibimos al fundador de la FUE, Antonio María Sbert, que tantos disgustos había dado al general Primo de Rivera. Era una muchedumbre sin fin la que se agolpaba al final de la calle de San Bernardo, camino del Paraninfo de la Universidad, donde culminó el homenaje. Con dificultad me fui abriendo paso hasta llegar cerca de Sbert y de sus acompañantes. Estos nos pedían que no diésemos vivas a la República, que guardáramos el orden y evitáramos que interviniera la policía.

Más tarde, en vísperas del primero de mayo, le hicimos un recibimiento semejante a Unamuno que llegaba invitado para participar en la Fiesta del Trabajo.

Esperábamos la orden de volver a empezar las huelgas, pero sólo llegaban recomendaciones de calma. A pesar de esto, el curso no acabó normalmente. No sé si llegaron instrucciones en ese sentido o se nos acabó la paciencia, pero un día volvieron a bullir los pasillos universitarios y, por primera vez se vitoreó a la República y se dieron mueras al rey. Un grupo se lanzó al Paraninfo y poco después, en medio del jaleo, se oía el estruendo que producía el busto de bronce de Alfonso XIII, que arrancado de su pedestal era arrastrado por los pasillos y luego, rompiendo los escalones de mármol, subido hasta la rectoría, con el propósito de arrojarlo desde el balcón a la calle. Allí nos hizo frente un pequeño número de monárquicos, con los hermanos Miralles al frente, y comenzó la refriega. En el pequeño vestíbulo del despacho del rector, me encontré por primera vez en la primera fila de la contienda, que por cierto fue más verbal que física; muchos gritos y algunos puñetazos. Ellos eran valientes, oponiéndose a una gran masa. Nosotros no éramos capaces de abusar de nuestra fuerza material, y hasta nos daba lástima verlos empeñados en defender una causa perdida. Todavía no habíamos aprendido a odiar. Ese mismo día se cerró otra vez la Universidad. Dos compañeros míos: Luis Martínez-Sancho Simarro y Luis Tapia Bolívar fueron acusados de lesa majestad, por la intervención directa en la destrucción del busto, y tuvieron que marchar al extranjero.

Me recluí en mi casa, para preparar los exámenes próximos, que se presentaban difíciles, y a cuidar de mi hermano, cuya enfermedad se había agravado tanto, que el 11 de mayo tuvo un fatal desenlace. Su muerte me impresionó mucho y acentuó los rasgos de mi carácter. Me hice menos sociable y más retraído para todo lo que no fuera la política y mis estudios.

Los centros docentes abrieron sus puertas para examinarnos; muchos ni se presentaron, pero yo lo hice y conseguí en todas las pruebas matrícula de honor. Esto me afirmó en que no debía interrumpir mi carrera en ningún caso.

El verano de 1930 lo pasé en los Pirineos Catalanes, en Alp, pueblecito de la Cerdaña cerca de Puigcerdá, donde tenían una casa mis tíos José Xandri y Encarnación Tagüeña, los dos directores de grupos escolares de Madrid. Su único hijo, casi de mi edad, congeniaba muy bien conmigo y juntos pasamos muchas vacaciones agradables.

En octubre comenzó el nuevo curso. Los primeros dos meses fueron de completa calma. Los dirigentes republicanos y socialistas, que habían firmado el 17 de agosto el pacto de San Sebastián, no querían que desórdenes estudiantiles pudieran frustrar el inminente levantamiento militar. Yo era vocal de la directiva de la FUE de Ciencias, y había dejado de visitar mi antiguo colegio desde que el hermano Clemente hirió mi ardor republicano, al elogiar al doctor Albiñana, caudillo de un grupo de choque monárquico, que inició actos de violencia contra los republicanos sacando a la luz las pistolas, aunque todavía no llegaron a dispararse.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Varios intelectuales de gran valía, como Marañón, Ortega y Gasset y Pérez de Ayala se pronunciaron contra la Monarquía. Los mítines organizados por los republicanos y socialistas en la capital, cada vez estaban más concurridos. El primero tuvo lugar en el Cine Europa de Cuatro Caminos. Los albiñanistas trataron de interrumpirlo, dando lugar a un duelo a bastonazos entre el propio doctor Albiñana e Indalecio Prieto, mientras yo a su lado atacaba a otro de los asaltantes. Sin darnos cuenta nos habíamos quedado completamente solos en las primeras filas del patio de butacas. El segundo mitin se celebró el domingo 28 de septiembre, en la Plaza de Toros, donde destacó la oratoria florida de Alcalá Zamora y el orden absoluto de la gran muchedumbre.

De la manera más sencilla e imprevista me vi comprometido en la revolución que se fraguaba. Regresaba un día de la Universidad con varios compañeros, entre ellos el presidente de la FUE de Ciencias, Eligio de Mateo y Sousa, pariente de Azaña, hablando de la situación y de los choques con la fuerza pública el 14 de noviembre con motivo del entierro de unos obreros, muertos al hundirse una casa en construcción en la calle de Alonso Cano. A mí se me ocurrió decir que se debía recurrir a todo

para traer la República. Eligio se puso serio y me preguntó si podía contar conmigo. Al contestar afirmativamente, me citó sin explicaciones para que fuera después de comer al Ateneo de Madrid. Empezaba para mí, a los 17 años, una emocionante aventura.

La emoción no se redujo a las primeras horas de espera, ni cesó cuando supe el motivo de la cita, sino que continuó durante muchos días en los que me encontré en un mundo de fantasía. El Ateneo era el centro principal de la lucha antimonárquica. En sus salas de tertulia, Unamuno, Valle Inclán y tantas otras figuras, reunían a su alrededor a gran parte de los que entonces destacaban en la vida intelectual española. Pero en las Secretarías y despachos, había otro tipo de reuniones, más serias, donde se unían los hilos de la conspiración.

Eligio organizaba una guardia de protección, donde quedé encuadrado aquel mismo día. Me dieron un recibo que me acreditaba como socio y una pistola automática, indicándome el escondite, entre los libros de la Biblioteca, para guardarla al marcharme, y recogerla al volver al día siguiente. Me presentaron a los demás guardianes y recibí instrucciones. Hacía unos días que los voluntarios de Albiñana habían asaltado el local y preparábamos una respuesta adecuada por si volvían a repetir el intento, pero no lo hicieron. Allí pasé todas las tardes durante casi un mes. Me distraía curioseando por las salas y escuchando las conferencias.

Se acercaba el pronunciamiento republicano de diciembre de 1930. Oficiales comprometidos preparaban la sublevación de algunas unidades del ejército. Yo observaba que cada vez eran más frecuentes las reuniones y los conciliábulos. Comenzó la organización de las milicias republicanas y Eligio, que estaba al frente de una compañía, me designó jefe de grupo. Había comenzado también mi carrera militar.

Por aquellos días solicité mi ingreso en el Partido Federal, y aunque no tuve en él la menor actividad, visité varias veces su local, impregnado de las tradiciones republicanas. Allí, en una vitrina, ví por primera vez la bandera tricolor de los federales, roja, amarilla y morada. Esto me permitió ser uno de los pocos que la reconocieron, cuando apareció por las calles de Madrid al

proclamarse la Segunda República. Sin embargo esta bandera no fue la de la Primera República, que fue centralista y conservó la roja y gualda tradicional, sino la de los cantonales sublevados contra ella, en Cartagena y otros lugares.

El 12 de diciembre algunos de los habituales del Ateneo desaparecieron y con ellos casi todos los miembros de la guardia. Ya avanzada la tarde, me tocó a mí estar apostado en un pequeño vestíbulo delante del despacho de Azaña. Allí, fui testigo de gran agitación y nerviosismo. El comité revolucionario daba órdenes de insurrección. Todo era entrar y salir de infinidad de personas que recibían indicaciones u órdenes del futuro presidente del Consejo de Ministros. A la mañana siguiente por el contrario, las salas estaban casi vacías y sólo alguno que otro despistado como yo, apareció por allí. Una muchacha lloraba en silencio en un rincón. Por ella supe que su novio, junto con un grupo, había salido con rumbo desconocido en un autobús. Con ellos se marchó Eligio, el cual más tarde me explicó que no había habido sitio para mí. Por lo que pudiera suceder, todo el mundo se alejaba del Ateneo y nadie pensaba en tertulias. Comprendí que era lo más inteligente y me fui también a mi casa.

Había recibido instrucciones de esperar y mi única información fueron los periódicos. Al amanecer del viernes 12 de diciembre, dos oficiales sublevaron la guarnición de Jaca y proclamaron la República. Luego, con mucho retraso, salió una columna hacia Huesca, pero en el camino se encontraron con fuerzas leales al gobierno y tras un corto combate, los republicanos se dispersaron. Al parecer, los militares de Jaca se habían adelantado al movimiento general comprometiéndolo. Sin embargo, luego se afirmó que no les llegó a tiempo la contraorden de retrasar tres días la insurrección. Los consejos de guerra empezaron a funcionar y se extendieron el desconcierto y la incertidumbre. En la Universidad se suspendieron las clases el sábado, adelantando las vacaciones de Navidad.

Eligio había vuelto a Madrid y el domingo 14 de diciembre, movilizamos nuestra compañía de milicia. No todos los comprometidos aparecieron, pero pudimos avisar a la mayoría. Al amanecer del lunes debíamos apoderarnos del Cuartel de la Montaña.

El plan era muy simple, nos abrirían las puertas los oficiales republicanos, otros cuarteles secundarían al movimiento y una huelga general paralizaría la capital.

Aquello sí que iba en serio para mí. No pude dormir en toda la noche. A mi madre la tranquilicé con la excusa de que debía entregar unos apuntes a un compañero de estudios que marchaba a su pueblo. Salí de casa al amanecer, hacía frío y la ciudad parecía vacía. A mí me obsesionaba el bulto de la pistola que me había dado Eligio. Vivía yo en la calle de las Huertas frente a la del Príncipe, y lo primero que ví al llegar a la Puerta del Sol fue circular los tranvías. No habría pues huelga general. Maldije a los socialistas de la Casa del Pueblo. Compré la Hoja Oficial del Lunes y leí, con horror, que los capitantes Galán y García Hernández, sublevados de Jaca, habían sido fusilados la víspera. Subí a un tranvía que, aunque saboteaba el movimiento, podía ayudarme a ser puntual. Me apeé en marcha junto al cuartel, de la calle de Ferraz, y al entrar por una bocacalle hacia Mendizábal que era el lugar de la reunión, me quedé parado en seco. Rodeados de guardias de seguridad salía un grupo de mis compañeros, ya detenidos con los brazos en alto. No lo pensé mucho y salté a la plataforma de otro tranvía, rumbo al centro.

Ya no pude establecer contacto con ninguno de mis compañeros que, como yo, habían evitado la detención. Toda la mañana la pasé dando vueltas sin rumbo por la capital. Hubo sólo un momento de emoción cuando a muy baja altura volaron aviones que lanzaban hojas impresas con la proclamación de la República. Venían de Cuatro Vientos, donde se habían sublevado el comandante Ramón Franco y el general Queipo de Llano. Sin embargo, a las pocas horas la radio anunciaba que tropas enviadas desde Madrid habían ocupado el aeródromo y obligado a rendirse a los rebeldes. De momento todo había fracasado. Entre los detenidos en Cuatro Vientos figuraba Ernesto Navarro, ingeniero geógrafo, oficial de reserva y aviador civil al que mi padre elogiaba mucho y bastante conocido por un largo vuelo que había hecho por Africa. En prisiones militares estaba también un guardia de seguridad, José del Rey, complicado en el movimiento.

Empezó el año 1931 en el cual la Monarquía se iba a derrumbar aparatosamente, a pesar de su aparente victoria. Visitábamos

en la cárcel a los presos políticos, a los que no exigían grandes responsabilidades y cuya cautividad sería muy corta. En el intento de acercarse al Cuartel de la Montaña habían sido detenidos varios de mis compañeros de Facultad. La prisión influyó en ellos de modo diverso. Algunos se apartaron de toda actividad política. En cambio, Florén, aragonés de Ateca, se hizo anarquista y, ya en la República, durante el gobierno Lerroux, murió en un duelo con la Guardia Civil, al tratar de liberar a unos presos en los juzgados de las Salesas.

Todos los dirigentes de los partidos republicanos estaban desperdigados, y sus locales cerrados. El movimiento antimonárquico seguía bajo el signo de la espontaneidad y pasado el primer momento de vacilación, nadie se sentía vencido. Cuando las clases se reanudaron en la Universidad sabíamos que no se nos exigiría calma y moderación como cuando se preparaba el pronunciamiento.

Seguía en relación con Eligio, quien después de múltiples aventuras conservaba la libertad. Algunos miembros del Comité Revolucionario estaban en la cárcel, y en espera de ser llamados por los tribunales; otros emigraron. Pero cada día nuevas personalidades, algunas insospechadas, se enfrentaban a la monarquía y en el ambiente político se consideraba inevitable el cambio de régimen.

El 18 de febrero el general Berenguer cedió el paso al almirante Aznar. En el nuevo gobierno participó el conde de Romanones, destinado a ser el enterrador de la Monarquía. A primeros de marzo fue autorizada la reapertura del Ateneo de Madrid y de otros centros políticos clausurados en diciembre. Se publicó entonces el primer número de "La Conquista del Estado". Los vendedores voluntarios atronaban con sus gritos, y muchos lo compramos con curiosidad. Eran los primeros pasos en público del fascismo español en el que participaban Giménez Caballero y Ledesma Ramos. Recuerdo la frase central del artículo de fondo: "hay que superar al marxismo". La revista tuvo una acogida fría con repercusiones mínimas, porque sus consignas caían fuera de las inquietudes del momento, centradas en la lucha por la República.

El consejo de guerra que juzgaba a los organizadores de la frustrada rebelión, nos dio el pretexto para comenzar de nuevo los

alborotos estudiantiles, a poco de haberse reanudado las clases. El día 24 de marzo en el edificio de la calle de San Bernardo, se oyeron, como siempre, unos vivas a la República, se vaciaron las aulas y, tras la inevitable escaramuza con el grupo de los hermanos Miralles, subimos al tejado para sembrar la calle de tejas. Los guardias de seguridad a distancia, contemplaban pasivamente la escena. Acabados los proyectiles, a la hora de comer abandonamos la Universidad sin que nadie nos molestara. Por la tarde se hizo pública la sentencia del tribunal militar, se aplicaba la pena mínima y los acusados fueron puestos en libertad.

Hasta entonces el movimiento estudiantil gozó de relativa impunidad y había corrido poca sangre. En tiempos de Primo de Rivera, en una manifestación ante el periódico ABC, fue herido gravemente un estudiante por un disparo de la fuerza pública y la indignación general causó grandes perjuicios al dictador. Todos los otros encuentros se habían reducido a pedradas y sablazos de plano. Pero esta situación iba a terminar. No se puede jugar con fuego mucho tiempo sin quemarse. Al día siguiente llegamos temprano a la Universidad y la encontramos clausurada. Corrió entre nosotros una consigna, "a San Carlos", y todos nos dirigimos a la Facultad de Medicina, de la calle de Atocha, que permanecía abierta, porque el día anterior no había ocurrido allí ningún incidente. Encontramos la puerta principal cerrada, pero pronto nos abrieron una lateral, que daba a la sala de disección y entramos en tropel.

Se suspendieron las clases y en masa nos acercamos al vestíbulo. El doctor Juan Negrín y sus ayudantes hicieron todo lo posible para calmarnos, pero no nos dejamos convencer y los apartamos. Saltamos la cerradura, hicimos girar las pesadas puertas y mucha gente que se agolpaba fuera, entró en la Facultad. Parecía que todo iba a ser como el día anterior en San Bernardo, pero tratamos de conseguir algo más. La calle empezó a llenarse de trozos de tejas, pero pronto dejamos de lanzarlas, porque no había contra quién. Muy arriba, hacia Antón Martín, y abajo en la Plaza de Atocha, se veían grupos de curiosos, pero la calle estaba completamente desierta. Los guardias de seguridad, colocados bastante lejos en las bocacalles, eran sólo testigos presenciales. Entonces pequeños grupos de estudiantes empezaron a despla-

zarse para apedrearlos, hasta que los "guindillas" cansados de aguantar la lluvia de cascotes, hicieron uso de sus pistolas. Hubo varios heridos de nuestra parte, la mayoría leves, excepto uno, que recibió un balazo mortal. Creció nuestra indignación y ya nos lanzábamos todos al ataque, cuando los uniformados, con orden o sin ella, se retiraron dejándonos dueños del campo de batalla.

Pero nuestra victoria fue transitoria. El Director General de Seguridad, general Mola, mandó contra nosotros a la Guardia Civil, cuerpo que actuaba siempre sin miramientos. Lo primero que vimos, fue como bruscamente desaparecían los curiosos de la parte de Antón Martín y de pronto, como en las películas, surgió en lo alto de la cuesta, a todo lo ancho de la calle, una fila de guardias civiles a caballo, con sus tricornios, sus capotes negros y los fusiles preparados. La situación se tornaba extraordinariamente grave. Los que estaban en la calle se replegaron hacia la Facultad y trataron de asegurar lo mejor que pudieron la ya desvencijada puerta.

Nadie sabía qué hacer. Alguien gritaba preguntando dónde estaban las armas, pero la mayoría teníamos las manos vacías. De nuevo subimos al tejado dispuestos a utilizar las tejas. Allí estaba otra vez el doctor Negrín para tratar de que no provocáramos más a la fuerza pública. Más fuertes que sus argumentos fueron las descargas de los fusiles de los guardias civiles que durante mucho tiempo atronaron el ambiente. Todos nos aplastamos contra el suelo y a gatas tratamos de alejarnos de los sitios de más peligro. Esperábamos el asalto, que afortunadamente no llegó. La Guardia Civil tenía, sin duda, órdenes de una actuación limitada y las cumplió, a pesar de que uno de sus miembros cayó muerto de un tiro que partió de una ventana de la Facultad. Sin embargo, ese día pudo haberse derramado mucha sangre. Los disparos de los "mausers" entraron por todas partes, pero no hirieron a nadie. Poco a poco fue restableciéndose la calma y pasado el momento de estupor, comenzamos a abandonar la Facultad a través del Hospital de San Carlos, mezclados con los visitantes y pacientes que acudían a las consultas.

Los sucesos de San Carlos rebasaron los límites de una algarada estudiantil. Fue una acción revolucionaria muy hábilmente utilizada por la propaganda republicana y seguramente influyó

también para que el general Mola, blanco directo de todos los epítetos, abandonara sus ideas liberales si es que las tenía, como se aseguraba.

El gobierno del almirante Aznar, trató tardíamente de restablecer las libertades de la Constitución y convocó a elecciones municipales. Las clases siguieron suspendidas. Yo empleaba la mayor parte del tiempo en estudiar y por ese motivo intervine poco en la campaña electoral de la conjunción republicano-socialista.

El domingo 12 de abril fui a repartir papeletas de votación en un colegio electoral establecido en una escuela de la Dehesa de la Villa. Casi estuve por votar, a pesar de no tener derecho, pues los apoderados de los partidos monárquicos se habían retirado y los republicanos éramos dueños de todo. Nadie dudaba de nuestro triunfo, sobre todo en Madrid y en los centros importantes del país; pero pocos pensaban entonces que esto fuera suficiente para traer la República.

Para mí, como para la mayoría de los españoles, transcurrió el día 13 sin sospechar lo que se aproximaba. El día 14 de abril, los periódicos matutinos anunciaban ya el triunfo de la conjunción republicano-socialista en casi todas las capitales de provincia, pero nada sucedió durante la mañana. Yo la pasé en casa estudiando y a las tres de la tarde salí a dar un paseo. Al poco tiempo, en el centro de la ciudad empezaron a aparecer pequeños grupos que, sin que nadie les hiciera frente, vitoreaban a la República. Me uní a ellos y lo mismo hacían casi todos los que nos íbamos encontrando, así que al llegar a la Puerta del Sol, éramos ya miles. Los pocos guardias de Seguridad que nos encontrábamos sonreían y nos enseñaban el forro rojo de sus capas. Empezaron a aparecer banderas tricolores y algunas rojas. Muchos edificios, como obedeciendo a una consigna, se engalanaron con colgaduras.

Con una espontaneidad magnífica, el pueblo de Madrid llenó todas las calles y, salvo algunos exabruptos verbales, no atacó a nadie. La República, en la que se habían puesto tantas ilusiones, llegaba sin sangre, sin violencia, y los nuevos ministros pudieron hablar desde los balcones del Ministerio de Gobernación entre los aplausos entusiastas de la muchedumbre. Lo mismo que en Madrid estaba ocurriendo o había ocurrido ya, en todas las ciudades importantes de España.

Ya un poco cansado de dar vueltas por todos lados, me uní al atardecer a Eligio, que con algunos compañeros iba al Palacio Real a proteger a la reina y a las infantas, que todavía permanecían allí. Al parecer no corrían ningún peligro. Por la tarde, un gran gentío se había agolpado en la Plaza de Oriente, pero al anuncio, cerca de las nueve de la noche, de que el rey había salido hacia Cartagena, y el pegar unos carteles en la fachada pidiendo al pueblo que respetara lo que era suyo, fue suficiente para dispersarlo. Sin embargo, se temía que algún grupo extremista se presentara más tarde con peores intenciones.

Cuando llegamos a Palacio todo estaba en calma, en las proximidades no había casi nadie. Algunos quedaron patrullando fuera; Eligio, su hermano y yo, entramos.

En una pequeña sala junto a la puerta, que normalmente servía de cuerpo de guardia, había ya algunos paisanos, enviados por los partidos republicanos y un oficial de alabarderos sin uniforme. Me resultaba realmente extraño, y hasta impresionante, encontrarme dentro del palacio que traía a mi memoria tantas páginas de la historia de España y, además, tener allí cierta autoridad. Creo que a todos nos pasaba lo mismo, estábamos nerviosos. Todo era volver la vista a los muros de piedra y a los largos corredores que se entreveían hacia el interior. Nada se sabía de lo que ocurría en el Campo del Moro, donde había al fondo una pequeña puerta guardada por soldados. El hermano de Eligio y yo, fuimos a investigar, y como si se hubiera filtrado por las paredes, surgió un criado para acompañarnos. Juntos, atravesamos pasillos, subimos y bajamos escalinatas de mármol mal alumbradas, y más tarde, todo el parque. Seguramente este fiel servidor iba pensando en lo extraño de su situación. Tantos años sirviendo a los reyes, para terminar en cierto modo sirviendo a la República, al guiar a dos muchachos que en este momento la representaban. Llegamos por fin a la puerta trasera y nos costó trabajo identificarnos ante los fusiles temblorosos y amenazantes de los centinelas. Luego todo fueron sonrisas y amabilidad. Nos recibió un sargento que había estado aislado todo el día y que escuchó atentamente nuestro informe de todo lo sucedido en la jornada. Por su parte, nos aseguró que nadie había intentado penetrar y que todo estaba tranquilo. Terminada nuestra misión, siempre con el respetuoso y

silencioso criado a nuestro lado, desanduvimos el camino de vuelta al palacio, donde, hablando poco y paseando mucho, pasamos la primera noche del nuevo régimen.

En la madrugada del día 15 empezaron a llegar funcionarios enviados por Miguel Maura, nuevo ministro de Gobernación, que nos liberaron de nuestra guardia. A través de la ciudad muda y vacía, nos dirigimos hacia nuestras casas, cansados pero contentos. Se había instaurado la Segunda República Española.

La Monarquía se había derrumbado, sobre todo bajo el peso de sus propios errores. Hay que sorprenderse, sin embargo, de que Alfonso XIII y su gobierno, organizaran unas elecciones prácticamente libres, permitieran que la oposición triunfase en los puntos claves y respetaran el resultado electoral, dejando el campo libre a la República, sin esperar el recuento oficial de los votos monárquicos sobre los republicanos. Es cierto, que el rey y sus ministros, se encontraron al final completamente solos. El general Sanjurjo, director de la Guardia Civil, anunció que sus fuerzas estaban con el pueblo y el Ejército tampoco se mostró dispuesto a intervenir a favor de la Monarquía agonizante. El oponer resistencia armada al cambio de régimen, hubiera sido estéril y habría producido sólo un inútil derramamiento de sangre. No hubiera tenido más estabilidad la República si se hubiera cimentado sobre las víctimas generosas del asalto a alguna Bastilla. Las dificultades ulteriores que encontró el nuevo gobierno no fueron debidas a su origen incruento sino a pesar de él. La forma pacífica en que se tomó el poder, representaba una ventaja inicial si se hubiera sabido aprovechar.

Desgraciadamente para España, había otras circunstancias desfavorables en 1931. La lucha política desarrollada en el país exclusivamente sobre la forma de gobierno, monárquica o republicana, creó la falsa ilusión de que la llegada del nuevo régimen iba a resolver por sí sola todos los problemas, no sólo políticos, sino económicos. La realidad es que hacía años que la libertad política había dejado de estar identificada con la forma republicana, ya que existían monarquías donde se respetaban todos los derechos humanos y, en cambio, no pocas repúblicas brutalmente dictatoriales. Sólo el aislamiento y atraso de nuestro país podía explicar que se planteara ese dilema anacrónico. Antes de 1931,

habían sucedido ya muchas transformaciones en el mundo. Ya no era la libertad política la única premisa necesaria para el desarrollo de los pueblos. El reparto de colonias y zonas de influencia entre las grandes potencias, había exacerbado el imperialismo y producido la Primera Guerra Mundial. El progreso económico había creado a su vez el problema social. Las naciones defendían su derecho a la independencia y las masas, incorporadas a la vida económica activa que creaban los bienes materiales de la sociedad, pedían una distribución más justa. Eran tres las libertades que había que conseguir y mantener, la política, la nacional y la social. El Estado liberal estaba en crisis y ya habían surgido el fascismo y el comunismo, tan similares y tan antagónicos a la vez.

En esta situación internacional, los gobernantes republicanos se comportaron como lo hubieran hecho sus abuelos liberales del siglo XIX. Para ellos lo imperioso era establecer la legalidad constitucional, instaurar un régimen parlamentario y devolver a los ciudadanos las clásicas libertades políticas tanto tiempo restringidas. El gobierno provisional se dedicó inmediatamente a preparar elecciones a Cortes Constituyentes, que debían aprobar la Carta Fundamental del país. Nunca se les pasó por la imaginación gobernar por decreto, ni actuar con un programa definido, ya que dejaban al futuro Parlamento las decisiones fundamentales. Hoy puede verse claramente que se estaba perdiendo un tiempo precioso, al desaprovechar los momentos psicológicos más favorables para realizar las reformas básicas que necesitaba el país. España tenía ante sí, en esos momentos, una magnífica oportunidad para ponerse a nivel de las naciones adelantadas. Era necesario que la República consiguiera atraerse a la mayoría de los españoles con hechos y no con palabras, a costa, naturalmente, del puñado de privilegiados que hasta entonces había tenido en sus manos el país. Contaba con la simpatía de la muchedumbre jubilosa que había llenado las calles el 14 de abril, gentes que la víspera no tenían filiación política, pero debía ganarse también la confianza de los recelosos que no participaron en ese día de fiesta. En lugar de todo esto, el gobierno republicano mantuvo un desesperante compás de espera.

Un observador superficial podía creer que se iniciaba una profunda renovación. Flameaba la nueva bandera tricolor de los

federales impuesta espontáneamente por el pueblo el 14 de abril. Había ondeado ya en el Ayuntamiento de Jaca el 12 de diciembre de 1930, cuando la sublevación de los capitanes Galán y García Hernández, aunque con las bandas erróneamente colocadas. La Marcha Real había sido sustituida por el Himno de Riego, popular en los movimientos liberales del siglo pasado, pero que carecía, lo mismo que su predecesor, de la solemnidad y emotividad que debe poseer un verdadero himno nacional. Desaparecieron también de escudos y emblemas, las coronas reales y se reemplazaron por las murales almenadas. Todos los organismos desde la Academia de la Lengua a los clubes de futbol que lo tenían, suprimieron el calificativo de "Real" colocado antes delante de sus denominaciones. Estaban vacíos, además, en Madrid, los pedestales de Isabel II y de la estatua ecuestre de Felipe III, derribados el 14 de abril por la multitud excitada. Pero el país estaba, en realidad, dentro de una profunda crisis y pronto iba a entrar todo en ebullición a pesar de la aparente calma inicial.

En esos días, con mis escasos 18 años era un típico representante de la juventud universitaria que había contribuido al triunfo de la República. Ardía en mí el fuego de la lucha por el ideal, por el que estaba dispuesto a sacrificarme y hubiera deseado seguir combatiendo por elevados fines. Pero al parecer, ya nadie nos necesitaba. Me sentí en seguida desorientado ante la desaparición brusca de las emociones que habían llenado mi vida los últimos meses. La Universidad había reabierto sus puertas y en la directiva de la FUE de Ciencias soñábamos todavía por nuestra cuenta: Los centros de enseñanza superior iban a ser verdaderos focos de cultura, bien dotados económicamente, donde ingresarían los más capaces, aunque fueran de origen modesto, para transformarse en los profesionales que el progreso del país necesitaba. Cuando el catedrático Enrique Moles trató de establecer cuotas especiales para que los alumnos pagasen sus prácticas en los laboratorios de química, nos resistimos con todas nuestras fuerzas ya que considerábamos que era el Estado el que debía atender a todas esas necesidades.

Violentamente resolvimos aquellos días el problema de una multitud de malos estudiantes y reconocidos vagos, que con un concepto especial de la libertad habían convertido el jardín de la

Universidad en una casa de juego. Nada pudieron contra ellos las autoridades docentes hasta que asqueados nosotros del espectáculo indigno de un centro de cultura, decidimos arreglarlo por nuestros propios métodos, rompiendo barajas y arrojando fuera a toda aquella canalla, que se retiró sin resistencia.

Nuestro presidente Eligio, convenció al Decano de la Facultad de Ciencias, Pedro Carrasco, y sin autorización del Ministerio de Instrucción Pública, se convocó a elecciones a todos los estudiantes para nombrar nuestros delegados en el claustro de profesores para colaborar con ellos en las grandes cosas que debíamos realizar. El lunes 11 de mayo celebramos la votación, la gran mayoría de los alumnos nos apoyaron, incluso los que no pertenecían a nuestra asociación. Era un día de primavera lleno de sol y estábamos optimistas después del recuento de votos, cuando negros nubarrones se extendieron por la ciudad. Salimos curiosos a la calle y al bajar por la de San Bernardo hacia el centro, vimos, al llegar a la Gran Vía, cómo ardía el convento de jesuitas de la calle de la Flor. Por los tejados se veía el punto negro de alguien que escapaba de las llamas. El humo de los templos cubría todo Madrid.

Nunca han estado claros los orígenes de esta orgía de destrucción. La víspera, un gramófono puesto a todo volumen con la Marcha Real en un centro monárquico recién abierto en la calle céntrica de Alcalá, había provocado la ira de los transeúntes. Luego grupos de manifestantes habían intentado asaltar el local de la Prensa Española y del periódico ABC entre la Castellana y la calle de Serrano, donde se produjo un choque sangriento con la Guardia Civil. Pequeños grupos llevados por la indignación y otros quizás con propósitos turbios, comenzaron al día siguiente los desmanes y la destrucción en iglesias y conventos, unidos a gentes atraídas por el saqueo. No sólo no fueron los incendios obra de masas enardecidas, sino que la mayor parte de la población que simpatizaba con la República, los contempló con desagrado y sorpresa. Al nuevo régimen, estos sucesos le produjeron un daño enorme, creándole muchos enemigos entre las personas neutrales que estaban a la expectativa desde el 14 de abril. El gobierno con mayor o menor energía, pudo poner coto al desenfreno, excepto en Málaga, donde las autoridades civil y militar, claudicaron completamente

ante los demagogos. De todas formas, los sucesos tuvieron una amplitud mucho menor que los hechos similares tantas veces repetidos en nuestras revoluciones liberales del siglo pasado, en las que era obligada la quema de iglesias.

Yo mismo tuve el 11 de mayo una sensación de angustia; pesaba mucho en mí todavía la educación religiosa que había recibido, aunque ya se tambalease mi fe. ¿Por qué en España, los liberales primero y las llamadas izquierdas después, arremetían siempre contra la Iglesia Católica? Creo que no hubo ningún país donde la religión tomase parte en la política tan abierta, clara, concluyente y enérgica, como en el nuestro. Esta era una auténtica tradición española. Pero al tomar partido el catolicismo se vio sujeto a todas las vicisitudes de la lucha, encuadrado en el campo de los privilegiados. En otros países, grandes convulsiones políticas se han desarrollado al margen de la religión. En España, la Iglesia había despertado odio, pasión y rencor, y correspondía además en la misma moneda. Esta es la explicación de que tantos motines populares acabasen prendiendo fuego a los templos. En la honda división de España, ya que las derechas y la Iglesia Católica se identificaban, las izquierdas eran anticlericales e incluso anticatólicas. La contradicción entre la doctrina cristiana, con todos sus valores morales y humanos y la política oficial de dignatarios eclesiásticos, produjo en mí, como en tanto otros de mi generación, una profunda crisis espiritual.

Después de los sucesos de mayo, los exámenes estaban encima y tuve que trabajar para prepararme, ya que había perdido mucho tiempo durante el curso. Tuve bastante éxito en ellos, incluso con el profesor Vegas, de Geometría Analítica, que era uno de los escollos principales de la carrera.

Nunca volví por el Ateneo de Madrid, ni intervine en las elecciones a Cortes Constituyentes celebradas el 28 de junio con el fácil triunfo de la conjunción republicano-socialista. Los socialistas y republicanos de izquierda tenían la mayoría absoluta y los republicanos centristas una fuerte minoría. Las derechas, en cambio, sacaron 25 diputados escasos, de los cuales sólo uno se había declarado abiertamente monárquico: el conde de Romanones. El 14 de julio se abrió el Parlamento. La mayoría, estaba formada por políticos incipientes e improvisados. El partido socialista, el

más fuerte de la Cámara, contaba con buenos funcionarios sindicales de la Unión General de Trabajadores (UGT), pero no aceptaba más que responsabilidades políticas limitadas y, lo mismo que los partidos republicanos, dependía de algunas personalidades aisladas, germen de las futuras divisiones. El régimen parlamentario con partidos múltiples se ensayaba de nuevo, en España, cuando anticuado y estéril, había fracasado en muchas partes y conducía al país que lo había desarrollado, Francia, a la mayor catástrofe y humillación de su historia. A ninguno de los gobernantes españoles se les ocurrió entonces pensar en una república presidencialista, la única que en aquellas condiciones tenía posibilidades de haber hecho frente a la situación.

A los pocos días, los anarquistas provocaron la huelga general de Sevilla, como declaración de guerra a la República. Sevilla era un punto neurálgico donde ya en vísperas de las elecciones constituyentes, el gobierno había tenido que frustrar un descabellado intento de sublevación ultraizquierdista, del comandante Ramón Franco y del capitán Rexach. Los tiroteos en toda la ciudad, duraron del 18 al 22 de julio en que intervino el Ejército y restableció el orden. Después, el general Ruiz Trillo destruyó a cañonazos la "Casa de Cornelio", una taberna donde se reunía el comité de huelga durante los sucesos. El edificio había sido desalojado previamente y el Estado tuvo luego que indemnizar al propietario. Pero además de este episodio incruento, hubo bastantes muertos, y se acusó a los militares de haber asesinado a varios detenidos, aplicándoles la "ley de fugas" la madrugada del 23 en el Parque de María Luisa.

Frente a las organizaciones obreras socialistas, los sindicatos de la CNT, dirigidos por la Federación Anarquista Ibérica (FAI) se extendían por todas partes, con sus tácticas de acción directa, de violencia contra todos los gobiernos, para implantar un indefinido "comunismo libertario", donde en la anarquía absoluta, los hombres encontrasen su felicidad. La CNT dejó en libertad a sus afiliados para votar, pero ya en junio habían comenzado las escaramuzas contra la República con la huelga de los obreros de la Compañía Telefónica, pródiga en atentados con bombas para averiar las instalaciones. La huelga de Sevilla fue la primera batalla seria a la que siguieron otras muchas. El gobierno había creado,

ya a fines de mayo, la Guardia de Asalto, al mando del coronel Muñoz Grandes, pero sus primeras unidades no estuvieron listas y entrenadas hasta el otoño. Se trataba de sustituir en las ciudades a la Guardia Civil demasiado violenta en sus intervenciones y, además, poco segura políticamente ante las actividades derechistas y monárquicas.

Pasé el verano de nuevo en Alp, donde después de la tensión de los meses anteriores, encontré un verdadero descanso. En el otoño volví a Madrid y me inscribí en el tercer curso de la licenciatura en Ciencias Físico-Matemáticas. A nuestra asociación profesional de estudiantes le dieron locales dentro de la Facultad, pero ya algunos estudiantes comenzaban a apartarse de ella. Se había constituido la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (UFEH) que agrupaba en escala nacional a las FUE locales, y se preparaba un congreso para estudiar un ambicioso plan de reforma de la enseñanza. Sin embargo, los privilegios que nos concedió el ministro de Instrucción Pública, Fernando de los Ríos, dándonos la "única representación de los estudiantes", nos transformó en una especie de apéndice oficial y gubernamental, lo que contribuyó a aislarnos de muchos de nuestros compañeros. Por lo demás, reinaba en las universidades la paz más completa.

A la nueva Constitución se consagraron casi cinco meses de discursos y debates parlamentarios, muchas veces por detalles de redacción, pero otras para tratar problemas candentes que apasionaban al país. Varios artículos de la Carta fueron de ardua elaboración; el 11, que trataba del procedimiento de obtención de los Estatutos regionales, con miras inmediatas a Cataluña, y principalmente, el 3, 26 y 27 que establecían las relaciones entre Iglesia y Estado.

El problema de las autonomías locales era complejo. Nunca el Estado español había sido lo bastante fuerte para realizar una política centralizadora y las regiones seguían conservando sus particularidades y características. Lo curioso es que en el siglo XIX los liberales fueron centralistas, mientras que sus contrarios, los carlistas, habían defendido, sobre todo en las Vascongadas y en Cataluña, los fueros locales. La Primera República había sido también centralista y se hundió en gran parte, por la insurrección de los cantonales, que desde la izquierda introducían por primera

vez el federalismo. Durante la Restauración, los industriales catalanes y vascos acrecentaron mucho su potencia económica, y exigían del gobierno de Madrid una protección aduanera que les asegurase su mercado principal, que nunca fue otro que el resto de España, entrando así en conflicto con los agricultores y terratenientes de las otras regiones, que veían amenazadas sus clásicas exportaciones de productos del campo. Como Cataluña y el País Vasco incluían las más ricas provincias españolas, contribuían más con sus impuestos y luchaban por administrar ellas mismas esas fuentes tributarias para su propio beneficio. Este era el fondo económico de la disputa, aunque el problema se hubiera agriado, por la posición poco amigable de los gobiernos monárquicos ante las manifestaciones lingüísticas, culturales y folklóricas, que fueron muchas veces reprimidas, sobre todo durante la dictadura de Primo de Rivera. Esto lo demuestra el que el mayor enemigo de la autonomía del País Vasco fue una de sus provincias, Navarra, que no se había industrializado y donde predominaban los campesinos pequeños y medios. Asimismo, las regiones limítrofes a Cataluña, ligadas a ella históricamente, como Aragón y Valencia, pero de estructura económica distinta, asistieron con la mayor indiferencia a la lucha de aquélla por el Estatuto, dando al traste con la idea de hacer resurgir la "Gran Cataluña". No es casual que fuera aragonés Royo Villanova, uno de los más virulentos oponentes de la concesión del Estatuto a los catalanes. En resumen, era un problema espinoso, agravado por exageraciones separatistas de un lado, y por incomprensiones de los reaccionarios de otro. La República tenía que afrontarlo y resolverlo con paciencia, precisamente para dar una nueva base a la unidad que necesitaba el país. En cambio, la autonomía gallega se planteaba de un modo muy diferente, no había estridencias, no despertaba sospechas, no encontraba enemigos. Galicia, región poco desarrollada económicamente, no entraba en contradicción con las otras regiones, pedía simplemente respeto a su lengua, a su literatura, a sus costumbres y a su tradición.

La mayoría anticlerical de las Cortes Constituyentes no vaciló en su ofensiva contra la Iglesia Católica. Esta recogía ahora los frutos de su intervención absorbente en todos los aspectos de la vida del país. Fue uno de los pilares del trono y ahora no podía

esperar consideraciones. Las derechas acogieron con furia el Artículo 3o. de la Constitución, según el cual España no tenía religión oficial, aunque esta declaración laica, uno de los principios fundamentales del liberalismo del siglo XIX, había sido ya aceptado por todas las naciones adelantadas del mundo. Pero cuando la oposición, fuera y dentro del Parlamento, llegó al máximo, fue cuando se discutía el famoso Artículo 26, que suprimía toda ayuda oficial a la Iglesia y atacaba directamente a las congregaciones religiosas, poniendo a los jesuitas en peligro de inminente disolución. A las otras órdenes se les impedía ejercer la enseñanza, la industria y el comercio, teniendo la administración de todos sus bienes estrictamente regulada por el Estado. El Artículo 27 establecía tanto la libertad de conciencia y de cultos, como la secularización de los cementerios, consecuencia lógica de la posición de principios expresada en el Artículo 3o. La aprobación del Artículo 26 produjo la crisis del propio gobierno republicano por la dimisión, el 14 de octubre, de su presidente, Niceto Alcalá Zamora y del ministro de Gobernación Miguel Maura. Al día siguiente se formó, sin ellos, el primer gobierno Azaña, que, en una cámara libre ya de la oposición derechista, que había abandonado las sesiones en señal de protesta, consiguió la aprobación del resto de los artículos y promulgó la nueva Constitución el 9 de diciembre.

Niceto Alcalá Zamora fue elegido presidente de la República y se formó el segundo gobierno Azaña con republicanos y socialistas, pero sin los radicales de Lerroux que pasaron a la oposición. Mientras tanto, fuera del Parlamento, la agitación política alcanzaba niveles muy elevados. La libertad de prensa permitía a todos los extremistas los ataques más desenfrenados al gobierno, presa fácil de todos los insultos. Las clases pudientes mandaban al extranjero sus capitales, creando un serio problema a las finanzas del país. Muchos católicos españoles de la clase media, interpretaban las medidas restrictivas contra la Iglesia, como medidas contra la religión y, en defensa de sus creencias, se convertían en enemigos de la República cuya llegada habían presenciado, generalmente, con simpatía. La Iglesia Católica, no sólo no se apartó de la política, sino que se lanzó a ella con todas sus fuerzas y todos sus recursos, para defender sus posiciones.

Nuestra UFEH celebró un congreso extraordinario sobre la reforma de la enseñanza. Se reunió en el edificio del Senado de tiempos de la Monarquía. Asistí a él como delegado de mi Facultad. Resultó aprobado todo un plan detallado, con muchas proposiciones ingenuas y lugares comunes, pero lleno de las aspiraciones de mejorar todos los aspectos de la educación. En este Congreso estuvo presente por última vez la vieja generación que había dirigido la FUE contra la Dictadura, ya que sus integrantes se incorporaban a la vida profesional y política del país.

* * *

"Ahora a gobernar", dijo Azaña al formar su segundo gabinete. Pero el tiempo perdido en las actitudes declamatorias de los debates sobre la Constitución, ya no se podía recuperar. A fines de 1931 y a comienzos de 1932, se desató una nueva gran ofensiva anarquista contra la República. La víspera de Año Nuevo en el pueblo de Castilblanco (Badajoz) cuatro guardias civiles fueron linchados por los campesinos. En enero fue a su vez la Guardia Civil la que mató varios campesinos en Arnedo (Logroño). Luego vino una verdadera sublevación anarcosindicalista en la cuenca minera del Llobregat (Barcelona), donde ondeó momentáneamente la bandera roja y negra, y tuvo que intervenir el Ejército. Se aplicó la Ley de Defensa de la República y muchos presos fueron deportados a Bata, en la Guinea Española.

El problema social, con decenas de muertos y centenares de huelgas, creó entonces al régimen las mayores dificultades. Contra toda lógica, las Cortes se entregaron durante nueve largos meses a la laboriosa confección de una reforma agraria, mientras en el campo, a los socialistas les era cada vez más difícil impedir las acciones violentas de los campesinos. Tampoco se daban mucha prisa con la legislación obrera. Hasta el 8 de abril no se aprobó la ley de los jurados mixtos obrero-patronales. No se trató siquiera de organizar un Seguro Social. En cambio, a fines de enero se disolvía la Compañía de Jesús y sus bienes eran incautados, mientras salían de España los miembros de la congregación. Las derechas recrudecieron más su oposición a toda reforma, y convirtieron la ya delicada discusión del Estatuto de Cataluña en uno de los blancos preferidos de su agitación. Pronto empezaron a

conspirar propiciando una sublevación militar contra la República. Las reformas de Azaña habían tratado de limitar el poder del Ejército, pero su famosa Ley de Retiro con sueldo completo, para descongestionar el escalafón de mando, dejó en filas, paradójicamente a los enemigos del régimen, ya que sólo las abandonaron una minoría de monárquicos recalcitrantes, que se negaron a jurar fidelidad a la República y la mayoría de los oficiales republicanos de vocación más cívica que militar, a los que ahogaba el espíritu de casta de sus compañeros.

Eligio de Mateo había terminado sus estudios y en la presidencia de la FUE de Ciencias lo sustituyó mi compañero de curso Luis Bravo. Yo era de la directiva y además delegado en el claustro de profesores. Mi tercer año universitario transcurrió sin mayores acontecimientos. Todavía no habían prendido en la Universidad las contradicciones políticas que se agudizaban fuera, pero todo se parecía demasiado al pasado y nuestra labor en la FUE no sólo no nos satisfacía, sino que nos sentíamos defraudados y un poco en falso, cuando en el claustro tratábamos de intervenir en algún problema o discusión con los catedráticos. Quizá es que no estábamos preparados a jugar el papel de asociación estudiantil gubernamental, ni por convicciones ni por temperamento. La mayor parte de los profesores no eran enemigos del régimen, muchos simpatizaban con él, pero sólo dos de ellos, Honorato de Castro y Martínez Risco, participaban activamente en la política republicana. El único monárquico declarado era Julio Palacios, catedrático de Termología, maestro muy destacado en su especialidad y en su trabajo docente, por lo que se ganaba nuestro respeto.

Al marchar Eligio perdí el enlace con el Partido Federal. Las librerías se llenaron entonces de libros políticos, muchos de ellos de teorías leninista, trotzkista y anarquista, que nunca tuve paciencia para leer. Los que me atraían sobremanera eran las novelas destinadas a glosar la revolución rusa. La que me impresionó más fue "El torrente de hierro", de Serafimovich, que narraba la lucha desesperada de un grupo de fugitivos rojos, para salir del cerco de las tropas blancas durante la guerra civil. La descripción del desfile de las tropas rojas ante los cadáveres mutilados de sus compañeros colgados de los postes del telégrafo, y como una horda,

desarrapada y sin moral, se encuadraba de nuevo en unidades militares disciplinadas capaces de derrotar al enemigo, produjo en mí entonces una inolvidable emoción. Valía la pena vivir una tal expreriencia.

Como tantos otros jóvenes de mi edad, y casi sin advertirlo, me encontré buscando una causa a la que poder consagrarme, ya que la República no colmaba las ilusiones que había despertado. El 14 de abril me negué a ir a los jardines del antiguo Palacio Real, donde tuvo lugar una recepción "popular", en honor del primer aniversario de la República, para la cual se repartieron muchas invitaciones entre los adictos. El primero de mayo presencié la manifestación que los comunistas convocaron en la calle de Alcalá. Fue muy corta. Unas cuantas muchachas, algunas de ellas estudiantes normalistas, desplegaron una tira de tela roja con algo escrito. Inmediatamente llegaron los guardias de asalto golpeando con sus porras y salimos corriendo en todas direcciones.

Al poco tiempo, empezaron los exámenes del curso 1931-1932, el primero normal en varios años. Los pasé sin dificultad y marché otra vez de vacaciones a Alp. Las noticias llegaban allí muy amortiguadas y apenas leíamos la prensa. El 10 de agosto por la noche nos enteramos a la vez, de la sublevación monárquica del general Sanjurjo en Sevilla y de su fracaso. También en Madrid unos grupos de conjurados habían intentado al amanecer, sin éxito, asaltar el Ministerio de Defensa, pero otras guarniciones comprometidas no se habían movido de sus cuarteles. No hubo combates serios y las tropas enviadas por el gobierno desde la capital, encontraron a Sevilla en manos de la muchedumbre, que al escapar los jefes rebeldes, comenzó a incendiar los centros de las derechas. El orden fue restablecido y como reacción al movimiento, las Cortes aprobaron en poco más de un mes la reforma Agraria y el Estatuto de Cataluña. Una orden complementaria expropió los latifundios de los Grandes de España. Se aumentó también el número de guardias de asalto para convertirlos en una verdadera fuerza de orden público, fiel a la República. Sanjurjo, que era Director General de Carabineros, fue detenido, condenado a muerte e indultado, ya que la República no quería mártires. Otros participantes en la insurrección fueron deportados a Villa Cisneros en el Sahara español.

En septiembre de 1932 regresé a Madrid, iba a empezar un nuevo curso, el último de mi carrera. Estaba a punto de tomar una de las decisiones más trascendentales de mi vida. El único movimiento político de izquierda inédito para mí, era el comunismo. Todos los demás, en una u otra forma, me habían defraudado. Los que formaban parte del gobierno me parecían indecisos y la demagogia de ultraizquierdistas y anarcosindicalistas nunca me convenció, ya que la violencia permanente me repelía. La mística del comunismo me agradaba, tenía necesidad de creer en algo, y todo lo que había leído rodeaba esa doctrina de una aureola romántica. No fueron razonamientos ideológicos los que me llevaban a ese campo, sino puros sentimientos. Creía que iba a encontrar allí la fraternidad humana que anhelaba. Todos iguales y hermanados para construir una sociedad perfecta, donde se desterrarían las desigualdades, la miseria y los sufrimientos. Era la misma utopía de los anarquistas, pero con un camino diferente, con organización y disciplina, que me atraía mucho más. Mis simpatías no se alteraron por el hecho de que los comunistas fueran entonces una reducida secta sin ninguna influencia, excepto en Sevilla, donde José Díaz y otros ex-anarquistas dirigían un sindicato de obreros portuarios. Aunque el partido databa de la creación de la Komintern o Internacional Comunista, había arrastrado una vida lánguida, infestado muchas veces con confidentes de la policía. El 14 de abril de 1931, los pocos comunistas que había en Madrid salieron en un camión dando gritos de "Vivan los Soviets". El pueblo los apedreó considerándolos enemigos. En septiembre de 1932, había sido expulsado del Partido el "grupo traidor": Bullejos, Adame, Trilla y Vega, y una nueva dirección había tomado en sus manos el buró político, con José Díaz como secretario general. Los comunistas disidentes estaban organizados en el Bloque Obrero y Campesino, que sólo tenía alguna fuerza en Cataluña.

Mi condiscípulo Fernando Claudín, era entonces mi mejor amigo. Nuestros padres, ambos de Zaragoza, habían sido en su juventud amigos y compañeros en las oposiciones a topógrafos. Fernando era muy buen estudiante, llevaba aprobados dos cursos y le faltaba sólo un dibujo para ingresar en arquitectura. Mientras tanto pensaba terminar la licenciatura en Ciencias Exactas.

Tuvimos largas conversaciones sobre el comunismo, al principio era él el más decidido a darse de alta en la Juventud Comunista, luego se cambiaron las tornas y fui yo el que lo animé combatiendo sus objeciones, hasta que al fin pedimos los dos el ingreso. Para esto, hablamos con Andrés Martín, dirigente comunista que nos impresionó por su aspecto enfermizo, su extraordinaria delgadez y su pobre vestimenta; más tarde tuvo unos vómitos de sangre y fue enviado a la Unión Soviética. Nos incorporaron a los dos juntos a una célula que se reunía los domingos en la Casa de Campo, pero pronto nos separaron mandándonos a cada uno al sector que nos correspondía por nuestro domicilio. El fue al Radio Este y yo al Radio Sur.

Comenzó para mí una época alucinante en la organización conspirativa de la juventud comunista. Al principio, todo fueron reuniones pesadas y poco atrayentes, para anatemizar a la antigua dirección recién expulsada, se discutía la nueva línea menos sectaria y se tomaban medidas de agitación; pintar letreros, pegar carteles, vender la prensa, repartir octavillas, organizar un mitin relámpago a la salida de una fábrica o participar en alguna manifestación. Mis compañeros de célula eran obreros y empleados modestos del barrio de Embajadores. En seguida hice amistad con ellos, pero me sentía incómodo e inseguro en un medio para mí extraño. Nos reuníamos en una taberna de la calle de Embajadores, cerca de la Fábrica de Tabacos, que llamábamos "La Casa de Cornelio". Discutíamos también la situación internacional: la lucha de los comunistas chinos contra Chiang Kai-shek y contra los japoneses, que ya se habían apoderado de Manchuria; el avance del fascismo en Alemania; la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay y todos los demás acontecimientos mundiales. Estos temas, tenían, incluso, preferencia sobre los que se referían a nuestro propio país. Estábamos siempre temiendo a la policía, pero la verdad es que nunca tuvimos tropiezos con ella. Había una gran fluctuación de afiliados que constantemente llegaban para desaparecer a los pocos días. Asistí allí a las penosas "autocríticas" de algunos bullejistas de segunda fila. También presencié algunas expulsiones como la de uno de los hermanos Granell, quien al ser "desenmascarado" tuvo la valentía de declararse trotzkista. Como la reunión era en plena Plaza de Lavapiés, nos

fuimos cada uno por nuestro lado de la manera más disimulada. Aquella expulsión me dejó un poco desconcertado, ya que Granell era un muchacho simpático y me resultaba difícil considerarlo como enemigo.

Tuve que resistirme a aceptar cargos. Pronto quisieron hacerme miembro del comité de Radio, pero pude conseguir ser sólo "militante de base". Conocí entonces a algunos de los "cuadros" que llegaban de asistir a cursos de "formación política" en la Unión Soviética. Se les miraba con una mezcla de admiración y desconfianza, ya que muchos de ellos abandonaban muy pronto el comunismo, lo que entonces nos parecía inexplicable y lo achacábamos a una pésima selección de los candidatos.

Claudín en cambio se dejó absorber por la actividad política y muy pronto me anunció que dejaba los estudios para consagrarse íntegramente a la juventud comunista. Al poco tiempo, el Comité Central lo designó para organizar el trabajo entre los estudiantes. Discutí mucho con él defendiendo que lo primero y más importante era terminar nuestras carreras, pero no lo pude convencer. Estaba dispuesto a cumplir todas las misiones que recibía, mientras que yo admitía sólo aquéllas que eran compatibles con mis estudios. Para convertirse en el "dirigente" de los estudiantes, había que dejar de serlo.

Claudín debía agrupar a los estudiantes de toda España, afiliados o simpatizantes de la juventud comunista, para tratar de convertir la FUE gubernamental en una organización revolucionaria. El primer intento para comprobar nuestra fuerza tuvo lugar con motivo de la visita del presidente Herriot a Madrid, durante el mes de noviembre. La absurda consigna de que Herriot era la guerra, nos fue seguramente traspasada por el Partido Comunista francés. Pudimos reunir, por sorpresa, a los alumnos de Ciencias y Derecho en el aula de Química de nuestra facultad y, entre risas y desorden, aprobar una resolución de protesta que fue publicada por la prensa comunista.

Luego vino la organización en la clandestinidad, del Bloque Escolar de Oposición Revolucionaria (BEOR), para tratar de conseguir la mayoría en el congreso de la UFEH de febrero de 1933. Agrupamos en secreto bastantes delegados, sobre todo de Va-

lencia, ciudad en la que se celebró. Las sesiones tuvieron lugar en el Ayuntamiento y en otros excelentes locales cedidos por las autoridades. Todo se desarrolló allí muy bien para nosotros, hasta que los dirigentes de la UFEH denunciaron nuestro juego. Habían interceptado nuestra correspondencia y estaban al tanto de nuestros planes. Se nos acusó de conspirar al tratar de introducir subrepticiamente la política comunista. Tácitamente se planteaba nuestra expulsión, pero la mayoría de los delegados no estuvieron de acuerdo quizás porque nosotros al vernos descubiertos no nos limitamos a defendernos, sino que atacamos, pidiendo se nos reconociera el derecho de actuar dentro de la FUE como lo hacía, por ejemplo, el grupo de estudiantes socialistas. Cornejo, estudiante peruano de la Federación Universitaria Hispano Americana (FUHA), con su aspecto impasible de inca y su acento suave, provocó un gran escándalo cuando afirmó: "nosotros no tenemos la culpa de que la verdad sea bolchevique". Cuando me tocó a mí el turno, hablé también con toda franqueza, en medio del silencio impresionante de una sala repleta de delegados. Fue para mí una especie de liberación. Me resultaba mucho más agradable reconocer públicamente mi filiación y mi manera de pensar, que andar maniobrando en la sombra como hasta entonces. Después de nuestras intervenciones, las posiciones quedaban claras y podían tomar contra nosotros todas las medidas que quisieran. Para la mayoría éramos unos tipos algo chiflados e ilusos, pero que no suponíamos ningún peligro y como por otra parte, reinaba todavía entre nosotros la amistad forjada en la lucha contra la dictadura, decidieron seguir tolerando nuestra existencia y dejar a las organizaciones locales la misión de resolver en cada caso particular nuestra suerte futura. De esta manera el "BEOR" tomó carácter casi oficial.

En Valencia, hice amistad con camaradas de otras facultades y escuelas de la capital, entre ellos Mateo Tuñón, de Derecho y Carlos Merino, de Magisterio. Para ahorrar dinero nos instalamos en la pensión más barata que encontramos, en una gran habitación llena de camas. Para los estudiantes comunistas fueron jornadas agotadoras de asambleas oficiales de día y, por la noche, reuniones de los miembros de la oposición revolucionaria para estudiar la conducta a seguir. El resultado era que dormíamos

muy poco y estábamos bajo una gran tensión, mientras los otros delegados se divertían lo más posible. Exagerábamos una austeridad completamente impropia de jóvenes que en muchos casos no habíamos cumplido aún los veinte años. Y no sólo éramos austeros en lo que se refiere a las diversiones, sino que también procurábamos vestir de la manera más modesta y sencilla posible, es decir, más "proletaria".

La nueva directiva de la UFEH elegida en el Congreso, estaba encabezada por Rufilanchas, abogado socialista ayudante de Jiménez Azúa. Le apoyaban sus correligionarios y los delegados de filiación política gubernamental. Nuestra candidatura fue derrotada en conjunto, pero al votarse cargo por cargo, algunos de nosotros obtuvimos votaciones muy nutridas, aunque en definitiva las perdimos todas. Al volver a Madrid, la cámara federal de la FUE, trató de expulsarnos a Claudín y a mí. Nos defendimos como lo habíamos hecho en Valencia: atacando. No se decidieron tampoco a tomar ninguna medida contra nosotros. En la situación general del país, ante la ofensiva derechista y reaccionaria no nos consideraban verdaderos enemigos, al contrario, más bien nos veían como posibles aliados en el futuro. El problema que habíamos planteado dentro de la asociación estudiantil le hizo a ésta mucho daño, aunque las causas principales de la pérdida de influencia de la FUE, fueran otras. Al convertirse en un apéndice gubernamental, sufría dentro de la Universidad el mismo progresivo aislamiento que el gobierno en la calle. Muchos estudiantes se apartaban de ella y nuestras juntas generales cada vez estaban menos concurridas, lo que no impidió que siguiéramos siendo los dueños de la Universidad de Madrid durante el resto del curso 1932-1933. Los estudiantes tradicionalistas adquirían cada vez mayor fuerza, pero todavía no se atrevían a presentar batalla. Sin embargo, en las Universidades de provincias nuestra situación era más crítica. La fuerza de la UFEH disminuyó aún más cuando los estudiantes catalanes la abandonaron, ya que su federación "nacional" no podía aceptar siquiera el vínculo federal con las organizaciones estudiantiles del resto de España.

A comienzos de 1933, el gobierno tuvo que dominar un nuevo asalto de la CNT con una huelga general revolucionaria que se extendió, sobre todo, a Andalucía. El 11 de enero en el pueblo de

Casas Viejas, varios anarquistas fueron muertos por los guardias de asalto. La dura represión dio motivo a las derechas y los radicales de Lerroux para lanzarse contra Azaña, al que acusaban de haber dado la orden de no hacer prisioneros y la de disparar "a la barriga". Comenzó en el Parlamento la obstrucción por los diputados radicales, que eternizaba la labor de las Cortes, dilatando al máximo la aprobación del más pequeño proyecto. En Cataluña, baluarte de la CNT, los anarcosindicalistas estaban de momento contenidos por el nuevo gobierno de la Generalidad, que en aplicación del Estatuto se había hecho cargo del orden público.

Las derechas acentuaron aún más su lucha contra el gobierno. Abusando de la libertad de prensa, Azaña era presentado como un engendro físico y moral que reunía todos los defectos imaginables y que personificaba todo lo nefasto de la obra republicana. Por otro lado, la extrema izquierda demagógica, ayudada por disidentes del campo gubernamental, atacaba violentamente al gobierno, que trataba de aprobar las leyes complementarias de la Constitución. El Ministerio de Instrucción Pública creaba con febril actividad nuevas escuelas e institutos de segunda enseñanza, para sustituir a los colegios regenteados por las órdenes religiosas. Esto exigía muchos medios económicos, difíciles de conseguir de un erario cuyas dificultades económicas aumentaban cada día a causa de la resistencia de las clases pudientes y de los bancos. Con mucha lentitud, empezó a montarse también el aparato que iba a realizar la reforma agraria. Una señal alarmante fueron las elecciones municipales celebradas en abril para completar los ayuntamientos, donde las derechas obtuvieron un triunfo rotundo. Azaña habló de los "burgos podridos" y siguió adelante sin darle al hecho toda la importancia que merecía.

El avance internacional del fascismo era evidente. La victoria del nacionalismo en Alemania a fines de enero, con la llegada de Hitler al poder, había barrido a todos sus adversarios, tanto a demócratas y socialistas, como al potente partido comunista alemán. El incendio del Reichstag a fines de febrero, fue la señal para empezar el exterminio de los enemigos del nuevo régimen.

En España existían sólo las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) con un puñado de afiliados, dirigidas por

Ramiro Ledesma Ramos, con su barba estilo Lenin o Italo Balbo. Pero había muchos otros grupos y grupitos de los que podía surgir un movimiento fascista serio. Cierto número de intelectuales e incluso de estudiantes de la FUE se dejaban ir en esa dirección, en su afán de encontrar algo que renovara el país. Los jóvenes de mi generación se encontraron ante un dilema y el hecho de elegir uno u otro camino dependió, la mayoría de las veces, más que de profundas razones ideológicas, de ambiente, de amistades o de educación. Todos nos habíamos dejado arrastrar por las ilusiones de la República, y demasiado pronto perdimos la fe en los medios democráticos de gobierno, que veíamos impotentes. Con la impaciencia natural de la juventud, deseábamos de un modo más o menos concreto, que nuestro país mejorara por un camino de disciplina, abnegación y sacrificio, apartando violentamente los obstáculos que se presentaran.

Muchas veces me he preguntado por qué me incliné al comunismo. En primer lugar me atrajo su fórmula simplista para resolver el problema social. Al desaparecer los capitalistas y la propiedad privada sobre los medios de producción, las clases sociales perderían su razón de ser y la sociedad entraría en una etapa ininterrumpida de progreso moral y material. Un Estado basado en estos principios, tenía necesariamente que gobernar en beneficio de todo el pueblo. Lo que toda esta utopía resultaba en realidad, lo supe mucho más tarde.

En cambio, en el fascismo la solución del problema social estaba bastante oscura. Había muchas frases bonitas, pero sus consignas de colaboración de clases sonaban a falso, al contemplar la tremenda intransigencia de los industriales, banqueros y terratenientes frente a la República. En una palabra, las concomitancias del fascismo con las capas más reaccionarias eran demasiado evidentes y demasiado ingenuo creer que iban a salvar a España los mismos que la estaban gobernando durante siglos, llevándola de fracaso en fracaso.

Por otra parte, yo siempre fui nacionalista; posición que suponía compatible con el internacionalismo comunista, que parecía garantizar un trato justo para todas las nacionalidades y pueblos. Rusia estaba además lejos y no parecía representar ningún peligro para la independencia de mi patria, la cual, por el contrario,

con un régimen socialista se haría más fuerte y sería más respetada. En el otro campo, Italia y Alemania, con sus regímenes totalitarios y declarado imperialismo, no podían dejar a una España fascista más que el papel secundario y subordinado de satélite o de colonia. Todos estos argumentos los utilicé mucho entonces al discutir con algunos estudiantes que abandonaban nuestro campo, creyendo encontrar en el fascismo la panacea para España.

En la primavera de 1933, el Partido Comunista con sus escasos medios y su reducido número de afiliados, unos mil en todo Madrid, comenzó a organizar las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC). Ingresé en ellas y asistí a algunos entrenamientos en la Casa de Campo, donde desarmábamos y armábamos una pistola Browning de calibre 7.65, que había heredado de mi padre. Teníamos como uniforme camisas azul obscuro y saludábamos con el puño en alto, al estilo del Rotfront militar de los comunistas alemanes. El jefe era un joven de San Sebastián, que estaba en Madrid para eludir persecuciones policiacas, debido a su intervención en grupos de choque comunistas. Se hacía llamar Alcalde (nunca supe su verdadero nombre); era hijo, según se rumoraba, de un guardia de Seguridad, tenía fama de pistolero y los dirigentes del Partido no disimulaban la poca estima que le tenían.Quizás conociera algunos secretos y por eso lo toleraban. Alcalde desplegaba una actividad extraordinaria y siempre aparecía por todas partes. No llegaba a tener el aspecto desarrapado de Andrés Martín, pero vivía muy estrechamente con el escaso sueldo que recibía de la organización.

Claudín dejó pronto el trabajo dentro de los estudiantes. En el Congreso anual de las Juventudes Comunistas, lo eligieron miembro del Comité Central. En esa misma reunión conoció a una delegada de Zaragoza, Josefina López, casi una niña y se fueron a vivir juntos. Al abandonar Fernando la casa de sus padres, poca ayuda podía recibir de ellos, ya que eran muchos hermanos, demasiados para el sueldo de un topógrafo. Mi amigo se convirtió en lo que deseaba: en un revolucionario profesional. Debió pasar muchas dificultades, ya que el oro de Moscú no daba entonces para mucho. Nuestra amistad siguió firme, aunque ya nos encontrábamos con mucha menos frecuencia que cuando éramos compañeros de facultad. En el Comité Central, Claudín estaba en-

cargado de organizar el trabajo dentro de los otros partidos políticos. Todos los agentes que infiltraba en organizaciones republicanas y socialistas, le fallaban indefectiblemente, y a los pocos días rompían toda relación con él. Aunque se había convertido en un proveedor de buenos afiliados de nuestros enemigos, no desfallecía en su labor y cada vez cumplía misiones de más responsabilidad.

Eramos ya en Madrid un pequeño grupo de estudiantes comunistas, sobre todo normalistas. Nos encontrábamos muchas veces en el local del Partido de la calle de la Estrella, cerca de la de San Bernardo. También nos veíamos a menudo en mítines y manifestaciones. En una de éstas conocí en la Plaza de Santa Ana a Esperanza Abascal, Julia de las Heras y María Luisa Huerta, que me parecieron arrancadas de las páginas de novelas de la revolución rusa. Su propia presencia daba un tinte emocional a nuestra causa.

Manuel Tuñón de Lara, primo de Mateo Tuñón y estudiante de Derecho, ocupó el puesto de Claudín, en el secretariado estudiantil del Comité Central de la Juventud Comunista. Yo seguí fiel a mi norma de no aceptar cargos, pero tenía que ayudar al nuevo secretario. Nuestra organización crecía poco sobre todo debido al sectarismo. La manifestación comunista del 1o. de mayo de 1933, fue más nutrida que la de años anteriores, pero también fue tratada con mayor dureza. Deshecha a golpes por las fuerzas de orden público, nos diseminamos reuniéndonos de nuevo en otros sitios. Muchos íbamos uniformados con las camisas azules de las milicias, incluso algunas muchachas. Cerca de Lavapiés, una camioneta llena de guardias de asalto se echó sobre nuestro grupo. Alcalde les hizo varios disparos con mi pistola y la camioneta dió la vuelta y desapareció, gracias a eso tuvimos la posibilidad de salir corriendo.

Aunque parezca mentira, encontré tiempo para preparar mis exámenes finales de la licenciatura de Fisíco-Matemáticas, obtuve muy buenas calificaciones y en mayo era ya licenciado. Terminaron la carrera conmigo Nicolás Cabrera y Rosa Bernis y alguno más cuyo nombre se borró con el tiempo de mi memoria. Desde luego muy pocos. Debía haber participado en los cursillos para profesores de bachillerato, pero exigían un mínimo de 21 años y

yo acababa de cumplir los 20. Podía haber hecho gestiones para intentar que me admitiesen, pero nada intenté, quizá porque en el fondo de mi alma deseaba seguir mi vida estudiantil y todas las actividades políticas en que me encontraba sumergido.

Mientras llegaba el tiempo de ir a Alp, me incorporé a la redacción de "Juventud Roja". Dirigía este periódico Velasco, que encarnaba uno de los tipos más perfectos de funcionario comunista que he conocido. Nunca manifestaba opiniones que discreparan con las de los jefes, trabajaba sin descanso por un sueldo mísero, y cumplía con el mayor celo las órdenes recibidas. Aunque no era obrero, sino empleado, me miraba con la desconfianza obligada, en la época de Stalin contra los intelectuales. Naturalmente, yo no cobraba nada. Al contrario, tuve que prestar mi dinero para instalarnos en el último piso de una casa de corredor situada en la calle Mesón de Paredes. Tuve que batallar con imprentas, corregir pruebas, preparar materiales y publicar folletos de propaganda. Para uno de estos, titulado "Canciones revolucionarias", busqué material en libros y revistas; pero como el canto no es mi fuerte, hubo ciertas confusiones y algunas letras no era posible cantarlas con la música que se les asignaba. Como en la contraportada figuraba mi nombre como director de ediciones, todos se dirigían a mí con reclamaciones, y durante bastante tiempo esto fue motivo de broma para mis camaradas.

El verano de 1933 lo pasé en la Cerdaña, lo mismo que los anteriores. Pero nunca estuve tan ajeno a lo que me rodeaba. Mi espíritu seguía en Madrid. En vez de bailar y divertirme con las muchachas de mi edad, me pasaba las horas hablando de catalanismo y trotzkismo con Andrés Xandri, estudiante de Barcelona. Sus padres eran inspectores de primera enseñanza en esta ciudad, donde la madre, Leonor Serrano, había figurado mucho en el movimiento socialista. Su padre era hermano de mi tío José Xandri. En agosto, María Luisa Huerta pasó por Puigcerdá con sus padres y fui a verla. Contra nuestra costumbre, charlamos poco de política, pero no nos atrevimos a hablar de cosas personales y más de acuerdo con nuestras reacciones juveniles. Sin embargo, mostrarse sentimental era para nosotros una debilidad impropia de verdaderos revolucionarios. Después de este encuentro se me hizo más difícil seguir mi veraneo y bastó una carta de mi madre con

la noticia de que mi hermana había estado seriamente enferma, para que me pusiera en camino para Madrid.

En el otoño de 1933, llegó a su punto culminante la ofensiva contra Azaña, que el 4 de septiembre dimitió de una manera definitiva al conocerse los resultados de la elección de vocales del Tribunal de Garantías que dieron el triunfo a sus enemigos políticos del centro y de la derecha. Comenzaron laboriosas gestiones para resolver la crisis. Aunque la minoría parlamentaria más importante era la socialista, todos, excepto Azaña, querían verlos fuera del gobierno. Los jóvenes socialistas comenzaron tímidas manifestaciones de protesta, a las que los comunistas nos mezclamos de inmediato. Los guardias de asalto las disolvían con no demasiada rudeza, ya que todavía no estaba claro cuál sería el nuevo gobierno. Para nosotros, fueron días de intensa actividad. En uno de los encuentros, rescaté un banderín de la Juventudes Socialistas, abandonado en la refriega en plena calle de Alcalá cerca de la calle Sevilla. Ese mismo día rehicimos la manifestación en el Paseo del Prado. Allí se nos unieron un grupo de republicanos federales que traían su gran bandera tricolor por un lado y roja por el otro. Cuando ya íbamos hacia la glorieta de Atocha, los de asalto se lanzaron sobre nosotros, esta vez blandiendo en serio sus porras. La abanderada cayó al suelo y yo traté de correr con la bandera, pero los guardias me alcanzaron y golpearon. Todas estas algaradas no cambiaron el curso de los acontecimientos y a la semana de crisis se formó el primer gobierno Lerroux con radicales y algunos republicanos de izquierda, pero sin socialistas. Se había cerrado la primera etapa de la Segunda República.

En medio de la agitación de aquellos días, había podido ver muy pocas veces a María Luisa, aunque deseaba mucho encontrarme con ella. De repente me llegó la noticia de su muerte. Una grave enfermedad la abatió en unas cuantas horas. Me resultaba difícil creer que aquella joven llena de vida e ilusiones hubiera desaparecido para siempre, pero sólo quedaba su recuerdo. Silenciosos y tristes asistimos muchos a su entierro en el Cementerio Civil, como si presintiéramos que la gran mayoría de los presentes iba a perecer muy pronto.

CAPITULO II

EL PROLOGO DE LA GUERRA CIVIL

La caída del gobierno de Azaña, eliminaba el único posible obstáculo al avance incesante de la polarización en dos extremos irreconciliables, que llevarían a España a la guerra civil abierta. Con todos sus defectos y bajo una bandera izquierdista, Azaña representaba el centro del equilibrio real. Lerroux pretendido centrista, era apoyado por la derecha. Los socialistas, en principio, representaron la izquierda; pero irritados por la marcha de los acontecimientos, no sólo dejaron de ser un freno para la demagogia, sino que, en muchos casos se disponían a encabezarla. La ultraderecha era movida por el carlismo con la "Comunión Tradicionalista" y su organización militar: los requetés.

El panorama político se complicaba con la aparición de nuevos partidos. La Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) de orientación católica; un partido abiertamente fascista (JONS) y otro agrario defensor de los terratenientes; y hasta los partidarios de Alfonso XIII entraron en acción con "Renovación Española".

El último domingo de octubre de 1933, en el Teatro de la Comedia de Madrid, con la protección de los guardias de asalto, José Antonio Primo de Rivera declaró constituida la Falange Española (FE), con un programa político calcado del fascismo italiano y alemán, que idealizaba la violencia como el único camino adecuado para resolver los problemas del país, "que resurgiría de la lucha fuerte y unido, dispuesto a cumplir su destino histórico". Se proclamaba enemigo de marxistas, separatistas y capi-

talistas y adoptó la bandera roja y negra de la CNT; la camisa azul de las MAOC y el saludo romano del fascismo.

La aparición en el escenario político de los falangistas repercutió inmediatamente en la Universidad. Aunque la FUE había perdido influencia, sus únicos enemigos activos habían sido hasta entonces los tradicionalistas, ya que los fascistas de la JONS no tenían casi afiliados entre los estudiantes, salvo en la Universidad de Valladolid. Falange Española traía otros objetivos. Muchos de sus afiliados universitarios eran miembros de la FUE, y los que no lo eran, recibieron orden de ingresar en ella. Sin duda, a Primo de Rivera le era muy grata la idea de que nuestra organización se uniera a la Falange.

Así estaban las cosas, cuando a primeros de noviembre, fue derrotado el primer gobierno Lerroux, al presentarse en las Cortes. Alcalá Zamora encargó a Martínez Barrio la formación de un nuevo gobierno, con el decreto de disolución del Parlamento y la convocatoria de nuevas elecciones. Durante la tramitación de esta crisis, se presentó Jesús Hernández, del buró político del Partido Comunista, en una reunión, en la calle de la Estrella, para anunciar que se preparaba un golpe de Estado con Azaña y los socialistas, apoyados por los guardias de asalto. Nos comunicó la consigna del Partido: ni con Azaña, ni con Lerroux: organizar los soviets. Quedamos todos tan estupefactos como el policía que asistía al acto, y al que no permitimos intervenir. Estaba allí con Claudín y nos pusimos enseguida en movimiento en busca de enlaces que nos permitieran tomar parte activa en los inminentes acontecimientos, pero, naturalmente, nada sucedió.

Las derechas fueron a las elecciones unidas, incluso muchas veces con los radicales. En cambio, los partidos de izquierda fueron cada uno por su lado. Durante la campaña, estuve saliendo por las noches a pegar carteles de propaganda comunista, y el día de la votación voceé la candidatura del Partido en un colegio electoral establecido en el Instituto de San Isidro de la calle Toledo. Por la noche, junto con Carlos Merino estuve esperando los resultados del escrutinio. En el nuevo Parlamento, el centro y la derecha constituían la mayoría, mientras que la representación izquierdista había disminuido mucho. Sin embargo, este resultado no reflejaba la verdadera correlación de fuerzas. La diferencia de

votantes de la derecha y de la izquierda, en relación con las Cortes Constituyentes era muy pequeña; pero la ley era de tal naturaleza, que unos centenares de miles de votos más, aseguraban la mayoría absoluta de diputados.

En la derrota de las izquierdas jugó también un papel la activa y eficaz campaña abstencionista, llevada a cabo por la CNT y la FAI, que alejó a muchos obreros de las urnas. En las nuevas Cortes figuraba un diputado comunista, por Málaga, el doctor Bolívar, y uno falangista, José Antonio Primo de Rivera. La minoría más numerosa era la de la CEDA con Gil Robles al frente y como la mayoría de estos diputados eran antiguos monárquicos, que no se habían declarado republicanos, quedaba la República al arbitrio de diputados ajenos al régimen. Esta situación anormal estaba llena de peligros, ya que la izquierda amenazaba desde el principio con ir a la revolución si la CEDA controlaba el gobierno.

Todo el mes de diciembre la vida española fue sacudida por una ola de huelgas y actos terroristas, desencadenados por la CNT, sobre todo en Aragón. El día 1o. de dicho mes se formó el segundo gobierno Lerroux, que recibió la confianza del nuevo Parlamento y se puso enseguida a la tarea de deshacer toda la obra realizada por los gobiernos de Azaña en los dos años y medio anteriores. Esto aumentó la indignación de las izquierdas.

El Partido Comunista empezó a ser perseguido. Por unos segundos no me detuvo la policía al clausurar un local que estaba cerca de la glorieta de San Bernardo. Me crucé en el portal con los agentes y guardias que subían al piso. Ayudé luego a Claudín a imprimir en multicopista una proclama con la adhesión del Partido al movimiento de la CNT; lo que no alteró lo más mínimo el desprecio con que siempre nos miraban los anarquistas.

Para seguir de alumno en la Universidad, me había matriculado en geometría descriptiva, usando una de las matrículas de honor conseguidas en mi último año de licenciatura. Dicha materia era la única que me faltaba para completar la carrera de Exactas; pero nunca llegué a presentar examen. Varios de mis compañeros, como Bravo y Tapia, habían terminado sus estudios y eran ya profesores de Instituto. La FUE de Ciencias la dirigía conmigo

Simarro, que se había retrasado en sus estudios, por la interrupción sufrida cuando derribó con Tapia el busto del rey en 1930. En la FUE de Madrid, la situación estaba muy tensa al principio de curso. En todas las asociaciones profesionales había una minoría organizada de falangistas, y aunque ninguno de nuestros dirigentes destacados fue ganado por ellos, hubo conversiones inesperadas. De repente, nos encontramos enfrentados con muchos de nuestros antiguos compañeros.

De acuerdo con los estudiantes de la Juventud Socialista, pedimos que la FUE expulsara a todos los estudiantes afiliados a Falange. Esto estaba en contra de la letra de los reglamentos de la UFEH, de un estricto profesionalismo, pero éste era muy difícil de mantener cuando en todo el país los dos campos opuestos eran cada vez más antagónicos. La FUE actuó contra los falangistas con una energía que no había tenido antes, cuando los comunistas del BEOR le planteamos el mismo problema, al actuar políticamente dentro de sus filas.

En juntas generales, celebradas en las asociaciones de las distintas facultades, fuimos eliminando a todos los falangistas que militaban en la FUE. Todo esto se hizo de modo violento y sin respetar normas democráticas.

Uno de los más destacados falangistas de la Facultad de Medicina, era José Miguel Guitarte, antiguo amigo y camarada mío de las juventudes comunistas, con el que, sólo unas semanas antes, había ido a tirar piedras a la Embajada Alemana. Cuando los falangistas de Medicina abandonaban la reunión, derrotados y expulsados, Guitarte hizo el saludo fascista y yo furioso me lié a golpes con él, liquidando en unos momentos toda nuestra antigua amistad y camaradería.

En el ambiente y en el ánimo de todos, estaba claro que se avecinaban días de lucha y nos preparábamos para ello. En cada asociación, organizamos grupos de choque armados con porras, llaves inglesas y algunas pistolas, dispuestos a defenderla. Sin embargo, en un principio, tanto nosotros como nuestros enemigos guardábamos las distancias y aparte de algunos descalabros, las cosas no pasaron a mayores. En Ciencias, por intermedio de Simarro, compramos dos pistolas, que nuestra tesorera, Carmen

Gómez Moreno, pagó sin protestar; pero sin disimular, tampoco, el asombro que le causaba.

Los falangistas no perdían la esperanza de seguir atrayendo a nuestros afiliados y por esto, en principio, no nos atacaron directamente. En cambio, los estudiantes tradicionalistas eran cada vez más audaces y hostiles, sobre todo en Derecho, donde una vez intentaron asaltar nuestro local, pero los dispersó un compañero de la FUE, que hizo dos disparos al techo. Se llamaba Sbarbi y participaba siempre en cualquier incidente universitario. Tenía un amigo íntimo, Vidal, que una mañana apareció muerto en su cama. Quizá se suicidó o fue víctima de un accidente, ya que siempre andaba jugando con un revólver a la ruleta rusa. Desde entonces, Sbarbi fue una persona distinta y empezó a perderle gusto a los altercados. Otro de los que destacaba en nuestros grupos estudiantiles de autodefensa, era Del Val.

El año 1934, iba a ser pródigo en sucesos de toda clase. Fui elegido para la directiva de la FUE de Madrid y dedicaba a mi cargo mucho tiempo y energías. Me hice muy amigo de dos compañeros de la junta, Federico Coello de Medicina y Francisco Ordóñez de Derecho. El primero era de la juventud socialista, a la cual pronto se afiliaría el segundo. Nuestro local social estaba en la calle de Eduardo Dato. Allí fue donde por primera vez me encontré con una estudiante de Filosofía y Letras llamada Carmen Parga, simpatizante comunista, afiliada al BEOR. Estaba en una de las oficinas y crucé con ella unas pocas palabras.

La venta de la revista de las JONS había dado motivo al primer incidente serio, delante de la Universidad en la calle de San Bernardo. Un grupo de nuestra gente se enfrentó a los vendedores, y cuando pensábamos en el clásico cambio de puñetazos, uno de los jonsistas, antiguo pistolero de la FAI, comenzó a disparar para proteger la rápida huida de sus camaradas. José Tuñón, hermano de Mateo y yo que íbamos armados, contestamos con unos cuantos disparos y en cuestión de segundos quedó la calle limpia de gente, sin que por fortuna hubiera ninguna víctima. Había empezado en la Universidad "la dialéctica de las pistolas".

A fines de enero de 1934, se celebró en Sevilla el congreso de la UFEH. Esta vez la juventud comunista pudo dedicarse

abiertamente a prepararlo y a tratar de conseguir el mayor número posible de delegados. Pero su enorme sectarismo se reflejaba en su actitud ante otros grupos de estudiantes. Las relaciones eran frías, sobre todo con los socialistas, que seguían siendo según consigna de Moscú, "los social-traidores", peores aún que los burgueses.

El congreso transcurrió sin pena ni gloria en medio de la incierta situación política. El BEOR desarrolló toda la demagogia posible, pero fracasó en su intento de entrar en la Comisión Ejecutiva. Los socialistas no quisieron aliarse con nosotros y fuimos derrotados por un margen de votos no muy grande; pero convincente. Fueron nombrados para los cargos de mayor responsabilidad, José García y García y Eduardo Robles Piquer, los dos caracterizados por su interés de mantener un aparente carácter profesional a la FUE. El equilibrio lo restauró Sbert que, con su prestigio y habilidad, encauzó los debates y evitó que se adoptasen posiciones extremistas. Probablemente, sus esfuerzos hubieran sido inútiles unas semanas después al agudizarse la crisis. El Congreso demostró de una manera clara la debilidad de la FUE, que ya no era más que una sombra del pasado. El fortalecimiento del BEOR no sólo no resolvía ese problema, sino que lo agravaba. Estuve en Sevilla de delegado, un poco ausente de todo lo que allí se debatía y cada vez más aburrido de las infinitas e interminables reuniones de la fracción comunista con que nos entretenía Manuel Tuñón de Lara. Al volver a Madrid, con Carmen Parga, Coello y otros delegados nos detuvimos en Córdoba, donde José Cobos y varios compañeros de dicha ciudad nos enseñaron todos sus monumentos, empezando por la Mezquita.

Los acontecimientos se precipitaron con rapidez. Las calles se ensangrentaban con motivo de la venta de "FE", órgano de Falange Española, ya que grupos armados socialistas estaban dispuestos a impedirla. Hubo algunas represalias contra vendedores de "Renovación", semanario de las juventudes socialistas, y de los periódicos comunistas, pero los falangistas llevaron, al principio, la peor parte. Esto no repercutió de momento en la Universidad. Esperábamos ataques directos para defendernos, pero salir a la calle no nos atraía. Al mediodía del 9 de febrero, estábamos un grupo de amigos en el local de Eduardo Dato, en espera de unos

callos que nos cocinaba la madre de un compañero. Asomados al balcón vimos pasar un grupo de falangistas. Con ellos iba Matías Montero, de Medicina, antiguo miembro de la FUE y ex-simpatizante comunista. Nos saludó con la cabeza y le contestamos de la misma forma, mientras cruzábamos miradas de desafío con sus acompañantes. Cuando bajaban hacia la Plaza de España vimos que los seguía un sujeto vestido de obrero, bajo y con ojos saltones, que nos hizo señas para que nos uniéramos a él. Le contestamos medio en broma, que no podíamos porque íbamos a comer y lo vimos marchar solo. No nos imaginamos que era el prólogo de una tragedia. El obrero, de un sindicato de la UGT, esperó a que el grupo se dividiera y luego fue detrás de Matías Montero, y lo mató a tiros por la espalda. Trató de huir, pero fue detenido por la policía. Supimos lo sucedido casi inmediatamente, por la hermana de Carmen Parga que telefoneó preocupada, ya que el tiroteo había sido muy cerca de su casa, en el barrio de Argüelles. La noticia nos produjo una enorme impresión. Nos dábamos cuenta que las cosas se ponían demasiado serias. La lucha verbal se transformaba en lucha a muerte y la sangre derramada abriría un foso cada vez más profundo entre los dos polos en que se dividía nuestra generación.

Un acontecimiento internacional echó leña al fuego que nos consumiría. Las unidades militares de los socialistas austriacos, el Schutzbund, combatieron desde el 12 al 16 de febrero hasta ser vencidas por las tropas del canciller Dollfus. Este hecho dió auge a la izquierda del Partido Socialista español, dirigida por Largo Caballero, antiguo ministro del Trabajo, que tenía sobre todo a su lado a los militantes jóvenes. El movimiento socialista alemán había sido liquidado, sin lucha, el año anterior, y ahora en Austria era aplastado después de una resistencia armada de sólo unos pocos días de duración. No querían que se repitiera en España ninguno de los dos casos, y comenzaron a prepararse para luchar en buenas condiciones, con la esperanza de derrotar a sus enemigos antes de que fuera demasiado tarde. Comenzó el reclutamiento y entrenamiento de las milicias socialistas, en las cuales me enrolé desde el primer momento, con evidente disgusto de los comunistas, aunque no llegaron a prohibírmelo.

Los jóvenes socialistas me acogieron con camaradería y no me sentía extraño entre ellos. La mayoría eran obreros y empleados y se manifestaban muy seguros de sí mismos, con la fuerza que les daba el sentirse respaldados por una gran organización: el Partido Socialista y la UGT. Muchos de estos jóvenes seguían la tradición de sus padres, como los hermanos Menéndez: Luis, Carlos y Leonor. Esta última, conocida por Leo, aparecía siempre en todos los lugares, junto con otras muchachas como Carmen Llopis y Carmen González. Entré entonces en relación con varios líderes de las juventudes socialistas, como Federico Melchor, José Cazorla, Aurora Arnaiz y Santiago Carrillo. A los dirigentes universitarios: José Laín Entralgo y Angel Lafuente, hacía tiempo que los conocía de la Universidad.

En aquel curso, encontré todavía tiempo para participar en el equipo de rugby de mi facultad y tomar parte en los juegos de la serie B. La FUE deportiva tenía un excelente organizador en Miguel Morayta. Los campos estaban siempre llenos de jóvenes y las competencias despertaban verdadero entusiasmo. Los partidos de rugby de la categoría A, entre Medicina y Derecho, eran todo un espectáculo y algunos de sus jugadores, como los hermanos Mascaró, eran populares en todo Madrid. Las muchachas universitarias también se habían incorporado al deporte, Carmen Parga, Aurora Villa, Aurora Cuartero y otras, eran verdaderas enciclopedias que lo mismo hacían atletismo, que jugaban al basketball, al handball, al hockey, etc. Mi propia hermana, que terminaba entonces el bachillerato, participó en varios equipos. Lo que no podíamos sospechar es que estábamos celebrando los últimos campeonatos de la FUE deportiva y mucho menos que aquellos campos de deportes iban a ser pronto campos de batalla, donde se desarrollarían feroces combates durante la guerra civil, en los que iban a intervenir como soldados casi todos aquellos deportistas.

La inestabilidad del gobierno, cuya vida precaria dependía de los votos de la CEDA y de los agrarios, aumentaba la intranquilidad reinante. El 3 de marzo se formó el tercer gobierno Lerroux, con Salazar Alonso como ministro de Gobernación, en sustitución de Martínez Barrio, que se había separado, al fin, del partido radical. El nuevo gabinete siguió la obra demoledora, pa-

ra acabar con lo legislado en tiempos de Azaña, lo que aumentaba el número de izquierdistas, desesperados bajo la presión de las derechas cada vez más audaces. La CEDA organizó grandes mítines, con juventudes uniformadas y espíritu totalitario. A fines de marzo, como se hizo público mucho después, varios jefes de las derechas españolas visitaron a Mussolini, que les ofreció gustoso su ayuda, dispuesto a intervenir en los asuntos internos de España.

A pocos días de la muerte de Matías Montero, se hizo pública la unificación de las dos organizaciones fascistas: la Falange y la JONS, con intensificación de su propaganda y sus acciones violentas. Sin embargo, en la Universidad, los falangistas tenían orden de no entrar en conflicto con la FUE. Al contrario, seguían intentando atraernos a sus filas. Incluso Primo de Rivera llegó a tener conversaciones con Coello y Ordóñez. Nuestros compañeros asistieron a la entrevista por la curiosidad de hablar con el jefe de la Falange. Sin embargo, cuando la centuria falangista del Sindicato Estudiantil Universitario (SEU) de Medicina, recibió una mañana a Coello, formada en posición de firmes, éste se sintió avergonzado y terminaron las entrevistas.

La paz provisional de la Universidad era rota de vez en cuando por los estudiantes tradicionalistas, cuyo número y audacia había aumentado mucho. Atacaban nuestros locales cuando estaban vacíos o con poca gente, ya que nuestros grupos de protección les inspiraban todavía respeto. Sin embargo, nos era difícil hacer guardia las 24 horas del día, pues cada vez éramos menos los que estábamos dispuestos a hacerlo. Muchos estudiantes se echaban a un lado ante el cariz que iba tomando la lucha. Los incidentes menudearon. Hubo un asalto a la FUE de Medicina, donde golpearon a un estudiante y otro a nuestro local de la calle de Eduardo Dato, donde entraron pistola en mano, una noche, varios enmascarados y se llevaron de trofeo una bandera. Otros grupos arremetían por sorpresa contra centros de estudio, en barrios apartados que estaban desamparados.

En una ocasión, estábamos un grupo en el local de la FUE de Madrid, cuando nos llegó un aviso telefónico de la Escuela Normal del Hipódromo, con la noticia de una incursión de tradicionalistas. Fuimos allí en unos taxis, pero los intrusos ya habían

desaparecido; en cambio llegó la policía, que detuvo a Coello y a Santiago Garcés, joven obrero socialista que acompañaba a José Laín. Todos los demás integrantes de la fallida expedición de socorro, pudimos escapar. Yo fui el que lo pasé peor, porque tuve que atravesar un campo de futbol próximo, saltando dos tapias. Aunque Coello y Garcés llevaban pistolas, y fueron acusados de tenencia ilícita de armas, nuestros abogados consiguieron sacarlos de la cárcel en muy pocos días.

El único encuentro directo con un pequeño grupo de falangistas tuvo lugar en los pasillos de la Universidad, cuando repartían propaganda impresa. Al recibir un porrazo, uno de ellos se volvió sobre su agresor y le dio un tiro en el cuello; luego hizo fuego contra mí dos o tres veces más, hiriendo en la pierna a una muchacha ciega que estaba en la ventanilla de la secretaría. Salió luego corriendo hacia la calle, recibió otro golpe de Del Val y no lo pude alcanzar hasta la puerta. Forcejeamos y rodamos por el suelo, mientras trataba de quitarle la pistola, cuyo carro, al seguir disparando se me clavó dos veces en mi mano derecha. Los dos fuimos a parar primero a un puesto de socorro y después a la comisaría de policía. El tenía la cabeza abierta del segundo porrazo y había conseguido vaciar el cargador de su arma antes de perder el conocimiento. Nuestro supuesto herido grave, Cordón, de Medicina, tuvo la suerte de que la bala siguió una trayectoria en sedal y no penetró. La policía me dejó ir, pero el que disparó, quedó detenido. Como también los falangistas tenían buenos abogados, fue puesto pronto en libertad bajo fianza y el tribunal más tarde lo absolvió. Casualmente, era hijo de un antiguo compañero de mi padre, en el Instituto Geográfico.

Se produjo una tragedia como resultado de este ambiente belicoso que ponía armas en manos inexpertas. Se repitió el triste fin de Vidal, pero en circunstancias mucho más dramáticas. Un domingo por la tarde, en el local de la FUE de Madrid, jugaban varios compañeros con un viejo revólver que se consideraba descargado e inútil, y Carmona, de Medicina, hirió de un tiro en la cabeza a Elola, de Ciencias. Hubo una gran confusión mientras Coello llevaba a curar al herido y se hacían desaparecer todas las armas que había por los rincones del local, antes de que se presentara la policía. Yo llegué a los pocos momentos, y tuve que ir

a mi casa a dejar mi pistola que guardaba con llave en el cajón de una mesa. Cuando regresé ya estaban los agentes interrogando a nuestro secretario general, Manuel Pardo Gayoso, y alguien me advirtió que encima de un armario había dos bombas de fabricación casera, que los anarquistas vendían a diez pesetas. Aproveché un descuido de los policías, me subí a una silla, cogí las bombas y las metí una en cada bolsillo del pantalón. La silla se resbaló y poco faltó para caerme al suelo con todo el cargamento.

Estuve unos momentos más en el despacho de Pardo Gayoso que trataba de contestar a las preguntas de los investigadores y me marché de allí. El problema fue liberarse de las bombas. Me acerqué a unas oficinas del Socorro Rojo, pero no quisieron comprometerse. Por fin me fui a los jardines debajo del Viaducto y dejé los artefactos lo más escondidos posible entre unas matas, procurando que no me viera alguna de las muchas parejas de novios, que pululaban por allí, buscando las sombras como yo, aunque por motivos diferentes. Tuve varios días serios remordimientos. Pero no ocurrió nada o por lo menos los periódicos no recogieron ninguna noticia que pudiera tener relación con las dichosas bombas. Lo más desagradable para mí fue cierto ruidito que hacía algo suelto dentro de ellas mientras las transportaba y que temía estuviera relacionado con su rudimentario mecanismo de explosión.

Mientras tanto Elola fue transportado a uno de los mejores sanatorios particulares en Madrid, el Santa Alicia, fundado por el doctor Vital Aza. Coello movilizó también a los mejores especialistas de la Facultad de Medicina. En la pequeña habitación donde Elola, ya perdido el conocimiento, luchaba con la muerte, pasé una larga noche de pesadilla. De vez en cuando le tomaba el pulso que cada vez se aceleraba más. No había ningún pariente suyo. La familia estaba sufriendo un doble drama, el padre de Elola, muy enfermo, agonizaba también. Sólo vino a verlo, al principio, un primo falangista, luego por muchos años "Jefe Nacional de Deportes", al que nuestro compañero, que conservaba todavía algo de lucidez, trató despectivamente. Por la mañana temprano, los médicos trataron inútilmente de salvarle la vida sometiéndolo a una operación quirúrgica. Mientras tanto, Carmona abrumado por lo ocurrido, se entregó a la policía, para respon-

der ante la justicia del desgraciado accidente. La directiva de la FUE le aconsejó que lo hiciera, prometiéndole al mismo tiempo toda la ayuda posible.

El ministro de Gobernación, Salazar Alonso, clausuró todos los centros estudiantiles, tanto de la FUE como falangistas y tradicionalistas. Se olvidó de cerrar el local de la UFEH situado cerca del Palacio de la Prensa, en una bocacalle de la Gran Vía. Estábamos allí con Robles, cuando nos avisaron que subía por la escalera la plana mayor universitaria de la Falange. Parecía que venían en son de paz, a parlamentar. Carmen Parga, que conocía personalmente a Aguilar, uno de los visitantes, se ofreció a recibirlos, los entretuvo un momento en el vestíbulo y luego los llevó al despacho de Robles, mientras Ordóñez, Coello y yo quedamos a la espectativa en la habitación de al lado.

Venían a proponernos una protesta conjunta contra la decisión del gobierno. Robles les dijo que la FUE iba a la huelga, que ellos podrían unirse, pero con la condición de que no hubiera un solo grito falangista y que los únicos vivas que se dieran fueran los de nuestra organización. Ellos lo aceptaron tácitamente.

Al día siguiente, comenzó en la Universidad nuestro movimiento. Los falangistas, en silencio, colaboraron con nosotros en la suspensión de las clases. Como los tradicionalistas tampoco se oponían, no hubo problemas ni en Derecho ni en Ciencias, y la huelga fue enseguida unánime. Los falangistas estaban encabezados por un antiguo miembro de la FUE, representante de Ciencias en la organización deportiva, Díaz Aguado. Queríamos provocar a los guardias de asalto y lanzamos por las ventanas bastantes muebles y hasta radiadores de la calefacción, a pesar de la resistencia de algunas autoridades académicas, como el anciano decano de la Facultad de Derecho, Adolfo González Posada. También el viejo bedel mayor de la Universidad iba tras de nosotros, tratando con súplicas, de impedir nuestros desmanes, sin éxito, por supuesto.

La fuerza pública nos observó de lejos y no hizo ningún disparo contra el edificio. Nosotros teníamos algunas pistolas que nos proponíamos usar en el caso de que los guardias hicieran fuego, pero afortunadamente, nada ocurrió. La Universidad fue clausurada ese mismo día hasta los exámenes, ya próximos.

Las milicias de la Juventud Socialista continuaban su organización. A las primeras asambleas en masa, casi públicas, que se celebraron en el Círculo Socialista del Oeste, sucedieron reuniones pequeñas en escuadras de diez hombres, que integraban una organización clandestina. Yo fui al comienzo simple miliciano. Mi jefe de escuadra, apellidado Largo, sin que tuviera ningún parentesco con Largo Caballero, nos llevaba y traía de un lado para otro en las primeras movilizaciones. Siempre que me encontraba cansado y me preparaba para acostarme, aparecía Largo a buscarme, para concentrarnos en algún lugar, generalmente en la Casa del Pueblo. Allí, en una de sus secretarías tuve por primera vez en mis manos un fusil Mauser, y aprendí a manejarlo. Muchas veces acudíamos sólo Largo y yo, porque los demás encontraban un pretexto para seguir durmiendo. Pero yo no le fallé nunca y hasta un día que se me ocurrió ir al Teatro Español, en la Plaza de Santa Ana, por allí apareció mi jefe y no me dejó ver el final de la representación.

El embrión de las milicias socialistas actuó por primera vez, desempeñando misiones en la huelga general con que Madrid respondió a la concentración de la CEDA, celebrada el día 22 de abril en El Escorial. Estábamos concentrados en la Casa del Pueblo y de allí salíamos en pequeños grupos a lanzar botellas de líquido inflamable o algún petardo, para asustar a los esquiroles, o simplemente, para hacer acto de presencia.

A veces nos reunían durante la noche para pegar carteles de las Alianzas Obreras y en una ocasión me tuvieron hasta la madrugada con un rifle Winchester en la azotea de la Casa del Pueblo, que se temía fuera asaltada. Todo esto se hacía demasiado a la vista de la policía de Salazar Alonso, que seguía de ministro de Gobernación en el nuevo gabinete presidido por Samper, que el 28 de abril había sustituido a Lerroux. Sin embargo la debilidad de todos estos gobiernos impedía a la Dirección General de Seguridad tomar medidas contra nosotros.

La Juventud Comunista había tolerado que algunos de sus militantes ingresaran en las milicias socialistas. Incluso se incorporó todo el grupo de las MAOC que dirigía Francisco Galán, ex-teniente de la Guardia Civil, hermano del capitán fusilado en Jaca. Pero los dirigentes comunistas veían esto con demasiadas

sospechas, así que no extrañó a nadie el que dieran la orden de separarnos de los socialistas. Un día el secretario general de las Juventudes Comunistas, Rozado, me citó en presencia de Claudín, para comunicarme oficialmente esta decisión. Yo quizá la hubiera aceptado si me permitieran retirarme silenciosamente; pero me explicó que tenía que ser un acto público. Debía comunicar a los jóvenes socialistas que me iba porque ellos no eran verdaderos revolucionarios, sino que traicionaban la causa del proletariado con posiciones demagógicas. Esto no estaba dispuesto a hacerlo en ningún caso, ya que, sin entrar en profundidades sobre lo que representaba la línea izquierdista que encabezaba Largo Caballero, los socialistas que había tratado, me parecían sinceros, me había compenetrado con ellos, eran mis amigos y camaradas y no estaba dispuesto a insultarlos. El resultado final fue que no cumplí la orden y de hecho, quedé al margen de las Juventudes Comunistas.

Poco a poco fui subiendo de categoría en las milicias socialistas y junto con Coello y Ordóñez, entré en el grupo de confianza que rodeaba a Fernando de Rosa, socialista italiano, jefe militar de las milicias. De él sólo sabíamos entonces, que había participado en un fallido atentado al príncipe Humberto de Saboya, en Bélgica, en el año 1929. Hablaba el español con fuerte acento, y tenía un gesto adusto, detrás del cual se escondía, como supe mucho después, al conocerle mejor, un idealista sentimental.

Con Fernando de Rosa participé en una descabellada aventura que terminó bastante mal, pero que pudo haber sido peor. Un domingo por la noche, salimos en tres taxis hacia Valladolid. Se trataba de apoderarse de un depósito de armas de los falangistas, que según informes, estaba en una finca, cerca de la ciudad. Alguien nos iba a esperar de madrugada en un puente de un camino secundario y nos conduciría al objetivo. El primer error fue que no contamos con que a esa hora volvían de la Sierra de Guadarrama millares de autos con familias que habían pasado allí el fin de semana. Por este motivo nuestros coches tuvieron que ir muy despacio. Luego el auto en que iba Fernando de Rosa no marchaba bien, lo cambió por el mío, pero volvimos a perder más tiempo. Llegamos a Valladolid bastante tarde, sobre todo yo, porque mi nuevo vehículo había seguido fallando. En el lugar

de la cita nos dijeron que el asunto se había aplazado, que durante el día hiciéramos lo que quisiéramos y que volviéramos al mismo lugar a la noche siguiente.

Yo era el jefe de mi taxi. Conmigo venían dos panaderos de Artes Blancas, además del chofer. Escondimos bien las pistolas detrás de los asientos y en una desviación paramos el auto y dormimos a pierna suelta. Uno de los que venían conmigo se empeñaba en ir a su pueblo, que no estaba lejos, pero me negué a ello, no íbamos a ir pregonando nuestra presencia en sitios donde podían reconocernos. Entramos a comer a Valladolid y seguimos deambulando hasta que el sol se puso y se acercaba la hora de actuar. Tratamos de llegar en punto; ni antes ni después de la hora marcada. Sacamos las pistolas de sus escondites para estar preparados. Cuando nos acercamos vimos que los otros dos taxis habían dado ya la vuelta y tenían los faros encendidos. José Laín me gritó que estaba la Guardia Civil y que tenía que dar la vuelta para escapar. Los dos coches arrancaron a toda velocidad. No sé cómo mi auto no fue a parar a la cuneta al dar la vuelta en el camino. Pero todo salió bien. Yo me bajé pistola en mano por si alguien se acercara, pero en aquel momento nadie lo intentó y a toda velocidad salimos hacia Madrid. Si entonces se para el motor hubiera sido nuestro fin; pero funcionó perfectamente y en relativamente poco tiempo, llegamos a la capital y al Sindicato de Artes Blancas, en la Casa del Pueblo, donde entregamos las armas al secretario Rafael Henche de la Plata.

Allí nos enteramos que al llegar los dos primeros taxis al lugar señalado, Carlos Menéndez se bajó a explorar y cayó en una emboscada de la Guardia Civil, que de alguna forma se había enterado de todas nuestras idas y venidas de la noche anterior. Sin embargo, no se decidieron a disparar contra nosotros que debíamos ofrecer un blanco perfecto, cuando los coches encendieron las luces para virar. Parece ser que al poco rato llegó de Valladolid una camioneta de guardias de asalto, que mandaron en nuestra persecución, pero que no consiguió darnos alcance.

Carlos Menéndez fue acusado de tenencia ilícita de armas e ingresó en la cárcel, pero a los abogados socialistas no les fue difícil conseguir su libertad a las pocas semanas.

El 5 de junio comenzó la huelga de los campesinos, decretada por la Federación de Trabajadores de la Tierra de la UGT. El gobierno Samper reprimió el movimiento con dureza, clausurando en todas partes las Casas del Pueblo y deteniendo a miles de participantes.

El domingo 10 de junio cuando volvían por la tarde a Madrid los excursionistas que llenaban la Casa de Campo los días de descanso, de un auto que pasaba a toda velocidad, hicieron unos disparos contra un grupo de jóvenes de la organización deportiva socialista "Salud y Cultura" y mataron a Juanita Rico. En la ola de violencias que se había desencadenado destaca este hecho lamentable, ya que la víctima había sido escogida al azar y perecía a manos de cobardes, a los que era más fácil cometer impunemente este crimen, que atacar frente a frente a sus enemigos. La mayoría de los caídos en la lucha callejera eran combatientes que sabían a lo que se exponían en aquella guerra no declarada, pero Juanita Rico murió por una ciega represalia que nada puede justificar.

Me sentía bastante descontento conmigo mismo, ya que a causa de tantas actividades políticas, había descuidado por completo mi carrera y no me podía examinar de geometría descriptiva. De repente, decidí solicitar una beca para asistir en los meses de verano a los cursos de la Universidad Internacional de Santander. Me la concedieron sin dificultad por mis buenas notas en cursos anteriores. Si no me la hubieran dado, pensaba de todos modos ir al campamento de la Colonia Estudiantil Universitaria de Santander (CEUS), que por segunda vez se organizaba con gente de la FUE. Carmen Parga había estado en él el verano anterior y pensaba volver de nuevo.

A fines de junio salí para Santander. En la estación nos esperaba un autobús para trasladar a los becados al Palacio de la Magdalena, antigua residencia de verano de los reyes de España, donde estaba instalada la Universidad. Saludé al rector que era Blas Cabrera, mi profesor de física general y de electricidad, y en la oficina me mandaron a la misma habitación que a su hijo Nicolás. La instalación era muy buena e inmediatamente empezamos las actividades. Había clases de idiomas y conferencias de todas las ramas del conocimiento humano, a cargo de personalida-

des famosas, tanto españolas como extranjeras. Asistían alumnos elegidos de todas las universidades del país con sus carreras recién terminadas, maestros de primaria y profesores de escuelas normales, además de estudiantes extranjeros de diversas nacionalidades.

El programa de estudios despertó en mí el mayor interés. Era el resumen de toda la cultura de la época y me dispuse a no perder ni una sola clase. Las conferencias abrían ante mí nuevos horizontes del pensamiento, de forma que toda la agitación política que me había absorbido en los últimos tiempos, quedó por completo olvidada, más bien relegada a un segundo plano, como algo que no podía llenar toda mi vida. Al conversar con Nicolás Cabrera que ya trabajaba en la Fundación Rockefeller de Madrid, me dejaba atraer por su convicción de que lo más importante era dedicarse a la investigación científica y me hacía el firme propósito de ingresar para el otoño en esos laboratorios.

Participaron aquel año en los cursos de verano de Santander muchos de los físicos más famosos de aquellos días. Entre ellos me impresionó muy especialmente, el vivaz Schroedinger, fundador de la mecánica ondulatoria y premio Nobel de 1933, refugiado ya entonces en Suiza, debido a las persecuciones de Hitler. Después de oír a tan excelentes maestros, la física adquirió para mí un nuevo sentido, el de ciencia básica de la Naturaleza, que podía intentar la síntesis de las leyes universales, ordenando, agrupando y relacionando entre sí, la enorme masa de los fenómenos diversos. No menor interés despertaron en mí las ideas de pensadores y filósofos como Miguel de Unamuno, Jacques Maritain, José Gaos y otros.

En resumen, en los dos meses que duraron los cursos, aproveché al máximo todas las posibilidades que se me presentaron para adquirir nuevos conocimientos, y lo hacía con avidez para recuperar el tiempo perdido. Aunque había clases toda la mañana y parte de la tarde, quedaban horas suficientes para descansar, pasear, practicar deportes, tomar baños de sol y de mar, hacer excursiones y celebrar fiestas y bailes.

El campamento de la CEUS no estaba este año junto a la Magdalena, como el anterior, sino muy lejos, al otro lado de la bahía, en el antiguo hipódromo. De todas formas, fui varias veces

a ver a Carmen Parga y salimos a pasear por los alrededores de la ciudad. Los de la CEUS tampoco venían mucho por los cursos pero sí participaron al final en una exhibición deportiva organizada por Luis Agosti, uno de los mejores atletas de la FUE, profesor de cultura física en la Universidad. Hubo un partido de hockey en el que las universitarias dirigidas por Carmen Parga, ganaron fácilmente a las estudiantes locales y uno de rugby en el que perdimos ante un equipo de Santander, falto de técnica, pero con una fortaleza física insuperable. En nuestra selección internacional, participaron el escritor francés Jean Prevost, otros extranjeros y algunos jugadores de los campeonatos de Madrid. La Universidad Internacional de Santander fue aquel año un oasis en medio de una España que se preparaba a devorarse a sí misma. Allí convivimos personas de distintas opiniones políticas y religiosas que nos tolerábamos perfectamente. En aquel ambiente de cultura, floreció la camaradería entre las personas más dispares y nadie se preocupaba de cómo pensaban los demás. Hice amistad con María Josefa Salvatierra, de Pamplona y con otros compañeros de las más diversas procedencias. A muchos de los estudiantes que se agolpaban en las aulas y luego corrían a bañarse en el embarcadero de la Magdalena, el porvenir les reservaba muchas calamidades; por eso, quizá, todos vivíamos disfrutando al máximo.

A mediados del verano llegó Federico García Lorca con el teatro universitario "La Barraca", que dio para nosotros unas magníficas representaciones. Como chofer de uno de los camiones, venía Simarro, que me trajo saludos de los amigos de Madrid y me habló de cómo crecía la tensión política, a pesar de las vacaciones.

El final de los cursos llegó antes de lo que hubiéramos deseado y aquel conglomerado circunstancial de alumnos, se fragmentó en todas direcciones por España y por el extranjero. Regresé a Madrid a primeros de septiembre y ya en el tren me sentí invadido por la tristeza de las despedidas y una sensación de angustia e incertidumbre respecto al futuro.

Al llegar a la capital, Ordóñez me informó que la revolución era inevitable, ya que la CEDA insistía en entrar a formar parte del gobierno y las izquierdas no podían permitir que la República cayera en manos de los monárquicos. El momento crítico sería a

principios de octubre, cuando se abriera la sesión de Cortes, ya que seguro Gil Robles retiraría su apoyo al gobierno Samper.

El sábado 8 de septiembre, la UGT declaró una huelga general en Madrid, con motivo de la concentración de terratenientes catalanes del Instituto Agrícola de San Isidro, que protestaban ante el gobierno central por la Ley de Cultivos de la Generalidad, favorable para los *rabassaires*, arrendatarios de sus campos. Ese día, las milicias socialistas movilizaron a todos sus miembros para llevar a cabo pequeñas acciones callejeras.

Fernando de Rosa me dio el mando de una compañía de milicias, en total diez escuadras de diez hombres, más una escuadra de mando. La mayoría de los milicianos eran socialistas de edad media, aunque también había jóvenes. Mis proyectos de entrar a trabajar en la Fundación Rockefeller seguían en pie; pero en aquel agitado mes de septiembre, ante la revolución que se aproximaba, decidí ocupar mi puesto dentro de las milicias socialistas, dejando todo lo demás para mejor ocasión. De esta forma se consumaba mi separación de los comunistas, aunque éstos, al fin, acordaron ingresar en las Alianzas Obreras organizadas por Largo Caballero.

Los preparativos de la insurrección exigían, en primer lugar, disponer de armas. Para ello, los socialistas adquirieron un depósito propiedad de revolucionarios portugueses, que venían trasladándolo de un lado a otro sin encontrar oportunidad de utilizarlo. El gobierno descubrió parte del alijo en Asturias, cuando se desembarcaba del barco "Turquesa", y declaró el estado de alarma en todo el país. Este tropiezo pudo desarticular la organización de las milicias en Madrid, porque muchos que guardaban armas, al temer ser descubiertos, pedían que las cambiáramos de lugar. Comenzaron los bultos a danzar de un lado a otro, con peligro para todos los que participábamos en el transporte. Fueron unos días de febril actividad para esconder el armamento, ya que el pánico se había extendido y pocos querían colaborar. Una gran parte del material más ligero fue a parar a casa del profesor socialista Rafael de Buen, cuya esposa no sólo no se atemorizaba, sino que nos daba ánimos a todos con su gran tranquilidad. Tuve una noche debajo de mi cama una maleta con dos ametralladoras inglesas Lewis, que Ordóñez dejó un día en la portería de mi

casa, al fallarle los que debían recogerlas. Por la mañana les encontré acomodo antes de que mi madre se enterara.

La policía no descubrió todo este trasiego sospechoso; sólo la casualidad dio origen a una grave complicación. Una pareja de la Guardia Civil, de vigilancia en la Ciudad Universitaria, notó algo raro en un barracón que servía de almacén de la FUE Deportiva. Su sorpresa fue grande cuando al llegar allí encontraron a Ordóñez rodeado de toda clase de pertrechos bélicos. Había incluso fusiles antitanque de cañón muy largo y gran calibre, que aparecieron al día siguiente fotografiados en toda la prensa. Ordóñez fue detenido e interrogado por el capitán Santiago, uno de los investigadores más capaces de la Dirección General de Seguridad, pero guardó el secreto más absoluto y su arresto no tuvo consecuencias para el movimiento, aunque conocía perfectamente la trama, los mandos de las milicias y las direcciones de los demás depósitos de armas.

Sin embargo, este incidente aumentó aún más los traslados de armamento. Recibí orden de evacuar rápidamente todo lo guardado en el domicilio de un obrero del Sindicato de Artes Blancas, que vivía en una bocacalle de la Gran Vía, junto al Palacio de la Música. Por algún conducto se supo que la policía se iba a presentar allí de un momento a otro. Como no había tiempo que perder, movilicé a una escuadra de mi compañía, alquilé los tres primeros taxis que pasaron y sin tomar las más mínimas precauciones, a plena luz del día, bajamos los paquetes a los vehículos ante la sorpresa de los choferes que se daban muy bien cuenta de lo que llevaban. Incluso uno de los bultos se rompió en la portería, desparramándose por el suelo los cartuchos que contenía. Los taxistas, al conocer nuestra filiación, se prestaron a colaborar y a nosotros no nos quedaba más remedio que confiar en ellos. Distribuí el cargamento en pequeñas porciones entre los miembros de mi compañía. Los agentes policiacos llegaron efectivamente esa noche a la casa que habíamos vaciado y detuvieron a nuestro compañero, que no tuvo fuerza de voluntad para separarse de su propia pistola, la cual apareció en un baúl durante el registro.

A primeros de octubre se desarrollaron los acontecimientos en la forma prevista por los dos bandos y sin que a nadie se le

ocurriera ceder. Gil Robles retiró la confianza al gobierno Samper, que se vió obligado a dimitir. El presidente de la República, Alcalá Zamora empezó las consultas. Dada la composición del Parlamento, no tenía más alternativa que disolverlo o permitir que la CEDA entrara en el gobierno. Escogió la segunda solución a sabiendas de que el Partido Socialista y la UGT, habían anunciado que si en el gobierno entraban monárquicos, sin prometer previamente lealtad a la República, no respondían de las consecuencias.

Toda la tarde del 4 de octubre, mi compañía de milicias estuvo movilizada en la zona de la Glorieta de Quevedo, donde vivían la mayoría de sus miembros. Oímos por radio la información del nuevo gobierno, y luego, ya seguros de que llegaba la hora de actuar, esperamos nerviosos las órdenes correspondientes. Pasaban ya las 9 de la noche cuando llegó Leo Menéndez a comunicarme que con mi compañía me trasladara al barrio de la Prosperidad, junto a la Guindalera, donde debíamos concentrarnos en el bar "Panchito". Las calles estaban casi vacías porque empezaba a surtir efecto la orden de huelga general dada por la UGT. El Metro dejaba de funcionar, los tranvías se dirigían a sus depósitos y los taxis se negaban a prestar servicio. Tuvimos que amenazar pistola en mano a algunos de los conductores, para que nos trasladaran a nuestro punto de destino. Se empezaban a ver por las calles, patrullas de guardias de asalto y de guardias civiles, pero nos trasladamos sin novedad.

El bar "Panchito" era un gran salón cuyo dueño hubiera querido también cerrar para eludir complicaciones; pero que en cuestión de minutos se llenó de una gran masa de milicianos, pues además de la nuestra, había otras compañías. Nos mirábamos unos a otros con curiosidad, ya que la mayoría no nos conocíamos. A la media hora, no cabía allí más gente y muchos estaban también en la calle. Aquello era pedir a gritos que viniera la policía. Cerca de las 11 de la noche y en vista de que no recibía más instrucciones, tomé la decisión de trasladar a mi compañía al Círculo Socialista de la Prosperidad, que se encontraba muy cerca, y colocar pequeños grupos con armas cortas en las proximidades, para que nos previnieran si llegaba la fuerza pública. Detrás de la puerta del Círculo, para no ser sorprendidos, coloqué a un joven socialista, Raimundo Calvo, con una metralleta alemana y a otro

miliciano con una pistola ametralladora Mauser. A otros milicianos bien armados los coloqué en las ventanas. Lo peor fue que las otras compañías se vinieron detrás de nosotros y al poco tiempo había demasiada gente en el pequeño edificio de un solo piso del Círculo Socialista. Todas las secretarías estaban repletas de gente y lo mismo el salón de actos, que tenía una pequeña plataforma en el fondo que servía de escenario.

Pasadas las doce de la noche llegó de nuevo Leo Menéndez con unas cajas llenas de armas cortas y varias pistolas ametralladoras y la orden de marchar a Cuatro Caminos. Allí nos vestiríamos de guardias civiles y luego volveríamos a la Prosperidad para asaltar el cuartel de la Guindalera, del grupo motorizado de dicho cuerpo, uno de cuyos oficiales, el teniente Fernando Condés, era socialista y se había comprometido a facilitarnos la entrada, junto con algunos de sus guardias, que habían prestado los uniformes. Cualquiera que conozca la capital de España comprenderá lo disparatado del plan. Ir de la Glorieta de Quevedo a la Prosperidad, para luego volver a Cuatro Caminos y luego otra vez a la Guindalera, en una ciudad en huelga general y el gobierno, prácticamente, en estado de guerra, era de hecho imposible. De todas formas me dispuse a cumplir las órdenes recibidas y comencé a repartir armas explicando su manejo.

En este momento, un camión descubierto, con guardias de asalto, llegó a la puerta del Círculo, cruzándose con el auto en que se iba Leo Menéndez. Los milicianos de la calle, que debían habernos advertido, se dispersaron sin hacer fuego y los guardias, fusil en mano, saltaron del vehículo y se aproximaron al local. Mis dos hombres colocados detrás de la puerta dispararon sus armas automáticas; el atacante que iba en cabeza cayó mortalmente herido y los demás retrocedieron de prisa, parapetándose en las casas vecinas. Desde allí empezaron a acribillarnos con sus armas largas, cuyas balas tenían suficiente potencia para atravesar las débiles paredes del edificio, cruzar el salón y rebotar en todas direcciones. Mis hombres y yo, desde las ventanas, contestábamos con ciegas e ineficaces ráfagas, guiándonos sólo por los fogonazos y el estruendo de los tiros. La mayor parte de los que estaban en el Círculo no tenían armas y buscaban refugio en todas partes, incluso debajo del escenario. Habíamos caído en una

ratonera y en pocos minutos nuestros enemigos recibieron refuerzos y fuimos cercados, sin dejarnos la menor posibilidad de escapar. Combatientes improvisados, no nos decidimos a salir de allí en los primeros segundos cuando aun a costa de grandes pérdidas, podríamos habernos abierto paso. Allí encerrados nos limitamos a disparar rabiosamente durante una hora, mientras el fuego de los fusiles de los sitiadores caía sobre nosotros desde todas partes, indicándonos que estábamos bien rodeados.

Cualquiera hubiera pensado que el número de víctimas dentro de aquel edificio agujereado tenía que ser cuantioso, sin embargo, sólo fue herido uno de los que estaban refugiados debajo del escenario. Recibió un balazo en el vientre y gritaba pidiendo auxilio. En este momento se hizo un alto en el fuego, que aprovecharon los guardias para pedirnos a gritos que nos rindiéramos y saliéramos con los brazos en alto. La masa de gente desarmada que estaba agazapada en todos los rincones del Círculo, comenzó a contestar que se entregaban y sin hacer caso de nuestras amenazas, se abalanzaron hacia la puerta; pero una vez allí, se agolpaban sin atreverse a salir a la calle. Si se reanudaba entonces el tiroteo, habría una gran matanza. Pensé además, que los primeros que aparecieran podían ser acribillados por los guardias, y como debía cargar con toda la responsabilidad, di orden a mis hombres de tirar las armas, aparté a la gente, pasé por encima del cadáver del guardia allí tendido, y salí fuera con las manos en alto. A pocos pasos de mí, otro guardia que oprimía nerviosamente un fusil, me gritó que me pusiera de cara a la pared. Cuando lo hice estaba seguro de recibir un tiro por la espalda. Fueron unos segundos que me parecieron siglos. Pero, inmediatamente, empezaron a salir más personas con los brazos en alto, que me fueron desplazando a un lado. Al poco tiempo, éramos una docena, y muy pronto centenares los que apoyábamos nuestras manos levantadas, en la pared. Muchos guardias de asalto nos rodeaban. Levantaron el cadáver de su compañero y sacaron a nuestro herido, que no dejaba de quejarse. Lo tendieron enmedio de la calle y cuando llegó una ambulancia a recogerlo, era ya demasiado tarde para salvarle. Más de una hora nos tuvieron allí con los brazos en alto, mientras seguían llegando más camiones para llevarnos a la Dirección General de Seguridad. Luego nos

ataron; el guardia que me amarró me dijo que era también socialista y apretó tan poco los nudos, que tuve que hacer grandes enfuerzos para que no se me cayera la cuerda. Se notaba que la fuerza pública estaba desconcertada al principio del movimiento, cuyo alcance no se podía todavía prever.

Casi amanecía cuando nos metieron en los calabozos del sótano de ese centro policiaco, todavía no muy llenos. Continuamente traían más detenidos hasta que estuvieron tan repletos, que faltaba aire para respirar y nos apretujábamos cerca de los barrotes para no ahogarnos. Al fin, llegó tanta gente que tuvieron que dejar abiertas las puertas de las celdas y todo el sótano se abarrotó con los arrestados. La acción militar de las milicias había fracasado y los elementos dispersos habían sido cazados por los guardias en todas partes. Muchos detenidos eran miembros de otras organizaciones de izquierda, que habían intentado unirse al movimiento y, otros, simples curiosos a los que la policía detenía en la calle sin admitir explicaciones. Por allí aparecieron también compañeros de la FUE: Coello y Simarro, que mandaban compañías de milicias, Emilio Loma, estudiante de Derecho, Carlos Merino y otros muchos.

La derrota era aplastante, pero nos consolábamos pensando que la lucha contra el gobierno podía tener éxito en otras partes y que aún no se habían jugado todas las cartas. Nos tuvieron más de un día sin comer, con sólo un grifo para agua y un retrete para los varios centenares de detenidos, amontonados en el sótano. Aunque trasladaban gente a la Cárcel Modelo, esto no aliviaba nuestra situación, porque aparecían nuevos arrestados. Ni nos tomaban los nombres, ni nos interrogaban. Al tercer día, nos empezaron a repartir una bazofia tan repelente, que no podíamos tragar más de dos o tres cucharadas, a pesar del hambre.

Los nuevos detenidos nos trasmitían las noticias y rumores que corrían por la ciudad. En Asturias los socialistas, anarquistas y comunistas unidos, se habían apoderado de la cuenca minera y marchaban hacia Oviedo. En Barcelona, el 6 de octubre al anochecer, es decir, dos largos días después de conocerse la lista del nuevo gobierno de Madrid, Companys había declarado el Estado Catalán, dentro de la República Federal Española. Pero todo se

redujo a una noche de tiroteo y cañoneo por las calles, hasta que el general Batet con las tropas de la guarnición, declaró el estado de guerra y obligó a rendirse, al amanecer, al gobierno de la Generalidad. Manuel Azaña que estaba en Barcelona, fue también aprehendido.

Por fin me llegó el turno de que apuntaran mis datos personales. Un guardia escribió mi nombre, apellidos, edad, profesión y domicilio, mientras otro registraba mis bolsillos. Entre el forro palpó un bulto que resultó ser un cartucho especial de pistola ametralladora. Durante el tiroteo en la Prosperidad, yo había tenido los bolsillos llenos de cargadores y por un agujero se había deslizado uno de los proyectiles, sin que me diera cuenta en todo el tiempo transcurrido. El guardia me dio una bofetada y apuntó mi nombre en un periódico que llevaba en la mano. Pero se olvidó del incidente o perdió la anotación, el caso es que nunca salió a relucir en mi expediente este hecho, que en otras circunstancias menos confusas, hubiera comprometido mucho mi posición ante la justicia. Aquella noche, a los detenidos que quedábamos de las primeras hornadas, nos subieron a los pequeños calabozos del patio, donde dormimos apaciblemente, echados sobre montones de periódicos de izquierda, decomisados. Al día siguiente, nos llevaron en un coche celular a la Cárcel Modelo, y nos amontonaron en las celdas de admisión, mientras nos fichaban y tomaban las huellas dactilares. Los guardianes no nos trataban mal; pero a uno de los detenidos que se puso a cantar para tratar de acallar nuestras perpetuas discusiones sobre los acontecimientos, lo sacaron de la celda y lo molieron a golpes en el pasillo.

Al anochecer ingresamos en la quinta galería de la prisión, reservada en tiempo normal para vagos y maleantes. Allí nos formaron y nos fueron metiendo en grupos de a tres en las celdas. A mí me tocó con Simarro y con Loma. El calabozo era pequeño, tenía una cama de hierro con una colchoneta y un retrete en un rincón cubierto con una palangana, que llenamos enseguida de agua, en un grifo que había en otro rincón, porque los veteranos en estas lides nos lo habían aconsejado para evitar que las ratas, abundantes en la canalización, invadieran el recinto. Las paredes estaban llenas de manchas rojizas, que al principio no identificamos, pero luego comprobamos, con asco, que eran chinches aplas-

tadas por los inquilinos precedentes. Dada la hora, ya no nos dieron de cenar, y nos arreglamos como pudimos para dormir en el suelo, en la única colchoneta, picados por los parásitos e imaginándonos, a cada rato que la palangana era empujada por algún intruso y potente roedor.

Tres días estuvimos completamente incomunicados. A través de una pequeña abertura de la puerta nos servían un rancho que comparado con la comida de la Dirección General de Seguridad, era bastante aceptable. Por la ventana no se veían más que las ventanas de las celdas de otras galerías y un trozo de patio, donde veíamos pasear a otros presos más afortunados que nosotros. Las horas se nos hacían interminables por mucho que charláramos sobre los temas más variados. Organizábamos incluso carreras de resistencia, los 1,000 metros celda, para lo cual teníamos que recorrer doscientas veces la pequeña habitación. Otro entretenimiento fue tapar con pasta, hecha de agua y yeso, que arrancábamos de las paredes, todas las grietas que pudieran servir de refugio a las chinches, gracias a lo cual nos molestaron menos después.

Por fin, nos levantaron la incomunicación y nos dejaron salir al patio de la galería, donde encontramos a muchos conocidos, entre ellos a un grupo de compañeros hispanoamericanos, con el impasible Cornejo al frente. Nos contaron que la policía había irrumpido en su domicilio social de la calle de la Magdalena, encima de la Oficina de Correos, y había detenido a todos los que allí encontró, llevándolos a la Comisaría del barrio, acusándolos injustamente, de haber hecho fuego contra la fuerza pública. Los guardias los maltrataron bastante, sobre todo a Cornejo. Con ellos había sido detenido Pedro Mateo Merino, compañero mío de la Facultad de Ciencias. Aunque natural de un pueblo cercano a Madrid, muchos lo creían procedente de América, ya que era una de los miembros más activos de la FUHA.

En el patio de la cárcel nos enteramos en seguida que la insurrección de Asturias había sido dominada. El gobierno había nombrado jefe del Estado Mayor Central al general Franco, quien inmediatamente envió a Asturias fuerzas africanas, moros de Regulares y legionarios del Tercio, mandados por el coronel Yagüe, ante los cuales, los mineros, mal armados, tuvieron que ceder sus posiciones. Aunque las noticias eran todavía bastante incompletas,

estaba claro, aun para los más optimistas, que habíamos sido vencidos en toda España. Debíamos afrontar las consecuencias.

Los jueces empezaban a tomar declaración a los detenidos, que por miles colmaban las cárceles. Al principio, no se nos ocurrió más que debíamos decir la verdad. Cuando con este espíritu Simarro, Loma y yo, íbamos a entrar a declarar ante nuestro juez, salió Carlos Merino y nos aconsejó no decir nada que insinuase haber estado siquiera cerca del Círculo Socialista de la Prosperidad, y que sólo reconociéramos haber sido arrestados en una calle céntrica de Madrid, cuando paseábamos pacíficamente. Seguimos su consejo y aunque nuestras narraciones resultaron poco convincentes, el funcionario las anotó sin prestarnos ninguna atención, con lo que quedábamos, de momento, eximidos de toda responsabilidad judicial. La policía desbordada por los acontecimientos, no estaba en condiciones de investigar ni a una mínima parte de los presos.

Un par de días más tarde, reclamados por los socialistas, nos trasladaron a la galería de presos políticos. En la entrada me esperaba Ordóñez, al que no veía desde que lo detuvieron en la Ciudad Universitaria. Las celdas eran grandes y limpias, y aunque seguíamos durmiendo en el suelo, bastante amontonados, nos parecía un hotel de lujo en comparación con la quinta galería. Cada partido político u organización sindical, tenía reservada una parte. En el piso de los socialistas, nos encontrábamos gran parte de la plana mayor de las milicias. Estaba Largo Caballero, que no había querido eludir la detención, y Fernando de Rosa, que se había entregado a las pocas horas de que su enlace, Leo Menéndez, fue arrestada. Fernando quería hacerse responsable de todo, creyendo que así nos ayudaba a sus subalternos. Pensaba sin duda en una policía y unos jueces más eficientes y en normas caballerescas ya largo tiempo olvidadas. La mayoría de los detenidos íbamos a escurrirnos entre las mallas de la ley y muy pronto seríamos puestos en libertad. En cambio, a los que la justicia comprometía, a veces arbitrariamente, les esperaba una larga condena.

Entreteníamos nuestro ocio forzado, con una interminable discusión acerca de las causas de nuestro fracaso. Todas las cárceles de España estaban llenas. En Asturias, donde los mineros habían tenido el poder en las manos durante varios días, la represión era

muy dura y circulaban noticias sobre malos tratos a los prisioneros, a los que se les aplicaba la ley de fugas, sin esperar sentencias de los consejos de guerra. Todo esto en lugar de amilanarnos nos enardecía y empezábamos a hablar de la revancha.

El régimen para los presos políticos era muy liberal. Las puertas de las celdas no se cerraban nunca. Podíamos entretenernos en el patio o permanecer en cualquier parte. La comida nos la traían de una taberna del barrio y hasta escogíamos el menú. Había bastantes libros para leer, recibíamos visitas y paquetes, y no se limitaba la correspondencia con el exterior. Además, Carmen Parga tenía muchas facilidades para entrar en la cárcel, porque era amiga de la hija de Elorza, el director de la prisión, y ya antes del movimiento, ayudaba a los presos políticos. Gracias a ella, recibí una manta, ropa y dinero. Facilitó también las visitas de mi madre, que me informó había recurrido a su primo, Basilio Paraíso, hijo, diputado radical por Zaragoza. Posiblemente, mi tío no llegó a enterarse de que tenía a un sobrino metido en el lío, ya que fue su secretario el que se ocupó del asunto y como ningún juez me reclamaba, obtuvo en seguida mi libertad.

Mientras tanto, empecé a tomar medidas para el periodo que se avecinaba. Envié a través de mi madre, una petición al Ministerio de Instrucción Pública, para ser designado profesor encargado de curso en cualquier Instituto de Segunda Enseñanza de provincias. Los trámites fueron tan rápidos, que recibí el nombramiento cuando aún estaba en la cárcel. Me daban un plazo pequeño para incorporarme al Instituto de Molina de Aragón y yo estaba temiendo no poder hacerlo, cuando una noche, a fines de octubre, ya bastante tarde, me llamaron de las oficinas de la prisión y después de algunos trámites me dejaron libre. Cuando salí, la calle estaba completamente vacía y silenciosa. Los madrileños todavía tenían miedo a caer en manos de las patrullas nocturnas. Así que yo era el único transeúnte. Respiré cuando vi un taxi que me llevó a mi casa en unos minutos.

Tenía prisa en salir de Madrid antes de que cualquier indicio me pusiera otra vez en situación de ser detenido. En pocas horas organicé mi viaje. Me fui en tren a Sigüenza y de allí en autobús a Molina de Aragón. Esta pequeña ciudad, de la provincia de Guadalajara, tenía entonces menos de tres mil habitantes. El Instituto

Elemental, funcionaba en un antiguo convento de escolapios, confiscado en 1933 cuando se suprimió la enseñanza religiosa. Me recibió muy amable el director, Fradejas, licenciado en Filosofía y Letras, que había pertenecido a la FUE. La profesora de física y química, era de Valladolid, pero yo la conocía de la Universidad Internacional de Santander. De profesor de francés estaba Hernández, estudiante de veterinaria, recomendado por el catedrático socialista del Instituto de Guadalajara, Marcelino Martín. El profesor de dibujo, Desiderio Caballero, no se había incorporado todavía. Yo, como profesor de matemáticas, completaba el personal docente.

Fradejas me propuso como secretario y en seguida me encomendó toda la parte administrativa del Instituto. Me alojé en el único hotel decente, que me costaba casi todo el sueldo que iba a percibir que, con los descuentos, no llegaba a las trescientas pesetas mensuales. Me dispuse a cumplir con mi trabajo y a vivir apartado de Madrid, ya que no quería estar muy a la vista cuando la policía descubriera la organización de las milicias, cosa que inevitablemente tenía que suceder.

Los habitantes de la ciudad no tenían ninguna relación con los profesores del Instituto, nos hacían el vacío más completo, aunque se vieran obligados a confiarnos sus hijos. Hay que tener en cuenta que Molina de Aragón, sin comercio y sin industria, vivía a la sombra de sus numerosos templos y de la tradición de sus presbíteros y arciprestes. Nuestro único amigo era el farmacéutico, que no tenía miedo de que lo vieran con nosotros. En cambio, la Guardia Civil, andaba siempre de vigilancia alrededor del Instituto y se veía claramente que no se fiaba. Fradejas estaba completamente aclimatado a esta situación y con desenfado iba a todas partes y nos llevaba a nosotros, sin importarle nada lo que la gente dijera o pensara. Tanto él como Hernández eran amigos de diversiones y el primer domingo me invitaron al baile del Casino, donde fuimos la atracción principal, portándonos de una manera bien diferente de la que aquellas gentes suponían obligada en maestros respetables. De esta forma, era cada vez peor la opinión que de nosotros tenían los miembros de la "buena sociedad". No sólo nos consideraban izquierdistas y enemigos de la religión, sino personas de conducta personal depravada. Creo que Fradejas, irritado ante el ambiente general en su contra,

aprovechaba con gusto cualquier oportunidad para escandalizar más a los timoratos.

De repente, llegó la complicación que temía. Una mañana, al leer los periódicos, encontré en primera plana y con grandes titulares, una nota de la Dirección General de Seguridad, comunicando a la opinión pública la organización de las milicias socialistas. Un estudiante, enlace de Fernando de Rosa y de Ordóñez hábilmente interrogado por el capitán Santiago, había revelado todos los nombres y cargos de los dirigentes de las milicias. Se indicaba como jefes de grupo a Fernando de Rosa, Laín y Marcos. Entre los jefes de compañía, aparecía yo, pero el delator no conocía mi nombre de pila, y se le ocurrió que me llamaba Luis. De todas formas, mi apellido es tan poco frecuente, que nadie podía dejar de identificarme, por poco que conociera los medios universitarios. También es cierto que algunos periódicos publicaron mi nombre con faltas de ortografía; pero el periódico de la CEDA, "El Debate", lo reprodujo correctamente.

Mi primera idea fue marcharme a Madrid donde me sería más fácil esconderme. Le di a Fradejas la primera disculpa que se me ocurrió y, aunque bien vi en su cara que no me la creía, me autorizó a marchar. En este momento, recibí un telegrama de mi madre que me pedía fuera a Zaragoza a casa de su hermano, que ya estaba avisado. Tomé el autobús hasta Sigüenza y allí en vez de dirigirme a la capital, me subí al tren que iba hacia Zaragoza. Tomé billete de primera para mayor seguridad y el policía que revisó los documentos leyó mi cédula personal y me la devolvió sin comentarios ni pregunta alguna. Por la noche llegué a la capital aragonesa. Mi tío me esperaba en la estación todavía ocupada por soldados que llenaban los andenes y sus alrededores. En un taxi me llevó a su casa en el barrio de Montemolín.

Mi tío, José Lacorte Paraíso, era jefe de Taller en la fábrica de cristales "La Veneciana", desde los tiempos de Basilio Paraíso, padre. Su esposa Josefina Martínez, era maestra. Tenían un hijo mayor, José, que estudiaba farmacia en Madrid, y se alojaba en nuestra casa durante el curso, y un hijo pequeño, Luis, todavía muy niño. Mis tíos se portaron conmigo maravillosamente; se exponían mucho al tenerme con ellos y lo hicieron con la mayor naturalidad, sin darle mayor importancia. Yo pasaba el tiempo

leyendo todos los libros que encontraba por allí y esperando las cartas de mi madre y de Carmen Parga, las únicas que sabían dónde me encontraba. Ambas habían hablado con Rufilanchas, defensor de los procesados de las milicias socialistas, que aconsejó me fuera de España. Así lo habían hecho ya Laín, Marcos, Coello y otros. Pero como mi madre me aseguraba que la policía no se había presentado a buscarme en mi domicilio de Madrid, no me parecía necesario emigrar.

No sólo no abandoné el país, sino que traté de arreglar mis asuntos legales y mandé al Ministerio de Instrucción Pública mi renuncia como profesor, aduciendo que el 1o. de enero de 1935, tenía que incorporarme al servicio militar en el Regimiento de Zapadores No. 1 del Cuartel de la Montaña de Madrid, lo cual era cierto. Pero como esto no me resultaba agradable, ya que precisamente el segundo jefe del regimiento teniente coronel Pintos Levy era el juez militar que me tenía declarado en rebeldía, pedí también permiso, siempre por intermedio de mi madre, a las autoridades militares para que, como estudiante, me permitieran cumplir mi periodo de permanencia en filas en los tres meses de verano de 1935 y 1936. De este modo, no tenía que volver al Instituto, porque había renunciado y no debía presentarme en el cuartel, por haber conseguido la prórroga. Podía seguir escondido.

Con cuidado para eludir a mis numerosos parientes, paseaba por los barrios apartados de la ciudad. Hasta algunas veces iba al cine, temiendo encontrarme con mi tío Jesús Taboada, antes notario de Alcañiz que se había trasladado a Zaragoza, y a mis primos Angel y Manuel Sánchez Valverde. Un acontecimiento inesperado me decidió a salir de mi clandestinidad. Repentinamente falleció en Madrid mi tío Basilio Paraíso, hijo, y su cadáver fue llevado a Zaragoza para ser sepultado en el panteón familiar. Supe que mi madre venía en el mismo tren para asistir a los actos fúnebres, así que me presenté en la estación, como si acabara de llegar de Molina de Aragón. Gran sorpresa se llevó mi madre al encontrarme en el andén. Le expliqué después del entierro, que no tenía sentido seguir escondido, y que aunque fuera arriesgado, iba a volver a mi puesto de profesor. Mientras mi madre gestio-

naba esto en Madrid, me quedé en Zaragoza, pero ya podía moverme con libertad.

Mis familiares conocían mi situación mejor de lo que yo me suponía. Mi tío Jesús me llamó un día a su despacho y me hizo una serie de reflexiones. Me confesó que en su juventud había sido republicano y se interesó por la política; pero que, a tiempo comprendió algo muy importante: que no hay causa humana, por noble que parezca, a la que uno pueda entregarse totalmente, sin luego experimentar un fuerte desengaño. Tenía yo demasiadas ilusiones en los ideales para que me dejara convencer. Habían de pasar bastantes años, antes de saber que mi tío, desgraciadamente, tenía mucha razón.

No acababa de llegar de Madrid el nuevo nombramiento para que me incorporara a mi trabajo. Tenía tantas ganas de regresar que aproveché como pretexto una carta de Fradejas a mi madre preguntándole algo relacionado con mi cargo de secretario, para presentarme en Molina de Aragón a aclarar sus dudas. Tomé el tren hasta Calatayud y desde allí un autobús. Todos mis compañeros del Instituto y los conocidos de la ciudad me miraban como si fuera un fantasma, lo que me hizo comprender que conocían, por lo menos en parte, los verdaderos motivos de mi salida de la ciudad. Mi viaje les debió demostrar que mi situación no era tan difícil como se decía. Al día siguiente me volví a Zaragoza, donde mi vida ya no era tan aburrida. Había entrado en contacto con gente de la FUE y de las Juventudes Comunistas, que seguían concurriendo a los cafés de la ciudad como si no hubiera pasado nada. Me ofrecieron ayuda para pasar la frontera de los Pirineos, pero no tenía ningún deseo de hacerlo. Por ellos me enteré de los rumores que corrían, ya que la prensa seguía estrictamente censurada. Se confirmaban las noticias sobre la represión "extraoficia" de Asturias y todo el país se había conmovido por el asesinato del periodista Luis Sirval, a manos de un teniente del Tercio, de origen ruso, llamado Ivanov, crimen que, como otros, quedó impune.

A pesar de todo, los excesos cometidos con los revolucionarios derrotados, no fueron nada al lado de los que íbamos a ver después durante la guerra civil. Había todavía en España un cierto régimen jurídico y aunque los consejos de guerra dictaron bastantes

sentencias de muerte, sólo hubo dos fusilamientos, el del sargento Vázquez, asesor militar de los sublevados, y el de Argüelles, uno de los miembros del comité de la zona minera. El día anunciado para la ejecución se esperaba en Zaragoza una huelga general de la CNT, pero sólo algunos tranvías dejaron de circular.

Por fin, a primeros de febrero me reincorporaron al Instituto de Molina de Aragón. En cuanto lo supe, salí para Madrid y estuve un día en mi casa. Vi a Carmen Parga y me enteré que muchos me suponían en el extranjero. Seguramente, la policía pensaba lo mismo. No tenía nada en contra de que lo creyeran, mientras tranquilamente, me presenté a reanudar mis clases de matemáticas en el Instituto. Tenía desde luego, esperanzas de pasar desapercibido mientras esperaba el desarrollo de los acontecimientos.

Ahora que no podía dedicarme a otra actividad que la profesional, decidí aprovechar el tiempo, que en la pequeña ciudad se deslizaba con gran lentitud. Me traje de Madrid los libros de mi carrera y compré bastante más de Bohr, Fermi, Bragg, Sommerfeld, De Broglie, Schroedinger y otros. Comencé a preparar con entusiasmo los exámenes del grado de Licenciado en Ciencias Físicas, que entonces no eran obligatorios para terminar los estudios, pero era lo único posible de intentar fuera de Madrid. Además, si conseguía sobresaliente en el examen y luego premio extraordinario, me daban el título sin pagar derechos. De forma que dejé a un lado todo lo que se refería a la política y me puse a estudiar con todas mis fuerzas.

Todos los profesores varones nos habíamos instalado en unas habitaciones anexas al Internado del Instituto, y formamos una pequeña colectividad para que nos prepararan la comida allí mismo. Gracias a ello, podíamos vivir con el sueldo, sin grandes agobios. Todas las tardes terminadas las clases, tenía tiempo de sobra para dedicarme a mi tarea. Comencé con la Física Moderna de Castelfranci y luego seguí con todos los demás libros. Descansaba contemplando desde las ventanas de mi habitación, en el piso alto del antiguo convento, los campos cultivados al sur de la ciudad y a lo lejos las montañas, sin comunicaciones de ninguna clase, que como barrera natural separan las provincias de Guadalajara y Cuenca.

Dejé de preocuparme por la policía y absorbido por el trabajo y el estudio traté de vivir como si estuviera en un país distinto. Algunas veces, hacía cortos viajes a Madrid, procurando no encontrarme con gente conocida, excepto con Carmen Parga, que me ponía al corriente de las últimas noticias de nuestro ambiente. La situación política seguía siendo extraordinariamente inestable, a pesar de la victoria militar que había conseguido el gobierno de radicales y cedistas. En marzo hubo una crisis ministerial debida a que el presidente Niceto Alcalá Zamora se negaba a firmar las penas de muerte impuestas a los dirigentes de la sublevación asturiana. Se formó el quinto gobierno Lerroux, sólo con radicales, que al poco tiempo era sustituido por el sexto gobierno del mismo político, pero esta vez con cinco ministros de la CEDA, dos más que en el que provocó la revolución de octubre. El propio Gil Robles pasaba a ser ministro de Defensa, siguiendo el general Franco de Jefe del Estado Mayor Central. Un viejo político, Portela Valladares, afecto personalmente al presidente, pasaba a ser ministro de Gobernación, lo que iba a tener una gran importancia en el futuro desarrollo de los acontecimientos.

Pasaron unos tres meses sin cambio alguno en Molina de Aragón. Organizamos un equipo de futbol en el Instituto y con él fuimos a jugar a Teruel, donde nos derrotaron ampliamente. Otra vez los profesores fuimos a parar a Calatayud en un viaje lleno de peripecias, cuando tratábamos de probar un viejo Ford modelo T, que Fradejas y yo habíamos reparado con gran esfuerzo. No llegamos a tiempo a las clases del día siguiente y todos los alumnos estaban esperando en tropel delante del Instituto, cuando entre ovaciones y gritos, apareció nuestro automóvil, remolcando además a un taxi averiado. Mi parte en el Ford se la vendí luego a Desiderio Caballero, a cambio de un retrato al óleo que me hizo. En otra ocasión, matamos el aburrimiento organizando falsas sesiones de espiritismo, que aumentaron nuestra mala fama en la ciudad. Entre unas cosas y otras, el tiempo pasó muy rápido y pronto llegaron los exámenes de mayo y con ellos el fin de curso.

Volví entonces a Madrid. Tenía que examinarme como había proyectado y además ir a una escuela militar particular para mi ingreso en filas como soldado de cuota. Esta era muy baja, unos

pocos cientos de pesetas, por ser mi madre viuda y maestra y reducía a la mitad mi permanencia en el ejército.

La tensión política había subido de nuevo. Azaña había sido liberado a fines de 1934, porque los jueces no encontraron cargos que hacerle. Apareció en seguida al frente del movimiento republicano de izquierdas y el 26 de mayo en un primer acto público en el campo de futbol de Mestalla en Valencia, reunió a una inmensa muchedumbre, como nunca se había visto en España. Al día siguiente los tribunales militares condenaban al gobierno catalán a largas condenas de cárcel.

Me encontré con que toda la organización de la FUE se había desintegrado. Las asociaciones profesionales de estudiantes habían sido expulsadas de sus locales universitarios y los falangistas, prácticamente, eran los dueños de la Universidad. El fracaso de la revolución de octubre resolvió la pugna entre la FUE y la Falange en provecho de esta última. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades surgió la llamada Universidad Popular, patrocinada oficialmente por la UFEH y dirigida de hecho por Manuel Tuñón de Lara, Carmen Parga y Pedro Merino. En aquellos momentos de persecución para la clase obrera, en que los partidos de izquierda tenían prohibida toda actividad, la Universidad Popular había conseguido locales en la antigua Facultad de Filosofía y Letras en la calle de San Bernardo, para celebrar sus clases a las que asistían muchos obreros y, ante las propias barbas de la policía, realizar una gran labor de agitación en favor, principalmente, de los comunistas. Los domingos salían de excursión a la Sierra o al Jarama y con conferencias de tipo cultural o político y canciones revolucionarias, levantaban los ánimos y soñaban con un mundo mejor.

Carmen Parga, había ingresado en la Juventud Comunista y aceptaba cada vez más misiones y más trabajos, sin que sirvieran de nada los consejos que yo le daba de que administrara sus energías. Yo tenía más experiencia y había tenido oportunidad de ver cómo se explotaba el entusiasmo juvenil en nuestras organizaciones, hasta agotar física y moralmente al que no se resistía a tiempo.

A fines de junio presenté al tribunal del grado de licenciado un trabajo escrito con el ambicioso tema de "Doble aspecto cor-

puscular y ondulatorio de la materia y de la luz". Ante el mismo tribunal, hice un examen práctico y otro oral y recibí la calificación de sobresaliente. Dejé para siempre la prueba para el premio extraordinario.

Sin dificultad conseguí el certificado de instrucción militar y el primero de julio me incorporé ya de uniforme, que tuve que comprar por ser soldado de cuota, al Regimiento de Zapadores No. 1 del Cuartel de la Montaña. No iba muy tranquilo, porque el teniente coronel Pintos Levy seguía siendo segundo jefe de la unidad y temía que, en cualquier momento, mi apellido poco común le recordase algo. Nos tuvieron dos semanas marcando el paso hasta que nos dieron de alta y comenzamos a hacer guardias. Entonces se me ocurrió hacerme oficial de complemento y con este objeto pedí cumplir mis seis meses de servicio de una sola vez, hasta final de año, en lugar de volver de nuevo en el verano siguiente. No podía suponer que tomar esta decisión quizá me salvaba la vida, ya que me evitó estar dentro del cuartel cuando se sublevó en julio de 1936.

Me dediqué entonces a cumplir con el servicio militar y estudiar en la escuela regimental de oficiales. Me propuse ser un soldado modelo. Hicimos varias marchas nocturnas a Carabanchel que terminaban con ejercicios de tiro o con voladuras de fortificaciones. Pronto tuve los galones de cabo y estuve varios días en el campamento que los zapadores tenían cerca de Colmenar Viejo. Allí procuraba dar ejemplo y tenía las manos deshechas de cavar trincheras y poner alambradas. Como hacían los soldados profesionales, había dejado el uniforme y llevaba puesto un traje de faena, con mis galones cosidos en el pecho, mientras los otros cabos de complemento se mantenían alejados, incapaces de manejar un pico o una pala. Cuando ya se aproximaba la visita final de inspección, recibí de mi capitán la orden de instalar un observatorio con cúpula blindada, lo que realicé con mis hombres en muy poco tiempo, por lo que fuimos felicitados. Estas maniobras mejoraron mis relaciones con los cabos y sargentos de plantilla, que, en general, nos miraban a los de cuota con bastante desprecio.

El susto me lo dio una vez el coronel del regimiento al llamarme a su despacho. Temí se hubiera ya descubierto que estaba reclamado por un tribunal militar. Afortunadamente, no había

nada de eso. El coronel quería conocerme, porque su hijo, compañero mío de la Universidad y de la FUE, le había hablado de mí. Otro día que pasé bastantes apuros fue cuando me tocó de cabo de guardia en la Cárcel Modelo, donde seguían encerrados mis compañeros socialistas. Tuve que esconderme a la hora de visitas para que no me reconocieran sus familiares y amigos, que llenaban los locutorios. Seguía la prisión infestada de ratas, que en pleno día salían de las alcantarillas a buscar comida. Por la noche al relevar los puestos que dominaban los patios, se veían miles de enormes roedores, en repugnante danza que tenía en tensión a los centinelas, los cuales daban un gran suspiro de alivio cuando terminaban su turno.

Mi servicio militar se desarrolló normalmente. Sin sospechar que pronto me iba a tocar luchar contra él, me dedicaba a observar al ejército español. Había algunos oficiales, como el capitán que dirigía la Escuela de Oficiales de Complemento, consagrados a su carrera, que cumplían con todas sus obligaciones y se preocupaban mucho de los soldados. Otros en cambio, no ocultaban su indiferencia, nunca aparecían por los dormitorios y cuando les tocaba de turno en el comedor nos daban una comida detestable. Los sargentos de edad media eran todos republicanos y no lo disimulaban, en cambio entre los sargentos jóvenes y los cabos, había bastantes falangistas. Uno de estos últimos me habló un día para advertirme que se conocía mi filiación izquierdista y que tuviera cuidado con mi conducta. Yo ya tenía todo el cuidado posible y no era por casualidad que cumplía tan bien con mis obligaciones. Temí que me denunciara a los oficiales y seguramente, lo hizo, pero sabía poco en concreto de mí.

En septiembre fui a Molina de Aragón para los exámenes extraordinarios de los alumnos suspendidos en mayo. Estuve poco tiempo y acabé aprobándolos a todos. No quería seguir de profesor del Instituto y volví a renunciar, esta vez definitivamente. Además del servicio militar, mis proyectos eran estudiar las asignaturas del doctorado en Ciencias Físicas y trabajar de ayudante de clases prácticas. Tenía verdadero interés en dedicarme a mi profesión, estimulado además por el premio extraordinario en la licenciatura que recibí entonces. En octubre, al comenzar el curso, empecé a asistir a las clases de Astronomía Física, Física Matemá-

tica y Meteorología, con los profesores Honorato de Castro, Pedro Carrasco y Arturo Duperier. A la vez, dirigía las prácticas de física de grupos de alumnos de primer año.

No cabía ya duda entonces, apenas un año después de la victoria del gobierno sobre los sublevados de octubre, que el bando derrotado seguía en pie. El empuje izquierdista era cada vez más patente y la represión gubernamental no había conseguido frenarlo. El 20 de octubre en el Campo de Comillas, junto a Madrid, muchos miles de personas aclamaron a Azaña, en el que personificaban la reconquista de la República. Por otra parte, había un gran desconcierto en las filas de radicales y cedistas. Los primeros se comprometieron en una serie de negocios sucios que iban a desembocar en el escándalo del "estraperlo", cuando se demostró que parientes de Lerroux habían aceptado obsequios de un aventurero internacional, que quería abrir una casa de juego con un tipo de ruleta llamado de ese modo. Este escándalo arruinó políticamente al partido radical y la palabra **estraperlo** entró en el vocabulario español como sinónimo de estafa y manipulación fraudulenta de funcionarios del gobierno.

Por otro lado el Partido Católico de Gil Robles, era incapaz de aplicar, ni en grado mínimo, la justicia social que el país necesitaba. Su primer ministro de Agricultura, Jiménez Fernández, había intentado aplicar cierta reforma agraria y se vio obligado a dimitir, porque los diputados agrarios, que apoyaban al gobierno, no querían ni oir hablar del menor cambio en las condiciones del campo español. Se decía que en una reunión que tuvieron con el ministro, al citarles éste la Encíclica de León XIII, uno de los diputados contestó que si eso decía el Papa él se hacía protestante. Fuera esto cierto o no, el caso es que Jiménez Fernández ya no aparecía en el gobierno de mayo y en julio las Cortes votaron una contrarreforma agraria, que anulaba lo poco que en este sentido había realizado Azaña. El gobierno carecía de política económica, el déficit presupuestario era enorme y comerciantes e industriales se dirigieron al presidente Alcalá Zamora, pidiéndole un cambio de política, ya que los radicales por ladrones y los agrarios por cerriles, estaban causando al país los peores daños.

En septiembre se formó un nuevo gobierno, presidido por Joaquín Chapaprieta, hombre de negocios y antiguo monárquico,

que formó un gobierno sin mayoría parlamentaria y sin ninguna perspectiva de obtenerla, desde que dijo en las Cortes que se proponía nivelar el presupuesto y para ello exigiría sacrificios de todos los españoles sin distinción de clases. Una segunda crisis ministerial surgió en octubre, al hacerse público el asunto del estraperlo, para eliminar a los comprometidos ministros radicales. Sin apoyo de cedistas y radicales, el segundo gobierno Chapaprieta no tenía ninguna posibilidad de vida. Alcalá Zamora decidió disolver por segunda vez el Parlamento y aceptar el riesgo de una nueva contienda electoral. Para dirigirla, encargó a Portela Valladares la formación de un nuevo gobierno de gente de su confianza que cumpliera esa misión.

En el otoño de 1935 se fueron celebrando los juicios pendientes. Primero fue el de los encausados por el tiroteo en el Círculo Socialista de la Prosperidad, en el cual fueron condenados algunos a largos años de cárcel, y luego se celebró el de las milicias socialistas donde yo figuraba declarado en rebeldía. Tuve que hacer una gestión con Lafuente, que trabajaba con Rufilanchas, para que cuidara las notas que iba a publicar la prensa y no figurara de nuevo mi nombre en ellas. En efecto, consiguieron tacharlo y aparecí anónimamente en el "y otros" que figuraba al final de la lista de reclamados.

Mientras tanto, continuaba mi "carrera militar". En noviembre era ya sargento y en diciembre brigada (suboficial), pero a cada momento temía que se descubriera mi historial. Notaba a mi alrededor señales inconfundibles, mayor cordialidad en los de izquierda y más prevención por parte de los demás. Pero quedaba ya poco. El último día del año terminaba mi servicio militar y recibiría mi licencia absoluta. Llegó mi última guardia como brigada en el Regimiento de Zapadores No. 1. Usé en aquella ocasión un bonito sable, que me regaló Ordóñez, que estaba ya entonces en libertad provisional y aguanté las bromas de mis amigos que me llamaban "mi general". A los pocos días se celebraron los exámenes para alféreces de complemento, máxima categoría que se podía conseguir en la escuela regimental. El 31 de diciembre esperamos en el patio del cuartel mucho más tiempo del acostumbrado, mientras deliberaban los oficiales y al fin salió el capitán director de la Escuela. Con tono vacilante, nos anunció que

todos los aspirantes, menos yo, habían sido aprobados. No me dio ninguna explicación ni yo se la pedí. Nos repartió las cartillas militares y abandoné el cuartel ya convertido en civil.

Sólo unos meses después, ya comenzada la guerra civil, supe los motivos de lo ocurrido. El regimiento se había dirigido al Ministerio de Defensa y éste a la Dirección General de Seguridad, pidiendo informes sobre mí, ya que había rumores de que era un extremista peligroso. La policía se limitó a contestar que yo había estado detenido unos días en octubre de 1934. Eso fue suficiente para que rechazaran mi ascenso a alférez. En las actas de los exámenes, mi capitán me había asignado la nota máxima en todas las materias y luego en conducta me había puesto un número negativo, para dejar, matemáticamente, el promedio por debajo del mínimo necesario para aprobar.

Al comenzar 1936, los acontecimientos se sucedieron con la mayor rapidez. Portela Valladares publicó el decreto de disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones para el 16 de febrero. El 15 de enero se firmó el pacto del Frente Popular por la mayoría de los partidos republicanos, el socialista y el comunista. Aunque los anarquistas y los sindicatos de la CNT estaban fuera del acuerdo, se podía contar con su neutralidad benevolente. La campaña electoral tomó en seguida grandes vuelos y las izquierdas destacaron en su programa la amnistía para los presos políticos, que cumplían condena por la revolución de octubre de 1934.

El Partido Comunista, todavía de escaso número de afiliados y de reducida influencia, jugó en esos momentos un papel muy importante. No en balde, la consigna de Frente Popular venía de Moscú de la Komintern, cuyo secretario general era, desde agosto de 1935, el búlgaro Dimitrov famoso por su valentía ante los nazis al conseguir ser absuelto en el proceso por el incendio del Reichstag.

La coalición de derecha dirigida por Acción Popular, demasiado confiada en el triunfo en las urnas, utilizó todos los recursos de la propaganda bajo la consigna "a por los trescientos", número de diputados que les iban a garantizar la mayoría absoluta en el nuevo Parlamento. Un gran retrato de Gil Robles apareció

en la Puerta del Sol de Madrid en actitud mussoliniana arengando a sus legiones bajo el título "estos son mis poderes".

Ayudé a Ordóñez en la reorganización de las milicias socialistas con el poco armamento salvado de nuestro fracaso anterior. Estábamos en contacto con algunos militares republicanos a través del capitán Faraudo y el teniente Castillo, amigos del capitán Condés. Eran muy pocos y estaban todos excluidos de puestos responsables, ya que con la complicidad de los últimos gobiernos, la Unión Militar Española, UME, derechista, se había asegurado el control de casi todas las fuerzas armadas. Teníamos nuestro puesto de mando en el primer piso de un edificio situado frente a la Casa del Pueblo. Ingresé entonces en las Juventudes Socialistas, para resolver la situación creada desde que desobedecí las órdenes comunistas de abandonar las milicias. Sólo Claudín, Carmen Parga, Carlos Merino y otros pocos amigos de la juventud comunista, me seguían tratando con la misma confianza; en cambio, la mayoría de mis antiguos camaradas, me consideraban como un desertor, a pesar de que ya estaba acordada en principio la unificación de ambas Juventudes. No veía mucho a Carmen. Se la notaba cansada y agotada. Me irritaba verla cada vez más absorbida por la política, lo que le hacía descuidar sus estudios. Sin embargo no había abandonado el deporte y aquel mes de enero tomó parte en el campeonato de Castilla de basquetbol, con el equipo vencedor del Real Madrid, del que también formaba parte mi hermana. Tuvo además mucho trabajo con la organización del Congreso de la UFEH, que en esta ocasión se celebró en la capital, en el cual el BEOR consiguió el control absoluto para los comunistas. Triste victoria cuando la FUE era una sombra de lo que había sido y las universidades estaban en manos de los falangistas.

Asistí con Ordóñez una vez a las sesiones del Congreso que se celebraba en una pequeña sala de uno de los últimos pisos del Palacio de la Prensa en la Gran Vía. Sorprendía ver el reducido número de delegados en comparación a la muchedumbre que asistía a los anteriores. Encontré a Carmen Parga tan desmejorada, que parecía seriamente enferma. A los pocos días se confirmaba esta mala impresión, con una pleuresía y una seria amenaza de tuberculosis pulmonar, que le exigió abandonar todas las activi-

dades y prepararse para un largo tratamiento si quería seguir viviendo. Afortunadamente, no había sido impulsada por la ambición, sino por un exceso de energías y no le costó trabajo abandonarlo todo cuando empezaba lo más interesante, y marcharse a El Escorial a hacer vida de completo reposo. Iba a visitarla siempre que podía los fines de semana. Mejoró bastante, pero tenía que pasar mucho tiempo antes de poderse considerar fuera de peligro.

Todos los partidos de izquierda se movilizaron para la lucha electoral. Las milicias socialistas se pusieron en pie de guerra para hacer frente a cualquier eventualidad. En realidad, no éramos más que unos pocos centenares de hombres apenas armados, muy poca cosa para enfrentarse a la amenaza de golpe militar, si las derechas perdían las elecciones. Por suerte, estaban muy seguros de ganarlas y la votación se desarrolló en toda España con la mayor normalidad el día 16 de febrero, domingo de Carnaval. Ordóñez y yo teníamos documentos notariales como apoderados de los candidatos para desplazarnos con más facilidad, pero no hubo necesidad de usarlos. En Madrid, transcurrió todo sin el menor incidente. A nuestro puesto de mando acudió Arconada, en nombre de la Juventud Comunista y de las MAOC, para coordinar los esfuerzos. No pudo disimular su contrariedad al encontrarse con que era yo uno de los representantes socialistas. Todo el día lo pasamos juntos en una pequeña habitación frente a un plano de la capital, dispuestos a dar las órdenes oportunas en caso necesario. A la caída de la tarde llegaron las primeras noticias de los resultados y por la noche, la confirmación de que los electores habían inclinado la balanza hacia la izquierda, dando un triunfo indudable al Frente Popular.

La complicada ley electoral de la República y la división del país en dos bloques antagónicos de fuerza equivalente, producía esos cambios bruscos, que no respondían a variaciones decisivas en la opinión de los votantes. Bastaba con que un pequeño grupo fluctuara para que la mayoría en el Parlamento pasara de unas manos a otras. En las elecciones del 16 de febrero, el Frente Popular se aseguró la mayoría absoluta en las Cortes con más de 250 diputados, que correspondían a cuatro millones de votos, mientras las derechas no llegaron a los 150 puestos. La diferencia a favor del Frente Popular era de unos 400,000 votos. Había ade-

más unos 50 diputados centristas apoyados por más de medio millón de electores, lo que complicaba aún más el cuadro general de los resultados. Estaba ocurriendo, pero al revés, lo mismo que en las elecciones anteriores. Un vencedor absoluto con tendencia a exagerar su triunfo y a arremeter contra los vencidos, y la decisión firme de estos últimos de no aceptar la derrota y menos de dejarse avasallar. De esta forma, las elecciones, por dos veces consecutivas, habían venido a aumentar las contradicciones del país en lugar de resolverlas.

Existiendo un equilibrio tan inestable es natural que Gil Robles y su partido creyeran posible el triunfo electoral, que les podía dar todo el poder y no quisieran arriesgarse dando un golpe de Estado antes de las elecciones, a pesar de que todos los puestos importantes del ejército estaban en manos de generales que los apoyaban. Al conocer su derrota, parece que Gil Robles y el general Franco se dirigieron al presidente del Consejo de Ministros para pedirle que no entregara el poder al victorioso Frente Popular. Pero Portela Valladares, como reveló varios meses después, se negó a ello y a los tres días daba posesión al nuevo gobierno Azaña, formado sólo por republicanos, pero que tenía el apoyo parlamentario de socialistas y comunistas. Desde este momento, el peligro de una sublevación militar iba a gravitar constantemente sobre España.

Se promulgó inmediatamente la Ley de Amnistía, que liberaba a todos los perseguidos por su participación en la revolución de octubre de 1934 o en cualquier movimiento antigubernamental durante los dos últimos años, llamados "bienio negro". Del mismo modo tenían que ser readmitidos todos los que habían perdido su trabajo por el mismo motivo, e indemnizados obligatoriamente por las empresas. Fue restablecida en sus funciones la Generalidad de Cataluña y se puso en marcha de nuevo el Instituto de Reforma Agraria, que pronto empezó a repartir tierras. En una palabra, comenzó el cumplimiento de las reformas incluidas en el pacto del Frente Popular. Hubo cambios en los mandos militares. Los generales Franco y Goded fueron enviados a Canarias y Baleares respectivamente, y el general Mola fue trasladado de Marruecos a Pamplona, medidas a todas luces insuficientes para conseguir

el control del ejército, cuya oficialidad era en su inmensa mayoría enemiga del régimen.

Fueron clausurados en seguida todos los locales de los falangistas, que empezaron a ocupar en la cárcel los lugares dejados por los izquierdistas amnistiados. La impaciencia de los vencedores y el temor de los vencidos, extendió inevitablemente un clima de violencia en todo el país. Las masas izquierdistas habían hecho acto de presencia en las calles tan pronto se conoció la victoria electoral y en muchos sitios forzaron las puertas de las prisiones, adelantándose a la Ley de Amnistía. A cualquier provocación, volvían a llenar las calles y era muy difícil contenerlas. Los choques sangrientos se sucedían.

Los falangistas desencadenaron un plan de atentados personales, que añadían aún más leña al fuego, siguiendo un plan cuidadosamente meditado. A mediados de marzo fue ametrallado a la salida de su casa, el catedrático y diputado socialista Jiménez de Asúa, resultando ileso gracias al sacrificio de su policía de escolta, que resultó muerto. Los atacantes consiguieron huir. Uno de ellos era el estudiante de Ciencias, Díaz Aguado, del que nunca hubiéramos podido sospechar que se transformara en un terrorista. José Antonio Primo de Rivera fue detenido y enviado a prisión, pero desde allí seguía dirigiendo a los falangistas que no cesaban en sus ataques.

Al ser amnistiado, Fernando de Rosa volvió a hacerse cargo de la dirección de las milicias de la Juventud Socialista. Regresaron del extranjero todos los declarados en rebeldía como Laín, Marcos, Coello y otros. El primero de abril, se llegó oficialmente a la fusión de las organizaciones juveniles socialistas y comunistas, a pesar de que había muchos rozamientos. Claro que éstos no eran nada comparados a los que crecían dentro de los partidos del Frente Popular. El Partido Socialista llamado a jugar el papel fundamental dentro de la República, con la minoría parlamentaria más numerosa y experimentada, estaba profundamente dividido entre las dos tendencias representadas por Largo Caballero y Prieto. Esto se manifestó claramente cuando al ser forzado a dimitir a primeros de abril Alcalá Zamora y ser elegido en su lugar Manuel Azaña, los socialistas no supieron ponerse de acuerdo y

tuvieron que seguir fuera del gobierno, que se formó sólo por republicanos sin personalidad ni respaldo suficiente para hacer frente a la tormenta que se avecinaba.

El 13 de abril fue asesinado un magistrado, Manuel Pedregal, que había condenado a larga prisión a un falangista acusado de la muerte de un vendedor de periódicos socialistas. Al día siguiente, en el desfile militar del aniversario de la proclamación de la República, fue muerto junto a la tribuna que ocupaba Azaña, un alférez de la Guardia Civil, que estaba allí vestido de paisano y en actitud sospechosa. Este alférez era muy conocido por sus ideas derechistas y fue reconocido por algunos de sus compañeros republicanos, que daban escolta al presidente, y ejecutado sobre el terreno. Todos ellos pertenecían al grupo motorizado, cuyo cuartel en la Prosperidad, debíamos haber asaltado en octubre del 34, guiados por el capitán Condés.

El entierro del alférez dio motivo para el siguiente tremendo estallido de violencia. Los asistentes, muchos de ellos militares de uniforme, quisieron hacer de la ceremonia una manifestación antirrepublicana y atravesaron parte de Madrid como un alud, acribillando a tiros a los obreros de una casa en construcción que les arrojaron algunas piedras. Por un momento, hubo una gran alarma en la Casa del Pueblo, ya que alguien dijo que se dirigían para allá. En vista de que no aparecieron, salimos a su encuentro en varios taxis, pero ya habían sido dispersados por los guardias de asalto. En este cuerpo, habían ingresado varios oficiales republicanos, entre ellos el teniente Castillo, y era un instrumento seguro en manos del gobierno.

Reclutados durante la República entre jóvenes obreros y de la clase media, los guardias de asalto en su mayoría, simpatizaban con el Frente Popular. Yo conocía personalmente a muchos por intermedio de mi primo Valero Serrano, que pertenecía a dicho cuerpo. Otros eran socialistas y estaban en contacto con nuestras milicias, como el guardia José del Rey, de viejo historial republicano.

También la Guardia Civil estaba, en parte, neutralizada bajo el mando de un republicano, el general Pozas. Casi todas las noches

corrían rumores de un golpe militar y concentrábamos a nuestros milicianos en los centros sindicales hasta que llegaba el amanecer y recibíamos la orden de marchar a nuestras casas. No podíamos hacer labor de reclutamiento por falta de armas. Teníamos sólo tres compañías, con unos trescientos hombres en total, la mayoría muy jóvenes. Contábamos desde luego con la benevolencia de las autoridades, incluso varios recibimos licencia de uso de armas. Una noche, guardias civiles detuvieron en los alrededores de Madrid a varios compañeros nuestros, entre ellos Leo Menéndez y su hermano Carlos, que habían salido en un auto a vigilar los cuarteles. Una simple llamada telefónica que hizo Ordóñez al ayudante del general Pozas, consiguió no sólo la libertad inmediata de los arrestados, sino que les devolvieron sus armas.

Por todas partes se organizaban grupos de acción, ya que el ambiente era muy tenso y nadie quería que lo tomaran desprevenido. Prieto también tenía los suyos, dirigidos por Puente, que algunas veces tuvieron que enfrentarse no con falangistas, sino con los partidarios de Largo Caballero. Los discursos ultraizquierdistas de éste, bajo una campaña de prensa que le llamaba "el Lenin español", aumentaban la pasión política dentro del partido socialista, que al dejarse absorber por la lucha interior, llevaban agua al molino de los comunistas, que cada día aumentaban su influencia, a pesar de no tener en las Cortes más que una docena de diputados. Esta misma lucha ayudó también a que las recién unificadas juventudes fueran cayendo en la órbita comunista. Fuera del gobierno, la CNT y los anarquistas, seguían su propia política, declaraban huelgas y combatían en todas partes a la UGT y a los socialistas para conseguir el control de la clase obrera, lo que algunas veces adquiría caracteres sangrientos.

En la Universidad, los falangistas agitaban sin cesar para combatir al gobierno. Al fin, declararon la huelga con las mismas tácticas que tan buen resultado nos habían dado a los de la FUE. Medicina se mantuvo más o menos tranquila, pero en la Facultad de Derecho, suspendieron las clases y trataron de ocupar Ciencias. El primer día sólo les hicimos frente Simarro y yo, pero pronto se nos unieron Pedro Mateo Merino y algunos más, muy pocos en total. Conseguimos que los asaltantes se marcharan

sin que se decidieran a emplear la violencia contra nosotros. Al día siguiente volvieron en mayor número, invadieron los pasillos y acorralaron a los de la FUE dentro del aula de química en el jardín. Entraba yo entonces en la Facultad y junto con el catedrático Arturo Duperier empecé a pedir la documentación a los intrusos, que asustados salieron corriendo y todo el bloque de laboratorios quedó en nuestras manos. La puerta del aula estaba ya casi destrozada y uno de nuestros compañeros, Joaquín Mellado, oficial retirado de aviación, sangraba bastante por los golpes recibidos. Atacaron los falangistas de nuevo, pero ya estábamos bien parapetados. Fue una pelea tremenda al viejo estilo, en la que nos lanzamos todos los proyectiles posibles, pero sin que salieran a relucir armas de fuego. Intervino el decano de la Facultad de Ciencias, Pedro Carrasco, pero nos negamos a abandonar nuestra fortaleza mientras no se fueran los falangistas y terminamos como vencedores del campo de batalla. Fue como revivir viejos laureles. La mayor parte de los estudiantes que se pusieron de nuestro lado ni siquiera eran socios de la FUE. Aquel día se dieron de alta en nuestra organización más de cincuenta de ellos. La Universidad fue clausurada y no hubo más encuentros. Acepté el puesto de secretario de la FUE de Madrid, por insistencia de Nazario Cuartero, estudiante de Derecho, que debido a múltiples dimisiones, dirigía la UFEH. Cuartero pertenecía a las Juventudes Comunistas, a pesar de ser hijo de un conocido redactor del diario monárquico ABC. Su hermana Aurora, era compañera de Carmen Parga, tanto de estudios como de actividades deportivas.

La fusión de las Juventudes Marxistas en la Juventud Socialista Unificada (JSU), no fue acompañada de la de sus milicias que siguieron independientes. Ni los socialistas con Santiago Carrillo al frente, ni los comunistas, que cuidaban mucho a las MAOC, estaban dispuestos a debilitar sus grupos de choque. Uno de los servicios que me tocó prestar aquellos días fue el de guardaespaldas de Largo Caballero, amenazado de un atentado falangista. Muchas veces Ordóñez, Coello y yo, lo seguíamos en otro automóvil, en el camino de su casa al Parlamento y a otros lugares.

El primero de mayo, fiesta del Trabajo, se celebró en Madrid una gran manifestación obrera, en la que desfiló una inmensa

muchedumbre. Nuestras milicias, ya de uniforme, con camisa azul y corbata roja, aseguraron el servicio de orden. Fuera de programa, y de manera espontánea, muchos soldados de todas las armas se fueron uniendo a la manifestación, a pesar de la ira de algunos oficiales a los que no dejamos intervenir. Este hecho nos impresionó favorablemente, ya que señalaba el resquebrajamieno de la disciplina del ejército. No hay duda que aquella noche en todos los cuartos de banderas y en otros lugares de reunión de los oficiales derechistas, se habló con más fuerza que nunca de la necesidad ineludible de sublevarse, antes de que fuera demasiado tarde.

El 9 de mayo, fui con Fernando de Rosa y Ordóñez, a ver al capitán Faraudo, a quien Largo Caballero quería encargar el mando militar de las milicias socialistas. Salimos encantados de la entrevista. Era un oficial de Ingenieros muy culto y con opiniones muy claras y definidas sobre una futura España socialista, que al cumplir la justicia social diera además a nuestro país la categoría que merecía entre todas las demás naciones. Vivía Faraudo en el barrio de Salamanca. Nos despedimos de él y apenas habíamos llegado al centro de Madrid cuando nos enteramos de que había sido asesinado cuando salía de su casa con su esposa. El asesino huyó y su identidad no ha sido nunca descubierta, pero no cabe duda de cuál era su filiación política. Continuaba el terrorismo planeado para dejar a la izquierda sin dirigentes.

Los amigos de Faraudo hervían de indignación y era difícil contenerlos, pero no se tomó ninguna represalia. Al día siguiente, Manuel Azaña tomaba posesión de la Presidencia de la República y dos días después Casares Quiroga encabezaba el nuevo gobierno republicano. Desde este momento, nada podía detener la marcha de los acontecimientos. El país se despeñaba por la senda de la guerra civil. En los dos campos la considerábamos ya inevitable y la única cuestión era cuándo iba realmente a empezar. Un papel fundamental en la agresividad de las derechas lo jugaba, sin duda alguna, el auge del fascismo internacional. Mussolini terminaba la conquista de Etiopía, iniciada en octubre del año anterior, mientras Hitler acababa de rasgar, sin encontrar resistencia, el tratado de Versalles, con la ocupación de Renania y la organización de un

nuevo ejército alemán de tierra, mar y aire. Los que en España preparaban la sublevación contra la República, confiaban en la ayuda que en Italia y Alemania les habían prometido. No cabe duda que en una situación internacional desfavorable para ellos, lo hubieran pensado más antes de decidirse.

El puesto de jefe militar de milicias lo tomó el capitán aviador González Gil. Colaboraba mucho con nosotros y siempre estaba dispuesto a ayudarnos, un sargento mecánico de aviación de apellido Velázquez, a través del cual estábamos enlazados con muchas clases del ejército, sobre todo de los aeródromos de Getafe y Cuatro Vientos.

A fines de mayo me examiné con éxito de las tres asignaturas del doctorado a cuyas clases había asistido siempre puntualmente y comencé a prepararme para unos cursillos convocados para cubrir plazas en los Institutos de Segunda Enseñanza. Me inscribí en las de física y química. Los ejercicios se iban a celebrar en junio y julio. Con un poco de suerte podía ser destinado a Madrid y, en cualquier caso, contarría con un medio seguro de vida para poder llevar a cabo mis planes. Carmen y yo habíamos decidido casarnos en cuanto ella sanara y yo ganara los cursillos.

Hubo un gran mitin de unidad socialista-comunista en la Plaza de Toros de Zaragoza. Los oradores fueron Largo Caballero y José Díaz, secretario general del Partido Comunista. Un tren especial fue desde Madrid totalmente abarrotado de gente para asistir al acto. Conmigo vino Josefina, la esposa de Claudín, que aprovechaba el viaje para visitar a su familia. Yo estuve en la tribuna con el grupo que protegía a Largo Caballero. Había una gran muchedumbre, aunque grupos numerosos de anarquistas y cenetistas molestaron todo lo que pudieron, porque consideraban la capital aragonesa como su feudo particular y les irritaba nuestra intromisión. Pocas horas después volvimos a Madrid en el mismo tren especial.

A primeros de junio, apareció de nuevo el espectro de Casas Viejas. Más de veinte campesinos de Yeste, pueblo de la provincia de Murcia, fueron muertos en un choque con la Guardia Civil, que hizo fuego con sus fusiles. Como siempre, el problema del campo era el más angustioso. Se sucedían las ocupaciones de tierras, que

luego legalizaba el Instituto de Reforma Agraria; pero eran muchos millones de trabajadores y arrendatarios agrícolas que suspiraban por recibir en propiedad los campos que cultivaban. Las autoridades estaban desbordadas y no podían hacer frente ni a los atentados, ni al terrorismo, ni a la quema de iglesias, con que las masas enardecidas epilogaban todos los choques callejeros, ni a las conspiraciones de los militares, ni siquiera a las huelgas que surgían cada día. El orden público estaba profundamente resquebrajado; pero las responsabilidades recaían en todos. Por un lado el gobierno mostraba vacilación y debilidad en las medidas a tomar y lentitud en las reformas que estaba obligado a llevar a cabo. Las izquierdas se impacientaban y exigían acción, y las derechas atacaban con todas sus fuerzas, en cualquier momento y lugar propicio, mientras los militares preparaban públicamente la sublevación.

El día 17 de junio, hubo una gran discusión política en las Cortes con un largo discurso de Calvo Sotelo, en el cual prolijamente detalló todos los sucesos grandes y pequeños que habían ocurrido en España desde el triunfo del Frente Popular. Presentó una apasionada estadística de muertos, en cuya cifra iban incluidos los caídos de los dos bandos, entre ellos los que, como el capitán Faraudo habían sido asesinados por los propios amigos políticos del orador, antiguo ministro del general Primo de Rivera y jefe entonces del grupo monárquico del Parlamento. Le contestaron con dureza varios diputados de la mayoría y la discusión sirvió para agravar aún más la situación del país, que cada día era peor. Madrid se debatió durante todo este mes de junio con la huelga de los obreros de la construcción, provocada por la CNT para intentar arrancar este importante sector del proletariado de manos de la UGT. Por otro lado, para hacer frente a los anarquistas y sus sindicatos se creó en Barcelona a fines de junio, el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), integrado por socialistas, comunistas ortodoxos, y varios pequeños partidos proletarios. Sólo quedaron al margen los comunistas heterodoxos del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), nueva denominación del Bloque Obrero y Campesino, fusionado con los trotzkistas de Andrés Nin.

En medio de aquella confusión creciente, tuve que presentarme a los exámenes en los cursillos de profesor de instituto; iba al Escorial a ver a Carmen; me pasaba casi todas las noches de guardia en el puesto de mando de las milicias socialistas en espera del golpe militar; dirigía la instrucción militar de nuestros milicianos con ayuda de los conocimientos adquiridos en mi reciente servicio en el ejército y colaboré en la gran concentración juvenil en el Estadio de Cuatro Caminos, para celebrar la formación de la JSU. Además, me nombraron representante de la JSU en la comisión que organizaba la Olimpiada Popular, que se iba a celebrar en Barcelona en la segunda mitad de julio, como contrapartida de los Juegos Olímpicos que ese año se celebraban en Berlín, rodeados de una enorme propaganda de los fascistas alemanes.

Igual que en otros países, y aunque tomaban parte deportistas y gente de otros partidos, la organización de la Olimpiada Popular estaba en manos de los comunistas. La comisión la dirigía Andrés Martín, recién regresado de la Unión Soviética, y su secretario era un joven comunista muy sectario, dirigente de la Federación Deportiva Obrera, llamado Justo Rodríguez, que me miraba con muy poca simpatía, actitud en la que yo le correspondía cumplidamente. Aunque mis obligaciones eran sólo de observador, y no tenía tiempo libre, trabajé bastante en los preparativos. En Madrid se reunieron muchos participantes de provincias, para luego trasladarse juntos a Barcelona en trenes especiales. Gracias a esta concentración previa, muchos jóvenes se libraron de perecer en la represión de los sublevados.

El domingo 12 de julio por la noche, cuando regresaba a su casa, el teniente Castillo fue acribillado a balazos por unos desconocidos, quedando muerto en el acto. Sus asesinos huyeron. La noticia se extendió como un reguero de pólvora en aquel Madrid con la tensión política al rojo vivo. Inmediatamente marchamos al cuartel de Guardias de Asalto de Pontejos, situado detrás del Ministerio de Gobernación, Fernando de Rosa, Ordóñez y yo. Nadie nos detuvo a la entrada. Todo eran corrillos de guardias que excitados, gesticulaban. La confusión era grande. En el cuarto de banderas, los ánimos estaban aún más caldeados. Estaba Burillo, jefe del grupo, y muchos otros oficiales compañeros del asesinado.

Había también varias personas vestidas de paisanos, entre ellas el capitán Condés. Todos hablaban a la vez y nadie se entendía. Proponían tomar medidas y detener a la mayor cantidad posible de enemigos del gobierno, instigadores de los atentados. Empezaron a salir de Pontejos camiones y autos con patrullas para realizar los arrestos.

Ordóñez tenía guardados unos ficheros de Falange Española, que habían sido sustraídos durante una mudanza de su local social. Con un oficial me mandaron en un auto a recogerlos y de vuelta al cuartel me instalaron en una pequeña oficina con el capitán Fontán, para entresacar de las fichas aquellos nombres que parecieran más indicados para ser detenidos. No conocíamos a nadie y escogimos aquellos que figuraban anotados con cuotas mensuales más altas o a los que aparecían como obreros, que podían ser gente a sueldo. Mientras tanto, algo había ocurrido que cambió totalmente el aspecto interior del cuartel. De pronto todo quedó en silencio y el cuarto de banderas vacío. Nadie contestaba nuestras preguntas y todo eran evasivas de los que sí sabían de que se trataba. A los civiles nos rogaron que nos marcháramos. No tardamos en conocer lo ocurrido. Una camioneta al mando del capitán Condés, había ido a detener a Calvo Sotelo, a su domicilio. Iban a llevarlo a la Dirección General de Seguridad, pero en el camino uno de los acompañantes había disparado a quemarropa sobre él, matándolo. Luego lo habían llevado al depósito de cadáveres del Cementerio del Este, donde lo entregaron como desconocido. Naturalmente, que a la mañana siguiente fue identificado y la noticia se extendió rápidamente por Madrid primero y por toda España después.

El lunes 13 de julio, la capital se debatió en toda clase de noticias y rumores. Aquel día me aseguraron que Condés había querido suicidarse, creyéndose deshonrado, ya que Calvo Sotelo se había entregado a él, bajo su palabra de capitán de la Guardia Civil. Ni entonces, ni después, se me ocurrió preguntar quiénes iban en la camioneta, pero sé que el que disparó fue Cuenca, uno de los pistoleros que ciertos sindicatos de la UGT pagaban para que interviniera en las luchas sindicales. Todos los que estuvimos

en Pontejos, sabemos bien que no hubo un plan premeditado y mucho menos órdenes del gobierno. La muerte de Castillo había creado un gran desconcierto y nadie tenía una idea clara de lo que convenía hacer. Igual pudo haber sido muerto Gil Robles o cualquier otro político derechista, como pudo no haber pasado nada. Aquella noche todo estaba en manos del destino y de la casualidad. Pero, objetivamente, Calvo Sotelo pereció como consecuencia del plan terrorista que estaban poniendo en práctica sus correligionarios. La violencia se había vuelto contra uno de los que habían contribuido a desencadenarla o por lo menos, contra uno de los que más partido pensaba sacar de esta situación.

Muchos habían perecido en el sangriento prólogo de la guerra civil, sobre todo después del triunfo del Frente Popular. Pero la mayoría cayeron en lucha abierta, en el choque frontal entre los dos bandos. Nuestras milicias jamás recurrieron al atentado personal, aunque sabíamos que podíamos ser cazados a tiros por nuestros enemigos a la vuelta de cualquier esquina. Conocíamos muy bien a muchos de ellos y no cabe duda que hubiéramos podido hacerles bajas muy sensibles si nos lo hubiéramos propuesto.

El 14 de julio, en el Cementerio del Este, la misma tierra acogía al teniente Castillo y a Calvo Sotelo. El ambiente se había hecho irrespirable y la guerra se veía como la única solución, incluso muchos la preferían a seguir con la angustia constante de los últimos meses. Sin embargo, ni aun entonces, el gobierno tomó la iniciativa, se limitaba a esperar la sublevación militar que amenazaba, para tomar después contra ella las medidas necesarias, cuando lo acertado hubiera sido precisamente lo contrario, actuar antes para evitar lo peor. Pero esta línea estratégica era también la de los partidos del Frente Popular: movilizarse para esperar el golpe, y luego responder a él con todas las fuerzas. De esta forma el enemigo tenía la ventaja inicial: escoger el momento en que iba a empezar el ataque.

Seguimos concentrando a nuestros hombres todas las noches. Por la mañana cansados se iban al trabajo. Esta espera agotadora no se podía ya prolongar mucho más. Yo, mientras tanto, preparaba mi último ejercicio en los cursillos, que consistía en desarro-

llar una clase ante el tribunal. El viernes 17 de julio, por la noche, otra vez en vela, vimos pasar de nuevo las horas lentamente. Pero esta última semana no eran sólo nuestros milicianos los que aguardaban en los locales, eran miles y miles de afiliados los que se aglomeraban allí, como si la inminencia del combate, los despertara para luchar. Y eso mismo sucedía en todos los partidos y organizaciones del Frente Popular, tanto en la capital como en el resto del país. Una masa inmensa, sin armas, sin preparación, sin cuadros y sin objetivos claros, pero llena de entusiasmo, y de vagos ideales de libertad y de justicia, se disponía a intervenir en la historia de nuestro país, si los militares se sublevaban.

CAPITULO III

LOS COMBATES EN MADRID Y EN GUADARRAMA

Amanecía el sábado 18 de julio de 1936, que iba a entrar como una fecha trágica en la historia de España. Ya no merecía la pena ir a dormir. La noche con su sucesión de noticias contradictorias, había pasado como tantas otras, sin que llegase la lucha armada, pero, por fin, el preámbulo se había agotado y estábamos ya, sin saberlo, en el primer acto. Esa repetición indefinida de la movilización nocturna de las milicias, aparentemente inútil, aguardando la sublevación militar, que tantas veces no se había producido, quedaba atrás y ante nosotros se materializaba la realidad de una guerra civil, de la que no podíamos imaginarnos ni su desarrollo ni todas las calamidades que iba a desencadenar sobre nuestro país.

Cansada de la espera, la gente si dispersó, como en otras ocasiones. Los rumores habían sido muy insistentes sobre la rebelión de las tropas de Africa, pero el sol veraniego lucía, nada se veía de anormal por las calles y la mayor parte de los milicianos marchó a sus obligaciones sin saber que ya eran en realidad soldados.

Me fui al antiguo colegio de jesuitas de las calles de Areneros y Alberto Aguilera, sede de los cursillos. Como tenía mucho sueño, no debió de ser mi intervención muy brillante, sólo recuerdo que hablaba de las aplicaciones de la cal y el cemento; el profesor Blas Cabrera, que presidía, me miraba con benevolencia; uno de los del tribunal me hizo una pregunta más bien formal y quedé libre. Nunca me ocupé más de esas oposiciones, sin embargo, pa-

llar una clase ante el tribunal. El viernes 17 de julio, por la noche, otra vez en vela, vimos pasar de nuevo las horas lentamente. Pero esta última semana no eran sólo nuestros milicianos los que aguardaban en los locales, eran miles y miles de afiliados los que se aglomeraban allí, como si la inminencia del combate, los despertara para luchar. Y eso mismo sucedía en todos los partidos y organizaciones del Frente Popular, tanto en la capital como en el resto del país. Una masa inmensa, sin armas, sin preparación, sin cuadros y sin objetivos claros, pero llena de entusiasmo, y de vagos ideales de libertad y de justicia, se disponía a intervenir en la historia de nuestro país, si los militares se sublevaban.

CAPITULO III

LOS COMBATES EN MADRID Y EN GUADARRAMA

Amanecía el sábado 18 de julio de 1936, que iba a entrar como una fecha trágica en la historia de España. Ya no merecía la pena ir a dormir. La noche con su sucesión de noticias contradictorias, había pasado como tantas otras, sin que llegase la lucha armada, pero, por fin, el preámbulo se había agotado y estábamos ya, sin saberlo, en el primer acto. Esa repetición indefinida de la movilización nocturna de las milicias, aparentemente inútil, aguardando la sublevación militar, que tantas veces no se había producido, quedaba atrás y ante nosotros se materializaba la realidad de una guerra civil, de la que no podíamos imaginarnos ni su desarrollo ni todas las calamidades que iba a desencadenar sobre nuestro país.

Cansada de la espera, la gente si dispersó, como en otras ocasiones. Los rumores habían sido muy insistentes sobre la rebelión de las tropas de Africa, pero el sol veraniego lucía, nada se veía de anormal por las calles y la mayor parte de los milicianos marchó a sus obligaciones sin saber que ya eran en realidad soldados.

Me fui al antiguo colegio de jesuitas de las calles de Areneros y Alberto Aguilera, sede de los cursillos. Como tenía mucho sueño, no debió de ser mi intervención muy brillante, sólo recuerdo que hablaba de las aplicaciones de la cal y el cemento; el profesor Blas Cabrera, que presidía, me miraba con benevolencia; uno de los del tribunal me hizo una pregunta más bien formal y quedé libre. Nunca me ocupé más de esas oposiciones, sin embargo, pa-

rece que saqué el primer lugar en la calificación final de las pruebas.

Era todavía temprano, estuve dando vueltas en busca de noticias que nadie sabía, los que podían informarme no aparecían por parte alguna. Un par de veces pasé por mi casa, donde mi familia estaba también intranquila; la angustia se cernía sobre la ciudad. Desde luego, la sublevación en Africa no ofrecía dudas. Pero algo había fallado en la simultaneidad de la acción de los conjurados. En Madrid, los cuarteles permanecían callados, las tropas acuarteladas y los alrededores solitarios.

Fue avanzando la tarde y a medida que la gente salía del trabajo los centros obreros se llenaban de personas que preguntaban, inquirían, comentaban o simplemente aguardaban. Yo estaba en la Casa del Pueblo, en lo que podíamos llamar el Estado Mayor de las milicias de la Juventud Socialista. Nada se sabía de Fernando de Rosa, escondido los últimos días. Por fin, al atardecer llegó la orden: "Ir al Círculo Socialista del Puente de Segovia a recibir fusiles". Ya no había duda, la guerra comenzaba.

Toda nuestra organización militar se desplomó momentáneamente, transmití las órdenes a las tres compañías, pero cuando llegué al Círculo, todos eran gente extraña. Pronto apareció un camión cargado con fusiles y comenzaron a repartirlos. Estaban engrasados, los limpiamos con periódicos e improvisamos cuerdas para colgarlos del hombro pues venían sin correas. En cuanto a municiones, no nos daban más que un cargador con cinco cartuchos por persona. Se entregaban las armas a todo el que alzaba la mano para agarrar una: parecía una escena tomada de las películas de la revolución rusa. La mayor parte no sabían manejarlas, tuve aquella noche que explicar los principios más elementales de su empleo a centenares de personas.

Pronto el Círculo Socialista estuvo repleto, los fusiles comenzaron a repartirse en la calle, los hombres armados atravesaban la carretera de Segovia y se metían en la Casa de Campo. Entre los paisanos, comenzaron a verse algunos uniformes, la mayor parte de sargentos y suboficiales y algún oficial, entre los cuales estaba el teniente coronel Mangada. Llegó por allí Fernando de Rosa y comenzamos a buscar entre la muchedumbre a nuestros milicianos para agrupar a nuestras compañías. A pesar del can-

sáncio de varias noches de casi no dormir, no sentíamos sueño. Era un hormiguero de gente en movimiento de un lado para otro, bastantes se marchaban pero muchos más llegaban continuamente. Decidí pasar por mi casa para tranquilizar a mi madre y ponerme de paso el uniforme de brigada de Ingenieros.

El viaje en un auto requisado, fue la entrada a un mundo fantástico, que no se parecía en nada al Madrid de sólo unas horas antes. Por todas partes, paisanos armados que pedían la documentación de un partido de izquierdas, único posible salvoconducto. Los fusiles nerviosamente empuñados; las casas con las ventanas apagadas escondiendo angustias, terrores, preocupaciones y esperanzas. Y todo ello en silencio todavía, ni un disparo, la paz engañosa que precedía a la tormenta que ya no podría nadie evitar. Mi carnet de las Juventudes Socialistas fue abriéndome camino a través de la selva de patrullas que había cubierto la ciudad. Llegué a mi casa y le expliqué a mi madre lo que pasaba. "Se han sublevado contra la República, mi obligación es presentarme para defenderla", le dije solemnemente, luego me vestí de militar y me marché. Mi madre no trató de impedirlo, como tantas otras en toda España, no podía hacer mas que resignarse ante lo inevitable.

Volvimos al puente de Segovia en el mismo automóvil, de nuevo a través de infinitos puestos de guardia, que revisaban nuestra documentación. Cuando llegamos a la Casa de Campo, la muchedumbre había disminuido mucho; aun en esas circunstancias extraordinarias la mayoría decidían, sin soltar el fusil, irse a sus casas a dormir; quedaban sólo los que se sentían soldados. Para ahuyentar el frío en el amanecer del domingo 19 de julio, organicé la instrucción en orden cerrado y rítmicamente durante mucho tiempo bajo mis órdenes de mando resonaron las pisadas en el asfalto. Pronto hasta estos últimos leales se desperdigaron y varias horas, mejor o peor, dormí como un tronco en un sillón del Círculo Socialista.

Cuando llegó la mañana, alguien trajo café caliente y todo comenzó de nuevo, volvieron muchos de los voluntarios de la víspera y pronto se concentró una gran masa del pueblo en armas. Circulaban órdenes que no se sabía de dónde venían, pero a mí sólo me preocupaba reunir a nuestros milicianos, que se habían vuelto a dispersar por la noche. Vi traer en un camión a los pri-

meros detenidos, bajaban pálidos y los llevaban para que Mangada decidiese su suerte. Un exaltado se lanzó para golpear a uno de ellos, estudiante tradicionalista de la Facultad de Derecho. El abusar de quien no podía defenderse me indignó y de un puntapié hice rodar al agresor, parando así en seco el avance del grupo que lo seguía. Se levantó furioso pero mi actitud y el ruido del cerrojo de mi fusil al cortar cartucho, lo obligó a desaparecer con rapidez balbuceando maldiciones. Me marché yo también, sabía que comenzarían los fusilamientos y no quería presenciarlos. Ya era algo que nadie podía evitar, toda España se cubría de pelotones de ejecución, antes de que se desplegasen los combatientes y se fijase el frente de guerra, lo único que variaría de un sitio a otro era la filiación de los ejecutados y la causa por la que morían. Y una vez comenzada la limpieza de las retaguardias, el odio iba a crecer sin detenerse, no dando cuartel al enemigo, unas veces real, otras supuesto o en potencia, y no pocas veces imaginario. No es que me sorprendiera esta oleada de sangre, una vez rotos todos los diques, apenas contenidos en los meses anteriores de tan intensa agitación política. Si antes se asesinaba desde la sombra o en la confusión del desorden callejero, ahora todo se podía hacer al aire libre. Si en la lista de agravios había en total unos centenares de vidas sacrificadas, ahora se vengarían con nuevos centenares de miles de víctimas, abriendo así la brecha donde nuestra generación iba a ser definitivamente sepultada.

Desde luego, muchos miles de personas poco o nada hicieron entonces para evitar este desarrollo sangriento de los acontecimientos. Unos, por miedo comprensible, ante el frenesí de las minorías armadas que no iban a tolerar ninguna oposición, ni que se hablase de humanidad, de piedad y de compasión. Otros, que en ambos campos considerábamos con fatalismo este período como algo que no se podía impedir, como una etapa terrible pero necesaria, a través de la cual había que pasar, para llegar al triunfo de los ideales que defendíamos, incluso como algo imprescindible para que la lucha en el frente no estuviera amenazada desde la retaguardia, por lo que luego se llamó "quinta columna". Es decir, admitíamos la necesidad de los verdugos y lo único que hacíamos era dejar que fueran otros los que ejercieran esa función. Esto no nos quita responsabilidad por lo sucedido. Por fortuna, había otra misión que cumplir, que no sólo

no despertaba escrúpulos de conciencia, sino que, al contrario, representaba para muchos de nosotros, realizar un deseo acariciado largo tiempo, el enfrentamiento directo con el enemigo, buscando con las armas la solución de nuestras diferencias. Era un gran alivio de la tensión concentrada en el último período de angustia permanente, donde el único destino a la vista era asesinar o ser asesinado. Aunque en el fondo la cosa no cambiase mucho en su profundo sentido ético y moral, nos hacíamos la ilusión de que convertirnos en soldados nos dignificaba. El desarrollo de las batallas no nos iba a dejar mucho tiempo para preocuparnos de lo que pasaba en retaguardia. La lucha nos endurecería e iríamos, inevitablemente, dándole a la vida humana cada vez un valor más pequeño, pero habíamos escogido, al menos, el puesto que nos exigía los mayores sacrificios y nos exponía a peligros reales y efectivos. El único papel medianamente respetable en una guerra.

Durante la mañana del domingo conseguimos, al fin, juntar parte de nuestras tres compañías de jóvenes socialistas, pero costaba trabajo retenerlos, nadie sabía todavía hacer lo más sencillo de un soldado, sentarse y esperar; todo era nerviosismo y andar de un lado para otro. Llegaron los rumores de la dimisión de Cásares Quiroga y del nuevo gobierno con Martínez Barrio para tratar de llegar a un compromiso con los sublevados. No hubo tiempo de protestar, en seguida supimos que lo había sustituido un tercer gobierno presidido por Giral y dispuesto a aceptar la lucha.

No había sonado todavía un tiro, los cuarteles seguían cerrados, silenciosos y aislados, con una tierra de nadie a su alrededor, rodeada por patrullas de paisanos armados. Era una incógnita lo que iba a suceder, pero se sabía con certeza que los aeródromos de Cuatro Vientos y Getafe estaban con el Gobierno, que los guardias de asalto eran leales a la República y que la Guardia Civil seguía neutralizada. Era seguro que el Cuartel de la Montaña era el centro de la sublevación. En él se habían concentrado muchos comprometidos en el alzamiento para recibir uniformes y armas. Un camión de milicianos que se acercó demasiado fue detenido y con todos sus ocupantes desapareció tras de las puertas. No podía dejar de pensar que si no hubiera de-

cidido el año anterior hacer el servicio militar en un solo plazo, estaría también dentro de aquel avispero. Recibimos las dos primeras ametralladoras, que emplazó en el lindero de la Casa de Campo un estudiante de la FUE Deportiva, llamado Torres que entendía algo de ellas por haber hecho el servicio militar. Era ya el atardecer y juntos mirábamos los edificios cuadrados del Campamento Militar de Carabanchel que se veían a lo lejos. Se nos habían incorporado Simarro, Nazario Cuartero y Emilio Loma con un camión de "La Barraca". Los tres eran muy amigos y formaban un grupo muy unido que atrajo luego a muchos antiguos compañeros suyos del Instituto Escuela. Me mandó entonces Fernando de Rosa con ese camión a buscar víveres para nuestros milicianos. Dimos muchas vueltas y por timidez y falta de experiencia, en un Madrid que todavía estaba lleno de todo, no pudimos conseguir más que unos racimos de plátanos en el Mercado de la Cebada, a cambio de unos vales que firmé y que fueron recibidos con la mayor desconfianza por parte de los requisicionados.

La noche la pasamos en el Ayuntamiento de Carabanchel Bajo; éramos un centenar escaso con varios camiones. Nos echamos en el suelo en espera del amanecer, y cuando apenas se entreveían las primeras luces del lunes 20 de julio, oímos tronar el cañón. Desde el Cuartel de Artillería a Caballo habían hecho fuego sobre un blindado de los Guardias de Asalto que se ofrecía como un blanco magnífico en la carretera, matando al coronel republicano Orad de la Torre que estaba parado al lado.

De repente, una orden: marchar a Getafe donde se había sublevado otro cuartel de Artillería. Sentados en el primero de los camiones, junto al conductor, íbamos Fernando de Rosa y yo. Fuimos a toda velocidad, hasta que llegamos a poca distancia de nuestro destino, nos detuvimos y mandamos a pie una patrulla de exploración. Pronto, sin embargo, llegaron noticias de que ya los sublevados se habían rendido sin ofrecer resistencia alguna y otra vez a toda marcha seguimos adelante, hasta frenar bruscamente delante del cuartel, cuya puerta ya estaba abierta. Se veían soldados de aviación con sus uniformes verde obscuro, que fusil en mano vigilaban a los oficiales del regimiento todos reunidos a un lado del patio y en el otro un montón inmenso de

armas, cascos, correajes y municiones y gente que sin cesar cargaba todo en camiones que llegaban de Madrid. Se unieron a nosotros Claudín y Velázquez que habían asistido allí al momento más crítico, cuando el segundo, subido como un mono a la verja, gritaba a los rebeldes que se entregaran, mientras sobrevolaban los aviones del aeródromo de Getafe.

Regresamos a Carabanchel y colocándonos en un terraplén por detrás del Cuartel de Artillería a Caballo, empezamos a hostilizar al enemigo con fuego de fusilería. Estábamos un tanto intranquilos por si comenzaban a usar sus cañones, pero nada hicieron. Llegó el capitán González Gil, nos sacó del terraplén a un pequeño grupo de jefes y nos lanzamos adelante, exploración que a poco nos cuesta cara, porque en ese momento la aviación republicana bombardeaba el cuartel y las bombas en vez de caer allí vinieron encima de nosotros, lo que nos obligó a tirarnos largo rato en un vertedero de basura, hasta que pudimos volver a ponernos a cubierto donde estaban nuestros milicianos.

Pronto nos cansamos de disparar a quien ni siquiera ya nos contestaba y esperamos los acontecimientos bajo el sol veraniego del mediodía. González Gil, Fernando de Rosa y muchos otros marcharon ante las noticias del asalto al Cuartel de la Montaña; a mí me ordenaron permanecer allí al frente de los pocos que no se habían desperdigado por propia voluntad, aburridos de la inacción. Claudín se quedó conmigo. Al revisar nuestra línea improvisada de combate, sufrí mi primero y último accidente de la guerra, resbalé y me di un golpe en un costado, me dolía bastante, pero mejor o peor podía andar.

Como a las 3 o 4 de la tarde, vimos que por la carretera general hacia el cuartel avanzaban milicianos. No se oía ningún síntoma de combate. Nos adelantamos también y llegamos a las tapias por la parte trasera de los edificios. No se veía a nadie en las ventanas ni en ninguna parte. Ayudé a Claudín a encaramarse, luego me ayudó él a mí a subir y saltamos dentro de los patios. Todo seguía vacío y mudo; solos los dos atravesamos hasta la puerta principal, corrimos los cerrojos y la abrimos de par en par, por la carretera avanzaba una masa inmensa que entró como un alud, y pronto aquello se convirtió en una escena enorme de confusión. Salían soldados en mangas de camisas con

las manos en alto. Un grupo de oficiales prisioneros fue subido a un camión que los llevó a la Casa de Campo, al encuentro de su fatal destino. Mucha gente recogía armas apresuradamente. Un miliciano traía una pequeña caja de acero que podía contener dinero y le obligué a entregársela a un coronel republicano, que había llegado con los asaltantes. Otro miliciano salió con dos botellas de coñac, que le arrebaté para estrellarlas contra el piso.

Ya nada había que hacer allí, y me entró una depresión profunda, Claudín se separó de mí, pero encontré a Simarro, Loma y Cuartero que estaban en el mismo estado que yo y decidimos marcharnos. Salimos del cuartel en busca de nuestro camión de "La Barraca". Cuando nos montamos en él apareció un brigada de Artillería, no nos cabía ninguna duda de que andaba huido del cuartel, pero no se nos ocurrió preguntárselo, ya todo parecía terminado y no teníamos deseos de que hubiera más víctimas. Nos pidió que le dejáramos subir y juntos todos volvimos a Madrid. En los infinitos puestos de guardia, enseñábamos nuestra documentación y nuestro acompañante circunstancial callaba y se encogía para pasar desapercibido. Al llegar a la capital vimos que tenía un aspecto muy distinto del de unas pocas horas antes, disparos en cada esquina, iglesias ardiendo y grupos de milicianos haciendo fuego sin orden ni concierto contra los "pacos", tiradores desconocidos que con un disparo de pistola desde una azotea, creaban una conmoción terrible en todo un barrio, y eran contestados por miles de fusiles y decenas de ametralladoras que acribillaban todo. Junto a un templo cerca de la calle de Toledo, el camino estaba cortado. En la torre, rodeada ya del humo del incendio, decían que alguien se había refugiado, aunque nada se veía y el tiroteo desde los alrededores era muy intenso. Nuestro suboficial se escabulló sin despedirse y tumbados en un portal esperamos a que hubiera paso libre, como simples espectadores, no viéndole mucho sentido a aquél despliegue de fuerzas. El golpe de la pierna me dolía mucho y ya casi no podía andar; hice que me llevaran a mi casa en cuanto fue posible, tranquilicé a mi madre y a mi hermana, y me eché en la cama con una bolsa de agua caliente en la cadera para mitigar el dolor. Luego encendí el receptor de radio.

Escuché las noticias oficiales que el locutor repetía incansablemente, el gobierno de Cásares Quiroga había desaparecido

sin pena ni gloria, llevando tras de sí la amarga experiencia de haberse dejado sorprender. Después de los intentos fracasados de Azaña y Martínez Barrio para formar un gobierno que llegase a una transacción con los sublevados, se había formado otro la víspera bajo la presidencia de don José Giral, pero que no contaba con ejército, ni con policía, ni con el aparato estatal, desarticulado por la rebelión. La situación real, que podía observar el que mirase a la calle, es que había terminado la Segunda República. La sublevación militar, paradójicamente, había desencadenado la revolución que pretendía impedir y el poder efectivo estaba en manos de los grupos armados, de anarquistas, socialistas y comunistas, aunque se mantuviera formalmente el gobierno como símbolo de la legalidad republicana ante la opinión internacional. Cada grupo con sus objetivos, sus programas y sus fines diferentes y muy pronto cada uno con sus unidades de milicianos, sus policías, sus intendencias y hasta sus finanzas. En cuanto a los republicanos, habían sido barridos por los acontecimientos y muy poco iban a significar durante toda la guerra.

La guerra civil representaba no sólo el fracaso de la República, sino el de España entera, que había perdido una oportunidad histórica de encontrar equilibrio, estabilidad y progreso. Los españoles parece que estábamos empeñados en hacer todo lo posible para no conseguirlo. Ante el derrumbamiento de la monarquía por causas internas principalmente, el interés de nuestra patria hubiera sido alcanzar la unidad en esa etapa de transición e impulsar sus fuerzas vitales para salir del amodorramiento de siglos. La responsabilidad del fracaso no era sólo de los gobernantes, sino de la oposición que a derecha e izquierda no había dado sosiego al nuevo régimen desde el 14 de abril. Hubiera sido mejor encontrar una fórmula aceptable para la mayoría, pero intransigencias, intereses creados, impaciencias y demagogias, se opusieron a ello. Ya no quedaba más salida que la guerra a muerte.

Eran las masas de los partidos y sindicatos de extrema izquierda los que habían hecho fracasar el levantamiento militar ayudados por la enorme vacilación de los sublevados. Cásares Quiroga y sus gobernadores civiles habían querido mantener la ley a toda costa y se resistieron en muchas partes no sólo a entregar armas a las organizaciones obreras, sino a tomar medidas po-

liciacas simples, contra los que preparaban la insurrección. Allí donde tuvieron enfrente algunas armas, los sublevados fueron aplastados, sin que presentaran una resistencia real. En Madrid, el Cuartel de la Montaña había sido asaltado por una muchedumbre enardecida apoyada por dos piezas de artillería y dos aviones militares. Allí se hizo prisionero al general Fanjul y sucumbieron todos mis antiguos oficiales del regimiento de Zapadores y un amigo mío sargento republicano, que en el momento más crítico abrió las puertas del edificio a los sitiadores, siendo acribillado por la espalda por los oficiales desde el cuarto de banderas. Pero los otros cuarteles de Madrid nada hicieron prácticamente para defenderse y algunos no llegaron siquiera tácticamente a sublevarse. En Barcelona, había habido la víspera combates muy duros con gran número de bajas, pero de corta duración, también las banderas blancas señalaron pronto el final de la lucha en toda Cataluña y la rendición del general Goded.

En Guadalajara, Toledo, Ciudad Real, Castellón, Valencia, Alicante, Badajoz, Málaga, Almería, Jaén, Murcia, Albacete, Asturias (menos Oviedo), Santander, Menorca y Provincias Vascongadas habían fracasado los militares. En cambio en Galicia, Sevilla, Córdoba, Granada, Cádiz, Castilla la Vieja, León, Cáceres, Aragón, Navarra, Marruecos, Mallorca, Ibiza e Islas Canarias, la insurrección parecía haber triunfado. El general Sanjurjo había perecido carbonizado al estrellarse su avión en Lisboa, cuando se disponía a regresar a España para ponerse al frente de los sublevados. El general Franco, volando desde Canarias se había puesto al frente del Ejército de Marruecos. El general Mola dirigía a los requetés carlistas en Navarra y los generales "republicanos" Queipo de Llano y Cabanellas se habían sublevado en Sevilla y en Zaragoza decretando el estado de guerra dando incluso vivas a la República. En Oviedo, el coronel Aranda, después de unas horas de vacilaciones e incertidumbres, aparecía mandando una guarnición sublevada.

Casi toda la Marina de Guerra seguía fiel a la República. Los marineros donde habían tenido la más mínima posibilidad, se habían apoderado de los buques arrestando o tirando al agua a los oficiales. La base naval de Cartagena estaba en manos de los comités de marineros y subalternos. Los radiotelegrafistas que

habían recibido, desde el Ministerio de Marina de Madrid, los avisos en alta mar, alertaron a las tripulaciones para que se hicieran cargo de las naves y llevarlas hacia un puerto republicano.

* * *

Temprano el martes 21 de julio ya estaba en pie. Había descansado bien toda la noche y el golpe de la cadera de momento no me dolía, decidí dejar el uniforme de brigada en casa y vestirme de paisano con la camisa azul de las milicias, me puse encima el correaje y cogiendo el fusil, salí a la calle en busca de mis compañeros. Cerca de mi casa me encontré con Coello, que venía a buscarme en un auto descapotable, me dijo que íbamos a hacer de exploradores delante de una columna motorizada con nuestras tres compañías una vez más reunidas. Para ello, había requisado unos prismáticos militares en una de las tiendas de óptica de la calle del Príncipe.

Salimos pronto por la carretera de Fuencarral y me explicaron lo sucedido. Hacia la Sierra de Guadarrama, habían salido en camiones una parte de los oficiales y soldados del Regimiento de Transmisiones de El Pardo; no se sublevaron el día antes, pero estaban en marcha para unirse a los rebeldes. Llevaban ya mucha ventaja y no les alcanzamos; pudieron cruzar el Alto del León y llegar a San Rafael donde se unieron con las unidades insurrectas que de Segovia y Valladolid iban hacia el puerto. Sólo uno de los camiones con fugitivos se despistó y fue a parar a una desviación sin salida que llevaba a la presa de Santillana, tras de él llegamos nosotros y muchos otros más que se desperdigaron por los alrededores buscando a los soldados que abandonando su vehículo trataban de huir a pie por las montañas. Empezó la caza del hombre; por todas partes se oían tiros, pero a nadie se veía. En cuanto traté de dar un paso, el dolor de la cadera se recrudeció de tal forma, que tuve que tumbarme en el sótano de una de las edificaciones de la presa. Me sentía cada vez peor, el dolor no cedía, el calor del mediodía era además sofocante, creo que ni siquiera me había acordado de desayunar y perdí el sentido. Lo recuperé, cuando en un puesto de socorro improvisado, una campesina me metió por las narices un algodón empapado en amoníaco. Aseguré que me encontraba ya perfectamente, pero Leo Menéndez

llegó por allí con una ambulancia y como hacía las cosas bien, me llevó a mi casa a Madrid. Otra vez tuve que echarme en cama, ponerme la bolsa de agua caliente y volver a escuchar la radio.

Había noticias muy contradictorias pero que aclaraban la situación en las líneas generales con que el día anterior se habían delineado los futuros frentes. Circulaban noticias fantásticas sobre columnas de mineros de Asturias que marchaban hacia Madrid, aunque basadas en algo real, el general Aranda los había animado a hacerlo, para poder luego sublevarse tranquilamente. No fueron muy lejos ya que todo León estaba en poder de los insurrectos. Hubo en un comienzo muchas islas republicanas en el mar rebelde y también algunas islas rebeldes en el mar republicano, pero pronto fueron liquidadas y grupos aislados trataban de huir a territorio amigo, mientras quedaban pasadizos libres. Desde luego, bastaba oír las radios enemigas, sobre todo la de Sevilla con el general "republicano" Queipo de Llano, para saber que la lucha era a muerte y no podíamos esperar cuartel. A nosotros, los de extrema izquierda, no nos sorprendía esto, la suerte estaba echada y había que jugarse la vida. Más trágico resultó para muchos republicanos moderados que siempre habían actuado dentro de la ley y nunca abusaron de su poder. Asesinatos como el del gobernador civil de La Coruña Pérez Carballo y de su esposa fueron crímenes incalificables. El que hubiera también asesinatos de nuestro lado sólo añade más motivos de vergüenza para todos, porque nadie que colaborase en una u otra forma en el estallido de esa lucha fraticida, está capacitado para tirar la primera piedra. Lo nuevo era únicamente la amplitud de la represión, ya que el estilo recordaba el de las guerras carlistas, con el fusilamiento por los liberales de la madre de Cabrera, o las torturas a que el cura Santa Cruz sometió a unos infelices carabineros liberales que le hicieron resistencia. En unas horas ya no era posible transacción alguna entre los dos bandos, había demasiada sangre por medio.

El miércoles 22 de julio salí otra vez de mi casa arrastrando mi pierna, tratando otra vez de reunirme con mis milicianos. Recorrí varios centros y no pude encontrar a los que buscaba, estaban fuera de Madrid en la Sierra de Guadarrama, pero nadie sabía dónde. Vi a Claudín, que quiso encomendarme alguna misión en Madrid pero le dije que prefería marchar al frente a reu-

nirme con mi gente. No insistió y llamó a Justo, el de la Federación Deportiva Obrera que iba a ir a la Sierra en un auto para que me llevara con él. Justo no tenía, sin embargo, mucha prisa y pasó toda la mañana antes de que emprendiéramos el viaje. Tuve que acompañarle a buscar un local para las JSU; le propuse el club aristocrático "La Gran Peña", al comienzo de la Gran Vía, y allí ante la sorpresa de los conserjes, únicos presentes, colocamos la bandera de nuestra organización y dejamos una guardia.

Por fin salimos de Madrid, no había manera de ir deprisa, por todas partes había puestos armados de vigilancia, en todos los puentes militares preparaban la voladura, corrían autos en todas direcciones y nadie sabía nada de lo que ocurría más adelante. Era ya el atardecer cuando llegamos a Villalba, en el punto en que se bifurcaban las dos carreteras que van a los dos puertos más importantes de la Sierra, al Alto del León a través del pueblo de Guadarrama y al Puerto de Navacerrada.

El pueblo estaba lleno de milicianos y de soldados ingenieros del Regimiento de Ferrocarriles, leal a la República. Esta última unidad, cuya fuerza real era sólo de un par de compañías, había ocupado por la mañana el Alto del León, pero por la tarde fue batida por la artillería de una columna falangista y de soldados rebeldes; perdió sus posiciones y se replegó en desorden sin detenerse siquiera en el pueblo de Guadarrama. Su coronel se había suicidado ante el desastre. Lo reemplazó en el mando el teniente coronel Moriones al que encontré en una casita, acompañado del coronel de artillería Morales, delegado del gobierno. Ambos estaban abrumados, nadie sabía nada, ni qué se podía hacer. Salí afuera para reunir a la gente dispersa, pero eran pequeños grupos llenos de pánico y que ni siquiera escuchaban lo que se les decía. De Madrid, vi llegar una larga columna de camiones y de un automóvil bajó Bárzana maestro y compañero mío de la FUE, que resultó ser el jefe. Se trataba de milicianos del Radio Norte del Partido Comunista. El subjefe era Juan Modesto, al que veía por primera vez.

Entonces se formó una especie de consejo de guerra con Moriones, Morales y Bárzana. Este último, no hacía más que mesarse los cabellos nerviosamente y asegurar que él no era militar. La situación se hizo todavía más tensa, cuando de Nava-

cerrada llegó un capitán de Asalto con varios camiones llenos de guardias, informándonos con gran vehemencia de la forma en que habían sido rechazadas las fuerzas enemigas que trataron de ocupar el puerto, pero no supo decirnos quién estaba ahora allí, pues al caer la noche consideró su misión cumplida y se había puesto en camino hacia Madrid. Es decir, no sólo el Alto del León estaba en manos, de los sublevados, sino quizás también el de Navacerrada. Tampoco se sabía quién se encontraba en el pueblo de Guadarrama, ¿habrían llegado allí los perseguidores de los soldados de Ferrocarriles?

Me ofrecí a ir a Guadarrama y a Justo le pidieron que fuera a Navacerrada. Me prestaron un auto y abandoné Villalba por un camino lateral (en el directo habían volado un puente). Me crucé con un camión lleno de soldados que aseguraron estaba en Guadarrama un batallón de infantería que acababa de llegar. En vista de eso, ya sin detenerme y a toda velocidad, me fui a explorar qué había de cierto. Creo que me dieron el alto todos los soldados del batallón, por fin me llevaron hasta el jefe. Estaban todos muy nerviosos pero en sus puestos, tenían establecidas fuerzas en la subida al Alto del León y no había contacto con el enemigo que estaba escondido en las alturas.

Me pasé la noche haciendo viajes de Guadarrama a Villalba y a la inversa, llevando órdenes y comunicando informes. Justo trajo la noticia de que el puerto de Navacerrada estaba, afortunadamente en manos de un grupo de campesinos armados con escopetas de caza. Llegaban fuerzas de todas partes, no sólo a través de Villalba, sino de El Escorial. Cuando por última vez llegué a Guadarrama, amanecía el miércoles 23 de julio y el batallón de infantería avanzaba hacia el puerto, pero no por la carretera sino a la izquierda de ella, desplegado a través del bosque, demostrando el buen sentido de sus oficiales. Decidí irme con ellos.

Los soldados seguían el ascenso y casi estábamos a la altura de la Fuente de la Teja, cuando sin precauciones, vimos subir por la carretera una columna con un centenar de camiones, repletos de guardias civiles, guardias de asalto y soldados del grupo de autoametralladoras-cañones de Aranjuez. Como sabía que el enemigo estaba en el Alto del León y que tenía cañones, me aterré ante

la idea de lo que iba a pasar de un momento a otro, me lancé como un loco ladera abajo hasta el camino, conseguí que detuviese su marcha la cabeza de la columna e informé a un oficial de la situación. Este no me hizo el menor caso, dio la orden de seguir adelante y yo me volví al bosque donde estaban nuestros infantes, esperando lo inevitable. No transcurrió mucho tiempo y empezó a tronar el cañón. Toda la columna motorizada se detuvo, los ocupantes de los transportes saltaban y salían corriendo cuesta abajo, algunos vehículos trataban de dar la vuelta sin conseguirlo, otros volcaban o caían por los barrancos, mientras explotaban las granadas entre ellos, en un minuto había acabado la batalla y no se veía a nadie, más que puntitos sueltos muy abajo en marcha alocada hacia Guadarrama, donde también empezaban a caer los cañonazos.

Esta fue la primera vez que las fuerzas republicanas subían hacia el Alto del León, esto mismo con una u otra variante se iba a repetir en los próximos días una infinidad de veces. También los sublevados iban a tratar repetidamente de descender hacia el valle. Las maniobras se reducían a moverse unos centenares de metros a uno y otro lado de la carretera. Muchas veces me he preguntado después, qué triste papel hacían allí los militares profesionales en los dos bandos. Sabían morir heroicamente lo mismo que los soldados, los voluntarios y los milicianos, pero el arte militar no se veía por ninguna parte. A un lado y otro del puerto había decenas de kilómetros de terreno relativamente accesibles, al que nadie prestaba atención, al menos por el momento.

La cadera me volvía a doler fuertemente, llevaba ya varias horas de subir y bajar cerros y había perdido de vista a los soldados que continuaban su avance por los espesos pinares. Como pude, aunque hubiera querido correr no podía, fui bajando hacia el pueblo. Al mediodía, nuevas fuerzas de todas clases, que llegaban sin cesar a Guadarrama, se remontaban otra vez hacia la cumbre. Los mandaba el teniente coronel Puig, con su gorra de plato verde de las tropas de Africa. Aviones republicanos lanzazan bombas sobre el Alto del León, para silenciar los cañones enemigos. A media tarde se combatía a la altura del Sanatorio de Tablada. Yo había llegado también allí, pero en el auto de Justo, y traté de explicar al teniente coronel que allá entre los

árboles a la izquierda había un batallón de infantería que pedía flanquear al puerto, pero lo mismo que el oficial de por la mañana, no me prestó atención alguna; su única orden a los grupos que le rodeaban era "arriba".

En Tablada encontramos a Leo Menéndez en su ambulancia, estaban evacuando a enfermos del Sanatorio, también crucé palabras con Eligio de Mateo. Iba cayendo la tarde, el fuego de ametralladoras del enemigo cortaba las ramas de los árboles a varios metros sobre la carretera. Los autos se habían marchado hacia Guadarrama; Justo, sin avisarme, desapareció también en su vehículo y me encontré solo. El sol se iba poniendo, cerca había una pequeña casita, donde entré a descansar un poco, llena de guardias civiles, que esperaban probablemente la noche para pasarse al enemigo; la forma en que me miraron no me inspiró ninguna confianza, me levanté enseguida y poco a poco por la cuneta fui descendiendo hacia la Fuente de la Teja, arrastrando mi pobre pierna, sin volver la cabeza atrás oyendo los silbidos de las balas y sus chasquidos al chocar contra los obstáculos o al enterrarse en el suelo.

Antes de llegar a Guadarrama me encontré a Nazario Cuartero y Emilio Loma con el camión de "La Barraca" y ya no nos separamos en varios días. Me dieron una lata de sardinas, que engullí ávidamente: estaba desfallecido. Guadarrama era un hormiguero donde de vez en cuando las granadas que llegaban de lo alto, creaban la confusión, pero enseguida todo se ponía en movimiento. En la escuela, a la salida hacia Villalba, se había organizado un hospital y junto a la puerta, envuelto en una sábana, estaba el cadáver de una muchacha. Nos pidieron que lo lleváramos a Madrid. Cuando salimos, los dos lados de la carretera estaban llenos de soldados llegados de la capital, al mando de algunos sargentos.

Al amanecer del día 24, estábamos otra vez de vuelta en Guadarrama, sabíamos que nuestras compañías de jóvenes socialistas iba a llegar al mando del capitán González Gil y de Fernando de Rosa y los esperamos toda la mañana. Dos aviones con cruces negras en las alas nos bombardearon. Luego por entre unas tapias de piedra, empezamos a ver caras conocidas. González Gil con la respiración agitada de su asma crónica, iba de paisano con un fusil

con una cuerda en lugar de correa y una caja de cartuchos colgada con cintas del cinturón. Iban a subir por la izquierda de la carretera hacia el Alto del León. Yo no podía todavía andar y les seguí con nuestro camión ya cargado de municiones y de víveres.

Otra vez llegamos a Tablada, en todas las proximidades sonaba el combate, que no había amainado en todo el día, dejando ese olor a pólvora que todo lo llena y reseca la garganta. De repente llegaron gritando algunos de nuestros jóvenes. ¡Han matado al capitán González Gil y Fernando de Rosa está herido! Las compañías sin mando se habían desperdigado. Regresamos a Guadarrama para tratar de reunir a nuestros milicianos. El cuerpo del capitán González Gil había sido abandonado y Fernando de Rosa evacuado en una ambulancia a Madrid.

Juntamos apenas diez o doce de nuestros milicianos y estuvimos tumbados toda la noche en el lindero de Guadarrama. Al amanecer del 25 de julio dimos una escapada a Madrid, donde nos encontramos con Giménez Carrasco, compañero de Ciencias, que en nombre de la FUE se había incautado de una casa particular. En ella había un auto descapotable en el que volvimos a Guadarrama, Cuartero, Loma y yo. Estaba el pueblo vacío bajo el fuego de la artillería enemiga. Un alambre de los postes derrumbados se cruzó, Cuartero, que conducía, perdió la dirección y chocó contra un árbol. Yo salí por el aire hacia un lado y Loma hacia el otro. Todos quedamos ilesos, sólo yo tenía rasguños en todas partes y para colmo en un puesto de socorro me pusieron una inyección de suero antitetánico. Cuartero y Loma se fueron a recoger otra vez el camión de "La Barraca" y a mí me dejaron en El Escorial en casa de Carmen Parga, donde descansé un par de horas. Me dolía ahora ya todo el cuerpo y estaba dispuesto a no moverme de allí, pero al mediodía llegaron otra vez mis amigos y tuve que irme con ellos.

Eramos ya un pequeño grupo. Se nos habían unido Simarro y Marcos (empleado de banca, uno de los jefes de las milicias socialistas de octubre de 1934). Estuvimos con nuestro camión de "La Barraca" en Guadarrama y en Somosierra como delegados de la JSU el resto del 25 y la mañana del 26 de julio, pero en la tarde de este día volvimos a Tablada con el propósito de tratar de recuperar el cuerpo de González Gil, y junto con los

milicianos que avanzaban llegamos al anochecer al mismo Alto del León, donde comenzaron a llover granadas de mano desde la casa que había en el puerto. Allí desapareció Loma, lo buscamos como pudimos en la oscuridad, pero al fracasar el ataque, tuvimos que volvernos a Tablada y nunca lo volvimos a ver, o murió en el combate o fue hecho prisionero y fusilado inmediatamente. Me encontré con Eligio de Mateo que me propuso incorporarme al Estado Mayor del coronel Riquelme, que tenía ahora el mando en Guadarrama. No acepté porque recibimos órdenes de marchar a Madrid, donde Fernando de Rosa, cuya herida había resultado leve, estaba organizando unos batallones de milicias.

Nunca se conocerá con exactitud la magnitud de nuestras pérdidas aquellos días, dada nuestra gran inexperiencia y lo poco versados que estábamos en el arte de la guerra. Los pocos oficiales que nos dirigían tenían que marchar a la cabeza bajo el fuego enemigo que los arrasaba y no podían ponerse a cubierto cuando explotaban los proyectiles de artillería o las bombas de aviación. De modo parecido a González Gil, perecieron la gran mayoría de los oficiales que llenaban el cuarto de banderas de Pontejos la noche crucial del 12 de julio, entre ellos el capitán Fontán. En Somosierra fueron muertos en una emboscada el capitán Condés y Cuenca, unidos definitivamente por el destino. Del lado de los rebeldes murieron allí los hermanos Miralles.

* * *

La masa de combatientes iba poco a poco tomando formas definidas y disciplinándose. El gobierno creó una Dirección General de Milicias que, mal que bien, distribuía armamento, equipo y daba nombramientos de oficiales y de comandante para jefes de batallón y de columna. Con mucha demagogia se estableció la paga única para todos los milicianos, de diez pesetas diarias, lo que ayudó extraordinariamente a la inflación monetaria ya que cobraban no sólo los combatientes del frente, sino los infinitos grupos y grupitos de la retaguardia. Pero las unidades que crecían como los hongos, aunque la mayoría tenía una vida efímera, estaban organizadas por los partidos y organizaciones políticas y sindicales, especialmente comunistas y anarquistas. Aunque oficialmente estaban unificadas las Juventudes Socialistas y Comunistas, cada una organizaba sus unidades por separado. Los jóvenes socialistas

fundaron el "Batallón Octubre No. 1", el "Octubre No. 11", el "Largo Caballero" y luego muchos más. Los jóvenes comunistas el "13 Regimiento", "Pasionaria", con Andrés Martín (que pronto iba a caer prisionero y a ser fusilado en Extremadura) y Segis Alvarez. Muchos jóvenes ingresaron también en el 5o. Regimiento que organizó el Partido Comunista con Enrique Castro y el italiano Carlos Contreras (Vittorio Vidali).

Resultaba difícil saber quién mandaba a todas estas fuerzas tan caóticamente organizadas. Alguien en el Ministerio de Defensa trataba de dar órdenes, pero el cumplimiento dependía de la buena voluntad de los representantes de partidos obreros y de sindicatos. Además en las regiones alejadas de Madrid, surgían organismos representativos que hacían la guerra por su cuenta y riesgo, el gobierno de Madrid carecía de autoridad y la improvisación campaba por sus respetos en todas partes. Esta última era inevitable y a veces eficiente, incluso muy eficiente, como en el asalto a los cuarteles en Madrid y Barcelona, pero atomizaba los esfuerzos y quitaba vigor a la resistencia de conjunto. Los comunistas que sabían cómo hay que hacer una guerra, ya lanzaban su consigna de mando único, pero eso era una utopía. El Estado Mayor Central sólo podía precisar las direcciones principales del ataque enemigo, mandar allí algunos oficiales leales, muchas veces a morir dando ejemplo a los milicianos y otras, si no probaban así su lealtad, a ser fusilados como sospechosos. Enviaban también a esos lugares a los pobres restos del antiguo ejército, mal encuadrados con muy pocos oficiales, a lo más con sargentos ascendidos provisionalmente; a los guardias de asalto, que eran de toda confianza pero una gota de agua para lo que los incipientes frentes necesitaban; y a los guardias civiles, que el quitarles el tricornio y rebautizarles como guardias nacionales no había transformado y que se pasaban al enemigo en cuanto podían. La masa de combatientes eran milicianos, con un reflujo constante que lo mismo hacía sentirse confiado al jefe de la columna, por disponer de miles de combatientes, que a las pocas horas sentirse solo cuando las unidades principales decidían, con orden o sin ella, volver a las bases de donde procedían.

Esto sucedía en Guadarrama, en Somosierra, en Navalperal de Pinares, en las Navas del Marqués y en Sigüenza, que eran los

frentes de combates próximos a Madrid. En otros lugares más alejados las cosas ocurrían en forma análoga. Lo mismo en Asturias junto a Oviedo, que en Andalucía cerca de Córdoba, que en Extremadura. Todo el Levante y Cataluña habían quedado fieles a la República. Columnas anarquistas, salieron de Barcelona hacia Aragón y en barcos hacia Mallorca e Ibiza, estas últimas pronto volvieron, pero las primeras detenidas en su avance empezaron a hacer su "revolución" en los pueblecitos aragoneses, ante los ojos asombrados de los campesinos que no sabían lo que se les venía encima. La "Columna de Hierro", también anarquista, salió armada hasta los dientes desde Valencia rumbo a Teruel, pero se detuvo al encontrar resistencia. Militarmente no se les podía criticar todavía, porque su débil organización no les permitía acometer grandes empresas ni empeñarse en combates serios. Pero es cierto que no se enfrentaban con un enemigo poderoso, al contrario, eran unidades locales más disciplinadas, pero de hecho no mucho más eficientes que las nuestras.

Sin embargo, el mayor derroche de hombres y de medios materiales tuvo lugar en nuestra retaguardia. Muchos miles de milicianos armados se limitaban a hacer guardias en una complicadísima red de puestos de control, de utilidad dudosa en la vigilancia de los enemigos internos, pero muy peligrosa en sus confusiones, como cuando una patrulla de la CNT asesinó a Bárzana. Además, cada comité político o sindical organizó su propia intendencia, requisando y malgastando toda clase de pertrechos, lo que desorganizó aún más toda la economía del país.

Recibí el nombramiento de capitán ayudante del Batallón Octubre No. 11 cuyo jefe era Fernando de Rosa. Marcos recibió el mando del Batallón Largo Caballero y con él se fueron Simarro y Cuartero. Se nos incorporaron bastantes estudiantes de la FUE. Algunos, como mi compañero de Ciencias, Emilio García Ruiz, se encontraban en Madrid aislados e incluso sin documentación, imprescindible en aquellos días para la seguridad personal. En muy poco tiempo, prácticamente en unas horas, se estructuró mi batallón. Se uniformó con trajes azules de obrero y gorros verdes de soldados de aviación, recibió armamento, insignias y equipo, implantamos el saludo militar clásico (no se nos pasó por la imaginación cambiarlo por el del puño cerrado) y el 1 de agosto por la

tarde salimos en tren hacia El Escorial con nuestras tres primeras compañías. Allí desfilamos ante la admiración de los vecinos y luego en camiones, llegamos, ya en la madrugada del 2 de agosto, a Peguerinos y de allí a pie seguimos hacia la sierra que domina a San Rafael, en la región del paso que llamábamos la Gargantilla, en la retaguardia del enemigo que ocupaba el Alto del León. Nuestros milicianos eran todos jóvenes socialistas y en su mayoría ya formaban parte de nuestras milicias antes de empezar la guerra.

Nos incorporamos a la columna del comandante Sabio. Había otras unidades, entre ellas un batallón de soldados de aviación, mandado por el teniente coronel Rubio. El mismo día descendíamos hacia San Rafael dejando atrás las estribaciones de Cueva Valiente. Sabio nos mandó cubrir el flanco izquierdo en dirección a El Espinar, pero Fernando de Rosa y yo entramos con él en San Rafael, junto con un pequeño grupo de soldados.

Desde luego es admirable la tranquilidad y el valor con que Sabio y su pequeño grupo avanzó por entre las primeras villas y chalets de veraneantes que estaban en los linderos del pueblo. Todos estaban vacíos, ni enemigos ni población civil, no se veía a nadie. Pronto llegamos ya cerca de la carretera y en una casa aislada aparecieron tres falangistas vestidos de azul igual que nosotros, que fueron hechos prisioneros antes de que pudieran darse cuenta. Por una barranca llegaba en nuestra ayuda una compañía de soldados de aviación, pero antes de desplegarse se desencadenó de repente la batalla. De todas partes nos caían los tiros encima aunque no veíamos a nuestros contrarios, pero éstos ocupaban sin duda la casa aislada y otras de las cercanías y habían visto cómo hicimos prisioneros a sus compañeros. Nosotros disparábamos al azar, pero la confusión era cada vez mayor.

Fernando de Rosa y yo retrocedimos para buscar a nuestras compañías que protegían la dirección de El Espinar. Al llegar al lindero de San Rafael vimos al teniente coronel Rubio, al descubierto, montado en un caballo blanco, y detrás de una cerca a su compañía de ametralladoras, que comenzó a hacer fuego para proteger el repliegue, pues ya no se trataba de otra cosa. Siguió el estruendo del combate largo rato, las balas llegaban cada vez más densas y segaban las ramas de los pinos. Poco a poco los soldados de aviación volvieron a remontar la ladera hacia Cueva

Valiente, las otras unidades de la columna Sabio ni siquiera habían acabado de bajar y los únicos tiros que dispararon fueron los que sonaron en el fusilamiento de los tres falangistas prisioneros, que sus captores habían respetado y enviado a la retaguardia.

Nosotros esperamos hasta el atardecer y fuimos también subiendo lentamente, antes de hundirnos en el bosque nos llegaron todavía algunas balas lejanas. Ya en el crepúsculo, cruzamos la cañada, donde había sido hecha prisionera y fusilada unos días antes, una de las primeras milicianas llegadas de Madrid. A un lado estaba su tumba. Cuando llegamos arriba, al campamento, ya no había nada que comer, toda la intendencia se había agotado y excepto los soldados de aviación y nosotros, los del Octubre No. 11, casi todo el resto de los milicianos había marchado hacia Peguerinos considerando que su deber ya estaba cumplido, aunque realmente no habían participado en el combate.

El epílogo de aquel descabellado episodio, donde con un poco más de organización, de decisión y de mando, podíamos haber ocupado San Rafael y cortar la retirada al enemigo que ocupaba el Alto del León, lo supimos sólo algunos días después. En una nota escueta de un periódico del bando contrario, que llegó a nuestro poder, se indicaba que habían sido fusilados diez y ocho soldados de aviación hechos prisioneros aquel día. Se trataba con toda seguridad de algunos rezagados a los que el miedo impidió retroceder a tiempo, porque, con un poco de decisión todos hubieran podido escapar.

De vuelta a Peguerinos encontré a Luis Tapia en la intendencia de Sabio y me ayudó a dotar a mi batallón de muchas cosas que faltaban. Luego conservando las posiciones en el flanco de la carretera San Rafael-Espinar, concentramos las fuerzas en un campamento que llamábamos de las Navazuelas, donde años después de la guerra iba a erigirse el monumento del Valle de los Caídos. El día 5 de agosto con un guardia de asalto y unos pocos milicianos estuve de exploración en Cabeza Líjar, encontrando que tanto esta altura de 1,892 metros situada inmediatamente al sur del Alto del León, como la cuerda montañosa que allí se inicia en dirección a El Escorial estaba abandonada, nadie la ocupaba. La cosa resultaba inexplicable, pero era un hecho que los combates hacia Guadarrama seguían localizados a un lado y otro de la carretera y

nadie se ocupaba de maniobrar, la cautela era lo predominante en ambos lados. Hicimos prisionero a un falangista lleno de medallas y de escapularios, no iba armado y probablemente había venido del frente de Guadarrama para caer en nuestras manos.

Al día siguiente ocupamos sin incidentes Cabeza Líjar. La primera noche en la cima pasamos un frío espantoso, no nos habían dejado subir las mantas, ya las tenía a lomos de varios mulos cuando Sabio me mandó descargarlas, tampoco nos dejaron encender fuego. Estuvimos todo el tiempo tiritando, buscando calor amontonados unos contra otros. Nuestra enfermera, Leo Menéndez, tuvo que atender a muchos milicianos enfermos, algunos de gravedad. Con nosotros estaba el socialista italiano Pietro Nenni que había venido a visitar a su compatriota y correligionario Fernando de Rosa. Seguimos allí como una amenaza, pero no intentamos descender hacia el puerto; desde allí el enemigo no intentó desalojarnos. Nuestras ametralladoras batían la carretera y pronto la artillería enemiga nos bombardeó de continuo; emplazamos también nosotros una batería y el duelo se hizo más equilibrado. El comandante Sabio fue trasladado a otro frente y con él marchó Luis Tapia. El mando de nuestra columna pasó al teniente coronel Rubio. Nos enteramos de que el enemigo había conseguido a finales de julio y comienzos de agosto, trasladar a la Península el Ejército de Africa con las banderas del Tercio de la Legión Extranjera y los tabores moros de Regulares, núcleo de soldados profesionales. El 11 de agosto moros y legionarios ocuparon Mérida y tres días más tarde Badajoz, exterminando sin piedad a aquellos de sus defensores que cayeron en sus manos; con esto los sublevados habían conseguido unir a Andalucía con Castilla a través de Extremadura y expulsar a los republicanos de la frontera con Portugal.

El día 19 de agosto nos despertó al amanecer la metralla de las granadas que estallaban muy arriba por encima de nuestro campamento. No nos hicieron casi ningún daño, todos nos pusimos sobre las armas. Estaban atacando nuestras posiciones de la Gargantilla junto a Cueva Valiente, y pronto salieron varias compañías con Fernando de Rosa a la cabeza para socorrerlas. Como no había un frente continuo mientras subíamos por uno de los barrancos, una columna enemiga bajaba por otro, llegaba a las

Navazuelas, cruzaba unos disparos y retrocedía de nuevo sin detenerse para volver a San Rafael. Varias horas tardamos en enterarnos de que el enemigo había desaparecido; sólo a la mañana siguiente nuestras fuerzas dejaron de tirotearse por error unas a otras y volvimos a establecer nuestras posiciones, reforzándolas.

En aquel combate, estuvo a punto de terminar mi carrera militar. Me había retrasado algo del grupo de socorro y de repente me encontré acompañado sólo de dos milicianos, en medio de mucha gente que subía monte arriba. Pasaban corriendo a mi lado sin mirarme ni contestar a mis preguntas y yo al principio no sabía quiénes eran, vestían igual que nosotros, con trajes azules de obrero y piezas de uniforme militar, pero algunos llevaban cascos y uno me dijo que eran de "la 1ª del 2º". Esto me indicó que eran enemigos. Nos parapetamos y empezamos a disparar, ninguno de los que huían nos contestó, ni volvieron siquiera la cabeza, sólo apretaron la marcha, tirando mochilas, fusiles, morteros y todo lo que les estorbaba. Si alguno de ellos hubiera reparado en que sólo éramos tres hombres, hubieran dado fácilmente cuenta de nosotros.

El nuevo ejército de milicias se organizaba lentamente, con milagros de improvisación y con una gran cantidad de defectos que se iban mejorando poco a poco. En los frentes surgían grupos estables que se parecían ya más a unidades militares. Otros, sin embargo, se autodisolvían constantemente. En la Sierra de Guadarrama y en sus estribaciones se afirmaban las posiciones, en muchas partes separadas por una ancha tierra de nadie.

En nuestra columna, seguían los batallones de Aviación y el Octubre No. 11, que formaban el núcleo principal. Nos agregaron temporalmente las unidades más diversas, que buscaban en seguida el primer pretexto para volverse a Madrid, dando lugar a una serie de incidentes, e incluso a fusilamientos por deserción ante el enemigo. Sin embargo, en general, teníamos que ceder y a los elementos desorganizados que pedían marcharse, los dejábamos ir, desarmándolos previamente. Organizamos en nuestro batallón juvenil nuevas compañías, bastante disciplinadas, que pronto eran ya más de diez.

El día 30 de agosto de nuevo nos despertaron las granadas de metralla sobre nuestras tiendas. Se iba a repetir sin duda la

ofensiva del enemigo. Pero de las posiciones no llegaban noticias alarmantes, se resistían bien los ataques. De repente, el capitán Caballero, antiguo sargento jefe de una de nuestras compañías, que había sido herido y evacuado hacia Peguerinos, llegó espantado a campo traviesa: en el pueblo estaban fuerzas moras de Regulares, que conocía bien porque había estado en Africa.

Por el terreno sin cubrir que había entre nuestra columna y la de Mangada en Navalperal de Pinares (casi 20 Km.) había entrado desde El Espinar una columna enemiga de unos 3,000 hombres, con un tabor de Regulares cuya vanguardia llegó todavía temprano a Peguerinos. Tenían el camino abierto hacia El Escorial y podían fácilmente haber envuelto y destrozado todo nuestro frente de Guadarrama. Pero allí se detuvieron varias horas, perdiendo un tiempo precioso.

En cambio, nosotros lo aprovechamos bien. Nuestras posiciones estaban intactas y las manteníamos. Nuestras reservas pronto cortaron los caminos a la retaguardia del enemigo infiltrado. Por otro lado, desde Guadarrama y desde Madrid llegaban en camiones a través de El Escorial centenares de milicianos de las unidades más diversas que comenzaron a atacar Peguerinos al mando del general Asensio. Al atardecer, cerrado el camino a El Escorial y amenazados detrás por nuestra columna, nuestros adversarios se desbandaron abandonando todo el material de guerra. Durante la noche hicimos muchos prisioneros, la mayoría del tabor de Regulares, y al día siguiente recogimos un botín de casi treinta ametralladoras, muchos fusiles, morteros y toda clase de pertrechos. Perdidos en los bosques iban rindiéndose más moros y soldados, pero la mayoría consiguió escapar.

Nuestra columna estuvo casi un día aislada y los heridos los tuvimos que evacuar penosamente a través de las montañas hacia El Escorial, entre ellos al antiguo sargento, capitán Velázquez y al capitán Caballero, pero por el simple hecho de haber permanecido en nuestro puesto, jugamos un papel importante en el fracaso de la incursión. En Peguerinos, el enemigo no encontró más que heridos en un hospital provisional en la iglesia, que fueron muertos a bayonetazos; un viejo corrió la misma suerte y unas mujeres fueron violadas. Los prisioneros que habíamos hecho nosotros y que enviamos en un par de camiones,

fueron sacados de estos y fusilados al pasar por Peguerinos por los milicianos enardecidos. La guerra seguía siendo sin cuartel.

La columna enemiga había sido guiada por el antiguo secretario del ayuntamiento de Peguerinos, que había huido al empezar el movimiento militar. Conocía muy bien el terreno, pero no se atrevía a volver a El Espinar después de la catástrofe; por fin lo encontraron en el bosque y lo trajeron a nuestro campamento. Pronto sus paisanos corrieron la voz de su presencia y no fue linchado y partido en pedazos gracias a mis esfuerzos y los de mi gente, que no pretendíamos salvarle la vida, pero que no admitíamos torturas. Al fin, fue fusilado con un orden relativo. Me encontré ese día en mayor peligro que nunca lo estuve en el frente; todo era a mi alrededor gente histérica agitando armas e incluso disparando. Lo que más me irritaba era que la gran mayoría eran milicianos que habían llegado de refuerzo después del combate, en el que no participaron.

Durante un par de semanas seguimos capturando enemigos. Un alférez enemigo, estuvo cerca de quince días debajo de una peña, sin comer, sin beber y sin intentar escapar, era ya un cadáver viviente cuando lo encontraron allí. Lo tratamos lo mejor posible, pero como la orden era de fusilar a todos los prisioneros, las atenciones que tuvimos con él y que nos agradeció, resultaban un tanto crueles. El último que cayó en nuestras manos fue un marroquí viejo, antiguo soldado del general Mangín en la batalla de Verdun. Ya estábamos hartos de derramar sangre, y conseguimos mandarlo a Madrid, quizás allí salvase su vida.

Las unidades enemigas que habían atacado la Gargantilla, tuvieron muchos muertos que dejaron sobre el campo, entre ellos dos enfermeras que enterramos en el mismo sitio en que habían perecido.

Nuestro batallón Octubre No. 11 seguía recibiendo muchos voluntarios y aparecían en el frente nuevas compañías, que pronto llegaron a 16. Había una compañía de tranviarios de Madrid, gente de edad reposada y tranquila, pero la mayoría seguían siendo jóvenes socialistas no sólo de la capital, sino de provincias. Especialmente habían llegado muchos de Alicante: de Petrel, Torrevieja y Elda. Los alicantinos eran unos maravillosos soldados que se lanzaban al ataque con una algarabía de gritos, levantando

sobre ellos los fusiles al estilo de los moros, ofreciendo un espectáculo inolvidable cuando llameaban en las laderas entre los pinos, los múltiples colores de las mantas que llevaban en bandolera.

Fernando de Rosa tenía grandes dotes personales, había sido subteniente del ejército italiano y sabía hacerse respetar y querer de todos sus soldados. Bajo su mando en sólo mes y medio el batallón adquirió una organización tan estrictamente militar y un espíritu de cuerpo tan marcado, que sus milicianos nos sentíamos orgullosos de formar parte de nuestra unidad, a la que considerábamos superior a cualquiera otra. Este espíritu lo mantuvimos después durante toda la guerra en las otras unidades de las que formamos parte. Nuestros servicios estaban muy bien organizados, teníamos una bien provista compañía de transporte automóvil, con choferes del sindicato de la UGT, y nuestras oficinas de Madrid nos surtían de todo lo necesario.

Sin embargo, Fernando de Rosa se tenía que enfrentar con toda una serie de problemas, debido a los celos que despertaba en varios dirigentes de las Juventudes Socialistas. Sus intentos de formar una brigada juvenil fracasaron por ello. Había por lo menos dos grupos en pugna, enzarzados en una lucha enconada entre bastidores. Esta rivalidad le preocupaba mucho a Fernando, sobre todo por su calidad de extranjero. A su lado estaban sólo dos miembros de la comisión ejecutiva de las Juventudes Socialistas: José Laín, el primer comisario de nuestra columna y Federico Melchor que había defendido el 30 de agosto La Gargantilla. El otro grupo lo encabezaban Santiago Carrillo y José Cazorla y su unidad militar básica era el Batallón Octubre No. 1, que mandaba Etelvino Vega. Las fricciones eran evidentes en una serie de detalles.

La dureza de la lucha se acentuaba día a día. En nuestro campo, aumentaban las dificultades de aprovisionamiento de la población civil. Sólo estaba bien atendida aquella unidad militar que tenía sus representantes sólidos en la retaguardia, como nos ocurría a nosotros con una parte importante de las Juventudes Socialistas. Además aparecieron una gran cantidad de "policías" en competencia para "limpiar" la retaguardia, a los que nuestro gobierno no podía fiscalizar y que se entregaban a un terror ciego

que hizo perecer a muchos desdichados, por pertenecer a las clases ricas, al antiguo ejército, a la Iglesia, o a los partidos de derechas, víctimas muchas veces de denuncias arbitrarias que nadie investigaba, mientras enemigos mucho más serios eludían las persecuciones, consiguiendo muchas veces protegerse bajo el propio carnet de alguna organización poco escrupulosa en recibir nuevos afiliados. Otros, encerrados a tiempo en alguna prisión oficial, donde pudieron evitar las intervenciones de elementos incontrolados, pasaron en ellas con mayores o menores peligros toda la guerra, hasta que fueron liberados por los vencedores, para ocupar altos cargos en el nuevo Estado, como mi antiguo camarada José Miguel Guitarte. Lo que se debe afirmar en honor a la verdad, es que el gobierno republicano nunca se planteó la exterminación de sus enemigos, si bien tenía que cruzarse de brazos, debido a la falta de medios para intervenir. Mientras tanto, en el territorio ocupado por los sublevados y en el que conquistaban en su ofensiva, se realizaba una represión organizada y metódica, con amplia intervención de consejos de guerra, que tenía por objeto aniquilar no sólo a los izquierdistas, sino hasta a los republicanos tibios. Y esto se realizaba no contra la voluntad de la Junta de Burgos, sino ordenado, regulado y estimulado por ella. Los fusilamientos en masa de nuestros milicianos prisioneros en Badajoz provocaron como represalia la matanza de presos políticos de la Cárcel Modelo de Madrid el 22 de agosto, que las autoridades republicanas no pudieron impedir.

Tuve noticias de Molina de Aragón. El 18 de julio, la ciudad quedó fiel a la República, gracias al Comité del Frente Popular, que encabezaba Hernández, afiliado al Partido Socialista y director del Instituto desde que se marchó Fradejas. Los reaccionarios, un coronel retirado, Desiderio Caballero y otros, fueron arrestados. Llegaron pronto columnas enemigas desde Sigüenza y Calatayud, los republicanos no podían resistir, dejaron libres a sus presos y huyeron a través de los montes. Los que se confiaron y no lo hicieron, fueron fusilados como nuestro buen amigo el farmacéutico.

Por múltiples conductos llegaban sin cesar informes de la muerte violenta no sólo de militantes izquierdistas de todas categorías, sino de personas de ideas liberales pero sin actividad

política, atrapados en la zona rebelde. Conmovió al mundo el crimen incalificable cometido con el famoso poeta Federico García Lorca, que siempre se había mantenido al margen de las luchas partidistas. La relación de los caídos en la cuneta de una carretera o junto a las tapias de un cementerio era interminable. En nuestros medios estudiantiles impresionó mucho la ejecución en Galicia del diputado socialista Luis Rufilanchas. De los compañeros de la FUE pereció Carmona, que estaba en un pueblo de Cáceres como delegado de la reforma agraria. Si antes del accidente que provocó en nuestro local de la avenida de Eduardo Dato, era tan callado que recibió el apodo de "El Silencioso", después se hizo aún más retraído, rehuía todo contacto con la gente y quizás salió de Madrid para tratar de escapar al recuerdo de lo ocurrido, cuando Elola se desplomó ante sus ojos.

En nuestra retaguardia se había creado una situación política muy original y que no tenía precedentes. La autoridad del gobierno republicano era nominal. El régimen en nuestra zona no tenía ya nada que ver con el Estatuto Jurídico de la Constitución de la República, se había realizado una revolución, es decir, un cambio violento en las relaciones políticas y sociales, en gran parte espontáneo. La propiedad privada, casi en todos sus aspectos grandes y medianos (fábricas, fincas, inmuebles) había sido de hecho confiscada y puesta en manos de comités diversos que la administraban o malbarataban a su gusto, con los antiguos propietarios muchas veces fuera de la ley por sus simpatías por los rebeldes.

El odio tradicional hacia la Iglesia Católica por su intransigencia y su intervención en la política al lado de los poderosos, produjo una intransigencia de signo contrario, una supresión absoluta de toda la libertad religiosa de que blasonaba la República; el culto católico fue violentamente suprimido, las órdenes religiosas dispersadas, las iglesias y conventos quemados o saqueados. Como si se tratara de justificar todos estos excesos, los altos dignatarios de la Iglesia bendijeron a las tropas sublevadas y calificaron su lucha de "Cruzada", para que no hubiera lugar a dudas de su posición beligerante en la guerra civil entablada en España.

No había más salida para evitar la derrota, que tratar de conseguir un poder fuerte y centralizado que dirigiera la guerra.

El 4 de septiembre se formó un nuevo gobierno de Frente Popular con socialistas, republicanos y dos comunistas, bajo la presidencia de Largo Caballero. Toda su fama de hombre de acción, adquirida desde 1934 en el ala izquierda del Partido Socialista, despertaba grandes esperanzas. Pero antes, el nuevo gobierno debía recuperar la autoridad perdida. Los principales inconvenientes para ello, además de la división dentro de los socialistas, era la actitud intransigente que mantenían la FAI, la CNT y el pequeño, pero combativo grupo del POUM, que consideraban como tarea principal el extender y dar cima a la revolución social iniciada y no tenían el menor interés en reforzar un poder estatal que se proponían eliminar. Era en Cataluña, la zona industrial más fuerte de la retaguardia republicana, donde la desorganización llegaba al máximo ya que anarquistas y poumistas no obedecían al gobierno de la Generalidad, integrado por "burgueses" catalanistas.

Estos grupos revolucionarios pasaban por alto el peligro inminente de una victoria completa de los sublevados, si pronto no se les ofrecía una resistencia efectiva. Mientras tanto, los comunistas seguían con fidelidad la línea del Frente Popular de Dimitrov, que Moscú no iba a alterar durante toda la guerra. Esperar hasta después del triunfo para plantear los problemas de la revolución, y dedicar todos los esfuerzos para conseguir que el gobierno tuviera en sus manos toda la dirección militar, con mando único, nuevo ejército regular y rígida economía de guerra en la retaguardia. En una palabra, propugnaban por el reforzamiento de la autoridad, el orden y la disciplina, y pedían incesantemente que el gobierno tuviera decisión y rapidez en la adopción de las medidas eficaces necesarias para ello.

Esta posición conservadora fue la base de la influencia creciente que adquirieron después los comunistas en todas partes, especialmente en el ejército. Además, la clase media de nuestra zona se volcó materialmente en el Partido Comunista en busca de garantías personales contra la acción de los grupos incontrolados. Esto sucedió también en Cataluña, donde el PSUC controlado pronto por los comunistas, se convirtió en una formidable fuerza política, a la que sólo el veto anarquista impedía incorporarse al gobierno de la Generalidad. Hasta el último día de la guerra, los comunistas no se plantearon colocarse en lugar del

gobierno y todo su trabajo fue orientado a suplir, muchas veces en la sombra, las fallas que éste manifestaba. Como no se llegó a la victoria, no hubo oportunidad para pasar a la inevitable segunda etapa de la política estalinista de Frente Popular, eliminación de los partidos aliados y toma del poder.

La situación en el valle del Tajo se hizo crítica: el 23 de agosto cayó Navalmoral de la Mata, el 31 Oropesa y el 4 de septiembre el enemigo entró en Talavera de la Reina, organizado ya como el Ejército del Tajo para la ofensiva hacia Toledo y Madrid. Eran unos 40,000 hombres de tropas disciplinadas y aguerridas, la mayoría tabores de Regulares y banderas del Tercio, bien dotadas de armamento y reforzadas con caballería, artillería y aviación. Frente a estas fuerzas poco podían hacer las milicias incipientes e inexpertas, mal encuadradas y con mandos improvisados. Sufrimos grandes pérdidas en hombres y en material, pero unidades reorganizadas o procedentes de otros sectores, restablecían el frente todos los días, aunque a las pocas horas se dispersaban de nuevo. En la lista de los muertos estaba Andrés Martín, cercado en Oropesa con parte del batallón que mandaba. Cuando se acumularon los fracasos, todo el entusiasmo inicial por Largo Caballero se fue trasformando en críticas acerbas que se concentraron primero en su colaborador inmediato, el general Asensio Torrado. Fueron los comunistas los primeros en iniciarlas.

Tampoco eran agradables las noticias que llegaban del frente del norte. El 3 de septiembre, unidades formadas en gran parte por requetés carlistas se apoderaron de Irún y de la frontera con Francia. Allí, las autoridades francesas confiscaron los vagones de municiones que necesitaban los defensores de la ciudad, y que habían sido enviados desde Barcelona. Diez días después se perdía San Sebastián y toda la provincia de Guipúzcoa.

La amenaza que representaba para el Alto del León nuestra posición de Cabeza Líjar inquietaba al enemigo, sobre todo cuando sus líneas habían descendido casi hasta el pueblo de Guadarrama. Todos los días dicha altura era bombardeada con artillería, convirtiéndola en un infierno de metralla y de trozos de piedras arrancadas por las explosiones, siendo muy difícil abrir refugios para nuestra gente en la roca viva. Hacíamos frecuente relevos de la guarnición, pero teníamos muchas bajas.

El 15 de septiembre empezó un bombardeo excepcionalmente intenso de Cabeza Líjar, a la vez que caían granadas sobre el campamento de las Navazuelas y explotaban junto a las tiendas. Pronto se cortó el teléfono y con las reservas al mando de Fernando de Rosa subimos monte arriba rápidamente, y llegamos a La Salamanca, la cima inmediata a Cabeza Líjar. Sin embargo, ya era demasiado tarde; sobre las grandes rocas que teníamos enfrente, veíamos los uniformes claros de los moros que avanzaban hacia nosotros, pero pudimos desplegar nuestras fuerzas y emplazar dos ametralladoras que pararon al enemigo. Habíamos perdido la posición y los restos de sus defensores, muchos de ellos heridos, se unieron a nosotros. Una batería de obuses de montaña del 105 había sido también abandonada y los artilleros sólo tuvieron tiempo de traerse los cierres. El mismo día 15 empezamos a preparar el contraataque. Lo iban a realizar varias compañías de nuestro batallón, entre ellas una de alicantinos que eran magníficos soldados. Al amanecer del día 16, comenzó nuestra ofensiva, tratando de atacar por sorpresa, ya que no teníamos artillería que nos protegiese; pronto vimos casi en la cima a Remedios, una alicantina luego ascendida a alférez, agitando una manta roja, pero fuimos rechazados con grandes bajas. Durante el día repetimos el ataque muchas veces, sin resultado, el enemigo estaba ya firmemente establecido. Sobre las cuatro de la tarde Fernando de Rosa se adelantó a animar con su presencia a nuestros combatientes. Cayó muerto de un balazo en la cabeza. Esa fue la señal de retirada y nuestros milicianos retrocedieron en desorden. Con grandes dificultades los fuimos deteniendo, tomé el mando del batallón y ayudado por una compañía de refresco de jóvenes madrileños mandada por Rafael Villasante, pude organizar la defensa de La Salamanca. Pronto se hizo de noche y renació la calma. Pasé la noche en la misma cima de la nueva posición rodeado de los alicantinos que quedaban vivos; no eran más de diez de toda la compañía, todos sus oficiales habían muerto, Remedios había sido también gravísimamente herida en la cabeza y evacuada a El Escorial. A la madrugada siguiente nos relevaron fuerzas que envió el teniente coronel Rubio.

El día 17 de septiembre bajamos a nuestro campamento con las unidades a mi mando. Las formé bajo los árboles y pasé a dar el parte al teniente coronel Rubio, que estaba impresionado y

emocionado; eran pocos los que regresaban, nuestras pérdidas habían sido grandes. Nos saludó y con voz solemne mandó romper filas. Ese mismo día se efectuó en Madrid el entierro de Fernando de Rosa. Nuestro jefe, camarada y amigo fue sepultado con todos los honores militares. Fuera de su patria y lejos de los suyos había terminado prematuramente la vida de un hombre capaz de sacrificarlo todo por una causa. Fernando de Rosa no fue nunca un aventurero y menos aún un mercenario o soldado de fortuna; era un idealista al que las circunstancias lanzaron de un país a otro, siempre buscando la verdad y luchando por lo que consideraba justo. Aunque tratase de ocultarlo a los demás, era un hombre sentimental y humano detrás de una máscara de rigidez. Yo llegué a apreciarlo de veras en aquellos meses de convivencia en el frente.

En el Madrid de los primeros meses de guerra todavía podían reunirse grandes muchedumbres en los entierros de los caídos en los frentes. También había sido impresionante el de Torres, nuestro compañero de la FUE. Luego la lucha fue más dura, las víctimas más numerosas y la indiferencia fue extendiéndose. El contacto con la muerte se convirtió en algo habitual, en cosa de todos los días. De vez en cuando llegaba la noticia de algún amigo muerto en algun sector lejano. Así me enteré de la de Carlos Merino en el frente de Teruel y de muchos otros más.

La desaparición de Fernando de Rosa, fue el comienzo de grandes cambios en nuestra columna. A los pocos días marchó a Madrid el teniente coronel Rubio y ya no regresó. Era un hombre honrado y leal a la República. Unico oficial de carrera del batallón de Aviación, los demás eran sargentos recién ascendidos, su ejemplo fue decisivo para ayudarnos a comprender lo que era la disciplina y la organización. En un proceso contra oficiales compañeros suyos, había salido responsable por ellos y consiguió fueran puestos en libertad. Más tarde, algunas de las bandas organizadas en retaguardia comenzaron a asesinar a los liberados. Los que quedaban vivos fueron a comunicarle que se pasaban al enemigo, porque no querían perder la vida de esa forma. Se le creó a nuestro jefe un problema de conciencia y con un pretexto consiguió un pasaparte para un viaje corto a Francia, del que ya no regresó. Nada más se supo de él. A los veteranos de la columna

nos pareció la posición del teniente coronel Rubio la única digna de un hombre de honor y su recuerdo, junto con el de Fernando de Rosa, fue siempre sagrado para nosotros.

En el sector de Peguerinos empezaban a aproximarse los fríos del invierno. Hubo varias semanas de calma en el frente y pronto no sólo se cubrieron las bajas, sino que se reforzaron nuestras filas. El nuevo jefe de la columna fue el teniente coronel Agudo. El batallón de Aviación fue llamado a Madrid a reintegrarse a los aeródromos y nos despedimos con pena de nuestros compañeros de tantos combates. Prácticamente, no quedaba allí más que nuestro batallón Octubre No. 11, cuyo mando me confirmaron el 25 de septiembre, a la vez que me ascendían a comandante.

Cada vez llegaban peores noticias de Extremadura. Desde Talavera de la Reina, comenzó el 16 de septiembre la ofensiva del enemigo por el valle del Tajo, apoyada en el aire por aviones alemanes e italianos. Por otra parte, sabíamos que se estaban preparando en nuestra retaguardia tanques rusos, porque varios choferes de nuestro batallón marcharon a incorporarse a las nuevas unidades blindadas. Aunque la Marina de Guerra había permanecido fiel en gran parte a la República, había tan pocos oficiales capacitados después de la sangrienta represión desencadenada por la marinería, que los barcos permanecían casi inactivos, y no fueron capaces de impedir el paso de los transportes de tropas africanas. En los demás frentes, había combates más o menos intensos, pero de tipo local, estableciéndose una especie de guerra de posiciones. En Toledo seguían nuestros ataques desordenados e ineficaces al Alcázar, cuya guarnición no se rendía. El 24 de septiembre ocupó el enemigo Maqueda y se desvió hacia Toledo que ocuparon seis días después, liberando a la guarnición sitiada del Alcázar, y manchando su triunfo con la matanza de los heridos republicanos que estaban en hospitales de sangre y no habían sido evacuados.

El 29 de septiembre el general Franco fue nombrado en Salamanca por una junta de generales rebeldes, Jefe del Estado, Generalísimo de Tierra, Mar y Aire y General Jefe de los Ejércitos de Operaciones. El mismo día, Largo Caballero dio al fin la orden de iniciar la militarización de las milicias republicanas con un plazo hasta el 10 de octubre en el centro y el 20 de octubre en

los demás frentes. A fines de septiembre, hubo cambios políticos en Cataluña, donde el gobierno de la Generalidad comenzó a ser respetado, cuando se completó con representantes de la CNT, el POUM y el PSUC. De mejor o peor grado, anarquistas y poumistas tuvieron que ceder ante catalanistas y comunistas y aceptar algunas de las medidas de organización que la grave situación militar exigía.

El 6 de octubre fue promulgado el Estatuto Vasco, que daba forma legal al gobierno de Euzkadi, dirigido por nacionalistas católicos, que siempre mantuvo en su territorio un orden y una organización muy superior a la del resto de nuestra zona, pero que batallaba estrictamente por sus propios fines. Los otros partidos y organizaciones de izquierda jugaron allí sólo papel secundario.

El Ejército del Tajo, después de una pausa de 18 días comenzó el 15 de octubre la ofensiva sobre Madrid desde Toledo y desde Maqueda por la carretera de Extremadura. Tres días después ocuparon Illescas rechazando nuestros contrataques y el 22 perdimos Navalcarnero. Mientras tanto, en el norte las columnas gallegas entraban en contacto el 16 de octubre, con la guarnición rebelde de Oviedo.

A mediados de octubre marchó José Laín de la columna Peguerinos y lo sustituyeron dos comisarios del nuevo cuerpo acabado de crear por el gobierno, Díaz Hervás socialista y Angel Marcos Salas de la CNT. Nos abandonaron también entonces, por diversos motivos, muchos de los antiguos oficiales del batallón, como Federico Melchor, Angel Lafuente y otros, reclamados a funciones políticas, a cargos en retaguardia o incorporados a frentes más activos.

Desde el sur llegaba el peligro al frente de la Sierra. Después de tomar San Martín de Valdeiglesias, y Robledo de Chavela hacia el 9 de octubre, una parte de las fuerzas enemigas se apoderaron de Navalperal de Pinares y de las Navas, defendidas por la antigua columna Mangada, descubriendo todo nuestro flanco izquierdo, donde quedaron 20 kilómetros casi desguarnecidos. El día 26 de octubre nuestra posición del Boquerón, cuyo jefe era el capitán Villasante, fue cercada y ocupada por el enemigo. Acudí allí con todas mis reservas, un par de compañías, y pude cubrir

la retirada de nuestro capitán y unos pocos de sus soldados. Durante dos días más se combatió duramente en esta zona, recibí algunos refuerzos, pero en la tarde del día 28, el enemigo rompió mis líneas y avanzó hacia Peguerinos que ocupó a la mañana siguiente.

Pasamos esos tres días bajo una enorme tensión física y moral. No contábamos con un aprovisionamiento regular, siempre habíamos escaseado de todo. Recibimos unas ametralladoras francesas Saint-Étienne, del tiempo de la Primera Guerra Mundial, cuya munición defectuosa derramaba la pólvora sobre el complicado mecanismo de repetición paralizando su funcionamiento. Yo mismo tuve que emplazar una de ellas bajo el fuego enemigo, pero cuando no había disparado más que un peine, quedó fuera de servicio. Pasábamos hambre y sed y cuando llegaba la noche no podíamos dormir de frío. Tuvimos muchas bajas, una de las últimas Villasante, que cayó muerto en un intento desesperado de defender la posición de "El Toro", clave de nuestro sector, sobre la cual vimos levantarse enseguida la bandera roja y gualda.

La noche del 28 de octubre me encontraba en Cueva Valiente con todo lo que quedaba de mis unidades que se habían replegado con cierto orden. Allí también estaba la compañía mandada por Luis Menéndez que había cubierto mi flanco derecho en todos esos combates. Esa misma noche mis soldados, por orden del teniente coronel, abandonaron dicha posición para ocupar toda la cuerda montañosa que se extiende desde La Salamanca hasta el puerto de Malagón, entre Peguerinos y El Escorial, cerrando el paso al enemigo, que tampoco intentó seguir adelante.

Aquel amanecer vi por última vez a Nazario Cuartero, al mando de una compañía del batallón Largo Caballero enviada desde Santa María de la Alameda por nuestro vecino de la izquierda. A los pocos días le mataron de un balazo en el corazón, cuando en un frente en calma aparente, se paseaba por encima de los parapetos.

El 31 de octubre pedí permiso y marché a Madrid a casarme. Carmen Parga aceptó, aunque no tenía noticia previa de mi decisión. Toda la mañana anduve buscando los documentos necesarios y por fin al mediodía los tenía reunidos, fui a buscar al juez a su casa, y, a pesar de que la aviación enemiga estaba bom-

bardeando, conseguí que fuera al juzgado a realizar la ceremonia. Los testigos los fue a buscar mi suegro al Círculo Socialista del Oeste que estaba por allí cerca. A las pocas horas estaba otra vez en la Sierra.

La situación militar era cada día más grave. El hecho de haberse desviado el enemigo hacia Toledo en vez de ir directamente a Madrid nos había dado unos días de respiro; se pudo organizar el frente y hasta preparar un contrataque del que Largo Caballero hizo una gran propaganda, pensando en el efecto que iban a causar los tanques rusos T-26 que acababan de recibirse. Eran carros de combate medianos, de cerca de veinte toneladas, con blindaje potente, cañón de 45 mm y ametralladora, muy superiores a los modelos alemanes e italianos sin cañón. Una compañía de T-26 rompió las líneas enemigas el 29 de octubre pero la infantería no los siguió, deambularon tranquilamente dispersando en Seseña a un tabor de Regulares, pero al regresar, los moros les prepararon una emboscada en las calles estrechas del pueblo, tirándoles botellas de gasolina que incendiaron varios de los tanques aniquilándolos junto con sus tripulantes rusos, un descalabro que permitió a los sublevados continuar hacia Madrid. Así nació en el campo de batalla una nueva, sencilla y terrible arma de combate contra las fuerzas blindadas que recibió el injustificado nombre de "cocteles Molotov" cuando fue empleada con profusión por los rusos contra las divisiones acorazadas alemanas, en la Segunda Guerra Mundial.

El 6 de noviembre, preocupado, conseguí hablar por teléfono con Melchor, que me expuso lo desesperado de la situación de Madrid. El enemigo había rebasado los últimos días Quijorna, Brunete, Sevilla la Nueva, Villaviciosa de Odón, Móstoles, Pinto y Valdemoro. Estaba ya en Retamares, Cuatro Vientos, Carabanchel Alto, Leganés, Alcorcón, Getafe y Villaverde. Nuestros milicianos abrían trincheras en la Casa de Campo y levantaban barricadas en Carabanchel Bajo y en el puente de Vallecas. Sin contar con el jefe de la columna, monté en mis camiones a las dos compañías que tenía de reserva, y me fui a la capital con ellas, dejando un mando provisional en mi batallón. Era todo lo que podía disponer; el resto de mis fuerzas cubrían las posiciones y dos compañías más habían sido enviadas unas semanas antes al

frente de Extremadura. Llegué a Madrid al anochecer y fui al Ministerio de Defensa a buscar a Melchor. No encontré guardias, el edificio estaba medio vacío, con las grandes habitaciones abandonadas. El gobierno, con sus cuatro ministros anarquistas incorporados dos días antes, había marchado a Valencia. El pánico entre los funcionarios era general y las carreteras estaban llenas de fugitivos. El Partido Comunista era el único que conservaba su dirección en Madrid, a la que se presentaron Santiago Carrillo y otros dirigentes de la parte socialista de las JSU, para pedir el ingreso en bloque y ponerse bajo su dirección política. Los batallones de jóvenes socialistas se habían incorporado al 5º Regimiento. Estaba organizada la Junta de Defensa de Madrid presidida por el general Miaja, con comunistas a cargo de la defensa y del orden público y con algunos miembros de otros partidos y sindicatos, perfectamente desconocidos, en los otros cargos. Miaja escogió como colaborador al teniente coronel Rojo que empezó a buscar oficiales para formar un estado mayor.

El enemigo estaba ya en Carabanchel Bajo. Me puse al frente de un batallón improvisado y el día 7 estuve en la Gran Vía, en el edificio del cine y de los billares Avenida, esperando el momento que se me ordenara entrar en fuego. Conseguí una copia de la película rusa "Chapaiev" el guerrillero de la guerra civil y la proyecté a mis soldados, que gritaban de entusiasmo al ver sobre la pantalla los caballos que tiraban de las "tachankas" con ametralladoras. Oímos el cañoneo incesante, pero los voluntarios mal armados estaban deteniendo a las cuatro columnas del enemigo. Caída la tarde me llamaron al local del 5o. Regimiento al barrio de Salamana, donde estaba la dirección efectiva de la defensa de Madrid, subrayando quien de hecho encabezaba la resistencia. Vi allí a Enrique Castro, que me transmitió la orden de volver a Cuelgamuros, donde el enemigo había asaltado sin éxito La Salamanca. Cuando al amanecer del 8 de noviembre salía de la capital hacia la Sierra, vi en la calle de Ferraz a un batallón de la Primera Brigada Internacional, que iba a tomar posiciones en la Ciudad Universitaria. Pocos días después, el teniente coronel Agudo dejó el mando y quedé yo al frente de la antigua columna Rubio.

En mi batallón Octubre No. 11, no tuvo grandes repercusiones el paso de la JSU al comunismo. Lo mismo que en otras

partes fue aceptado en general, y su organización no sólo no se debilitó sino que se fortaleció cada vez más, paralelamente al crecimiento del Partido Comunista. Algunos jóvenes socialistas como los hermanos Leo, Luis y Carlos Menéndez, no transigieron y se alistaron en otras unidades. En mi columna no hubo ningún rozamiento ni se persiguió a nadie. Había algunos oficiales y milicianos del Partido Socialista, que siguieron en su puesto hasta el final de la guerra. La camaradería establecida no podía romperse fácilmente.

La muerte por una explosión fortuita del antiguo dirigente comunista Medrano durante una visita al frente del norte, colocó luego a Santiago Carrillo en el puesto más destacado de la Juventud Socialista Unificada (JSU), acompañado a muy poca distancia por Fernando Claudín. Los antiguos jóvenes socialistas fueron dados de lado, Cazorla (excepto el período que fue miembro de la Junta de Defensa de Madrid), Laín y Melchor, desempeñaron el resto de la guerra funciones secundarias.

Llegó destinado a mi columna Pedro Orgaz, organizador del Partido Comunista. Decidí eliminar las desconfianzas con que me habían rodeado algunos jóvenes comunistas. Incluso habían llegado a tratar de convencer a Carmen de que no se casara conmigo empleando toda una serie de argumentos "políticos". En resumen, le pedí a Orgaz que gestionase mi ingreso en el Partido. Lo hizo en unas horas; para él representaba el primer éxito; enviado a buscar nuevos afiliados, empezaba por conseguir al jefe de la columna. No lo hice ni por conveniencia ni por cálculo. Quería luchar, vencer al enemigo, y estaba convencido de que sólo los comunistas eran capaces de aglutinar, organizar y hacer efectiva la resistencia. Mis relaciones, a pesar de todo, nunca fueron buenas con la mayoría de los antiguos dirigentes de la Juventud Comunista, pero procuraba ignorarlos y no me importaban las caras largas que ponían cuando se encontraban conmigo.

De 1936 a 1939, había otros muchos dirigentes diferentes: abiertos, francos, humanos, con los que se podía trabajar y que inspiraban en seguida una gran confianza, porque la camaradería era para ellos un concepto con contenido real. Por ejemplo: Pedro Checa.

El invierno crudo cubrió pronto de nieve las posiciones de la Sierra, paralizando todas las acciones. No apartábamos la vista de Madrid donde no cesaban los ataques y contraataques. Las cuatro columnas que atacaban la capital conseguían éxitos locales, pero sin resultados decisivos. La "quinta columna" como el general Mola había denominado a los simpatizantes de los rebeldes dentro de la ciudad, fue perseguida y desarticulada, sin darle oportunidad de intervenir.

El 13 de noviembre el enemigo consiguió ocupar parte de la Casa de Campo y salir al río Manzanares. Dos días después penetró en la Ciudad Universitaria. Todo el mes de noviembre se combatió encarnizadamente. Los trimotores Junkers 52 alemanes pasaban muchas veces por encima de nosotros a bombardear Madrid sin que hubiera ningún avión republicano o artillería antiaérea que les hiciera frente, hasta que un día el cielo se cubrió de cazas rusos que derribaron a decenas de bombarderos enemigos, que volaban confiados sin protección alguna.

En plena batalla por Madrid, cuando miles de soldados republicanos luchaban y morían y caían tantas víctimas inocentes de la población civil a causa de los bombardeos, pasó prácticamente desapercibido el fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera, víctima de la violencia que él glorificó como medio al servicio de los ideales. Quien la predica contra sus contrarios, está expuesto siempre a que éstos se le adelanten.

De nuestro lado combatían las dos primeras brigadas internacionales, mandadas por Kleber y Lukács, con voluntarios del mundo entero reclutados por la Internacional Comunista. De toda nuestra zona llegaban refuerzos en hombres y material. Otras nuevas unidades republicanas se organizaban en el mismo frente como la 1a. Brigada Mixta de Líster. De Aragón llegó la columna anarquista mandada por Durruti, que fue muerto el día 21 de noviembre, cuando junto a la Ciudad Universitaria trataba de detener una desbandada de sus milicianos. A fines de noviembre frente a Pozuelo de Alarcón, seis autos blindados rusos con su cañón de 37 mm pusieron fuera de combate a 25 tanques ligeros alemanes Mercedes armados con sólo ametralladoras. Según leí mucho después en las memorias del coronel alemán Kislander, este fracaso

produjo la reestructuración de toda la industria de fuerzas blindadas en Alemania.

Del 13 al 22 de diciembre hubo fuerte lucha al oeste de la capital, nuestras unidades resistieron fuertes ataques pero tuvieron que abandonar Villanueva de la Cañada, Boadilla del Monte y Humera.

A nuestro lado luchaban la primeras brigadas mixtas. Eran unidades independientes con todas las armas: cuatro batallones de infantería, artillería, ingenieros y servicios. Debían dar flexibilidad y carácter de maniobra a nuestra guerra, pero esto nunca pudo conseguirse. Dominaba el fetiche del frente continuo que debía abarcar todos los límites de nuestra zona, sin dejar ni un monte ni un valle, extendiendo un cordón de protección, que no servía para mucho, pero que nos daba una sensación falsa de seguridad. Lo malo es que ese tenue cordón consumía a muchos miles de hombres armados. Y cuando nos rompían el frente lo taponábamos y descansábamos sólo cuando las líneas estaban restablecidas. Sólo podíamos fortificarlas intensamente hasta hacerlas inexpugnables en algunos sectores aislados, cuyos flancos siempre eran débiles. Así quedó muy pronto todo el lindero oeste de la capital desde la Ciudad Universitaria al barrio de Usera, pasando por la Casa de Campo y los Carabancheles, como prueba del fracaso de la ofensiva directa del enemigo.

En la mayor parte de la línea cubierta por mi columna no había contacto inmediato con el enemigo, cuyas posiciones iban desde Cabeza Líjar a Cueva Valiente y de allí por el lindero del bosque a las alturas al norte y noroeste de Peguerinos, el pueblo era tierra de nadie. A pesar del invierno nuestros soldados trabajaban duramente para sustituir los antiguos parapetos de piedra por verdaderas fortificaciones. Establecí mi puesto de mando en el puerto de Malagón que une a Peguerinos con El Escorial por senderos de montaña.

En diciembre, las labores de organización del nuevo ejército regular iban muy avanzadas, ya circulaban las nuevas insignias; dos barritas rojas en ángulo para los cabos, una barra roja vertical para los sargentos y barras horizontales doradas para los oficiales y jefes y además la estrella roja de cinco puntas de los comunistas y de los jóvenes socialistas. El nuevo saludo militar

era con el puño cerrado. Estas medidas tuvieron mucho de absurdas y tenía razón nuestro coronel profesional Joaquín Pérez Salas, fusilado por sus antiguos compañeros al caer prisionero al final de la guerra, que nunca las acató, por considerar que los cambios los debían hacer los sublevados.

Para la antigua columna Rubio, las reformas fueron extraordinariamente sencillas, nuestra fuerza era equivalente a una nueva brigada, no había más que dividir las 16 compañías por cuatro y formar cuatro batallones. El primero de enero de 1937, entraron en vigor las órdenes y nos transformamos, bajo mi mando, en la 30 Brigada Mixta de la 2a. División, cuyas brigadas 29 y 31 se integraron con la columna de Guadarrama. Como el sector del puerto de Malagón correspondía a nuestra vecina de la izquierda, la 3a. División, trasladé mi puesto de mando a la pequeña hacienda de Buenavista que se encontraba cerca de Cuelgamuros, unida por un pequeño ramal a la carretera de Guadarrama a El Escorial. Tenía una pequeña casita, una caballeriza y un pajar. Estas dos últimas edificaciones existían todavía allí a principios de 1961, las vi en una visita fugaz que pude hacer al Valle de los Caídos.

Con la creación del ejército regular, los soldados rasos siguieron cobrando los diez pesos diarios del miliciano, pero las clases, oficiales y jefes empezaron a percibir sueldos y gratificaciones según su grado y el mando ejercido. Se acabó también con el descuido en los uniformes. El Estado Mayor de nuestra brigada se hizo cliente de una de las sastrerías militares más acreditadas de Madrid. Además, para facilidad de todos los oficiales, teníamos en los mismos batallones nuestros propios sastres.

El jefe de División era el teniente coronel Moriones con el puesto de mando en Alpedrera, entre Villalba y el pueblo de Guadarrama. Pero no dependíamos del Estado Mayor de la Defensa de Madrid, sino del general Pozas que desde Alcalá de Henares, mandaba el Frente del Centro. En Madrid, el coronel Rojo había organizado una eficiente dirección militar, que, con el apoyo principal de los comunistas, había contenido los ataques del adversario. El 3 de enero de 1937 comenzó una nueva ofensiva de las fuerzas enemigas para tratar de envolver a la capital por el noroeste, cortando la carretera Madrid-Escorial, ocuparon con gran

esfuerzo Majadahonda, Villanueva del Pardillo, Las Rozas, El Plantío, Pozuelo de Aragón y Aravaca. El día 10 los atacantes, agotados, pasaron a la defensiva y en dos días perdieron Villanueva del Pardillo y el puente de San Fernando, recuperados por la contraofensiva republicana. Una de las dos carreteras principales a la Sierra quedó cortada pero se sustituyó por caminos laterales que aseguraban el aprovisionamiento.

Nuestros contrarios acumularon nuevas reservas y comenzaron el 6 de febrero una nueva ofensiva en el Jarama para rodear a la capital por el sureste, adelantándose a un ataque republicano que se preparaba con 15 nuevas brigadas. Hubo 22 días de combates durísimos, nuestras fuerzas contaban con una brigada de tanques rusos y con bastante apoyo de artillería y aviación. El enemigo cortó prácticamente la carretera de Valencia, batiendo con ametralladoras el puente de Arganda, pero no consiguió ningún resultado espectacular. Su ofensiva se debilitó convirtiéndose en combates extenuantes de desgaste en el cerro Pingarrón. Se calcula que en esos combates hubo de un lado y otro, cerca de cuarenta mil bajas.

No era el frente de Madrid el único activo. El 8 de febrero tropas españolas "nacionalistas" y "voluntarios" italianos, rodearon y ocuparon Málaga, después de cinco días de ofensiva concéntrica en tres direcciones.

Como consecuencia de esta derrota, Largo Caballero tuvo que prescindir el 21 de febrero de su subsecretario de Defensa, general Asencio Torrado, a insistencia de los comunistas. El mismo día el gobierno republicano ordenó la incorporación a filas de varios reemplazos, pedida también por los comunistas. Los voluntarios ya no eran suficientes para completar nuestras unidades y había que recurrir a los movilizados.

Aún no se habían apagado los ecos de la batalla del Jarama cuando comenzó el 8 de marzo la ofensiva del llamado Cuerpo de Ejército "Voluntario" formado por italianos (4 divisiones espléndidamente armadas) hacia Guadarrama para tomar Madrid desde el nordeste dando el golpe de gracia a su defensa. Aunque el frente republicano fue virtualmente volatilizado, el mismo día la vanguardia italiana de la división "Llamas Negras", encontró

resistencia en Almadrones, que sólo ocuparon al día siguiente junto con Brihuega. Al atardecer del día 9 fueron de nuevo detenidos en Trijueque y al día siguiente al oeste de Torija. El 11 de marzo ocupó la división "Plumas Negras" Trijueque en la carretera de Madrid. Al día siguiente llegaron nuevas reservas republicanas, agotadas físicamente por los combates anteriores, pero llenas de entusiasmo, que se lanzaron al contraataque. El 13, la 11 división de Líster recuperó Trijueque y otras unidades amenazaron el flanco izquierdo del enemigo, extendido en una larguísima columna por la carretera asfaltada de Aragón, sin utilizar otros caminos menos importantes. El día 18 comenzó nuestra contraofensiva, apoyada por la aviación que tenía sus bases en los aeródromos permanentes de Madrid, mientras la enemiga estaba enterrada en el lodo de campos de aterrizaje provisionales. Nuestras unidades recuperaron Brihuega y comenzó entonces la retirada desordenada de los italianos que embotellaron la carretera y abandonaron toda clase de material de guerra, bajo los golpes constantes de nuestros aviones mientras nuestra infantería estaba demasiado cansada para poder perseguir al enemigo. Tres días después, tropas españolas enemigas taparon el hueco que los italianos habían dejado en el frente. Así terminó lo que se había preparado como entrada triunfal en Madrid de las unidades tan cuidadosamente preparadas por Mussolini. Su ofensiva había estado bien calculada, el momento era apropiado, las reservas republicanas estaban exhaustas, el lugar elegido era de los más débiles de nuestro frente; pero los italianos demostraron una falta absoluta de capacidad de maniobra y poco aguante. Al lado de nuestros soldados, ya veteranos, eran tropas no fogueadas, y además sobrecargadas de toda clase de armamento, que no tenían ni sitio de desplegar. Con esta brillante actuación de nuestro ejército se acabaron los intentos del enemigo de tomar Madrid y los puntos neurálgicos de la guerra se trasladaron a otros frentes.

CAPITULO IV

SE ORGANIZA EL EJERCITO DE LA REPUBLICA

El último día de marzo comenzaron las brigadas navarras su ofensiva en Vizcaya; los combates eran de una extraordinaria dureza, ya que las tropas vascas se defendían valerosamente con frecuentes contraataques. Todo el mes de abril siguieron los combates, siendo reforzado el enemigo por unidades del Cuerpo Italiano y por tropas de choque del Tercio y Regulares. El 26 de abril Guernica era arrasada por un bombardeo aéreo, ensayo alemán de la guerra relámpago. Dos días después ocuparon la ciudad, a la vez que cayeron Durango y Eibar. A fines de mes los combates iban paralizándose. La brigada italiana "Flechas Negras" hizo un papel poco brillante en Bermeo puesta en peligro por un contraataque de flanco de los vascos.

El 30 de abril el acorazado "España" de la marina enemiga se hundió por la explosión de una mina a la vista de Santander.

Mientras tanto, en la zona ocupada por los rebeldes, la organización política se iba adaptando a la influencia del eje Roma-Berlín. Se creó por decreto el Partido Unico, que unificaba a carlistas y falangistas bajo el largo título de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas y el saludo con el brazo extendido de los fascistas italianos y alemanes, se hace obligatorio en todo su territorio.

Son meses en nuestra zona de intensa actividad política además de militar. Las posiciones del Partido Comunista en el ejército republicano que defendía Madrid, incluida la Sierra, eran decisivas. Sólo había una brigada anarquista, la mandada por Cipriano Me-

ra, que podía equipararse a las mandadas por comunistas, que eran la inmensa mayoría, incluidas las de choque. Muchos militares profesionales republicanos se acercaban también a los comunistas, que los apoyaban en todo lo relativo a dar efectividad militar a sus unidades. Existía un tremendo "proselitismo" comunista, para ganar decenas de miles de nuevos afiliados, pero era sobre la base del prestigio que habían conseguido combatiendo, y lo primero que el Partido exigía de sus afiliados era que dieran ejemplo de sacrificio, dándoles el honor de morir en primera línea. Naturalmente que también entre los comunistas había emboscados en la retaguardia, pero no en mayor proporción que de otros partidos políticos. En cambio en la primera línea del frente de Madrid eran mayoría los miembros del Partido Comunista y de las JSU dirigidas por aquél.

Esta influencia comunista en nuestro ejército, aumentada por el importante papel que jugaban entonces las Brigadas Internacionales y porque los proveedores principales de armamento eran los rusos, cuyos oficiales tripulaban todavía tanques y aviones, no podía dejar de preocupar hondamente a Largo Caballero, que trató de modificar esta situación, pero no era ya posible. El antagonismo inevitable entre el Presidente del Consejo y los dos ministros Vicente Uribe y Jesús Hernández (comunistas), era público y notorio y la crisis política se aproximaba.

Hubo una serie de reuniones de mandos militares organizadas por los comunistas donde se iba gestando una especie de ultimátum que se presentaría a Largo Caballero. Este por su parte, no podía relevar a los jefes militares comunistas, pero destituyó a todos los comisarios que no tenían nombramiento suyo, sino del comisario del general Miaja, Francisco Antón, secretario del Comité del Partido de Madrid.

En la Sierra hubo también una reunión (yo mismo participé en su preparación) donde asistieron los tres jefes de división coroneles Jurado, Moriones y Heredia, junto con el comandante José María Galán, hermano del capitán Galán sublevado en Jaca en 1930, que mandaba la 10a. División al norte de Brunete. El propio general Pozas sorprendió la reunión; sin embargo, mandamos a Galán a Valencia, a pedir con los demás delegados de Madrid, el mando único y el reforzamiento de las medidas rela-

tivas a la organización del ejército regular forzando así la dimisión del gobierno, porque bien claro estaba que su presidente no iba a ceder a estas presiones. No hay duda de que la existencia de una fracción del Partido Socialista enemiga de Largo Caballero facilitó mucho esta solución de la crisis. Los combates en Barcelona del 3 al 7 de mayo en los que participaron de un lado los anarquistas y el POUM y del otro los comunistas del PSUC, la policía de la Generalidad y los guardias de asalto enviados desde Valencia, precipitaron los acontecimientos, y el 17 de mayo se formó un nuevo gobierno bajo la presidencia del ministro de Hacienda del anterior gabinete, doctor Juan Negrín, con Indalecio Prieto como ministro de Defensa.

Fue la petición de disolución del POUM presentada por los ministros comunistas, lo que forzó a Largo Caballero a dimitir después de una tempestuosa reunión ministerial, donde sólo lo apoyaron los cuatro representantes anarquistas, que se negaron luego a colaborar con Negrín. El Partido Comunista conservó, en cambio, sus dos ministros y ofreció todo su apoyo al nuevo gobierno.

Estos cambios dieron un avance a la organización militar. Se crearon varios ejércitos, el de Madrid mandado por Miaja, el de Extremadura, el de Andalucía y el del Este, al que fue Pozas. Hubo ascensos de militares profesionales y se organizaron también nuevos cuerpos de Ejército, el primero el de la Sierra al mando del coronel Moriones. La Segunda División a la que yo pertenecía, la mandó unos pocos días el coronel Navarro y luego el teniente coronel Barceló que antes había sido Director General de Milicias y luego jefe de columna en Boadilla del Monte, donde fue herido en los combates de fines de 1936. El general Rojo pasó a hacerse cargo del Estado Mayor Central.

A pesar de todos los comités de "No Intervención", recibíamos algún armamento, la mayor parte ruso, pero de contrabando llegaban armas de todas clases incluidas alemanas. En mi brigada tenía una batería de obuses de 11.43 que había hecho probablemente toda la Primera Guerra Mundial y la guerra civil en Rusia. Este país nos mandó armamento nuevo que necesitaba ensayar y probar, pero también todo aquello que sobraba en sus almacenes, que aunque no fuera de primera calidad, nos era útil. Lo que ya

resulta incomprensible es que recibiéramos material del tipo de una batería de cañones pesadísimos procedentes por lo menos de la guerra ruso-japonesa, ya que a pesar de cargarse por la culata, no tenían muelles para el retroceso, y al hacer cada disparo retrocedían varios metros. Estaban emplazados cerca de El Escorial y los bautizamos como "la batería de Catalina Segunda". Forzar heroicamente el bloqueo de los submarinos italianos en el Mediterráneo para traerlos, era un absurdo. Sería interesante saber también el valor monetario con que esos cañones de museo figuraban en la lista de compras de armamento.

En toda la Sierra, llegó la primavera de 1937 sin que hubiera combates ni de grande ni de pequeña importancia. Pude incluso hacer un viaje a Valencia para asistir a una reunión de la JSU, donde me nombraron miembro de su comité nacional. Me acompañaba Carmen y Luis Gullón y tuvimos oportunidad de pasar unas horas en Alicante, visitando a nuestros familiares allí evacuados. Mi madre había sufrido un infarto cardiaco mal diagnosticado y peor tratado, sin que dejase de dar clase en la escuela a que había sido destinada.

Era jefe de mi Estado Mayor el teniente de Carabineros Veramendi, sinceramente a nuestro lado; pero cambió por completo de actitud cuando su padre fue fusilado en Madrid, en Paracuellos del Jarama, junto con toda una serie de oficiales del antiguo ejército detenidos en masa, en los días álgidos de la defensa de Madrid. Cuando su hijo y yo tratamos de rescatarlo, todo fue en vano, llegamos tarde. Lo mismo ocurrió con un hermano de Nazario Cuartero, por más que intenté ayudar a su hermana Aurora a encontrarlo. Un grupo anarquista lo había liquidado.

El comisario de mi brigada era entonces Angel Marcos, con el que me llevaba muy bien. Era ferroviario y un buen padre de familia, cuando iba de permiso a Madrid y hablaba con sus camaradas anarquistas, volvía con el ceño un poco fruncido, pero pronto nos miraba otra vez normalmente.

Díaz Hervás era el comisario de Moriones y Orgaz el de Barceló. Por la lucha sorda establecida entre comunistas, socialistas y anarquistas alrededor del Comisario de Guerra había un trasiego continuo de comisarios. Díaz Hervás fue el más estable, pero Orgaz y Marcos se habían turnado antes un par de veces como

comisarios de mi brigada, según soplaba el viento político. La influencia del Partido Comunista era decisiva entre los comisarios. Como en la capital no habían quedado militantes de otros partidos más que de tercera y cuarta fila, Francisco Antón, ejercía firmemente el control político de la situación, a la vez que los jefes de unidades comunistas, el control militar. Como además su dirección y sus iniciativas se habían demostrado efectivas y eficientes, todos los que deseaban luchar se colocaban a su lado. Yo lo veía en Díaz Hervás y en Marcos, que nunca mostraron ninguna resistencia a las directivas de Antón. Incluso cuando éste fue más tarde destituido por Prieto, Díaz Hervás le dio una cena de despedida en el cuerpo de ejército, para demostrarle su aprecio.

El Ejército Popular, guste o no guste, lo articuló el Partido Comunista.

En mi Estado Mayor tenía una serie de jóvenes estudiantes, que fueron mis fieles colaboradores durante toda la guerra. Estaban los hermanos Gullón; el mayor, Luis, al que ya conocía de la FUE de Madrid, era mi jefe de operaciones, y el menor, Francisco, fue uno de los mejores oficiales de información de nuestro ejército; Loriente, maestro de Toledo, que había hecho el servicio militar conmigo y que dirigía los Servicios, Antonio Gobernado, mi cuñado Antonio Parga, un primo de los Gullón, Julio Nava y el inefable Antonio, un empleado madrileño encargado de todas las menudencias del puesto de mando, junto con Remedios, la alicantina, curada después de varios meses de la grave herida que recibió en Cabeza Líjar. Francisco Gullón, Parga y Nava estudiaban el bachillerato cuando empezó la guerra y se incorporaron al Batallón Octubre 11 cuando tenían escasos 16 años. La sección topográfica la dirigía un antiguo compañero de mi padre, a quien todos llamábamos el señor Marín a pesar de su grado de capitán, tenía ya bastantes años, pero desempeñó sus funciones de modo excelente, soportando mejor que muchos jóvenes todas las penalidades de la campaña.

Siempre a mi lado como ángel guardián, había estado un obrero, el teniente Alfredo. Se aburría a veces en mi puesto de mando y en una de sus visitas a las posiciones lo mató una granada de artillería. Lo enterramos con todos los honores militares en el

cementerio de El Escorial, donde teníamos una parte reservada para los caídos de nuestra brigada.

A mediados de mayo fue sustituido nuestro comisario Angel Marcos, por Diego Pastor uno de nuestros comisarios de batallón. Era de la JSU, un buen camarada y un buen amigo al que apreciábamos mucho. Como era uno de los veteranos del Octubre No. 11, estábamos unidos por toda la tradición de nuestra unidad.

Por fin nos llegó la orden de atacar. Se preparaba una operación hacia la Granja, como primera etapa para el avance a Segovia, bajo el mando del general polaco Walter Swierczewski con la 31 Brigada de nuestra División, la 69 Brigada y la 14 Brigada Internacional mandada por el teniente coronel francés Dumont. Para distraer fuerzas se iba a asaltar el Alto del León en tres direcciones: a la derecha, por la 3a. Brigada de Carabineros, desde Guadarrama por la 29 Brigada y por la izquierda, la 30 Brigada ocuparía Cabeza de Líjar. Fueron unos días de febril actividad; como no nos ofrecían ninguna ayuda de la artillería del frente de Guadarrama que apoyaba a los carabineros, decidimos subir las tres piezas de nuestra batería rusa, hasta casi la primera línea. Para ello prolongamos el camino que iba a Buenavista hasta debajo de las peñas de Cuelgamuros. Luego con ayuda de varias yuntas de bueyes que poseían los milicianos de Peguerinos subimos los obuses a la misma cresta junto a La Salamanca. Fue un trabajo titánico hasta que la batería se instaló más o menos donde más tarde iba a levantarse la enorme cruz de piedra del Valle de los Caídos.

Tomar Cabeza Líjar sabíamos que no era nada fácil, recordábamos muy bien nuestros intentos inútiles y desesperados, cuando fue muerto Fernando de Rosa. Decidimos intentar el cerco por sorpresa antes del amanecer, con dos batallones, uno por cada flanco. Todas las ametralladoras de mi brigada ocuparon posiciones en La Salamanca para apoyar el ataque. En la madrugada del 30 de mayo me encontraba en mi puesto de mando delante de la batería. Todas las comunicaciones telefónicas estaban tendidas, no se oía ningún ruido, el frente estaba tranquilo, el enemigo no había descubierto ninguno de nuestros movimientos. Nos llegaron los informes de que nuestros dos batallones habían iniciado el avance.

Nunca podré olvidar aquel amanecer; de repente, toda la cumbre de Cabeza Líjar, se encendió en una llamarada gigantesca, y se desencadenó un infierno de fusilería y de descargas de ametralladora. Se combatía en la misma cima, pero fuimos rechazados; una y otra vez volvía a encenderse el combate, pero nuestros adversarios que habían perdido todas sus avanzadillas seguían firmes en la parte más alta. Teníamos ya bastantes heridos que se evacuaban con dificultad hasta el camino que habíamos construido. Desde allí las ambulancias y los automóviles los llevaban rápidamente a los hospitales de retaguardia.

Como no tenía objeto seguir insistiendo sin un apoyo adecuado, di órdenes a los batallones de esperar la acción de nuestros tres obuses. Desgraciadamente, el jefe de la batería, un antiguo sargento, con una barba magnífica, pero cuyos conocimientos técnicos no eran muy amplios, tenía que ajustar el tiro, ya que la batería había estado silenciosa para no descubrir su posición, y algunos de los proyectiles cayeron en nuestras propias líneas. Sin embargo, pronto las altas columnas negras de las explosiones de las granadas se elevaron sobre la cima de Cabeza de Líjar. Después de la preparación artillera volvieron a atacar nuestros soldados. Otra vez se veían las explosiones de las granadas de mano junto a la cima, pero no conseguimos ocuparla.

A todo esto no había ningún indicio de combate a nuestra derecha en el sector de Guadarrama; la 29 Brigada no se había movido de sus trincheras y la 31 Brigada presionaba al enemigo sólo débilmente. El Estado Mayor de la 2a. División nos comunicó que la aviación republicana iba a apoyar nuestro avance con un intenso bombardeo sobre Cabeza Líjar.

Pero la actuación de nuestra aviación fue una verdadera desgracia. Si fueron pilotos rusos o españoles, no lo supimos nunca. En lugar de lanzar sus bombas sobre Cabeza Líjar, lo hicieron sobre La Salamanca, sobre nuestro puesto de mando y sobre nuestra batería. Eran unos diez aparatos de bombardeo. Para completar su ineficacia, habían atacado también Collado Mediano en la retaguardia de la 3a. Brigada que se había ya retirado a su base de partida. Nada podíamos hacer, repetir los ataques sólo podía aumentar nuestras pérdidas. Di la orden a mis soldados de replegarse pero tuvieron que dejar algunos de sus muertos junto

a las alambradas sin poderlos retirar. Sólo unos días después el enemigo nos ofreció un alto al fuego, que yo acepté, a pesar de la rígida prohibición existente, y los pudimos recoger y sepultar.

Los ataques a La Granja durante cuatro días no tuvieron éxito. Fue destituido el mayor Cacho, jefe de la 31 Brigada y el general Walter tuvo un violentísimo altercado con Dumont al que acusaba de no haber cumplido sus órdenes. Esta operación de La Granja es la que sirvió de base para la famosa novela de Hernest Hemingway "Por quién doblan las campanas", que personificó a Walter en su general Golz.

Nuestras bajas no fueron muy numerosas, pero no por ello menos sentidas. Era el primer combate en que, como jefe de brigada dirigía la ofensiva de mis hombres y los mandaba a la muerte. Siempre me he reprochado dos cosas. Primero: debí llevar los obuses aún más cerca de la primera línea y desde allí deshacer con ellos a tiro directo la cresta de Cabeza Líjar tan pronto amaneciera. Era una solución entonces heterodoxa, pero extraordinariamente eficaz, que en la Segunda Guerra Mundial se convirtió en procedimiento rutinario. Segundo: no era posible envolver la montaña por la derecha, el terreno era allí muy desfavorable, los dos batallones empeñados debían haber avanzado directamente hacia el Alto del León, pasando por la izquierda entre Cabeza Líjar y Cueva Valiente, por la llamada posición intermedia, que el enemigo abandonó sin que nosotros la llegáramos a ocupar. Esa era precisamente la misión ordenada al batallón que atacaba allí, pero no la cumplió y atraído por la cumbre se lanzó cuesta arriba al asalto, derrochando un heroísmo admirable, aunque estéril.

El día 31 de mayo bombardeaba Almería una escuadra alemana en represalia a unas bombas que los aviones republicanos habían lanzado contra el acorazado "Deutschland". Nuestra ofensiva hacia Segovia, junto con la que le siguió en Huesca, donde fue muerto el general Lukács, no fueron más que simples diversiones emprendidas con gran escasez de medios y de unidades. Operaciones de esta clase no podían influir sobre los planes de ofensiva enemiga sobre Bilbao. Tampoco retrasó esos planes la muerte del jefe del Ejército del Norte, general Mola, ocurrida el 3 de junio en un accidente de aviación. El 12 de junio comenzó

su preparación artillera sobre la línea fortificada del "Cinturón de Hierro", que cayó en pedazos; una semana después se rindió Bilbao y los restos de las tropas vascas se retiraron hacia Santander. La reacción provocada en los católicos del mundo entero por los fusilamientos de algunos sacerdotes vascos y la prisión de otros muchos más, dio origen a que los obispos españoles publicasen el 1o. de julio su famosa carta colectiva en la que con frases retóricas, pero que no dejan lugar a dudas, proclamaron a todos los vientos su apoyo ferviente al llamado "movimiento nacional".

El nuevo ejército republicano iba mejorando cada día su organización y aumentando sus reservas. Habían llegado más remesas de armamento ruso y de otras fuentes y se organizaban nuevas unidades a base de los veteranos del primer año de guerra. Nuestro 120 Batallón se convirtió en la Brigada 30 bis (después 7a. Brigada), con su jefe el mayor Caballero.

No nos fue nada difícil organizar otro nuevo 120 Batallón. Se nos incorporaban heridos y voluntarios de la JSU que preferían hacerlo así antes de que los movilizasen. Tampoco nos faltó armamento, aunque no recibimos entonces ni un solo fusil, nos arreglamos con los sobrantes. Sin embargo, la penuria en armas automáticas aumentó un poco más, ya que los tres restantes batallones tuvieron que ceder algunas al nuevo. Esa escasez fue permanente durante toda la guerra, incluso en las unidades de choque.

Según las cifras, nuestra brigada estaba armada, sin embargo, se enfrentaba con un complicado problema común a la mayoría de nuestro ejército. Las armas estaban gastadas no sólo por el año de guerra trascurrido, sino porque muchas de ellas eran veteranas; las españolas de la guerra de Marruecos y las extranjeras de la Primera Guerra Mundial, tenían dilatados sus cañones y con frecuencia se averiaban. Sobre todo fallaba el mecanismo de las ametralladoras, cuando más falta nos hacía su apoyo. Había además una enorme diversidad de calibres y de modelos, capaz de dificultar hasta un grado inverosímil el trabajo de los oficiales de aprovisionamiento. Teníamos fusiles Mauser españoles, mexicanos (fabricados en España para México), alemanes y checos, fusiles ingleses, ametralladoras Hotchkiss españolas, Saint-Étienne francesas, Colt norteamericanas y un par de

Maxim alemanas reconstruidas por los rusos. En total, seis calibres distintos principales, aparte de algunos otros para surtir curiosidades aisladas, como unos larguísimos fusiles italianos de un solo tiro, que se veían mucho entonces en nuestros servicios de vigilancia de retaguardia. Morteros casi no teníamos ninguno, y los sustituíamos con unos lanzabombas rudimentarios y no exentos de peligro en su manejo. Las granadas de mano eran en su mayoría botes con una mecha, que más de una vez arrancaron la mano del granadero que se retrasaba un instante en soltarla.

Nuestra escuela de oficiales y clases, nos preparaba sin cesar nuevos cuadros y al batallón de reserva, sobre todo al nuevo 120, le sometíamos a una preparación intensiva, aprovechando algunos suboficiales del antiguo ejército. Comenzamos también entonces la reimpresión de textos militares muy sencillos al alcance de nuestros oficiales, extractos de los reglamentos, descripciones de las armas, y un pequeño manual francés de fortificación muy bien ilustrado. Con el tiempo lo completamos después hasta formar una pequeña biblioteca de campaña del oficial.

Nuestra brigada trataba por todos los medios de convertirse en una verdadera unidad de combate. En nuestro deseo de mejorar aún más nuestra preparación militar, me dirigí por mi cuenta y riesgo al Hotel Gaylord en Madrid donde residían los consejeros rusos, y hablé con su jefe máximo, el general Maximov. Era un hombre pequeño y nervioso que me recibió con amabilidad, pero contestó negativamente a mi petición de recibir un instructor; me explicó que eran pocos y estaban reservados a las unidades de maniobra. Allí conocí a su intérprete, de la que había oído hablar mucho, era Lidia Kuper de una familia de judíos rusos emigrados desde 1917, esposa de Gabriel León Trilla y cuyo primo Alejandro Kuper, también intérprete de los consejeros soviéticos, era de la FUE de Medicina en Madrid. Maximov era el segundo oficial ruso que había visto hasta entonces. El primero fue el general Kuper (su nombre verdadero era Kulik), el cual llegó con su comitiva a mi puesto de mando un anochecer a primeros de 1937, cuando los combates de las Rozas.

Mis batallones de primera línea realizaban un trabajo constante de fortificación, la red de trincheras talladas en la roca viva, los refugios para el personal, los puestos de mando, las

alambradas en varias filas se extendieron pronto desde La Salamanca por Cuelgamuros, hasta cerca de Malagón, donde adelantamos profundo nuestras posiciones para estar más cerca del enemigo que seguía en las lomas detrás de Peguerinos. Nuestras medidas defensivas contrastaban con el descuido de nuestros contrarios, que tenían sólo una línea de vigilancia con parapetos y centros aislados de resistencia, de forma que su frente era atravesado de noche con toda facilidad por nuestras patrullas, muchas veces mandadas personalmente por Francisco Gullón, que llegaban cómodamente a San Rafael y a El Espinar cuantas veces se lo proponían, ayudando a pasar las líneas a nuestras unidades de guerrilleros, saboteadores y a los agentes de información enviados a la retaguardia enemiga, ya que teníamos soldados de la región que conocían muy bien el terreno. Conseguíamos prisioneros y mantuvimos durante varias semanas una derivación telefónica que nos permitió escuchar todas las conversaciones desde Cueva Valiente y el puesto de mando enemigo en el Alto del León.

Todos nuestros deseos eran salir del frente estabilizado y participar en las ofensivas de nuestro ejército. Una vez llegamos a presentarnos en bloque toda la brigada como voluntarios para ingresar en las brigadas internacionales, pero ni nos contestaron. Mirábamos con no disimulada envidia a la 46 División de Valentín González, "El Campesino", que dotado de armamento moderno ruso estaba concentrada, como reserva, en Villalba. Todas las ilusiones de que nos relevara la 7ª Brigada resultaron fallidas; dicha unidad marchó, como reserva, a la región de Galapar, donde más tarde se incorporó a la 10ª División.

A primeros de julio no era un secreto para ninguno de nosotros que se preparaba una gran ofensiva hacia Brunete, pues observábamos la concentración de fuerzas. Teníamos un buen escuadrón de Caballería en nuestra brigada, que había organizado el capitán Doval, antiguo empleado de teléfonos, y el teniente Antonio Parga; 150 sables con dos ametralladoras. Recibí la orden de que se incorporara a la 1ª. Brigada de Caballería y fueron nuestros únicos representantes en los combates que se sucedieron, que presenciamos a distancia. Terminada la operación, Parga se reincorporó a las 30ª Brigada, pero los demás siguieron en la caballería Tomaron parte en la operación de nuestro lado dos cuerpos de

ejército: el V mandado por Modesto y el XVIII. Participaban todas las brigadas internacionales (11, 12, 13, 15) excepto la 14ª francesa, porque nadie podía sufrir a su jefe Dumont. La 14 se incorporó a la 3a. División de El Escorial, que envió en su lugar a las 32ª Brigada de Nilamón Toral a disposición del general Walter. En total el ejército republicano disponía en el sector de ataque de más de veinte brigadas, lo que ya representa una considerable masa de ataque. Estaban apoyados por una masa de artillería relativamente potente, sacada de otros frentes y por aviones rusos, "chatos" y "moscas" de caza y "katiuskas" y "natachas" de bombardeo, que entonces nos parecían la última palabra de la técnica, aunque ya eran aparatos anticuados.

En la noche del 5 al 6 de julio empezó esta primera gran ofensiva del ejército republicano recién organizado. La 11ª División de Líster del V Cuerpo penetró por el centro y alcanzó Brunete, donde tuvo que esperar el avance de sus flancos, pero estos habían sido detenidos, a su derecha en Quijorna y a la izquierda en Villanueva de la Cañada, qué sólo fue ocupada al final del día aunque la resistencia del enemigo continuó en Villanueva del Pardillo y Villafranca del Castillo. El avance de nuestros adversarios en el norte fue detenido por la necesidad de trasladar al centro fuerzas de choque (algunas brigadas navarras y toda la aviación).

Quijorna cayó sólo al cuarto día de operación y Villanueva del Pardillo al quinto. Para entonces los contrataques enemigos, bien apoyados por artillería y aviación, eran muy fuertes y al séptimo día estaba paralizada nuestra ofensiva. Nuestras unidades pasaron a la defensiva, resistiendo al principio con éxito, pero a los 19 días de comenzada la batalla se produjo un pánico en nuestras filas y cayó Brunete. Hubo además actos graves de indisciplina que obligaron a disolver a la 13ª Brigada Internacional. Con grandes dificultades conseguimos conservar en nuestro poder el resto del terreno conquistado cerrando la brecha que se había abierto. Desde ese día la operación, por agotamiento de los dos bandos, se apagó rápidamente volviendo el sector a la condición de frente estabilizado que conservaría hasta el final de la guerra.

A fines de julio me llamaron al puesto de mando avanzado desde donde el Ejército del Centro dirigió la batalla de Brunete.

Me recibió el jefe de información, mayor Garijo, del que corrían los más tenaces rumores sobre su falta de fidelidad a nuestra causa, sin embargo, me hizo muy buena impresión. Me presentó al general Miaja, el cual me comunicó mi nombramiento de jefe de la 3ª División en El Escorial en sustitución del teniente coronel Heredia, que iba a mandar el XVIII Cuerpo. El 1 de agosto tomé posesión de mi nuevo cargo. El teniente Veramendi había pasado ya antes a dirigir los servicios del 1er. Cuerpo de Ejército, pero casi todo el Estado Mayor de mi brigada se vino conmigo a la 3a. División, así como Remedios y la escuadra de enlaces, casi todos de Peguerinos y de otros pueblecitos de la Sierra de Guadarrama. El nuevo jefe de la 30ª Brigada fue el mayor Suárez, antiguo guardia de seguridad, que mandaba uno de sus batallones; con él quedó Gobernado, que era entonces su ayudante. Me resultó doloroso tener que separarme de mis camaradas de todo el primer año de la guerra, tenía esperanzas de que en el futuro habría oportunidad de volver a reunirme con ellos, pero esto nunca llegó a suceder.

Pocos días antes de mi traslado a El Escorial, se mató allí, en un absurdo accidente de automóvil, el mayor Rafael Jiménez Carrasco, compañero de la Facultad de Ciencias y de la FUE. Era jefe del Batallón "Joven Guardia" de jóvenes comunistas, incorporado a la 34ª Brigada. Me hubiera gustado mucho tenerlo a mi lado.

Al tomar el mando de la 3a. División, disponía de cinco brigadas, dos orgánicas, la 33 y la 34; la 14, de Dumont y otras dos, la 26 de la Primera División y la nueva 105, como reservas, dada la proximidad al sector de Brunete. Tuve que ponerme a trabajar como organizador y como diplomático, y a ello me lancé con todas mis fuerzas, aunque el primer jarro de agua fría me lo lanzó Indalecio Prieto, que anuló mi nombramiento de jefe de División por mi "extremada juventud", pero el Ejército del Centro no se dejó impresionar y la anulación de mi nombramiento no se cumplimentó, aunque nunca llegué a ser designado para el mando definitivo, y lo ejercí siempre "provisionalmente".

Mi primer jefe de Estado Mayor en El Escorial fue unos días Lorente de No, jefe de Ingenieros de la 34 Brigada, luego Artemio Precioso Ugarte, capitán de la misma brigada. Finalmente, a pri-

meros de noviembre, recibió ese nombramiento Simarro, diplomado en los nuevos cursos de Estado Mayor, después de convalecer de las heridas graves sufridas cuando mandaba el batallón "Fernando de Rosa" en el frente de Extremadura. Artemio quedó de jefe de operaciones, pero luego ascendido a mayor, pasó a mandar el 119 Batallón de mi antigua 30 Brigada. Conmigo seguía Luis Gullón, pero su hermano Francisco había sido trasladado al 1er. Cuerpo de Ejército de jefe de información, pese a mi resistencia; su puesto lo ocupó Antonio Parga. Pronto Francisco Gullón marchó al Estado Mayor del Ejército del Centro a petición del mayor Garijo. Los que desfilaban sin parar eran los comisarios; primero estuvo Conesa, luego Diego Pastor, más tarde Adolfo Lagos. No pude conseguir que José Alcalá Castillo, hijo de Niceto Alcalá Zamora, se incorporara a mi Estado Mayor, después de una visita de un par de días que nos hizo en El Escorial. El Partido Comunista, del que era miembro, lo mandaba a la División de Líster. Se le veía cansado y agotado, a causa, sin duda, de la enfermedad que en pocos meses iba a acabar con su vida.

Fue un trabajo intenso poner en orden el sector de El Escorial. La línea del frente seguía una trayectoria irregular que necesitaba muchas tropas para guarnecerse. Conseguí la autorización del Cuerpo de Ejército y se abandonaron las posiciones de Atalaya Baja y de Peña Rubia. En poco tiempo, de las cinco brigadas afectas a la División, tres estaban en reserva. En la primera línea se trabajaba día y noche en fortificación, como lo hicimos ya antes en la 30ª Brigada, acabamos con los minúsculos parapetos de piedra y aparecieron trincheras profundas cavadas en la roca protegidas por densas zonas alambradas y por nidos de ametralladoras. Sólo el mayor Esteban Cabezos antiguo aparejador de obras y jefe de la 33ª Brigada había concedido a la fortificación de su sector toda la atención que merecía. El resto del frente de la División estaba abandonado en este aspecto. Para la operación de Brunete habían almacenado los ingenieros mucho material, lo que nos facilitó las obras de atrincheramiento que emprendimos. Pronto nuestro sector ofrecía las garantías defensivas imprescindibles.

La 28ª Brigada fue relevada por la 26ª, también de la 1a. División, y la 105ª Brigada pasó al sector Quijorna-Villanueva de

la Cañada a formar parte de la nueva 69ª División. Empezamos con relevos periódicos entre nuestras unidades, lo que permitió rehacer por completo la 34ª Brigada y habiendo renunciado su jefe Martín Gonzalo, conseguí que viniera a sustituirle Marcos, que mandaba todavía el antiguo Batallón Largo Caballero, incorporado a la 32ª Brigada, y estaba en abierta pugna con el comunista Nilamón Toral. Vino con algunos oficiales también socialistas, todos quizás un poco extrañados de haber recibido de mí ese ofrecimiento. Me costó, sin embargo, bastante trabajo que los funcionarios del Partido Comunista aceptaran mi proposición. Creo que si Marcos no se convenció de la buena intención de los comunistas en general, sí al menos, de la mía en particular.

Implantamos en la división el estilo de trabajo de la 30ª Brigada. Surgió la escuela divisionaria de oficiales y lo mismo en las brigadas, reeditamos y completamos los manuales y reglamentos tácticos para los mandos.

Tuve que hacer otro viaje a Valencia para asistir a una reunión del Comité Nacional de la JSU, al cual pertenecía de modo formal, ya que nunca intervine en sus trabajos. Pero cualquier comité político en retaguardia tenía que incluir combatientes del frente y a mí me dieron ese papel. Me incorporaron incluso a la comisión ejecutiva. El viaje lo aproveché para conseguir de la comisión liquidadora de la antigua Dirección General de Milicias, la legalización con fecha atrasada de los nombramientos de centenares de oficiales de la 3a. División y muchos pendientes de la 30ª Brigada, que no tenían confirmación oficial. Mis gestiones tuvieron un éxito completo. Me acerqué además a Alicante a ver a mi familia. Mi madre había mejorado de salud y dirigía en San Juan una guardería infantil de la FUE de Madrid.

Aunque nuestra división no fuera una unidad de choque, merecía por el número de sus unidades una atención especial. Esta vez, el general Maximov sin yo pedirlo, me envió un consejero: el coronel Rodionov. Este oficial soviético de origen búlgaro, maestro en su juventud, revolucionario al final de la Primera Guerra Mundial y más tarde, emigrado en Rusia, era un hombre culto, de visión amplia y carácter franco. Con Rodionov vino el capitán Pidorenko un joven ucraniano, muy buena persona, pero con los horizontes limitados a la instrucción de compañía y a problemas

prácticos, como por ejemplo, armar y desarmar con los ojos vendados una ametralladora Maxim. Los dos fueron recibidos con toda confianza en nuestra comunidad de oficiales del Estado Mayor. Pronto Rodionov pasó de consejero al Ier. Cuerpo de Ejército con Moriones, quedando con nosotros sólo Pidorenko.

Mientras nos dedicábamos a toda esta labor de organización los combates se desarrollaban sucesivamente en muchos frentes. El 14 de agosto comenzó la gran ofensiva enemiga sobre Santander. Atacaron las brigadas navarras y las divisiones italianas. Nuestra ofensiva de Brunete sólo había retrasado unos días los planes enemigos de liquidar toda la zona norte republicana. Los bombardeos intensos de los aviones italianos y de la Legión Cóndor alemana, deshicieron rápidamente la defensa de nuestro XV Cuerpo de Ejército, que con algunos batallones asturianos y vascos defendía el frente cántabro. El 16 perdimos Reinosa y comenzó el repliegue sobre Santander. El 23 de agosto ya no había más frente, los vascos se rindieron a los italianos en Santoña y Laredo, con condiciones favorables de capitulación, que no fueron después reconocidas por el Alto Mando enemigo. Las otras unidades republicanas estaban dispersas y en derrota, mientras algunos dirigentes escapaban en barcos y aviones a Francia. Sólo algunas fuerzas asturianas consiguieron replegarse a Asturias.

Con un día de retraso, comenzaron el 24 de agosto nuestras acciones en Aragón, que no podían ya influir en la suerte de Santander. Atacaba el Ejército del Este reforzado por las unidades de choque republicanas venidas de Brunete. Los planes de la operación eran muy ambiciosos, ya que se trataba de ocupar Zaragoza. Al norte del Ebro, nuestra 27ª División avanzó sobre Zuera y la 45ª División Internacional sobre Villanueva de Gállego. Ni una ni otra pudieron cumplir sus misiones a pesar de los pequeños éxitos iniciales. Al sur del Ebro, el V Cuerpo de Ejército con las Divisiones 11ª de Líster, 35ª de Walter y 46ª de "El Campesino", rompió el frente, ocupó Codo, cercó Quinto y en colaboración con la 25ª División del XII Cuerpo envolvió también Belchite. El enemigo tuvo que traer reservas a toda prisa para cerrar el enorme boquete abierto en su frente, pero sólo pudo hacerlo en la línea Fuentes de Ebro Mediana, mientras bajo el sol de fuego del verano aragonés en combates durísimos los

republicanos aniquilaban las guarniciones cercadas, primero en Quinto y luego, a los 12 días de ofensiva, en Belchite, donde tropezaron con una resistencia desesperada, teniendo que tomar casa por casa. El enemigo, que no había acercado más que las reservas mínimas indispensables, pero bien apoyadas por su aviación, no recurrió como otras veces a contraofensivas y el frente se estabilizó, conquistando nuestras tropas cerca de mil kilómetros cuadrados.

La elección del frente del Este para la ofensiva republicana tenía no sólo motivos militares, sino políticos. El gobierno Negrín quería acabar con el Consejo de Defensa de Aragón, dirigido por los anarquistas y que había implantado en esa zona un poder absoluto con los más variables ensayos de comunismo libertario, contra la voluntad de la gran mayoría de los habitantes. El 10 de agosto apareció el decreto de la disolución del Consejo y la 11ª División Concentrada en Caspe para la operación de Belchite, disolvió los comités y las colectividades, sin ninguna resistencia, siendo sus soldados recibidos como liberadores por los campesinos.

El 1 de septiembre comenzó la ofensiva enemiga contra el último reducto republicano en el norte: Asturias. En un terreno muy difícil los atacantes progresaron al principio lentamente durante mes y medio, pero el 15 de octubre se derrumbó nuestro frente. A la gran mayoría de los soldados republicanos les esperaban los campos de prisioneros, los tribunales militares y la amenaza real de los pelotones de ejecución. Gijón fue ocupada por el enemigo el 21 de octubre.

Brunete y Belchite habían agotado nuestras reservas y material y poco o nada se hizo en apoyo de Asturias. El Ejército del Este volvió a atacar, esta vez en los Pirineos el 22 de septiembre. Los combates duraron un par de semanas sin resultados tangibles y sólo atrajo reservas locales de nuestros adversarios. El 11 de octubre volvieron a atacar nuestras fuerzas en el sector de Fuentes de Ebro-Mediana. Un batallón de tanques rápidos rusos BT-S de gran velocidad, pero de débil blindaje, armados con cañón de 45 mm, atravesó las primeras líneas del enemigo, penetró profundo en su retaguardia y quedó en parte atascado en un terreno pantanoso, sin que nuestra infantería pudiera alcanzarlo y socorrerlo. Las tripulaciones soviéticas de esos tanques resistieron

mientras tuvieron municiones, pero fueron exterminadas en sus tumbas inmóviles de acero. En el otoño, la 14ª Brigada Internacional que seguía en El Escorial, fue enviada al sur de Madrid para participar en una ofensiva local en la Cuesta de la Reina en Aranjuez, que tampoco tuvo éxito, a pesar de nuestras cuantiosas pérdidas. A los pocos días, dicha brigada se reintegró de nuevo a nuestra División. A causa de Dumont y de los problemas internos de su unidad, fui a hablar con el general Maximov en presencia de André Marty, que defendía a su compatriota sin admitir discusión alguna. Llegó a decirnos violentamente que creábamos dificultades a Dumont sólo porque era francés.

El 31 de octubre se anunció el traslado del gobierno de Valencia a Barcelona. Era Cataluña la única región industrial importante de nuestra zona, donde los anarquistas seguían teniendo todavía mucha influencia, bajo el poder precario de la Generalidad, cuyo principal apoyo eran ahora los comunistas del PSUC. Con el traslado, Negrín pretendía poner todos los recursos humanos y económicos de la región al servicio de la guerra, cosa que logró en gran parte, aun a costa de fricciones crecientes con los nacionalistas catalanes, pero el poder de la CNT fue seriamente afectado. Ya en junio, el gobierno había disuelto al POUM y encarcelado a sus dirigentes, aunque a desgana y con mucha menos energía de la que exigían los comunistas, si bien éstos por su cuenta y con los agentes de la policía rusa, se comprometieron con el secuestro y muerte de Andrés Nin y con otras represiones menos conocidas.

A primeros de diciembre, el enemigo comenzó a concentrar grandes fuerzas en el frente de Guadalajara, sector de Jadraque-Cogolludo. Como las reservas de nuestro ejército del Centro eran muy reducidas, se tomaron medidas para aumentarlas. Se creó la División Táctica de Reserva del Ier. Cuerpo de Ejército bajo mi mando y con el Estado Mayor de la 3a. División. Comprendía mis dos brigadas de reserva de El Escorial (la 33ª Brigada y la 27ª Brigada de la 1a. División, que había relevado a la 26), más la 31ª Brigada de la 2a. División. Se reunieron todas estas unidades en la zona de Torrelaguna, nudo de carreteras, al norte de Madrid, entre Buitrago en Somosierra, y Humanes en Guadalajara.

Dejé el sector de El Escorial a cargo del teniente coronel Dumont, que se enzarzó en una larga discusión con el jefe del Ier.

Cuerpo de Ejército, sobre si era jefe de sector, de división o de brigada. Complicó más el problema la organización de la 14ª Brigada Bis, pronto disuelta por la superioridad. Probablemente, no dejé muy claras las cosas, en mi prisa por salir cuanto antes para Torrelaguna.

Los partes de información del Estado Mayor Central, daban datos amenazadores. Entraban en Cogolludo, como término medio, mil camiones diarios. Ante la amenaza del ataque enemigo, nuestro plan inicial de instrucción acelerada fue de ocho días, luego cumplimos uno de quince, finalmente, uno de veinte días, que las circunstancias nos permitieron luego repetir por completo. Estaban escalonados los ejercicios de escuadra, sección, compañía, batallón y brigada. Llegamos a hacer un ejercicio táctico con toda la división, una brigada en un bando, contra las otras dos en un combate de aproximación con toma de contacto y establecimiento de un frente después de ataques y contraataques.

El capitán Pidorenko nos ayudaba todo lo que podía y no tenía un minuto libre. Los otros consejeros rusos nos visitaban con frecuencia sobre todo Rodionov que seguía con Moriones. También asistió a algunas de nuestras prácticas, el general Maximov. Tanta era nuestra audacia que pronto nos atrevimos a hacer ejercicios con fuego real. A la vez, las escuelas divisionarias y de las brigadas seguían preparando oficiales y sargentos respectivamente. Imprimimos nuevas ediciones de manuales y reglamentos. El invierno bastante crudo, no reducía en nada nuestra actividad.

No dejó de preocuparme entonces la enorme y extensa tierra de nadie que se extendía al norte de la carretera de Torrelaguna a Humanes. Comprendía una zona de cuarenta kilómetros de ancho y quizás veinte de profundidad, con la sierra del Robledal que alcanza los 1930 metros de altura y el Alto Rey con 1848 m. Lo abrupto del terreno y la falta de comunicaciones, excluían toda la zona de las operaciones militares, por lo menos bajo el punto de vista del arte militar clásico. Desde luego, el invierno limitaba los movimientos, pero en otras épocas del año hubiera sido posible atravesar el macizo montañoso incluso con grandes unidades. Nosotros lanzábamos patrullas que lo recorrían en todas direcciones. Llegaron a visitar Colmenar de la Sierra, pequeño pueblecito feliz, a donde no había llegado la guerra.

Recibimos planos de nuestras fortificaciones en la retaguardia del frente de Guadalajara, pero no llegamos a hacer el reconocimiento del terreno. Nuestro Estado Mayor Central, con su nuevo Ejército de Maniobra, consiguió arrebatar la iniciativa de manos del enemigo, con la operación de Teruel que comenzó el 15 de diciembre. La iniciaron los XVIII y XXII Cuerpos en los dos flancos, que a las 12 horas de combate uniéndose en San Blas, cercaron Teruel. El XX Cuerpo atacaba a la vez en los accesos inmediatos a la plaza. El 17, nuestras fuerzas ocuparon Villaster, el 18 la Muela de Teruel y el 19 el puerto de Escandón. El 20 de diciembre atacaron ya el arrabal de Teruel, entrando en la ciudad dos días después. La ciudad fue entonces escenario de enconados combates para reducir la resistencia desesperada de la guarnición cuyos restos no se iban a rendir hasta el 8 de enero.

Según los datos del mando republicano, nuestros adversarios tenían preparada su ofensiva sobre Madrid para una fecha entre el 15 y 18 de diciembre. El enemigo comenzó desde el 15 a enviar algunas reservas a Teruel, pero no renunciaron a sus planes de ataque hasta el 23 de diciembre. Empezamos entonces a leer en los boletines informativos que centenares y centenares de camiones salían ahora de Cogolludo todos los días hacia el este. Estas tropas enemigas iniciaron el 29 de diciembre una violentísima contraofensiva sobre Teruel. El 30 los moros recuperaron la Muela y se creó una situación difícil a nuestras unidades, las cuales, sin embargo, se rehicieron y con la llegada de reservas, volvieron a encerrar a la guarnición de la plaza en un cerco de hierro y contuvieron eficazmente a las fuerzas enemigas que trataban de socorrerla.

Todos estos combates alrededor y dentro de Teruel a finales de 1937 y comienzos de 1938 se desarrollaron en un invierno excepcionalmente riguroso. Esto exigió de todos los soldados, que en ambos bandos participaron en los combates, aguante físico y un gran espíritu de sacrificio. Bajo la nieve y el hielo con temperaturas de hasta 18° bajo cero, las unidades marchaban, atacaban, retrocedían, volvían a atacar en un campo azotado por la ventisca. Eran tropas no preparadas ni equipadas para esas condiciones tan desfavorables y fueron cuantiosas las bajas sufridas a causa del frío, que se unieron a las propias de los tenaces combates.

Fuimos testigos a distancia de esta batalla, mientras nuestra división seguía sus programas sucesivos de entrenamiento. Para resolver el problema del sector de El Escorial, lo repartieron entre las divisiones 1a. y 10a., nuestras antiguas vecinas, y la División Táctica de Reserva recibió el número 3, vacante desde que me mandaron a Torrelaguna. Sus brigadas eran la 31, la 33 y la 28, que había sustituido a la 27. Se pensaba también en otros cambios e incluso que nuestra 3a. División relevase a la 1a. o a la 2a., para dar a todas las unidades la posibilidad de una preparación militar intensa. Se nos incorporó de nuevo nuestro comisario Alfredo Lagos, que había permanecido con Dumont. Hasta entonces lo había reemplazado Pedro Orgaz, comisario de la 2a. División, que tantas veces había estado conmigo en una u otra ocasión desde la columna de Peguerinos.

La noche del 24 al 25 de enero hubo alarma en nuestros acantonamientos, al ver el cielo enrojecido. Creíamos que había incendios hacia Somosierra, pero se trataba de una aurora boreal que se observó en toda Europa.

Los combates en Teruel con ciertas alternativas no cesaron todo el mes de enero y la primera mitad de febrero. El 17 de febrero las tropas enemigas lanzaron una nueva y potente contraofensiva. Nuestros adversarios fueron siempre muy sensibles a razones de prestigio y no podían permitir que conserváramos la ciudad. Se repitió en cierto modo nuestra idea de maniobra de diciembre de 1937, Teruel fue cercado y ocupado el día 22, pudiendo escapar de noche parte de sus defensores con "El Campesino", jefe de la 46ª División; el resto pereció o fue hecho prisionero.

A fines de febrero, un golpe de mano nos arrebató los puertos de Reventón y Malagosto encima de Rascafría en el flanco izquierdo de la 1a. División. Son pasos montañosos que separan Segovia y La Granja, del Valle de Lozoya. Las posiciones perdidas estaban débilmente guarnecidas, cada una con una sección del batallón alpino, y eran difíciles de aprovisionar en invierno. Los atacantes trataban sólo de conseguir mejoras locales, que impidieran la repetición de maniobras nuestras como las del año anterior. Este ataque puso en movimiento apresurado al Ier. Cuerpo de Ejército.

Mi 28ª Brigada volvió a las órdenes del mayor Domingo Hortelano, jefe de la 1a. División y como el enemigo se había conformado con ocupar los pasos, las líneas se estabilizaron de nuevo cerca de ellos, tras un fracasado contraataque. Pero tanto la 28ª Brigada como una batería antitanque de mi división, siguieron de reserva en esa zona.

A primeros de marzo, los boletines del Estado Mayor Central dieron de nuevo noticias alarmantes sobre nuevas concentraciones en Guadalajara, otra vez entraban centenares de camiones en Jadraque y Cogolludo. También había concentraciones enemigas al oeste de Belchite, pero se consideraban de menor importancia. Se suponía que nuestros adversarios volvían a su plan primitivo de ataque a Madrid. El 6 de marzo los torpedos de uno de nuestros destructores alcanzaron en un combate nocturno al crucero "Baleares", que se hundió a las pocas horas con más de la mitad de su tripulación.

El 9 de marzo se desencadenó una gran ofensiva enemiga en Aragón, en un amplio sector al sur del Ebro, que defendían el XII y parte del XXI Cuerpo del Ejército del Este, con algunas unidades de reserva del XVIII Cuerpo, en reorganización después del desgaste sufrido en la batalla de Teruel. Otras unidades del Ejército de Maniobras descansaban y completaban sus filas en el Maestrazgo y en los accesos a Levante. El 10 de marzo cayó Belchite. Tras cuatro días de combates se derrumbó por completo todo nuestro XII Cuerpo de Ejército y el 14 de marzo una columna motorizada italiana entraba en Alcañiz, adelantándose a nuestra 11ª División, que se aproximaba a defender la ciudad. También habíamos perdido Calanda y se luchaba en los bordes de la brecha, en Caspe y en Montalbán.

El día 16 de marzo por la mañana recibimos la orden de marchar al frente del Este. Por la prensa, conocíamos la gravedad de la situación y la pérdida de Alcañiz, pero el último boletín del Estado Mayor Central seguía afirmando que la ofensiva principal del enemigo sería por Guadalajara y que la operación iniciada en Aragón era secundaria. El lugar de nuestro destino era Villarluengo y yo debía adelantarme y presentarme en Morella en el puesto de mando avanzado del general Rojo.

Todo el día 16 discutimos con el Estado Mayor del Ier. Cuerpo de Ejército, que pretendía quitarnos todos nuestros servicios. Su comportamiento no fue muy paternal, aunque sí el corriente en esas circunstancias. Mucho consiguieron y algo les ocultamos, pero sobre la 28ª Brigada y la batería antitanque no hubo posibilidad ninguna, tuvimos que marchar con sólo dos brigadas la 31 y la 33 y con los servicios divisionarios casi inexistentes. Nuestros propios preparativos fueron sencillos, desde el jefe de la división al último soldado estábamos muy contentos y orgullosos de tener la oportunidad de actuar como división de choque.

Recibí al anochecer poco más de 200 camiones, los repartí entre las dos brigadas dejando unos pocos para mi Estado Mayor. La orden que di era muy simple: al llegar los transportes embarcar rápidamente en una hora a las brigadas y salir en dirección Guadalajara-Valencia-Villarluengo, unos 600 kilómetros en total, y no detenerse bajo ningún concepto, excepto para cargar gasolina. Ya a las 11 de la noche las columnas motorizadas de las dos brigadas se pusieron en movimiento, y yo en mi automóvil marché a Madrid, dejé a Carmen en casa de una familia amiga y pasé por la posición "Jaca" puesto de mando del Ejército del Centro, situada en la Alameda de Osuna cerca de Madrid. En la sección de información nos encontramos al mayor Antonio Garijo, que nos dio algunos datos sobre la situación. Salí en seguida hacia Valencia, donde llegué al amanecer, seguí adelante y al mediodía del 17 de marzo estaba ya en Morella, el corazón del Maestrazgo, en la provincia de Castellón. Avanzamos los últimos kilómetros con dificultad, obstaculizados por toda clase de vehículos, piezas de artillería y fugitivos a pie, que venían en sentido contrario.

La ciudad estaba también atascada de soldados y de camiones que llenaban todas sus estrechas calles; en la Comandancia Militar, donde había una confusión espantosa, nadie sabía nada del cuartel general de Rojo. Me acordé entonces de un blindado que vi cerca de Morella junto a una casita y pensé que podría ser el puesto de mando buscado. No estaba allí el general Rojo, pero vi al coronel Cordón y a los comisarios Zapiráin y Enrique Castro. Me informaron que el XII Cuerpo se había volatilizado, la 11ª División se encontraba al sureste de Alcañiz, la 35ª División Internacional combatía en Caspe, algunas otras unidades en otras

direcciones, pero en el frente había grandes boquetes sin cubrir, Montalbán había sido ocupado por el enemigo. Cordón me trasmitió la orden de presentarme en Zorita al coronel Leopoldo Menéndez jefe del Ejército de Maniobra. Llegué allí como a las cinco de la tarde, y lo primero que preguntó el coronel fue si mis soldados no correrían cuando tuvieran 50 bombarderos encima arrojándoles toneladas de explosivos, le respondí que no lo harían. Me presentó al comandante Ciutat, uno de los diplomados más jóvenes de Estado Mayor del antiguo ejército, que antes había combatido en el norte y era ahora su jefe de operaciones. Estaba también presente su consejero ruso el coronel "Malinov" (el futuro mariscal Malinovsky, ministro de Defensa de la Unión Soviética). Menéndez me ordenó mandar una brigada a Villaluengo a disposición del XXI Cuerpo y otra a Mas de las Matas. Me atreví a objetar que se repartiera así mi división; Ciutat y Malinovski me apoyaron y se decidió que una de mis brigadas relevase a la 211ª Brigada de Carabineros en el flanco derecho del XXII y a la 209ª en el flanco izquierdo del V Cuerpo. Esta gran unidad al mando de Modesto estaba entrando al combate con las divisiones 11ª y 35ª Internacional, pero su agotada 46ª División había marchado ya, en su mayor parte, a Madrid en sustitución de nuestra 3a. Su 209ª Brigada debía reunirse con ella. Mi otra brigada junto con el Estado Mayor de la 3a. División se debía concentrar en Monroyo, provincia de Teruel, como reserva del Ejército de Maniobra detrás del enlace de los Cuerpos V y XXII. Destaqué oficiales hacia Albocacer al cruce de Villarluengo para rectificar la dirección del convoy de la 3a. División. Establecí mi puesto de mando en La Pobleta, caserío situado sobre la carretera en la raya de Aragón, entre Morella y Monroyo. En la madrugada del día 18, comenzaron a llegar nuestras primeras unidades a la zona de concentración. Eran de la 33ª Brigada que había tenido la suerte de disponer de camiones americanos último modelo y cuya columna había incluso adelantado a la de la 31ª Brigada formada por camiones rusos de tipo antiguo que se sobrecalentaban y averiaban con frecuencia. Sin embargo, superando las dificultades, también estaba llegando la 31ª.

Por la tarde me trasladé a Mas de las Matas. Nunca había estado allí, pero todos los nombres de los pueblos comarcanos me

eran familiares por los años que había veraneado de niño en Alcañiz en Cantagallos, la torre de mi tío Eduardo Jesús Taboada, que era allí notario. En Alcañiz seguía mi tío Santiago Tagüeña con su ferretería de la calle de Alejandre. Pasé por Monroyo sin detenerme y sin acordarme de que allí muchos años atrás habían nacido y vivido mis bisabuelos Fermín Arbiol y Bernarda Ulldemolins y que en un pueblo cercano, La Fresneda nació mi abuela María. Encontré, no sin dificultad, el cuartel general de Ibarrola, jefe del XXII Cuerpo. Era una casa típica de los campesinos del Bajo Aragón, y allí se apelotonaban alrededor del jefe decenas de personas hablando todas a la vez, nada que recordase un Estado Mayor organizado. Tardé algún tiempo en dejarme oír, al fin pude presentarme a Ibarrola, que impresionaba por su serenidad, tanto que no me atreví a objetarle la orden verbal que me dio. Cuando llegasen mis fuerzas, la brigada que se ponía a su disposición debía enviar primero un batallón a Mas de las Matas luego otro batallón a relevar a la 211ª Brigada y, finalmente, los otros dos a relevar a la 209ª Brigada que estaba todavía a sus órdenes y no a las del V Cuerpo. Sin embargo, me pareció un método equivocado al fraccionar así dicha unidad. Al volver a La Pobleta al anochecer, me encontré con la agradable sorpresa de que ya estaba terminada la concentración de mi división. Su traslado completo había durado aproximadamente poco más de día y medio con unos 600 km de recorrido. Mucho tiempo después encontré en un libro ruso, que lo ponían como ejemplo de rapidez, para demostrar cómo los reglamentos pueden ignorarse, cuando la situación lo requiere urgentemente.

Aunque no tenía más que órdenes verbales y preparatorias, tomé entonces mi decisión para cumplirlas. Sin dar descanso a mis soldados dispuse que dos batallones de la 31ª Brigada marchasen a Mas de las Matas a disposición de Ibarrola, los otros dos con el jefe de la brigada a Torrevelilla a relevar a la 29ª Brigada. La 33ª debía colocarse en la zona de Monroyo según las órdenes del Ejército de Maniobra. Sin embargo, el reconocimiento que había hecho del terreno durante mi viaje a Mas de las Matas me decidió a avanzarla lo más posible en dirección a Alcañiz, colocando dos batallones y el mando de la brigada en el cruce de la carretera general, Monroyo-Alcañiz y la de Belmonte a la Codoñera y Torre-

velilla. El resto de la 33ª se concentraría entre dicho cruce y Monroyo. Todos estos movimientos debían estar terminados al amanecer del día 19 de marzo, lo que no presentaba dificultad alguna ya que conservábamos los camiones que nos habían traído desde Torrelaguna.

No tenía yo en ese momento ningun informe del Ejército de Maniobra. Muy temprano el día 19 de marzo me despertó el mayor Ciutat en La Pobleta, el enemigo había atacado al amanecer, después de una preparación artillera, a la 9ª Brigada de la 11ª División y a la 209ª Brigada a su izquierda. Las dos brigadas atacadas se habían dispersado y dos columnas motorizadas italianas avanzaban hacia Torrevelilla y La Codoñera.

Junto con Ciutat marché al puesto de mando de la 11ª División situado en el importante cruce de carreteras que tanto me había atraído y donde ya estaban camuflados dos batallones de mi 33ª Brigada. Allí encontramos a Líster jefe de la División y a Modesto jefe del V Cuerpo, que tanto se habían distinguido en las batallas más importantes de nuestra guerra. Se observaba muy bien todo el sector de la rotura, ya que el cruce está situado en un terreno elevado que domina toda la región hacia Alcañiz. Yo procuraba pasar inadvertido y no molestar, estaban allí además, el mayor López Iglesias, militar profesional jefe del Estado Mayor de la División, el comisario Santiago Alvarez y también el coronel Malinovski con el consejero ruso de Líster. Los italianos habían ocupado La Codoñera, pero el batallón divisionario de la 11ª los había detenido. La situación seguía extraordinariamente grave, pendiente de la resistencia de los pocos soldados republicanos que teníamos delante. De repente, llegaron buenas noticias de Torrevelilla que nos hicieron dar un suspiro de alivio e hizo volver todas las miradas hacia mi persona. Los dos batallones de la 31ª Brigada con el jefe de la unidad, habían llegado a Torrevelilla a relevar a la 209ª Brigada y tuvieron el tiempo justo para bajar de los camiones, desplegarse, parar la columna motorizada italiana, volcando incluso una tanqueta, contraatacar y ocupar posiciones a unos tres kilómetros al norte de Torrevelilla. En cuanto a los otros dos batallones de la 31ª Brigada se habían incorporado en Mas de las Matas al XXII Cuerpo.

Por la tarde el batallón divisionario de la 11ª, comenzó a ser envuelto. A su derecha entraron en línea dos batallones de la 38ª Brigada (procedentes como nosotros del Ejército del Centro). Atendiendo a las peticiones de Modesto y Malinovski, Ciutat habló por teléfono con el general Menéndez y luego me trasmitió su decisión que agregaba la 3a. División al V. Cuerpo. Informé a Modesto que mi 33ª Brigrada tenía allí mismo dos batallones. Me ordenó entraran en fuego inmediatamente y yo mismo di instrucciones a sus dos jefes. En pocos minutos, comenzaron a verse mis soldados a uno y otro lado de la carretera que bajaban corriendo, cuando anochecía, hacia La Codoñera en socorro del batallón divisionario de la 11ª, con gran sorpresa de todos los presentes, que no los suponían tan cerca ni tan rápidos en la ejecución del contrataque.

Nada más llegar a Aragón nuestra 3a. División convertida en unidad de choque, tenía el honor de pertenecer al famoso V Cuerpo, en lugar de la división de "El Campesino". Estábamos naturalmente orgullosos, pero no podíamos pensar mucho en ello ante todo lo que teníamos que hacer por la noche para prepararnos para los combates del día siguiente, que sabíamos iban a ser muy duros. No sólo pensábamos defendernos sino que un batallón de la 33ª Brigada iba a establecer el enlace con los dos batallones de la 31ª Brigada de Torrevelilla y atacar a La Codoñera desde el sur. Pero nuestros seis batallones eran poca cosa para las divisiones italianas que teníamos enfrente.

Al amanecer del día 20 de marzo, deberíamos haber estado preparados para hacer frente a la continuación del ataque enemigo. Sin embargo, unos blindados con cañón que teníamos adscritos no aparecieron en el cruce como me habían prometido y el batallón mandado por el mayor Guerrero, recibió una orden errónea del jefe de la 33ª Brigada y se había ido a otro cruce un poco al norte. Fueron unos momentos de angustia, pero encontré a Guerrero, le expliqué el error y sus hombres comenzaron a ocupar su sector que habían desguarnecido. Afortunadamente, los italianos de la División Littorio, avanzaron cuando ya teníamos los blindados y el frente otra vez estaba cubierto, y no sólo fueron rechazados sino que nos apoderamos de dos tanquetas, a pesar de la aviación enemiga que arrasó el cruce, con unos cuarenta

bombarderos protegidos por otros tantos cazas. Desde luego nos sentíamos muy mal sin protección. tumbados en el suelo de la chavola hecha con ramas donde estaba nuestro puesto de mando, pero como las posiciones eran todavía imprecisas, el efecto de las bombas era más moral que material, y mis soldados aguantaron, resolviendo la duda que me planteó el general Menéndez al verme por primera vez.

El retraso del enemigo fue debido, en parte, a la sorpresa que les había dado el batallón de la 33ª Brigada, que amenazó al amanecer a La Codoñera. Su reacción inmediata fue muy violenta y nuestro batallón se vio pronto muy apurado y tuvo que retroceder al sur de La Codoñera; pero habían hecho perder un tiempo precioso a los italianos. También en Torrevelilla los dos batallones de la 31ª Brigada rechazaron el 20 todos los ataques de la brigada italiana "Flechas Negras". Todo el Cuerpo de Ejército italiano estaba detenido, de nada les servían sus reservas escalonadas en profundidad si no podían desplegarlas.

Al ver que resistía, la atención del Ejército de Maniobra se volcó hacia mi división, fueron completados los servicios divisionarios, dieron orden al XXII Cuerpo de devolverme los dos batallones de la 31ª Brigada, empezaron también a emplazar una masa de artillería de 40-50 piezas en la meseta al sur del famoso cruce, que tenía a su merced en el valle a las unidades italianas detenidas.

Fueron varios días de combates encarnizados durante los cuales mis dos brigadas resistieron magníficamente, aunque pronto fueron relevados los italianos y sustituidos por la 15ª División del Cuerpo de Ejército Marroquí, mandada por el general García Escámez. Pero ni banderas del Tercio ni tabores de Regulares nos hicieron retroceder. Y se debe tener en cuenta que nuestros soldados resistían a campo descubierto sin fortificaciones ni alambradas, sólo con unas trincheras poco profundas y parapetos o cercas de piedra levantadas a toda prisa, y que el enemigo disponía de la potente artillería del Cuerpo italiano y nos abrumaba con una acción constante de la numerosa y moderna aviación, que Italia y Alemania ensayaban en España. Tan pronto nos bombardeaban los Heinkel III alemanes, como los Savoias italianos, protegidos en lo alto por los monoplanos Messerschmitt alemanes y

los biplanos Fiat a baja altura, que nos ametrallaban constantemente en el frente y en los caminos, y siempre en el cielo los Dornier 17 alemanes de reconocimiento. En cambio los aviones rusos con que contaba nuestro ejército, eran muy inferiores en número y en calidad a los nuevos modelos traídos por el enemigo, por este motivo se enfrentaban a ellos en condiciones muy desfavorables y nosotros los vimos pocas veces entonces en el cielo de Aragón.

En varias ocasiones, los ágiles, pero muy vulnerables tanques ligeros italianos, rompieron nuestras líneas, pero nuestras unidades no abandonaron sus posiciones. En una ocasión los vehículos blindados llegaron muy cerca del puesto de mando de la 31ª Brigada en Torrevelilla, que fue evacuado a toda prisa. Quedó sólo un telefonista en la centralilla, al que ordené permanecer en su puesto y comunicarme directamente con los jefes de los batallones, que no se habían movido aunque oían fuego a su retaguardia, en muy poco tiempo y en varias direcciones aniquilamos la infiltración y restablecimos en su lugar al mando de la brigada.

La 3a. División estaba constituida, en su gran mayoría, por voluntarios de los primeros días de la guerra y además había estado sometida a una preparación militar muy intensa. Todo ello había dado su fruto, produciendo la admiración de todos, tanto por su heroísmo, como por su técnica en el combate, como dice uno de los historiadores de la guerra: "fue una verdadera revelación". Malinovski en su libro sobre la batalla de Aragón, también la colmó de toda clase de elogios, como testigo presencial que había sido de toda su actuación. El jefe del Ejército de Maniobra me concedió aquellos días la Medalla de la Libertad, una de las condecoraciones más preciadas del nuevo ejército republicano. Me lo comunicaron Ciutat y Malinovski una noche de lluvia que nos tenía empapados hasta los huesos sin poder dormir en nuestro puesto de mando improvisado. Esa recompensa se la debía al comportamiento de mis soldados, e hice constar, expresamente, en mi orden del día, que yo la aceptaba en nombre de todos los combatientes de la 3a. División. La misma condecoración había sido concedida a la vez a Marcel Sagnier, nuevo jefe de la 14ª Brigada Internacional.

Nuestros frentes estabilizados, guarnecidos con una densidad de fuerzas siempre superiores a las del adversario, era una cantera casi inagotable de reservas todavía prácticamente intacta. La necesidad nos iba luego a obligar a utilizarla. Lo curioso es que mis dos brigadas, la 31 y la 33, estuvieron consideradas en su día en sus divisiones de origen como unidades de segunda categoría, por haberse formado con sobrantes procedentes de la organización de otras unidades. El teniente coronel Barceló jefe de la 2a. División, no hubiera consentido nunca que la 31ª Brigada relevase mientras estuvimos en Torrelaguna ni a la 29ª ni a la 30ª. Las otras tropas de la Sierra no podían haberse portado en Aragón mejor que las de la 3a. División, todas hubieran combatido lo mismo. En el frente de Levante lo demostraron después muchas de ellas, como la 206ª Brigada formada a base del batallón de la 30ª que mandaba Artemio Precioso, y la propia 30ª Brigada que al fin encontró su camino a los frentes de combate. Nuestro ejército era de verdad popular, técnicamente tuvimos muchas fallas justificables por la improvisación que nos acompañó hasta el último día de la guerra, pero el material humano era inmejorable, habían tomado las armas por propia decisión para defender lo que creían justo, y las quintas movilizadas que luego se incorporaron estaban bien encuadradas en la estructura de los veteranos. Sin embargo, supimos mejor defendernos que atacar, ya que en la defensa, si se domina el pánico inicial, es donde mejor se aprecian las virtudes individuales, aunque no vayan acompañadas de conocimientos militares. Desgraciadamente, nuestras debilidades de conjunto y la superioridad aplastante del material enemigo producían a veces esos desastres terribles en los que grandes unidades se volatilizaban en el espacio de minutos. De todo esto, hubo ejemplos en la batalla de Aragón. Por fortuna para nosotros, teníamos enfrente un enemigo con buenas unidades tácticas mejor dotadas y organizadas que las nuestras, con cuadros medios de oficiales y clases más preparados, pero dirigidos por generales cada vez menos audaces a medida que se subía por los escalones del mando. Es inconcebible que los italianos ocuparan Alcañiz el 14 y no reanudaran su ataque hasta el 19, perdiendo la oportunidad por lo menos de ocupar el cruce que fue base de la defensa de la 3a. División, llegada al frente mientras ellos descansaban tranquilos y mandaban al Duce partes inflamados.

Nuestro Estado Mayor Central, con el general Rojo al frente, desarrollaba una labor titánica, no sólo para restablecer la situación, sino incluso intentando recuperar la iniciativa. Negrín personalmente había conseguido del nuevo gobierno Blum, que la frontera francesa se reabriera el 17 de marzo y empezaran a entrar las armas, compradas por nuestro gobierno en varios países, principalmente en Rusia, y que estaban detenidas desde enero. Los terribles bombardeos de Barcelona por la aviación enemiga, que produjeron solamente del 16 al 18 de marzo más de mil muertos entre la población civil, sin objetivos militares definidos, sólo como intento de desmoralizar a la retaguardia, habían despertado una oleada de indignación en todo el mundo. Febrilmente se concentraron fuerzas venidas de otros frentes que debían formar un nuevo cuerpo agregado al Ejército de Maniobra. Eran tres divisiones de a dos brigadas cada una, denominadas, provisionalmente, Levante, Andalucía y Extremadura, con arreglo a su procedencia. Se iban reuniendo detrás de mi flanco izquierdo mientras nosotros resistíamos en nuestra línea. Las unidades que llegaron eran improvisadas e incompletas y su concentración, desgraciadamente, se retrasó mucho en relación con los planes previstos. Debido a esto recibí varias veces la orden y la contraorden para nuestra ofensiva.

El enemigo se adelantó a nuestros planes atacando el 22 de marzo al norte del Ebro con sus Cuerpos de Ejército Aragón y Navarra, sobre los cuerpos X y XI del Ejército del Este, que en cuestión de horas se desintegraron, lo mismo que había sucedido antes con el XII Cuerpo al sur del río. El mismo día por la noche el Cuerpo de Ejército Marroquí, mandado por el general Yagüe, atravesó por sorpresa el Ebro, de sur a norte, desde Quinto a Pina, ocupando el día 25 Bujaraloz, acelerando así el hundimiento total de nuestro frente.

El 26 de marzo se reanudó la ofensiva enemiga al sur del Ebro con gran apoyo de artillería y aviación. En el sector de nuestra 3a. División y en la 11ª rechazamos los ataques, pero a nuestra izquierda el Cuerpo de Ejército de Galicia al mando del general Aranda atacando desde Alcorisa consiguió en dos días de combate ocupar Mas de las Matas y Aguaviva y profundizar 30 km en nuestro territorio, arrollando al XXI Cuerpo de Ejército republicano. La masa de reserva que apenas terminábamos de concentrar se agotó rá-

pidamente. Dos batallones de la 57ª Brigada desaparecieron en Aguaviva. El resto de la brigada y la 58, de la División Levante, más la 73ª Brigada de la División Extremadura, formó la 41ª División que entró en fuego el 28 de marzo agregada bajo mi mando. Esta recién nacida gran unidad a la que faltaban medios, organización y cohesión, se encontró bajo una enorme presión enemiga que no podía resistir. En medio de los combates, hubo que cambiar el mando de la unidad; al mayor Cortina le sustituyó el mayor Damián Fernández, procedente de Asturias, como muchos otros jefes del Ejército de Maniobra. Para entonces, el día 30 de marzo, no quedaba prácticamente, de la división más que la 73ª Brigada, el resto se había ya dispersado en el tercer día de lucha ininterrumpida. La situación a primera hora de la tarde de ese día era para nosotros gravísima en el flanco izquierdo donde el enemigo había ocupado Cerollera, y podía presentarse en cualquier momento en mi puesto de mando situado cerca de la carretera Alcañiz-Monroyo en el ramal que va hacia Ráfales y de ahí a la carretera Alcañiz-Valderrobles. El día antes nos había ya localizado y ametrallado un prototipo alemán Henschell de bombardeo en picado, pero las circunstancias no nos habían permitido trasladarnos. En ese momento, recibimos una comunicación alarmante del V Cuerpo de Ejército. Su flanco derecho, atacado por la 1a. División Navarra de García Valiño y la División de Caballería de Monasterio, que había resistido bien hasta entonces, flaqueó y las divisiones internacionales 35 y 45 se retiraban en desorden poniendo en peligro a la 11ª División que ocupaba la parte central del dispositivo del Cuerpo. A la brecha acudían, para aprovechar el éxito, las unidades motorizadas italianas. El V Cuerpo trataba de organizar una nueva línea sobre la margen derecha del río Matarraña y yo debía cubrir su afluente, el río Tastavíns, que corre paralelo a la carretera Valderrobles-Monroyo.

Debía organizar el repliegue y evitar que fuera cercada mi División. Cuando salimos al anochecer de mi puesto de mando, el enemigo nos tiroteaba ya desde las lomas de la carretera Monroyo-Alcañiz. Mis unidades se retiraron y en la mañana del 31 de marzo la 3a. División cubría Valderrobles y la 41 Monroyo. Por desgracia un oficial de enlace del Ejército de Maniobra, mal informado, había retrasado los movimientos de esta última unidad. Pero la 15ª

División enemiga no había perdido el enlace con nuestras retaguardias y no nos dejó organizarnos en la nueva línea. A media mañana nuestros perseguidores habían conseguido penetrar en cuña entre las divisiones 3ª y 41. El teléfono funcionó algún tiempo y pude insistir al mayor Damián Fernández que debía seguir defendiendo Monroyo y ponerse a disposición del XXI Cuerpo. Por la tarde, el V Cuerpo nos ordenó replegarnos a Pinell bajo la protección de la 11ª División. No había podido ser establecida la línea del Matarraña ya que las divisiones internacionales 35 y 45 seguían retirándose y el enemigo tenía abierto el camino a Calaceite y Gandesa. Establecí mi puesto de mando en Arnés ya en la provincia de Tarragona. Todas las unidades y servicios se replegaban confundidos. Directamente de Valderrobles sólo salieron los servicios divisionarios y dos batallones de la 31ª Brigada con su jefe, mayor Dositeo García. Llegaron de la misma dirección restos de unidades diversas, así como desde Calaceite. Yo permanecí junto al puente a la entrada del pueblo hasta muy tarde, pero ninguna noticia tuve del resto de la División, los caminos ya estaban desiertos y tuvimos que marcharnos de allí cuando llegaban las primeras avanzadas enemigas desde Cretas. Estaba seguro de que la 33ª Brigada y el resto de la 31 habían creído erróneamente que estaba cortada la carretera de Valderrobles a Arnés-Horta-Prat de Compte y cumplían mis instrucciones para esa eventualidad de retirarse hacia Beceite y atravesar después el macizo montañoso de más de 30 km de profundidad en dirección a Roquetas junto a Tortosa. No podía, sin embargo, comprobar nada en aquel terreno accidentado y las patrullas que mandé a caballo a establecer contacto con ellos sólo alcanzaron a ver la columna en retirada antes de que anocheciera.

El camino a Pinell a través del cruce de Prat de Compte estaba lleno de vehículos de toda clase y de grupos de soldados que huían, perdido el contacto con sus unidades. En Pinell encontramos muchos soldados de la 12ª Brigada Internacional, con su jefe el mayor Zanoni, italiano amigo de Fernando de Rosa, y a su comisario el mayor Paradinas, joven socialista antiguo voluntario del Batallón Octubre No. 11 y luego comandante de un batallón de la 30ª Brigada. Me dijeron que los restos de las 35 y 45 iban a cubrir línea esa noche al oeste de Pinell. Por orden de Modesto mandé

uno de los dos batallones de la 31ª Brigada de protección al puente de Mora de Ebro. Al amanecer del 1 de abril, llegó Paradinas a avisarme que las brigadas internacionales se habían derrumbado por completo, no habían organizado ninguna línea y huían en desorden hacia los puentes. Ya no volví a verle, regresó a tratar de detener a sus hombres y fue hecho prisionero por el enemigo.

Poco después, llegó un oficial de enlace del V Cuerpo con la orden de marchar al cruce de Prat de Compte en la carretera Gandesa-Tortosa. Allí encontré a Modesto y a Líster. El jefe del V Cuerpo dio la orden a Líster de cubrir el lado izquierdo del cruce, y a mí el lado derecho. Líster contaba con la 9ª Brigada, yo con mi batallón de la 31 y con dos más de la 38ª Brigada que aparecieron por allí providencialmente. Yo mismo monté a caballo y puse a mi gente en sus posiciones. Al regresar al cruce, vi allí a Modesto y Líster reunidos con los máximos dirigentes de las brigadas internacionales, André Marty y Gallo (Luigi Longo). Estos informaban que las divisiones 35 y 45 habían perdido completamente toda capacidad combativa, y debían retirarse al otro lado del río para tratar de reorganizarlas. Era ya un hecho consumado que Modesto tuvo que aceptar. Para cubrir el acceso a Tortosa no se podía contar más que con lo que quedaba de las divisiones 3a. y 11.

No tenía objeto el establecer dos puestos de mando, de modo que Líster y yo permanecimos juntos al lado del cruce. Modesto marchó hacia Tortosa. En la madrugada del día 2 de abril nos visitaron Francisco Antón y Sebastián Zapiráin, en nombre del buró político del Partido Comunista. Por ellos supimos que la situación al norte del Ebro era extraordinariamente grave. Todo Aragón había sido ocupado por el enemigo, Yagüe había rebasado el 27 de marzo Fraga y podía llegar a Lérida en cualquier momento. El 28 desde los Pirineos hacia el sur los cuerpos atacantes habían llegado a su primer objetivo, el río Cinca. Ahora se trataba de detenerlos en la línea del río Segre, pero para ello era necesario que nosotros resistiéramos, al menos, tres días, para que por los puentes de Tortosa terminasen de pasar las reservas que iban del sur a Cataluña, para tratar de tapar el gran boquete abierto en el frente y defender los accesos a Barcelona. Si esas reservas no pasaban, la guerra iba a terminar rápidamente con nuestra derrota.

La 46ª División de "El Campesino" estaba llegando a Lérida y otras más se encontraban en camino.

Antón y Zapiráin nos informaron también que Prieto iba a dejar de ser ministro de Defensa y que para este cargo sería nombrado Negrín, quien además como Presidente del Consejo planeaba reorganizar el gabinete. Prieto consideraba imposible la prolongación de la resistencia y esto lo incapacitaba para seguir al frente del ejército. La JSU estaba haciendo una gran movilización en el país, reuniendo batallones que serían enviados de refuerzo a las unidades del frente, era difícil a casi dos años del comienzo de la guerra encontrar verdaderos voluntarios, pero todavía había recursos humanos de mejor calidad para nuestro ejército que los movilizados. La dificultad de comunicaciones impidió que recibiera alguna de dichas unidades, aunque sí llegaron a la 11ª División.

El día 2 temprano nos despertó el galope de una pequeña sección de Caballería de la 31ª Brigada que se retiraba apresuradamente. También se veía correr algunos soldados cerca del puesto de mando común de la 3a. y de la 11. Resultó una falsa alarma. Sólo las vanguardias del enemigo habían establecido contacto con nosotros y durante todo el día mantuvimos nuestras posiciones del cruce sin grandes cambios. La 11ª División fue recuperando sus Brigadas 1 y 100 y los batallones de la 3a. empezaron a llegar a Roquetas después de atravesar el macizo de Beceite. Un reconocimiento por el camino de Pauls informó que se aproximaba allí una columna enemiga. Resultaron unidades de la 15 División que llegaban por senderos de montaña desde Arnés. Líster tuvo entonces que marchar a Cherta para cubrir los accesos desde Pauls. Por propia iniciativa puse a sus órdenes un batallón de la 33ª Brigada que pasaba por Cherta y recibió por la noche la 124ª Brigada de la 27ª División mandada por el mayor Ramón Soliva para ocupar toda la sierra de Alfaro. Los restos de la 35 y la 45 divisiones estaban ya en la margen izquierda del Ebro, pero grupos de rezagados llegaban todavía al puente de Mora del Ebro, que no fue volado hasta el 3 de abril por la mañana.

Ese mismo día de madrugada, el enemigo con un golpe de mano se apoderó del vértice Rey al este del cruce de Prat de Compte. Di orden de contraatacar al batallón de la 33ª Brigada mandado por el mayor Guerrero. Tuve que ayudarle a despertar a los fa-

tigados soldados que envueltos en sus mantas dormían por primera vez en varios días. Se fueron levantando y marchando cuesta arriba hacia el cruce. Al amanecer, contraatacaron y volvieron a ocupar vértice Rey, apoderándose de 17 ametralladoras y fusiles ametralladoras. Teníamos enfrente de nuevo a la División Littorio. Podían ver el mar desde sus posiciones y les parecía que ya tenían el triunfo al alcance de la mano.

Pero, a pesar de todo el apoyo de la artillería y la aviación, los ataques italianos no consiguieron vencer nuestra resistencia al sur del cruce. Con mucho esfuerzo avanzaron algo sus líneas en la bajada hacia Cherta. Nuestra defensa era cada vez más tenaz y organizada. Además de la 31ª y 33ª brigadas contaba con la 1ª y la 9ª de la 11ª División. Por mucha superioridad material que tuviera el enemigo, no podían desplegarla, limitados a su derecha por las montañas y a su izquierda por el Ebro. La única carretera de Gandesa a Tortosa acaba pegándose a la orilla del río en las aproximidades de Cherta. Allí se levantó una barrera que las divisiones Littorio y 23 de Marzo no pudieron romper.

La defensa del desfiladero de Cherta salvó en ese momento a Cataluña. Cuando las unidades enemigas llegaron el 4 de abril a la línea del río Segre se encontraron ya con un frente organizado y guarnecido con nuevas unidades. Ocuparon Lérida y formaron dos cabezas de puente al norte y al sur de esta ciudad, en Balaguer y Serós, pero allí quedó detenida la ofensiva. En el valle de Bielsa en el Alto Cinca, había quedado aislada la 43ª División republicana, al mando de Antonio Beltrán "el Esquinazao", uno de los civiles que participó en diciembre de 1930 en la sublevación de Jaca. Durante más de tres meses, en las estribaciones pirenaicas, junto a la frontera francesa, esta división resistió completamente sola, los ataques enemigos. El 7 de abril las unidades navarras ocuparon Tremp en el río Noguera-Pallaresa, confluente del Segre, formando cabezas de puente que pusieron en su poder las presas de la región de Tremp a Camarasa, con todas las centrales eléctricas de la región.

En estos momentos críticos se publicó la lista del nuevo gobierno Negrín, donde éste tomaba, como se había anunciado, el Ministerio de Defensa. Uno de los dos ministros comunistas, Jesús Hernández, era sustituido en Instrucción Pública, por Segundo

Blanco de la CNT, que otra vez aceptaba colaborar ante la gravedad de la situación. El otro ministro comunista Vicente Uribe, conservaba su cartera de Agricultura. Volvía al Ministerio de Estado (Relaciones Exteriores), Alvarez del Vayo, que ya lo había desempeñado con Largo Caballero. Con la eliminación de Indalecio Prieto del gobierno, el Partido Socialista se había pulverizado y Negrín no podía buscar apoyo poderoso y seguro más que en los comunistas para continuar la resistencia.

El día 13 de abril fueron relevadas todas las fuerzas de la 3ª División por la 93ª Brigada (unidad de maniobra del Ejército de Andalucía). Unos días antes había sido también relevada la 11ª División por la 68ª Brigada de la 34ª División de Etelvino Vega, antiguo comandante del Batallón Octubre No. 1, de la Juventud Socialista. Esta brigada mandada por el mayor Francisco Romero Marín, fue agregada entonces a mi división, quedando yo de jefe de todo el sector. Después del relevo, la 31ª Brigada se concentró en Roquetas y la 33 en Bitem, ya en la margen izquierda del Ebro, junto a Tortosa. Sólo estuvieron 24 horas en reserva. Yo ni siquiera había dejado la jefatura del sector por falta de elementos para formar el Estado Mayor de la División B que se había formado con las brigadas 68, 93 y 124, al mando del mayor asturiano Manuel Alvarez.

El enemigo después de tomar Morella, el 4 de abril, partiendo en dos el Maestrazgo, había ocupado Catí y San Mateo y se acercaba al mar por Vinaroz. Se abría a nuestra izquierda un hueco de 40 kilómetros que debía cubrir la 3a. División y la 100ª Brigada de la 11ª División. Cuando nuestras unidades se acercaban a La Cenia y a Ulldecona, al mediodía del viernes 15 de abril, las vanguardias del Cuerpo de Ejército de Galicia estaban ya junto a Vinaroz. Los periódicos del enemigo presentaron al general Camilo Alonso Vega llegando el día de Viernes Santo al Mediterráneo, mojando los dedos en agua del mar y santiguándose. Era para ellos una gran victoria, pero quizá el haberse detenido en Cataluña y haber escogido como dirección principal la de Castellón, iba a prolongar la guerra un año más.

El Ejército de Maniobra tantas veces deshecho y de nuevo reorganizado, había ido cediendo, durante cinco semanas, los escasos cien kilómetros que separan Montalbán del mar y fue im-

potente, al fin, para evitar el corte de las comunicaciones entre Valencia y Cataluña. Pocos soldados fueron colocados en una guerra en circunstancias tan desfavorables, y puede afirmarse que, en conjunto, su comportamiento heroico rebasó en mucho las posibilidades materiales que tenía para la defensa. Es cierto que fue reforzado durante el combate con unidades que llegaron de frentes estabilizados, pero por otra parte, se desprendió de otras fuerzas que a través de Tortosa llegaron al Segre para detener la ofensiva enemiga. El propio general Yagüe en el discurso que pronunció en Burgos cuatro días después, rindió homenaje al espíritu militar de las tropas republicanas.

Todo el día 15, estuvimos Modesto y yo en la carretera de Valencia a la salida de Tortosa. El enorme flujo de camiones de los días anteriores, había descendido notablemente. Ya pocos se atrevían a atravesar Vinaroz y sólo aparecían vehículos aislados de los más audaces. En aquellas últimas horas pasó también mi automóvil que llevaba desde Valencia a Barcelona a mi esposa. Al llegar a Vinaroz había encontrado atascada la carretera por los autos y camiones que no se decidían a continuar. Ella decidió seguir y junto con unos cuantos camiones de "El Campesino", a cuyos conductores convenció de hacerlo también, atravesó felizmente la zona de peligro. Como a las tres de la tarde cesó por completo el paso de vehículos. No apareció nadie más y las noticias que llegaron de la 33ª Brigada, nos confirmaron que las comunicaciones con Valencia estaban cortadas.

La aviación italo-germana había bombardeado Tortosa, incesantemente, desde comienzos de abril. No consiguieron destruir los puentes como era su propósito, gracias a la acción eficaz de de nuestra defensa antiaérea, que no dejó de prestar batalla a pesar de su escasez de material. En la tarde del 15, estando Modesto y yo dentro de Tortosa, sufrimos uno de los bombardeos más violentos de la ya destruida ciudad. A nuestro alrededor se desmoronaban los edificios, las calles estaban llenas de cadáveres y el humo espeso y sofocante de las explosiones y los incendios apenas nos dejaba respirar.

Los boletines de información nos comunicaron que columnas motorizadas italianas daban la vuelta por Valderrobles-Monroyo-Morella, para acercarse al Ebro por el sur. La 3a. División y la

100ª Brigada se iban replegando bajo la presión de 1a. División Navarra. El 17 de abril, por la mañana, recibí el mando provisional del nuevo XV Cuerpo de Ejército, de la Agrupación Autónoma del Ebro, que encabezaba Modesto y con el nombramiento, la orden de cubrir la margen izquierda del río desde la altura de Mequineza hasta el sur de Mora la Nueva, El Estado Mayor de la 3a. División con todos sus servicios pasaba a formar el del XV Cuerpo. Líster fue nombrado jefe del V Cuerpo para cubrir el sector del río desde Ginestar a Tortosa y al mar. En una pequeña masía cerca de Santa Bárbara, entregué el mando de división al jefe de la 33ª Brigada mayor Cabezos. A pesar mío, debía cumplir la orden de marchar inmediatamente con mis oficiales hacia Falset, ya que me hubiera gustado estar con mi división hasta el final de la batalla, aunque no se trataba ya de resistir sino de replegarse lo mejor posible a la margen izquierda del río.

Al día siguiente por la noche, cumplieron esta orden la 3a. División, la División B y la 100ª Brigada. El repliegue fue difícil y en el último momento todos temían quedar aislados. Los puentes de Tortosa fueron volados al atardecer y un puente de pontones establecido en Amposta fue hundido por la aviación enemiga. Pero con medios de fortuna, barcas y balsas, se consiguió sacar los grupos aislados que habían quedado al sur del Ebro. Los italianos, dando un gran rodeo llegaron, por fin, el 19 de abril a Roquetas, frente a Tortosa, pero detrás de los navarros. El Ebro pasaba a ser la frontera. Sin embargo, con la creación de la Agrupación Autónoma, luego Ejército del Ebro, comenzaban ya los preparativos para volver algún día a la orilla derecha del río.

Yo tenía órdenes del Ejército de Maniobra, previniendo el corte, de quedarme en la parte sur e incorporarme a las fuerzas que defenderían Levante y los accesos a Valencia. Modesto por otra parte, como jefe del V Cuerpo me había advertido que en dicho caso, debía quedarme en Cataluña. La resistencia de la 3a. División delante de Cherta y el que el enemigo llegase al mar mucho más al sur, hacía prácticamente imposible el cumplimiento de la orden del Ejército de Maniobra, y no tuve que resolver el dilema que me planteaban las órdenes contradictorias que había recibido.

CAPITULO V

LA BATALLA DEL EBRO: PREPARACION Y OFENSIVA

A media mañana del día 17 de abril, Modesto me invitó a que lo acompañara en su automóvil desde Tortosa a Espluga de Francolí, donde tenía establecido su puesto de mando provisional la recién creada Agrupación Autónoma del Ebro. Le había ocurrido a Modesto con Líster, al entregarle el mando del V Cuerpo de ejército, poco más o menos lo que me había pasado a mí con Cabezos en la 3a. División. Bajo un punto de vista militar no cabe duda que la reorganización de mandos, podía y debía hacerse de inmediato, pero personalmente resultaba desagradable no sólo para los que se quedaban donde se combatía, sino para los que se iban.

En el caso de Modesto, la cosa se agravaba por la rivalidad personal entre él y Líster. Durante el largo viaje, hasta su puesto de mando, Modesto tuvo conmigo su primera y única confidencia a este respecto. Me dijo que había desaprobado la conducta de Líster en la operación de Fuentes de Ebro, cuando se perdieron los tanques BT-5, y que por eso la 11ª División no había formado parte del V Cuerpo en Teruel. Añadió que si no hubiera sido por el hundimiento de nuestro frente en Aragón, con todas sus consecuencias, no hubiera vuelto a tener bajo sus órdenes a Líster y a su división. La realidad es que la situación militar no era entonces propicia para exteriorizar rivalidades, y la competencia latente entre Modesto y Líster, los dos jefes de milicias más destacados, se contuvo en gran medida durante el resto de la guerra.

Las circunstancias me habían sacado de la masa de los nuevos jefes de brigada y división y me habían puesto en relación direc-

ta con las unidades y los mandos que habían jugado hasta entonces el papel más importante en la guerra. Si en Aragón habían caído sobre mis hombros grandes responsabilidades, ahora se me presentaban otras mayores, demasiado para mis escasos veinticinco años.

Modesto me puso al corriente de los detalles de organización y me dio toda una serie de indicaciones que me fueron muy valiosas. Con muchos defectos y muchas cualidades, Modesto, el antiguo carpintero, era un jefe militar de verdad, y no una figura decorativa prefabricada por los servicios de propaganda. Contaba además, con el apoyo de la dirección del Partido Comunista, que, por su disciplina, lo consideraba el cuadro militar de más confianza, por esto lo habían incorporado al Comité Central. Es cierto que los comunistas llegaron a tener tanta fuerza en nuestra guerra, que podían anular a cualquier jefe militar si lo consideraban conveniente, pero no podían crear un mando militar que respondiera de verdad, en los combates frente al enemigo, si el elegido no poseía cualidades para ello. Sin embargo, Modesto no era hombre que supiera atraerse a los que tenían que colaborar con él. Era sarcástico, poco franco, despótico y, a veces, brutal. Contaba, naturalmente, con el grupo de incondicionales que inevitablemente siempre rodean a un jefe civil o militar; pero este grupo fue siempre reducido. Nunca simpatizamos, pero durante el tiempo que estuve bajo su mando, su trato conmigo fue siempre correcto, aparte de sus inevitables ironías.

Líster era muy diferente. Unía a una gran fuerza vital, una inteligencia despierta. Simpático, tenía muchas cualidades humanas y sentido de la amistad. En su juventud había sido cantero y luego emigró a Cuba. Cuando como comunista fue enviado a estudiar a la Unión Soviética un curso de preparación política y militar, se portó tan indisciplinadamente que acabó castigado trabajando de obrero en el Metro de Moscú, mientras Modesto terminaba normalmente los estudios. El Partido Comunista, estuvo a punto de eliminar a Líster del ejército los primeros meses de la guerra, debido a la forma tumultosa con que el nuevo jefe gozaba de la vida siempre que los combates se lo permitían. Sin embargo, la capacidad combativa de su famosa brigada, luego división, hizo imposible tomar medidas contra su jefe e incluso lo nombraron

miembro del Comité Central. Es decir, en la carrera militar de Líster, influyeron sobre todo sus cualidades de mando. Al acabar la batalla de Aragón era todavía el único teniente coronel de milicias del ejército republicano. Aunque sostenía en forma durísima la disciplina en sus unidades, le he visto perdonar faltas graves a sus subordinados, obligándolos así para el futuro y dando aún mayor cohesión a sus filas. En resumen, se repetía la vieja historia y los viejos métodos de todo auténtico caudillo de guerra idealizado por sus soldados. Mis relaciones con Líster fueron siempre cordiales. Nunca estuve bajo sus órdenes, pero no me hubiera importado estarlo. En el frente fuimos buenos vecinos, nos ayudamos mutuamente y nunca hubo problemas ni roces entre nosotros.

En el Estado Mayor de la Agrupación Autónoma del Ebro, su jefe, teniente coronel Sánchez Rodríguez, me dio instrucciones complementarias y cuando ya me preparaba a pasar allí la noche, llegaron mis oficiales con la noticia de que habían instalado el puesto de mando del XV Cuerpo en Scala Dei, a donde me trasladé de inmediato.

Scala Dei se encuentra al norte de Falset en las laderas meridionales del enorme macizo de Montsant, junto a las ruinas de la cartuja más antigua de España, fundada en 1163 por el rey Alfonso II de Aragón y abandonada en 1835, cuando las leyes desamortizadoras. De ahí le viene el nombre de Priorato a toda esa región famosa por sus vinos. Eran sólo unos pocos edificios donde pudimos instalar todos los servicios del cuerpo. La finca había sido propiedad del general Juan Prim, conde de Reus y, aunque era fácilmente localizable desde el aire, nunca, salvo algún reconocimiento aéreo esporádico, con alguna bomba que no dio en el blanco, nos molestó el enemigo.

Nos pusimos a trabajar intensamente. En toda la orilla del Ebro, desde la altura de Mequinenza hasta Tortosa, estaban mezcladas las unidades del V y XV Cuerpo de Ejército y otras tropas republicanas. En el sector que me asignaron estaba la 213ª Brigada del Ejército del Este, la 139ª Brigada de la 45ª División y la 2a. Brigada de Caballería. En la región de Falset se encontraba en período avanzado de reorganización y casi completa, la 35ª División Internacional, que tenía ya unos 10,000 hombres.

El XV Cuerpo de Ejército era la segunda vez que figuraba en nuestro ejército. La primera vez se asignó ese número a una unidad aniquilada en la defensa de Santander. El nuevo iba a estar formado por las siguientes divisiones: la 35ª División Internacional, con las brigadas 11 (alemana), 13 (polaca), y 15 (anglo-norteamericana). En la 11ª había también voluntarios austriacos, húngaros y escandinavos; en la 13, checoeslovacos, yugoslavos y búlgaros; y en la 15, canadienses y de otros países de habla inglesa así como mexicanos, cubanos y de otras naciones hispanoamericanas. Pero la mitad de mandos inferiores y soldados eran ya españoles; la 3a. División formada por las brigadas 31, y 33 a las que se debió agregar la 93ª Brigada; pero ésta pasó a formar parte del XVIII Cuerpo de Ejército, para que "El Campesino" pudiera recibir la 37ª Brigada procedente del frente del Centro, que había combatido muy bien a su lado en Lérida. Mi antigua división tuvo que formar con sus propias fuerzas la 60ª Brigada, de la que sólo recibió el número, y la 42ª División de nueva organización. Para formarla contábamos con la 73ª Brigada, algunos elementos de la 74 y de la 71 brigadas y dos batallones de la 58. Todas estas unidades provenían del Ejército de Maniobra, la mayoría de la 41ª División.

Para nuestro batallón especial teníamos una compañía del batallón Modesto, con personal de la base de reclutamiento y recuperación de la 35ª División y cuadros escogidos de otras unidades, hasta completar sus cuatro compañías con ocho ametralladoras cada una.

Para reorganizar y reagrupar todas estas unidades, la 35ª División ocupó toda la margen izquierda del Ebro, desde Mequinenza hasta Ginestar, en total unos 65 kms. De este modo, las otras unidades pudieron pasar a la reserva. El río, con 100-150 metros de anchura, una profundidad de hasta cinco metros (pasaba de dos metros en los vados) y una velocidad de 1-2 metros por segundo, constituía una barrera natural, detrás de la cual podíamos fortificar nuestras posiciones. El resto de la orilla izquierda del río hasta el mar, lo guarnecía el V Cuerpo con la 45ª División en primer escalón y la 11 y la 46 en reserva.

El día 1o. de mayo fui al puesto de mando de Modesto, que estaba entonces muy cerca del mío, en Poboleda. Al poco rato,

llegó el jefe de los consejeros rusos general Maximov. Felicitó a Modesto por su ascenso a teniente coronel, luego se dirigió a mí para decirme que también había pedido el mío, pero sin conseguirlo. Maximov y Modesto se enzarzaron después en una violenta discusión en ruso, no se por qué motivo. Al volver a Scala Dei me encontré en la carretera con dos dirigentes del Partido Comunista que venían desde Barcelona a felicitarme. Resultaba que yo también había sido ascendido a teniente coronel y nuestra prensa lo había publicado por la mañana.

Los camaradas de Barcelona nos informaron también sobre los trece puntos que Negrín había hecho públicos la víspera, a modo de declaración gubernamental que pudiera servir de base a las negociaciones de paz. Comenzaban con una declaración de independencia nacional, con supresión de toda ocupación o injerencia extranjera; un programa social mínimo con respeto a la propiedad privada, pero sin monopolios; reforma agraria; libertades regionales; y derechos de los obreros. Ofrecía amnistía y renuncia a toda represalia y un plebiscito que por sufragio universal, decidiera al final de la guerra la forma de gobierno. Desgraciadamente, la posición de la República era ya tan desfavorable tanto en los frentes de batalla, como en el campo internacional, que el enemigo pudo ignorar esta oferta de paz y contestar a todas las gestiones extraoficiales con la exigencia de una rendición incondicional. No quedaba otro camino que seguir luchando hasta el fin.

El día cinco de mayo empezaron los trabajos de organización. La 3a. División se concentró en la zona Granadella, Llardecáns, Mayals, donde al mando del mayor Esteban Cabezos completó sus filas, organizó la 60ª Brigada y todavía cedió un batallón a la 42ª División.

La 42ª División, bajo el mando del antiguo jefe de la División "B", mayor Manuel Alvarez, se estableció en Falset y empezó a organizar sus brigadas.

La 3a. y la 42 División tenían escasamente unos 2,500 hombres cada una, por esto, recibieron la mayor parte de los refuerzos que gradualmente fueron llegando al XV Cuerpo, en total 16,000 soldados y 400 oficiales. Los reclutas eran de las quintas movilizadas después de los combates de Aragón, las de 1926 a 1929, o

sea hombres de unos 30-40 años, sólo unos pocos eran de la quinta de 1941 (muchachos de 18-19 años). Los oficiales eran de distintas procedencias, unos cien graduados de las Escuelas Populares de Guerra y el resto recuperados de los cuadros eventuales que recogían a los oficiales procedentes de los hospitales, de unidades disueltas o llegados de Asturias. La mayor parte de los nuevos soldados eran miembros de los sindicatos de la CNT. La JSU de Cataluña me envió uno de los batallones del "Bruch". Con su nombre recordaban la famosa derrota de una columna francesa por voluntarios catalanes, cuando Napoleón invadió España. Eran sólo unos quinientos jóvenes, pero nos fueron muy útiles, entre tantos reclutas de quintas antiguas.

También empezamos a recibir armamento, municiones y lo imprescindible para equipar las nuevas tropas. La apertura de la frontera francesa el 17 de marzo, había permitido el paso de material de guerra, sin el cual ninguna reorganización hubiera sido posible. Las armas que recibíamos eran en su mayoría checoslovacas, quién sabe a través de qué caminos e intermediarios. Cuando llegaron las primeras cajas de los fusiles ametralladoras, quedamos admirados de su ligereza y acabado. El ejército inglés que compró la patente, los hizo luego famosos, durante la Segunda Guerra Mundial, con el nombre de "Bren". También nos dieron ametralladoras Maxim rusas y algunos morteros ligeros, con la recomendación de ahorrar todo lo posible las granadas, porque eran muy escasas. La situación había mejorado en cuanto a calibres. La 35ª División y el batallón especial del Cuerpo tenían sólo el ruso de 7.65 mm. Las divisiones 3 y 42 tenían, principalmente, el calibre alemán 7.92 mm de las armas checas. Sin embargo, seguían escaseando las armas automáticas y de acompañamiento, y contábamos con pocos autos y camiones.

Fueron semanas de un intenso trabajo para mi Estado Mayor, pues tuvo que alimentar, vestir, encuadrar e instruir a una masa de 35,000 hombres. Todos mis oficiales, excepto el jefe de Estado Mayor, Simarro, procedían de la 30ª Brigada. En operaciones estaba el capitán Luis Gullón; en organización, el capitán Loriente; en información, el capitán Antonio Parga; en servicios, el teniente Antonio y como ayudante mío, el teniente Julio Nava.

Mi comisario en la 3a. División, Alfredo Lagos, no permaneció a mi lado, fue sustituido por José Fusimaña Fábregas, miembro del PSUC. Guardo de él los mejores recuerdos, tanto como amigo, como compañero de lucha. Jamás hubo entre nosotros el más ligero problema y siempre, cada uno en su puesto, marchamos de completo acuerdo. Antes había sido poco tiempo comisario de la 11ª División cuando se hizo cargo de ella el mayor Rodríguez, al pasar Líster y su comisario Santiago Alvarez a encabezar el V Cuerpo. No me explico cómo lo pudieron acusar allí de intrigante, el caso es que después de una reunión del Partido Comunista, Fusimaña fue de hecho ascendido, ya que se convirtió en comisario del XV Cuerpo.

Dos magníficos oficiales profesionales se incorporaron al Estado Mayor del XV Cuerpo. El mayor Flores, como jefe de Artillería y el capitán Teodoro González como jefe de Ingenieros. Disponían de un grupo de cañones de 7.62 (9 piezas), otro de obuses de 11.43 (9 piezas) y un tercero de obuses de 15.2 (6 piezas). El batallón de Ingenieros desde el primer momento se especializó en las técnicas de paso de río.

La Agrupación Autónoma del Ebro se había convertido en Ejército del Ebro, en el que además del V y el XV, figuraba el XII Cuerpo, al mando del teniente coronel Etelvino Vega con las divisiones 16, 44 y 56, que cubría el frente del río Segre (frente a Lérida), desde su confluencia con el Cinca hasta su desembocadura en el Ebro (frente a Mequinenza).

Modesto trasladó entonces su puesto de mando de Poboleda al monasterio de Poblet. En los edificios que dejó libres, instalamos la escuela de oficiales del Cuerpo, empezando en seguida los cursos intensivos para oficiales. Cursos análogos organizamos en las divisiones y de sargentos en las brigadas. Reeditamos una vez más nuestra pequeña biblioteca de campaña del oficial, ampliada y mejorada. Nuestra sección de operaciones encargada de la instrucción militar no daba abasto para preparar y vigilar el cumplimiento de tantos planes de instrucción. La de organización se ocupaba de la promoción de nuevos cuadros ya que los oficiales que se nos incorporaron resultaban insuficientes. Interpretando liberalmente el reglamento acerca de mis atribuciones, firmaba numerosos nombramientos de teniente, que eran de

inmediato remitidos al Ministerio de Defensa para su confirmación. Del mismo Ministerio conseguimos con inusitada rapidez, a través del Ejército del Ebro, los ascensos a capitán y a mayor que necesitábamos. Todos los veteranos de la 3a. y la 42, que tenían las mínimas condiciones para ello se convirtieron en oficiales y muchos de sus antiguos oficiales y jefes, ascendieron de grado y de responsabilidad. Aunque eran muy difíciles los traslados de otras unidades, conseguí que un compañero de la JSU, el mayor Eduardo García, jefe de batallón de la 68ª Brigada, viniera a mandar la 59.

Como la 35ª División Internacional estaba en la orilla izquierda del Ebro desde el 2 de abril y tenía buenos servicios y cuadros de mando preparados, había recuperado, prácticamente, su capacidad combativa, cuando la 3ª y la 42ª apenas iniciaban su nueva estructura. Conservaba casi todo su armamento y poco necesitaba para completarse. Su problema era de tipo político. Debían españolizarse algunos de sus mandos superiores, hasta entonces todos internacionales. El Partido Comunista Español, apoyaba esta medida, aunque Marty y Gallo se resistieran a ella. Modesto consideraba que la sustitución de ciertos jefes era imprescindible para levantar la moral de esa gran unidad, después de lo ocurrido en la última retirada. El primero que debía dejar su puesto era su jefe, el general Walter. Fui a visitarle a su puesto de mando, luego vino él a Scala Dei y mutuamente nos tratamos con toda cortesía. Era para mí muy violento tener que dar órdenes a un general tan conocido, que por su edad podía ser mi padre, y que además se veía cansado y preocupado. El primero de mayo entregó el mando al mayor Pedro Mateo Merino, jefe de la 10ª Brigada de la 46ª División, y compañero mío de la Facultad de Ciencias y de la FUE. El relevo de funciones se realizó sin el menor rozamiento y con la mayor cordialidad por ambas partes. El general Walter marchó en seguida a Rusia a reincorporarse al Ejército Rojo, del que era coronel.

Otros dos españoles, José María Sastre y el mayor Julián Henríquez Caubín, fueron nombrados comisario y jefe de Estado Mayor de la 35ª División. También fue reemplazado el jefe yugoslavo de la 15ª Brigada, teniente coronel Copić, por el mayor Valledor, maestro antes de la guerra y luego jefe de brigada en Asturias. Siguieron siendo internacionales los jefes de la 11ª y

de la 13ª Brigada. Todos estos cambios no crearon ningún problema especial en la división. Se conservó la compenetración necesaria entre jefes y oficiales, como pronto se iba a demostrar en los próximos combates.

Hubo también muchos cambios de consejeros soviéticos en las unidades republicanas. Regresaron a la URSS Malinovski, Rodionov y Pidorenko. El primer oficial ruso enviado al XV Cuerpo fue el coronel Frolov. Era educado y culto, pero poco comunicativo. Había estado antes con Modesto, quien, por algún problema surgido entre ellos, pidió su traslado. Pronto fue sustituido por un recién llegado de Rusia, el teniente coronel "Soroka", hombre alto y corpulento, rubio, de ojos azules y con todo el aspecto de un campesino. Lo recuerdo siempre accionando, con sus grandes y gruesas manos, para reforzar lo que traducía su intérprete. Era muy discreto y cumplía con su cometido lo mejor que podía, nos entendimos bastante bien y participó activamente en todos nuestros trabajos.

A fines de mayo, el ejército republicano en Cataluña, realizó su primera acción ofensiva. Junto con el Ejército del Ebro, se había organizado el del Este, para cubrir el frente desde la frontera francesa a la confluencia de los ríos Cinca y Segre. En Teruel y Castellón, el enemigo seguía presionando en las salidas meridionales del Maestrazgo y a lo largo de la costa. El general Miaja, ahora jefe del grupo de Ejércitos de la Zona Centro-Sur, cuyo comisario era Jesús Hernández, sacaba sin consideraciones fuerzas veteranas, sobre todo del frente de Madrid y de la Sierra de Guadarrama y organizaba nuevas unidades, que pronto, junto con las del Ejército de Maniobra, tantas veces destrozado, iban a formar el nuevo Ejército de Levante, bajo el mando del general Menéndez Aunque se había conseguido una relativa estabilización de los frentes, se necesitaba algún tiempo para poder contener los avances del enemigo hacia el sur. Después de la terrible catástrofe de Aragón, parecía imposible una recuperación tan rápida, pero Negrín había dado un gran impulso al Ministerio de Defensa, donde el general Rojo seguía de jefe del Estado Mayor Central, y muchos altos cargos estaban desempeñados por militares profesionales, afiliados al Partido Comunista.

Para esta primera acción ofensiva fue escogido como objetivo la pequeña cabeza de puente que el enemigo había establecido en Balaguer, durante su avance de abril. El XVIII Cuerpo, bajo el mando de Del Barrio, debía tratar de cercarla y liquidarla. El V Cuerpo con las divisiones 11 y 46 ampliaría la brecha y el XV con las divisiones 35 y 3 montadas en camiones explotaría el éxito con columnas motorizadas, que profundizarían en la retaguardia enemiga, hasta liberar de su asedio, en el valle del Bielsa en el Pirineo a la 43ª División, que todavía resistía allí. De no conseguirse estos objetivos, al menos se atraerían fuerzas enemigas de Levante, y se alterarían sus planes de ofensiva. Otras fuerzas del Ejército del Este iban a atacar en el sector de Tremp, para tratar de recuperar las centrales eléctricas de la región.

Aunque no estaba todavía organizada, la 42ª División relevó apresuradamente a la 35 del frente del río Ebro. Muchos de los soldados de la 42, no habían recibido ni uniformes ni cartucheras y algunos de sus batallones no tenían siquiera el aspecto externo de una unidad militar. En una noche, nos trasladamos con las divisiones 3 y 35 y el batallón de ametralladoras a la región de concentración, al este y suroeste del sector de ataque. Allí permanecimos varios días preparándonos para la misión que teníamos que cumplir, leyendo afanosamente un libro del inglés Fuller (un precursor como De Gaulle, de la teoría de la guerra de maniobra con ejércitos mecanizados, que los alemanes iban a implantar en la Segunda Guerra Mundial). Celebramos varias reuniones con los jefes de división y de brigada para tratar de familiarizarnos con los principios de ese tipo de guerra. Deberían avanzar primero los destacamentos de vanguardia para explorar y establecer destacamentos de protección en las carreteras laterales, que se irían incorporando de nuevo a la columna a medida que ésta los rebasara. No pudo saberse cómo hubiéramos cumplido una tarea de esta naturaleza, porque fracasaron tanto los ataques del XVIII Cuerpo, como después los de la 46ª División. Estaba concentrada en el sector de nuestra ofensiva, toda la artillería disponible y parte de nuestra aviación. Las posiciones enemigas más de una vez parecían arrasadas por las explosiones, pero no cedieron.

La aviación italiana había reanudado sus incursiones costeras sobre Barcelona, Valencia y Alicante y también actuaba sobre las

zonas próximas a la cabeza de puente de Balaguer, donde estaban concentradas nuestras tropas. El 1 de junio bombardearon Granollers, ciudad cercana a Barcelona y fuera de las comunicaciones que alimentaban nuestra ofensiva, ocasionando muchas víctimas entre la población civil.

Después de seis días de combate sin conseguir romper el frente enemigo, recibimos orden de volver a nuestro sector del Ebro, en los mismos camiones asignados para nuestra misión motorizada. En una sola noche se completó todo el movimiento. La 3a. División y el batallón de ametralladoras volvieron a su zona de acantonamiento anterior, y la 35ª División a la región de Falset, donde antes se encontraba la 42. El jefe de esta última, hubiera querido que releváramos de nuevo sus unidades para completar su organización, pero tuvo que resignarse a hacerlo mientras seguía ocupando y fortificando la orilla del río.

Manuel Alvarez, o Manolín, como todos le llamaban, era un obrero comunista asturiano que ya en 1934, después del movimiento de octubre, había estado emigrado en Rusia. Era tímido y poco hablador y nos miraba a todos con la desconfianza típica de los refugiados del norte, que habían sufrido allí terribles pruebas y, al final, una derrota completa y consideraban que los otros frentes y el gobierno no habían realizado lo necesario para ayudarlos. La mayoría de ellos demostraron ser muy buenos oficiales y Manuel Alvarez en pocas semanas puso a sus tropas al nivel de las demás del cuerpo.

Cuando la 35 cubría el frente, su Estado Mayor proyectó un golpe de mano sobre Flix. A primeros de junio, ya de vuelta de Balaguer, pedimos autorización para realizarlo. A la vez, pusimos en marcha un plan de hostigamiento constante con artillería, tiradores escogidos, armas automáticas e incursiones nocturnas en las líneas enemigas, para hacer prisioneros y reunir información. Por otra parte, seguíamos entrenando en todos los escalones del mando equipos especiales de observadores que escudriñaban sistemáticamente de día y de noche todo el territorio enemigo.

Los primeros indicios de que se preparaba una ofensiva nuestra, a través del río, lo tuvimos en una visita que nos hizo a primeros de junio el teniente coronel Ruiz Fornell, jefe de la

sección de operaciones del Estado Mayor Central. Lo acompañé a uno de nuestros mejores observatorios, cerca de la Torre del Español, desde donde se apreciaba en el territorio enemigo el macizo de la Sierra de La Fatarella a la derecha y el de la Sierra del Aguila a la izquierda, y entre los dos, incitando al avance y a la penetración, la garganta sinuosa por donde iba la carretera de Ascó al cruce de la Venta de Camposines, donde enlazaba con la carretera principal de Mora de Ebro a Corbera y Gandesa. A ese mismo cruce llegaba otro buen camino vecinal desde el pueblo de La Fatarella. Ruiz Fornell tomaba notas y no hacía comentarios, limitándose a hacerme preguntas y pedirme aclaraciones. Quedé convencido de que la dirección principal, no sólo del XV Cuerpo, sino la de todo el Ejército del Ebro, no podía ser otra que la de Ascó-Venta de Camposines-Gandesa.

El 16 de junio recibimos las primeras directivas que se referían a la operación y ofensiva del Ebro. El XV Cuerpo atacaría a la derecha para ocupar la cabeza de puente Ribarroja-Flix-Ascó Fatarella. A su izquierda, el V Cuerpo ocuparía otra cabeza de puente y una vez ocupada Gandesa, el primer objetivo era alcanzar nuestra antigua línea fortificada en el límite de Cataluña, por los ríos Matarraña y Algas delante de Batea, Calaceite y Arnés. Luego rodear el Maestrazgo al oeste, en dirección Valderrobles Monroyo y al este hacia Uldecona-Vinaroz, para unirse en Cati con el Ejército de Levante, que atacaría simultáneamente. Se indicaba además, otra posible dirección de ataque, la de Serós-Fraga. Para estos días ya se había creado el Grupo de Ejércitos bajo el mando del general Hernández Sarabia, para coordinar la acción de los ejércitos del Este y del Ebro. Nuestra reacción ofensiva en Cataluña era absolutamente necesaria, para aliviar la tensión en el frente de Levante, donde seguían concentradas las fuerzas enemigas, que tenían a Valencia como objetivo pricipal. El avance del Cuerpo de Galicia por la costa, acababa de arrebatarnos, el 14 de junio, Castellón de la Plana, pero no se había producido una rotura completa de nuestras líneas, que habían detenido al enemigo en la cuenca del Mijares. El ejército de Levante estaba poniendo en pie siete cuerpos de ejército, es decir, veintiuna divisiones con setenta y tres brigadas, aunque muy incompletas. Entre ellas, además de la 206ª Brigada estaba la 30, que, al fin, logró abandonar la Sierra

de Guadarrama e incorporarse a las fuerzas que iban a ocupar la línea defensiva que protegía Valencia: la famosa línea XYZ, que comenzaba al oeste en la Sierra de Javalambre, seguía por la Sierra del Toro, luego al norte de Caudiel y Eslida hasta llegar al mar en los Altos de Almenara. Fue un febril trabajo de reagrupamiento de unidades y de fortificación intensiva en los pocos días de tregua que el enemigo nos concedía mientras se preparaba para el asalto definitivo. Sin embargo, el 13 de junio, el gobierno francés cerró de nuevo la frontera con la España republicana, cortando el paso a los envíos de armamento, lo que iba a impedir que nuestras unidades de Cataluña y Levante completaran debidamente su organización.

El 16 de junio la 43ª División aislada en el Pirineo, se vió obligada a pasar a territorio francés. Los cuatro mil hombres que aún conservaba (excepto 168) pidieron volver a la zona republicana donde se reincorporaron a nuestro ejército.

Una vez que conocimos las directivas de la futura ofensiva del Ebro, nuestros preparativos se hicieron más concretos e intensivos. Poco a poco fuimos disminuyendo el hostigamiento de las posiciones enemigas, para no llamar la atención sobre nuestro frente. Había que completar las unidades y la preparación general de las tropas, insistiendo en los problemas del paso del río. Este era también el tema marcado a los estados mayores de divisiones y brigadas para desarrollar en forma de juegos militares y supuestas tácticas con participación de todas las tropas. La 3a. División los realizó con el sector de Almatret, frente a Mequinenza-Fayón y la 35 en Mora del Ebro. La 42ª División tenía el tema de la defensa del río y su fortificación mejoraba cada día para tener una buena base de partida. Realizamos un completo reconocimiento de la cuenca, comprendiendo vados, perfiles del fondo, puntos de paso con barcas, donde se podían tender los puentes, accesos a las orillas, zonas de concentración y de espera, zonas de dislocación de las unidades al cubierto de los observatorios enemigos y escalonamiento de los servicios de suministros y de evacuación. Nuestros artilleros reconocieron los futuros emplazamientos de la artillería de refuerzo. Mi jefe de Ingenieros llevó a cabo una intensa labor de reparación de caminos y pistas y de construcción de otras nuevas que mejorasen las comunicaciones con la orilla,

buscó embarcaciones en los pueblos de la costa reuniendo unas 80 barcas y construyó con toneles, fáciles de conseguir en una región vinícola, dos pasaderas para infantería.

Todo el problema del paso del río estaba complicado por el hecho de que, aunque por la época del año no eran posibles las crecidas naturales, el enemigo las podía provocar abriendo las compuertas de las presas de Tremp y Camarasa, en la cuenca del río Noguera-Pallaresa en la provincia de Lérida, con subidas de hasta cinco metros en el nivel de las aguas, que arrastrarían todos los medios de paso.

Una preparación análoga se realizaba en el sector vecino del V Cuerpo de Ejército. El Estado Mayor del Ejército del Ebro coordinaba y regulaba todas nuestras acciones, por parte de sus secciones principales y de las Comandancias de Artillería e Ingenieros, que estaban encabezadas, respectivamente, por dos oficiales muy capaces: el mayor profesional Giori y el mayor Ovidio Botella arquitecto antes de la guerra, al que yo conocía de la Facultad de Ciencias y de la FUE.

A finales de junio, Simarro tuvo que ser evacuado por enfermedad, padecía tuberculosis avanzada. Con su aspecto fornido, nadie podría suponer que estuviera realmente tan enfermo, y él, seguramente por su afán de luchar, nos ocultó siempre cuidadosamente, la gravedad. La jefatura de mi Estado Mayor recayó entonces en el capitán Luis Gullón.

Si de algo podía estar orgulloso nuestro ejército era del funcionamiento del servicio de información en todos los escalones. En esta ocasión, elaboramos un plan muy detallado para recoger todos los datos posibles sobre el enemigo (orden de combate, sistema de fuego, reservas y emplazamiento de la artillería y su territorio, caminos y pistas en la profundidad, características del terreno, posibles líneas defensivas, líneas de flanqueo, posibilidades de avances de nuestras tropas y posibles emplazamientos de nuestra artillería después del paso a la orilla derecha del río). En estos trabajos participaron también todos los estados mayores de las divisiones y brigadas. Tuvimos al detalle todas las unidades enemigas de la otra orilla del río. Pertenecían órganicamente al Cuerpo de Ejército Marroquí, bajo el mando del general Yagüe.

La 50ª División, de nueva organización, formada con tropas sacadas de diversas unidades del frente de Madrid, cubría el frente de Mequinenza a Cherta y de allí al mar la 105ª División. La 13ª División Marroquí, una de las unidades de choque más famosas del enemigo, formada casi exclusivamente de banderas de la Legión Extranjera y de tabores moros de Regulares, había vuelto a mediados de junio de Lérida y estaba en reserva. La mayor parte en Gandesa, un par de batallones en Villalba de los Arcos y la 18 Bandera de la Legión, entre Nonaspe y Fayón. Otras reservas se encontraban en el sector de Boquetas a Amposta, donde a mediados de junio el enemigo esperaba una ofensiva de los republicanos. Los numerosos desertores que llegaban a nuestras líneas, a pesar de todos los peligros del cruce del río, eran una fuente importante de datos, además de los que recibíamos de los observatorios, de las unidades vecinas del Ejército del Ebro y de los siempre completos boletines del Estado Mayor Central, cuyo jefe de información era el coronel Estrada.

Durante varias semanas, no hubo un minuto de descanso en todas las unidades del Ejército del Ebro que se preparaban para la batalla. Scala Dei era un hormiguero donde entraban y salían sin cesar oficiales en cumplimiento de múltiples tareas. El capitán Loriente tuvo que hacerse cargo de los servicios, ya que el teniente Antonio estaba desbordado por la avalancha de trabajo. Los capitanes Luis Gullón y Parga andaban siempre de reconocimiento y muchas veces yo los acompañaba. Otras veces presenciábamos los ejercicios de las unidades o los juegos tácticos de los oficiales. El comisario Fusimaña, cuidaba del aspecto moral de la masa de combatientes y de una manera especial de los reclutas incorporados, que debían convertirse en soldados. El consejero Soroka también estaba en todas partes y colaboraba en la obra común. Todos los servicios recibieron sus misiones específicas y trataban de resolver sus dificultades, extralimitándose, a veces, como en el caso de transportes, que hizo incursiones en nuestra profunda retaguardia, para apoderarse de automóviles y camiones, que allí abundaban en poder de diferentes organismos oficiales, partidos y sindicatos. Dada nuestra penuria de material no podíamos dejar de aceptar estos vehículos a pesar de lo dudoso del procedimiento. El éxito de nuestra preparación residió, más que en lo completo

del plan, en el espíritu de iniciativa y actividad que conseguimos despertar en la masa de oficiales y soldados que lo ponían en práctica.

Desde las primeras directivas había decidido que en el primer escalón del Cuerpo atacarían las divisiones 3 y 35. La primera cruzaría el Ebro entre Ribarroja y Flix y avanzaría hacia Fatarella-Villalba de los Arcos; la segunda penetraría audazmente en la Dirección Ascó-Venta de Camposines-Corbera-Gandesa. La 42ª División se agruparía en el segundo escalón del cuerpo; pero su jefe insistió en que sus unidades deberían recibir una misión activa en la ofensiva, que no estaba prevista en las primeras directivas. De acuerdo con él, propuse a Modesto una acción secundaria de dos batallones que cruzarían el río entre Mequineza y Fayón para fijar las reservas del enemigo y cortar la carretera de Mequinenza a Maelle a la altura del cruce con el ramal a Fayón.

En estos momentos de intensa actividad, nos visitaron dos ministros, el de Estado (Relaciones Exteriores) Julio Alvarez del Vayo, que se interesó especialmente por la 35ª División Internacional y Vicente Uribe, de Agricultura. Los recibimos con todos los honores correspondientes a su rango (que rebuscamos en los reglamentos) y los acompañamos luego a visitar las unidades, quedando los dos muy bien impresionados.

A mediados de julio todo el trabajo que nos habían marcado estaba cumplido en lo fundamental y el XV Cuerpo de Ejército estaba listo para el combate. Sus tres divisiones tenían cada una un promedio de 10,000 hombres, 5,000 fusiles, 255 armas automáticas y 30 morteros. Un batallón de ametralladoras, tres grupos de artillería y cuatro cañones antitanques, un batallón de Ingenieros y todos los servicios. En total, unos 35,000 hombres.

Como se ve, el armamento era escaso e incompleto, pero la moral era muy elevada. En todas las unidades del Ejército del Ebro predominaban los comunistas entre los jefes y oficiales de Estado Mayor. Sin embargo, muchos oficiales y clases subalternas no lo eran y la inmensa mayoría de los soldados, especialmente los movilizados, no pertenecían de hecho a ningún partido, aunque, formalmente, poseyeran un carnet sindical. La organización comunista estaba subordinada al comisario, y su misión principal consistía

en exigir a sus afiliados que dieran un ejemplo de disciplina, trabajo, valor y sacrificio, de acuerdo con la línea del partido de subordinarlo todo a los intereses de la guerra. Por esto, reforzaban la autoridad de todo mando, siempre que fueran eficientes en el cargo que desempeñaban, aunque no fueran comunistas, con tal de que no participaran personalmente en la enconada lucha por posiciones de influencia que todos los partidos y organizaciones mantenían en nuestra retaguardia.

El enemigo tenía datos generales acerca de la proyectada ofensiva, pero su información acerca de nuestros preparativos concretos fue siempre muy pobre, a pesar de los constantes vuelos de reconocimiento que su aviación realizó durante todo el mes de julio sobre todo el frente del Ebro y, especialmente, sobre la zona de Tortosa, donde siempre creyeron que asestaríamos nuestro golpe principal. La prensa italiana llegó a publicar artículos sobre la próxima ofensiva de los republicanos, por todo lo cual era difícil esperar que consiguiéramos la sorpresa en nuestro ataque.

El 13 de julio prosiguió la ofensiva enemiga en Levante, con tres cuerpos de ejército: el de Castilla, el Italiano y el de Turia, en la dirección del ferrocarril Teruel-Sagunto. Otros dos cuerpos, el Navarro y el de Galicia, esperaban junto a la costa, el momento de asestar el golpe de gracia sobre las líneas republicanas. Se rompió nuestro frente en el enlace entre los cuerpos XIII y XVII y la difícil situación creada obligó al general Menéndez a ordenar el repliegue sobre la línea fortificada XYZ, la última defensa ante Valencia. La complicada maniobra se fue realizando en orden relativo y con contraataques que frenaban el avance del adversario. Al mismo tiempo, para fijar las reservas republicanas e impedir que fueran enviadas a Levante, en el frente de Extremadura, atacó el enemigo en el saliente de Don Benito, por Guadalupe y La Serena el día 19 de julio, amenazando a Almadén, centro de las minas de mercurio.

Aunque la operación no estaba aún asegurada materialmente, el alto mando republicano decidió iniciar la preparada ofensiva en el Ebro, y envió nuevas directivas, análogas a las recibidas pero con la diferencia que no se preveía acción simultánea del Ejército de Levante y que toda nuestra aviación seguiría de momento, en la Zona Centro Sur. Era aprobada la acción demos-

trativa de la 42ª División. Recibíamos como refuerzo la 16ª División del XII Cuerpo, el 3er. Regimiento de Caballería, Artillería antiaérea, tanques blindados y medios de paso. En total, el XV Cuerpo de Ejército disponía de 50,000 hombres. El 18 de julio, di orden a los jefes de las divisiones que realizaran sus reconocimientos en la zona del río que les correspondía atravesar. El 19 recibí orden verbal de Modesto, de que la ofensiva comenzaría a las 24 horas del día 23 de julio. Era preciso ya desplazar las unidades y los medios a su base de partida. El movimiento se realizó con todas las precauciones posibles, sin luces, con controles de circulación a lo largo de las vías de comunicación y en dos etapas; la primera en la noche del 21 al 22 y la segunda en la noche del 22 al 23. La infantería se trasladó a pie a las zonas señaladas; pero las carreteras, caminos y pistas de montaña, la mayor parte angostas y llenas de curvas y de pendientes, eran en la oscuridad un hormiguero de camiones que a vuelta de rueda llevaban el material a los lugares convenidos. El enemigo no se dio cuenta de esta concentración, ni siquiera llamó su atención el ruido de los motores, que no podíamos enmascarar y que incluso amplificaba el eco de las gargantas y desfiladeros. La 42ª División reunió dos batallones en Almatret para su acción secundaria. La 3a. División se concentró enfrente de Ribarroja de Ebro y Flix y la 35 en la Vega de Vinebre-Torre del Español, frente a Ascó. Nuestros refuerzos se concentraron. El 3er. Regimiento de Caballería entre Bobera y la carretera de Palma de Ebro a Flix, y la 16ª División entre la Bisbal de Falset y Cabacés.

De noche también, fue ocupando sus emplazamientos la artillería de refuerzo. Para el apoyo de las divisiones 3 y 35 y las misiones de acción de conjunto y contrabatería, contábamos con un total de 71 piezas ligeras y pesadas, aunque ya estábamos prevenidos de que siendo el material muy viejo y gastado, las averías reducirían mucho las piezas útiles en el fragor del combate. Sobre todo, los muelles de retroceso eran de malísima calidad y con frecuencia se rompían, obligando a reparaciones de emergencia durante la noche e incluso durante el día bajo el fuego del enemigo. La 42ª División contaba además para su apoyo con cuatro baterías de material rígido, de finales del siglo pasado, piezas de museo que nos veíamos obligados a utilizar por nuestra penuria; tres de las baterías se colocaron en la región de Mora la

Nueva y la cuarta en Almatret. El paso del río se iba a realizar por sorpresa sin preparación artillera. Estábamos informados de que consumidas las primeras reservas de proyectiles éstos iban a escasear ya que la producción de nuestras fábricas, apenas bastaría para sostener la acción que iba a exigirse diariamente de nuestros cañones. Tenían que llegar además tres baterías antitanque Bofords de 37 mm, una para cada división de primera línea.

La defensa antiaérea en nuestros puntos de paso iba a estar asegurada sólo por un grupo de 76 mm en Vinebre y cuatro baterías Bofords de 40 mm (dos en Vinebre y dos frente a Flix). Era material moderno; pero en secreto nos comunicaron sus oficiales que las granadas de 76 mm eran defectuosas y carecían de la fuerza explosiva necesaria para causar daños serios a los aviones enemigos, de modo que había que contar sólo con su efecto moral. Para apoyo directo de la infantería fueron afectas dos baterías Oerlikon de 20 mm a la 3a. y otras dos a la 35ª División. Una compañía de ametralladoras antiaéreas de 7.65 mm (seis máquinas de cuatro tubos) estaba encargada de la protección de las carreteras de la zona de concentración y luego se distribuirían entre las divisiones.

Las fuerzas blindadas que se nos incorporaron, las distribuí así: dos compañías de tanques, con un total de 22 unidades, y una de autos blindados se agregaron a la 35ª División y tres compañías de autos blindados a la 3a. División, que contaba además, con otra compañía del 3er. Regimiento de Caballería. Los tanques eran rusos T-26. La mayoría de los blindados, también rusos, eran ligeros con ametralladoras y sólo algunos llevaban cañón.

En cuanto a los medios de paso, además de los que el Cuerpo había preparado por sí mismo, debíamos recibir de la inspección General de Ingenieros, 100 barcas (llegaron sólo 80), cinco pasaderas de infantería (llegaron tres), dos puentes ligeros de vanguardia, un puente pesado de madera, un puente de hierro y dos compuertas (se nos incorporó sólo una algunas horas después de comenzado el paso del río). Por una orden particular del Ejército, el V Cuerpo nos debía entregar 10 barcas más. Había botes de todos tipos. En promedio, podían trasladar 10 hombres, cada 10 minutos. Muchas de las embarcaciones que nos llegaron de refuerzo estaban resecas, hacían agua y no pudieron ser utilizadas,

ya que no había tiempo para ponerlas en buenas condiciones. Con ellas, venían equipos de remeros que se unieron a los que ya tenían preparados nuestros ingenieros. A la 42ª División se les asignaron 20 barcas. A las 3ª, 88 y a la 35, 78.

Las pasaderas (o pasarelas) de infantería que nos mandaron, eran técnicamente inmejorables. Tenían flotantes hexagonales de corcho cada 2.50 metros. Su piso ligero de tablas de 1.20 m de ancho, venían sin fiador, pero se les añadió sobre la marcha, aprovechando los cables de acero de una línea eléctrica de alta tensión inactiva, que cruzaba por nuestro sector. Se debían tender en poco más de dos horas y permitirían el paso de los soldados sólo en fila de a uno a razón de 3,000 por hora. Nuestras pasaderas de toneles eran más ligeras, se tendían en una hora, pero eran mucho más vulnerables. Cada división contaría con una pasadera flotante de corcho y la 3a. y la 35, además, una de toneles.

Los puentes de vanguardia para cargas de hasta 4.5 toneladas, eran puentes reglamentarios del antiguo ejército, no previstos para ríos como el Ebro. Se fijaban con caballetes en el fondo del cauce a profundidades no mayores de 2 m. Lo estrecho del paso obligaba a un excepcional cuidado de los conductores de los vehículos, para no chocar con las cabezas de los pies derechos. Se tardaba 12 horas en tenderlos y permitía pasar no más de 60 autos y camiones por hora. El puente pesado de madera y el puente pesado de hierro también apoyados sobre el cauce del río, requerían para tenderse 48 y 72 horas respectivamente. El primero, teóricamente, admitía tanques y camiones pesados y el segundo, cargas incluso superiores a 25 toneladas.

Las pasaderas podían tenderse en cualquier lugar siempre que fuera posible llevar el material hasta la orilla. En cambio, los puentes deberían tenderse en puntos obligados dependientes tanto de los accesos como de la profundidad de las aguas, ya que ésta no podía pasar de cierto límite. Como para el tendido de los puentes de vanguardia sólo se disponía de un equipo entrenado, se le designó el vado frente a Ascó, quedando el otro material en reserva. El puente pesado de madera se iba a construir en el vado sur de Ascó y el de hierro en Flix, aprovechando el camino que llevaba al antiguo puente de hierro que volamos en nuestra reti-

rada de abril. Es decir, podían empezar a tenderse los puentes sólo cuando nuestras fuerzas hubieran ocupado Ascó y Flix.

Todo el material de pasaderas y puentes estaba fabricado en los talleres de la Inspección General de Ingenieros, ya que nada se había podido comprar en el extranjero. Estaba asegurado el paso de la infantería, pero no el de la artillería, tanques, blindados y material pesado, ya que no disponíamos ni de un solo puente de pontones (en Amposta, la aviación enemiga había destruido el 18 de abril, el último material de esta clase). La compuerta, que recibimos con gran retraso, resultó con capacidad para 8 toneladas en vez de las 20 anunciadas. Estaba construida montando un tablero sobre dos botes corrientes, y cruzaba el río a razón de media hora por viaje con ayuda de un cable de acero tendido entre las dos orillas.

En la noche del 22 al 23 de julio había terminado felizmente la concentración de todas las fuerzas del XV Cuerpo de Ejército en las zonas señaladas, pero el comienzo de la ofensiva se aplazó 24 horas, porque faltaba por incorporarse parte de la artillería y de los medios de paso. Patrullas de reconocimiento de nuestra sección de información, enviadas durante la noche a través del río, habían regresado con un paisano encontrado en el sur de Mequinenza, otro cerca de Ribarroja y un sargento hecho prisionero al norte de Mora de Ebro. Sus informes confirmaron lo que ya sabíamos sobre el orden de batalla del enemigo sin añadir nuevos datos.

Al amanecer del día 23 de julio recibimos la orden de operaciones del Ejército del Ebro, sus misiones no se diferenciaban de las indicadas en las directivas y en las instrucciones verbales. El XV Cuerpo debía establecer, en primer término, una cabeza de puente en la región de Gandesa, mientras a nuestro flanco izquierdo el V Cuerpo envolvía Mora de Ebro, llegaba a Canaletas y ocupaba las alturas que dominaban su orilla izquierda, la Sierra de Valplana, pueblo de Pinell y Sierra de Caballs. El XV Cuerpo, en su flanco derecho, debía realizar una acción demostrativa entre Mequinenza y Fayón y el V Cuerpo otra en su flanco izquierdo, cruzando el Ebro en Amposta, para avanzar hacia Santa Bárbara. Divisiones de reserva, retiradas del Ejército del Este, fueron concentradas al norte de la región de Serós, para, si fracasaba la

operación del cruce del Ebro, aprovecharlas en una nueva ofensiva en dirección Serós-Fraga. Una de estas divisiones, la 60 del XVIII Cuerpo, se incorporaría a nuestras fuerzas si el ataque tenía éxito.

Durante la mañana del 23 en Scala Dei, celebré una reunión con mis jefes de división para comunicarles verbalmente las misiones de sus unidades, incluidas en nuestra orden de operaciones que estaban escribiendo a máquina en aquel momento. La 42ª División con dos batallones, pasaría el Ebro al sur de Mequinenza a Maella y ocuparía los Altos de los Auts, en el cruce de la carretera de Mequinenza con el ramal que va a Fayón, a unos cinco km del río.

Luego, con el resto de sus unidades que se irían liberando de nuestra antigua línea de defensa ocuparía con su flanco izquierdo Fayón, avanzando por la carretera de Maella, para ocupar Nonaspe y Fabara. La 3a. atravesaría el río entre Ribarroja y Flix, para ocupar estos pueblos, la Sierra de La Fatarella y el pueblo del mismo nombre. Con el 3er. Regimiento de Caballería que se le agregaba, debía ocupar Pobla de Masaluca y enlazar con la 42ª División en el río Matarraña junto a Fayón, mientras las fuerzas principales seguían hacia Villalba de los Arcos. La 35ª División realizaría el paso al norte y al sur de Ascó, para ocupar este punto y avanzar a caballo del camino de Ascó a Venta de Camposines, ocupar la Sierra de Laval de la Torre, enlazando con el V Cuerpo de Ejército en el vértice de Caballs, y con la 3ª División en el km 6 del camino vecinal de Venta de Camposines a La Fatarella, ocupando Corbera y Gandesa. La 16ª División, reserva del Cuerpo, debía de seguir según órdenes particulares, la dirección de marcha de la 35ª División. La profundidad de las misiones de la 3ª y la 35ª División para la primera etapa de la operación, alcanzar la línea Pobla de Masaluca-Villalba de Arcos-Grandesa, era sobre el plano de unos 20 km, pero lo accidentado del terreno, aumentaba bastante la distancia real a recorrer.

Los movimientos de avance de las tropas a las playas de embarque, debían iniciarse al anochecer del día 23, para terminar a las 23.00 horas, guardando las mayores precauciones para que no fueran percibidos por el enemigo. Todo el día 23 siguieron los preparativos que podían realizarse a la luz del sol, en un estado

de gran tensión, ya que, prácticamente, todas las unidades del XV y del V Cuerpo (unos 100,000 hombres) estaban ya desplegados bajo el campo visual de los observatorios del enemigo, uno de cuyos aviones de reconocimiento sobrevoló también nuestro sector. Sin embargo, como se demostró por el desarrollo de los acontecimientos, nada lograron descubrir. La noche del 23 al 24 se pasaron a nuestras líneas algunos evadidos en Flix, de unidades de la 50ª División enemiga, antes localizadas, de cuyas declaraciones sacamos la evidencia de que el enemigo estaba completamente ignorante de nuestras intenciones.

En la noche del día 23 al 24, recibimos del Ejército del Ebro, la orden particular que fijaba las 0 horas 15 minutos del día 25 de julio, como el comienzo de nuestra ofensiva, lo que se transmitió de inmediato a todas las unidades. Como en la zona republicana la hora oficial estaba adelantada dos horas a la astronómica, el paso del río iba a comenzar de hecho, en las primeras horas de la noche. El día 24 había que aprovecharlo para ultimar cuantos detalles fueron precisos. Otro día más de ansioso esperar, más cerca todavía del enemigo, ya que muchas unidades estaban pegadas a la orilla. Una incursión de los bombarderos italianos y alemanes, significaría que habíamos sido descubiertos y causaría grandes pérdidas en las tropas, bien enmascaradas, pero nada protegidas. No pudiendo además contar con el factor sorpresa, la operación estaría fracasada antes de iniciarse. Pero el día 24 el enemigo ni siquiera consideró necesario enviar el avión de reconocimiento que casi a diario nos observaba.

El 24 por la mañana, el general Rojo, jefe del Estado Mayor Central y el jefe del Ejército del Ebro, teniente coronel Modesto, reunieron a los jefes de Cuerpo y de División para darnos las últimas instrucciones antes de la operación. El general Rojo nos produjo a todos una impresión inmejorable cuando solemnemente declaró que él respondía de cualquier decisión que pudiéramos tomar en la otra orilla del río, si nos encontrábamos aislados y en situación difícil. Nos informó que el Ejército de Levante estaba resistiendo heroicamente en la línea XYZ, que el enemigo no había conseguido romper en cuatro días de enconadísimos ataques (el 20, 21, 22, 23) en dirección a Viver. Lo que supimos más tarde es que el mismo día 24, el enemigo había suspendido sus ofensi-

vas hacia Valencia, para reagrupar sus fuerzas. Nuestra operación en el Ebro, la iba a desbaratar definitivamente.

A las 15.00 del día 24, me dirigí con mis oficiales a mi puesto de mando establecido a corta distancia del río, en el vértice Cantarranas, a 1.5 km al noroeste de Torre del Español, donde funcionaba ya un escalón avanzado desde el día anterior a las 18.00. Fue pasando el tiempo en constantes conversaciones telefónicas, comprobación de todo el dispositivo de batalla y por fin el sol se fue ocultando poco a poco tras la Sierra de La Fatarella, que teníamos enfrente. Toda la máquina tanto tiempo preparada se iba a poner en marcha. Nada se podía hacer ya para mejorarla. Recibimos la visita de Modesto y de su consejero ruso coronel Lazarev, quien bastante tardíamente, trató de convencernos de que el paso del río no estaba asegurado técnicamente y que la operación se debía suspender. Nuestro consejero Soroka, que quizá estuviera menos preparado que su superior, pero que nos entendía mejor y se había contaminado con nuestro espíritu de ofensiva, lo miraba con ojos asustados y sin atreverse a opinar.

Pasado este incidente, los minutos se nos fueron haciendo interminables, hasta que a la media noche el silencio y la oscuridad fueron rotos por una caravana de camiones pesados que llegaban con material de paso (barcas y una pasadera) y que para ganar tiempo llevaron hasta Vinebre los focos encendidos. Mandamos un motociclista con un oficial que pronto, no en silencio, pero ya sin luces, desvió a la columna, hacia su punto de destino, al norte. Este incidente consumió los últimos minutos que faltaban para las 0 horas 15 minutos del día 25 de julio de 1938. Había comenzado la batalla del Ebro.

A la hora señalada todas las unidades del XV Cuerpo comenzaron su avance hacia la orilla del río y el traslado de las barcas hacia las playas de embarque. No se pudo lograr una simultaneidad completa, ya que los botes estaban a distintas distancias de la orilla; los accesos eran en unos lugares más fáciles que en otros; a veces no se había designado suficiente personal necesario para el traslado rápido de las embarcaciones; los equipos de infantería de Marina que nos habían designado no bastaban y la mayoría de los viajes estaban asegurados por remeros ocasionales.

Aunque tenía muy buen enlace con los puestos de mando de las divisiones, las primeras horas del día 25 de julio transcurrieron

sin recibir noticias concretas. Los observatorios tampoco daban ninguna información. Yo me limité a comunicar al puesto de mando de Modesto, donde estaba el general Rojo, que la operación había comenzado y todo marchaba bien. Al amanecer comenzaron a llegar los primeros datos seguros que auguraban un gran éxito inicial. Durante la mañana se fue confirmando que todo el frente enemigo en nuestra zona de ataque, había sido, prácticamente, pulverizado.

En nuestro flanco derecho, dos batallones de la 226 Brigada de la 42ª División, atravesaron el río al norte de Fayón. La orilla quedó cubierta con el batallón divisionario de ametralladoras, que había recibido el armamento apenas el día anterior. No había ningún camino fácil a la orilla y hubo que bajar las barcas por profundos barrancos. A pesar de todo, el paso se hizo rápido y en silencio. El enemigo, sorprendido no hizo resistencia. Nuestras fuerzas avanzaron cinco kilómetros y ocuparon el cruce de la carretera de Mequinenza a Maella, con el ramal a Fayón. Hicieron varios centenares de prisioneros y cogieron intacta una batería de obuses de 155 (recién fabricada en Trubia, Asturias) con sus tractores y todos los artilleros y oficiales. Estos aseguraron que durante la noche, en el puesto de mando establecido en la casilla de peones camineros de dicho cruce, había pernoctado el jefe del Cuerpo de Ejército Marroquí, general Yagüe. De ser esto cierto estuvo a punto de caer prisionero. El día 25 los dos batallones no pudieron avanzar más y fueron contraatacados por algunas subdivisiones del enemigo, una de las cuales fue la 18 bandera de la Legión Extranjera, que según ya sabíamos se encontraba de reserva en el cruce del camino a Nonaspe. En todo el día no pudo tenderse la pasadera de flotantes de corcho, muy difícil de bajar al río, y sólo quedaban disponibles unas doce barcas.

La 31ª Brigada de la 3a. División pasó el río cerca de Ribarroja de Ebro, sin resistencia del enemigo que se redujo a disparar unas ráfagas de fusil ametrallador. Por las condiciones del terreno las barcas quedaron muy lejos de la orilla y luego muchas resultaron inútiles. A las ocho de la mañana toda la brigada penetraba en las estribaciones norte de la Sierra de Fatarella, por un terreno muy accidentado en dirección a Pobla de Masaluca, des-

pués de haber conquistado Ribarroja del Ebro, donde comenzó a tenderse una pasadera de flotantes de corcho, que sólo quedó lista a las ocho de la noche, habiendo sido bombardeada ocho veces por los aviones enemigos. El 3er. Regimiento de Caballería empezó a pasar entonces a la otra orilla, con grandes dificultades, debido a que los caballos se resistían a pasar por el estrecho puentecillo, asustados además por las explosiones. Algunos caballos se ahogaron y unos cincuenta fueron muertos por las bombas.

Más a la izquierda entre Ribarroja de Ebro y Flix, cruzó el río la 33 Brigada de la 3a. División, utilizando el camino del Molino. Tropezó también con escasa resistencia. Una pasadera sobre toneles de los ingenieros del XV Cuerpo, estaba tendida ya a las seis de la mañana, y cuatro horas más tarde toda la brigada había pasado a la otra orilla. Detrás de ella comenzó la 60ª Brigada del segundo escalón divisionario. A las once de la mañana, cuando sólo había pasado un batallón, la pasadera fue destruida con fuego de mortero desde Flix, y los tres batallones restantes tuvieron que pasar en barcas. Las reservas locales del enemigo, junto con los fugitivos de primera línea se habían refugiado en Flix, donde ofrecieron una gran resistencia, dominando desde el viejo castillo el punto escogido para tender el puente de hierro que nos era tan necesario. Con la eficaz ayuda de la artillería, un batallón de la 33ª Brigada y otro de la 60, conquistaron Flix a las 17 horas, haciendo unos seiscientos prisioneros. La noche encontró a las vanguardias de la 33ª Brigada cerca del pueblo de La Fatarella, donde por error se tirotearon con patrullas de la 35ª División que buscaban el enlace con ellas.

Al sur del meandro de Flix, ya cerca de Ascó, tenía que pasar el río la 11ª Brigada de la 35ª División. Su jefe dio la orden con mucho retraso y sólo al amanecer, como a las cinco de la mañana, comenzaron sus soldados a cruzar con lentitud a la otra orilla, primero grupos escogidos de nadadores, después en barcas, bajo el fuego de ametralladoras enemigas, a las que hicieron callar nuestros artilleros deseosos de poder actuar, y algunos tanques agregados a la 35ª División que dispararon desde nuestra orilla. En este sector, comenzó a las siete de la mañana el tendido de la pasadera de flotantes de corcho, que estuvo lista sólo tres horas después.

Subdivisiones de la 11ª Brigada y de la 15ª Brigada del segundo escalón de la división, atacaron Ascó bajo la protección de nuestra artillería, que arrasaba sin piedad todos los reductos enemigos. A media mañana, el pueblo, con sus torres que lo dominaban, estaba totalmente ocupado y su guarnición prisionera. En seguida empezaron los trabajos para tender en el vado de Ascó (de unos dos metros de profundidad) un puente ligero de vanguardia, sobre caballetes de madera, aunque la aviación enemiga comenzó ya a las 10 de la mañana sus bombardeos (que iban a durar todo el día) de la Plana de Vinebre, frente a Ascó, contenidos sólo en parte por la acción de nuestra insuficiente defensa antiaérea. Después de este éxito, la 11ª Brigada se retrasó en el cumplimiento de las misiones posteriores. Uno de sus batallones llegó al anochecer al pueblo de La Fatarella, que ya había encontrado abandonado una patrulla del batallón Lincoln de la 15ª Brigada. Los otros batallones de la 11ª Brigada acabaron acampando durante la noche, en la carretera de Ascó a Venta de Camposines.

En el flanco izquierdo del XV Cuerpo, al sur de Ascó, en la desembocadura del río de la Torre, cruzó el Ebro en barcas la 13ª Brigada de la 35ª División, al mando del polaco mayor Edward. El comportamiento de esta unidad fue realmente ejemplar, y su rápido avance asestado como un puñal al centro del dispositivo enemigo, fue el factor principal en el éxito de la ofensiva de todo el Ejército del Ebro. Antes de las dos de la madrugada ya estaba en la otra orilla el primer batallón de la 13ª Brigada, al que siguieron rápidamente los otros. Tan pronto atravesaron el río, con toda audacia, penetraron por la carretera de Ascó hacia Venta de Camposines, su primer objetivo, que ocuparon a las ocho de la mañana, haciendo prisionero, con su Estado Mayor, al jefe de la media Brigada de la 50ª División, que cubría el frente desde Ascó a Cherta. Este jefe enemigo, teniente coronel Peñarredonda, estaba muy preocupado con el combate que el V Cuerpo había entablado para pasar el río por Miravet, a donde había enviado sus reservas e incluso algunas unidades de la 13ª División, reserva del Cuerpo de Ejército Marroquí. Pero, como demostraron los hechos, estaba por completo ignorante del peligro que se le acercaba por el sector de avance del XV Cuerpo. Entre los documentos enemigos encontrados, había una curiosa orden, dada por teléfono,

para que a las dos de la mañana se suspendiera la vigilancia extraordinaria establecida en las posiciones del río, es decir, en el preciso momento que, al sur de Ascó, estas posiciones empezaban a volatizarse.

Nuestra 13ª Brigada no dejó siquiera guarnición en el cruce de Venta de Camposines y siguió de frente hacia Corbera, donde reservas enemigas de la 13ª División, entre ellas el 5º tabor de Regulares, trataron de organizar la resistencia. Pero el movimiento envolvente de nuestros soldados y, sobre todo, la concentración inesperada, sobre el pueblo de nuestro fuego artillero a tiro directo, decidieron el combate. Eran las piezas del grupo motorizado de 75 mm que tenía el enemigo emplazado entre Ascó y Fatarella, que desde nuestro observatorio habíamos visto cambiar varias veces de posición durante la mañana y después tratar de escapar hacia el cruce de Venta de Camposines, donde cayó en manos de la 13ª Brigada, cuyo personal de antitanques emplazó las piezas recién conquistadas hacia Corbera. A la caída de la tarde, sus defensores salían huyendo hacia Gandesa, por el estrecho pasillo que todavía quedaba libre. Tan de prisa salieron que dejaron intactos sus depósitos de víveres, municiones y material para un puente de pontones. Entre la documentación abandonada, aparecieron los diarios de operaciones, de los últimos combates de Aragón cuando la 13ª División atacaba en Belchite y Caspe.

Al anochecer, a juzgar por relatos posteriores de testigos presenciales, el propio jefe de la 13ª División, general Barrón, disparaba su pistola desde una esquina, en las afueras de Gandesa contra nuestras fuerzas victoriosas. Ningún episodio puede caracterizar mejor la situación del enemigo en ese momento. Pero entonces ya llegaban a esa ciudad sus reservas de la retaguardia profunda, y nuestra 13ª Brigada había llegado al límite de sus posibilidades físicas, después de una penetración ininterrumpida de más de veinte kilómetros, en menos de un día de ofensiva.

La 15ª Brigada del segundo escalón de la 35ª División, comenzó a pasar al amanecer, por la pasadera de toneles que los zapadores del cuerpo habían tendido en una hora, donde atravesó el río la 13ª Brigada. A las tres horas estaba completa en la orilla derecha del Ebro y poco después la artillería enemiga destruyó la pasadera. Estas fuerzas, un poco desorientadas por las órdenes sucesi-

vas que recibieron, participaron en la toma de Ascó y de La Fatarella y siguieron los pasos de la 13ª Brigada, quedando al final del día dos de sus batallones a la izquierda de la División, buscando el enlace con el V Cuerpo de Ejército, un batallón intercalado entre dos de la 13ª Brigada y el cuarto, el batallón Lincoln, a la derecha hacia Fatarella, junto con uno de la 11ª Brigada.

A nuestra izquierda, el V Cuerpo había cruzado el río en la zona Benisanet-Miravet, ocupando estos dos puntos. La 11ª División y la 46 (con un mando provisional por enfermedad de "El Campesino") ocuparon Pinell, penetraron en las sierras de Caballs y Pandols y preparaban para el día siguiente, el envolvimiento y ocupación de Mora de Ebro. Desde las primeras horas de la mañana estaban tendidas dos pasaderas en Ginestar y al final del día el puente de vanguardia quedó terminado y se comenzó a instalar uno de madera para cargas pesadas.

La acción secundaria emprendida por la 14ª Brigada Internacional de la 45ª División del V Cuerpo, en Amposta, había encontrado una tenaz resistencia de la 105ª División en un frente estrecho, ya que siempre el alto mando enemigo había esperado nuestro ataque principal en este sector, si llegaba a producirse nuestra ofensiva. Nuestra brigada había recibido una misión muy difícil que realizó a costa de numerosas bajas, aunque inferiores, en realidad, a las que la propaganda enemiga divulgó, para compensar de algún modo la noticia del hundimiento de su frente en el Ebro. Pasaron a la otra orilla dos batallones que se sostuvieron sólo unas horas, teniendo que replegarse después de fuertes combates, ya a la caída de la tarde. El batallón "Comuna de París" fue el que sufrió mayores pérdidas. Pero el combate no había sido inútil porque fijó a la 105ª División y atrajo otras reservas del enemigo.

El balance de los combates del día 25 de julio, día de Santiago patrón de España, nos había sido francamente favorable. El primer objetivo estaba ya casi conseguido. De Ribarroja de Ebro, al sur de Pinell, es decir, en una longitud de cerca de setenta kilómetros, había desaparecido todo el frente enemigo y sólo faltaba que el V Cuerpo ocupara Mora de Ebro y limpiara toda la plana, alrededor de este punto. Al terminar este primer día de ofensiva, la 35ª División se encontraba en el lindero de Gandesa,

a su derecha la 3a. en la Sierra de La Fatarella y a su izquierda la 11 en la Sierra de Pandols, con lo cual estaba prácticamente ocupada la extensa cabeza de puente que constituía nuestro primer objetivo, aparte de que habíamos conseguido conquistar una pequeña zona entre Mequinenza y Fayón.

Al anochecer del día 25 los puestos de mando de las divisiones 3a. y 35 pasaron a la otra orilla del río; pero el jefe de la 3a. División, mayor Cabezos, fue pronto evacuado por enfermedad y ya no se reintegró más al mando. Estaban intactas las pasaderas sobre flotantes de corcho cerca de Flix y de Ascó y se estaban tendiendo el puente de hierro en Flix y el puente de vanguardia en Ascó. También habían comenzado los trabajos en Ascó para la compuerta de sólo 8 toneladas de capacidad, que, al fin, se nos había incorporado. Di la orden de cruzar el río a la 16ª División por la pasadera al norte de Ascó y la instalación del puesto de mando del XV Cuerpo a la otra orilla, en el túnel del ferrocarril al sur de ese pueblo. En este momento, llegaron a visitarme el general Rojo y el teniente coronel Modesto y el primero, sin vacilación alguna, anuló mis órdenes que consideraba prematuras y tuve que limitarme a que la 16ª División se concentrara por la noche en la zona de Torre del Español, donde había estado la 35. No cabe duda de que Rojo tenía razones poderosas para revocar mi decisión, que estaba fundamentada, más en los deseos de avanzar, que en informes completos de la situación, pero los hechos demostraron que a pesar de los riesgos indudables que entrañaba, hubiera sido absolutamente necesario que el resto del cuerpo pasara a la otra orilla dicha noche, segunda de ofensiva.

Esa noche fue de trabajo febril para el enemigo, que trasladó apresuradamente reservas de los frentes de Levante, Centro y Extremadura. Cambió las bases de toda su aviación para caer en masa al día siguiente sobre nuestros puntos de paso, mientras nosotros seguíamos sin poder contar con apoyo aéreo. Encargué al capitán Loriente, dirigir con poderes absolutos el paso por el puente de vanguardia y la compuerta de Ascó. Al amanecer más de doscientos vehículos de todas clases, esperaban en las huertas de Vinebre que se acabara el tendido del puente ligero. El personal de Ingenieros estaba poco entrenado, además el agua llegaba casi hasta el piso del puente, donde sobresalían los extre-

El autor en la Sierra de Guadarrama, cuando era jefe del batallón **"Octubre No. 11"**.

CONSEJEROS SOVIETICOS. DE IZQUIERDA A DERECHA, DE ARRIBA ABAJO: N. VORONOV, A. RODINTSEV, R. MALINOVSKI, N. KUZNETSOV, G. STERN, Y. SMUSHKIEVICH, V. GOREV.

MANDOS DEL XV



José M.ª Sastre, Comisario de la 35



Domingo y Carlos García, jefe y Comisario de la Tercera División



Comandante Merino, jefe de la 35



Tagüeña, Teniente coronel jefe del XV Cuerpo

Mandos y Comisarios jóvenes. Impetus juveniles capaci

CUERPO

¡Héroes del XV Cuerpo!

¡Combatientes de acero!



Manolín y Herrador, Comandante y Comisario de la 42

Dos meses de la gran batalla del Ebro. Dos meses que, a la voz de nuestros mandos, de nuestro Gobierno, pasamos el Ebro, dando un ejemplo palpable al mundo de la potencialidad de nuestro Ejército, de la gran cantidad de recursos y vitalidad de nuestro pueblo.

Sesenta días duros, pero gloriosos, en que cada soldado, comisario o Jefe ha sido puesto a prueba; sesenta días de combate continuo, de heroísmo inigualado, del que sólo es capaz un Ejército como el nuestro, fiel expresión del heroico pueblo español, en lucha por su libertad e independencia.

Con nuestra gesta paralizamos las ofensivas del ejército invasor italo-germano y devolvimos a Cataluña, a España, tierras y pueblos que jamás volverán a sentir la opresión del fascismo.

La bestia negra herida, para rehacer su prestigio, para contentar a sus dueños y acallar su retaguardia, desencadenó la más brutal contraofensiva. Los aviones, los tanques, los cañones de Hitler y Mussolini, sus mejores fuerzas de choque, fueron volcadas enseguida sobre nuestro frente.

Lo que el Ejército del Ebro, los soldados de la República, alcanzaron con su valor y heroísmo en 48 horas, no han podido arrebatárnoslo en dos meses los ejércitos mercenarios de Franco.

Superiores en hombres y en material, se estrellan ante nuestra voluntad de vencer. Han sufrido miles de bajas. Pero, ¡qué les importa a ellos, que no dan ningún valor al hombre, las vidas de sus soldados!

Sucesivas veces se han reorganizado y han vuelto a estrellarse. Cambian de generales y todos fracasan. ¡NO HAN PODIDO CON NOSOTROS, NI PODRAN!

JEFES, COMISARIOS, OFICIALES Y SOLDADOS DEL XV CUERPO: Hoy más que nunca, cuando vemos desgastarse al enemigo, cuando hemos presenciado miles de casos heroicos de nuestros gloriosos caídos, frente a los torrentes de fuego y metralla de la invasión, oponemos nuestra voluntad de dignos hijos de España con un solo afán, un solo pensamiento:

HACER HONOR A NUESTRO PUEBLO Y A NUESTRO GOBIERNO, CUMPLIENDO SU CONSIGNA: ¡RESISTIR!

JEFE: Ni una vacilación, ni una duda; tenemos unos soldados magníficos, cien veces heroicos, como no los tiene ningún ejército; fuertes políticamente, que defienden cada palmo de terreno patrio con un valor sin igual. Tus soldados tienen confianza en ti. Saben que sabrás responder a esa confianza exigiéndoles con la firmeza y visión clara de un Jefe del Ejército Popular.

COMISARIOS: Con vuestro trabajo, con vuestro ejemplo, haced penetrar hasta lo más hondo de la conciencia de todos nuestros combatientes la voz de nuestro heroico pueblo, que representáis dignamente por vuestra abnegación y sacrificio. Haced que cada soldado, oficial o jefe sea firme como una roca, y que ante nuestra decisión y heroísmo se estrellen las embestidas negras de los profesionales de la traición y el crimen.

SOLDADO: ¡FIRME EN TU PUESTO! ¡No ceder ni un paso! Con el fusil que te entregó el pueblo, defiendes tu familia, el porvenir de tus hijos, la libertad de tu patria, con un porvenir de felicidad y progreso para España.

Estrechamente unidos todos los combatientes de nuestro Ejército, completamente compenetrados con nuestro pueblo, con nuestro Gobierno de Unión Nacional, una vez más escribiremos otra página de gloria en el libro de la lucha por nuestra Libertad e Indenendencia, por nuestra dignidad de pueblo libre.

¡Toda España nos mira, nos quiere!

¡NI UN PALMO DE TERRENO VOLVERA A SER DEL INVASOR!

Cumpliremos con nuestro honor de hijos de España, de soldados del Ejército Popular Regular.

NO CEDEREMOS NI UN PASO.

¡VIVA EL EJERCITO POPULAR! ¡VIVA NUESTRO GOBIERNO DE UNION NACIONAL!

¡VIVA LA REPUBLICA!

El Comisario,
FUSIMAÑA

El Teniente Coronel Jefe,
TAGÜEÑA

P. C. 25 de septiembre de 1938.



Fusimaña, el Comisario del XV

El Comandante Simarro
Nuestro querido jefe de E. M. del Cuerpo

os en la lucha diaria. Así son los jefes del XV Cuerpo

Balsa para el paso de material pesado durante la batalla del Ebro.

mos oblicuos de los caballetes, dejando un paso estrecho que requería mucha habilidad de los conductores para no chocar a un lado u otro. Un camión cargado de municiones para la 13ª Brigada, que cruzó primero para probar su resistencia, tropezó con uno de los pilotes y derribó toda la estructura que se vino abajo como un castillo de naipes, sin posibilidad alguna de reparación rápida. La compuerta empezó a trabajar a primeras horas de la mañana. Para el paso dimos preferencia inapelable a autos blindados, artillería y camiones de municiones. Con una lentitud desesperante, y bajo la acción continua de la aviación enemiga, comenzaron sus viajes como única posibilidad de alimentar nuestra ofensiva. Toda la zona de paso estaba bajo la nube de las explosiones de las bombas, que aunque no conseguían atinar al pequeño blanco móvil que constituía la compuerta, se cebaban en el material, que, mal enmascarado, esperaba su turno para atravesar el río.

El enlace telefónico con las unidades que avanzaban, era muy precario por las averías y cortes, en un terreno infestado de fugitivos enemigos. Los aparatos de radio eran pocos y su personal estaba poco entrenado. Por esto, el capitán Parga, con personal de Transmisiones y una camioneta, pasó a la otra orilla con la misión de establecer un centro de información avanzado en Ascó y luego en Fatarella, y ponerse en contacto personal con los jefes de la divisiones.

Esta lucha por las comunicaciones a través del río iba a pasar por el momento más crítico. Tan pronto como el enemigo tuvo conocimiento de la importancia de nuestra ofensiva, abrió sus presas de Tremp y Camarasa, provocando la primera crecida. A las dos de la tarde del día 26, comenzó a elevarse el nivel del agua del río y cuatro horas después, era de dos metros más arriba de lo normal. Aunque fue la inundación menos caudalosa de todas las que el enemigo iba a desencadenar durante la batalla, mantuvo durante casi 24 horas una incomunicación casi completa entre las dos orillas e hizo mucho más difícil el paso. El agua no descendió hasta su nivel acostumbrado, hasta las dos horas del día 28. La corriente arrastró los restos del destruido puente de madera y de hecho paralizó el tendido de nuevos puentes durante dos días. En cambio las pasaderas de flotantes de corcho, queda-

ron intactas, salvo pequeñas averías, porque se retiraron a tiempo, dejándolas tendidas a lo largo de la orilla. A pesar de la riada con lentitud aún mayor, y cambiando a cada momento las plataformas de embarque, la compuerta de Ascó, siguió haciendo sus recorridos.

En el sector del V Cuerpo, la crecida destruyó no sólo el puente de vanguardia de Ginestar, sino el puente de madera para cargas pesadas, que en esa misma zona había quedado listo para todo tránsito al mediodía del día 26 y que a las dos horas de funcionamiento había sido averiado por la aviación enemiga. Sin embargo, estos dos puentes habían permitido a Líster pasar a la otra orilla una parte de su material móvil, incluso tanques y artillería.

A media mañana llegaron a mi puesto de mando en el vértice Cantarranas, un grupo numeroso de jefes y oficiales enemigos prisioneros que nos enviaba la 35ª División. Los encabezaba el jefe de la media brigada de la 50ª División, capturado por la 13ª Brigada en Venta de Camposines. Todos se habían quitado las estrellas y nada en ellos recordaba a un militar. Usaban boinas y trajes de tipo deportivo de diferentes tonos obscuros. Nos miraban con no disimulada sorpresa, ya que yo tuve siempre especial cuidado en que todos mis oficiales estuvieran uniformados. Derrotados y deshechos en el frente, se encontraron con un ejército muy distinto de la turba de desarrapados que esperaban encontrar. Los tratamos con corrección y los enviamos en seguida al puesto de mando del Ejército del Ebro. Uno de los oficiales enemigos, alférez provisional, resultó conocido del capitán Luis Gullón, con el que había estudiado bachillerato en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid.

Aunque habíamos previsto muchas cosas en nuestra preparación, el gran número de prisioneros nos sorprendió por completo. Pronto llegaron a los cuatro mil y tuvimos que dedicar a su custodia gran parte del batallón de ametralladoras del Cuerpo. Luego los fuimos trasladando a Falset, donde sus campamentos fueron bombardeados varias veces por su propia aviación. Entre ellos, había varias decenas de oficiales que hicieron todo lo posible para disimularse entre los soldados, hasta que los fue descubriendo nuestro servicio de investigación.

En el flanco derecho de nuestro XV Cuerpo, la 42ª División trataba de pasar a la otra orilla el resto de sus unidades para reforzar a los dos batallones que tanto éxito habían tenido en el primer día de ofensiva. La 227ª Brigada recibió órdenes ya en la tarde del 25 para concentrarse en Almatret, después de la ocupación de Flix. La 59ª Brigada comenzó a concentrarse al este de Mora la Nueva, en la noche del 25 al 26, al recibirse noticias de la progresión del V Cuerpo. Los movimientos no podían ser rápidos extendidas las dos brigadas en un frente de unos cuarenta kilómetros, pero con la mayor rapidez posible se fueron trasladando en camiones hacia la zona de paso al norte de Fayón. La crecida complicó nuestros planes y el día 26 sólo cruzó el río un batallón más de la 226ª Brigada. Ese mismo día y luchando con la corriente, consiguió pasar en barcas una parte de la 227ª Brigada. Durante todo este tiempo el enemigo iba acumulando reservas y nuestras fuerzas se fortificaban en los Altos de Auts, sin que se entablasen fuertes combates. El tendido de la pasadera de flotantes de corcho quedó interrumpido por completo.

En la madrugada del 26, el 3er. Regimiento de Caballería comenzó a remontar por la orilla derecha del Ebro hacia la desembocadura del Matarraña. Al amanecer del día siguiente, cortó la carretera de Fayón a Pobla de Masaluca y luego, junto con las fuerzas de la 31ª Brigada, trató inútilmente de ocupar este último pueblo, encarnizadamente defendido por un batallón enemigo, que consiguió rechazar todos nuestros ataques al cementerio, punto clave de su defensa. Debido a lo accidentado del terreno la 31ª Brigada se había retrasado en su marcha, tuvo que desviarse de la dirección marcada y escoger un camino más largo a través de La Fatarella.

Más al sur, la 33ª Brigada, aclarada la confusión de La Fatarella, avanzó diez kilómetros el día 26, llegando al anochecer a Villalba de los Arcos, donde entabló combate con las fuerzas enemigas que tuvieron todo el día para organizar la defensa. Allí se retiraron restos de la 50ª División con el jefe de la media brigada que tenía el puesto de mando en La Fatarella y habían comenzado a llegar reservas de la retaguardia. Todo el día 27, la 33ª Brigada atacó, sin éxito y sin poder conquistar el pueblo.

Las brigadas 13 y 15 de la 35ª División, que habían sido detenidas frente a Gandesa, en la mañana del día 26, establecieron contacto con un batallón de la 11ª División del flanco derecho del V Cuerpo, en la altura 481 (Puig del Aliaga) al norte de la carretera de Gandesa a Pinell. De esta forma, todos los restos enemigos que pululaban aún por la Plana de Mora, quedaron casi cercados y su única salida era el intervalo de pocos kilómetros que existía entre las divisiones 3a. y 35. Hacia este callejón se dirigieron a la mitad del día unos 900 hombres de unidades derrotadas de la 50ª División y de un tabor de tiradores de Ifni. Estos fugitivos mataron a los ocupantes, menos un hombre que consiguió escapar, de un auto blindado nuestro que confiado se les acercó; amenazaron luego un escalón retrasado del Estado Mayor de la 13ª Brigada y pudieron haber aniquilado el puesto de mando de la 35ª División en Venta de Camposines, que estaba completamente indefenso. También hicieron prisionero a un motociclista que llevaba de pasajero al jefe de operaciones de la 15ª Brigada. Este era un oficial norteamericano de California, llamado Goddard, que había estado antes algunas semanas de oficial de enlace en mi Estado Mayor, tenía mucha personalidad y hablaba muy bien el español. Se puso al habla con el jefe de sus apresores y consiguió convencerlo de que estaban cercados y deberían rendirse, lo que hicieron en perfecto orden en el Estado Mayor de la 35ª División, donde había escasamente una docena de hombres y no todos armados. Este fue el último gran contingente enemigo hecho prisionero; pero durante varios días fueron cayendo en nuestro poder grupos pequeños de gente dispersa.

Debido a que el enemigo ocupaba la cresta aislada del Puig Caballé (709 m), al oeste de la Sierra de Pandols, que estaba además en la zona de acción del V Cuerpo, la 35ª División no tenía otra maniobra posible que tratar de envolver a la ciudad por el norte, lo que intentó el 26 y 27 sin éxito, ya que a medida que extendía su flanco derecho la 15ª brigada, el enemigo alargaba también el suyo, cada vez mejor guarnecido. Nuestra 11ª Brigada se incorporó al grueso de su división muy tarde para reforzar la acción ofensiva del flanco derecho de la misma, lo que obligó al fin, a la destitución de su jefe.

El V Cuerpo cumplidos sus primeros objetivos, no atacó desde el sureste a Gandesa por la carretera de Pinell, lo que no estaba en su misión, pero que la realidad del terreno exigía. Tampoco rebasó la ciudad por el sur y suroeste. Sus dos divisiones alcanzaron en el flanco derecho las muy escarpadas pendientes occidentales casi inaccesibles de la Sierra de Pandols, amenazando a Bot y en el flanco izquierdo llegaron al río Canaletas. A la vez, terminaba el 26 la limpieza de la Plana de Mora de Ebro y la ocupación de este punto.

Cuando al atardecer del día 26, la crecida nos había incomunicado con la otra orilla del río, llegó la orden del Ejército del Ebro para que pasara el río la 16ª División. Lo que 24 horas antes se hubiera podido realizar sin dificultad, era ahora, prácticamente imposible. En todo el día 27 no se consiguió tender al sur de Ascó la pasadera de flotantes de corcho. Sólo pudimos utilizar la compuerta por la que pasó escasamente un batallón de la 24ª Brigada. Al amanecer del día 28 estuvo lista la pasadera y empezó a pasar el resto de dicha brigada y luego durante toda la mañana, las otras unidades de la 16ª División, bajo el fuego constante de la aviación enemiga, cada vez más numerosa. Mientras en la mañana del 27 se habían reanudado los trabajos en el puente de hierro de Flix y al atardecer, en el puente de madera de Ascó, para cargas pesadas.

Temprano, en la mañana del día 28 decidí adelantarme al traslado del puesto de mando del Cuerpo y pasar a la otra orilla del río para visitar los estados mayores de las divisiones 3a. y 35. Crucé el río en una pequeña barca, junto con el jefe de la 16ª División, que resultó un hábil remero y con mi ayudante el teniente Nava. En Ascó nos estaba esperando el capitán Parga con su camioneta. Reiteré al mayor Mora la orden de acelerar el paso de su división y emprender la marcha de inmediato en dirección Venta de Camposines-Corbera, para entrar en combate en el hueco entre la 3a. y la 35 División, en dirección general al cruce de carreteras a Batea y Calaceite, que se encuentra al oeste de Gandesa.

El capitán Luis Gullón, debía realizar mientras tanto, el traslado del puesto de mando del XV Cuerpo a Fatarella, donde desde el día anterior había ya un centro de información y de transmisiones avanzado. Una central telefónica intermedia estaba

instalada en el túnel del ferrocarril al sur de Ascó. Al pasar por este punto vimos que ya se había trasladado allí parte del puente de pontones encontrado en Corbera. No podía pensarse en tender un puente completo por las perforaciones que habían sufrido parte de sus barcas durante el combate, pero con las que estaban útiles, se estaban preparando compuertas. También comprobamos que el puente de madera tenía ya tendida una tercera parte.

A la mayor velocidad posible fuimos por la carretera a Venta de Camposines, dejando a Ascó bajo el bombardeo casi constante de la aviación enemiga y pronto rebasamos a la 24ª Brigada que marchaba a los dos lados de la carretera. Guiados por el capitán Parga, pasamos el cruce y llegamos a Corbera, donde lo primero que vimos fueron los agujereados pontones del puente tomado al enemigo, que aún no se habían podido recoger. Llegamos sin dificultad, aunque la zona era también bombardeada por la aviación, a la cota 402 al norte del pueblo, donde desde la madrugada estaba el puesto de mando de la 35ª División. Allí nos informaron con detalle de la situación de las unidades.

La 11ª Brigada, bajo un nuevo mando, estaba avanzando en el flanco derecho de la división hacia la carretera de Villalba de Arcos a Gandesa, para envolver por el norte, este último punto. La 15ª Brigada iba a participar también en el ataque. El enemigo había recibido muchos refuerzos, como lo demostraba el aumento de fuego en los accesos a Gandesa, apoyados por unas 10-15 baterías; 2-3 veces más que el día anterior. Yo les expliqué la situación creada en los puntos de paso, les anuncié la próxima llegada de la 24ª Brigada, que ya había pasado el río y que para el día siguiente la 16ª División estaría ya entre la 3a. y la 35. El material móvil pasaría en cuanto estuviera terminado el puente de madera. Después salí con mis oficiales hacia La Fatarella, esta vez bajo el fuego de biplanos Fiat italianos que ametrallaban la zona en vuelos rasantes. Me preocupaba mucho la situación provisional del mando de la 3ª División. Al pasar de nuevo por Ascó, enormes columnas de humo negro se levantaban en el punto de paso de la compuerta. La aviación la había destruido junto con otra ya preparada con los pontones cogidos al enemigo. Era el cuento de nunca acabar.

En un barranco en dirección a Villalba de los Arcos, encontré el puesto de mando de la 3ª División. La dirigía el jefe de Estado Mayor, capitán Alberdi, ayudado por el comisario Carlos García. La 60ª Brigada había sido enviada al combate para envolver el poblado. El ataque estaba apoyado por una batería de obuses de 105 mm, que había pasado por la compuerta y algunos blindados. El enemigo había sido reforzado y contaba ya con varias baterías de artillería. Los informes daban una gran resistencia enemiga tanto en Villalba de los Arcos, como en Pobla de Masaluca, que atacaban de nuevo la 31ª Brigada y el 3er. Regimiento de Caballería. El problema creado por la enfermedad del mayor Cabezos, se resolvió provisionalmente, colocando en su puesto al mayor Domingo jefe de la 60ª Brigada.

Por la tarde del día 28, volví a Ascó donde el capitán Luis Gullón había instalado el puesto de mando en el túnel del ferrocarril. La aviación enemiga no había dejado de actuar en todo el día y el túnel estaba atestado de heridos que no podían ser evacuados. Ya estaba en funcionamiento otra compuerta hecha con los pontones de Corbera, y pasaba y repasaba el río bajo las bombas. Todos los modelos de aviones de bombardeo italianos y alemanes se habían dado cita sobre nuestras cabezas; pero nuestra defensa antiaérea los obligaba a volar a gran altura. Aviones Heinkel III alemanes y una escuadrilla de bimotores italianos Fiat BR-20 (uno de los cuales fue derribado por las baterías Bofords de 40 mm), se dieron a la tarea de impedir la terminación del puente de madera, sin conseguir averiarlo. Cuando ya anochecía mandaron en misión suicida un viejo trimotor Junker, al que vimos aparecer de repente a baja altura, cogiendo de sorpresa a nuestra defensa antiaérea, soltó una sola bomba que destrozó varios tramos y consiguió huir sin ser tocado. De todas formas la noche ya estaba próxima y nada podía impedir ya la terminación de la obra. Sin embargo, las explosiones habían removido el fondo del río, los caballetes del puente no tenían apoyo firme, y nuestro jefe de Ingenieros nos dio la mala noticia de que los tanques no pasarían todavía porque podían destruir el puente; tendrían que esperar la terminación del puente de hierro de Flix.

En la noche del 28 al 29, el puesto de mando del XV Cuerpo se estableció en las proximidades de La Fatarella. A la tensión

nerviosa de los últimos días, se había unido el esfuerzo físico de un día entero en constante movimiento, bajo el ardiente sol de julio. Me encontraba al borde del agotamiento más completo. Me tendí en una camilla y quedé completamente dormido, pero a los pocos minutos me despertó el capitán Francisco Gullón. Sin muchas esperanzas, le había yo pedido su traslado al general Rojo, el 24 de julio. Mi antiguo oficial venía del Estado Mayor del general Miaja en Valencia, donde había seguido bajo las órdenes del teniente coronel Garijo. Se nos incorporaba en un momento muy necesario, cuando todos estábamos en el límite de nuestras fuerzas. Lo pusimos por tanto, a trabajar de inmediato. Encabezaría la sección de información y Parga sería su colaborador. Eran muy amigos y esto no creaba ningún problema. Llegaron en estos momentos los últimos informes de las unidades. La 42ª División estaba ya casi toda en la orilla derecha del río. A las 8 de la mañana del día 28 la pasadera de flotantes de corcho, había sido tendida al fin y por ella cruzó el resto de la 227ª Brigada. Esta unidad había atacado inmediatamente sin apoyo de artillería y fue rechazada, sin embargo se habían hecho algunos prisioneros de la 18 bandera de la Legión Extranjera y de un batallón del regimiento de Mérida No. 16. Estaba terminando de pasar el río la 59ª Brigada que atacaría al día siguiente en dirección a Fayón y, prácticamente, todo el XV Cuerpo de Ejército estaba ya al oeste del Ebro, lo que hace sólo unos días nos parecía lejano e inalcanzable.

La ofensiva de las divisiones 3a. y 35, se había detenido ante un enemigo con mayor potencia de fuego. Tendrían que repetirla al día siguiente con el apoyo de la 16ª División. Terminado el puente de madera para cargas pesadas de Ascó, en unas horas, hasta el amanecer pasaron más de doscientos vehículos, con todo lo imprescindible para el aprovisionamiento de las fuerzas; el resto de los blindados; la artillería de apoyo directo, las ambulancias, etc. La crisis de las comunicaciones a través del río estaba de hecho vencida. Cuando con las primeras horas del día llegó la aviación enemiga y destruyó el puente no nos preocupamos mucho, ya que faltaba poco para que estuviera listo el puente de hierro de Flix.

El 29 de julio nuestros intentos de avanzar se vieron contrarrestados por una resistencia del enemigo cada vez más fuerte y más organizada, bien apoyada además por artillería y aviación. No dio resultado el ataque de la 59ª Brigada de la 42ª División sobre Fayón. En este ataque participó también la 227ª Brigada; pero el enemigo contraatacó apoyado por sesenta aparatos de bombardeo, contra las posiciones de la 226ª Brigada en Altos de los Auts. Tampoco consiguieron éxito los de la 3ª División en Pobla de Masaluca y Villalba de los Arcos. La 16ª División no aprovechó como debía la noche del 28 al 29 y todas mis órdenes para acelerar su marcha durante el día resultaron inútiles por la acción constante de la aviación enemiga. Sólo una de sus brigadas, la 24, estaba ya al amanecer en el flanco de la 35ª Divisi6n, pero nada pudo hacer más que esperar al grueso de la división. Hubo que dejar la ofensiva a Gandesa para el día siguiente, pues la 35ª División empezaba a notar el desgaste de los combates ininterrumpidos.

Un poco antes del amanecer del día 30, vimos la larga hilera de luces de los camiones que empezaban a, pasar por el puente de hierro de Flix, a toda marcha y sin cumplir las reglas de enmascaramiento. Hasta las diez de la mañana estuvieron pasando tanques y artillería, que el Estado Mayor Central había autorizado cruzar a la orilla derecha para apoyar nuestra ofensiva. Luego el puente fue averiado por la aviación enemiga. Pero los momentos críticos habían sido rebasados. Muchas veces más fueron destruidos puentes y las crecidas nos plantearon problemas, pero nuestros heroicos ingenieros restablecieron siempre el paso antes de que las reservas de materiales de la orilla derecha se agotasen. A lo largo de toda la batalla, nunca nos causó problemas tener el río a la espalda y su paso estuvo cada vez mejor asegurado.

El 30 de julio nuestros ataques fueron de nuevo infructuosos en todo el frente. La 16ª División se encontró con reservas muy numerosas del enemigo que se desplegaban en esa dirección, la más peligrosa para él de todo su dispositivo. La 24ª Brigada consiguió ocupar algunas posiciones contrarias, pero su avance estuvo mal apoyado por la artillería y el de la 23 fue muy lento. A la derecha de la 16, la 3a. División atacaba encarnizadamente Villalba de los Arcos, sin conseguir ocuparla. Delante de Gandesa

la 13ª Brigada trataba de envolver la ciudad por el norte, consiguiendo llegar hasta 500 metros de la misma. Por el sur, actuaba la artillería de la 11ª División y seis de sus tanques avanzaron por la carretera de Pinell, atravesaron las líneas enemigas y llegaron casi hasta Gandesa; pero no eran seguidos por infantería y regresaron a su línea de partida. Nuestros ataques estaban sostenidos por el grupo de artillería de apoyo directo "Ana Pauker", 9 piezas de 76 mm, que unidas a las 9 de 75 mm tomadas al enemigo, hacían un total de 18 cañones. Las numerosas baterías pesadas y ligeras del adversario eran ya suficientes para atender a todos los sectores y nos abrumaban con su gran superioridad de fuego. En cambio su aviación seguía concentrando su acción en los puntos de paso. Ya cerca del mediodía un contraataque contra el flanco izquierdo de la 35ª División creó una situación crítica que resolvió la oportuna introducción al combate de la 2a. Compañía de tanques que acababa de incorporarse.

A las 24.00 horas del día 30 de julio recibimos la orden del Ejército del Ebro, según la cual se creaba el sector Centro--Gandesa bajo el mando del jefe de la 35ª División, en cuya composición entraban además de esta unidad, la 16ª División y dos brigadas del V Cuerpo, la 100 de la 11ª y la 101 de la 46. Este sector quedaba subordinado directamente al teniente coronel Modesto. Su ataque iba a ser apoyado por 72 piezas de artillería, 22 tanques y 23 autos blindados. Como hacía falta algún tiempo para preparar la ofensiva, el día 31 de julio se empleó en terminar todos los preparativos. Sin embargo, el comienzo de la ofensiva, fijado para las primeras horas de la mañana del 1 de agosto, sufrió retrasos a causa de las averías sufridas en la red de transmisiones de nuestra artillería por el intenso fuego de contrabatería enemigo.

Por fin nuestra aviación hizo acto de presencia bombardeando el noroeste de Gandesa a las ocho de la mañana con 9 aparatos ligeros ("delfines", aviones antiguos de la Marina norteamericana), desapareciendo con rapidez, antes de que llegaran las grandes bandadas de centenares de aviones contrarios que, como los días anteriores soltaban su carga sólo sobre los puntos de paso, dejando en paz a nuestras tropas que se aprestaban para el asalto.

La ofensiva del sector Centro-Gandesa trataba de envolver a ese centro de comunicaciones por el norte y por el sur, única maniobra posible. Sin embargo, no prosperó a pesar de todo el empeño demostrado por nuestros soldados, porque el enemigo tenía ya superioridad en infantería, artillería de apoyo y cañones antitanques para rechazar nuestro avance. En el flanco izquierdo del sector las brigadas agregadas del V Cuerpo, fueron contraatacadas y tuvieron incluso que replegarse. Los ataques simultáneos de la 3ª División sobre Villalba de los Arcos fueron muy enérgicos pero sólo consiguieron atraer reservas y el fuego de la artillería enemiga. A primeras horas de la noche del día 1 de agosto, el Ejército del Ebro dio la orden de pasar a la defensiva en todo el frente.

En ocho días de ofensiva, el Ejército del Ebro, había conseguido ocupar una extensa cabeza de puente afirmada sólidamente con sus dos flancos en el río. La línea de fuego, donde teníamos contacto con el enemigo alcanzaba 40 kilómetros y la profundidad hasta el río tenía un promedio de 20. Es decir, se conquistaron unos 800 km cuadrados que el enemigo iba a tardar en recuperar tres meses y medio, después de múltiples contraofensivas. Con el armamento recogido a la destrozada 50ª División del Cuerpo de Ejército Marroquí, pudimos armar, en gran parte, a nuestra 43ª División, llegada del Pirineo. La 42ª División mantenía también la pequeña cabeza de puente que había ocupado al norte de Fayón, sólo 20 km cuadrados pero que amenazaban comunicaciones vitales para el enemigo.

Aunque al cruzar el río nuestras bajas fueron mínimas, los ataques, sin apoyo de artillería, a un enemigo fortificado, sobre todo en Villalba de los Arcos y Gandesa, nos habían causado graves pérdidas, que alcanzaron en el XV Cuerpo, más de nueve mil, entre muertos, heridos y desaparecidos. De nuestro batallón de Ingenieros, la tercera parte de sus efectivos había sido víctima de los bombardeos constantes de la aviación enemiga, cuando atendían los medios de paso. En total, el Ejército del Ebro había perdido unos doce mil hombres.

El enemigo había traído reservas de todos los frentes, especialmente del de Levante, donde tuvo que renunciar definitivamente a su ofensiva sobre Valencia. A finales de julio en el boletín

de información del XV Cuerpo aparecían localizadas, más o menos completas, las siguientes unidades enemigas: 82ª División del Cuerpo de Ejército de Galicia, en Fayón; la 102ª División en Pobla de Masaluca; la 74ª División en Villalba de los Arcos (de la que formaba parte el tercio de requetés de Nuestra Señora de Monserrat, uno de los primeros refuerzos llegados al sector); la 13ª División, en Gandesa; la 84ª del Cuerpo de Ejército de Galicia y la 4ª División Navarra en las estribaciones de la Sierra de Pandols, frente a nuestro V Cuerpo. Tres divisiones procedían de Levante (4, 82 y 84); dos habían llegado de frentes alejados (74 y 102), y la sexta (13) se encontraba ya allí en reserva desde antes del comienzo de nuestra ofensiva. También se identificaron toda una serie de batallones sueltos, que procedían de unidades muy diversas, traídos a toda prisa en los días álgidos de nuestra ofensiva. La resistencia de todas estas unidades estaba apoyada por unas trescientas piezas de artillería de diversos calibres y una aviación cada día más numerosa. Toda esta enumeración de fuerzas es completamente suficiente para explicar que nuestro avance fuera frenado y finalmente detenido.

CAPITULO VI

LA RESISTENCIA EN EL EBRO Y EN CATALUÑA

Conocíamos muy bien la mentalidad del alto mando enemigo, manifestada en todos los episodios de la guerra, de sacrificar sin vacilar miles de sus hombres por razones de prestigio, para recuperar el terreno perdido, aunque sus contraofensivas no estuvieran justificadas por razones estrictamente militares. Por eso estábamos seguros de que sobre nuestra cabeza de puente se iban a lanzar todas sus fuerzas disponibles, para hacernos pagar cara nuestra osadía. Con lo que no contaba el enemigo era con nuestra resistencia a ultranza, que convirtió la batalla del Ebro en una terrible lucha de desgaste. Seguramente que desde el primer momento pensó que expulsarnos del territorio conquistado iba a ser difícil y costoso, pero no supuso que nos íbamos a aferrar de tal manera a cada pedazo de terreno. Esto entraba ya dentro de la estrategia del gobierno republicano, esperando que se produjera un cambio en la situación internacional, tan desfavorable para nosotros.

El ejército republicano en otros frentes debía haber apoyado nuestra resistencia con operaciones de mayor o menor envergadura y eso es lo que no se hizo, a pesar de las órdenes que recibió para ello el Grupo de Ejércitos de la zona centro-sur, que alegando escasez de material no montó ninguna operación importante. En realidad, no teníamos más alternativa que aceptar la batalla defensiva. Si nos hubiéramos retirado de la cabeza de puente sin combatir hubiéramos sufrido una derrota moral horrible, que hubiera permitido al enemigo acabar en pocos meses en uno u otro

orden, con las zonas de Cataluña y centro-sur sucesivamente y celebrar su desfile de la victoria, quizás medio año antes.

Pero el enemigo tuvo otra posibilidad de la que nadie habla, ya que el vencedor siempre escribe la historia a su gusto. Una vez que cruzamos el río y conquistamos la cabeza de puente, estábamos ya amarrados a nuestras posiciones. Lo más sencillo para nuestros adversarios hubiera sido dejarnos allí y dirigir su atención principal a la dirección Lérida-Barcelona, sin dejar de presionarnos para mantenernos inmóviles y no dejarnos sacar reservas. El camino para la ocupación de Cataluña estaba libre y el Ejército del Ebro, si no se replegaba rápidamente, hubiera terminado cercado y cautivo. De este modo hubieran alcanzado la victoria mucho antes y muchos miles de sus soldados hubieran escapado al destino que los llevó a la muerte en el fondo de algunos de los innumerables barrancos que tenían que cruzar para atacar nuestras posiciones bajo nuestro fuego de barrera.

En la cabeza de puente principal, el XV Cuerpo recibió el sector desde la desembocadura del Matarraña, junto a Fayón, hasta las estribaciones meridionales de la Sierra de La Fatarella, al sur de Villalba de los Arcos. A nuestra izquierda el V Cuerpo cubría el frente desde Gandesa por las estribaciones occidentales de la Sierra de Pandols, hasta la desembocadura del río Canaletas. Nuestro cuerpo se constituía con las divisiones 3ª, 16ª, 42ª y 60ª y la 135ª Brigada.

Adoptamos el siguiente orden de batalla: la 42ª División en la cabeza de puente entre Mequinenza y Fayón, la 60ª División (procedente del XVIII Cuerpo) y la 35ª Brigada en la primera línea, la 3ª División en la parte norte de la segunda línea, del Ebro al vértice Gaeta (548 m), entre Villalba de los Arcos y Fatarella; la 16ª División en el resto de la segunda línea, y el batallón de ametralladoras del XV Cuerpo de reserva en Fatarella. Las divisiones 3ª y 16ª tenían dos brigadas en el primer escalón y una en reserva. Es decir, en el sector norte de nuestra gran cabeza de puente, el XV Cuerpo con un total de diez brigadas, mantenía cuatro en primera línea y seis escalonadas en profundidad. Llegamos a la conclusión de que la única dirección posible para el golpe principal del enemigo era a lo largo del camino Villalba de los Arcos-Fatarella. Si el enemigo rompía aquí el frente, sería

contraatacado con dos divisiones, la 3ª desde el nordeste y la 16 desde el suroeste. El puesto de mando del XV Cuerpo estaba junto a Fatarella donde podíamos seguir todo el desarrollo de los combates en los puntos clave de nuestra defensa.

Ya el día 30 de julio se nos había agregado la 224ª Brigada de la 60ª División para relevar el 3er. Regimiento de Caballería que pasaba a la reserva general. La 60ª División recién organizada procedía del XVIII Cuerpo de Ejército, sus cuadros eran del PSUC (comunistas) cedidos por la 27ª División y sus soldados eran jóvenes de la quinta de 1941, nada fogueados y había con frecuencia casos de deserción al enemigo. La 135ª Brigada se había organizado en Barcelona con soldados del Ejército del Este que en la ofensiva enemiga de marzo se habían visto obligados a pasar a Francia donde pidieron ser repatriados a la zona republicana. La 16ª División tenía un jefe anarquista, con una brigada de la misma significación: la 149ª, sus otras dos brigadas, 23ª y 24ª, procedían del Ejército del Centro y tenían parecidas características a las de nuestra 3a. División.

Empezó para nosotros un trabajo febril de reagrupación y atrincheramiento. Recibimos dos batallones de fortificaciones, el 8 y el 16, y algo más tarde el 22. El batallón de Ingenieros del Cuerpo fue relevado de los puntos de paso y se destinó a reforzar las defensas en la dirección principal. Le dimos una especial atención a las barreras antitanques, por las condiciones favorables del terreno para el avance de los carros de combate. Estos cuatro batallones de zapadores fueron verdaderos héroes anónimos de las batallas. Armados sólo con picos y palas, alambre de espino y toda clase de materiales defensivos, convertían en una noche cualquier sector que se les encomendara en un fortín inexpugnable. Naturalmente, que en los trabajos de atrincheramiento participaban también los soldados; tanto los infantes como los artilleros se enterraban profundamente preparándose para el ataque enemigo.

Mientras tanto, teníamos una gran preocupación por nuestra 42ª División. Sus posiciones al norte de Fayón en una zona desierta, sin agua ni vegetación, no tenían la solidez necesaria para resistir los futuros ataques enemigos. Además los accesos al río, en las orillas, eran muy difíciles y los únicos medios de paso seguían siendo las barcas y la pasadera de flotadores de corcho,

línea zigzagueante que nunca pudo destruir la aviación enemiga. Todo el 16° Batallón de Fortificaciones fue destinado a la construcción de pistas en la zona de Almatret y fueron enviados allí tres pontones de los recogidos en Corbera para tender una compuerta que sacara la batería de 155 mm conquistada al enemigo, con sus tractores, ya que existía el peligro de que éste la recuperara.

Nuestros cañones rígidos emplazados en Almatret, y un grupo de 105 mm enviado de refuerzo, se averiaban unos tras otro y no podían apoyar eficazmente a nuestra infantería. A la desesperada el 2 y 3 de agosto la 59ª Brigada siguió su ofensiva anterior, hacía Fayón, conquistó algunas posiciones, pero el enemigo contraatacó nuevamente y tuvimos que cedérsela de nuevo. El 4 y 5 de agosto nuestras fuerzas fueron atacadas repetidamente en los Altos de los Auts, clave de todo el sector, pero mantuvieron sus posiciones derribando con fuego de infantería a varios aviones del enemigo. Este, sin embargo, había ya concentrado la 82ª División y parte de la 102ª, y el 6 de agosto asestó el golpe decisivo apoyado con 200 aviones, 100 tanques y 60 piezas de artillería. Las posiciones de la 226 y 227 fueron aplastadas bajo una preparación que duró hasta las diez de la mañana y el enemigo ocupó los Altos de los Auts, desde donde podía bajar en media hora a los puntos de paso y aniquilar a toda la 42ª División.

En previsión de los acontecimientos, la noche del 5 al 6 de agosto, la compuerta recién instalada había pasado a la orilla derecha la batería motorizada de 155 mm. Ante la eventualidad del repliegue, se estaban concentrando al oeste de Almatret barcas tomadas de otros sectores. Yo mismo me trasladé desde La Fatarella y estaba junto con el jefe de la 42ª División en su puesto de mando en la orilla derecha del Ebro, cuando recibimos al mediodía, el parte de la pérdida de los Altos de los Auts. Inmediatamente le di la orden de contener a toda costa al enemigo y preparar el repliegue por la noche a la orilla izquierda. El mayor Manuel Alvarez, en esta ocasión demostró, una vez más, sus cualidades de jefe. La retirada de la 226 fue detenida, el enemigo satisfecho o indeciso disminuyó su presión, sus tanques volvieron a sus bases y todo se fue preparando para retroceder al anochecer.

Al volver a cruzar el Ebro en barca, una vez restablecida la situación, fuimos ametrallados por un biplano Fiat. El capitán

Francisco Gullón, el teniente Nava y yo, tuvimos que salir corriendo al llegar a la orilla izquierda, hasta un bosquecillo, donde el avión arrojó pequeñas bombas, tratando de alcanzarnos. Luego a campo traviesa bajo un sol abrasador marchamos, hasta el segundo escalón del puesto de mando de la 42ª División. Mis dos oficiales, agotados y enfermos, perdieron el conocimiento y tuve que seguir yo solo, también al borde del derrumbamiento físico, para pedir ayuda.

Durante la tarde recibí buenos informes del mayor Alvarez. Ya faltaban pocas horas de luz, los soldados resistían en sus posiciones hasta que llegara el momento del repliegue, la pasadera seguía intacta, y gran cantidad de barcas, muchas de las cuales no fue necesario utilizar, se concentraron cerca del río para asegurar el paso de toda la división. Hacia las 24 horas del 6 de agosto, con el mayor orden y organización, la 42ª División volvió a la orilla izquierda. El enemigo seguía bombardeando nuestras antiguas posiciones el día 7 por la mañana, prueba de que no se dio cuenta de nuestra retirada. Desde el día 25 de julio hasta repasar el río, la 42ª División había sufrido cerca de tres mil bajas, pero no quedó materialmente deshecha como aseguran los historiadores oficiales enemigos, ya que sin recibir refuerzo alguno, ni de hombres ni de armamento, iba a jugar todavía un importante papel en la batalla del Ebro. En realidad el enemigo perdió una magnífica oportunidad para aniquilarla y la 42ª División escapó hábilmente de una trampa mortal.

Concluida así esta primera contraofensiva del enemigo que aseguraba su flanco izquierdo, preparó la segunda, contra el V Cuerpo en la Sierra de Pandols. Desde el 30 de julio al 2 de agosto, la 84 división enemiga había ocupado algunas estribaciones de la Sierra y cruzado el río Canaletas. En la noche del 6 al 7 de agosto, la 27ª División, procedente del XVIII Cuerpo y agregado al V, había relevado a la 35, que pasó a la reserva del Ejército del Ebro. Después de varios tanteos, el día 13, con un golpe de mano audaz, antes del amanecer había ocupado el Racó del Abadejo, con la cota 705, la más alta de la Sierra de Pandols. Todos los contraataques de la 11ª División en aquel terreno escabroso, con acantilados cortados a pico, fracasaron. Las granadas de artillería y las bombas de aviación deshacían en miles de fragmentos las

formaciones rocosas, convirtiendo en un infierno todo el sector. Los combates siguieron encarnizados el 14 y el 15 y en la noche de este último día la 35ª División relevó a la 11 que se había agotado en sus contraataques. Además de la 84ª División el enemigo introdujo al combate en esta zona a la 4a. División Navarra. La contraofensiva de la 35, detuvo el avance enemigo y aunque los combates duraron varios días la situación quedó estabilizada.

Nuestra aviación, que ya el 3 y el 4 de agosto, había hecho pequeñas incursiones con aparatos de bombardeo, comenzó a actuar eficazmente desde el día 12. Nuestros cazas llegaban en número de 20-40 (moscas y chatos), pero los cazas enemigos (Heinkel y Fiat) que siempre les doblaban en número los arrastraban lejos de la zona del Ebro, sin dejarles cruzar la vertical del río. Mientras tanto, nuestros bombarderos, de 3 a 9, penetraban sin protección a través de la terrible y eficaz barrera de las negras explosiones de las granadas de los cañones alemanes antiaéreos de 88 mm, bombardeaban a toda prisa y antes de que pudieran escapar eran atacados por otros cazas alemanes, Messerschmitt, que a gran altura esperaban un momento adecuado para caer sobre su presa. Casi siempre alguno de nuestros aparatos de bombardeo era derribado y teníamos que observar con rabia e impotencia, como se estrellaba, mientras la tripulación, que trataba de salvarse en paracaídas, era también ametrallada por los cazas enemigos.

A pesar de lo desigual del combate ya no estábamos completamente indefensos por el aire y contábamos en mi Estado Mayor con un oficial de aviación al que podíamos solicitar apoyo. Cada día sobrevolaban el frente trescientos aparatos enemigos y un centenar de propios, que fueron reduciéndose, mientras el enemigo, mucho mejor aprovisionado fue aumentando el número, llegando a 500 y 700 aviones diarios en sus últimas ofensivas. Contra nosotros llegaron a actuar también los bombarderos alemanes en picado, Junkers-87 (Stukas) y los Breda italianos.

Por aquellos días, visitó mi puesto de mando de La Fatarella, un coronel inglés, agregado militar de la Embajada de su país en España. Venía de uniforme, acompañado por dos oficiales del Ejército del Ebro. Hablaba relativamente bien el español, aunque con el terrible acento característico de los británicos. Recuerdo que

me obsequió una botella de whisky escocés y demostró una enorme curiosidad que nosotros satisfacimos en la medida de lo posible. Al marcharse, nos manifestó de todas las formas posibles, la admiración que le inspiraba nuestra tan desigual lucha, contra un enemigo tan fuerte.

Soroka me informó aquellos días de la victoria soviética en el lago Josan no lejos de Vladivostok, junto a la frontera con Manchuria y Corea. Los japoneses habían tratado de ocupar unas colinas y el Ejército Rojo los había hecho retroceder. Pero prestábamos poca atención entonces a lo que pasaba en el mundo, sobre todo a lo que ocurría en el Extremo Oriente donde el Japón seguía su lenta conquista de China. Nos importaba mucho más prepararnos a resistir la próxima contraofensiva del enemigo que teníamos enfrente.

* * *

En la tarde del día 18, fui citado al puesto de mando del Ejército. Allí estaba el general Rojo, que delante de Modesto, me comunicó, solemnemente, que ahora me llegaba a mí el turno de aguantar la próxima contraofensiva. En efecto, el enemigo, sin ocultarse de nuestros observatorios y sin tomar la más mínima precaución de enmascaramiento, estaba concentrando en la zona de Villalba de los Arcos, por lo menos tres divisiones que al mando del general Vigón iban a llevar a cabo su tercera contraofensiva. Además de las tropas en camiones, habíamos visto muchos cañones y hasta 100 tanques. Los movimientos se hacían fuera del alcance de nuestra precaria artillería, que de 70 piezas, había descendido a 25-30 y en ocasiones, por las múltiples averías, a 10-15. Al volver a mi puesto de mando, encontramos en el cruce de Venta de Camposines el enorme embudo de la explosión de una bomba de 500 kilos lanzada por un avión en picado.

Al amanecer del día 19, la artillería enemiga, reforzada con la del Cuerpo de Ejército Italiano, empezó su preparación contra las posiciones de la 84ª Brigada (en el flanco izquierdo de la 60ª División) y de la 135ª Brigada. Al mismo tiempo, su aviación atacó emplazamientos artilleros, puestos de mando y vías de co-

municación. A la vez, tiraban miles de impresos donde anunciaban la crecida que iban a provocar en el río y nos invitaban a rendirnos. Sin embargo, aquel día los ataques fueron limitados y sólo consiguieron, con apoyo de 10 tanques, ocupar la cota 562, al norte de Villalba de los Arcos. Al anochecer, la riada había subido 3.5 metros el nivel de las aguas, llevándose los puentes de Flix, Mora de Ebro y Ginestar. Quedamos casi incomunicados durante 38 horas, pero esto no iba a afectar nuestra defensa, ya que todos los servicios y depósitos del XV Cuerpo hacía tiempo que estaban instalados dentro de la cabeza de puente.

El día 20 de agosto, el enemigo volvió a emplear a fondo toda su artillería y aviación y penetró en el enlace entre la 84 y la 135 brigadas, atacando por la retaguardia a esta última, que casi cercada y aniquilada, retrocedió en desorden, al infiltrarse los tanques. El jefe de la 16ª División consiguió detener al enemigo en la segunda línea que ocupaba la 23 y la 24 brigadas. Los ataques del día 21, apoyados por la misma potencia de fuego, no tuvieron éxito, pero en la noche siguiente, preocupado por la inestabilidad de la 84ª Brigada, la relevé por la 31 de la 3a. División, con órdenes de contraatacar por el flanco norte de la penetración enemiga.

El 22 de agosto el enemigo volvió a repetir su preparación demoledora contra la segunda línea y al mediodía, con ayuda de unos 50 tanques, rompió el frente de la 16ª División y en un ataque por sorpresa ocupó el vertice Gaeta (548 m) defendido por un batallón de la 33ª Brigada de la 3a. División, sin dar tiempo a que llegara el batallón de ametralladoras del XV Cuerpo que iba a reforzarlo. La 16ª División retrocedió en desorden, comenzando el repliegue la 149ª Brigada que estaba en segundo escalón y ni siquiera había entrado en fuego. En cambio, algunos grupos de la 23 y 24 que estaban en primera línea, no abandonaron sus puestos y en ellos se dejaron matar, retrasando así la penetración del enemigo. Por fortuna hubo tiempo de retirar los emplazamiento de artillería del vértice Gaeta, pero dejamos allí tres tanques averiados. La 33ª Brigada, con ayuda de mi batallón de ametralladoras inició, inmediatamente, el contraataque, logrando ocupar parte de la cima. La 60ª Brigada de la 3a. División, mandada por el mayor Acevedo, fue enviada hacia el sur a tapar

el hueco producido, logrando enlazar al anochecer con la 124ª Brigada de la 27ª División enviada con la misma misión de sur a norte desde Corbera. Tres o cuatro mil hombres de la 16ª División fueron recogidos desperdigados, cuando perdida toda disciplina trataban de pasar el Ebro.

La aviación enemiga no dejó de bombardear durante todo el día todos los accesos al frente, en los alrededores de nuestro puesto de mando, que estaba instalado junto a La Fatarella, en un pequeño pajar difícil de enmascarar en terreno descubierto. El 23 de agosto el enemigo atacó duramente nuestras posiciones de la cota 544 junto al vértice Gaeta y, a pesar del apoyo intenso de su artillería y aviación, no pudo avanzar un solo paso. Trataron inútilmente de utilizar los tanques; pero el terreno no permitía ésto y perdieron algunos. Tampoco su infantería pudo atravesar el barranco que los separaba de las laderas, ocupadas por la 60ª Brigada más al sur, aunque abandonada la segunda línea nuestros soldados tenían que defenderse heroicamente a campo abierto, sin fortificar. Incluso incendiaron y se apoderaron de un tanque ruso con tripulación italiana que por segunda vez cambiaba de dueño. Con fuego de tierra fue también derribado un biplano Fiat, que ametrallaba nuestras fuerzas.

Nuestra artillería tenía muy buenos observatorios y en el momento crítico fijaba a la infantería enemiga. Yo había tenido que trasladar mi puesto de mando a un lugar menos expuesto y desde uno de esos observatorios, cerca de nuestras baterías, estuve todo el día contemplando el combate, con el jefe de Estado Mayor del Ejército del Ebro, coronel Sánchez Rodríguez y el comisario del mismo, Luis Delage. Quedamos impresionados de cómo los soldados de la 3a. División aguantaron la avalancha de fuego de la artillería y de aviación que se desplomó sobre ellos durante toda la jornada, y, sin embargo, llegó la noche sin que hubieran cedido ni un metro de tierra al enemigo.

El general Franco que observaba también el combate desde una altura cerca de Villalba de los Arcos, debió convencerse de que no tenía ante sí la perspectiva de una victoria fácil, sino la de una lucha encarnizada y decidió dar por terminada su contraofensiva, cuando ya no nos quedaban más reservas en la zona de ataque que la 13ª Brigada de la 35ª División, que apresurada-

mente se había trasladado en la noche del 22 al 23 al cruce de Venta de Camposines. En cinco días de ataque el enemigo había roto un frente de unos siete kilómetros de ancho penetrando sólo 2-3 kilómetros en nuestro dispositivo. En la mañana del día 27, toda la 35ª División se encontraba ya de reserva detrás de nuestro flanco izquierdo y los batallones de Ingenieros habían mejorado sensiblemente la nueva línea que ocupaba la 3a. División. El peligro había pasado.

Las unidades del general Vigón sufrieron graves pérdidas. La 102ª División volvió al frente de Extremadura, siendo relevada por la 152ª, hasta entonces de reserva en Tremp. La 82 quedó en posiciones al norte de Villalba, y hasta octubre no volvió a intervenir en los combates. La 74 intervino de nuevo en la siguiente contraofensiva enemiga, pero pronto fue relevada debido a su desgaste, y pasó a la reserva, donde se estuvo reorganizando casi hasta el final de la batalla del Ebro. Nuestras bajas también fueron grandes, unas 8,000, principalmente de la 16ª División y de las brigadas 84, 135, 33 y 60.

En nuestra retaguardia se había resuelto a mediados de agosto una crisis parcial en el gobierno de Negrín, debida al decreto que ponía bajo su dirección toda la industria de guerra de Cataluña, que hasta entonces se encontraba bajo el control del gobierno de la Generalidad, y a otras medidas sobre la administración judicial. Dimitieron los ministros Ayguadé e Irujo, que representaban en el gobierno a los nacionalistas catalanes y vascos, respectivamente, descontentos por lo que consideraban una intromisión del gobierno central. Negrín, apoyado por los comunistas los sustituyó por un miembro del PSUC y otro del pequeño grupo izquierdista Acción Nacionalista Vasca.

* * *

El 3 de septiembre volvió a reanudar su ataque el enemigo, esta vez bajo el mando inmediato del general García Valiño. En esta cuarta contraofensiva, atacaron inicialmente la 1ª División Navarra en la Sierra de Lavall de la Torre, a su izquierda la 13ª División y más al norte, en el enlace entre nuestros cuerpos XV y V la 74ª División, pronto relevada por la 4a. División Navarra.

En una segunda etapa, en el sector del Gaeta atacó la 152ª División. Esta vez la preparación artillera y aérea del enemigo fue todavía más intensa y duró seis horas sobre las posiciones de la 27ª División agregada al V. Cuerpo. Además, los cañones antiaéreos alemanes de 88 mm no muy ocupados en rechazar a nuestra aviación, sistemáticamente atacaban blancos terrestres, con gran eficacia por lo concentrado y rápido de su tiro. Diariamente sobrevolaban el frente hasta 700 aviones enemigos, que no nos daban un momento de reposo. Más de cien tanques estaban también preparados para adentrarse en nuestras líneas, en el terreno favorable del Valle de Corbera. Eran la mayoría tanquetas italianas y tanques ligeros alemanes, Mercedes, que compensaban con el número la falta de calidad, y algunos tanques rusos con cañón, de los perdidos por nuestras fuerzas en combate y luego reparados.

La 27ª División fue materialmente aplastada en el primer día de combate y su ala derecha cedió enseguida, ya que además estaba flanqueada desde las alturas que había perdido unos días antes la 16ª División. Al día siguiente, 4 de septiembre, los combates se desarrollaban ya cerca de Corbera, que, envuelta por el norte, fue ocupada el día 5, a pesar de que el V Cuerpo había introducido al combate su reserva, la 11ª División, para apoyar a la 27. Tuve que ordenar varios contraataques para hacer frente al peligro que el avance enemigo suponía para el flanco izquierdo del XV Cuerpo. En la noche del 5 al 6 de septiembre, nuestras fuerzas no sólo lograron ocupar posiciones al este de Corbera, sino que se replegaron y el enemigo por la mañana amenazaba las alturas occidentales de la Sierra de Lavall de la Torre y la propia Sierra de Caballs con el vértice del mismo nombre (660 m). Nuestro frente estaba roto en varios kilómetros y habíamos perdido todas nuestras posiciones frente a Gandesa.

Fue este uno de los momentos más críticos de la batalla del Ebro que el teniente coronel Modesto resolvió mandando su batallón especial de ametralladoras al vértice Caballs, ordenando al V Cuerpo que su 43ª División flexionara su flanco derecho y ocupara la vertiente norte de la Sierra de Caballs e introduciendo al combate a la reserva, la 35ª División, que entró en fuego de una manera audaz. Parte de sus unidades para ganar tiempo,

se acercaron al frente en camiones, de día, a pesar del peligro que representaba la artillería y la aviación enemigas. A pesar de todas estas medidas, perdimos las cotas 368 y 362, al norte de la carretera general y las cotas occidentales de la Sierra de Lavall de la Torre, 565 y 551.

Mientras tanto se había estado realizando un complicado reagrupamiento, para reconstruir la reserva del XV Cuerpo. La 12ª Brigada, reserva de la 45ª División del V Cuerpo, que cubría la orilla izquierda del Ebro del río Canaletas al mar, relevó a los restos de la 16ª División que ocupaban la cota 467, al sureste del Gaeta. La 16ª División pasó al sector frente a Mequinenza y Fayón en sustitución de la 42ª División todavía débil, que ocupó el lugar de la 60ª División en el sector de Pobla de Masaluca, para seguir su reorganización. La 60ª División relevó, a su vez, a las otras dos brigadas de la 45, que fue agregada al XV Cuerpo.

Este complejo movimiento de tropas era imprescindible, para poder disponer de las unidades que podían dar el mejor resultado en los terribles combates que se estaban desarrollando. La 45ª División estaba, prácticamente intacta y sus brigadas internacionales, la 12 (italiana) y la 14 (francesa), seguían teniendo muchos voluntarios extranjeros, aunque la mayoría de sus soldados eran ya españoles. En cambio, su 139ª Brigada era por completo española. Esta división estaba mandada por uno de los jefes legendarios de las Brigadas Internacionales, el único que quedaba de los que habían participado en la defensa de Madrid y en todas las grandes batallas de nuestra guerra, el teniente coronel Hans Kahle, alemán. Yo lo había conocido en El Escorial, en una de sus visitas a Dumont, jefe de la 14ª Brigada. De elevada estatura, su porte militar estaba realzado por su uniforme siempre impecable. Hablaba correctamente español, con un ligero acento y en su conversación se apreciaba a un hombre simpático y culto. No se llevaba bien con Líster, su jefe de cuerpo, y Modesto no ocultaba una gran prevención contra él. Era natural que, en un principio, se considerase mejor preparado y más capaz que cualquiera de los improvisados jefes del ejército republicano a los que tenía que someterse por las condiciones de nuestra guerra. Pero esto ya no regía en la batalla del Ebro, pues ya todos éramos veteranos. Mis relaciones personales con Hans, mientras estuvo a mis órdenes

fueron bastante frías y la situación me obligó muchas veces a exigirle más de lo que él podía cumplir, como tenía que hacer en esos días difíciles con todos mis subordinados; pero cuando la situación de su unidad fue crítica recibió de mí la máxima ayuda que pude prestarle.

El día 6 de septiembre la 45ª División, que había relevado a la agotada 60ª Brigada, pudo ya iniciar sus contraataques, sobre el flanco izquierdo de la cuña enemiga en el Valle de Corbera. De esta forma, el XV Cuerpo pudo ayudar a la 35ª División para cerrar la brecha que se había formado en el frente. El día 7, algunas fuerzas de la 11ª División, que todavía ocupaban la cota 424 en la Sierra de Lavall de la Torre, dejaron sus posiciones que casi fueron ocupadas por el enemigo, pero de nuevo la 35ª División contraatacó y la situación fue restablecida con ayuda del tremendo fuego de ametralladoras y morteros de 81 mm del batallón especial del Ejército del Ebro. En la tarde de ese día Modesto ordenó la formación de un sector centro, que se retiraba de la jurisdicción del V Cuerpo y se ponía directamente a sus órdenes. Quedaron afectos a este sector la 35ª División, unos 20 tanques, el batallón especial del Ejército y toda la artillería posible sacada del V y del XV Cuerpo.

Todo el día continuaron los combates. El enemigo con un golpe de mano tomó la cota 536, al este de la 368, donde enlazaban las divisiones 45ª y 35ª. Por la tarde, la 35ª División trató, inútilmente, de recuperar la cota 565, pero consiguió frenar el ímpetu del ataque enemigo. En su flanco derecho, la 13ª Brigada reconquistó, al fin, la cota 362 haciendo 40 prisioneros. Por la noche, la 14ª Brigada relevó a la 13ª dentro de los límites de la zona de acción asignada al XV Cuerpo.

El 9 de septiembre nuestro adversario resolvió asegurar el flanco izquierdo de su cuña, amenazando por los contraataques que nuestra 45ª División había realizado los tres días anteriores. Para ello, introdujo al combate su 152ª División en dirección vértice Gaeta-Valle de Vilavert (más al sur de la 4a. Navarra, que ya había relevado a la 74) y la 13ª División en la carretera general. Después de la acostumbrada preparación artillera y de aviación, la infantería contraria se abalanzó sobre nuestras divisiones 3ª y 45ª, siendo varias veces rechazada. Cuando al fin en un

nuevo intento ocupó algunas posiciones, nuestras unidades consiguieron recuperarlas. En esta defensa activa se distinguió, especialmente, la 12ª Brigada. La 25ª División no sólo rechazó los asaltos de la 13ª enemiga, apoyada por tanques, a la cota 287, al norte de la carretera general, sino que averió varios carros de combate enemigos. Un batallón atacante sufrió también un terrible descalabro en un intento en la región del camino al Mas de Albarés al sur de la carretera general, hacia la Sierra de Lavall de la Torre. Era evidente que la 1a. División Navarra que actuaba en esa zona había llegado al límite de sus fuerzas.

El 10 de septiembre, el enemigo aplastó con su fuego nuestra primera línea en el flanco izquierdo del XV Cuerpo de Ejército y ocupó parte de la cota 544 ocupada por la 3ª División, donde perdimos dos tanques, y un espolón con las cotas 471 y 441, que baja desde el vértice Gaeta hacia el sureste. La parte inferior de este espolón, junto a la carretera general cotas 368 y 362, ya había sido conquistada por el enemigo cuatro días antes. Toda la zona de los combates era un infierno de fuego y de explosiones, hasta el punto de que nuestra línea telefónica con la 45ª División fue averiada y reparada esa mañana, 83 veces. Las divisiones 3ª y 45º contraatacaron en furiosos combates y aunque no pudieron reconquistar las posiciones perdidas, detuvieron en seco el avance del enemigo, aunque pagaron un alto precio. La 3ª División tuvo 800 bajas.

A la vez, la 35ª División intentó de nuevo durante todo el día, ocupar las posiciones de la 1a. División Navarra en la cota 565 y aunque sus esfuerzos fueron inútiles, decidieron al alto mando enemigo a dar un descanso a sus fuerzas y organizar una nueva contraofensiva. En total, habían avanzado unos 3-4 km en un frente de 8-9 km de ancho, empleando cuatro divisiones y una verdadera masa de tanques, artillería y aviación, y de nuevo se encontraban ante una muralla tan fuerte como la que habían acabado de dominar. Después de tres días de combates locales, el frente entró en un corto período de relativa calma.

Nuestra artillería se había portado en todos estos combates con el heroísmo inigualable que la caracterizó durante toda la batalla. Las pocas piezas útiles entraban en acción para desencadenar el fuego de barrera siempre que era necesario, sin impor-

tarles ni la aviación ni la contrabatería enemigas que trataban de acallarla. Nuestros tanques en pequeños grupos, también tuvieron una actuación eficaz en apoyo de la infantería e inmovilizaron el grupo blindado del Cuerpo de Ejército Italiano, que nunca tuvo oportunidad de penetrar por las brechas abiertas en el frente. Nuestra aviación, enfrentada a un número muy superior de aviones contrarios, aumentaba al máximo posible el número de servicios diarios de sus aviones de caza, y seguía mandando sus escasos bombarderos a misiones arriesgadas, con la muerte casi segura para sus tripulantes.

Nuestros batallones de Ingenieros fortificaban de noche las nuevas líneas de defensa, mientras los infantes dormían agotados por los combates. Los puntos de paso del río funcionaron siempre con relativa normalidad a pesar de la atención que nunca dejó de prestarle la aviación enemiga, cuyas incursiones tropezaron siempre con nuestra limitada, pero activa, defensa antiaérea. Finalmente, nuestros servicios de aprovisionamiento y evacuación, cumplieron su misión sin dejarse impresionar por el bombardeo constante de las vías de comunicación.

La noche del 13 al 14, la 27ª División, que había sufrido bajas muy serias, abandonó la cabeza de puente. Con ella marchó su 124ª Brigada, cuya colaboración en mi flanco izquierdo (primero con la 60 y luego con la 14ª Brigada) había sido siempre muy valiosa. En su lugar, se nos agregó la 44ª División del XII Cuerpo, a cuyo frente estaban el mayor Pastor y el comisario Expresate, buena unidad, que no queríamos empeñar directamente en un sector activo. Por esto, relevó a la 42ª División, la cual a su vez ocuparía el lugar de la 3ª y ésta pasaría a formar la reserva del XV Cuerpo. El V Cuerpo reconstituyó también su reserva con la 46ª División sustituida en sus posiciones del río Canaletas por la 11ª División, que había sido reorganizada a toda prisa.

Al amanecer del día 14 de septiembre, el paso por el puente de hierro de Flix había quedado interrumpido por la crecida de turno provocada por el enemigo, que duró esta vez poco más de 24 horas, llegando a alcanzar el agua unos dos metros sobre el nivel normal. Ni las riadas ni los bombardeos podían con nuestros ingenieros, que con gran habilidad, tardaban un tiempo inverosímil en reparar los desperfectos. Los talleres del Ejército del Ebro,

trabajaban día y noche para fabricar el material necesario. La zona Ascó-Flix estaba dotada de un puente metálico simple primero y doble después (mucho más resistente sobre sus tres filas de soportes); la cortina de la presa mientras fue practicable; un teleférico para 20 toneladas (cuyo material se encontró almacenado en Flix); tres compuertas de pontones y un puente de vanguardia para tenderlo de noche y que nunca fue necesario utilizar. La zona de Mora de Ebro-García, tenía un puente de hierro en el primer punto y, desde el primero de octubre, el puente del ferrocarril de García. Por último, la zona Miravet-Ginestar un puente pesado de madera, luego sustituido por uno de hierro, un puente de vanguardia para tendido nocturno y un pequeño teleférico. Ese puente de vanguardia fue el que dio origen a las historias sobre los "puentes invisibles" de los republicanos.

La utilización de la cortina de la presa fue una solución original. Para ello se volaron las compuertas de los aliviadores y se abrió al máximo la cámara de turbinas, con lo que quedó en seco la corona con una pista de ocho metros de ancho. Sobre los aliviadores se tendieron puentes de 4 y 9 m empotrados en las paredes del dique y sobre la cámara de turbinas uno de hierro de 30 m. Así quedó listo un medio de paso seguro donde las bombas sólo hacían pequeños embudos, que eran rellenados con facilidad. Desgraciadamente, fue destruido por la erosión de la corriente, en unas aberturas que nuestros ingenieros abrieron en el cuerpo del muro, para dar salida al agua durante las avenidas y no suspender el funcionamiento del puente.

Nuestras fuerzas al retirarse a primeros de abril habían volado el puente de ferrocarril de García, pero sólo uno de sus tramos, así que fue relativamente fácil repararlo. Ya a fines de julio, funcionaba un paso para peatones y se comenzó a reconstruir el tramo que faltaba de 50 metros de largo a 18 m sobre el lecho del río. Para facilitar el trabajo se levantó una pilastra intermedia de hormigón. A la vez se prepararon los accesos al puente, el camino de García a Mora la Nueva en la orilla derecha del río, y una pista nueva que unía Ascó con Mora de Ebro, cubierto con la escarpada orilla izquierda. Cuando a primeros de octubre quedaron listas estas obras, contamos con un puente que no podía ser dañado ni por bombardeos ni por riadas y una comu-

nicación entre los cuerpos XV y V que hacía perder su importancia táctica al cruce de Venta de Camposines, objetivo principal de las contraofensivas enemigas.

A mediados de septiembre se reincorporó Simarro y Luis Gullón, ya ascendido a mayor, que había desempeñado con gran eficiencia el cargo de jefe de Estado Mayor, volvió a su puesto de jefe de operaciones. Desgraciadamente, Simarro nos ocultó que no estaba curado y que regresaba contra el consejo de los médicos.

Durante los días 15 y 16 de septiembre la actividad en los frentes del Ebro fue casi nula. El día 16, solamente un aparato de reconocimientos enemigo, Dornier 17, escoltado por cuatro aparatos de caza, sobrevoló el frente. Aprovechamos la calma para reforzar nuestras posiciones sobre todo en el sector de la 45ª División.

El día 17 hubo síntomas de que el próximo objetivo a defender iba a ser la cota 496, guarnecida por la 12ª Brigada. Comenzaron sobre ella intensos bombardeos de artillería y aviación, que al día siguiente se extendieron a sus dos flancos. Este mismo día dos batallones de la 50ª División ocuparon por sorpresa la cota 136 junto al río Matarraña, pero nuestro contraataque los obligó a retroceder. El día 19, con la misma distribución de divisiones de infantería que había utilizado en sus ataques anteriores, el enemigo comenzó su quinta contraofensiva contra las divisiones 3ª y 45ª, especialmente contra esta última. Llegó a apoderarse de la cota 426, que fue recuperada con un contraataque de la 14ª Brigada apoyada por la artillería de la 35ª División. Durante todo el día, cerca de 400 aparatos de bombardeo estuvieron ametrallando y bombardeando nuestras posiciones, que al llegar la noche seguíamos manteniendo íntegras. Para reforzar la 45ª División le agregué mi batallón de ametralladoras, pero el coronel Hans en vez de utilizarlo en el punto neurálgico de su defensa, la cota 496, lo repartió entre sus brigadas. Esa noche, en vista de que el ataque enemigo me impedía seguir con mi plan de relevos, concentré la 42ª División detrás del flanco derecho de la 45.

El 20 de septiembre nuestra cota 496 fue sometida a la preparación artillera más larga y mortífera de toda la batalla del Ebro. Desde las 6 a las 13 horas, el fuego no cesó ni un

segundo y cuando se trasladó al sur a la cota 477, todo el bosque que cubría la 496 había desaparecido por completo. Era una altura devastada, con algunos troncos aislados, astillados y sin ramas. En la tarde, el enemigo consiguió ocupar dichas cotas, después de haber aniquilado a sus defensores. En la cota 496, se mantuvo hasta lo último una sección de mi batallón de ametralladoras al mando de un oficial oriundo de Peguerinos y veterano de la 30ª Brigada. Cuando ya la 45ª División la daba por perdida, allí seguía el grupo de valientes defendiendo la cima, hasta que los pocos sobrevivientes se replegaron con su oficial gravemente herido.

En una extensión de un par de kilómetros estaba roto el centro del dispositivo de la 45ª División. A la derecha, la 139ª Brigada mantenía aún sus posiciones y lo mismo a la izquierda la 14ª; pero la 12ª estaba completamente agotada. Tuve, por tanto, que introducir al combate, aquella misma noche, a la 226ª Brigada de la 42ª División, mandada por el mayor Ortiz, para tratar de recuperar las cotas perdidas. Al romper el día 21, el enemigo trató de descender por los espolones de la cota 496 y extendió su ataque con la 1a. División Navarra, apoyada por tanques, a todo el sector de la 35ª División, después de una gran preparación artillera. La 226ª Brigada, se aferró en su contraataque a abruptas pendientes este y sureste de la cota 496 estando a cubierto de la artillería y la aviación por las características del terreno. En cambio la 14ª Brigada, atacada de flanco por el norte, perdió sucesivamente las cotas 426 y 377 y sólo pudo conservar la 356. Mas al sur, la 35ª División conservó la cota 287 y todas sus demás posiciones.

El día 22, nuestros adversarios arrebataron a la 14ª Brigada la cota 356. La 35ª División, después de violentísimos combates en que rechazó repetidos ataques de tanques, infantería y hasta caballería, evacuó por la noche la cota 287 y las avanzadas del Molino de Farriols, al sur de la carretera general.

Esa misma noche, la 42ª División relevó el resto de la 45 y ocupó el sector llamado del Coll del Coso. El día 23 siguió el enemigo sus ataques a ambos lados de la carretera, conquistando la cota 281. Durante la noche, la 35ª División, cuyo jefe, mayor Pedro Mateo Merino, acababa de ser ascendido a teniente coronel, fue relevado por la 46, del V Cuerpo, que volvió a hacerse cargo del

sector. El ritmo de los combates fue decayendo y el 26 de septiembre se paralizaron por completo al empezar unos días de lluvia.

Nuestro Ejército de Levante había emprendido el 19 de septiembre una ofensiva en el sector de Viver. Aunque las primeras líneas enemigas llegaron a estar comprometidas, un contraataque de la división italiana "23 de Marzo", realizado el día 21, restableció la situación. Durante toda la batalla del Ebro el enemigo mantuvo en reserva a las divisiones italianas y sólo en esta ocasión se vio forzado a utilizar una de ellas.

Aprovechamos la relativa pausa en las operaciones para reorganizarnos, fortificar y prepararnos a recibir el nuevo ataque enemigo, que no se iba a hacer esperar. De nuevo nuestros batallones de Ingenieros trabajaron por las noches transformando las cotas de Coll del Coso en fuertes posiciones defensivas con toda clase de obstáculos. En la región del Gaeta, la 3ª División, con el tiempo transcurrido, había convertido su sector en un fortín inexpugnable.

Las bajas sufridas en la batalla se iban acumulando y aunque muchos heridos leves se incorporaban pronto a sus unidades, el desgaste sufrido era muy grande, sobre todo, por lo que respecta al XV Cuerpo, en la 42ª División y en la 60ª Brigada de la 3ª, donde muchos batallones tenían escasamente cien combatientes. En mejor situación estaban la 31 y la 33 brigadas de la 3a. División. La 44ª División estaba prácticamente intacta. En cuanto a nuestra 35, a cuyo cargo estuvieron siempre las misiones más difíciles y peligrosas de todo el Ejército del Ebro, había sufrido cerca de 4,000 bajas y tuvo que desprenderse además a finales de septiembre de todos los internacionales, unos dos mil, a los que había que añadir numerosos heridos no graves, que ya no se reincorporarían a nuestras filas. En total, al irse los internacionales perdíamos más de tres mil veteranos admirables, en su mayoría cuadros de mando, ya que cumplimos lealmente con el compromiso adquirido por el gobierno republicano, de retirar a todos los voluntarios extranjeros. En sustitución de ellos la 35ª División recibió unos 3,500 hombres, en su mayoría desertores, ex-prisioneros amnistiados y reclutas movilizados de quintas antiguas. De la 45ª División del V Cuerpo, también marcharon, por el

mismo motivo, otros 3,000 internacionales. En total, el Ejército del Ebro perdió de un golpe más de 6,000 soldados de primerísima clase.

El batallón especial del XV Cuerpo había tenido muchas bajas mientras combatía agregado a la 45ª División, tanto en hombres como en material, muchas ametralladoras quedaron enterradas en las cotas que arrasó la artillería y la aviación enemigas. Entre los supervivientes había también internacionales, procedentes de la 35ª División, que debían dejar el frente. Les hicimos una pequeña despedida en mi puesto de mando de La Fatarella. De los cuatrocientos internacionales que se nos incorporaron en mayo, quedaban sanos unos cincuenta, a los que abrazamos emocionados, antes de que subieran a los dos camiones que bastaron para trasladarlos a Falset. A pesar de que sentíamos su marcha, nos alegraba mucho verlos partir vivos y con honor, de una batalla en la que habían combatido heroicamente, y no podíamos apartar la vista del camino hacia Ascó, por donde los camiones descendían veloces para eludir a la artillería enemiga, que batía periódicamente la región. No podía pensar en reorganizar lo que quedaba de ese batallón, así que decidí disolverlo e incorporar sus elementos a la 35ª División, la más necesitada en ese momento de cuadros experimentados.

* * *

En los últimos días de septiembre llegó el momento crítico para el cual habíamos estado tratando de ganar tiempo. Desgraciadamente, la crisis se resolvió en perjuicio nuestro. Cuando la situación estaba al borde de la guerra y Francia y Checoslovaquia movilizaban tropas, Chamberlain y Daladier capitularon en Munich ante Hitler, entregándole Checoslovaquia.

Nunca comprendimos cómo los checoslovacos, que podían poner en pie de guerra cuarenta magníficas divisiones, se rindieron sin combatir. Su ejército era en ese momento más fuerte numérica y técnicamente que el alemán, que aún no había completado su rearme. Si hubiese hecho frente a su enemigo, los gobiernos inglés y francés hubieran tenido que reconsiderar su decisión, ya que en sus países muchos no estaban conformes con la política

de apaciguamiento del fascismo. Al aceptar Checoslovaquia su derrota sin combatir, lo que iba a conducirla a su desaparición como estado intependiente, todos los que en Francia y en Inglaterra querían defenderla, no pudieron siquiera intentarlo.

Fueron presiones enormes las que obligaron a los checos a aceptar su suicidio, pero eso no los libra de culpa. La Unión Soviética condicionaba en sus tratados que ayudaría a Checoslovaquia si Francia e Inglaterra también lo hacían. Pero si el ejército checoslovaco hubiera luchado, tampoco la Unión Soviética se hubiera cruzado de brazos, al crearse para ella una situación estratégica completamente favorable. Precisamente el temor a una situación de esta naturaleza, fue lo que impulsó a los gobiernos francés e inglés a abandonar a sus aliados checoslovacos, al sobrestimar, en el juego de las potencias, el peligro ruso sobre el peligro alemán.

Si Checoslovaquia, sin tomar en cuenta las intromisiones extrañas, hubiera luchado por sobrevivir, podría haber alterado todo el curso de la Segunda Guerra Mundial que no hubiera empezado tan favorablemente para Alemania. Si el mundo occidental reaccionó después y no dudó en aliarse con Rusia, también lo hubiera podido hacer antes en mejores condiciones. Aunque todos en la España republicana comprendimos que en el pacto de Munich nos habían sacrificado a nosotros, al mismo tiempo que a Checoslovaquia, no se nos ocurrió en ningún momento dejar de luchar, ni abandonar nuestros frentes. Un cambio a nuestro favor en la situación internacional era cada vez más improbable; pero nosotros seguiríamos adelante.

Uno de estos días de relativa calma, nos visitó en el puesto de mando de La Fatarella el famoso escritor Ilya Ehrenburg. Tenía un aire cansado y de preocupación. Yo intenté explicarle algo de nuestra situación general, pero él me cortó bruscamente diciendo que sólo le interesaban anécdotas de la batalla. Creo que no pude contarle ninguna. Tenía entonces la cabeza llena de números de cotas, de divisiones, de tanques y de bajas... Mi comisario, Fusimaña, hizo lo posible por contentarlo.

El 2 de octubre, el enemigo comenzó su sexta contraofensiva, apoyado por la masa habitual de su artillería y aviación; su golpe principal fue a lo largo de la Sierra de Lavall de la Torre. Atacó

su 82ª División que había sido relevada en el sector de Villalba de los Arcos por la reorganizada 50ª División. La 4ª División Navarra se había corrido hacia el norte y relevado del sector del vértice Gaeta a la agotada 152ª División, que marchó al frente de Levante. Delante de las estribaciones sur del Coll del Coso, seguía lo poco que ya quedaba de la 13ª División. La 46ª División, después de dos días de combates, perdió su primera línea y el fracaso de su contraataque para recuperarla dio lugar a que el enemigo se apoderara con rapidez, una tras otra, en dos días más, de las cotas de la Sierra de Lavall de la Torre, hasta la 321, ya próxima al cruce de Venta de Camposines. Precisamente, en aquellos días, el ejército alemán ocupaba sin resistencia la región de los Sudetes.

De nuevo tuvo que reagruparse el XV Cuerpo en medio de los combates. La 35ª División, sin darle tiempo a reorganizarse después de la marcha de los internacionales, fue enviada al sector Pobla de Masaluca-Villalba de los Arcos, para relevar a la 44ª División, la cual se concentró en el flanco izquierdo del cuerpo. Cuando la situación se agravó al atacar y ocupar el enemigo las cotas meridionales de Coll del Coso, desde el oeste y el sur, defendidas por la 42ª División, la 44 entró en línea contraatacando con una de sus brigadas, apoyada por varios tanques, en dirección a la cota 282. El enemigo no trató de avanzar más allá del cruce de Venta de Camposines, que no ocupaba materialmente, pero dominaba con su fuego, y se volvió contra el flanco izquierdo del XV Cuerpo, firmemente establecido a lo largo de la carretera de La Fatarella. Al este del cruce con la carretera a Ascó, la 44ª División enlazaba con la 45, que en plena reorganización, había tenido que relevar a la 46, cuyo jefe, Valentín González, "El Campesino", fue separado del mando.

El enemigo sustituyó, al fin, a la 13ª División, por la 53, procedente del Cuerpo de Ejército de Aragón, y desde el 8 al 20 de octubre, la fue lanzando, batallón tras batallón contra las posiciones de las divisiones 42 y 44. A pesar del tremendo apoyo acostumbrado de material con que el enemigo reforzaba sus ataques cada vez concentrados en un frente más reducido, sólo pudo conquistar algunas trincheras, en parte de la cota 503 en el kilómetro 4 de la carretera de La Fatarella al cruce de Venta de

Camposines, a costa de enormes pérdidas. Nuestra artillería cada vez más escasa, tenía unas magníficas posiciones que enfilaban al profundo barranco, por donde la infantería contraria trataba inútilmente de remontarse a través de las barreras de explosiones.

El 20 de octubre, comenzaron de nuevo las lluvias y se detuvieron los combates. En cuatro contraofensivas (de la tercera a la sexta), nuestros adversarios habían conseguido penetrar en el enlace entre los cuerpos XV y V en una profundidad de 10 km, formando una cuña que en su base tenía unos 12 km y en su punta apenas 2. Su ritmo de avance, contando los días de operaciones activas y no los intervalos para reorganización, no llegaba a 250 metros por día. La configuración del frente era muy desfavorable para el enemigo, metido en el fondo de un gran saco, flanqueado al norte por las estribaciones sur de la Sierra de La Fatarella y al sur por la Sierra de Caballs.

Una vez más reorganizamos las fuerzas del XV Cuerpo. La 44 se corrió al noroeste y relevó a la 42ª División y a la 60ª Brigada de la 3a. División, que eran las unidades más agotadas, y a cinco batallones del Ejército del Este, que habíamos recibido de refuerzo las últimas semanas. A la 42ª División se incorporaron 1,000 reclutas movilizados y a la 60ª Brigada 500. Estos 1,500 sumados a los 3,500 que se agregaron a la 35ª División, dan un total aproximado de 5,000 hombres, que fue todo lo que recibió el XV Cuerpo durante toda la batalla del Ebro, para reponer bajas varias veces mayores. A las brigadas 31 y 33 de la 3a. División no sólo no se les mandó entonces un solo hombre, sino que tuvieron que desprenderse de veteranos escogidos para ayudar a encuadrar a la 35ª División.

En el sector del cruce de Camposines, tres batallones de fortificación y el batallón de Ingenieros del cuerpo, junto con la infantería de la 44ª División, prepararon una sólida línea de resistencia y con los rieles arrancados a la línea del ferrocarril de Flix-Ascó-García, prepararon barreras antitanques infranqueables. El 8º Batallón de fortificación reforzaba mientras tanto, la cabeza de puente reducida, Ribarroja de Ebro-Fatarella-Ascó. Desgraciadamente, nadie pensó en fortificar las pendientes meridionales de la Sierra del Aguila, mirando hacia Mora de Ebro, prolongación

natural de la línea del XV Cuerpo, si algo ocurría al V Cuerpo a nuestra izquierda.

En uno de estos días de calma relativa, preparó el Dr. Negrín presidente del gobierno, una visita al frente del Ebro. Nos avisaron que el domingo 23 de octubre pasaría revista a fuerzas de los cuerpos V y XV. Luego el Ejército del Ebro le ofrecería una comida en Poblet, donde estaban concentrados los voluntarios internacionales, a quienes se despedía antes de salir para Barcelona. Toda la mañana estuvimos esperando la visita en Ascó. Habíamos designado fuerzas de la 226ª Brigada, del mayor Antonio Ortiz, para que fueran revistadas por el Dr. Negrín. Eran los soldados que habían detenido al enemigo en las estribaciones de la cota 496. Cerca de las dos de la tarde, nos avisaron que la comitiva se había retrasado en la visita al V Cuerpo y que ya no quedaba tiempo para nosotros. Nuestro disgusto fue grande y mayor aún la desilusión de los soldados que esperaron toda la mañana.

Fusimaña y yo marchamos al puesto de mando del Ejército del Ebro, para asistir a los actos que iban a celebrarse. Llegamos, naturalmente muy tarde, cuando ya se estaba acabando la comida y dentro de los límites que la subordinación y la disciplina nos exigían, hicimos constar que estábamos ofendidos por el desaire hecho a nuestras tropas. En cuanto nos fue posible, fuimos a mezclarnos con los internacionales, los héroes de la jornada, a los que habían servido la comida en largas mesas en los patios y calles del monasterio. Estuve conversando con muchos de ellos y un rato sentado con el escritor alemán Ludwig Renn.

Antes de abandonar Poblet, Modesto, recién ascendido a coronel, me llamó para comunicarme que a petición de la JSU, debía marchar inmediatamente a Madrid para asistir a una reunión del Comité Nacional. Dada la calma temporal que reinaba en el frente, me resultaba muy agradable apartarme unos días de la tensión horrible a que había estado sometido los últimos meses. Volví a La Fatarella, entregué el mando al teniente coronel Manuel Márquez, militar profesional que estaba agregado sin puesto fijo al Ejército del Ebro, y aquella misma noche marché a Barcelona. Visité a Carmen en casa de su familia y después fui al Estado Mayor Central a recoger la autorización para mi viaje. En el

Ministerio de Defensa, Julián Zugazagoitia me entregó los documentos para el avión de las Líneas Aéreas Postales Españolas (LAPE) que todas las noches volaba de Barcelona a Albacete. Conseguí también que mandaran un radiograma al Grupo de Ejércitos de la zona Centro-Sur, para que pusieran un automóvil a mi disposición.

Al amanecer del martes 25 de octubre, el bimotor Douglas en que viajaba, aterrizó en Albacete. Ningún vehículo me esperaba. Fui a ver al comandante militar y a media mañana me entregaron un minúsculo automóvil italiano. Decidí trasladarme en él a Valencia para que me lo cambiaran, ya que temía no poder llegar con él a Madrid. En Valencia encontré habitación, casualmente, en un hotel abarrotado, y a la mañana siguiente, bien temprano, salí para la capital, ya en un coche más decente. Cuando me presenté en el local de la Comisión Ejecutiva de la JSU, después de saludar a Claudín, al que no veía desde hacía mucho tiempo, me enteré que la reunión había sido suspendida. No me quedaba más que volver a Cataluña; pero antes Claudín quiso organizar una reunión de jefes militares para que yo les hablara de la batalla del Ebro. Di muchas vueltas por la ciudad repleta de soldados y oficiales, acompañado por el guardia de asalto José del Rey, ahora mayor y jefe de brigada. Pude charlar un rato con mi primo Valero Serrano Tagüeña, en una de las brigadas del frente de Madrid. Me aturdía el bullicio como a un provinciano que llega a un gran centro de población.

El día 29 de octubre la prensa de Madrid publicó la entusiasta despedida que Barcelona había dado, el día antes a los voluntarios internacionales que abandonaban el país. Los sobrevivientes de tantas batallas, desfilaron por última vez, sin armas, entre las aclamaciones de la multitud. Eran poco más de diez mil. De ellos, sólo cerca de cinco mil pudieron marchar a sus países respectivos: franceses, ingleses, norteamericanos, el resto eran emigrados y perseguidos políticos a los que ningún país aceptaba y menos el suyo propio y tuvieron que permanecer en Cataluña hasta el final de la guerra.

La reunión sobre la batalla del Ebro se celebró el 31 de octubre por la tarde, con un grupo de jefes de diversas unidades, a quienes relaté cómo se desarrollaron las fases ofensiva y defensiva

de la operación. Cuando terminé, Claudín me informó que el parte de guerra de Barcelona del 30, comunicaba el comienzo de la séptima contraofensiva enemiga. La Sierra de Caballs había sido terriblemente bombardeada desde el amanecer por una enorme masa de artillería y aviación y se combatía en sus crestas principales. Aunque el parte no daba detalles, comprendí que toda la parte sur de la cabeza de puente, sector del V Cuerpo, estaba en peligro. Si se perdía la Sierra de Caballs, no sería posible tapar la brecha producida y por ella se lanzaría el enemigo hacia el río. Aquella misma noche Claudín me llevó a Albacete en su automóvil, y allí tuve una violenta discusión con el oficial encargado de los vuelos a Barcelona, que no quería dejarme salir basándose en ciertas órdenes de prioridad que tenía para alumnos de academias militares, que se trasladaban a Cataluña. Tuve que poner un telegrama al Estado Mayor del general Miaja y así al amanecer del día 2 de noviembre llegaba de vuelta a Barcelona.

En el Estado Mayor Central me informaron que el ataque del día 30, lo había realizado una agrupación de banderas de la Legión Extranjera y de tabores de Regulares mandada por el coronel marroquí Mohamed El Mizzian, jefe de la 1a. División Navarra.

Los días siguientes, el enemigo había completado la ocupación de la Sierra de Caballs y comenzado a descender hacia el río, ampliando los bordes de la brecha, para penetrar con todo el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, divisiones 1a. Navarra, 82, 74 y 84.

Al anochecer del mismo día de noviembre, estaba ya de nuevo en La Fatarella y me hice cargo del mando del XV Cuerpo de Ejército. Al pasar por Poblet, el coronel Sánchez Rodríguez me informó de la grave situación en el sector del V Cuerpo, donde el enemigo había ensanchado y profundizado su zona de ruptura y preparaba un golpe decisivo para llegar al río. La mitad de mi reserva, la 42ª División, con dos brigadas, 59 y 227, estaban siendo agregadas al V Cuerpo. Al día siguiente, el enemigo apoyado por tanques, ocupó Pinell y salió al Ebro cortando en dos pedazos el sector del V Cuerpo. Al sur, quedaban aisladas una brigada de la 11 y otra de la 43ª División y cuatro batallones agregados del Ejército del Este. Por la noche pasaron felizmente, a la orilla izquierda, frente a Benifallet. El 4 de noviembre entró al combate

la 42ª División defendiendo Miravet. El enemigo consiguió al anochecer ocupar el pueblo y el 5, sus tanques estaban ya en Benisanet, tres km al sur de Mora de Ebro. Dos días después, se apoderó de Mora de Ebro y de la Sierra de la Picosa y empujó a nuestras fuerzas hacia el norte a las estribaciones meridionales de la Sierra del Aguila, en un débil frente de unidades dispersas. Allí había mandado todas mis reservas: la 60ª Brigada de la 3ª División y la 226 de la 42.

El mismo día 7, el XII Cuerpo del Ejército del Ebro, inició una operación local, en el sector de Serós, cruzando el río Segre, avanzando unos tres kilómetros y haciendo unos 800 prisioneros. A la vez, el Ejército de Levante atacaba en la dirección Nules-Sagunto, en un intento tardío para atraer la atención y las reservas del enemigo, pero estos esfuerzos resultaron inútiles. Al anochecer de ese día fui llamado a un puesto avanzado del Ejército del Ebro, situado en la orilla derecha del río en la prolongación de la Sierra del Aguila al norte de García. El coronel Modesto me ordenó tomar el mando sobre todas las fuerzas del V Cuerpo, ya que esta unidad había perdido todo su sector y se estaba combatiendo en el del XV. Realmente, no tenía sentido que dos Estados Mayores estuvieran actuando en un sector tan reducido y con sus unidades mezcladas. Las instrucciones generales eran: resistir al máximo pero no permitir que nuestras unidades fueran aniquiladas. Por lo demás, recibí completa libertad de acción para defender la cabeza de puente de la orilla derecha del Ebro que quedaba en nuestro poder.

Inmediatamente, marché al puesto de mando del V Cuerpo. Encontré a Líster en un barranco al norte de Mora de Ebro. Tenía desplegado parte de su batallón especial, pero no había ninguna línea organizada delante de él. Como la altura de la Picosa estaba en manos del enemigo, éste podía atacarnos en cualquier momento. Mientras conversábamos trajeron sus hombres a un alférez de requetés que se aventuró demasiado y había caído prisionero. Fue rápida la trasmisión de poderes y aquella misma noche el jefe y el Estado Mayor del V Cuerpo, pasaron por el puente de García a la margen izquierda del Ebro. Con él cruzaron las divisiones 43 y 46, ambas muy maltratadas.

El plan de nuestros adversarios era perfectamente claro. Avanzar al norte hacia Ascó y Flix a lo largo de la orilla del río y cercar al XV Cuerpo en la Sierra de La Fatarella, por esto en este último sector no éramos atacados. Desde el día 30 de octubre todas las fuerzas de Ingenieros estaban fortificando las estribaciones meridionales de la Sierra del Aguila, donde tropezaban con un terreno abrupto y rocoso, que hacía muy difíciles los trabajos. Pero, por desgracia, estas posiciones no llegaron a ser ocupadas. Mis dos brigadas de reserva se mezclaron con las unidades agotadas del V Cuerpo y el día 8 de noviembre el enemigo ocupó las cotas más elevadas de dicha Sierra, adelantándose al batallón de ametralladoras de la 35ª División y a dos batallones de Guardias de Asalto que yo había enviado a guarnecerlas. Ese mismo día, tuvimos que volar de nuevo el puente de García y las vanguardias enemigas estaban ya a unos 5-6 kilómetros de Ascó. Sin embargo, la resistencia heroica de nuestras unidades que retrocedían lentamente, les obligó a combatir durante cuatro días más para recorrer esa distancia.

Mientras tanto, di órdenes de pasar toda la artillería a la margen izquierda, donde tenían magníficas posiciones de flanqueo en la zona de Vinebre. Ordené también la evacuación de toda clase de depósitos que no fueran imprescindibles. La noche del 9 al 10 de octubre, se nos incorporó la 72ª Brigada de la 43ª División, replegada días antes a la orilla oriental por Benifallet, y relevó lo que quedaba de la 11ª División que pasó el río por Ascó para reincorporarse al V Cuerpo. A la noche siguiente se nos unieron las dos brigadas restantes de la 43ª División, que habían descansado tres días escasamente, y sustituyeron a la 45ª División que cruzó el Ebro la misma noche. Ya sólo quedaban en la cabeza de puente las divisiones orgánicas del XV Cuerpo, más la 43 y la 44. De ellas las más agotadas eran la 42 y la 43, ambas colocadas en la dirección de máxima presión del enemigo.

El 11 de noviembre, atacando por retaguardia y de frente con la 53ª División, el enemigo pudo ocupar el cruce de Venta de Camposines, obligando a replegarse a las divisiones 44 y 43. El día 12 los combates se sucedieron delante de Ascó donde la 42ª División ocupaba ya las fortificaciones de la cabeza de puente reducida. Por la tarde, una granada de artillería mató al mayor

Manuel Alvarez, jefe de la 42, e hirió al teniente coronel Beltrán, jefe de la 43. Al mismo tiempo, fue herido el capitán Condés, jefe de Estado Mayor de la 42 y muerto el jefe de Estado Mayor de la 43. En un instante, quedaron sin dirección las dos divisiones. Sin embargo, la 42, se mantuvo firme en su línea, mientras, por orden de Modesto, se hacía cargo del mando el mayor Ortiz, jefe de la 226ª Brigada, ayudado por Herrador, comisario de la división y por oficiales de mi Estado Mayor. A su derecha, la 43 se vio obligada a replegarse a posiciones preparadas al oeste de Ascó y la 44 se estableció con el frente hacia el este en las estribaciones orientales de la Sierra de La Fatarella.

Por la tarde del día 12, me visitó el coronel Zaponov, consejero ruso en el Estado Mayor Central. Era la primera vez y fue la última que lo veía, pero me produjo buena impresión. Escuchó atentamente mi informe que le traducía el intérprete y le pedí que pasara a ver a Modesto para explicarle la urgencia de replegar toda el ala derecha y el centro del frente del XV Cuerpo, sobre la cabeza de puente reducida, para poder sacar todas las unidades gastadas a la orilla izquierda. Estuvo completamente de acuerdo con mis puntos de vista y me prometió trasmitirlos en seguida. Fue una gran suerte contar en esos momentos difíciles con un oficial de enlace tan calificado, ya que el Ejército del Ebro había retirado desde el día 7 su escalón avanzado, y para poder hablar con su jefe había que hacer un viaje de ida y vuelta a Poblet, lo que suponía seis horas por carreteras horribles, llenas de curvas y de pendientes. Además la situación no permitía que yo o cualquiera de mis oficiales abandonaran el frente en aquellos momentos. El coronel Modesto había tenido que ocuparse de la ofensiva del XII Cuerpo en el Segre, pronto detenida por la abundancia de reservas locales del enemigo, y aunque, sin duda seguía la marcha de los combates en nuestro sector, no intervenía con órdenes o indicaciones y no volvió a pisar la orilla derecha del río, lo que era tanto más extraño cuando su participación personal casi en primera línea, era frecuente durante la batalla, como cuando introdujo al combate su batallón de ametralladoras y la 35ª División, después de la pérdida de Corbera. Era evidente que mi jefe me dejaba toda responsabilidad en nuestra cabeza de puente y aunque esto fuera correcto desde un punto de vista militar, no entraba en sus costumbres.

La noche del día 12, me llamó por teléfono el jefe del Ejército del Ebro, para comunicarme que había hablado con Zaponov y que podía realizar mi plan, si lo consideraba necesario. Aunque esto no era propiamente una orden y no fue confirmada por escrito, lo consideré suficiente y comencé a preparar de inmediato el repliegue para la noche siguiente. Todo dependía de que el 13 de noviembre resistiera la 42ª División. Así fue, mientras en Barcelona enterraban a su jefe Manuel Alvarez, sus soldados, a los que él había instruído y educado, con su ejemplo, ganaban otra batalla al enemigo y salvaban al XV Cuerpo de Ejército. En la dirección más sensible junto al río, la 59ª Brigada rechazó ataques encarnizados hasta el atardecer. Su jefe era el mayor Eduardo García. En la noche del 13 al 14 de noviembre, con el mayor orden, todas mis unidades se pusieron en movimientos de un lado para otro. La 42ª División fue relevada en Ascó por la 33ª Brigada que se había retirado de su fortín al norte y este del Gaeta, la 31ª Brigada pasaba de sus trincheras frente a Villalba de los Arcos a ocupar las fortificaciones al oeste de Ascó, sustituyendo en parte de ellas a la 43ª División. La 35 se fue replegando hacia las posiciones que desde el este de Fatarella se curvaban hacia el norte para llegar al río junto a Ribarroja de Ebro, con la 11ª y la 15ª brigadas en primer escalón, y la 13 de reserva en el macizo de Monredón, que cubre a Flix. A este último punto se había trasladado mi puesto de mando. En la misma noche pasaron a la orilla izquierda por la pasarela instalada al norte de Ascó, las divisiones 42 y 43. La 44ª División y la 60ª Brigada quedaron concentradas para cruzar el río a la noche siguiente.

El día 14 de noviembre el enemigo demostró haber sido sorprendido por nuestra retirada y sólo al final del día estableció contacto con nuestras nuevas posiciones avanzadas. Repitió sus ataques locales a Ascó, que no tuvieron éxito, y los extendió más al oeste en el sector que ahora defendía la 31ª Brigada, a lo largo de la carretera Ascó-La Fatarella. Fue allí donde en la noche del 14 al 15, se perdió contacto con algunos núcleos de resistencia y llegó el amanecer sin que pudiera aclararse por completo la situación. En este momento tenía que decidir entre restablecer el frente con la 13ª Brigada o replegar por la noche todo el resto de mis fuerzas a la orilla izquierda del Ebro. Me incliné por esto último, porque la retirada de la cabeza de puente, la debíamos

hacer libremente y no bajo la presión del enemigo. Si éste lanzaba de nuevo sus fuerzas y rompía nuestras líneas, podía aplastar con su aviación los puntos de paso, provocar además otra crecida para incomunicarnos con la otra orilla y aniquilarnos contra el río. Es decir, teníamos que pasar a la orilla izquierda antes de que llegáramos al límite de nuestra resistencia. Mi comisario y los oficiales de mi Estado Mayor estaban de acuerdo con mi punto de vista. La noche anterior me había visitado Manuel Delicado, en nombre del buró político del Partido Comunista y también le parecieron bien mis planes; lo que no pensaba entonces es que los pondría en práctica tan pronto.

Llamé por teletipo a Modesto pidiéndole autorización para pasar al otro lado del río. Pero estaba ausente en Barcelona y el coronel Sánchez Rodríguez me dijo que como jefe del Estado Mayor no podía dar tales órdenes. Le respondí que bajo mi responsabilidad las daría yo mismo. Ninguna instrucción nos llegó del Ejército en todo el día; pero sus armas y servicios se desplegaron para prestarnos toda la ayuda posible en la maniobra que proyectábamos. Sus jefes de Artillería e Ingenieros, tenientes coroneles Goiri y Botella, acudieron en persona a los puntos de paso.

Los días anteriores habíamos mandado la mayor parte de los depósitos a la orilla izquierda y no representaba ningún problema la evacuación del resto en el plazo marcado, tanto más que teníamos asegurado el paso de los camiones, con un puente de hierro en Flix, y varias compuertas, una de ellas pesada, con capacidad para más de 30 toneladas, que nos había llegado del terreno enemigo, arrastrada por una de las últimas avenidas. El teleférico estaba averiado, pero no nos era necesario. Camufladas en las orillas teníamos tres pasaderas, una al este de Ribarroja de Ebro, otra en Flix y la tercera en Ascó, dispuestas a tenderse tan pronto llegara la oscuridad. Frente a esos tres puntos concentramos también todas las barcas disponibles, para cualquier eventualidad. Es decir, teníamos más medios de paso que en ningún otro momento de la batalla del Ebro. A la 43ª División le di órdenes de ocupar durante el día, la orilla izquierda, para cubrir nuestro repliegue de la noche siguiente.

En las primeras horas de la mañana del día 15 de noviembre, una densa neblina cubría el río, lo que nos permitió pasar a la margen izquierda parte de nuestros tanques en la compuerta pesada, y por el puente una fila interminable de camiones cargados. Nos favoreció también que la aviación enemiga muy activa durante toda la contraofensiva, se limitó ese día a dos pequeñas incursiones que no produjeron daños de importancia. La niebla también frenó los movimientos de la infantería contraria, que durante la mañana penetró muy lentamente en la brecha abierta en nuestra 31ª Brigada. Por la tarde, un ataque apoyado por artillería obligó a retirarse al flanco izquierdo de la 15ª Brigada, en el enlace entre las divisiones 35 y 3.

Por lento y cuidadoso que fuera su avance, se iban acercando a las posiciones que en el macizo de Monredón ocupaba la 13ª Brigada, pero cerca ya de las seis de la tarde, llegaron nuestros cazas, en número de 45, manteniéndose un largo rato a baja altura con lo que el enemigo echó cuerpo a tierra y se detuvo. Fue un día de tensión. Cuando el sol se puso, al fin, sabíamos que habíamos ganado la partida. El nivel del río seguía siendo normal y nada ya podría impedir que lleváramos a cabo nuestros planes. La 11ª Brigada y parte de la 15, pasaron por la pasadera de Ribarroja el resto de la 15 por el puente de hierro de Flix. Los seis últimos tanques por la compuerta pesada. La 31ª Brigada por la pasadera del sur de Flix y la 33 por la pasadera al norte de Ascó. No hubo que utilizar las barcas, y las pasaderas fueron recogidas tranquilamente después de concluido el paso de las fuerzas, que en todas partes, siguiendo mis órdenes se hizo con toda calma y sin precipitación. No quedó en la orilla derecha nada que pudiera ser utilizable para el enemigo.

Al anochecer, cruzaba yo también el río por Flix, junto con el comisario Fusimaña y el consejero ruso Soroka que se había negado a cruzar el río antes que yo lo hiciera. A las once de la noche, la 13ª Brigada recibió la orden de replegarse sobre Flix y a las 4.30 de la madrugada del día 16 de noviembre, terminaba de atravesar el puente, junto con el jefe y el Estado Mayor de la 35ª División. Quince minutos después el armazón de hierro que nos unía aún a la orilla derecha, volaba por los aires. Después de 113 días de intenso combate había terminado la batalla del Ebro.

El enemigo, no esperaba nuestra retirada, y sólo a las diez de la mañana del día 16, nuestros observatorios vieron cómo algunas patrullas, con todas las precauciones, entraban en Flix, precedidas por algunos tanques. Estaba claro que nuestras unidades habían escapado muy a tiempo de las tenazas que estaban a punto de cerrarse para aplastarlas. Volví a Scala Dei y sin descansar marché a Poblet a informar personalmente a Modesto. Pensaba que iba a recibir toda una andanada de reconvenciones por haber tomado por mi cuenta la decisión de replegarme. Nunca llegué a comprobar si era esa la intención de mi jefe, ya que al entrar en su despacho, donde me recibió con bastante frialdad, un ayudante se acercó a él, con un largo teletipo que acababa de recibirse del Estado Mayor Çentral. Modesto, después de leerlo me lo alargó sin decir palabra. Estaba lleno de elogios por la forma en que se había realizado "la fase más difícil, la habilísima maniobra de retirada". Decía también que el "mando republicano estimó cumplida la finalidad táctica y no quiso arriesgar nuestra fuerza en la zona derecha del Ebro, dando la orden para repasar el río".

La llegada oportuna de este documento, que al día siguiente iba a ser publicado en nuestra prensa como anexo al parte oficial de guerra, terminó con la entrevista y demostró que el general Rojo cumplía su palabra de respaldar nuestras decisiones tomadas al otro lado del río. En Poblet me informaron que las fuerzas del XII Cuerpo de Ejército, iban también a retirarse de la margen derecha del Segre.

Aquel mismo día, el parte de todas las unidades del XV Cuerpo, daba un total de unos 18,000 hombres. Si se tiene en cuenta que el 25 de julio habían pasado el Ebro unos 35,000 hombres y que recibimos unos 5,000 de refuerzo, las bajas sufridas por acciones ante el enemigo, fueron unas 20,000 entre muertos, heridos y desaparecidos, ya que más de 2,000 internacionales habían dejado nuestras filas en cumplimiento de los acuerdos de Ginebra sobre la retirada de extranjeros. Si a esto añadimos las pérdidas de las unidades agregadas (135ª Brigada, 16ª División, 44ª División y cinco batallones del Ejército del Este) podemos llegar a un total aproximado de 30,000 hombres. El V Cuerpo tuvo un desgaste similar tanto en sus unidades orgánicas

(incluyendo el de la 45ª División cuando estuvo con el XV Cuerpo) como en las agregadas (27ª División, 43ª División y cuatro batallones del Ejército del Este). Es decir, el ejército republicano había perdido en esta gran batalla unos 60,000 hombres, la mayor parte bajas definitivas, ya que no se podía contar con la reincorporación rápida más que de un pequeño porcentaje de heridos leves.

Estas pérdidas fueron muy duras para el Ejército del Ebro, ya que representaban un 70% de las unidades de primera línea, quedando los batallones reducidos a unos 200 combatientes; pero con veteranos de mucha mayor experiencia de la que poseían los que en mayo reorganizaron los cuerpos V y XV. El recuperar la plena eficacia de nuestras unidades era sólo un problema de tiempo, hombres y armamento, ya que la moral de nuestros soldados no había sido doblegada. Combatimos durante casi cuatro meses en condiciones objetivas muy desfavorables, y a pesar de todo lo sufrido, no habíamos llegado todavía al límite de la capacidad de resistencia.

El enemigo tuvo que pagar un elevado precio por su victoria y sus bajas fueron al menos tan elevadas como las nuestras. Atacaban líneas muy bien fortificadas y sus batallones caían muchas veces en las barrancas de la muerte, bajo el fuego de barrera de nuestra artillería, y de las pocas armas automáticas que quedaban intactas, después de los terribles bombardeos preparatorios que materialmente aplastaban nuestras posiciones. Claro que nuestros adversarios tenían material y reservas humanas suficientes para reponer sus pérdidas. Habían mandado a su país varios miles de italianos, pero quedaban bastantes para completar el llamado Cuerpo de Tropas Voluntarias, rebautizado como "Cuerpo Legionario", mandado por el general Gambara y formado por cuatro divisiones: la Littorio, puramente italiana y las Flechas Negras, Azules y Verdes, donde ya estaban incluidos soldados rasos españoles, con artillería, tanques, aviones y toda clase de servicios. Los alemanes de la Legión Cóndor, siguieron tripulando sus tanques y aviones y sirviendo sus cañones antiaéreos, sin que se iniciara, siquiera simbólicamente, su retirada de España. Nuestro servicio de información comunicaba además, una extraordinaria actividad en los puertos del enemigo

donde buques italianos y alemanes, desembarcaban material de guerra constantemente.

En cambio, nosotros recibimos la visita de inspectores militares de la Sociedad de las Naciones, oficiales de varios países dirigidos por un coronel inglés, que venían a comprobar si habían sido evacuados todos los voluntarios extranjeros. Revolvieron todas las unidades tanto del V como del XV Cuerpo sin que pudieran encontrar ni uno solo de ellos, ya que, honradamente, habíamos cumplido la orden del gobierno republicano.

A finales de noviembre volví a marchar a Madrid para asistir a la reunión del Comité Nacional de la JSU, antes aplazada. Esta vez me acompañó el capitán Francisco Gullón. Cuando llegamos a la capital ya se habían terminado las sesiones, de modo que el viaje había sido inútil por segunda vez. De vuelta hacia Albacete, dimos un rodeo para pasar por el puesto de mando del general Miaja, cerca de Valencia, donde el teniente coronel Garijo nos enseñó en un gran plano todas las unidades que estaba organizando el enemigo en la retaguardia de sus distintos frentes. Esto reflejaba una abundancia de reservas y de material, que inclinaba todavía más a su favor la correlación de fuerzas.

Estuvimos unas horas en Alicante, donde residían mi madre y la de Gullón. La mía, seguía en San Juan con la guardería infantil de la FUE y me anunció que en ningún caso abandonaría a los niños, fuera cual fuera el desarrollo de los acontecimientos y que no saldría de España. Me despedí de ella con bastantes dudas de volverla a ver de nuevo. Antes de tomar el avión para Barcelona, fui también a San Clemente, para ver a mi hermana, casada con un capitán de aviación. A primeros de diciembre, estaba ya de vuelta en Scala Dei, otra vez al mando del XV Cuerpo.

* * *

Terminada la batalla del Ebro, la 43ª División que cubría el frente del río, fue relevada por la 3a. División y marchó a Tárrega, donde se organizaba el XXIV Cuerpo. Las concentraciones enemigas en el sector del Segre, defendido por el XII Cuerpo, no dejaban lugar a dudas de que iba a ser allí el golpe principal de la ofensiva que amenazaba a Cataluña. El Estado Mayor Cen-

tral decidió entonces una nueva organización de fuerzas. El XXIV Cuerpo relevaría a los cuerpos V y XV, que pasaban a la reserva detrás de los flancos derecho e izquierdo del XII Cuerpo.

Acababa pues de llegar a Tárrega la 43ª División cuando recibió la orden de volver a mi sector para relevar a la 3a. de nuevo, con el consiguiente disgusto entre los soldados traídos y llevados de un lado para otro en movimientos aparentemente inútiles. La 42ª División se concentró en la zona Juncosa-Ulldemolíns-Pobla de Ciérvoles. La 3ª en Granadella-Solerás-Albagés y la 35, después de una serie de órdenes y contraórdenes, ya que se temía un desembarco enemigo en la costa, a la zona Pobla de Gradella-Bobera, excepto la 15ª Brigada que siguió de vigilancia a la orilla del mar. El puesto de mando del cuerpo se instaló en Torms (entre Solerás y Juncosa). En mi cuartel general, faltaban el mayor Luis Gullón que había marchado a Barcelona a seguir cursos de Estado Mayor y el jefe de Ingenieros, Teodoro González, trasladado a Barcelona.

Iban llegando reclutas a las unidades, pero la mayoría eran emboscados procedentes de los infinitos destinos de retaguardia, desertores amnistiados, ex-prisioneros y movilizados de quintas antiguas, todos sin moral de combate. Las divisiones llegaron a tener unos seis mil o siete mil hombres, con batallones de 300-400 soldados, la mitad recién incorporados. Los fusiles bastaban, pero apenas recibimos armas automáticas. Ibamos a empezar la batalla de Cataluña con las armas desgastadas en la batalla del Ebro.

Parece que el ataque enemigo estaba proyectado para el 10 de diciembre; pero se aplazó por el temporal de lluvia y nieve que se extendió por toda Cataluña. El día 8, el general Miaja había dado órdenes de suspender la primera fase de la operación encomendada a su grupo de ejércitos, que debía empezar con un desembarco en Motril, apoyado por la flota republicana, para atraer las reservas enemigas, seguido de un ataque principal en dirección Córdoba-Peñarroya y otro complementario en el frente de Madrid, para cortar las comunicaciones con Extremadura. Las fuerzas que iban a iniciar la ofensiva estaban ya embarcadas y en alta mar cuando recibieron instrucciones de regresar a Almería. En este caso las condiciones meteorológicas no eran la

causa de esta contraorden, sino la falta de deseos de combatir, de acuerdo con la pasividad que nuestra zona Centro-Sur había observado durante toda la batalla del Ebro. Nada justificaba esta inactividad, ya que en estos frentes nuestras unidades tenían un gran porcentaje de veteranos y estaban mandadas por buenos jefes y oficiales, que hubieran estado dispuestos a todos los sacrificios si se los hubieran exigido. Eran la solera de nuestro ejército.

Delegados del Partido Comunista que nos visitaron en aquellos días de diciembre, aseguraban que pronto llegarían grandes cantidades de armamento y que se estaban organizando nuevas unidades, brigadas y batallones de ametralladoras, para cuando se recibieran las armas prometidas. No eran falsas promesas dedicadas a levantar el ánimo pero, desgraciadamente, esta vez el enemigo no nos dio tiempo suficiente para que se desarrollaran nuestros planes y comenzó la ofensiva cuando apenas los primeros envíos de material de guerra se acercaban a la frontera francesa, que iba a ser de nuevo abierta. Además, no hay duda que la falta de unidad en nuestra retaguardia, junto con la debilidad de las autoridades, hizo que no se aprovecharan, ni con mucho, todas las posibilidades que en hombres y armas, teníamos en nuestro territorio. Esto, unido al cansancio de tantos meses de guerra, explica el desplome vertical de la producción de nuestra limitada industria militar y el fracaso completo de las medidas de aprovisionamiento de nuestras ciudades, donde la población civil no conectada con el ejército o con los comités de partidos o sindicatos, pasaba hambre.

En estos momentos tan difíciles, no teníamos otra salida que seguir resistiendo, ya que todavía había alguna posibilidad, aunque fuera muy remota, de que la situación evolucionara a nuestro favor fuera de España y así se levantara el ánimo de los que dentro del país desfallecían al no ver otra perspectiva que la derrota. Si capitulábamos, seríamos barridos sin piedad por el vencedor y ya nadie nos podría ayudar, pero si nos sosteníamos unos meses, el inestable equilibrio entre las potencias podía inclinarse a nuestro lado. Alemania e Italia necesitaban para desarrollar sus planes, que terminase nuestra guerra con la victoria de su aliado y, automáticamente, esto nos convertía a los repu-

blicanos en las avanzadillas de la Segunda Guerra Mundial todavía no declarada, pero ya inevitable.

Al propugnar por continuar la resistencia, los comunistas se enfrentaban a todos los que la creían inútil. Aquellos que ya no veían sentido en prolongar la lucha y estaban seguros del desastre, se unían a todos los eliminados de la dirección de la guerra (republicanos, anarquistas, poumistas y socialistas de casi todas las fracciones), en un amplio frente que achacaba a los comunistas la culpa de todas las desgracias ocurridas y el único obstáculo a eliminar, para conseguir lo que después resultó el peor de los espejismos, el de "una paz honrosa". No comprendían que la suerte a correr era común para todos los que habíamos combatido en el frente republicano, y que el enemigo nos trataría a todos por igual. Pero antes de que estas contradicciones llegasen a un punto crítico y explosivo, tenían que pasar las largas semanas de la batalla de Cataluña.

El día 23 de diciembre comenzó la ofensiva enemiga en la cabeza de puente de Serós. Habían cesado las lluvias y era un día claro y frío de invierno. Después de tres horas de preparación artillera y de aviación, la división italiana Littorio atacó a la 56ª División (mixta de carabineros y marinos) de nuestro XII Cuerpo de Ejército. Nuestro oficial de enlace en esta gran unidad, nos comunicó, desde el puesto de mando del teniente coronel Etelvino Vega, que se había rechazado un ataque y que entre los muertos había un capitán italiano. Parecía que no había nada inquietante en el frente y poco después del mediodía, marché a visitar a la 35ª División, donde se celebraban unos ejercicios tácticos. Al pasar por Granadella aguantamos un terrible bombardeo de aviación y cuando llegué al puesto de mando de esa unidad, como a las cuatro de la tarde, me llamó Simarro desde Torms para comunicarme que la artillería del XV Cuerpo, había sido agregada al XII y que la 3ª División debía avanzar, durante la noche, a la carretera de Llardecáns a Sarroca, como medida de "simple precaución". Dicha carretera corre paralela al Segre, y a mitad de distancia entre estos dos pueblos, comienza un ramal que se dirige directamente hacia el este en dirección Granadella-Pobla de Granadella-Uldemolíns-Prades.

Intranquilizado por estas disposiciones del Ejército del Ebro, volví inmediatamente, atravesando de nuevo Granadella, que seguía siendo bombardeada por olas sucesivas de aviones enemigos. Había numerosos incendios en el pueblo y la carretera estaba llena de escombros, vehículos destrozados y cadáveres de soldados; pero mi automóvil pudo cruzar a gran velocidad. Luego me detuve en Solerás para advertir al jefe de la 3a. División, mayor Domingo, que debía tomar precauciones para proteger a sus columnas y estar preparados a desplegarse en orden de combate.

A las seis de la tarde, los informes que teníamos del XII Cuerpo, reconocían sólo una penetración enemiga, poco profunda, en una brecha pequeña de dos kilómetros de ancho, pero empezábamos a temer algo mucho más grave.

A las tres horas sabíamos que el cruce al oeste de Granadella estaba en manos de los italianos. Estos habían hecho prisionero a mi jefe de artillería, mayor Flores, y a su comisario, su ayudante y dos jefes de agrupación, cuando se dirigían a hacer un reconocimiento del terreno para cumplir la orden de agregarse al XII Cuerpo. El chofer del automóvil en que viajaban estos oficiales, había conseguido huir a campo traviesa y nos confirmó las malas nuevas.

Nos enfrentábamos a una situación muy diferente de la que suponía el mando del XII Cuerpo. En el sector de ataque de la División Littorio se habían dispersado la 56ª División que cubría la primera línea, los batallones de ametralladoras de la 56ª División y del XII Cuerpo, de la segunda línea y la 149 brigada de la 16ª División que estaba en tercera línea. Por el enorme boquete, el enemigo había penetrado por lo menos 16 kilómetros hasta el cruce de carreteras antes citado. En sólo unas horas habían desaparecido todas las unidades republicanas que teníamos delante. Por la noche, la 3a. División tropezó con las avanzadas enemigas a cinco kilómetros de Granadella y no pudo seguir adelante. Todo el XV Cuerpo se aproximó entonces al campo de batalla. En la mañana del día 24, la 35ª División encontró que Llardecáns y Mayals estaban ocupados por el enemigo. La 3a. División no tenía enlace a su derecha con el V Cuerpo, ni tampoco la 35, a su izquierda, con el XXIV. La 42 se había desplazado a la zona

de Juncosa y estaba en reserva. Durante todo el día, la 3ª y la 35ª División frenaron el avance enemigo. Este bombardeó furiosamente nuestro sector con su aviación, superior a la nuestra, al menos, de 4 a 1 en aviones de caza y de 10 a 1 en aviones de bombardeo, lo que le daba un dominio absoluto en el aire.

La víspera, el enemigo había atacado también al XI Cuerpo del Ejército del Este, en la zona de Tremp, profundizando sólo 2-3 km. Todo hacía suponer que la ofensiva se extendería a todo el frente de Cataluña en los días próximos, con una abundancia de hombres y de medios muy difícil de contener, ya que según los cálculos más optimistas contaban con el doble de infantería, ocho veces más potencia de fuego de artillería y cuatro veces más tanques que los que podían oponerle el Ejército del Ebro y el del Este.

El día 24 de diciembre recibimos orden de contraatacar al amanecer del 25, simultáneamente con el V Cuerpo. Como nosotros estábamos ya en contacto con el enemigo, ocupábamos las bases de partida, pero el V estaba mucho más lejos, en Vimbodi y Montblanch, a unos 30 km. Modesto nos dio una primera contraorden, retrasando el comienzo de la acción para las diez de la mañana, y, finalmente, nos informó que el V Cuerpo, por falta de camiones, no llegaría y que el XV debía atacar solo. En este tiempo que perdimos, el enemigo se nos adelantó avanzando su artillería y presionándonos fuertemente al sur de la carretera Llardecáns-Granadella. Ese día delante de la 3ª y la 35ª División, localizamos ya tres divisiones atacantes. La Littorio al norte de la carretera Llardecáns-Granadella; la 5ª Navarra al sur de la misma y la 12 a nuestra izquierda en Mayals. Detrás de ella se acercaba la 4ª División Navarra. A nuestra derecha se desplegaba otra división italiana de "Flechas Negras", hacia Alcano y Aspe donde empezaban a llegar las unidades del V Cuerpo. De este modo, en la bolsa formada había ya más fuerzas contrarias que las previstas para nuestra contraofensiva.

Siguieron ocho días de encarnizados combates, en los cuales nuestros cuerpos V y XV empeñaron todas sus unidades y en terreno descubierto sin fortificar, soportaron repetidos ataques del enemigo. Sus preparaciones artilleras y de aviación arrasaban todas nuestras posiciones de infantería, emplazamientos de artillería

y comunicaciones. A pesar de esto, cuando sus soldados precedidos de tanques iniciaban su avance eran recibidos por las descargas de grupos supervivientes y el fuego de algunas piezas de artillería milagrosamente no averiadas, que los clavaban en tierra. El Cuerpo Italiano había girado hacia el noroeste y se enfrentaba a nuestro V Cuerpo, contra el XV teníamos el Cuerpo de Ejército de Navarra del general Solchaga, siete divisiones reforzadas, en su gran mayoría frescas y descansadas, ya que de ellas sólo la 4ª División Navarra había estado en el Ebro, las que se avalanzaban contra nuestras seis divisiones diezmadas y agotadas, que si aguantaban todavía era contra todas las reglas del arte militar y de la resistencia humana.

Nuestra aviación había sido expulsada del campo de batalla y los aviones italianos y alemanes eran dueños absolutos del cielo durante todo el día, atacando todos los objetivos, grandes y pequeños, que se ofrecían a la vista. A veces los aviones enemigos nos mantenían horas enteras aplastados en el fondo de las poco profundas zanjas, que teníamos como única protección en los puestos de mando improvisados, mientras los bombarderos pasaban una y otra vez, lanzando primero bombas y luego ametrallando a tan poca altura, que distinguíamos a sus artilleros en las torretas giratorias de tiro. Nuestra escasa artillería antiaérea, desperdigada en un amplio frente no alcanzaba a proteger más que las vías principales de acceso desde nuestra retaguardia. Tratar de visitar las unidades durante el día era una aventura peligrosa. Nuestros aprovisionamientos estaban completamente desorganizados. Los soldados rara vez podían recibir comida caliente y para colmo, no disponíamos de ropa de abrigo para los intensos fríos del invierno catalán.

El XI Cuerpo del Ejército del Este también estaba siendo atacado por los cuerpos de ejército de Urgel y del Maestrazgo, con tres divisiones en primera línea contra una en nuestro lado. La dirección principal del ataque fue la de Artesa de Segre. Lo escarpado del terreno permitía una buena defensa de nuestras tropas que cedían el terreno lentamente; pero la enorme superioridad de los atacantes nos iba desalojando de las líneas de defensa, y en pocos días se iban a consumir las escasas reservas del Ejército del Este, el X Cuerpo de Ejército. El 28 de diciembre, entró en

acción el Cuerpo de Ejército de Aragón contra nuestro XVIII Cuerpo en la cabeza de puente de Balaguer, con lo cual ya se combatía en todo el frente, desde los Pirineos hasta el Ebro.

El contraataque realizado el día 27 de diciembre por nuestro V Cuerpo contra el flanco izquierdo de los italianos, consiguió detenerlos momentáneamente, pero reanudaron en seguida su ofensiva. Durante cuatro días del 26 al 29 de diciembre, la 3ª División defendió encarnizadamente Granadella, que la 5ª División Navarra tuvo que tomar casa por casa. A su derecha, la 42ª División, muy debilitada en los primeros choques, retrocedía lentamente bajo la presión de la 4a. División Navarra en la zona de Juncosa. A su izquierda, la 35ª División, a la que se había reincorporado la 15ª Brigada, combatía con la 12ª División en el terreno difícil de las estribaciones septentrionales del macizo de Montsant.

Los últimos días de 1938 fueron testigos de nuestra resistencia, en un intento desesperado de contener la enorme masa de divisiones enemigas. No eran ya combates como los del Ebro, en que el frente de ataque reducido, estaba siempre flanqueado por posiciones naturales que yugulaban la ofensiva contraria, sino una lucha en campo abierto con posibilidades de maniobra y con fuerza suficiente, para tantear los puntos débiles de nuestra defensa y allí trasladar el golpe. El mando republicano desplegó una actividad febril, reorganizando las unidades dispersas y trasladándolas de nuevo al frente; pero sus esfuerzos tenían que resultar impotentes ante la enorme superioridad del adversario.

Cuando todavía defendíamos Pobla de Granadella se incorporó al XV Cuerpo, la 151ª Brigada de Marinos, muy mal encuadrados, que se desbandaron sin combatir. Para la defensa del cruce de caminos a Juncosa, llegó a la 44ª División, con las brigadas 144 y 145, y la 153ª Brigada del Ejército del Este. Pude entonces reorganizar el frente y sacar en reserva la 42ª División a Pobla de Ciérvoles y la 35ª División a Cornudella. La situación de estas unidades era ya muy crítica. Habían tenido muchas pérdidas y los reclutas recién incorporados habían desertado en su mayoría. Cada brigada contaba con un promedio de 600 combatientes, es decir, lo que escasamente correspondía a un batallón. El día 31 de diciembre el Cuerpo de Ejército de Navarra atacó furiosa-

mente nuestras líneas, que cubrían las divisiones 44 y 3ª, siendo rechazado.

Los que estaban en mi puesto de mando al anochecer el día 31 de diciembre, entre ellos el coronel Sánchez Rodríguez, no olvidarán nunca el terrible fuego con que los pocos cañones que nos quedaban en uso, emplazados allí mismo, contribuían a detener el último intento enemigo, al terminar 1938.

Los combates se sucedieron sin interrupción en todo el frente, ya que nuestros adversarios no necesitaban pausas para reorganizarse o reagrupar sus fuerzas. El día 3 de enero, los italianos, que no habían podido superar la tenaz resistencia de la 11ª División, trasladaron su dirección de ataque al sur contra la 45ª División, en el sector de Castelldans, consiguiendo penetrar en nuestras líneas aprovechándose de la debilidad de la zona de enlace entre los cuerpos V y el XV que no habíamos podido corregir. El día 5 el enemigo ocupó por fin Borjas Blancas y al día siguiente los navarros ocuparon Vinaixa, amenazando Montblanch, importante nudo de comunicaciones, de donde salen los caminos más cortos para Igualada y Tarragona. La 42ª División tuvo que ocupar posiciones en el flanco derecho del XV Cuerpo y la 35ª División, sin la 13ª Brigada, que aseguraba el enlace con el XXIV Cuerpo, marchó agregada al V Cuerpo para cubrir la carretera Vinaixa-Montblanch.

No nos iban mejor las cosas en el sector del Ejército del Este. Se habían perdido Argentera, Montargull y Cubells. Luego Artesa de Segre había sido rebasada al noroeste y al sur y tuvo que ser evacuada por nuestras fuerzas en la noche del 4 de enero. Sin embargo, todos los intentos del enemigo de pasar el Segre por Pons el 6 y el 7 fueron rechazados por unidades de nuestro XI Cuerpo. Más al sur en la línea de enlace de los cuerpos XI y XVII nuestros adversarios acumulaban grandes fuerzas con el objetivo claro de avanzar en la dirección principal de Agramunt, para abrirse camino hacia Cervera.

Llegados al límite de nuestra resistencia, los acontecimientos se fueron precipitando ineludiblemente. El 9 de enero, el XII cuerpo, en el flanco derecho del Ejército del Ebro, se retiró sobre el canal de Urgel en Anglesola, delante de Tárrega, escapando

al cerco que le tendían, el Cuerpo de Aragón y los italianos. Los navarros habían ocupado Vimbodi y Espluga de Francolí, en el sector del V Cuerpo y atacaron con grandes fuerzas Montblanch, que tomaron el 11 de enero. También había caído Poblet, donde tanto tiempo había estado el cuartel general del Ejército del Ebro.

Profundamente rebasados en nuestro flanco derecho, tuvimos que replegarnos el 12 en pleno día, bajo la presión del enemigo. Estuvo sólo unos minutos en Ullemolíns, de paso para la Sierra de Prades, donde ocupamos posiciones. Mi abuela paterna llevaba el apellido Ulldemolíns y siempre había tenido curiosidad por conocer este pueblo, de donde sin duda, proceden algunos de mis antepasados, pero nunca tuve la ocasión oportuna, aunque muchas veces había pasado a pocos kilómetros.

Después de quince días de combatir sin descanso, mis unidades 3, 42 y 44 estaban tremendamente agotadas y este último repliegue, las había desorganizado. Afortunadamente, a pesar de la difícil situación del Ejército del Ebro, Modesto pudo mandarme dos brigadas del XII Cuerpo (la 23 de la 16ª División y la 144 de la 44), con las que pude cubrir el frente, e incluso sacar la 3ª División a Alcover y la 42 a La Selva para tratar al menos de darles algún descanso, ya que no contábamos ni con hombres ni con armamento para completarlas. Cada brigada tenía unos pocos centenares de hombres, la mayoría de ellos voluntarios desde los primeros días de la guerra. La 153ª Brigada y parte de la 13, habían quedado aisladas en Montsant, donde con la 2ª Brigada de Caballería aseguraban un enlace inestable con el XXIV Cuerpo, donde el enemigo iba apoderándose de grandes pedazos de nuestro antiguo frente del Ebro. Finalmente, la 44ª División (brigada 144 y 145) que dejó entre nosotros muy buen recuerdo por su magnífica actuación, se reincorporó al XII Cuerpo.

En este momento fueron retirados los consejeros rusos y el teniente coronel Soroka se despidió de nosotros.

Mi jefe de Estado Mayor, Simarro estaba muy agotado por su enfermedad, cuya gravedad seguía ocultándonos. El general Rojo lo vio tan cansado, al visitarnos junto al cruce de Prades y Cornudella, que ordenó fuera relevado de su puesto. Lo sustituyó el mayor Luis Gullón que al suspenderse los cursos de Estado Mayor en Barcelona, había vuelto con nosotros.

Ya hacía varios días que todos los zapadores del cuerpo estaban trabajando para terminar la carretera en construcción de Prades a Alcover, para asegurar la salida de todo nuestro material rodante, lo que conseguimos plenamente. Después de cumplir esta misión fueron enviados a las unidades de infantería como fusileros, excepto unos pocos imprescindibles para destrucciones.

El día 13 de enero desde mi observatorio, pude ver durante mucho tiempo, cómo se iban desplegando en el valle grandes fuerzas enemigas, para atacar nuestras posiciones de la Sierra de Prades. Por todas partes se veían batallones, que con grandes banderas avanzaban fuera del alcance de nuestra ya casi inexistente artillería. El mismo espectáculo contemplaban nuestras brigadas (23 y 140), que cubrían el frente. Al anochecer, fui llamado al puesto de mando del Ejército del Ebro, que se encontraba en la salida norte de Valls. Encontré a Modesto muy preocupado porque Rubén Ruiz, el hijo de Dolores Ibarruri, casi un niño, que formaba parte de un equipo de observadores, había desaparecido, al ser rebasado Valls por el noreste. Mientras el coronel Sánchez Rodríguez me iba informando de lo crítico de la situación, llegó la noticia de que todos los del equipo estaban sanos y salvos. Pero la noche había avanzado sin que se tomaran decisiones nuevas, y había que defender Valls. A mí me agregaron el sector de la carretera Montblanch-Alcover, que defendía la 35ª División. Yo estaba convencido de que de Valls a Montblanch, no había ya ningún soldado republicano, aunque se decía que estaba nuestra 45ª División y no me hubiera extrañado que alguna patrulla enemiga apareciera por el puesto de mando del Ejército.

Establecí mi puesto de mando a unos 2-3 km al sur de Valls y a media mañana llegó un oficial de enlace de Modesto, con la orden que ya esperaba, de un repliegue general del Ejército del Ebro sobre el río Gayá. En ese momento se oían las campanas de las iglesias de Valls que anunciaban la ocupación de la ciudad por el enemigo. Inmediatamente, salieron mis oficiales hacia mis unidades a repartir la orden. Otra vez teníamos que retroceder de día y con la mayor rapidez, ya que Valls se encuentra a sólo 21 km de distancia de Tarragona, o sea, del mar Mediterráneo. Por una buena carretera que va recta de norte a sur, una columna motorizada podía cortar la retirada tanto del XV como del XXIV

Cuerpo y, quitando la guardia de mi puesto de mando con algunos blindados, no teníamos ninguna fuerza organizada en aquella dirección. Parece que al final del día algunas tanquetas enemigas, llegaron efectivamente a Tarragona desde Valls, pero no ocuparon la carretera, que quedó libre para nuestras fuerzas que salieron del cerco en una noche de tremenda confusión.

Yo esperé en mi puesto de mando hasta cerca del atardecer y cuando pasé por el cruce de carreteras al este de Valls, donde protegido sólo por unos tanques, había estado todo el día el Estado Mayor de Modesto, lo hice a toda velocidad, ya que resultaba inconcebible que el enemigo no lo hubiera ocupado todavía. La noche del 14 al 15 de enero, la 42 y la 3ª División, ocuparon la línea del río Gayá, quedando en reserva la 35ª División y la Agrupación del mayor López Tovar (brigadas 23 y 140). Enlazábamos al norte con la 45ª División (reforzada con la 226ª Brigada de la 42) en Santes Creus y al sur debíamos unirnos con el XXIV Cuerpo en La Nou de Gayá. Pero el repliegue de esta última unidad había sido demasiado apresurado y degeneró en desbandada. El Cuerpo Marroquí del general Yagüe había cruzado el Ebro, sin encontrar resistencia en el sector de Mora la Nueva, el 12 ocupaba Falset y el 15 entraba en Reus, unido al Cuerpo de Navarra, y en Tarragona, envolviendo la gran bolsa de Tortosa. Luego avanzó rápido por la costa hacia Torredembarra en un paseo militar.

En el Ejército del Este el 13 de enero, el debilitado XVIII Cuerpo, había sido obligado a abandonar Agramunt. Tres días después el Cuerpo de Aragón tomaba Cervera y obligaba a nuestro XII Cuerpo a retirarse al sureste de Tárrega. El mismo día 16, fuerzas del XI Cuerpo perdieron Pons.

En medio de los problemas y la tensión de aquellos días, casi no prestamos atención a la noticia de que en la zona Centro-Sur, después de múltiples dilaciones, habían comenzado una ofensiva en Extremadura y Andalucía. El 5 de enero nuestras fuerzas rompieron el frente, avanzaron 10 kilómetros y se apoderaron de Valsequillo. Prosiguió su avance los cuatro días siguientes con la ocupación de La Granjuela, Peraleda de Sancejo, Fuente Ovejuna, Granja de Torrehermosa y La Coronada, con una penetración máxima de unos 30-40 km. Pero fueron detenidas después

por las reservas enemigas, que impidieron la ampliación de la estrecha brecha de entrada de unos 10 km. A mediados de mes, las unidades republicanas suspendieron sus ataques para reorganizarse, y en dos semanas más iban a retornar a su base de partida. Otra ofensiva de apoyo del Ejército del Centro, en Brunete, fue rechazada por el enemigo en su fase inicial. Ninguna repercusión tuvieron estas operaciones en la situación en el frente de Cataluña, y esa fue toda la ayuda que recibimos de un grupo de ejércitos que contaba con fuerzas diez veces mayores a las que había utilizado en estas fallidas operaciones.

CAPITULO VII

EL FINAL DE LA GUERRA

La superioridad del enemigo se iba haciendo, relativamente, más grande al irse acortando el frente por nuestro repliegue. El 12 de enero el gobierno republicano llamó a filas a los últimos reemplazos posibles de 1919, 1920, 1921, hombres de 40-42 años. Otro decreto del 14 autorizaba a utilizar en beneficio de la defensa nacional, a todos los ciudadanos de ambos sexos de 17 a 55 años. Además, se militarizaban todas las industrias y empresas necerias para la guerra. Pero esa movilización general llegaba demasiado tarde para poder ponerse en práctica.

El 18 de enero hubo un repliegue profundo a nuestro flanco derecho de las fuerzas de la 45ª División del V Cuerpo, que sufría los ataques del Cuerpo de Ejército Italiano que se había apoderado de Santa Coloma de Queralt. Tuve entonces que prolongar mi frente, cara al norte con la agrupación López Tovar, reforzada por la 11 Brigada de la 35ª División, que todavía tenía unos 700 hombres, ya que sus otras unidades (brigadas 23 y 140) estaban prácticamente sin combatientes. Ese día el Cuerpo del Maestrazgo se apoderó de Calaf y siguió su avance hacia Manresa.

El enemigo nos atacó simultáneamente por la costa y por la carretera Valls-Vendrell y el día 20 tuve que emplear la 35ª División, para establecer una línea entre Vendrell y Villafranca, a la altura de Altamira y la Rapita, ya que lo poco que quedaba de las divisiones 3ª y 42, habían abandonado sus posiciones y los tanques enemigos se infiltraban por todas partes en la comarca de Panadés.

La aviación enemiga continuaba actuando sin piedad contra las carreteras y vías de comunicación, desarticulando todos nuestros movimientos. Ese mismo día 20, los tanques italianos llegaron muy cerca de mi puesto de mando y ocuparon por sorpresa el cruce de caminos cerca de la Bisbal de Panadés, haciendo prisionero al motociclista de mi Estado Mayor que llevaba la orden de repliegue para las fuerzas de la Agrupación López Tovar, aisladas en los montes que se encuentran al norte. Mi ayudante, el teniente Luis Nava, consiguió sin embargo, llevarles a campo traviesa, un duplicado de la orden, con tiempo suficiente para que pudieran salir por las noches de sus posiciones, amenazadas de envolvimiento. Más al norte, el Cuerpo Italiano, había rebasado Igualada y presionaba a nuestro V Cuerpo hacia el río Llobregat. A nuestra izquierda del XXIV Cuerpo retrocedían sin cesar, sin poder organizar la defensa ni en el terreno favorable de las costas de Garraf.

El 21 de enero, los tanques y la caballería del enemigo, penetraron por todas partes en nuestro línea débil y entraron en Villafranca de Panadés, pero con el esfuerzo máximo de nuestros oficiales, que no tenían ya casi soldados, establecimos una línea delante de Ordal. Ese mismo día llegó la 196ª Brigada, que procedía de la Zona Centro-Sur, a la que hicimos ocupar posiciones en segunda línea. Las brigadas 23 y 140 de la Agrupación López Tovar, se reincorporaron al XII Cuerpo y pude poner en reserva a la 35ª División en Vallclara y a la 42ª División en Molins y Rosas de Llobregat.

El 23 de enero temprano, la 196ª Brigada, ya en primera línea se dispersó completamente sin combatir, derrumbándose las esperanzas que habíamos puesto en ella. Esta unidad se había formado a toda prisa con oficiales y soldados procedentes de todas las unidades del Ejército del Centro y no habían tenido tiempo de compenetrarse para constituir una verdadera unidad militar; eran sólo un conjunto de hombres desconocidos entre sí, sin coherencia ni confianza mutua. Llegados al frente en momentos tan difíciles, se diluyeron y desperdigaron en pocas horas, pasando a engrosar la masa de desertores y refugiados civiles que llenaban todas las carreteras, dirigiéndose hacia la frontera francesa a pie y en toda clase de vehículos. Lo más triste era que esa brigada era, prácti-

camente, todo lo que se había conseguido traer por mar desde los puertos de Levante, para reforzar el frente de Cataluña.

La 35ª División tuvo que ocupar el hueco dejado por la 196ª Brigada y cubrir la carretera de Ordal a Molins de Llobregat. Ese día me visitaron varios dirigentes comunistas entre ellos Santiago Carrillo, para hablarme de la defensa de Barcelona, que se estaba organizando con mandos y fuerzas especiales. Me pidieron que retrasara la llegada del enemigo al río Llobregat, al menos 24 horas, a pesar del extremo agotamiento de mis fuerzas. La orden que recibí del Ejército del Ebro también hablaba de la defensa de la capital de Cataluña, que iba a dirigir el coronel Romero. La misión de resistencia del XV Cuerpo, terminaría al llegar a las puertas de la ciudad.

Ese día, a nuestra derecha, el V Cuerpo había perdido Olesa y Martorell y más al norte unidades enemigas del Cuerpo del Maestrazgo habían ocupado Manresa en nuestro flanco izquierdo; la 43ª División (donde se había refundido lo poco que quedaba del XXIV Cuerpo, que me fue agregado) abandonó Castelldefels y Prat de Llobregat. Sólo la 35ª División se mantuvo todavía 24 horas en la margen derecha del río Llobregat, delante de Molins y destruyó concienzudamente todos los puentes grandes y chicos de la carretera. El día 24, lo que quedaba del XV Cuerpo, ocupó la margen izquierda del río con la 42ª División, (que había recibido el día antes unos centenares de reclutas y algún armamento). y la 43ª División en primera línea y la 3ª en reserva en Esplugas. La 35ª División marchó a Pins de Vallés donde iba a recibir de nuevo a los internacionales que no habían podido salir de España. No conseguimos ningún enlace a nuestra derecha con el V Cuerpo, en cuyo sector italianos y navarros habían cruzado ya el río Llobregat y avanzaban hacia Tarrasa y Rubí.

El 25 de enero, desde poco después del amanecer, presencié desde mi puesto de mando en el vértice de San Pedro Mártir, todo el desarrollo del combate, en que se decidió la suerte de Barcelona. En dicha altura, aprovechando las construcciones de los depósitos de agua de la ciudad, estaban bien protegidos una serie de equipos de observación de artillería y de la defensa antiaérea. Una vez que se disipó la neblina matinal, pudimos ver bien el Valle del río Llobregat, pero era difícil identificar el movimiento

de fuerzas, por los muchos obstáculos y edificaciones. Sin embargo, hacia la mitad del día, vimos, sin lugar a dudas, cómo bajo fuego débil de nuestra artillería, las fuerzas enemigas vadeaban el río, cerca de Mollins. También combatían más al sur, por Prat, pero la observación de dicho sector era más difícil.

Todo el resto de la jornada oímos el ruido de las armas de infantería y vimos el avance de pequeños grupos de soldados en todas direcciones, sin saber si eran nuestros o enemigos. Los jefes de las divisiones 42 y 43, perdieron pronto el control de sus unidades y no facilitaban ningún informe. Lo único que podía hacer era ordenar a la 3ª División que ocupara posiciones en los linderos de Barcelona, mandar de exploración a mis escasos blindados y ordenar a la artillería que disparara sobre objetivos lejanos, los únicos seguros, en los puntos donde el enemigo estaba pasando el río. La aviación alemana e italiana estuvo bombardeando todo el día nuestro observatorio, aunque las bombas caían siempre en las laderas, alcanzando alguna de ellas a mi cuartel general.

Cuando ya era casi de noche, vimos unos hombres que, entre la arboleda, se aproximaban a las faldas occidentales del propio vértice de San Pedro Mártir. Supuse que era gente dispersa de mis unidades y mandé al capitán Parga a investigar. Decidí entonces descender del observatorio a mi cuartel general, a poca distancia de ahí, en una casita de la ladera oriental. Fusimaña me propuso bajar por la pendiente occidental relativamente suave; pero por desconfianza intuitiva, preferí hacerlo por la oriental, mucho más escarpada, aun a riesgo de resbalar en la oscuridad. Acabábamos de llegar a la casita cuando oímos explosiones de granadas de mano, arriba en San Pedro Mártir. Casi inmediatamente bajó rodando un soldado nuestro de artillería. Nos aseguró que el enemigo había llegado por sorpresa y se había apoderado de los depósitos, haciendo prisioneros a los equipos de observación. En este momento llegó el capitán Parga que había tropezado con los soldados sin tiempo para avisarnos. Si hubiéramos seguido el consejo de Fusimaña, hubiéramos caído en sus manos sin remedio. Por si había alguna duda, les preguntamos a gritos, a qué unidad pertenecían y, desde la altura, nos contestaron que a la de Paniagua de la 13ª División, que conocíamos desde el Ebro.

Estábamos pues en primera línea y debíamos tratar de desalojar a nuestros enemigos de posición tan favorable. Pero yo no contaba con más soldados que con los del puesto de mando. Con todos ellos, al mando de Luis Guyón, se organizó un contraataque.

Era muy difícil subir por aquella cuesta. El enemigo lanzaba sus granadas de mano hacia abajo sin dificultad alguna, mientras que los nuestros tenían que tirarlas a lo alto, con peligro para sus propias cabezas. Reconquistar aquella cima hubiera sido duro para soldados avezados y veteranos, tanto más para escribientes y ordenanzas que nunca habían combatido. A pesar de todo, hicieron lo posible por cumplir, sufrieron bastante bajas y, al fin, tuvieron que descender de nuevo a la casita. Sólo cuando llegó allí un teniente, con un grupo numeroso de soldados de la 42ª División (afortunadamente me reconoció cuando ya me apuntaba con su pistola), bajamos a la Bonanova. Era media noche. Dejé al teniente y a sus hombres con la misión de vigilar los movimientos del enemigo y no dejar que sus patrullas descendieran hacia Barcelona.

No me hacía ningún tipo de ilusiones sobre la suerte que iba a correr la ciudad. Me sentía totalmente agotado e impotente. No tenía ningún enlace con el Ejército del Ebro, ni sabía nada de la situación en el sector del V Cuerpo, salvo que el enemigo había ocupado Tarrasa y Rubí y rebasaba a Sabadell, envolviendo a Barcelona por el norte. La 35ª División no consiguió encontrar a los internacionales, evacuados a toda prisa, y tuvo que dedicarse a frenar el avance enemigo a lo largo de la carretera Rubí-Pins-San Cugat del Vallés-Barcelona. Pero entre la 35ª División y la 42, que había perdido todos sus reclutas y cuyos restos estaban en el Tibidabo, había muchos kilómetros descubiertos sin un solo soldado republicano.

En Montjuich, se replegaron los restos de la 43ª División, cuyos tres jefes de brigada habían desertado ese día, abandonando a sus soldados. Entre el Tibidabo y Montjuich estaba la 3ª División. En total, el XV Cuerpo contaba esa noche con unos 2,000 hombres, increíblemente todavía dispuestos a luchar, mientras una gran masa de fugitivos, militares y civiles, en alud incontenible se apresuraba ya hacia la frontera francesa. Contra nuestros dos mil soldados convergían los cuerpos Italiano, de Navarra y

Marroquí, con un total de unos cien mil combatientes, enardecidos por las victorias y por la cercanía de la capital catalana, que se preparaban a asaltar.

Pocos durmieron en la gran ciudad aquella noche del 25 al 26 de enero. Unos esperaban con ansiedad y otros con temor la llegada inminente de las tropas enemigas, y muchos, utilizando todos los medios posibles de locomoción, habían resuelto huir. Las calles que confluían hacia la carretera de Francia eran verdaderos ríos de camiones, carros y coches, y de mujeres, hombres y niños que marchaban a pie. Contagiados por el miedo, se incorporaban a la gigantesca emigración que los últimos días embotellaba todas las carreteras y caminos hacia el norte. El éxodo se complicaba con los infinitos organismos gubernamentales que habían recibido tardíamente la orden de evacuar.

Uno de los pocos que dormían tranquilamente era mi suegro, a quien su hijo, el capitán Parga, encontró en su casa de la Bonanova, ajeno a la gravedad de la situación. Se había negado a salir con la familia, mientras no recibiera órdenes de sus superiores del Ministerio de Marina o no considerara que Barcelona estaba realmente perdida. En un camión del XV Cuerpo lo mandamos a Lloret del Mar, segundo escalón de mi cuartel general y donde estaba mi familia desde la víspera.

Ya avanzada la noche llegué al Hotel Colón, en la Plaza de Cataluña, local en que estaba instalada la JSU y que encontré vacío y solitario. Lo primero que tuve que hacer fue organizar la evacuación de centenares de heridos olvidados por todos en la estación subterránea del Metro de la Plaza de Cataluña. Muchos no podían resistir el viaje y otros no deseaban emprenderlo. Ofrecimos a los que podían caminar, la posibilidad de abordar los camiones que sin cesar circulaban por la plaza, a los que obligábamos a detenerse y a aceptar algunos pasajeros suplementarios. Lentamente, fueron saliendo los heridos de su refugio, vendados o escayolados, y los fuimos ayudando a instalarse en los transportes. Se me acercó entonces una mujer con un niño de unos siete años en la mano. Llorando desesperadamente, me rogó que dejara subir a un camión al menos a su pequeño, aunque ella tuviera que salir andando. Había escapado de Asturias, donde su marido había sido fusilado, y no quería ver a su hijo en manos

de los asesinos de su padre. Coloqué en seguida a los dos en el primer vehículo que pasó.

Aparecieron por el Hotel Colón dos de los presos del Castillo de Montjuich, que habían conseguido salir de allí, descolgándose por los muros, cuando una delegación de la Cruz Roja Internacional, había convencido al jefe de la prisión de cerrar todas las puertas y ponerse bajo la protección de ese organismo. Estos dos evadidos eran militares republicanos acusados de haberse retirado del frente sin orden previa, pero no tenían ningún deseo de ser liberados por sus enemigos. Un oficial que mandé al Castillo confirmó esta información, lo que me quitó un gran peso de encima, ya que podía eludir así el problema que representaban los detenidos allí encerrados.

Como a las cuatro de la mañana, un oficial de Modesto me trajo sus órdenes. Efectivamente, había un mando responsable de la defensa de Barcelona, pero carecía de fuerzas, y lo que quedara del XV Cuerpo debería mantener sus posiciones en el borde de la ciudad. Mandé en seguida al mayor Luis Gullón a buscar al coronel Romero. No lo encontró y sólo habló con su jefe de Estado Mayor coronel Velasco, jefe a su vez de la Defensa de Costas, que no pudo darle información alguna. Ya sabíamos que no se contaba con los cinco grupos de Guardias de Asalto, unos 2,000 hombres, que habían salido de la ciudad hacia Gerona, un par de días antes, por instrucciones del Ministro de Gobernación. Teníamos sólo un buen contacto con la masa de artillería concentrada en Barcelona, cuyo jefe el teniente coronel Goiri nos confió que había ya recibido los camiones para evacuar y órdenes vagas acerca del límite hasta donde debían prolongar su resistencia.

Casi a la misma hora me visitaron Francisco Antón y Santiago Carrillo. Me dijeron que los comunistas y la JSU iban a hacer el máximo esfuerzo para defender la capital de Cataluña, movilizar a la población y ganar así tiempo para estabilizar el frente. Habían obligado además a permanecer en la ciudad a los dirigentes del PSUC, que ya se disponían a abandonarla y todos los militantes iban a marchar a las fábricas para llamar a los obreros a la lucha. Se quería repetir el milagro de la defensa de Madrid, pero las condiciones eran completamente diferentes. La dirección del Partido Comunista sabía esto muy bien y, con toda

seguridad, estaba convencida de la inutilidad de dar estas consignas, pero debía intentarlo para seguir siendo la organización que mantenía la resistencia hasta el fin. Con toda franqueza, les expliqué la situación militar y mi creencia de que lo más probable era que al día siguiente, ante el primer empuje, se desbandaran los grupos de mis soldados que cubrían la entrada de Barcelona. Aparte de su agotamiento eran tan poco numerosos, que el enemigo sin ningún esfuerzo, los iba a envolver y dispersar.

Pensar que la población de la capital catalana se iba a alzar para defenderla, era completamente ilusorio. En los últimos días, a pesar de todos los llamamientos, de su millón de habitantes se habían reunido escasamente mil, para fortificar. Barcelona aceptaba la derrota con tristeza, y no veía objeto alguno en prolongar la lucha; ya no estábamos en 1936. La gran mayoría de la gente estaba hambrienta y deseando que terminara como fuera la terrible pesadilla de la guerra. Los constantes bombardeos de la aviación enemiga, que en los últimos días se sucedían sin cesar, habían ayudado a derrumbar su moral. Lo que nos hacía falta eran soldados, y éstos no podían surgir de la nada en el par de horas que faltaban para el amanecer del día 26 de enero.

Di las órdenes a mis unidades de mantenerse en la línea que ocupaban y pedí a los artilleros que instalaran piezas, para enfilar a tiro directo las principales calles por donde podía penetrar el enemigo. Con los pocos blindados y tanques de que disponía organicé patrullas motorizadas. Era todo lo que podía hacer. Cuando amanecía, me trasladé a un antiguo observatorio de defensa antiaérea en San Adrián de Besós, a la salida de Barcelona, por la carretera de Francia, donde instalé mi puesto de mando. Antes de salir del Hotel Colón, di orden de prender fuego a los ficheros de la JSU que nadie se había preocupado de destruir. El fuego se propagó a algunas habitaciones del edificio, hasta que lo apagaron los bomberos municipales, que, indiferentes a la paz y a la guerra, seguían cumpliendo con su deber.

Toda la mañana tuve a mi lado a un extraño de nacionalidad incierta, al que llamaban Julio y era miembro de la dirección del PSUC. Nos miraba a todos con una gran desconfianza, desarrollaba una gran actividad y nos hacía toda clase de sugerencias sobre lo que debíamos hacer. Una de ellas fue que ocupáramos

por la fuerza el Castillo de Montjuich y acabáramos con los presos, y otra que preparáramos un plan de destrucciones y de incendios en la ciudad. No le hicimos ningún caso y tuve que contener a mis oficiales que querían echarlo del puesto de mando. Al mediodía desapareció, al fin, y ya no lo vimos nunca más.

Mis enlaces me comunicaban lo que ocurría dentro de la ciudad. Mujeres que asaltaban depósitos de víveres, y que insultaban a nuestros soldados, y otras que, como locas, buscaban medios para escapar de la ciudad. Un estado de tensión y de hostilidad se respiraba por todas partes. Con frecuencia encontraban almacenes grandes y chicos de armamento y municiones que destruíamos cuando no era posible trasladarlos. Todos teníamos ahora pequeñas metralletas o "naranjeros", como las denominábamos entonces, aunque su nombre oficial era "subfusil ametrallador". Se fabricaban a miles en nuestra retaguardia, pero jamás llegó al frente ni una sola. En la retirada, habíamos ido recogiendo también automóviles y camiones abandonados y ahora todas nuestras unidades estaban prácticamente motorizadas. Nuestros servicios seguían funcionando muy bien y la gente del capitán Loriente tenía un olfato especial para encontrar suministros abandonados por la Intendencia.

Por la mañana la situación fue estacionaria. El enemigo había empujado sin dificultad a la 42ª División, ocupando el Tibidabo y Vallvidriera. En el sector de la 3ª, en Esplugas, por su cuenta y riesgo, se defendía un batallón de ametralladoras de reciente formación (el 125), al mando del mayor Caballero, nuestro compañero del Batallón Octubre 11 y de la 30ª Brigada. La 43ª División se desbandó varias veces; pero su jefe la obligó a ocupar de nuevo posiciones en Montjuich. No teníamos ningún enlace con la 35ª División que estaba al norte de Barcelona, hacia Pins del Vallés. El teléfono urbano que seguía funcionando nos ayudaba a comunicarnos con las otras unidades.

A las tres de la tarde del día 26, se produjo de repente, un pánico tremendo que se extendió por toda Barcelona y una última oleada de fugitivos se precipitó hacia San Adrián de Besós. Parecía mentira que todavía quedara tanta gente por salir: centros de movilización, oficinas del gobierno, militares, civiles, carabineros, guardias de asalto... Nuestras unidades también retrocedían

apresuradamente y el enemigo, que, con gran prudencia, había estado acumulando sus fuerzas en el lindero de la ciudad, se lanzó hacia dentro en pequeñas columnas, precedidas de tanques, que rápidamente penetraron por las principales avenidas. Fueron minutos de tremenda confusión. Mientras por una calle entraban los conquistadores, aclamados por los gritos de sus simpatizantes, por la de al lado se retiraban nuestros maltrechos hombres, las piezas de artillería, los tanques, los blindados. Muchos de nuestros soldados, e incluso oficiales, que hasta entonces habían sido magníficos combatientes, tiraban las armas y se entregaban, considerando inútil seguir adelante.

La primera noticia del pánico en Barcelona nos la trajo Juan Comorera, secretario general del PSUC. Llegó a asegurarnos que el enemigo había desembarcado en el puerto. Mandé a Francisco Gullón en seguida a la barriada de Horta, donde se había instalado la dirección del Partido Comunista y de la JSU; pero el local ya estaba completamente vacío. Empezamos a tratar de organizar una línea en la margen izquierda del río Besós y al anochecer volamos los puentes, aunque, desgraciadamente, el río era poco profundo y fácilmente vadeable. Los jefes de las divisiones 3ª y 43 estaban allí y reunían grupos de soldados dispersos de todas las unidades mezclados para ocupar posiciones. No sabía nada de Ortiz, jefe de la 42ª División, que se había esfumado junto con todos sus hombres. Tampoco tenía enlace con la 35ª División que, perdidas Barcelona y Sabadell, debía replegarse a campo traviesa en una larga marcha fuera de las carreteras; pero tenía absoluta confianza en su jefe, teniente coronel Merino, que era capaz de llevar a cabo esta difícil misión. En el receptor de mi automóvil, oí el parte de guerra enemigo, que transmitía la propia Radio Barcelona. En él se anunciaba que los Cuerpos de Ejército Italiano, Navarro y Marroquí, habían ocupado la ciudad.

Pasé toda la noche del 26 al 27 de enero buscando por las carreteras el puesto de mando del Ejército del Ebro, por una orden equivocada que me transmitió uno de sus oficiales. Atravesé Badalona cuyas calles estaban completamente vacías y luego di miles de vueltas de un lado para otro hasta que pude llegar a mi destino. Encontré al coronel Modesto, acompañado de Francisco Antón y mi viaje sólo sirvió para poder informar en persona del

estado crítico en que se encontraban mis tropas, que no resultó muy diferente al del resto de las fuerzas republicanas. La situación general era muy grave. El V Cuerpo cubría la carretera Sabadell-Granollers. A su derecha, nuestro Ejército del Este trataba de impedir el avance enemigo de Manresa a Vich, y más al norte, al derrumbarse todo el sector pirenaico, se había perdido Solerona y estaban amenazadas Seo de Urgel y Berga. Por las carreteras huían más de medio millón de personas, de las cuales, una buena parte, eran oficiales y soldados desertores que no trataban ya de reincorporarse al frente, sino de alcanzar lo antes posible la frontera. Antón me aseguró que el gobierno iba a hacer un gran esfuerzo para contener la avalancha, dejar pasar a los civiles, hombres, mujeres y niños, a los que se iba a evacuar a Francia, y obligar a los militares a regresar a las unidades que todavía se defendían. Nuestra misión consistía en retrasar el avance del enemigo e impedir que sus divisiones motorizadas penetrasen en cuña como cuchillos en la masa de fugitivos, lo que podría dar lugar a una espantosa catástrofe.

Regresé difícilmente por las carreteras congestionadas y llegué a mi puesto de mando en Masnou poco antes del amanecer. No había ninguna noticia de nuestra línea en el río Besós y traté de dormir un poco. Como a las ocho de la mañana me despertaron bruscamente mis oficiales avisándome que llegaban los tanques enemigos. No era ninguna falsa alarma. El Cuerpo Italiano había empezado por la mañana la explotación del éxito hacia Granollers y a lo largo de la costa. La débil cortina que habían tendido los jefes de las divisiones 3ª y 43 se pulverizó en un instante y una columna enemiga con 200 motociclistas, 30 tanques y un par de regimientos en camiones, sin resistencia alguna atravesó Badalona y avanzaba por la carretera sembrando el terror entre nuestros soldados, que escapaban confundidos con las últimas oleadas de evacuados salidos de Barcelona la noche anterior.

Me entretuve unos instantes con el jefe de la 35ª División, que en ese preciso momento llegó a caballo con su escolta y le di las instrucciones convenientes para que continuara el repliegue de su unidad, que estaba todavía dentro de territorio enemigo. Merino y su gente partieron a galope hacia las colinas y yo con mi auto tomé la carretera de la costa, cuando los tanques italia-

nos ya batían con sus ametralladoras la salida de mi puesto de mando y con sus balas levantaban pequeñas columnas de agua en el mar.

A mi alrededor había soldados de todas clases, la mayor parte sin armas, que corrían con desesperación y a los que no era posible detener. Pronto encontré a los jefes de las divisiones 3ª y 43, mayor Domingo y teniente coronel Beltrán. Juntos los tres, comenzamos a tratar de parar algunos grupos e irlos colocando en línea. Tenía además tres o cuatro tanques y otros tantos blindados. Con ellos mantuvimos el contacto con el enemigo; pero tuvimos que retroceder lentamente. No podíamos pensar en ninguna clase de resistencia, pero nuestro deber era proteger la retirada de los miles y miles de fugitivos. Mis zapadores iban volando puentes y alcantarillas. Por la tarde nos retiramos de Mataró y quizás no pasaron de cien hombres los soldados del XV Cuerpo, que al anochecer del día 27 de enero, llenos de fatiga, cubrían unos metros a uno y otro lado de la carretera que va de Mataró a Arenys de Mar. A nuestra derecha el enemigo había ocupado Granollers.

Habíamos visto en la guerra bastantes desbandadas, pero nada que pudiera compararse con esto. Incluso algunos jefes abandonaron sus puestos y en sus automóviles trataron de escaparse a Francia. Cuando las patrullas de carabineros y de guardias de asalto les cerraban el paso en nuestra retaguardia, tenían que esconderse por los pajares o regresar a sus antiguas unidades para ser juzgados, como desertores frente al enemigo.

En esta situación angustiosa, el Ejército del Ebro nos agregó la reorganizada 19ª Brigada, una de las unidades de la disuelta 24ª División del XXIV Cuerpo. Estaba bastante completa y relativamente bien armada, tenía muchos reclutas y oficiales procedentes de aviación y de otras armas, que no estaban fogueados pero sí descansados y podían permitirnos ganar tiempo. Hubo que cambiar a su jefe que se mostró vacilante al presentarse a tomar órdenes y tomé la decisión de agregarla a la 43ª División, para que defendiera la carretera Arenys de Mar-Blanes, mientras la 3ª y la 42 se reagrupaban a retaguardia. Había aparecido, al fin, el jefe de la 42ª División y pude encargarle la tarea de

reunir a sus hombres. A la 35 la envié a la zona Caldas de Malavells, Llagostera y Cassá de la Selva, donde se iban a reincorporar los internacionales, en total sólo unos 700 hombres, pero que valían por muchos más.

Modesto me llamó a su puesto de mando y en presencia de Francisco Antón, que estaba instalado allí, permanentemente, me ordenó que el mayor López Tovar se hiciera cargo de la 3ª División y me criticó que hubiera retirado del frente esa unidad y la 42ª División. Le expliqué que no se trataba más que de simples números y unos pocos oficiales, que debían buscar a sus soldados desperdigados y juntarlos de nuevo. El jefe del Ejército siempre tuvo mala opinión del mayor Domingo. En cambio, consideraba bueno a Ortíz, ascendido incluso a teniente coronel aquellos días. Creo que en los dos casos se equivocaba.

Resistimos en la carretera de Arenys de Mar-Blanes cuatro días, del 28 al 31 de enero, y cuando la 19ª Brigada se deshizo más por sus características que por la presión enemiga, un batallón reorganizado de la 3ª División y otro de la 42, ocuparon su lugar. Por los pueblecitos de la costa estaban repartidas embajadas extranjeras, y algunos buques de guerra las evacuaban. Estuvimos a punto de abrir fuego contra un camión con marinos ingleses que no obedeció nuestras señales de detenerse. Encontramos también un hospital lleno de heridos y, lo mismo que en Barcelona, facilitamos el traslado en camiones a los que lo deseaban y estaban en condiciones de resistirlo. Muchos se quedaron junto con sus médicos y enfermeras. Todos los días descubríamos trenes y depósitos de toda clase de material de guerra en cajas sin desembalar, que acababa de pasar la frontera demasiado tarde para ser utilizado. Con gran pena nos veíamos obligados a destruir todo ese precioso armamento.

Como el enemigo encontraba algunas dificultades para avanzar por la costa, lanzó una columna a través de la zona montañosa y ocupó el 1 de febrero Hostalrich y Blanes, pasando el río Tordera cuyos puentes habían sido volados y donde se hubiera podido frenar un poco al adversario. Pero la 242ª Brigada, de nueva organización, que ocupaba la orilla izquierda, tuvo un comportamiento lamentable; uno de los batallones se pasó íntegro al

enemigo, al que estuvo a punto de entregar al propio jefe de la brigada. Este mismo día nuestro Ejército del Este perdió la ciudad de Vich.

El Cuerpo Italiano tomó como dirección principal de ataque la carretera a Gerona, que cubría nuestro V Cuerpo. El día 2 de febrero, la 3ª División que había podido completarse algo, y la 42 y 43 con muy pocos efectivos, ocupaban posiciones al sur de la carretera de Vidrieras a Lloret de Mar y la 35, ya con sus internacionales, seguía en su zona de acantonamiento. Durante todo el día vimos pasar unidades enemigas, que avanzaban por la carretera general, rebasando nuestro flanco derecho en muchos kilómetros. Envié mis blindados al camino que va de Vidrieras hacia el noroeste, pero acabó el día sin que observaran intentos de penetración de las fuerzas motorizadas italianas.

Al caer la noche consideré necesario replegar mis fuerzas, en dirección a Llagostera y a Tossa, para sacarlas de la peligrosa situación creada por la penetración enemiga hacia Gerona. Cuando ya habían salido mis oficiales de enlace con las órdenes, decidí trasladar mi puesto de mando que estaba en una masía al este de Vidrieras. Una horas antes, el teniente que mandaba los blindados, había venido con la información de que avanzaban tanques italianos. Los "técnicos" rusos siempre nos habían asegurado que de noche los tanques no podían caminar, así que no le di mucho crédito y lo mandé de nuevo a que explorase. Cuando salía de mi puesto de mando, ya casi vacío, y me dirigía a mi automóvil, encontré a los blindados de vuelta y el teniente volvió a asegurarme que el enemigo estaba muy cerca. Estaba discutiendo con él, ya que me resistía a creerle, cuando oí el ruido inconfundible de las orugas, y a unos metros de nosotros se fueron parando unos bultos. Me acerqué y vi que, efectivamente, eran tanquetas italianas, que silenciosas, se habían parado una detrás de otra. Más atrás se adicionaba en las sombras, una hilera de camiones. Yo estaba esperando que comenzasen a disparar de un momento a otro, cuando se convenciesen que éramos republicanos. Agarré del brazo a mi comisario, que no se había apercibido de nada, al mismo tiempo que indicaba a mi chofer que diera la vuelta al vehículo y cuando pasó cerca de nosotros, saltamos dentro y sali-

mos a toda velocidad. Antes que nuestros adversarios reaccionaran habíamos conseguido salir también el resto de mis oficiales.

En el camino a Llagostera no había ningún puente cuya voladura hubiera podido detener a los italianos. Al llegar al segundo escalón de mi puesto de mando, hablé con Merino por teléfono, avisándole que, aunque parecía imposible, se acercaba una columna motorizada enemiga. Cuando llegué al pueblo, Merino había sido llamado por Modesto, pero la división estaba preparándose para el combate. Cuando el mayor Gullón trataba de ponerme en comunicación telefónica con el Ejército del Ebro, se me acercó uno de los internacionales, que después de cuadrarse militarmente, me llevó a un lado para anunciarme en un español rudimentario, que llegaban los tanques enemigos. El trataba de que nadie oyera la noticia para que no se produjera pánico; pero en ese momento las balas trazadoras empezaron a cruzar el cielo y todo el mundo se enteró.

En unos instantes, el pueblo que parecía dormir, silencioso y vacío, se llenó de vida. Empezó a salir de las casas una verdadera avalancha de niños. Eran huérfanos recogidos por los organismos de ayuda, que habían sido arrastrados por la evacuación. Dormían vestidos y en cuanto oyeron los disparos, se lanzaron a la calle, cada uno con un pequeño bulto donde llevaban sus pertenencias. No debía ser la primera vez que se encontraban en situación parecida, y sin voltear la cabeza, corrían sin vacilación hacia el norte. A la vez, empezaron a abrirse portones para dar paso a muchos jinetes que galoparon en la misma dirección. Eran fuerzas de la 2ª Brigada de Caballería, retirada del frente a primeros de enero y, al parecer, olvidada en retaguardia por el Estado Mayor Central.

Di órdenes al jefe de Estado Mayor de la 35ª División de mantener Llagostera. Seguí luego por la carretera que va a San Feliú de Guixols y en un pequeño pueblo dormité un par de horas en una extraña casa convertida en museo de toda clase de animales disecados. Había mandado antes oficiales a Tossa y a las carreteras que de este punto van al noroeste y por la costa a Lloret de Mar, para buscar contacto con mis unidades que se replegaban. El día 3 de febrero, desde las alturas, vimos los com-

bates en Llagostera ocupada ya por el enemigo. Unidades de la 35 se desplegaban al norte y este del pueblo e incluso se aproximaban a él, pero pronto fueron rechazadas en los pasos montañosos entre Cassá de la Selva y La Bisbal. Mis otras fuerzas se establecieron en el camino de Llagostera al mar.

Por la noche, me llamaron a una reunión del buró político del Partido Comunista, en el puesto de mando del Ejército del Ebro. Después de un largo viaje para llegar allí, Modesto nos criticó a todos sus subordinados con la mayor dureza por no haber sido capaces de detener al enemigo y ceder el terreno sin combatir. Le escuchaba con ojos cansados, en una especie de neblina mental, pero, al fin, tuve que pedir la palabra para decir que todo mi esfuerzo para mejorar las cosas, tenía poco éxito porque la guerra era muy difícil hacerla sin soldados, y también era muy duro tomar decisiones drásticas con aquellos veteranos que después de luchar en tantas batallas, demostraban esta vez su lealtad, procurando no caer prisioneros. Los oficiales, salvo escasas excepciones, permanecían en sus puestos; pero los soldados desaparecían a la primera oportunidad.

Modesto insistió en que se debía defender Gerona, y le dio esa misión a la 11ª División, al mando del teniente coronel Rodríguez. Alguien, con muy mal gusto, llamó a este último "nuevo Alvarez de Castro", recordando al héroe de la defensa de dicha ciudad contra los franceses, en las guerras napoleónicas. Cuando todos nos levantábamos para marcharnos, ya de madrugada, Rodríguez comunicó que sus fuerzas estaban a 35 km y que no tenía camiones. Modesto y Líster comprendieron lo que esto significaba pero callaron. Todos lo hicimos también, pero estaba claro que nadie iba a estar en Gerona al amanecer y que el enemigo no encontraría resistencia. Francisco Antón me llamó aparte para decirme que no tomara en cuenta las palabras de Modesto y que el Partido tenía confianza en mí. A pesar de esto, volví bastante amargado a mi puesto de mando, en la carretera de La Bisbal a Verges, antes del río Ter. Tomé todas las medidas para proteger mi flanco derecho hacia Gerona para que no se repitiera la peligrosa aventura de la noche del 2 al 3 de febrero, cuando penetraron en nuestra retaguardia los tanques italianos.

Al día siguiente, 4 de febrero, sin combate alguno, el enemigo entró en Gerona. El Ejército del Ebro nos insistía en que fuerzas del V Cuerpo estaban en las proximidades de dicha ciudad y en la margen derecha del río Ter; pero nosotros veíamos como habían volado todos los puentes y pasado a la orilla norte. Todo el XV Cuerpo siguió al sur del río, cubriendo La Bisbal en tres direcciones. El 5 recibimos orden de Modesto de continuar la resistencia, pero el mismo oficial que la traía nos comunicó la contraorden: debíamos replegarnos para ocupar la línea del Ter. Se había perdido mucho tiempo, pero todavía podíamos eludir el cerco. Los italianos, durante todo el día nos presionaron sólo en el sector mejor defendido, el de la 35ª División. El repliegue se realizó sin problemas, excepto el último batallón de la 43ª División que pasó por La Bisbal, en camiones, procedentes de Calonge, que la encontró ocupada por el enemigo y tuvo que abandonarlos y huir a campo traviesa. La voladura de los puentes del Ter encontró dificultades en nuestro sector; no estaba preparada y como no teníamos explosivos suficientes, hubo que sacarlos de las destrucciones previstas en los caminos de retirada, pero nuestros adversarios no aprovecharon esta ventaja.

El derrumbe era ya general en nuestra retaguardia y el gobierno de Negrín, después de la reunión del Parlamento en el castillo de Figueras, el 1 de febrero, había dejado, prácticamente, de existir. La frontera francesa que estaba siendo cruzada por un río de heridos y refugiados civiles desde el 28 de enero, fue abierta por las autoridades del vecino país para los militares republicanos, que comenzaron a atravesarla el 5 de febrero. Diariamente más personalidades del régimen y de los partidos políticos pasaban a Francia. Los tres puntos del doctor Negrín, oferta desesperada de paz, que pedían garantías sobre la independencia de España, el derecho del pueblo a disponer de sus destinos, y la supresión de las represalias, no fueron tomadas en cuenta por el enemigo, que ya estaba seguro de su victoria completa.

El Ejército del Ebro ordenó la reorganización póstuma del XV Cuerpo en tres divisiones: 35, 42 y 43. La 42 y la 43 que estaban agotadas y sin soldados, recibieron por partes iguales los de la 3ª División que sí los tenía. Me dolió mucho que fuera disuelta mi antigua unidad y creo que Modesto precisamente por

eso la escogió. El 6 de febrero nos mantuvimos en la orilla izquierda del Ter, donde el enemigo no atacó, pero a nuestra derecha cruzó el río cerca de Sarriá de Ter, en el sector de la 11ª División. Por la noche, la 42ª División se retiró por una orden precipitada de su jefe, a causa de un tiroteo que surgió cerca de su puesto de mando. Apercibido a tiempo, mandé unos grupos de camiones a circular junto al río con los faros encendidos, para que el enemigo no se diera cuenta de nuestra retirada, mientras obligaba a las unidades replegadas a regresar a sus posiciones. Al amanecer, protegidos por la bruma del río, nuestra línea se había restablecido por completo y puse la división bajo el mando del mayor López Tovar. Luego envié al jefe destituido, teniente coronel Ortiz, a disposición de Modesto, que nada me objetó.

Los internacionales que habían sido reincorporados a la 35ª División abandonaron el frente por sorpresa y se replegaron hacia la frontera con todo orden. Modesto montó en cólera y quiso que yo los detuviera, aunque fuera a la fuerza. De acuerdo con mi comisario, los dejé marchar cuando comprobamos que habían recibido una orden de André Marty y de Gallo (Luigi Longo). Me pareció además justo que se protegiera a este pequeño grupo de veteranos, de los azares de los últimos combates.

El 7 de febrero el Cuerpo Navarro, que había relevado a los italianos para impedir que fueran éstos los que asomaran a la frontera francesa, presionó mucho sobre la carretera general en dirección a Figueras. A primera hora de la tarde me enteré de que se había hundido toda la línea del V Cuerpo, cuyo puesto de mando estaba instalado ya cerca de Figueras a unos 20 km a retaguardia del mío, que todo el día se mantuvo en Torroella de Fluviá. Cubrí mi flanco derecho con fuerzas de la 35ª División y esperé órdenes del Ejército del Ebro. Afortunadamente el V Cuerpo había hecho saltar todos los puentes y el enemigo avanzaba despacio.

Al atardecer, los navarros consiguieron pasar el Ter en el sector de la 43ª División. Por la noche establecí mis fuerzas en el río Fluviá con la 35 y la 42 divisiones delante, y la 43, muy quebrantada, en reserva. Establecí mi puesto de mando en Santa María de la Muga cerca de Figueras. Por teléfono, el Ejército del Ebro me comunicó que íbamos a cruzar la frontera, y al amanecer

del día 8 reuní a todos los jefes y comisarios de división en una última entrevista. Mandé después al capitán Loriente, con todos nuestros archivos y equipajes a la línea fronteriza en Port-Bou. Con él marchó mi esposa, que desde la pérdida de Barcelona había permanecido siempre en mi cuartel general.

El 8 de febrero por la mañana, cuando el enemigo se aproximaba a Figueras, que sus aviones bombardeaban terriblemente, llegó la orden de Modesto para entrar en Francia. Debía replegarme en seguida de la margen norte del río Fluviá a la del río Muga, por la noche me relevaría la 11ª División. Luego una división del XV Cuerpo atravesaría la frontera por Port-Bou y las otras dos por pasos de montaña cercanos a los que se llegaba por sendas difíciles y penosas, inaccesibles para autos y camiones. Afortunadamente, esta disposición fue cambiada y las tres unidades cruzarían por Port-Bou. Desde mi puesto de mando presenciamos la tremenda explosión del castillo de Figueras, que se anticipó muy poco a la entrada del enemigo en la ciudad. Nuestras fuerzas se replegaban. La 35 y la 42 División sobre la orilla norte del Muga y la 43 hacia la frontera. Por la tarde, me detuve en el pueblo de Pau. No teníamos ningún enlace ni con la 11ª División ni con el V Cuerpo. Al anochecer me trasladé a una enorme mansión cerca de Llausá, casi completamente vacía ya que sólo quedaba una mujer enferma, que había sufrido grandes hemorragias y a la que los médicos no se habían atrevido a evacuar por la gravedad de su estado. Nos miraba con ojos asustados, mientras tratábamos de tranquilizarla y convencerla de que debía permanecer donde estaba; pero ella quería huir a toda costa y luego supimos que, al marcharnos nosotros, consiguió que la subieran a uno de los camiones que todavía circulaban hacia el norte.

No aparecía la 11ª División y ya nos preparábamos a cubrir nosotros mismos la retirada, cuando me llamó Modesto a su puesto de mando, bastante cerca del mío. Allí supe que el V Cuerpo se dirigía hacia la frontera al noreste de Figueras por caminos secundarios. Después de perder Ripoll y Olot, el Ejército del Este cruzaba los Pirineos por Puigcerdá y Camprodón. El gobierno y el Estado Mayor Central, pisaban ya tierra francesa. Francisco Antón me comunicó que el Partido Comunista apoyaba a Negrín en sus propósitos de continuar la resistencia en la zona Centro-

Sur, a donde debíamos trasladarnos para seguir luchando. Me entregó un pasaporte diplomático a mi nombre, rellenado con bastante descuido y que en vez de fotografía llevaba un recorte de periódico. Lo más valioso de este documento era una visa de la embajada de Francia en España.

Hablé luego por teléfono con Luis Gullón y me informó que ya se había presentado el jefe de Estado Mayor de la 11ª División. Nunca creí que esta unidad llegara hasta nosotros, pero lo hizo. Volví a Llansá y las formalidades del relevo no ocuparon mucho tiempo. Sin embargo, ya había amanecido el 9 de febrero cuando con mis oficiales me acerqué a Port-Bou, donde Modesto me ordenó resolver el problema del embotellamiento de camiones y vehículos de todas clases, que llenaban la carretera hasta la misma línea fronteriza. Fui allí a caballo, ya que no se podía ni soñar con hacerlo en automóvil. A un lado y otro del camino acampaban muchos soldados de toda clase de unidades, que ya con Francia a la vista, no se apresuraban a pasar o esperaban órdenes. También había población civil, sobre todo mujeres y niños, que acompañaban a los militares.

Junto a la frontera encontré a Loriente. Me comunicó que los servicios del Cuerpo y toda la 43ª División ya la habían pasado, lo que estaba de acuerdo con las instrucciones recibidas. Pero también, por su propia iniciativa, envió con ellos el camión cargado con los archivos y equipajes. Su intención era protegerlo, pero resultó un desatino, ya que perdimos no sólo todos nuestros efectos personales y diarios de operaciones, sino cosas más valiosas como el banderín del XV Cuerpo, que había llevado en mi automóvil toda la retirada y de que me desprendí sólo a última hora, para que estuviera más seguro. También intentó que Carmen siguiera adelante pero ella no se dejó convencer y se quedó a esperarme. El pobre Loriente pensaba que al otro lado íbamos a seguir moviéndonos con toda tranquilidad y dando órdenes.

En la misma caseta de los aduaneros, encontré a los subcomisarios generales Bilbao e Inestal y al jefe del Estado Mayor de la Marina, Prados. Los franceses no permitían el paso más que a soldados aislados y sin armas. Pocos lo hacían y era deprimente verlos marchar con la cabeza baja como avergonzados. En los últimos metros de suelo español había mucha gente desperdi-

gada y pilas enormes de armas que íbamos a entregar al enemigo. Los alrededores estaban llenos además de mulos y caballos sueltos porque los franceses exigían para ellos un certificado sanitario. Bastantes de estos animales, como si también quisieran escapar, iban penetrando en territorio francés mientras pastaban.

El espectáculo era indignante y debía tomar medidas rápidas. En primer lugar, comuniqué secamente a los jefes y comisarios allí presentes, que su misión había terminado y que el Ejército del Ebro se hacía cargo de ella. No tenía tiempo para ceremonias y si hasta entonces no habían sido capaces de organizar algo, no los necesitaba. En seguida, mandé al mayor Gullón a parlamentar con el jefe militar francés y, sin dificultad, se puso de acuerdo con él en los puntos fundamentales. Nuestros soldados cruzarían en formación y con armas, que luego entregarían. No pondrían dificultades a vehículos de todas clases, con cualquier carga y dispensarían del permiso a las caballerías. También consintieron en que el armamento amontonado en territorio español fuera trasladado, cargándolo en todos los carruajes que pasasen a Francia. En una palabra, la frontera se abría de par en par, a la vez que una línea de soldados franceses con banderas, se desplegaban marcando con exactitud los límites entre los dos países.

Inmediatamente empecé con mis oficiales a reunir en grupos a los soldados dispersos. Les explicábamos la situación y luego formados, cruzaban la raya fronteriza, depositaban sus armas a un lado de la carretera y seguían adelante. Despeñamos en los barrancos los vehículos estropeados y pusimos en movimiento a los demás. Lo peor era cuando encontrábamos gente testaruda (o demasiado disciplinada) que no quería marchar sin recibir órdenes de sus jefes, muchos de los cuales ya estaban en territorio francés. Por ejemplo, había oficiales del V Cuerpo que no querían creer que Líster estaba abandonando España por otro lugar y tuve que obligarlos a entrar en Francia. Aparecieron camiones llenos de leche condensada y cigarrillos, cuya carga repartimos a la gente. Después los llenábamos con los fusiles todavía hacinados en nuestro territorio. En pocas horas, los obstáculos desaparecieron y la circulación se hizo fluida, aunque no dejaban de subir nuevos transportes desde Port-Bou. Cuando llegaron nuestras unidades de primera línea, el paso no ofrecía

dificultades. Se lo merecían, habían cumplido su misión y a ellos se debía que los últimos días de la guerra de Cataluña no hubieran sido marcados por una verdadera hecatombe, en la que perecieran mezclados hombres, mujeres y niños, civiles y militares.

Por la mañana, cruzó la raya la 42ª División con mis antiguos compañeros de la 3ª. Buscábamos entre ellos caras conocidas de veteranos de nuestras batallas, y era doloroso comprobar que quedaban muy pocos; en total poco más de medio millar de hombres. Mandé ocupar posiciones cerca de la frontera a una batería antiaérea de 76 mm, que ahuyentó con su fuego a unos cazas Messerschmitt, que desde gran altura vinieron a observarnos. Seguramente porque estábamos tan cerca de Francia, los bombarderos enemigos nos dejaron aquel día tranquilos. El jefe francés me llamó asustado para exigirme retirara los cañones sin dilación, basándose en el artículo de un tratado que prohibía instalaciones militares hasta unos cien metros de la línea. Lo tranquilicé como pude, pero no atendí su petición, no eran momentos para ponerme a leer documentos. Por suerte, los aviones enemigos no volvieron y no hubo más incidentes.

Llegaron más oficiales franceses que nos miraban con curiosidad y hacían preguntas como de profesional a aficionado. Creo que más tarde recordarían muchas veces, que, entre otras cosas, les dije que nuestro ejército había sido vencido, pero que a ellos les iba a llegar pronto el turno y sentirían no habernos ayudado. No había duda que nuestra derrota representaba también la de Francia; pero no querían admitirlo y me hablaban de las virtudes de sus soldados. Esto no me impresionaba, porque si las virtudes fueran suficientes para ganar una guerra, nosotros no la hubiéramos perdido.

Al atardecer, el tránsito se fue reduciendo poco a poco. En ese momento, ordené cruzar la frontera a gran parte del personal del Estado Mayor del XV Cuerpo, entre ellos al viejo capitán Marín, que fue hasta el final uno de los más animosos. Con las últimas luces del día se acercaron los voluntarios de las Brigadas Internacionales. André Marty los esperaba y me pidió que me colocara a su lado. En su último y emocionante desfile, pasaron ante nosotros unos centenares de supervivientes de las batallas más duras de nuestra guerra, ante los cuales mis oficiales y yo nos

cuadramos, saludando militarmente, mientras se iban perdiendo en la oscuridad hacia Cerbere.

Ya de noche, el jefe francés me llamó para comunicarme que por la tarde nuestros enemigos habían ocupado La Junquera y alcanzado el puesto fronterizo de Le Perthus, cortando la retirada a muchos fugitivos y que ahora venían corriéndose por las crestas hacia nosotros. Esta última parte de la noticia era completamente fantástica, ya que en el terreno abrupto de los Pirineos, sin comunicaciones laterales, tardarían muchas horas en recorrer esa distancia. Un francés de la región, perfecto conocedor del terreno como buen contrabandista, que acompañaba a Marty, estuvo de acuerdo con mi opinión. Sin embargo, Modesto, como precaución, mandó a la 35 División ya dispuesta a penetrar en Francia, que ocupara posiciones cara al oeste. Se oyeron entonces fuertes explosiones en la estación ferroviaria de Port-Bou y vimos el humo de los incendios que destruía los últimos almacenes de armas y municiones. Los últimos grupos, los encargados de las voladuras, estaban llegando y con ellos la 11ª División. No había tenido tiempo de desplegarse la 35, cuando recibimos la contraorden para que se reuniera de nuevo y abandonara España.

Ante los ojos admirados de los militares franceses, desfiló entonces la 35ª División, la 11ª y el Batallón Especial del Ejército del Ebro. Luego siguieron lentamente unos tanques averiados y la carretera quedó completamente vacía. Todavía nos quedamos un rato hasta que en el horizonte del mar iba aumentando la luminosidad que precedía al amanecer del 10 de febrero. Recibida la orden de pasar la frontera, lo hicimos, tiramos con pena nuestras pistolas en uno de los enormes montones de armas y en varios automóviles bajamos hacia Cerbere. Me acompañaban Carmen, Fusimaña, Luis Gullón, Francisco Gullón y Loriente, de mi Estado Mayor y los jefes de división Mateo Merino, Rodríguez y López Tovar. Detrás venía Modesto, que había querido ser el último de su ejército que dejara el territorio español.

* * *

Antes de llegar a Cerbere nos detuvo un puesto de gendarmes franceses que, muy nerviosos, registraron someramente mi automóvil y confiscaron uno de mis dos grandes prismáticos de

campaña. No vieron el otro que estaba más oculto. En el pueblo nos esperaba André Marty junto con el diputado del distrito. Nos invitaron al café de la estación del ferrocarril y entregaron a Modesto un permiso firmado por el Comisario de Policía local, para trasladarse a Perpignan junto con el grupo de jefes y oficiales que lo acompañábamos. Debíamos seguir de cerca a nuestro jefe, que mostraría la autorización en los controles policiacos. Si nos retrasábamos podían no dejarnos pasar y llevarnos a uno de los campos de concentración para refugiados, lo que impediría nuestro viaje a la zona Centro-Sur.

Pronto salió nuestra caravana hacia Perpignan, lo más de prisa posible, teniendo en cuenta la enorme masa de refugiados civiles y militares con camiones, tanques blindados y vehículos de todas clases que llenaban todos los caminos y carreteras de la región. En mi coche, además de Carmen, venían Luis Gullón y Rodríguez. Mi chofer consiguió casi todo el tiempo ir pegado al auto de Modesto y las pocas veces que nos retrasamos lo volvimos a alcanzar, de esta forma nos fue posible cruzar todas las barreras. Sólo tuvimos un momento difícil cuando nos desviaron hacia el campo de Argeles-sur-Mer, pero logramos convencer a los gendarmes que nos permitieran salir de allí. Por el camino se nos fueron uniendo más oficiales del Ejército del Ebro. En Banyuls-sur-Mer recogimos a Líster y el Estado Mayor del V Cuerpo que habían pasado la frontera a pie, por las montañas. También se nos incorporó un subcomisario general, Enrique Castro Delgado. A mi auto subió el comisario del V Cuerpo, Santiago Alvarez. A pesar de la enorme confusión de las carreteras, localizamos el cuartel general del XV Cuerpo y cambiamos unas palabras con Julio Nava, pero tuvimos que seguir adelante, sin tiempo para tratar de recuperar nuestras pertenencias que debían de estar cerca.

A primeras horas de la tarde, llegamos a Perpignan, donde después de dar muchas vueltas en la ciudad desconocida y guiados al fin, por la propia policía, llegamos al consulado español, en cuyo jardín entramos con todos los automóviles. De momento, estábamos a salvo de cualquier complicación, ya que todavía el edificio gozaba de extraterritorialidad. Nos dejamos caer, cansados en los cómodos sillones del comedor. A los pocos minutos, una criada uniformada, vino tímidamente, a pedirnos que nos marcháramos

en nombre de la esposa del cónsul, ya que éste se encontraba "enfermo". Aquellos señores habían vivido cómodamente lejos de la guerra y sus peligros, y tenían la descortesía de comunicarnos que les molestaba ver turbada su paz por un grupo de oficiales del ejército del gobierno, del cual, con mayor o menor lealtad, seguían siendo funcionarios. No sólo no nos fuimos, sino que atraídos por nuestra presencia siguió llegando gente hasta constituir una verdadera muchedumbre.

Pasamos dos días en el consulado en medio de un gran barullo de ir y venir de personas desconcertadas, que buscaban informes o algún tipo de ayuda. La policía francesa no se acercaba por allí; pero en la ciudad hacía frecuentes redadas de refugiados. De todas formas, Perpignan estaba llena de españoles y las autoridades no podían controlarlos a todos. Recibimos algunas visitas de personas que tenían libertad de movimiento, como la diputada Margarita Nelken y la periodista belga Marthe Huysmans, y gracias a ellas pudimos comprar comestibles. Traía en mi auto algunas cajas de leche condensada, que fueron la base de nuestra alimentación. Reinaba entre nosotros gran camaradería. Las mujeres y los niños dormían en los coches y los demás lo hacíamos tumbados por todas partes. Yo compartía una mesa de ping-pong con López Iglesias, el jefe de Estado Mayor del V Cuerpo. Llegó el general Rojo y nos dieron a los oficiales una paga en francos, que el gobierno republicano iba distribuir mientras hubiese fondos para ello. También vino Mije con otros dirigentes comunistas a decirnos que debíamos trasladarnos cuanto antes a Toulouse, para desde allí volar a Albacete y ponernos a disposición de Negrín que ya había regresado a la zona Centro-Sur. Rojo nos había facilitado unas autorizaciones de residencia en el país firmadas por el agregado militar de la embajada francesa en España, confirmadas por otra del prefecto de Bajos Pirineos, sin embargo, excluía dicho departamento. Pero sólo amparaba a los jefes de más categoría. Es decir, las recibimos Modesto, Líster y yo y nuestros jefes de Estado Mayor.

Desde que pisamos suelo francés nos lanzamos sobre la prensa con ansias de saber lo que pasaba por el mundo, del que, prácticamente, habíamos estado aislados durante casi tres años. Queríamos también saber qué se pensaba de nuestra derrota y si

compartían con nosotros la preocupación por el porvenir. El primer periódico que llegó a nuestras manos dedicaba grandes espacios a la muerte del papa Pío XI y apenas unas líneas al paso por la frontera de las últimas tropas de nuestro ejército. Al día siguiente, traía la rendición de Menorca. Un buque de guerra inglés, el Devonshire, había llevado el 8 de febrero a un coronel enemigo a Mahón, que permitió la evacuación de los militares y funcionarios republicanos que lo desearan. El día 10 este mismo buque desembarcó en Marsella a 450 personas. Los ingleses trataban de impedir la ocupación de la isla por italianos y alemanes, y así lo interpretaron ellos, pues el día 9, cuando ya estaba acordada la capitulación, aviones italianos bombardearon como represalia la base naval que se les escapaba.

En pequeños grupos empezamos a salir para Toulouse. El primero en marchar fue Modesto. Todos los que no tenían papeles, se proveyeron de pasaportes en el consulado, que no eran de mucho valor, pero valía más algo que nada. Conseguí uno de estos pasaportes para Carmen y emprendimos el viaje, junto con Luis Gullón y Líster, al que también acompañaba su esposa Carmina y su pequeña hija. Partimos el domingo 12 de febrero por la tarde, en tren. No tuvimos problemas, y aunque llamamos bastante la atención, sobre todo corriendo en la estación de Narbonne, donde creímos perder el trasbordo, nadie nos molestó ni nos pidió identificaciones a pesar de nuestro claro aspecto de refugiados españoles. Habíamos abandonado nuestros uniformes en el consulado; pero los trajes civiles comprados a toda prisa, no nos sentaban muy bien y yo, además, seguía usando el chaquetón de cuero que había llevado toda la guerra, a pesar de su indudable aspecto militar y ciertas desgarraduras de metralla. El único aceptablemente vestido era Luis Gullón, y como su francés era el más fluido, hablaba siempre en nombre de todos, cuando había que preguntar algo. No teníamos casi equipaje, pero yo cargué con mis prismáticos y una máquina de escribir portátil, que siempre llevaba antes en mi auto.

Al fin, llegamos por la noche a Toulouse y nos fuimos directamente a un buen hotel, pegado a la estación. Nos inscribimos con nuestros nombres y pudimos descansar en buenas camas por primera vez en mucho tiempo. Pronto acabó nuestro reposo. Por

la mañana nos enteramos que en el mismo hotel vivían con sus familias dos dirigentes comunistas, Mije y Giorla, que consideraban nuestra presencia como una grave violación de las reglas conspirativas. Nos hicieron salir de allí y nos repartieron por casas particulares de militantes y simpatizantes comunistas, a pesar de que les enseñamos nuestros permisos de residencia en Francia. Pero no hubo nada que hacer. Mije además, se quedó con mi máquina de escribir, que aseguró necesitar mucho. Líster gruñía diciendo que querían vernos fuera del hotel, para seguir ellos allí más tranquilos, pero tuvimos que irnos a donde nos llevaron.

La medida era puramente formal, ya que todo el día lo pasábamos paseando por Toulouse de un lado para otro y sólo por la noche nos íbamos a las casas de los camaradas franceses que nos alojaban, todos ellos seguramente, bien fichados por la policía. Está claro que ésta tenía órdenes de no molestar demasiado a los numerosos refugiados españoles que invadían Toulouse. Poco a poco fueron llegando todos los que estaban en el consulado de Perpignan, entre ellos Francisco Gullón y Loriente. Me encontré por la calle con mis profesores de la Facultad de Ciencias de Madrid, Pedro Carrasco y Honorato de Castro. Habían conseguido salir de España y estaban con sus familias en Toulouse en la mayor incertidumbre acerca del futuro.

Modesto se había esfumado y no se le veía por ningún lado, en cambio Líster andaba siempre con nosotros, compartiendo todo lo que tenía. Vivíamos pendientes del aviso del consulado republicano español, para volar a Albacete en los bimotores de la LAPE, pero unas veces por mal tiempo y otras por diversas causas, los viajes eran poco frecuentes, porque se contaba con pocos aviones. El general Rojo se había negado a regresar a España y otros altos mandos militares tampoco querían hacerlo; sólo acataron la orden de dirigirse a la zona Centro-Sur tres comunistas, los coroneles Cordón y Núñez Maza, subsecretarios del Ministerio de Defensa y el general Hidalgo de Cisneros, jefe de la Aviación. En cambio, varios oficiales superiores y comisarios comunistas, en su gran mayoría del Ejército del Ebro, nos presentamos voluntariamente. Fueron muchos, de todas las filiaciones políticas, incluso bastantes camaradas nuestros, los que ignoraron

las instrucciones recibidas. Bastaba con perder el contacto, buscar una residencia tranquila o refugiarse en un campo de concentración para "correr la suerte de sus soldados". Ningún político se arriesgó, no siendo algunos funcionarios del gobierno. Incluso los dirigentes comunistas y de la JSU, como Antón, Mije, Giorla y Santiago Carrillo quedaron en Francia.

A los tres días, en vista de nuestro inminente vuelo a la zona Centro-Sur, mandaron a París a mi esposa junto con la de Líster y la de Castro. Las acompañaba el catedrático Wenceslao Roces. Carmen y yo nos despedimos con bastantes dudas sobre si nos volveríamos a encontrar. Como mi salida se retrasó, supe que había llegado bien a la capital francesa e incluso cuál era la dirección de la casa donde se alojaba.

Por fin, la noche del 19 al 20 de febrero salimos en un avión repleto hacia el territorio republicano. Como a última hora faltó alguno de los citados, vino en su lugar Francisco Gullón que me había acompañado al consulado. Entre mis compañeros de viaje estaban Líster, Castro, López Iglesias, Delage, Fusimaña, Mateo Merino, Romero Marín, Rodríguez, López Tovar, Sevil, Herrador y Soliva, todos comunistas y, salvo Castro, del Ejército del Ebro. El ambiente era tenso. Ibamos, simplemente, a cumplir lo que considerábamos un deber: luchar hasta el fin, pero no nos hacíamos ilusiones sobre el futuro que nos aguardaba. Nos molestó a todos que no viniera Santiago Alvarez, "porque era un cuadro político que no debía ser expuesto a peligros". Modesto nos había precedido y ya estaba en Madrid. Como Etelvino Vega llegó después en otro vuelo, en total del Ejército del Ebro se trasladaron a la zona Centro-Sur, el jefe, el comisario, los tres jefes de cuerpo, un comisario de cuerpo (de tres), cinco jefes de división (de nueve), dos comisarios de división (de nueve); Como se ve, los militares estábamos mejor representados que los comisarios. De otras unidades de primera línea, el único jefe que volvió fue el teniente coronel Francisco Galán, también comunista, que había mandado un cuerpo en el Ejército del Este.

Aterrizamos al amanecer en Albacete. Con ciertas dificultades fuimos del aeródromo a la ciudad y el mismo día, ayudados por la organización comunista local, llegamos a Madrid donde un grupo nos instalamos en el Socorro Rojo Internacional, situado en la

calle de Lista casi esquina con Velázquez, y los demás en la antigua Comandancia del 5o. Regimiento situada enfrente. Eran edificios casi no utilizados desde hacía tiempo y en sus vacías habitaciones extendieron unas colchonetas en el suelo, donde dormíamos. En el Socorro Rojo, había un depósito de víveres, de los enviados por los cuáqueros, y nos daban bastante bien de comer, teniendo en cuenta las dificultades de aprovisionamiento de la capital de España, donde la población civil llevaba ya años pasando hambre. Envié en seguida un radiograma a Carmen a París, que tardó dos semanas en llegar a su destino.

Madrid estaba lleno de rumores y de intranquilidad sembrada por los partidarios de llegar a un acuerdo con el enemigo para dar por terminada la guerra. Pero lo más deprimente era ver la muchedumbre que llenaba las calles, cafés, cines y centros de diversión, con un público heterogéneo, donde abundaban las mujeres y los uniformados. Parecía como si se aturdieran gozando intensamente de la vida, antes de la catástrofe. No se veían patrullas y aparte de las casas destruidas y los grandes agujeros en las fachadas causados por los cañonazos enemigos, nada hacía pensar en una ciudad asediada. Desde el primer momento el Partido nos informó sobre la posibilidad de un golpe militar contra el gobierno, que estaría encabezado por el coronel profesional Segismundo Casado, jefe del Ejército del Centro. Toda la habilidad del Presidente del Consejo se estrellaba, inevitablemente, contra el desfallecimiento de la moral de resistencia, provocado por una situación en verdad desesperada. Nadie creía en que podría cumplir sus promesas de traer a España el material de guerra almacenado todavía en Francia. Pero, por otra parte, era ilusorio pensar que el vencedor, con la victoria ya en la mano, iba a admitir otra cosa que la capitulación pura y simple. Una "paz honrosa" ya la había negociado Negrín inútilmente. Ya ni siquiera podíamos soñar con que la resistencia nos iba a permitir ganar tiempo en espera de un cambio internacional favorable. Pero si la guerra estaba perdida, debía terminar de la manera más digna y salvando al mayor número de personas comprometidas, como habíamos hecho en Cataluña, ya que tampoco podíamos contar con la misericordia del enemigo.

Negrín, de visita en Madrid, nos reunió en su Palacio de la Presidencia, en La Castellana, a los jefes militares y comisarios venidos de Cataluña. Agradeció que hubiéramos regresado y tuvo para nosotros palabras amables, pero nada concreto nos dijo sobre la forma en que pensaba utilizarnos. En seguida, dejó la capital para no volver más y pronto lo siguieron los dirigentes comunistas, excepto Pedro Checa. También se marcharon Modesto, Líster, Castro, López Iglesias y Rodríguez, para estar cerca del gobierno. Tampoco estaban en la capital el delegado de la Internacional Comunista, Togliatti, Ercoli para nosotros, y su ayudante el húngaro Stepanov. Madrid era como una trampa que todos trataban de dejar, mientras la puerta estuviera entreabierta. No se nos escapaban estas circunstancias a los que quedamos allí, pero confiábamos en que no se cerraría la salida tan pronto. Había en el ambiente la suficiente hostilidad no sólo de los enemigos, sino también de los ex-aliados, para que no la percibiéramos. De una de las unidades controladas por comunistas, nos mandaron armas, una caja de granadas de mano, y algunos hombres con un sargento y un fusil ametrallador, para que montaran guardia en nuestros alojamientos. El directivo de la FUE, Muñoz Suay, me facilitó un antiguo revólver norteamericano Colt, calibre 45, bastante pesado para llevarlo a cuestas, pero con el que me sentía mucho más seguro. Por cierto, que a petición suya, acepté ser nombrado presidente de la UFEH, aunque bien sabía que no quedaba de la famosa FUE más que su pasado y que su final estaba muy cerca. Curiosamente, mis últimas actividades políticas en España iban a estar ligadas a la misma organización en que empecé a tenerlas.

Como yo era el jefe militar de más categoría de los que permanecimos en Madrid, llegados de Cataluña, Domingo Girón, secretario de la organización comunista, tuvo varias conversaciones conmigo y me tenía al corriente de todo lo que se tramaba por el coronel Casado. Incluso me confió, para que yo lo guardara, el archivo de la organización militar del Partido, donde constaban todos los comunistas de las fuerzas armadas. Estudié con cuidado todas las fichas y le aconsejé que si quería evitar el temido pronunciamiento, había simplemente, que adelantarse a sus planes, arrestándolo. Incluso le preparé el bosquejo de un plan de ocupación de los puntos principales de Madrid y del Estado Mayor

del Ejército del Centro. Tres de sus cuatro Cuerpos de Ejército estaban mandados por coroneles profesionales, miembros del Partido. El I, por Barceló, el II por Bueno y el III por Antonio Ortega. Sólo el IV lo dirigía un anarquista, Cipriano Mera, el único con que podía contar Casado.

Mientras tanto, la tambaleante República Española había sufrido otro golpe por parte de Francia e Inglaterra, que el 27 de febrero reconocieron al gobierno del general Franco. Con esto se volatilizaban las esperanzas de recibir el armamento depositado en territorio francés y nuestros aviones de la LAPE dejaron de circular entre Toulouse y Albacete, interrumpiéndose así nuestro único y débil enlace con el exterior.

Girón aseguraba que Casado había postergado la inserción en la Gaceta, que seguía editándose en Madrid, del decreto que anunciaba los ascensos a general de Cordón, Modesto y el propio Casado. A la vez, incluía como nuevos coroneles a Márquez, los hermanos Galán y Líster. En realidad, este último ya lo era desde mediados de enero según orden de Negrín, aún no publicada. La impresión de Girón era que retrasaba la publicación de esos nombramientos, para concluir todos los preparativos y que sólo la permitiría cuando estuviera listo a sublevarse contra el gobierno, para usarla además como uno de los motivos. Yo seguía sin comprender cómo sabiendo todo esto no nos anticipábamos a estos planes y así se lo repetía a Girón. Lo cierto es que Casado se había hecho bordar en un uniforme las insignias de general, para estar preparado a aceptarlas si la situación se lo exigía. Me lo había asegurado mi sastre de la calle del Arenal, que nos estaba confeccionando ropa militar a algunos de nosotros.

Acompañado por Francisco Gullón, fui a La Pedriza a visitar al coronel Barceló, jefe del I Cuerpo desde que el coronel Moriones había pasado a mandar el Ejército de Andalucía. En su lugar mandaba la 2a. División el mayor Suárez, mi sustituto en la 30ª Brigada. Barceló nos recibió muy bien. Reunió a todos sus oficiales y delante de ellos nos colmó de elogios. Se le veía cansado y preocupado, pero no tuvo miedo de comprometerse públicamente acogiéndonos de ese modo. Su actitud contrastaba con la de otros muchos jefes militares comunistas que rehuían el contacto con los llegados de Cataluña y nos mantenían aislados. Estaba claro que

una de las consignas de la sublevación iba contra nosotros. Se notaba incluso en viejos amigos, como Díaz Hervás y el teniente Veramendi, que nos saludaron con cariño, pero sin la confianza de antes. Barceló puso a nuestra disposición un automóvil, que a los pocos días iba a ser para nosotros de un valor inapreciable. De vuelta a Madrid pasamos por Buitrago, donde vimos a dos viejos amigos Raimundo Calvo, antiguo comandante del Batallón Alpino, entonces jefe de la 1a. División, y a su ayudante Antonio Gobernado.

Es posible que el coronel Casado tuviera conocimiento de nuestra visita a Barceló, el caso es que, sorpresivamente, nos invitó a comer con él en la Posición Jaca. Fue una reunión bastante protocolaria. Casado tomaba solamente leche debido a su úlcera y estaba acompañado sólo por un oficial, que más parecía vigilante, que no pronunció ni una palabra. La conversación giró sobre temas generales y el que más habló fue Casado, que en cuanto comprendió que de nosotros, gente sin experiencia en alta política, no podía sacar gran cosa, se dedicó a comunicarnos lo que le interesaba divulgar, en especial que no eran ciertos los rumores de que fuera agente del Intelligence Service y que no era responsable de las atenciones y visitas que le hacían miembros de la embajada inglesa. Más o menos esto fue lo más importante que nos dijo. Al final de la comida, hizo un elogio de nuestra actuación en el Ebro y yo aproveché la ocasión para pedirle que me asignara un automóvil, a lo que accedió de inmediato, entregándome una buena camioneta de pasajeros. Estaba yo seguro de que tendría que viajar. De este modo contaba ya con dos vehículos, suficientes para trasladar en caso necesario, a todos los hombres que estaban a mi cargo, lo que nos dio una mayor seguridad. Nada más llegar a nuestra casa en la calle de Lista, llamó por teléfono Pedro Checa, que estaba ya a punto de abandonar Madrid, mostrando mucho interés por conocer todos los detalles de nuestra conversación con Casado.

El 2 de marzo se hizo pública la renuncia de Azaña como Presidente de la República, un nuevo golpe para las pocas esperanzas que pudiéramos albergar. El final de la guerra estaba próximo y antes de verme obligado a marcharme de Madrid fui a echarle un último vistazo a mi domicilio de la calle de las

Huertas. Allí habían vivido, durante casi toda la guerra, mis tíos José Xandri y Encarnación Tagüeña, porque estaban más seguros que en el Portillo de Embajadores. Recorrí todas las habitaciones y me llevé dos trajes civiles. Mis parientes se despidieron de mí como si no fueran a verme nunca más y no dejaban de tener buenas razones para ello.

En los linderos de Madrid y en todos los frentes de la zona Centro-Sur, reinaba la más completa calma. El enemigo, indudablemente, estaba reagrupando sus unidades para dar el golpe final. Nuestro pequeño grupo de jefes y comisarios venidos de Cataluña, seguía inactivo y aislado en la capital, sin recibir ninguna misión. Muy pocas personas tenían relación con nosotros. Veíamos a veces, al Comisario General de Guerra, Osorio y Tafall, porque tenía una oficina en el edificio donde nos alojábamos. Era republicano, pero partidario de la política de resistencia del gobierno, que ya no era apoyada más que por los comunistas, y por eso nos trataba amistosamente. Algunas veces visitábamos el local de la Comisión Ejecutiva de la JSU. Vivían allí los directivos de la FUE, Muñoz Suay, Manuel Tuñón de Lara y Elena Romo, la esposa y la hija de Santiago Carrillo y algunos otros jóvenes. Claudín, Cazorla, Melchor y Laín, eran los dirigentes de más categoría de la zona, pero ninguno de ellos estaba en Madrid.

* * *

El domingo 5 de marzo, me despertó temprano Girón. Me dio una serie de explicaciones confusas sobre una comisión de jefes comunistas con mando en las unidades de Madrid, que se iba a encargar de tomar todas las medidas en caso de sublevación. Venía a comunicármelo y a recoger el archivo que yo guardaba para entregárselo a los nuevos organizadores. De esta manera, yo quedaba relevado de mi papel de consejero oficioso. Además, de pasada, me comunicó que Casado había autorizado la publicación en la Gaceta de los nuevos ascensos, pero, inexplicablemente, Girón ya no creía que esto fuera tomado como pretexto para el golpe militar.

No me dejó convencido ni mucho menos, y por lo que pudiera ocurrir, pedí a mis compañeros que no salieran del local. Ya cerca

del medio día sonó el teléfono. Era una conferencia de larga distancia para mí. Me llamaba López Iglesias, para decirme que Modesto ordenaba nos trasladáramos a la posición "Yuste", no lejos de Elda, donde se encontraba reunido el gobierno Negrín. Antes de que pudiera comunicar esta llamada a Girón, apareció, pálido y desencajado, el comisario de Casado, Daniel Ortega. Al puesto de mando del Ejército del Centro, en la posición "Jaca", estaban llegando camiones con tropas enviadas por el jefe anarquista Cipriano Mera del IV Cuerpo. Para Ortega no había ninguna duda de que aquello representaba la sublevación y, sin pensarlo más, había saltado por una ventana, para venir a comunicárnoslo. Llamé inmediatamente a Girón que llegó a los pocos minutos. Entonces se confirmaron por completo mis sospechas, El Partido Comunista no pensaba tomar ninguna iniciativa, iba a esperar el desarrollo de los acontecimientos, ya que no quería ser responsable de cualquier acción que terminara de derrumbar al tambaleante Frente Popular.

Girón quitó importancia a lo que decía Daniel Ortega y no presentó ninguna objeción, cuando le dije que si no tenía nada que encomendarnos, abandonaríamos la capital para cumplir las instrucciones recibidas. Me dijo que debíamos irnos y, en tono solemne, añadió: comunica a la dirección del Partido que nosotros cumpliremos con nuestro deber. De todos modos, le indiqué que no saldríamos de Madrid hasta el anochecer y que podía llamarnos si cambiaba de opinión. Girón y Ortega se fueron y ya no los volvimos a ver nunca más.

Comimos tranquilamente y sin apresurarnos fuimos haciendo los preparativos del viaje, empacando nuestros pequeños equipajes. Nuestros dos autos bastaban para transportarnos a todos. Tenían llenos los depósitos de gasolina y los habíamos recibido con documentación completa. De haber sabido lo que estaba pasando en el país nos hubiéramos dado mucha más prisa: Los jefes de la flota republicana habían recibido con gran irritación al coronel Francisco Galán enviado por el gobierno para mandar la base naval de Cartagena, cuando se presentó a tomar el mando la tarde anterior y la "quinta columna" infiltrada en la guarnición se había amotinado abiertamente durante la noche, liberando a los presos políticos y ocupando con rapidez la ciudad y

las baterías de costa. La estación de radio empezó a transmitir al grito de ¡Arriba España! ¡Viva Franco!

Por la mañana, los barcos de guerra duramente castigados por la aviación enemiga, habían salido a alta mar, bajo la amenaza de los cañones de tierra en manos de los rebeldes. Durante el día el teniente coronel Rodríguez, iba reconquistando Cartagena con fuerzas de la 206ª Brigada, venida del Ejército de Levante, al mando del mayor Artemio Precioso. Por otra parte, los generales Miaja y Casado no habían atendido los requerimientos de Negrín para que acudieran a la sede del gobierno.

A primeras horas de la tarde recibí la visita de mi amigo el capitán médico Federico Coello, al que no veía desde los primeros días de la guerra. No sabíamos realmente qué decirnos. Nos íbamos a encontrar en campos opuestos, ya que él seguía siendo socialista. No le podía explicar por qué dejaba la capital y nos limitamos a hablar de cosas superficiales. Pasó la tarde lentamente, siempre esperando algún recado de Girón. Sabíamos que algo estaba a punto de suceder y hubiéramos querido ser útiles en algo, pero era evidente que nadie necesitaba de nosotros. Ordenamos a la guardia que nos había protegido esos días que volviera a su unidad y ya cerca del anochecer nos pusimos en marcha. Habíamos agotado tanto el tiempo, que al salir de Madrid, mientras revisaban nuestros permisos en el puesto de control, oíamos cómo un aparato de radio a todo volumen anunciaba que por la noche se iba a transmitir una alocución del jefe del Ejército del Centro. Esto confirmaba que la insurrección ya era una realidad. Cuando Casado tuvo tiempo de acordarse de nosotros, envió a sus hombres a arrestarnos, pero encontraron las casas vacías.

Nuestro viaje fue rápido y en la madrugada del día 6, llegamos a la posición "Yuste". El lugar estaba rodeado por un centenar escaso de fieles guerrilleros, soldados escogidos y bien armados de las unidades controladas por comunistas que operaban en la retaguardia enemiga. Dejé a mis compañeros dormitando en los coches y entré en el edificio donde encontré al recién ascendido general Modesto, que se mostró muy sorprendido al verme, ya que no había sido orden suya la que nos sacó de Madrid, sino una iniciativa de López Iglesias, preocupado por los peligros que corríamos. Saludé también al general Matallana, jefe del Estado

Mayor de Miaja, que era una especie de rehén en manos del gobierno, al jefe del Servicio de Investigación Militar (SIM), Santiago Garcés, y algunas otras personas conocidas. Alguien me informó que la sublevación contra el gobierno no había encontrado resistencia alguna. En Madrid, habían hablado por radio Casado y Besteiro, en nombre del Consejo Nacional de Defensa que asumía todas las funciones del gobierno. Los otros miembros del nuevo órgano de poder eran el socialista Wenceslao Carrillo, padre de Santiago, y dos anarquistas y un republicano, poco conocidos. En cambio, la 206ª Brigada, había, prácticamente, acabado con la quinta columna de Cartagena. Las baterías de costa, de nuevo en nuestras manos, hundieron luego un buque mercante enemigo, el "Castillo de Olite", lleno de soldados que acudían en auxilio de los rebeldes.

Al poco rato, salió Vicente Uribe de la sala donde deliberaban y me pidió que fuera a comunicarle a Dolores Ibarruri, que los ministros habían acordado abandonar España, ya que nuestra escuadra había mandado un ultimátum por radio desde alta mar, adhiriéndose al Consejo Nacional de Defensa, y amenazando con no volver a Cartagena si el gobierno no se marchaba. En cuanto al general Matallana, lo habían autorizado a regresar a Valencia.

No fue nada difícil encontrar en Elda la posición "Dakar", donde se encontraba Dolores Ibarruri con otros dirigentes comunistas. Al darle la noticia se demudó, exclamando: "Esto es el fin de la guerra". Amanecía el 6 de marzo, pero nadie había dormido allí en aquella larga noche. Irene Falcón, secretaria de Pasionaria, nos dio de desayunar y luego nos pudimos asear y descansar un poco en una casita cercana, que ocupaban el poeta Rafael Alberti y su esposa María Teresa León. Me sorprendió ver llegar a Negrín y a Alvarez del Vayo, pues creía que el gobierno en pleno volaba ya hacia Francia. Pero los aviones no estaban listos, y para entrener la espera se acercaron para entrevistarse con la dirección del Partido Comunista. Inmediatamente, Dolores Ibarruri, Uribe, Checa y Delicado, se reunieron con ellos. Trataron de convencerlos de que no se dieran por vencidos y continuaran en España. Al poco rato, Checa nos llamó aparte a Modesto, Líster y a mí. Nos dijo que como Negrín estaba a punto de cambiar de opinión, era muy importante que uno de nosotros hablase con el

teniente coronel Etelvino Vega, nuevo comandante militar de Alicante. Era preciso asegurar que este puerto siguiera en manos del gobierno. Consideré que era a mí a quien correspondía ir y me ofrecí. Me fui en mi camioneta acompañado por Francisco Gullón, Mateo Merino, Romero Marín y algunos oficiales más. Al salir de Elda vimos que la carretera estaba guardada por un grupo de guerrilleros.

Sin duda Negrín pensaba colocarnos en puestos de confianza a los jefes llegados de Francia; pero en el momento del pronunciamiento de Casado, sólo habían recibido cargos dos de ellos: Francisco Galán y Etelvino Vega. Se ha dicho que yo fui nombrado comandante militar de Murcia, pero no tuve entonces conocimiento de ello.

Con su hoja de ruta del Ejército del Centro, nuestro vehículo no tuvo ninguna dificultad para entrar en Alicante en pleno día. Ya dentro de la ciudad observamos, sin darle mucha importancia, a una compañía de Guardias de Asalto que se dirigía a pie al centro. Llegamos pronto a la Comandancia Militar y mientras los demás esperaban en el auto, entré en el edificio acompañado por Romero Marín. Yo llevaba el uniforme nuevo que acababa de hacerme en Madrid, y los centinelas se limitaron a saludarme sin preguntarme nada. En una gran sala, donde había varios oficiales, que nos miraron con desconfianza, encontramos a Etelvino Vega, con aire desconcertado. En voz baja lo informé de la situación y traté de conseguir me dijera en qué forma podíamos ayudarlo. Titubeaba al contestar y más tarde comprendí que en aquel momento era ya, virtualmente, prisionero de los casadistas que lo rodeaban. Su opinión era que debíamos esperar para no provocar a los partidarios del Consejo. Le indiqué que nos íbamos a instalar en el Hotel Palace donde estaríamos a su disposición.

Salimos de la Comandancia con la misma facilidad que habíamos entrado y nos marchamos al hotel. Allí nos encontramos con varios oficiales del Ejército del Ebro, entre ellos el capitán Loriente, que acababan de llegar de Francia en un barco. Con ellos vino la esposa de Modesto. Les explicamos con rapidez el avispero en que estábamos metidos. En ese momento sonaron unas descargas de fusilería. Llamamos por teléfono a Etelvino Vega y ya no lo dejaron ponerse al aparato. Francisco Gullón

fue con el auto a observar lo que pasaba y volvió en seguida a explicarnos que guardias de asalto en gran número, ocupaban todo el centro de la ciudad.

Como no tenía sentido seguir en Alicante, les expuse a todos mi plan. Ibamos a volver a Elda en nuestra camioneta, empleando la fuerza si era necesario. Teníamos aún sitio en ella para Loriente, pero sus compañeros de travesía marítima deberían marchar a pie hacia la carretera, y luego los iríamos recogiendo. Pedí a la esposa de Modesto que se fuera con ellos, para evitarle riesgos, si había lucha. Fueron precauciones innecesarias porque en la caseta de vigilancia nos dejaron pasar sin concedernos la menor atención y las granadas de mano que llevábamos preparadas quedaron sin utilizar. Allí nos cruzamos con camiones llenos de soldados que venían de Valencia rumbo a Cartagena. Eran todavía los servicios de la 206ª Brigada.

Dejé a Loriente y a Francisco Gullón en el cruce de carreteras a Elda y a Murcia, para reunir a los que saldrían caminando, según lo acordado y seguí con los demás a la posición "Dakar" a dar la noticia de lo ocurrido. Pero ésta había ya llegado por teléfono, como a las dos y media de la tarde y provocó una desbandada general. Negrín, que había mandado a Casado un mensaje conciliatorio, en el que llegaba a ofrecerle la trasmisión de sus poderes al Consejo Nacional de Defensa, había perdido ya toda esperanza y junto con Alvarez del Vayo, se trasladó al aeródromo de Monóvar a unirse al resto del gobierno, para subir a los aviones que los conducirían a Francia. Por el temor de que llegaran desde Alicante algunos camiones con guardias de asalto, prefirieron los riesgos más reales de un vuelo diurno sobre territorio enemigo. Dolores Ibarruri también partió en un pequeño "Dragón" hacia Argelia, acompañada, entre otras personas, por el general Cordón. El resto de los dirigentes, con los jefes y comisarios comunistas que estaban en Elda, se fueron reuniendo en el mismo aeródromo, guardado por guerrilleros. En otro avión del mismo tipo, salió el matrimonio Alberti. Los pilotos calentaban los motores de vez en cuando para estar listos a levantar el vuelo a la menor eventualidad.

Mientras tanto, mi preocupación principal era nuestra gente que había quedado en Alicante. Había vuelto con Modesto al cruce

y allí esperamos varias horas sin que alguien apareciera. Tampoco se presentaron los temidos guardias de asalto. El tráfico en la carretera era normal y nada revelaba los trágicos acontecimientos que se estaban desarrollando. Francisco Gullón se ofreció a volver a la ciudad con el auto y, efectivamente, llegó hasta el Hotel Palace, pero no encontró a nadie. Por lo que supe después, parece ser que nuestros camaradas se entretuvieron demasiado por la ciudad hasta que fueron reconocidos y arrestados. Después de marcharse Modesto, todavía continué allí hasta el anochecer. Luego ya no tenía sentido quedarme y regresé a Elda. Ya no había soldados nuestros en la entrada y la carretera estaba libre. En la posición "Dakar" todas las casitas se veían solitarias y abandonadas. Eran como las ocho de la noche. Sólo estaban Delage que tenía orden de estar allí hasta las nueve para encaminar al aeródromo a algunos comunistas seleccionados que pudieran todavía presentarse. A los demás, había que recomendarles que se concentraran en las unidades amigas, principalmente en Cartagena, a donde se estaban trasladando toda la 10ª División, mandada por De Frutos, de la que formaba parte la 206ª Brigada.

Me vestí de civil. Me puse el viejo chaquetón de cuero y decidí abandonar todo el resto de mi equipaje. Con él quedaron mis pesados prismáticos, que, ingenuamente, había traído de Francia. Me parecía poco ético llevar bultos, cuando unos kilogramos podían suponer que alguien más pudiera salvarse. Acompañé a Delage hasta el fin de su misión, y allí estuvimos sentados toda una hora, que se nos hizo interminable. No sabíamos de qué hablar. En cualquier instante podían llegar fuerzas enviadas desde Alicante y atraparnos. Luego salimos para Monóvar. Francisco Gullón vino con nosotros, pero le prevenimos que no podíamos garantizarle un sitio en los aparatos. Realmente, no estábamos seguros siquiera de que no hubieran emprendido ya el vuelo y encontráramos vacío el campo de aterrizaje. Pero no lo estaba, al contrario, bullía de gente, en mayor cantidad de la que permitía el cupo de los aviones que estaban a la vista.

Cuando llegamos estaba a punto de iniciarse la reunión histórica del Comité Central del Partido Comunista, la última de la guerra de España. En realidad, la decisión estaba ya previamente tomada por el buró político y aun antes por el delegado de la

Internacional. Pero se trataba de darle al acto la mayor solemnidad. Claudín me hizo entrar por ser yo miembro de la comisión ejecutiva de la JSU. Yo estaba muy cansado de la tensión de los últimos días, pero puse todo mi interés en oír ya que la conducta del Partido no la veía muy clara.

Nos comunicaron simplemente los acuerdos. El gobierno Negrín había abandonado el país y la única autoridad real era el Consejo Nacional de Defensa, por ilegal que fuera su formación y aunque sus propósitos eran negociar la paz a cualquier precio, luchar contra él con las armas, era comenzar una guerra civil dentro de otra guerra civil. Los comunistas, campeones de la unidad, no podían adoptar esa actitud. No había otra alternativa que tratar de salvar la mayor cantidad de cuadros comunistas y dejar la responsabilidad del final de la guerra, en manos de la Junta de Casado. Togliatti preguntó después a Líster y a Modesto si creían que el Partido había desaprovechado alguna ocasión de tomar el poder, a lo que contestaron negativamente. A los demás no nos preguntaron nada. Esta línea política no podía ser una improvisación de última hora, sino algo madurado hacía tiempo y explicaba la actitud de pasividad de Domingo Girón en Madrid y de Etelvino Vega en Alicante que a ambos les costaría la vida.

Togliatti, Checa y Claudín quedaban en el país para asegurar la evacuación del mayor número posible de militantes. En los aviones disponibles, saldrían sin dilación todos los que cupieran en ellos sin amenazar la seguridad del vuelo. Dos bimotores de la LAPE irían a Toulouse y un "Dragón" a Argelia. Hubo el natural nerviosismo y hasta una falsa alarma creada por un camión que llegaba con nuestros guerrilleros, pero todo se fue organizando. Irene Falcón fue leyendo los nombres de los que abordaríamos los aviones. Se habían olvidado de los dos únicos catalanes, Fusimaña y Soliva, venidos de Francia, lo que motivó la intervención de Líster, apoyado por todos los de nuestro grupo del Ebro; considerábamos que eran los que debían ser incluidos en primer lugar. Esta omisión se rectificó en seguida y fueron añadidos a la lista.

Partieron varios autos con los camaradas que se quedaban en España. Tratarían de eludir el bloqueo de las carreteras que no tardarían en establecer los partidarios del Consejo. Me despedí de Francisco Gullón, que con un grupo de oficiales, intentaría llegar

a Cartagena. Despegó primero un bimotor donde iban Uribe, Hidalgo de Cisneros, Modesto, Irene Falcón y otros. Al rato lo hizo el nuestro, entre cuyos pasajeros estábamos la mayoría de los jefes y comisarios que habíamos llegado juntos de Francia. Faltaban Rodríguez y Soliva, pero este último, iba a volar en el "Dragón". Delicado nos repartió algunos billetes extranjeros. No llevábamos equipaje; pero sin tener en cuenta nuestra indignación, la esposa de un dirigente se subió con varias maletas. A cambio, dejamos esconder debajo de uno de los asientos al capitán de los guerrilleros, que nos había estado protegiendo. El aparato se elevó y nos alejamos del suelo de nuestra patria. Allá abajo nuestra causa perdida, entraba en la agonía y muy pronto el vencedor iba a implantar su ley.

El viaje duró varias horas pero me fue imposible conciliar el sueño a pesar del terrible agotamiento. Todo se me agolpaba en la cabeza, sobre todo la suerte de los que se iban a encontrar encerrados en la trampa, y me embargaba una sensación de vergüenza por haber podido librarme del peligro con tanta facilidad. Por otro lado, nada podía hacer y el quedarme hubiera sido un sacrificio inútil que a nadie ayudaría. Pensaba también en mi madre, siempre al frente de su guardería infantil en Alicante, que sin saberlo me había tenido tan cerca en las últimas horas. También me preocupaba mi hermana y cómo podría con su marido, eludir la peligrosa situación. Al igual que mi familia, millones de personas, que en alguna forma habían servido a la República, en aquellos momentos se estarían debatiendo ante la angustia de lo que se avecinaba.

* * *

Nuestro avión describió una gran curva sobre el mar para pasar entre las Baleares y la costa catalana. Cuando ya se veía cerca la línea iluminada del litoral francés, Ernesto Navarro, jefe de la tripulación, nos pidió que arrojásemos al mar todas las armas. Abrieron un poco la puerta de la cabina y por allí tiramos algunas pistolas y granadas de mano. Casualmente, me había encontrado con Navarro en casi todos mis viajes aéreos durante la guerra. Por la mañana del 7 de marzo, aterrizamos en Toulouse. La policía del aeródromo tenía orden de no molestarnos, ya que

suponía éramos altos funcionarios del gobierno Negrín. Se limitaron a pedirnos las armas que poseyéramos y sin que presentáramos documentos, nos dejaron marchar a la ciudad. Todos nos desperdigamos. Algunos tenían la familia cerca, otros algún conocido. Formé un grupo con Delage y Mateo Merino y decidimos irnos a París en el primer tren. Antes fuimos a buscar a Luis Gullón al que informé sobre su hermano y le propuse que se viniera con nosotros. No podíamos suponer los cambios que en su vida iba a producir el aceptar esa invitación. Aflojada ya la tensión, dormimos mientras atravesábamos medio país. Nadie nos molestó. Llegamos de noche a la capital francesa y nos instalamos tranquilamente en el Hotel Strasbourg, no lejos de la estación de ferrocarril, inscribiéndonos con nuestros nombres.

Por la mañana del día 8, lo primero que hicimos al salir a la calle fue comprar periódicos. Quedamos estupefactos. Los comunistas de Madrid se oponían con las armas a Casado. Esto derrumbaba todos los argumentos oídos antes de abandonar España. No podíamos saber cómo surgieron esos combates que iban a durar varios días. La prensa no era muy explícita y había que leer entre líneas para adivinar lo sucedido. Pero nuestra primera reacción fue de estupor y de bochorno. Si se iba a resistir, ¿por qué nos enviaron a Francia?

Pasó algún tiempo hasta que los relatos de testigos presenciales nos confirmaron la única explicación posible. Nuestras organizaciones tenían instrucciones de no adelantarse a la sublevación y no estaban preparadas para actuar si el golpe militar se producía. En el fondo, aunque conocían bien las intenciones de sus adversarios, los subestimaban y no los creían capaces de actuar. El Consejo Nacional de Defensa, por el contrario, tuvo muy pocas vacilaciones y sus fuerzas ocuparon sin resistencia los locales comunistas, detuvieron a todos los dirigentes que encontraron y, dueños de las comunicaciones, desarticularon en pocas horas, cualquier posibilidad de reaccionar contra él. A la vez, cuando el gobierno Negrín abandonó España, el Partido Comunista acordó no luchar contra Casado y mandar al extranjero a sus más destacados militantes. Los que quedaron, Togliatti, Checa y Claudín, vagaban por las carreteras, escapando de las barreras policiacas y no pudieron intervenir en nada, ni comunicar las decisiones

tomadas en Monóvar. Acabaron siendo arrestados por los casadistas, y sólo recobraron la libertad a los dos días, al exigirlo Jesús Hernández, apoyado por el XXII Cuerpo del Ejército de Levante.

* * *

Los comunistas quedaron aislados y tuvieron que decidir por cuenta propia en cada lugar y era inevitable que en la mayoría de los sitios pesaran las últimas órdenes recibidas de no intervenir contra los conspiradores. Pero Madrid fue una excepción. El domingo 5 de marzo, después de hablar conmigo, Girón hizo volver a Daniel Ortega a la posición "Jaca", es decir, lo hizo regresar a donde acababa de escapar, tan esperanzado estaba de que la sublevación no llegaría a realizarse. Pero se equivocaba, Daniel Ortega fue inmediatamente arrestado y al propio Girón lo detuvieron aquella noche en el local del Partido, junto con otros miembros del comité provincial, quedando descabezada la organización madrileña. Entonces, de una manera espontánea, en un movimiento de autodefensa, algunos jefes militares comunistas, comenzaron a mover sus unidades contra las de Casado. La resistencia al Consejo la encabezaron el coronel Barceló al frente del I Cuerpo y el mayor Ascanio, jefe provisional del II Cuerpo por enfermedad del coronel Bueno. Pero la falta de directivas concretas, motivó que todo fuera demasiado lento y los combates no empezaron hasta el día 7 por la mañana, precisamente cuando nuestro avión estaba llegando a Toulouse. Veinticuatro horas más tarde, al leer en París el comienzo de la lucha en la que hubiéramos debido participar, me acusaba a mí mismo de haber aceptado con tanta facilidad salir de España. Pero la cosa ya no tenía remedio.

Mientras tanto, la flota republicana había tratado de refugiarse en Argel, pero fue encaminada a la base naval de Bizerta, donde anclaría unos días después. Fue ésta una de las páginas más lamentables de los últimos momentos de la guerra, ya que desaparecía el factor más importante que podía permitir la salida de España de muchas personas comprometidas. La deserción de nuestra escuadra, ya que no se le puede dar otro nombre, iba a costar la vida a miles de personas que hubieran podido salvarse

con ella. El propio Consejo Nacional de Defensa, perdía además una de sus cartas principales para las negociaciones que se proponía entablar con el enemigo.

Debí haberme ido en seguida a Las Lilas, donde vivía Carmen, pero me dejé convencer por Delage y tratamos de buscar contacto con el Partido. Se nos ocurrió presentarnos en el Comité Central del Partido Comunista francés, cuya dirección leímos en "L'Humanité", pero no nos hicieron el menor caso y no pudimos pasar de la portería, aunque, al menos, nos explicaron donde se encontraba el Comité de Ayuda a la República Española. Pero tampoco allí nos dijeron nada. Cuando salíamos descorazonados, se paró de repente un automóvil y nos llamó a gritos Codovila, quien durante muchos años había sido delegado en España de la Internacional Comunista y nos conocía bien tanto a Delage como a mí. Nos hizo entrar de nuevo con él en la oficina, donde increpó a los empleados por la poca atención que nos había prestado y desde este momento todo fueron amabilidades. Pero nos tuvieron todo el día de un lado para otro, guardando todas las medidas de seguridad, hasta que al fin por la noche, nos instalaron en Melun, 53, rue de Ajot, en casa de un comunista francés llamado Grellat. No pude convencer a mis acompañantes de que nos pasáramos por Las Lilas, sin embargo, me prometieron que mi mujer se reuniría pronto conmigo. Pero tardaron aún unos tres días en traerla. Carmen ya estaba muy preocupada, porque no acababa de comprender tantos líos misteriosos. Primero la visitó un diputado comunista francés, que le dijo unas frases medio cabalísticas, luego le dieron una dirección y una hora para encontrarse conmigo, pero yo no aparecí. Para aumentar su confusión, recibió entonces mi radiograma que le había puesto al llegar a Madrid. Menos mal que Líster y Enrique Castro, sin respeto para las normas conspirativas, se presentaron a buscar a sus esposas y le aclararon que yo estaba en Francia. Por fin todo se arregló.

Por la prensa francesa seguimos aquellos días con ansiedad las incidencias de la lucha en Madrid. Lo que no ofrecía dudas es que los combates aunque violentísimos, estaban localizados en la capital. ¿Por qué las fuerzas comunistas de otros frentes no intervenían?

Los jefes de grandes unidades miembros de nuestro Partido, mantuvieron de hecho una posición "neutral". Peor fue el caso de algunos "simpatizantes" que nos volvieron la espalda, como el general Miaja que aceptó incluso la presidencia del Consejo Nacional de Defensa.

El contragolpe en la capital comenzó tan tarde y tan desorganizado que ni siquiera participaron las fuerzas del III Cuerpo mandadas por el coronel Antonio Ortega. A pesar de todo, las acciones de algunas unidades comunistas fueron suficientemente enérgicas para poner en aprietos a Casado. El ímpetu de su ofensiva fue frenado no por los anarquistas del IV Cuerpo, sino por las instrucciones que acabaron llegando de la dirección del Partido Comunista.

El propio coronel Ortega actuó de mediador y el 12 de marzo hubo un alto al fuego en Madrid y todas las tropas volvieron a las posiciones que tenían siete días antes. A pesar de sus promesas de no tomar represalias, Casado hizo fusilar en pocas horas al coronel Barceló y al comisario Conesa, a los que hizo responsables de la muerte de varios oficiales de su cuartel general capturados en la posición "Jaca". Las cárceles de la capital se llenaron entonces de comunistas, mientras que al contrario, eran puestos en libertad muchos simpatizantes del enemigo. Se suprimió del uniforme republicano la estrella roja de cinco puntas, considerada como signo comunista, aunque había sido aprobada e introducida por Largo Caballero. Sin embargo, los vencedores no iban a establecer luego ningún tipo de "diferencia", cuando empezasen a actuar los consejos de guerra contra todos los republicanos, sin distinción.

La casa donde nos alojábamos en Melun era pequeña, pero de dos plantas y vivían en ella además de Grellat y su esposa, los propietarios, otra familia obrera de más edad, con un hijo de unos diez y ocho años. Nos habían cedido dos habitaciones. Una la ocupábamos Carmen y yo y la otra Mateo Merino y Gullón, ya que Delage nos dejó pronto para incorporarse a la organización comunista en nuestra emigración. No podíamos salir a la calle, ni dejarnos ver, porque se suponía que estábamos ilegalmente. Cuando Grellat y su casero vieron que nuestra estancia se prolongaba, empezaron a temer complicaciones y como no queríamos causarles

problemas, nos fuimos a París para tratar de conseguir permisos de residencia. Fuimos a la Sûreté Générale, tratando de que nos recibiera un secretario al que nos habían recomendado. Allí mismo, en la sala de espera, preocupado por los papeles de Carmen, decidí incluirla en mi pasaporte diplomático, escribiendo su nombre en el lugar adecuado. Ya cansados de aguardar, nos enteramos que en el piso bajo, sin ningún trámite, ni ninguna influencia, bastaba declararse refugiado español, dar el nombre y se recibía un papel que daba derecho a residir en cualquier sitio de Francia, excepto la capital y los departamentos cercanos a la frontera española. No exigían más trámite que presentarse a la policía local. Renunciamos a ver al funcionario que buscábamos y nos entregaron sin dificultades nuestros pases para Melun, donde aquella noche hicimos nuestra entrada "oficial".

Al día siguiente, nos presentamos a las autoridades y nuestra situación quedó completamente en regla. El comisario de policía que sabíamos simpatizaba con los refugiados españoles y era miembro del sindicato de funcionarios, no puso objeciones a mi alterado pasaporte e incluso cuando leyó en mis autorizaciones que yo había sido jefe del XV Cuerpo, se levantó solemnemente para estrecharme la mano y decirme que le agradaba mucho poder conocer a un teniente coronel del Ejército Republicano. Desde entonces nos saludábamos con mucha amabilidad siempre que nos encontrábamos en la calle, por donde ahora paseábamos tranquilamente. Ibamos de compras al mercado y Carmen, a pesar de su falta de experiencia, hacía la comida para administrar mejor nuestras exiguas finanzas.

A veces visitábamos la casa de un profesor francés, donde vivía la esposa de Vittorio Vidali que también algunas veces aparecía por allí. Dicho profesor era muy amigo de los esposos Joliot-Curie a los que nos presentó un día. Nos dio también la dirección de la asociación de los intelectuales de izquierda, a los que recurrimos, con éxito, en busca de ayuda económica. A menudo, venía a vernos desde París el enlace de la JSU. Era una muchacha francesa, llamada Lisa Ricol, hija de padres españoles emigrados en Francia desde hacía muchos años. Su hermana Fernanda estaba casada con Raymond Guyot, secretario general de las Juventudes Comunistas Francesas. Lisa, que aparte de muy guapa, era muy

simpática, nos traía libros y revistas, además de noticias que no publicaba la prensa. Hablaba muy bien el español, con un ligero acento y siempre que llegaba la asediábamos a preguntas. No le hizo mucha gracia que hubiéramos legalizado nuestra residencia en Melun, aunque tampoco quiso darle mucha importancia a nuestro desprecio por la conspiración.

* * *

Seguíamos paso a paso la tragedia de la República, que se iba acercando a su desenlace final. La radio española nos ponía al corriente de la marcha de los acontecimientos, aunque muchos detalles sólo los conoceríamos con el tiempo. Los casadistas creyeron que eliminando a Negrín y a sus aliados comunistas, tenían probabilidades de conseguir "una paz decente y honrosa". Pero si el enemigo no había respondido a los ofrecimientos del gobierno anterior, menos iba a tener en cuenta los del Consejo Nacional de Defensa, militarmente mucho más débil y que, además, había renunciado, públicamente, a la carta más valiosa en las posibles negociaciones: la de continuar la resistencia. ¿Para qué tomar en consideración a un adversario que no estaba dispuesto a resistir?

Casado se apoyó en el natural descontento que muchos socialistas, anarquistas y republicanos, habían acumulado contra los comunistas a lo largo de las enconadas luchas políticas, durante toda la guerra. Era natural que todos los demás partidos, sin excepción, se preocuparan por el futuro y recelaran de las posiciones que los comunistas habían ido ganando. Pero éstos, simplemente, llenaron el gran vacío que creó entonces la división de los socialistas y la incompatibilidad de la ideología anarquista con el ejército disciplinado y eficiente que era necesario para la lucha. Esto, unido a la imprescindible ayuda rusa, permitió a los comunistas alcanzar posiciones muy importantes en las fuerzas armadas, y el jefe del gobierno, partidario de la resistencia, se veía obligado a utilizarlos, sobre todo en los últimos momentos, cuando se encontró solo, y tenía que echar mano de los jefes que habían llegado a la zona Centro-Sur desde Francia, lo que aumentaba la desconfianza de los otros mandos y los precipitaba a la sublevación. Sin embargo, Negrín no seguía la política de la resistencia, porque se hubiera entregado a los comunistas, como

sus enemigos decían, sino porque creía que no había otra alternativa, y si el desarrollo de la guerra y la situación internacional le hubieran sido más favorables, habría limitado la influencia comunista, apoyándose en sus brigadas de carabineros, tan cuidadosamente organizados, seleccionados y armados, para que fueran sus fieles instrumentos, y donde los socialistas ejercían un control tan absoluto, como el de los comunistas en otras unidades del ejército.

Liquidada su organización de Madrid, el Partido Comunista desapareció de la vida política. Sólo se preocupó de la evacuación de sus cuadros, pero no contaba con medios para ello. A pesar de las dificultades de desplazamientos, algunos de sus militares más destacados se fueron concentrando en Cartagena bajo la protección de la 10ª División. Resulta inconcebible que con centenares de miles de afiliados, muchos de ellos en puestos importantes en el frente y en la retaguardia, y una extensa red de comités regionales y locales, se dejara desplazar con tanta facilidad. Pero todo era consecuencia natural de la decisión tomada desde muy arriba de no intervenir cuando la República se derrumbara.

Las proposiciones de paz del Consejo Nacional de Defensa, eran, paradójicamente, mucho más exigentes y detalladas, que los tres puntos de Negrín. Entre ellas, dos realmente sorprendentes: una, que conservasen sus empleos y cargos los militares profesionales y funcionarios, que recibirían así mejor trato que el resto de los ciudadanos (prueba evidente de quién mandaba en el Consejo), y segunda, que en la zona republicana no entraran italianos ni moros y que se diera un plazo de 25 días, para que saliera de España todo el que lo deseara. Algo invalidaba toda la protección solicitada para los republicanos que se quedasen, al limitarla a los que no hubieran cometido ningún "acto criminal", ya que nunca un vencedor está capacitado para juzgar objetivamente sobre eso. Responsabilidades, directas o indirectas de todo lo ocurrido en nuestra zona, podían buscarse, si se deseaban, contra cualquiera que hubiera colaborado con la República.

El enemigo no se dio prisa en contestar a las ofertas conciliatorias de Casado, que se vio obligado a tratar con uno de sus propios oficiales, que se le presentó como delegado de la quinta columna de Madrid. El enemigo, que esperaba que la zona repu-

blicana cayera por sí misma como fruta madura, preparaba sus tropas y tribunales para la ocupación del territorio, y contestó al fin, que exigía la rendición incondicional, que no se firmaría ningún tratado de paz, que rechazaba a Matallana y a Casado como plenipotenciarios y que admitiría en Burgos a dos oficiales subalternos, pero sólo para acordar los detalles de la entrega. Ante el fracaso, el Consejo Nacional de Defensa permaneció inactivo, sin atreverse a decir al pueblo que no podía cumplir sus promesas de conseguir condiciones aceptables de paz. No sólo no tomó medidas para la evacuación de las personas amenazadas, sino que barcos extranjeros enviados por Negrín, salieron de los puertos de Levante sólo con unas docenas de personas, que gracias a muchas influencias, habían conseguido pasaporte, cuando hubieran podido transportar centenares y miles.

Los delegados de Casado, teniente coronel Antonio Garijo y mayor Leopoldo Ortega, volaron a Burgos el 23 de marzo. Los representantes del enemigo les exigieron la entrega simbólica de la aviación republicana el 25 y la rendición del resto de nuestro ejército el 27. Otro viaje de dichos delegados a Burgos, el día 25, fue infructuoso; no les aceptaron excusas por no haber llegado los aviones y los obligaron a regresar apresuradamente a Madrid, a pesar del mal tiempo. Casado envió un radiograma pidiendo una prórroga de 24 horas, a sabiendas de que los pilotos ya no le obedecían; pero le contestaron pidiendo al Consejo que ordenara a las fuerzas republicanas de primera línea que levantaran bandera blanca.

* * *

El día 26 de marzo el Cuerpo Marroquí, atacó Extremadura, en el sector de Peñarroya teniendo que vencer alguna resistencia, la última que ofreció el ejército republicano, pero las líneas fueron rotas y las columnas motorizadas penetraron hacia Almadén. A su derecha el Cuerpo de Andalucía ocupó Pozoblanco. Al día siguiente, tres cuerpos de ejército (del Maestrazgo, Navarro e Italiano), invadieron sin dificultad alguna, toda la provincia de Toledo, en simple paseo militar. Ese mismo día, los soldados republicanos, abandonaron en masa todos los frentes. Un ejército de más de medio millón de hombres, desapareció en pocas horas.

El día 28 de marzo, Casado dio orden de comunicar al enemigo la rendición del Ejército del Centro y salió en avión hacia Valencia. Al mediodía, las tropas enemigas, que durante tantos meses se tuvieron que contentar con ver a la capital de lejos, entraron, por fin en Madrid. Los demás miembros del Consejo, abandonaron también la capital, excepto Besteiro, convencido de que no corría ningún peligro, y que trataba de persuadir de lo mismo a los que le pedían ayuda para huir. El anarquista Melchor Rodríguez, que desempeñaba el cargo de alcalde de Madrid, dio la bienvenida a las fuerzas enemigas, que le permitieron continuar en su puesto durante varios días.

El día 29 de marzo se derrumbó verticalmente toda la zona republicana. Casado siguió dando superfluas órdenes de rendición y prometiendo al pueblo que nadie sería perseguido, "si no había cometido crímenes" y que la evacuación sería permitida. Mientras tanto, oleadas de fugitivos se esforzaban en llegar a los puertos de Levante. Ese mismo día, Casado abandonó Valencia, ya en manos de la quinta columna, y embarcó en Gandía en el buque de guerra inglés Galatea, junto con un centenar de jefes, oficiales y funcionarios. El general Miaja voló a Argelia en su avión personal. Oficiales y soldados escogidos de la 10ª División se apoderaron por la fuerza de dos campos de aterrizaje cercanos a Cartagena y en varios aviones pudieron salir para Africa los dirigentes comunistas y de la JSU, junto con varios jefes de dicha división.

Todos los barcos pequeños, capaces de navegar, salieron cargados de refugiados, para caer muchas veces en poder de los buques de patrulla enemigos. De Alicante salió un carguero con bandera inglesa y tripulación de varias nacionalidades, el Stanbrook, que llevaba a bordo a cerca de cinco mil personas, es decir, la cuarta parte de todos los republicanos que lograron salir de la zona Centro-Sur. Los pasajeros de ese buque iban hacinados, colgados materialmente de todas partes y por milagro atravesaron el Mediterráneo y lograron arribar a Orán. En él se salvaron Francisco Gullón y la esposa de Modesto.

Cuando el día 29 por la tarde estábamos en Melun, alrededor del aparato de radio, no conocíamos todavía muchos detalles, pero no nos equivocábamos juzgando la magnitud de la catástrofe. En

la mayoría de las localidades la quinta columna, adelantándose a la llegada de sus tropas, se apoderaba de las emisoras de radio, por las que lanzaban mensajes de adhesión al generalísimo Franco y los locutores improvisados se felicitaban mutuamente y repetían sin cesar los vítores falangistas y tradicionalistas. A cada momento, salía al éter una nueva ciudad, aeródromo o base militar. Las emisoras de la zona enemiga intervenían alborozadas y no había frecuencia en las bandas que no estuviera lanzando voces de alegría y de victoria. Las columnas motorizadas ocuparon ese día Jaén, Ciudad Real, Sagunto, Albacete y otras muchas ciudades de menor importancia. El 30 de marzo, entraron en Valencia y los italianos alcanzaron Alicante, donde cayeron prisioneros muchos miles de fugitivos reunidos en el puerto en la angustiosa espera de los buques prometidos para la evacuación. El 31 fueron ocupadas Almería, Murcia y Cartagena. La guerra civil, ahora sí, había terminado.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO VIII

EMPIEZA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La gran mayoría de los republicanos no nos sentíamos derrotados. El derrumbe final que dividió profundamente a los que, más o menos, habíamos estado unidos durante la contienda, no nos hacía olvidar que éramos combatientes de una causa más amplia, cuya suerte en el mundo todavía no estaba decidida. Estábamos convencidos de que, tarde o temprano, las democracias occidentales saldrían de su apatía para enfrentarse a Hitler y Mussolini y entonces nosotros volveríamos a luchar contra el fascismo, ahora cargados de experiencia. Eramos la vanguardia de una guerra que todavía no empezaba.

La prensa francesa publicaba fotografías impresionantes de los campos de concentración de los Bajos Pirineos, con miles de veteranos de nuestro ejército con el puño en alto y el gesto decidido, con más aire de vencedores que de vencidos. Esta actitud tiene más valor si se tiene en cuenta las privaciones y calamidades que pesaban sobre el medio millón de refugiados. Heridos, enfermos, ancianos, mujeres y niños, se hacinaban en los campos careciendo de lo más indispensable. La muerte cobraba diariamente su tributo entre los más débiles: una de las primeras víctimas fue el gran poeta Antonio Machado, fallecido en Collioure a los pocos días de pasar la frontera. El gobierno francés trató a los emigrados como a prisioneros de guerra, aunque hay que reconocer que representábamos un serio problema; en cambio, organizaciones privadas del país y del extranjero, hicieron lo posible por mejorar nuestra suerte.

La desesperación empujaba a algunos a regresar a España arrostrando los peligros que esto suponía, pues la represión alcanzaba dimensiones increíbles. Y no era sólo el odio acumulado lo que llevaba a los vencedores a no tener piedad de los vencidos; era también la convicción de que su triunfo podía ser efímero, si la situación internacional no seguía desarrollándose a su favor.

Santiago Carrillo nos visitó en Melun y me pidió una lista de los que yo creía podían ir a la Unión Soviética a cursos de capacitación. Insistió en que redujera las peticiones al mínimo, ya que en Rusia la vida era todavía muy dura y no se podía pensar en mandar cuadros políticos y familiares para una emigración prolongada. Solamente gente muy escogida para seguir ciertos estudios, terminados los cuales regresarían para estar lo más cerca posible de España.

Nada más instalado en Francia, traté de ponerme en comunicación con mi familia. Primero puse un radiograma a mi madre. Luego, con la dirección "Campos de refugiados españoles" Argelia, escribí a Claudín, a Francisco Gullón, a mi cuñado y a algunos de sus jefes. Claudín, a vuelta de correo, me confirmó su salida y la de Francisco Gullón. Uno de los jefes de aviación me contestó diciendo que ni mi cuñado ni mi hermana estaban entre los evacuados a Africa. En cuanto al radiograma pudo haberle causado a mi madre un problema. Cuando llegó a Alicante el Estado Mayor de la División Littorio estaba instalado en la guardería que ella dirigía y donde se había refugiado también mi hermana. Los italianos reconocieron mi apellido, pero no lo retuvieron, al contrario se lo entregaron haciendo alarde de cortesía. Más tarde, un español que trabajaba con ellos le confió a mi hermana que sus oficiales presumían de que en Cataluña habían estado a punto de hacerme prisionero con sus tanquetas. Lo gracioso es que mi madre no lo creyó y lo tomó a "fanfarronada de italiano". De todos modos, gracias a su comportamiento pude tener relaciones normales con mi madre y otros miembros de la familia incluso los de Zaragoza, aunque por poco tiempo. El día 9 de abril, inesperadamente, vinieron a buscarnos, a todo el grupo, para salir hacia la Unión Soviética.

En París nos llevaron al local ya conocido por nosotros: el Comité de Ayuda a la República Española. Allí nos reunimos con

otros compatriotas, la mayoría desconocidos, y juntos fuimos a la Embajada rusa donde nos dieron un pasaporte colectivo. La composición del grupo no respondía a las normas que nos había dado Santiago Carrillo; venían familias enteras con niños sin ninguna duda en plan de emigración permanente. Nos alegró encontrar a Fusimaña con su familia. Estaba también el jefe del Estado Mayor de la Marina, Prados; el jefe de operaciones del Ejército del Ebro, Fábregas; José Vela Díaz, teniente de aviación sobrino de José Díaz, y Rubén Ruiz Ibarruri, el hijo de Dolores. Viajaban también con nosotros algunos miembros de las Brigadas Internacionales, la mayoría inválidos o convalecientes de sus heridas y algunos de los empleados españoles en la Embajada soviética en España. Como responsable de todo el grupo iba el comisario político José Sevil.

Irene Falcón, encargada de recibirnos, contestaba nuestras infinitas preguntas y discutía con los que se negaban a marchar si no los acompañaba su familia completa. Nos pidió que entregáramos al Partido todo el dinero de que dispusiéramos, pero Carmen y yo decidimos mandar todo lo que nos quedaba a su madre, su hermana y su pequeña sobrina que vivían en malas condiciones en una antigua prisión en Bar-sur-Seine. Sin embargo, el diplomático ruso que se ofreció a ponerlo en el correo, se quedó con el dinero, aunque hizo deletrear varias veces la dirección.

Al abandonar Francia nos preocupaba la situación de la familia que quedaba, especialmente mi suegro y mi cuñado recluidos en el campo de Argeles-sur-Mer, pero habíamos decidido no reclamarlos después de oír las opiniones de Carrillo sobre las dificultades de la vida en Rusia.

El mismo día de nuestra llegada a París salimos para El Havre. Mateo Merino que no llevaba más que un pequeño paquete se ofreció a llevar la maleta de Carmen, que a última hora dejó olvidada en la Embajada, con lo que nuestro equipaje siguió reduciéndose. A las primeras horas de la noche subimos al Smolny, un pequeño vapor ruso de carga y pasajeros: llevaba el nombre del cuartel general de Lenin durante la revolución de octubre de 1917. Las formalidades aduaneras fueron mínimas, pero tardamos en zarpar varias horas sin que nadie nos dijera el motivo. Por fin, entre sueños nos dimos cuenta de que nave-

gábamos. Por la mañana al levantarnos nos enteramos del motivo del retraso: habíamos estado esperando a Líster, su esposa y su pequeña hija. En la prensa francesa, con grandes titulares, se anunciaba que el gobierno español había pedido la extradición de Líster, acusándolo de fusilamientos entre la población civil, y para evitar posibles complicaciones lo hicieron salir precipitadamente de Francia.

La travesía hacia Rusia fue muy cómoda. Hacía muy buen tiempo y nuestros nervios se relajaron contemplando el Mar del Norte, los pasos Skagerrak, Kattegat y Sund, entre Dinamarca y Escandinavia y más tarde el Mar Báltico y el Golfo de Finlandia. Descendió la temperatura y empezamos a ver témpanos flotantes y focas, para nosotros un espectáculo fascinante. Al final salió a nuestro encuentro un rompehielos y por el sendero que nos abrió llegamos a Leningrado el día 13, después de admirar Kronstadt. Estábamos muy emocionados de encontrarnos en Rusia, pero los aduaneros se encargaron de darnos el primer disgusto: registraron nuestros equipajes como si fuéramos contrabandistas comprobados. En mi maleta encontraron un libro que me había regalado Lisa, el "Mein Kampf" de Hitler, editado por antifascistas franceses con notas críticas. Levantaron acta de confiscación y me hicieron firmar un recibo que utilicé en Moscú para una reclamación infructuosa. Al anochecer se acercó al barco un vagón de ferrocarril en el que nos instalaron. Después nos llevaron mucho tiempo de un lado para otro, por vías de carga y descarga que bordeaban el muelle, hasta que nos engancharon al tren de Moscú. Salimos de Leningrado sin ver más personas que los empleados del ferrocarril, envueltos en gruesos trajes guateados y los soldados rojos de vigilancia en todas partes, con sus típicos gorros terminados en punta como los de los antiguos varegos.

Dormimos bien y al amanecer empezamos a husmear por las ventanillas. Ante nosotros iban desfilando ciudades y pueblos. Buscábamos todas las explicaciones posibles: el cerco capitalista, los sacrificios de la construcción del socialismo, el clima; pero nada parecía ser suficiente para contrarrestar lo que veíamos. Las "isbas" de viejos troncos, medio enterradas en la nieve sucia, las instalaciones ferroviarias en edificios antiguos de la época

zarista, completamente deteriorados, casas grandes uniformes, casi siempre de madera, en los barrios urbanos; las carreteras desiertas, sólo de vez en cuando pasaba algún camión con las líneas anticuadas que ya nos habían llamado la atención en España. Pero lo que más nos impresionaba era la gente, enfundada en sus gruesas ropas de invierno, descoloridas y rotas; los hombres con maltratados gorros de piel, las mujeres con la cabeza envuelta en toquillas sucias y rotas, se agolpaban en las estaciones, cargando o sentados en bultos, mustios, sin hablarse entre sí, viendo pasar los trenes con indiferencia.

El día 14, por la tarde llegamos a Moscú. Nos esperaban dos funcionarios de la Internacional Comunista. En unos autobuses nos trasladaron a una casa de reposo de los Sindicatos, situada cerca de Moscú, en Planiernaya. Callados y absortos atravesamos toda la ciudad. Impresionaban algunos edificios antiguos y sus iglesias con sus cúpulas orientales. En las avenidas aparecían bloques de viviendas, con el aspecto anodino que tienen en todas las ciudades modernas, y entre ellos muchas casas de madera de todos los tamaños y viejos barracones deteriorados. Y por todas partes, suciedad, basura, restos del deshielo y charcos. Es cierto que llegábamos a Moscú en la peor época, en la primavera, cuando los servicios públicos no se dan abasto para limpiar todos los desechos que han ido acumulándose durante el invierno bajo las nevadas. Se veían pocos comercios, pero la gente nos pareció algo mejor vestida, aunque con un aspecto parecido a la que habíamos visto cerca de la línea del ferrocarril. Los vehículos iban completamente repletos, y en las paradas de los trolebuses y autobuses la gente luchaba para abordarlos. Automóviles pequeños no se veían en absoluto.

Aquella primera visión del país nos dejó a todos aterrados, aunque nadie se atreviera a manifestarlo. Yo estaba muy nervioso, mientras mi cerebro trabajaba a toda velocidad, tratando de encontrar respuestas antes que surgieran las inevitables preguntas.

La Casa de Reposo No. 15 de la Unión Central de los Sindicatos, había sido desalojada de sus huéspedes habituales, para instalarnos a nosotros. Constaba de varios amplios edificios de madera en los que estaban instalados los dormitorios, el comedor

y dos salones de juegos. Cuando llegó nuestra expedición ya había varios españoles instalados allí. Eran personas que la Embajada de la URSS en España había utilizado como agentes o empleados. Algunos llevaban ya varios meses en Rusia. La mayoría nos eran completamente desconocidos, pero hubo sorpresas, como la que nos dio un estudiante de Madrid, nada parecido a un comunista, y que resultó ser espía soviético, quién sabe desde cuándo.

Aunque al principio la nieve cubría los campos deportivos y todos los alrededores de nuestra residencia, llegó pronto el deshielo y la primavera se instauró con toda su fuerza. Pudimos hacer ejercicio físico y empezar una vida tranquila, aunque todavía no normal. El lugar era muy pintoresco, rodeado de bosques de pinos, abetos y abedules. De Francia seguían mandando grupos cada vez más numerosos y con familias completas. Seguramente la proximidad de la guerra mundial había hecho que los rusos cambiaran su criterio inicial de admitir sólo cuadros políticos y militares. Con los combatientes de España seguían llegando empleados y agentes de la Embajada y miembros de las Brigadas Internacionales, sobre todo polacos e italianos que eran muy bien acogidos por nosotros.

Nuestra estancia en Planiernaya era confidencial y se guardaba el mayor secreto de todo lo relacionado con nosotros. Por eso nos sorprendió la visita del coronel Radionov y el mayor Pidorenko. Pasamos muy buen rato recordando los tiempos de la Tercera División y las graciosas anécdotas causadas por el poco mundo y la desconfianza de Pidorenko. Los dos habían sido condecorados por sus servicios en España y nos demostraron agradecimiento por nuestra hospitalidad. Una tarde Luis Gullón, Carmen y yo nos trasladamos a Moscú, por primera vez solos, y con no poco trabajo conseguimos localizar la vivienda de Radionov. El y su esposa nos recibieron con gran cordialidad. Vivían muy modestamente en uno de aquellos bloques llenos de departamentos minúsculos. Hablamos del final de la guerra y cuando aseguramos que pronto volveríamos a España, a la esposa de Radionov se le llenaron los ojos de lágrimas y dijo que le recordábamos cuando ellos en 1923 habían llegado a Rusia como emigrados políticos, pensando regresar muy pronto a Bulgaria. Ahora había perdido ya todas las esperanzas. Radionov opinó que nosotros

deberíamos contar con la posibilidad de trasladarnos a la América de habla española, donde suponía él surgirían movimientos revolucionarios. Esta conversación nos dejó bastante desconcertados, nos hizo pensar y vertió un jarro de agua fría sobre nuestras ya no muy calurosas ilusiones.

Otra noche visitamos a Pidorenko, que tenía una habitación en una casa para oficiales del Ministerio de Defensa. La conversación con él fue menos interesante aunque muy amable. Otro día, acompañados por una intérprete, Mateo Merino, Carmen y yo, fuimos conducidos a una casa cerca del Kremlin; al abrirse la puerta nos encontramos frente al general Walter, jefe en España de la 35ª División Internacional, que nos abrazó efusivamente a los tres. Vestía uniforme de coronel y usaba su verdadero nombre, Swierczewski.

La visita de Manuilski a Planiernaya aumentó el caudal de nuevas impresiones. Resultó ser un viejecito pequeño y simpático, con grandes bigotes. Se sentó delante de todos nosotros y en un francés muy bueno y tono informal, nos dio una charla explicándonos la situación internacional y las consecuencias de la guerra de España. Empezó diciendo que no nos sintiéramos derrotados, que el Ejército Rojo en la guerra civil había perdido muchas veces la extensión territorial de España. Que habíamos tomado parte en un combate de vanguardias y cumplido con creces nuestra misión. Que para la guerra mundial que era ya inevitable, la URSS necesitaba ganar tiempo y nuestra larga resistencia se lo había facilitado; que esperaba que con el mismo espíritu resistiéramos los años de duras luchas que pasaríamos antes de poder volver a nuestra patria. Sacamos la conclusión, una vez más, de que nuestra emigración iba a ser muy larga.

Llegó el día 1o. de Mayo, fiesta de los trabajadores, que en Moscú se celebra tradicionalmente con una gran manifestación. Nos reunieron en el local del MOPR (Socorro Rojo Internacional), donde ya nos esperaban Líster, Isidoro Acevedo y Barneto. Acevedo, un asturiano de venerables barbas y avanzada edad, era fundador del Partido Comunista de España; Barneto, ya entonces bastante enfermo, era un conocido dirigente sindical de Sevilla. Ambos llevaban ya algún tiempo en Rusia. El centro de la capital soviética aparecía profusamente engalanado con carteles y retra-

tos de Stalin y de los demás miembros del Buró Político del Partido Bolchevique. Por primera vez, aleccionados por Barneto, empezamos a darle valor al orden en que aparecían las fotos. En último lugar había una cara nueva: la de un candidato a miembro suplente, llamado Jrushchiov.

Formados y marcando el paso nos llevaron a la plaza Roja, con gran angustia de Acevedo que pese a sus esfuerzos no podía seguirnos. Tuvimos que frenar nuestra marcha y después de pasar varias barreras de agentes de la NKVD (Comisariado del Pueblo del Interior), llegamos a la tribuna que a un lado de la tumba de Lenin estaba reservada para los invitados extranjeros. Del otro lado estaba el cuerpo diplomático. Teníamos por lo tanto, un sitio de honor para presenciar el paso de las tropas y la manifestación obrera que seguía. Bajo un brillante sol primaveral, el gran rectángulo lleno de tropas nos produjo una enorme impresión, aunque resultaba mucho más pequeña de lo que parecía en las películas soviéticas. A la hora en punto, cuando sonaban las campanas de los relojes del Kremlin, y los altos dirigentes, con Stalin al frente, ocupaban sus puestos en el mausoleo, empezó solemnemente la parada militar. Stalin resultó también mucho más pequeño de lo que aparecía en las fotos oficiales. Iba vestido con el sencillo traje de corte castrense que usaban entonces casi todos los funcionarios rusos.

Desfilaron los alumnos de las academias militares, los oficiales del Ministerio de Defensa, la infantería, la caballería, la artillería y los tanques T-26 y BT-5, mientras sobrevolaban aviones de marcas conocidas. Luego, con profunda emoción, vimos aparecer las banderas de la Revolución de Octubre, llevadas por obreros armados y con chaquetones de cuero, como tantas veces habíamos visto en películas y fotografías. La emoción hubiera sido menor si hubiéramos sabido entonces que muy pocos veteranos de aquellas luchas habían sobrevivido a las purgas de Stalin. Detrás de las banderas iban centenares de miles de trabajadores en varias columnas, con profusión de retratos, banderas, gallardetes y consignas, muchas de ellas alusivas a nuestra lucha. Avanzaban ordenadamente, entre filas de soldados de la NKVD, pero sin demostrar el entusiasmo que hubiéramos esperado de ellos. El desfile parecía interminable. Las tribunas se iban quedando va-

cías, pero Stalin y sus compañeros no se movían de su lugar, saludando de vez en cuando hasta que pasó el último de los manifestantes. Los españoles fuimos los últimos en abandonar la Plaza Roja.

Planiernaya rebosaba ya de refugiados cuando llegó Enrique Castro y Esperanza Abascal, su esposa. Llegaron solos porque su expedición siguió camino a Jarkov. Como no había habitación para ellos Carmen y yo les cedimos la mitad de la nuestra. La mayoría de los matrimonios, desde el primer día vivían separados en dormitorios de hombres y mujeres o con toda una familia. Lo nuestro había sido un verdadero privilegio. Castro estaba del peor humor y con razón se sentía postergado por no haber sido enviado a Kuntsevo, donde además de Líster, estaban ya Modesto, Jesús Hernández y Dolores.

Con otro grupo llegó mi cuñado, Antonio Parga. Nos enteramos que estaba en una Casa de Reposo en Solnechnogorsk, al norte de la capital y conseguimos que lo trasladaran a la nuestra. Eran ya varias las residencias llenas de españoles en los alrededores de Moscú y los que llegaron después fueron enviados a Ucrania. Nos trataban muy bien y el personal se esforzaba por atendernos lo mejor posible. Nos sometieron a un completo reconocimiento médico y pusieron en tratamiento a los que resultaron enfermos. Nos proporcionaron ropa de estilo muy anticuado, pero de buena calidad. Los dormitorios eran sencillos pero cómodos, por lo menos mientras no se atiborraban de gente. La comida era de primerísima clase, verdaderos manjares para las normas del momento en Rusia, aunque nosotros no supiéramos apreciarlos entonces. Como suele ocurrir en estos casos, los inadaptados eran casi siempre los que en España habían vivido peor. Los empleados rusos estaban extrañadísimos de que no supiéramos apreciar lo que nos daban, y un incidente vino a abrirnos los ojos sobre la realidad soviética. El director de la Casa nos advirtió un día que disolviéramos bien el azúcar en el café o que la metiéramos directamente en la boca, porque las mujeres que lavaban la vajilla habían protestado de que aparecieran restos en el fondo de las tazas, malgastándose así un producto de primera necesidad que con dificultad conseguían ellas para sus hijos.

Casi todas las noches nos proyectaban películas, algunas muy buenas. Vimos "La Juventud de Máximo", "Pedro el Grande", 'Alejandro Nevski" y otras. Volvimos a ver las que ya conocíamos de España. Nos llamó la atención una nueva versión de "Octubre", cuidadosamente expurgaba de toda clase de recuerdos de Trotzki y en la que Stalin aparecía como el brazo derecho de Lenin. También nos llevaron espectáculos de variedades, conciertos, etc., y en pequeños grupos fuimos conociendo los museos y teatros de Moscú.

Los viajes a la capital nos enseñaron nuevos aspectos de la vida soviética. La suntuosidad de las estaciones del Metro, que recuerdan templos o palacios orientales, contrastaba con el pobre aspecto de la gente. Sólo los militares iban bien vestidos e indirectamente el ejército proporcionaba ropa a la mayoría de la población masculina, pues eran muchos los civiles que usaban prendas de las que los militares daban de baja periódicamente y luego revendían en los mercados. La proximidad del verano había arrinconado los deformes abrigos guateados y ya podía distinguirse a los hombres de las mujeres. Estas, sin embargo, no habían ganado gran cosa. Sin el menor arreglo usaban vestidos de telas baratas mal teñidas y peor cortadas y llevaban zapatos usados y sucios. Nada como el aspecto de las mujeres reflejaba las dificultades y privaciones con que tropezaba la población.

Otro índice de la situación material era la limitación del comercio. No había racionamiento, los almacenes de comestibles o "Gastronom", estaban relativamente bien surtidos, aunque no tanto como pretendían insinuar las horribles reproducciones de jamones y embutidos en cartón pintado, que llenaban los escaparates; pilas enormes de latas de conservas daban la sensación de abundancia; pero sus precios eran prohibitivos para la mayoría de los ciudadanos, que tenían que contentarse con adquirir sólo lo más indispensable, como fuimos conociendo más tarde por propia experiencia. De otros artículos de consumo no había práctica mente nada a la venta. Los grandes almacenes "Univermag" tenían los aparadores medio vacíos y en ellos no era posible comprar ni una cuchara, ni cacerolas, ni platos, ni prendas de vestir, ni zapatos, ni una hoja de afeitar. Si a la hora de abrir, aparecía algo de esto a la venta, los compradores se abalanzaban y en pocos minutos se habían acabado las existencias, aunque

fueran cosas de la peor calidad. Fuera de esas primeras horas las estanterías quedaban ocupadas por cosas realmente inservibles: gorras de visera veraniegas, de medidas poco corrientes o conejos de trapo para los niños, que debían estar hartos de ellos porque no se veían otros juguetes. Era evidente que los establecimientos comerciales públicos no bastaban para aprovisionar, ni siquiera deficientemente, a la población. Nos explicaron que las empresas y centros estatales tenían almacenes para surtir a sus empleados. Nadie nos habló entonces de la verdadera válvula de escape: el mercado negro, tolerado y en parte legalizado bajo el título de "mercado Koljosiano", donde los campesinos podían vender libremente los excedentes de sus parcelas. En estos mercados se podía vender o comprar todo lo imaginable, a precios desorbitados, pero reales. Por ejemplo: un periódico que haciendo cola se conseguía en 20 kopeks, se vendía en el mercado en 2 rublos.

Pronto empezamos a apreciar otro lado del régimen: el terror. Los internacionales que desde Rusia habían ido a luchar a España, al volver, como es natural trataban de ponerse en contacto con sus compañeros de emigración; por ellos supimos que la inmensa mayoría de los emigrados políticos habían caído en las últimas purgas. Entre ellos, todo el Comité Central de Partido Polaco; los sobrevivientes de la Comuna de Viena y muchos de los alemanes huidos del nazismo. Por eso los interbrigadistas se denominaban españoles; era en este momento lo más seguro. Pronto dejamos de preguntar por la gente que habíamos conocido en España pues no pocos habían desaparecido al llegar a Rusia acusados de "enemigos del pueblo". Esto ocurrió con el general Maximov, el coronel Copic, el periodista Koltsov, Kleber, etc... Pronto apreciamos el peligro que entrañaba el tener o haber tenido relaciones con algún enemigo. Durante las purgas, bastaba la amistad o relación casual con alguno de los supuestos miembros del llamado grupo de la oposición para "desaparecer". En una ocasión un intérprete de la Internacional me comentó que el partido español había hecho muy bien en no mandar a Rusia al profesor Wenceslao Roces, porque la policía conocía bien sus visitas a Bujarin.

A pesar de tantos datos no nos dimos cuenta entonces de la amplitud de la represión que, además, considerábamos un problema

interno ruso del cual los comunistas españoles estábamos al margen. Pensábamos que los extranjeros perseguidos, se habrían dejado complicar en la política soviética, y aunque no llegaba mi ingenuidad a creer lo que decían las actas de los procesos, las justificaba por razones de estado, que obligaban a conseguir la unidad del país ante la situación del mundo. La policía nos trataba con consideración como tratando de inspirarnos confianza. No es que no nos vigilaran, pero lo hacían discretamente. Por una parte, contaban con los españoles que ya en nuestra patria eran agentes suyos y que ahora estaban mezclados con nosotros. Por otra, permitían el acceso a las Casas de Reposo a una serie de muchachas, la mayoría estudiantes, que hasta hablaban un poco de español y daban un carácter agradable al control policiaco.

Con la representación de la Komintern nos visitaba la camarada Blagoeva, de la Sección de Cuadros. Lo primero que hizo fue pedirnos todos los documentos de identificación que guardábamos, para tenerlos en lugar seguro. Nunca más los volvimos a ver. Luego nos pidieron una detalladas biografías. Yo recordaba muy bien entonces todos los episodios de nuestra lucha en España y escribí unas ochenta páginas de letra menuda. Antes de entregarlas hice una copia que he guardado siempre conmigo y que ahora me ha sido muy útil.

Pero no todos los españoles eran considerados de confianza. Los maestros que habían acompañado a los niños españoles, los alumnos de los cursos de aviación y los marinos de nuestros barcos mercantes bloqueados en los puertos del Mar Negro, eran sospechosos de antisovietismo. La mayoría de ellos no eran comunistas y al terminar la guerra pidieron que se les permitieran salir de Rusia hacia Francia o México. Las autoridades rusas les negaron aquel derecho y realmente se hubieran ahorrado muchos dolores de cabeza si los hubieran dejado marchar.

Era sorprendente el grado a que había llegado en la URSS el culto a Stalin. Oculto tras los muros del Kremlin y alejado del pueblo cuyos destinos decidía, casi nunca aparecía en público; pero sus estatuas y retratos llenaban todo el país. Nunca se oía su nombre sin ir acompañado de elogios increíbles: "el sabio", "el genial", "el grande". La adoración organizada en torno de él, tenía carácter religioso. Para los españoles, irrespetuosos por natura-

leza contra lo humano y lo divino, aceptar esta situación requería esfuerzo. Por mi parte juzgaba con benevolencia este sistema, tranquilizando mis escrúpulos con la idea de que quizá era la única forma de gobernar a los rusos, considerando esta evidente degeneración del socialismo, como inevitable consecuencia del atraso anterior que había heredado la URSS de la Rusia zarista. Pasó mucho tiempo hasta que me resultó evidente que se trataba de un dictador despótico rodeado de aduladores y sostenido por el terror, algo que se ha repetido muchas veces en la historia, bajo las banderas más diversas.

Al aceptar libremente en España la disciplina comunista nunca pensamos que significaría perder nuestra independencia y menos ponernos al servicio de una potencia extranjera. Nos habíamos adherido a una causa que prometía la justicia social en todo el mundo, y la URSS, como primer país socialista era nuestro aliado natural; pero nunca nos sentimos supeditados a ella por algo que no fueran causas afectivas. La revolución española era lo que nos importaba en primer lugar. Al llegar a Rusia percibimos que allí no establecían ninguna diferencia entre sus agentes a sueldo y los militantes, más o menos idealistas del Partido. Todos éramos simples ayudantes de la defensa de la URSS. En definitiva era de lo que nos acusaban fuera de las fronteras de la URSS los enemigos políticos, cosa que nosotros no queríamos aceptar. Reconozco que en el primer momento, aunque a nadie hacía gracia esta situación, no nos preocupó demasiado, porque pensamos que era natural por parte de los rusos y teníamos confianza en poder defender los intereses de nuestro país si algún día surgía una contradicción. Por el momento nuestros destinos estaban unidos en la lucha contra el fascismo.

Los dirigentes comunistas españoles, tenían ante los rusos una marcada actitud de independencia que no se advertía en los de los otros países, y esto me alentaba. Sin embargo, debí haber prestado entonces más atención a ciertos síntomas, indicio de lo que nos esperaba. Me refiero a la forma completamente antidemocrática con que fuimos tratados desde el primer momento. La dirección de nuestro partido siguió utilizando el sistema militar jerárquico que había empleado durante la guerra. Los responsables de los colectivos eran jefes nombrados desde arriba y su

autoridad no estaba coartada por ninguna reunión de base. Este sistema coincidía exactamente con el método de gobierno vigente en la Rusia de Stalin y nuestros cuadros directivos aceptaron encantados el poder absoluto que les proporcionaba. Creía yo todavía, ingenuamente, que el poder al servicio de una causa justa, sólo excepcionalmente resulta abusivo. Por desgracia, terminé convenciéndome que lo realmente excepcional es que un hombre deje de abusar de un poder que se pone en sus manos. La justeza de la causa tampoco estaba muy clara.

Líster insistió en la Komintern para que Castro, como miembro del Comité Central, fuera a ver a José Díaz y lo informara directamente de los últimos acontecimientos de nuestra guerra. Pidió también que yo acompañara a Castro, como miembro de la Comisión Ejecutiva de la JSU. Un policía nos llevó en auto a la clínica del Kremlin en Barbija, donde, una vez pasados los escrupulosos controles de admisión, nos recibió José Díaz. Nunca había conversado con él antes, y me causó muy buena impresión. Era un hombre sencillo, al que las circunstancias habían elevado a un cargo de demasiada responsabilidad, que él aceptó con honradez y buena voluntad. Durante dos o tres horas nos estuvo preguntando toda clase de detalles y no disimuló su opinión de que los dirigentes del Partido que aquellos días finales de la guerra actuaron en España, habían cometido graves errores. Se mostró indignado de que no se hubiera luchado abiertamente contra Casado, después de considerar que un golpe militar representaba en cualquier caso el fin de la guerra.

José Díaz fue muy cordial con nosotros. Nos invitó a cenar y evidentemente quedó muy bien impresionado de la claridad con que Castro le expuso los problemas. Al despedirnos nos pidió que le enviáramos por escrito un resumen de todo lo que le habíamos contado.

El tiempo era casi veraniego y en la Casa de Reposo nos asoleábamos y descansábamos todo lo posible. Cierto que vivíamos todavía bajo la presión de la guerra, de la que hablábamos con frecuencia, pero eran conversaciones de tertulia pues nunca se organizó una reunión seria en la que los militantes analizáramos las experiencias o juzgáramos conductas, en la lucha que había acabado tan desfavorablemente para nosotros. Suponíamos que el

Buró Político y el Comité Central se ocuparía de ésto y luego seríamos informados y podríamos participar en la discusión, por lo menos como cuando en nuestras células en España discutíamos la experiencia china o del partido alemán contra Hitler.

Los que, a pesar de todas las medidas de aislamiento, teníamos algún contacto con las altas esferas, advertíamos una gran tensión. Bastaba oir despotricar a Líster y a Castro cuando se encontraban. Aunque yo trataba de no entrometerme, ellos tenían confianza en mí y hablaban libremente en mi presencia. Sus tiros iban dirigidos sobre todo contra Dolores y contra Modesto. Era evidente por otra parte, que José Díaz trataba de recuperar la dirección del Partido que había abandonado mucho tiempo por su enfermedad.

Con los primeros españoles llegados de Argelia, llegaron a Planiernaya Josefina y Fernando Claudín. Nos confirmaron que Francisco Gullón había llegado con ellos pero, con el resto del grupo, se dirigió a Ucrania.

Empezábamos a preocuparnos por el porvenir. Se sabía que un grupo pequeño iría a las escuelas militares, otro más numeroso a la escuela política y los demás a las fábricas. Santo, un antiguo combatiente húngaro de las Brigadas Internacionales, gestionaba los trabajos con los sindicatos soviéticos. Sólo algunos estudiantes podrían excepcionalmente, terminar sus estudios y ciertos especialistas ejercer su profesión. La mayoría de los emigrados tendrían que empezar por aprender un oficio, lo que no era una perspectiva muy agradable. Claudín me aseguró que yo estaba en la lista de la Academia Frunze.

Los reconocimientos médicos habían indicado que Carmen y yo disfrutábamos de buena salud; pero la camarada Blagoeva que demostraba haberse encariñado con Carmen, se empeñó en mandarla a Crimea a un sanatorio, con el criterio ruso de que marido y mujer descansan por separado y "cuando les toca". Hice unas gestiones y no me fue difícil reunirme con ella. Por otra parte, no tenía interés en quedarme en Moscú; prefería estar lejos y quedarme al margen de la lucha por el poder que iba a desarrollarse en la Dirección del Partido. Carecía totalmente de ambiciones políticas y no quería aparecer ligado a ninguno de los dos bandos.

A fines de mayo salí para Sebastopol. Me dieron toda clase de documentos tanto de identidad como para el sanatorio, y algunos rublos para el viaje. Un intérprete de la Komintern me ayudó a encontrar mi lugar en el tren, pero después ya tuve que arreglarme solo. El vagón era de tercera, con asientos de madera, pero de noche, con colchonetas y almohadas se convertían en literas de dos pisos hasta en los pasillos, en donde estaba la mía sobre una ventanilla. Pronto mis compañeros de viaje se dieron cuenta de que era extranjero y me trataron amablemente, sobre todo al enterarse que era español. Cuando me desnudé la primera noche una mujer por señas, me explicó que no dejara los zapatos en el piso, sino debajo de la almohada. No dejé de seguir su consejo que seguramente me salvó de llegar descalzo a Crimea. Aunque ya habíamos podido apreciar que la escasez hacia apetecible cualquier cosa, aún no habíamos desarrollado hábitos de estricta vigilancia. Los primeros en prevenirnos fueron los interbrigadistas que ya habían vivido en la URSS y los funcionarios rusos de la Casa de Reposo, a pesar de lo cual constantemente nos desaparecían cosas, algunas triviales. En una visita al Parque Máximo Gorki de Moscú, mientras nos divertíamos dejamos al cuidado de la madre de Fusimaña un montón de chamarras y sacos. Cuando volvimos y sin que la señora se diera cuenta de nada, habían desaparecido todas las plumas estilográficas.

Los dos días que tardé en llegar a mi destino fueron muy agradables. Comía en el vagón restaurant donde llegué a tener grandes conversaciones con un militar, no me explico cómo, porque él sabía tan poco español como yo ruso. Atravesé toda la Rusia Central y Ucrania y en todas las grandes estaciones —Tula, Orel, Kursk y Jarkov— vi las mismas muchedumbres impasibles y mustias que observamos en nuestro viaje de Leningrado a Moscú. Los trenes locales en los que las plazas no estaban limitadas como en el nuestro, desbordaban de pasajeros por los estribos e incluso por los techos. Me recordaban las escenas de las películas de la revolución rusa. En las estaciones de Ucrania se veían niños extraordinariamente andrajosos vendiendo alimentos, lo que hacía pensar que la situación alimenticia mejoraba conforme nos acercábamos al sur. Por fin, bajo un sol magnífico llegué a Crimea y desembarqué en Sebastopol. Alguien me esperaba en la estación y me llevó a un albergue para vacacionistas.

Como hasta el día siguiente no salía para Simeiz, donde estaba Carmen, después de cenar salí a dar una vuelta por la ciudad. La noche era magnífica, los paseos junto al mar, muy iluminados estaban llenos de gente, destacando los uniformes de los marinos de la base naval. Por primera vez, vi gente relativamente bien vestida, con trajes veraniegos. Los altavoces tocaban música alegre y resultaba difícil creer que aquella masa, en la que abundaban las mujeres bellas, que aquella juventud que se reía y trataba de divertirse, formara parte del mismo país que yo acababa de cruzar de norte a sur.

Al día siguiente salí en un autobús que recorría el litoral, pasando por varios balnearios. El paisaje era precioso; la carretera bordeaba un mar azulado que batía suavemente los acantilados y las playas. De vez en cuando destacaba el verdor de los jardines de las antiguas residencias zaristas, hoy convertidas en sanatorios. Por todas partes se veían altos cipreses, característicos de Crimea. Tierra adentro, la vegetación exuberante, terminaba bruscamente en las faldas de las montañas cubiertas sólo de matorrales que me recordaban las de algunas regiones de España. Al mediodía llegamos a Simeiz, a un lado de una bahía, antes de llegar a Yalta. Era un antiguo palacio rodeado de pabellones nuevos, todos completamente llenos de veraneantes, la mayoría empleados, funcionarios y obreros destacados en la producción. Para los altos dirigentes y jefes militares, había edificios modernos y mucho más cómodos, algunos de los cuales tuve ocasión de visitar después, con cuartos para una o dos personas. Pero en Simeiz, la gente dormía en grandes dormitorios colectivos habilitados en las salas del palacio. Sin embargo, a Carmen y a mí, nos asignaron una pequeña habitación, lo que representaba un trato de favor verdaderamente excepcional. Cierto que a los pocos días tuvimos que cederla, a ruegos del Director, para un personaje misterioso, viejo bolchevique, que venía de Siberia muy enfermo, donde había estado algún tiempo según nos dijeron "acusado injustamente" de enemigo del pueblo. Aunque más estrechos, seguimos conservando el privilegio de vivir independientes.

Con nosotros estaban tres de los residentes en Planiernaya: María, esposa de un español que había quedado en España al servicio de los rusos, y dos combatientes de las Brigadas Inter-

nacionales: un italiano y un joven teniente polaco. El italiano era hombre de pocas palabras. María demasiado misteriosa. En cambio el polaco León Rubinstein, resultó ser un magnífico camarada y nos hicimos grandes amigos. Había sido gravemente herido en España por el disparo de un cañón antitanque y el médico que lo operó en un hospital de campaña, había hecho verdaderas maravillas para reparar los destrozos de la columna vertebral. León había quedado con las piernas paralizadas. Lo recordábamos del barco que nos llevó a Rusia, cuando apenas podía andar con dos muletas, en Crimea ya usaba bastones y con una fuerza de voluntad sobrehumana, a fuerza de ejercicios y caídas, había conseguido caminar casi normalmente. Tenía gran facilidad para los idiomas. Hablaba muy bien el alemán y el francés, además del polaco; bastante bien el español y el ruso, y fue para nosotros un magnífico intérprete.

León era hijo de un médico judío, pero su madre era polaca y había sido educado como polaco. Estudiaba en Berlín para ingeniero electricista cuando subió Hitler al poder. Una vez presenció un tumulto nazi en el que resultó muerta de una puñalada en el vientre una anciana hebrea. Esto le recordó su origen, y cuando tuvo que hacer el servicio militar se declaró judío, en contra de la opinión de su padre que no le parecía el momento para proclamarlo. Cuando comenzaron los combates en España estaba en París terminando su carrera y sin pensarlo, se alistó en las Brigadas Internacionales. Tanto para Carmen como para mí, la estancia en Crimea va unida al recuerdo de su gran amistad. Conversamos muchas horas con toda confianza: de la guerra de España, de la situación de Europa, de lo que ya habíamos visto en Rusia. Sólo un tema tratábamos de eludir el de los comunistas extranjeros víctimas de la represión de Stalin, porque ya sabíamos que los polacos habían sido los más perseguidos y que el jefe de la 13ª Brigada Internacional, el héroe del Ebro, se había quedado en París al enterarse que estaba en las listas de los acusados.

Después de los años de tensión fue aquello un verdadero descanso. Al principio no nos dejaban bañar en el mar, porque a pesar de su aspecto mediterráneo el agua no subía de 15° centígrados, pero pronto mejoró el tiempo y pudimos disfrutar am-

pliamente de la playa. Para los rusos la estancia allí era algo maravilloso que dudaban volviera a repetirse en su vida, así que aprovechaban al máximo todas las oportunidades de divertirse. Nos parecieron gente sencilla y hospitalaria que sentía por España y los españoles la mayor de las simpatías. Todos querían retratarse con nosotros y a pesar de la barrera del idioma, preguntar cosas de nuestra guerra. Con algunos hasta hicimos amistad. Recuerdo especialmente a dos obreras de Leningrado, a una muchachita judía de Dniepropetrovsk y a un ex guerrillero ucraniano de tiempos de la guerra civil que fumaba cigarrillos de "majorka" envueltos en papel de periódico. La dirección del Sanatorio organizaba actos sociales y recreativos: funciones de cine, conciertos, representaciones teatrales, clases de baile y de natación, concursos de ajedrez. El tiempo transcurría rápidamente y a veces conseguíamos olvidarnos del pasado y del incierto porvenir.

El día 12 de junio recibimos una carta de mis suegros que nos hizo volver a la realidad. Con gran sorpresa nuestra, que los creíamos en México o a punto de salir para allá, nos enteramos que se encontraban en Yakubino, cerca de Jarkov. Nosotros no sólo no habíamos hecho ninguna gestión para que fueran sino que a menudo comentábamos la suerte de que estuvieran en México. No nos preocupaba seguir adelante con nuestras vidas en Rusia, éramos jóvenes y nos atraía la aventura, pero conocíamos ya lo suficiente de la situación para darnos cuenta de lo difícil que iba a ser para mis suegros adaptarse y vivir allí. Por otra parte, no éramos capaces de desentendernos de ellos y dejarlos recluidos en algún asilo, lo que inevitablemente complicaría nuestros propios problemas. Como la cosa ya no tenía remedio no quedaba más que afrontar la situación.

A través de Francia tuve noticias de mi madre. Había regresado a Madrid y trataba de que la repusieran en su escuela. No me hablaba de las dificultades que estaba afrontando pero podía imaginarlas. Mi hermana estaba con ella y mi cuñado en un campo de concentración. Me daba noticias de algunos de mis hombres que habían quedado en España, entre ellos Loriente, que en una compañía de trabajo corría la suerte de los vencidos.

A primeros de julio llegó a Simeiz un aviso oficial para que me presentara en Moscú con la mayor urgencia. La dirección del

Sanatorio extremó sus atenciones y nos mandaron a Carmen y a mí a Sinferopol en auto, para tomar el tren de Moscú, porque Sebastopol estaba cerrado a los visitantes temporalmente a causa de unas maniobras navales. Después de dos días de viaje, esta vez en lujoso coche cama, llegamos a Moscú el seis de julio por la mañana y nos trasladamos a Planiernaya, donde Fernando Claudín me explicó los motivos de mi precipitado regreso. Aquel mismo día me llevaron al grande y misterioso edificio de la Komintern, en las afueras de la ciudad, junto a la Exposición Agrícola, donde después de pasar los rigurosos controles de entrada fui recibido por Raymond Guyot, representante francés y primer secretario de la Internacional Juvenil Comunista (IJC o KIM). Estaba también presente el húngaro Mijail Wolf, que ya conocía de España. A fines de julio se iba a celebrar en Lille (Francia) un congreso de la Internacional Juvenil Socialista (IJS) y uno de los puntos del orden del día era la expulsión de la JSU de España y querían que yo fuera a este congreso como delegado de las juventudes españolas.

Al unificarse las juventudes socialistas y comunistas de España, sus dirigentes en el sarampión revolucionario, habían afiliado la nueva organización a la IJC, pero luego consideraron más conveniente unirse internacionalmente a los socialistas, aunque de hecho siguieran perteneciendo a la Internacional Comunista, como lo demostraba claramente el lugar y las personalidades que me estaban encomendando la misión.

El Secretariado de la IJC estaba terminando el plan de acción para conseguir que apoyaran a nuestra delegación el mayor número posible de delegaciones de los distintos países. Me tenía que aprender de memoria dicho plan para transmitírselo a los camaradas de Francia, aunque también sería enviado por los conductos especiales de la Komintern. Una vez concluida mi misión debía volver a Moscú para en septiembre empezar mis estudios en la Academia Militar Superior "Frunze".

Cuatro días pasé en Planiernaya mientras terminaban el famoso plan. Enrique Castro y Esperanza ya no estaban allí. El había comenzado a trabajar en la Internacional Comunista y vivían en el Lux, viejo hotel reservado para los funcionarios y empleados de dicho organismo. Estaba situado en la calle Gorki

no muy lejos de la Plaza Roja, y en sus minúsculas habitaciones se amontonaban familias enteras con sanitarios, baños y cocinas colectivas, para cada piso. Se ejercía una estricta vigilancia sobre inquilinos y visitantes y por sus pasillos corrían tétricas historias sobre los desaparecidos durante la represión. Por fin me anunciaron que estaban listos los preparativos del viaje. Me dieron ropa comprada en Occidente, pero sólo pude utilizar una magnífica gabardina inglesa y prendas interiores, ya que no tenían traje a mi medida y tuve que volver a Francia con el que había comprado en Perpignan. Me retrataron en un taller fotográfico que había en una sección aislada del hotel Lux, y me pidieron que yo mismo escogiera el nombre "conspirativo": elegí "José Sandoval Fernández". El día 10 de junio me despedí de Carmen y de Claudín, y se hizo cargo de mí el "aparato secreto" de la Komintern. Empezaba el misterio. Me tuvieron todo el día en un cuartito del famoso Lux. En la habitación vecina había otras dos personas, que al parecer iban a ser mis compañeros de viaje. Al anochecer nos vino a buscar el jefe del "aparato" Shorkin, un judío de la NKVD al que le iba muy bien el apodo de "el Tenebroso" que más tarde le pusieron los españoles. Me recogió mi documento soviético de identidad y me entregó a cambio un pasaporte cubano, en el que lo único auténtico era mi fotografía. Me dio también doscientos cincuenta dólares advirtiéndome que era lo que me habían asignado mensualmente. El visa, para mi vuelta a la URSS, lo mandarían inmediatamente a la Embajada de París ya que mi viaje iba a ser corto. Shorkin nos llevó a la estación para tomar el tren de Odesa. Los otros dos viajeros resultaron ser un comunista valenciano llamado Palau, y un viejo alemán, alto y delgado, que no hablaba español y apenas se hacía entender en francés. Cuando entramos en nuestro vagón de primera clase encontramos dentro a Pedro Checa y su esposa que también iban a Francia. El era secretario de organización del Partido Comunista Español y gozaba de grandes simpatías por su carácter afable y modestia. A ella la había conocido en Valencia en 1933, durante el Congreso de la UFEH, cuando Claudín y yo celebramos reuniones con los estudiantes comunistas de aquella ciudad.

En dos días de viaje llegamos a Odesa, pasando por Kiev. Shorkin atendía todos nuestros deseos y pagaba nuestros gastos. Nos instaló en el mejor hotel y el 14 de julio, después de unos

trámites aduaneros formales, nos acompañó al barco francés, engalanado con banderas en honor de la toma de la Bastilla, en el que íbamos a navegar hasta Marsella. Zarpamos casi inmediatamente. Checa y su mujer fueron alojados en un buen camarote del puente. Palau, el alemán y yo en la incómoda cámara de popa. El buque, de unas tres mil toneladas, era de la France-Navigation, compañía naviera creada por comunistas franceses, con dinero español, recibido a través de Rusia, para aprovisionar a la España republicana durante la guerra civil. El capitán y un español que figuraba como "comisario", eran comunistas, y sabían bien quiénes eran sus pasajeros. El resto de la tripulación lo formaban marinos que por diversas circunstancias no podían aspirar a ser admitidos en barcos normales, por estar en las listas negras de los navieros o por carecer de documentación apropiada, como los argelinos y tunecinos que trabajaban en las calderas. Así, por una paga no muy brillante tenían que afrontar no sólo los riesgos naturales de la navegación, sino los de las misiones especiales para las cuales la France-Navigation había sido creada. El capitán era un viejo marino marsellés muy simpático y charlatán que siempre nos estaba contando historias. Ya en la primera guerra mundial, había navegado por el Mediterráneo, infestado de submarinos alemanes, llevando pertrechos militares y soldados a Grecia. Durante nuestra guerra hacía la travesía de Arjanguels a Francia llevando armamento ruso, buena parte del cual desgraciadamente no llegó nunca a España y fue devuelto a Rusia, después de nuestra derrota, en los mismos buques. Por esta causa, ahora vacío regresaba a Marsella. En el mes de marzo había sido mandado a Alicante para evacuar republicanos; pero cuando llegó ya los italianos habían ocupado la ciudad. De todos modos el capitán descendió y fue a hablar con el cónsul francés, el cual le dijo que ya nada se podía hacer y que zarpara antes que los vencedores se dieran cuenta de la compañía a que pertenecía el buque, en cuyo caso no podrían prestarle ayuda. Ni qué decir tiene que mandó levar anclas inmediatamente.

Las comidas las hacíamos con el capitán y los oficiales. Durante las mismas con mucha discreción nos comportábamos como "turistas" que venían de visitar la URSS. Estoy seguro que los oficiales sabían más o menos quiénes éramos, pero nos llevaban la corriente. El único incidente se produjo un día cuando uno de

los oficiales, en vista de que no entendía su francés trató de hablar en inglés con el alemán que figuraba como "canadiense"; nuestro capitán, buen marsellés, arregló el asunto sin inmutarse, diciendo que era de la parte de Canadá donde se hablaba alemán, y nadie se atrevió a contradecirlo.

En nuestra primera escala en Constanza paramos varios días. Al parecer esperábamos alguna carga de Rumania, pero nos fuimos de vacío. A los pasajeros no nos hizo ninguna gracia la visita de la policía rumana que manoseó nuestros pasaportes con desconfianza. Por si acaso no pusimos ni un pie en el muelle, para no perder la protección de la bandera francesa. De día contemplábamos los edificios de la ciudad y de noche los anuncios luminosos. Al fin, seguimos navegando y en un atardecer maravilloso atravesamos el Bósforo, maravillados de la belleza de los jardines que divisábamos, y cuando el sol ya se ponía pasamos entre Estambul y Escutari, adivinando entre la neblina los edificios de la antigua Constantinopla y Bizancio y los agudos minaretes de las mezquitas. No entramos en el puerto, el famoso Cuerno de Oro, pero una lancha de la policía turca abordó el barco. Como el capitán decidió declarar que no llevaba pasajeros tuvimos que escondernos en los camarotes hasta que terminó la revisión de la documentación del buque.

Ya de noche atravesamos los Dardanelos y el Mar de Mármara, bajo una media luna que parecía arrancada de la bandera de Turquía. Amanecimos en el Mar Egeo, de aguas y cielo de un azul tan brillante, que a su lado el Mar Negro justificaba su nombre. Pasamos cerca de algunas preciosas islas griegas de acantilados abruptos, por encima de los cuales se apreciaba el verdor de los bosques y los blancos muros de las casas. A medida que nos acercábamos al sur del Peloponeso, el tiempo se iba estropeando y bajo la llovizna pasamos el canal de Elafos y el cabo Matapán, donde los submarinos esperaban su presa en tiempos de la Primera Guerra Mundial.

Al entrar en el Mediterráneo, nuestro capitán dio orden de cambiar las insignias del France-Navigation por otras que de lejos resultaban confusas. También decidió no pasar por el estrecho de Mesina y bordear Sicilia por el sur. El tiempo era cada vez peor, el buque sin carga, se bamboleaba y los pasajeros íbamos

bastante mareados. Las olas eran cada vez más altas y cuando al este de Cerdeña enfilamos hacia Marsella, el fuerte viento mistral silbaba amenazador entre los mástiles.

Durante todo el viaje Pedro Checa y yo charlamos sin cesar y nos hicimos grandes amigos. El no se entendía bien con su esposa que se pasó casi todo el viaje recluida en su camarote. Palau no abría la boca y pasaba los días tumbado en su litera. Con el misterioso alemán sólo cruzamos algunas palabras sueltas. Checa era un hombre culto y se podía hablar con él de muchas cosas; pero nuestras conversaciones casi siempre versaban sobre nuestra guerra. Me informó de una larga reunión del buró político del Partido Comunista de España, que había redactado una resolución tratando de explicar las causas de la derrota. Se consideraba, en primer lugar, la desfavorable situación internacional y como consecuencia la falta de ayuda; en segundo lugar, la discordia dentro del frente popular y finalmente la debilidad de la dirección del Partido Comunista, que subestimó a sus enemigos y se dejó sorprender por el golpe de Casado. Creo que esta resolución nunca llegó a publicarse ni se puso a discusión de las organizaciones del Partido.

El día 27 de julio avistamos la basílica de Notre Dame-de-la-Garde y después, la ciudad de Marsella. El tiempo había mejorado mucho cuando al anochecer atracamos en el puerto. El capitán no había declarado pasaje así que tuvimos que desembarcar ilegalmente mezclados con la tripulación. Llegaron dos taxis junto al barco: en uno subió el capitán, el comisario, Pedro Checa y su esposa; en el otro nos acomodamos el primer oficial y los tres viajeros. La vigilancia francesa era escasa en el muelle comercial, un aduanero paró el auto, metió la cabeza por la ventanilla y preguntó: "Avez vous quelque chose a declarer?" —Rien— Me apresuré a contestar con mi mejor pronunciación, y nos dejó seguir sin más averiguaciones.

En un café cercano debían estar esperándonos para alojarnos en lugar seguro; pero pasamos allí un par de horas bajo las miradas curiosas de los parroquianos, sin que apareciera nadie, hasta que el capitán se hartó y nos llevó a su casa. No iba a ser ésta nuestra única desilusión acerca de la eficiencia del aparato

secreto de la Komintern. La esposa del capitán nos recibió muy amable y como pudo nos instaló en su departamento. Conservaba restos de una indudable belleza y debía tener una biografía no menos accidentada que la de su marido. Al día siguiente el matrimonio nos invitó a comer en un restaurant del puerto donde nos sirvieron una pantagruélica comida marsellesa. Por la tarde cuando nos paseábamos tranquilamente por la Cannebiére, nos llegó aviso de que habían venido a buscarnos desde París.

En realidad, no era a nosotros a quien venían a recoger. El partido comunista francés había tenido noticia de que en nuestro buque llegaba Dolores Ibarruri y para ella enviaron un lujoso auto negro. En él, al atardecer, salimos hacia la capital viajando toda la noche terriblemente incómodos y apretados. Sólo nos paramos algunas veces para estirar un poco las piernas, probar un bocado y abastecernos de gasolina. El auto me era conocido, estaba blindado y había sido regalado a Dolores durante la guerra.

Temprano en la mañana del 29 de julio, llegamos a París. En un café del centro nos dejaron a Palau, al alemán y a mí y se fueron con Pedro Checa y su esposa. Después de una prolongada espera vinieron a buscar al alemán. Un poco más tarde a Palau y a mí nos llevaron al famoso local que parecía ser el centro de todas las actividades de los comunistas españoles, a cuyas puertas encontré a Luis Codovila la primera vez que llegué a París. Allí otra vez el misterio. Me hicieron dejar mi pequeña maleta con todas mis pertenencias y subir a un auto que me trasladó a una residencia de los alrededores de París, rodeada de un amplio jardín. De ella salieron Codovila y Francisco Antón que se acomodaron a mi lado. Inmediatamente partimos para Lille, donde ese mismo día se celebraba la reunión del comité ejecutivo de la IJS. Por el camino me fueron explicando la situación. El ambiente era francamente adverso a la JSU, e incluso el Partido Socialista español, había pedido nuestra expulsión. No cabía la menor duda de que ese iba a ser el resultado, pero se trataba de pelear allí una última batalla, que tuviera internacionalmente la mayor repercusión posible. Todos los planes elaborados en Moscú y que yo tuve que aprenderme de memoria quedaron inéditos. Yo había llegado demasiado tarde para ponerlos en práctica

y los conductos "rápidos", habían resultado aún más lentos. Una prueba más de lo ineficaz y burocrático del famoso "aparato".

Tuve que aguantar otros cientos de kilómetros atravesando pueblos y más pueblos hasta que al atardecer llegamos a Lille, y nos instalamos en un hotel conocido de Codovila donde no nos pidieron documentos. Aquel mismo día y al siguiente, nos entrevistamos en secreto con Santiago Carrillo y Cabello que eran nuestros delegados. Nos informaron que nuestros más violentos enemigos eran los jóvenes socialistas franceses representados por su secretario Max Novel y por Chochoy. También los belgas, dirigidos por Godfroy, eran adversarios irreductibles. A nuestro lado sólo estaban los suizos. El delegado noruego votó en contra nuestra a pesar de que el mandato de su organización nos era favorable. Al representante de la federación internacional de estudiantes socialistas que nos apoyaba se le negó el derecho de asistencia. Lascuráin, el observador enviado por los socialistas españoles, presenció cómo el comité ejecutivo votaba nuestra expulsión recomendando se formara una nueva organización juvenil socialista española. El mismo domingo, día 30 de julio, se celebró en Lille un gran mitin en el que habló León Blum, frenéticamente aplaudido por los mineros con gran admiración por nuestra parte. Habló también Max Novel atacando con saña a nuestra JSU.

Mientras no me llegaba el momento de actuar Codovila, Antón y yo, paseábamos y matábamos el tiempo de un café en otro. Codovila resultó ser una persona muy agradable. Cuidaba de mí paternalmente y quien lo viera no podía suponer que aquel hombre gordo, entrado en años, de aspecto burgués, fuera un destacado agente de la Internacional Comunista. No es que falsease su verdadera personalidad para pasar desapercibido; sino que en él coexistían las dos personalidades. Francisco Antón seguía siendo para mí el comisario de la defensa de Madrid y le tenía simpatía, a pesar de que ya en Moscú, con sorpresa, me había enterado de sus relaciones íntimas con Dolores Ibarruri, lo que sin duda le había ayudado a encumbrarse en el partido. Antón era bastante más joven que Dolores y su audacia en la aventura nos parecía una profanación, dado el respeto que los jóvenes militantes habíamos sentido siempre por la dirigente comunista.

El lunes se reunió el Congreso de la IJS. El primer punto del orden del día era confirmar nuestra expulsión. De nuestros delegados sólo dejaron hablar a Carrillo, pero por la tarde antes de la votación final, y después de muchas vacilaciones y negativas me concedieron a mí la palabra. Cuando entré en la sala de reuniones advertí un ambiente completamente hostil y dudo que alguien creyera que yo había sido jefe de un cuerpo de ejército. Mi auditorio no tenía aire juvenil, empezando por el alemán Ollenhauer secretario permanente de la IJS. Basta decir que había hasta un representante de los "jóvenes mencheviques" de Georgia. Hablé en español y Cabello traducía. Me limité a decir que éramos los mismos ahora que cuando nos habían admitido de buen grado en la IJS, que habíamos sido derrotados en una guerra civil en la cual el fascismo alemán e italiano habían tomado parte muy activa, que echarnos después de haber sido vencidos representaba alinearse del lado de los vencedores. Claro está, que el valor de mis argumentos desaparecía ante el hecho público y notorio de que la JSU estaba bajo la disciplina comunista.

Tan pronto concluí mi intervención, que naturalmente no recogió ningún aplauso, abandoné el local pues temíamos que alguien pidiera a la policía que revisara mis papeles. Aparte del impresentable pasaporte cubano falso no tenía documento alguno de identidad, además de que en los archivos franceses debía constar mi salida hacia Leningrado. Me estaban esperando Codovila y Antón en una casa particular donde habían vivido esos días Carrillo y Cabello. Estos llegaron enseguida con la noticia de que, en efecto la policía había preguntado por mí. El Congreso había aprobado nuestra expulsión después de rechazar una propuesta del delegado noruego que pedía se dejara el pleito a la resolución de los socialistas españoles. Todos opinamos que nada nos quedaba por hacer en Lille y para evitar complicaciones salimos hacia París.

Santiago Carrillo me llevó a vivir con él a una casa apartada, más allá de Charenton-le-Pont en Creteil, cerca de uno de los recodos del río Marne, donde estaba instalada la oficina secreta de la JSU. Era un buen edificio de dos pisos rodeado de altos muros que impedían las miradas de los curiosos, ideal para el propósito a que se destinaba: servir de residencia a los jóvenes

que irían a España con misiones de nuestra organización. Un matrimonio francés figuraba como propietario de la mansión y los demás inquilinos, excepto Carrillo que iba diariamente a París, permanecíamos todo el día ocultos y sólo al anochecer dábamos un paseo por el jardín. Me resignaba a esperar así mi regreso a la Unión Soviética ya que no podía entrar en contacto con nadie en Francia, para evitar indiscreciones. La hermana de Carmen, su marido e hija, habían salido ya para México. La única persona que conocía nuestra dirección era Lisa, que venía a visitarme algunas veces. Me entretenía leyendo periódicos y leyendo los primeros capítulos, todavía sin encuadernar de la historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS, que estaba a punto de publicarse. Me sentí atraído por la parte filosófica, ya que por primera vez me enteraba de la concepción del mundo del marxismo.

Las noticias que llegaban de España eran muy amargas. No había noche en que las descargas de los pelotones de fusilamiento no resonaran en todo el país. Muchos militares profesionales, comisarios, jefes de milicias y toda clase de dirigentes políticos y sindicales, habían sido ya ejecutados. Miles de condenados a muerte esperaban el fin, sin la menor esperanza de indulto. En las listas interminables de las víctimas encontré los nombres de numerosos amigos y conocidos: el teniente coronel Etelvino Vega, los mayores Raimundo Calvo, José del Rey y Suárez, Domingo Girón, José Cazorla y muchos más. En estas listas trágicas aparecían no sólo los que habían jugado un papel destacado a nuestro lado, sino también numerosas personas cuya intervención había sido limitada o circunstancial.

Seguía con interés las noticias internacionales y no dejaba de preocuparme el aumento constante de la tirantez entre las grandes potencias. Deseaba volver a Rusia antes de que surgiera el conflicto armado que parecía inevitable. Le había explicado bien a Carrillo los detalles de mi documentación y cómo el visado de vuelta tenía que estar en la embajada soviética a nombre del cubano José Sandoval Fernández. Todos los días le insistía en que se enterara si había llegado la autorización y que tratara de recuperar la pequeña maleta que me habían recogido al salir para

Lille. Entre Carrillo y yo nunca hubo confianza y menos amistad. Siempre lo había considerado dispuesto a subordinarlo todo a sus ambiciones políticas. En aquel momento, acababa de renegar públicamente de su padre Wenceslao Carrillo, colaborador del Consejo de Defensa. Por mucho aire espartano que se quisiera dar al gesto, nadie dudaba que lo había hecho para presentarse ante la dirección del Partido Comunista de España como militante íntegro, capaz de sacrificar a su familia en beneficio de la causa.

Como mi partida de Francia no se arreglaba, empecé a salir de mi escondite. Acompañé un día a Carrillo a visitar al doctor Negrín, y otro, a comer con Pablo de Azcárate, antiguo embajador republicano en Londres, cuyo hijo Manuel trabajaba en la dirección de la JSU. Estas entrevistas tenían por objeto conseguir datos de la situación internacional en relación con los emigrados españoles. Asistí también a algunas sesiones de "Rassemplement Mondial des Etudians" que se celebró en París del 16 al 20 de agosto, convocado por simpatizantes comunistas poco conocidos como tales, que trabajaban muy bien en los medios estudiantiles. La principal organizadora era Betty, una joven inglesa nacida en la India, casada con un hijo de Edgar Wallace, el famoso escritor de novelas policiacas. Conocí también un matrimonio muy simpático de estudiantes norteamericanos apellidados Abbott.

Aprovechando estas reuniones fui algunas veces a la oficina "legal" de la JSU, donde Federico Melchor mantenía relaciones con los numerosos militantes que se encontraban en los campos de concentración, principalmente en los Bajos Pirineos, en condiciones materiales muy difíciles. Tras las alambradas, vigilados por tropas coloniales francesas, senegaleses en su mayoría, se hacinaba la masa de nuestros refugiados. Los alojamientos eran improvisados e insuficientes, la alimentación limitada, los servicios sanitarios escasos para tantos enfermos y heridos. Me hubiera gustado ir con Melchor, que proyectaba un viaje al sur, pero era imposible dada mi situación. Escribí sin embargo, algunas cartas a los del XV Cuerpo. Me contestaron varios, entre ellos el teniente ayudante de Simarro, que me comunicaba la muerte de su jefe. Lo había cuidado fielmente, hasta el fatal desenlace de su cruel enfermedad y en cierta forma, me reprochaba no haber acudido a socorrerlo. Esto me dolió bastante, puesto que había aprovechado

mi libertad, no para desentenderme de mis hombres, sino para volver a Madrid a seguir luchando y pude regresar a Francia por casualidad. Cierto que ahora estaba en Francia, pero ilegalmente, y sin poder hacer nada por ellos. Claro que no me molesté, era natural que encerrados en los campos se sintieran abandonados de sus jefes y que prefirieran verlos allí compartiendo sus penalidades.

El día 23 de agosto el mundo se sorprendió con la noticia del pacto germano-soviético, que habían firmado en Berlín Von Ribbentrop y Molotov. Unos días antes había llegado a Rusia una delegación militar anglo-francesa, encabezada por generales de poco relieve, sin categoría suficiente ni atribuciones para tomar acuerdos importantes, con el evidente deseo de ganar tiempo. Mientras tanto, Molotov, presidente del Consejo de comisarios del Pueblo, que acababa de sustituir a Litvinov en la dirección de los asuntos extranjeros, negociaba con los alemanes.

Los comunistas franceses estaban tan desorientados que L'Humanité aseguraba, cuando aún no se conocía el texto completo del pacto, que en él no podía faltar un artículo anulándolo en el caso de que Alemania cometiera alguna agresión. Pronto se supo que, por el contrario, Rusia dejaba a Hitler las manos completamente libres para desarrollar sus planes que comenzaban con Danzig y Polonia, pero que nadie dudaba ya se extenderían a Europa primero y luego al resto del mundo.

El pacto germano-soviético causó entre los emigrados españoles el efecto que se puede suponer. La mayoría consideraban vergonzosa la alianza con el fascismo. Los comunistas tratábamos de buscar una justificación, mientras no llegaba la "explicación oficial". En general argumentábamos así: Inglaterra y Francia habían tratado de lanzar a Hitler contra la Unión Soviética y ésta, al verse aislada, había visto en el pacto con Alemania la única salida. Si este razonamiento no correspondía a la pureza de nuestros ideales, por lo menos estaba de acuerdo con las viejas normas insidiosas de la diplomacia. La lucha final, entre Rusia y Alemania, vendría más adelante cuando ésta se hubiera debilitado en su lucha contra Occidente. Por otra parte, había entre nosotros tanto rencor por la conducta de los gobiernos francés e inglés durante

y después de nuestra guerra, que nos alegrábamos de las dificultades con que ahora tropezaban. No habían querido luchar en España contra el fascismo: ahora tendrían que luchar en su propio suelo.

Moscú no se apresuraba a dar una explicación a los hombres que en el mundo entero creían que era la avanzada de la lucha contra el imperialismo y el fascismo. Los comunistas franceses, que no podían ver el problema desde el mismo punto de vista que los españoles, estaban completamente desconcertados, en la mayor de las confusiones.

Mientras tanto, Hitler iba concentrando sus tropas y el primero de septiembre declaró la anexión de Danzing a Alemania y atacó a Polonia sin hacer el más mínimo caso de las gestiones de Chamberlain y Daladier, sus contertulios de Munich. Ya no quedaba más salida que la lucha. Inglaterra puso en pie de guerra al ejército y la marina, mientras Francia decretaba la movilización general. A Santiago Carrillo le pareció poco segura la residencia donde estábamos viviendo y el mismo primero de septiembre vino a buscarme Lisa para llevarme a algún nuevo alojamiento. Más adelante me enteré con sorpresa que Carrillo no se trasladó de momento a ninguna parte, contrariamente a lo que me dijo al despedirme. Sin duda le pareció que con mi marcha quedaban tomadas todas las medidas conspirativas.

Fue para mí una gran suerte no caer en manos de la policía francesa en aquellos días que tuve que ir de un lado para otro sin documentación y sin la máscara contra gases que distinguió pronto a todos los franceses. Hubiera sido fácil darme papeles como refugiado español pero nadie se había ocupado de eso. Mi equipaje no me molestaba mucho ya que todo cabía en una cartera de mano, tampoco tenía mucho dinero porque los dólares de Shorkin me los había pedido Carrillo. A Lisa le sorprendió mi traslado tanto como a mí y no tenía nada previsto ni preparado. De primera intención me llevó a Ivry-sur-Seine, donde era alcalde Maurice Thorez, jefe del partido comunista francés. Encontramos las calles llenas de movilizados con sus familiares, pero no se apreciaba ninguna señal de entusiasmo, nada parecido a lo que perpetuaban las fotografías de la Primera Guerra Mundial. Había

sólo resignación y tristeza como augurio de la catástrofe nacional que se avecinaba. Cuando con dificultades, debido a la falta de transportes, llegamos a la alcaldía de Ivry, Thorez ya no estaba, se había incorporado al ejército cumpliendo la consigna que él mismo diera a los comunistas. Lisa me dejó solo en la gran plaza delante del edificio y al cabo de un buen rato volvió con un secretario del alcalde, todo desconcertado, sin saber que hacer conmigo. Me llevaron a un café cercano donde me dejaron otra vez solo durante varias horas. Continuamente entraban y salían parroquianos y yo sentado en mi mesa consumía café tras café para al menos congraciarme con la dueña. Esta conocía bien al secretario que me había traído, y me dirigía miradas que no sabía cómo interpretar, si de amistad o de sospecha, porque cuando venían gendarmes o soldados procuraba mirar a otra parte. Ya estaba a punto de cerrar cuando llegó Lisa diciendo que tenía un lugar dónde podía pasar la noche.

La que resolvió momentáneamente mi situación fue una joven catalana de la JSU, Teresa Pamies, que al enterarse de que había un español solitario en un café al que nadie se atrevía a dar albergue, ofreció su casa sin saber siquiera quién era. Teresa arriesgaba mucho con ello. Al día siguiente la policía registró su domicilio y la detuvo, cuando hacía poco tiempo que yo me había marchado. Estaba sujeta a vigilancia como sospechosa de actividades políticas y mi presencia precipitó su arresto.

Un compañero de Teresa, Gregorio López Raimundo, también de la JSU, me llevó en la mañana del día 2 al domicilio de Lisa. Otra vez atravesé París en plena movilización. Lisa tenía graves problemas personales. Estaba casada con un antiguo combatiente checoslovaco de las Brigadas Internacionales, Arthur London, enfermo de tuberculosis, alistado con sus compatriotas en la legión checa que ahora debía abandonar por instrucciones de los dirigentes comunistas de su país. Esto lo ponía en una situación difícil pues podía ser internado y deportado si la policía francesa lo localizaba. Lisa había encontrado ya a alguien dispuesto a alojarme y me dio todos los detalles para que pudiera llegar a mi destino. Después de despedirme de ella, de su marido y de sus padres, me lancé a cruzar de nuevo París de punta a punta. No sé si tenía o no aspecto de fugitivo, pero la gente estaba demasiado preocupada

para fijarse en mí, y cuando a los lejos veía patrullas policiacas procuraba dar un rodeo. Así llegué a unas casas de vecindad de Fontenay-sous-Bois ya cerca del bosque de Vincennes. No tuve dificultad para encontrar el pequeño departamento donde vivía un matrimonio obrero con un hijo de unos 7 años. Me recibieron muy bien, sobre todo el niño que se hizo inmediatamente mi amigo. Sus padres se veían preocupados no sólo por el hecho de tener que esconderme sino por lo inseguro del porvenir. Yo trataba de infundirles optimismo, pero realmente estaba también confuso y mis argumentos no eran muy convincentes..

Me pasaba el día oyendo por radio noticias sobre la ofensiva alemana en Polonia. Estaba claro que ya en la frontera había sido desarticulada la resistencia de los polacos, y el ejército blindado de Hitler penetraba en todas direcciones. El día 3 de septiembre por la mañana escuché la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania, a la que se unió Francia por la tarde. En el Parlamento francés no se llegó a una votación formal; pero de hecho los comunistas no se opusieron a la declaración, aprobaron los créditos de guerra y, con mayor o menor desorientación, los movilizados se incorporaron al Ejército para defender a Francia. La declaración de guerra complicó mi situación porque el obrero que me alojaba iba también a ser movilizado. Lisa tuvo de nuevo que buscarme un escondite. Pasé una noche en Villejuif, en casa de un concejal comunista que vivía solo con su esposa, pero demasiado conocido para tenerme más tiempo. Al día siguiente vino a buscarme un chofer que trabajaba en el Comité Central y me llevó a su domicilio en Choisy-le-Roi. Mi nuevo refugio estaba muy bien situado. Era una casita pequeña, rodeada de un huerto fuera de la vista de los vecinos; pero lo más importante era que el dueño no tenía miedo alguno. Era un hombre sencillo sin grandes complicaciones y estaba dispuesto a que yo fuera su inquilino todo el tiempo que fuera necesario. A su esposa se le notaba cierta preocupación pero la disimulaba bien. Un hijo de diez años del matrimonio, bien instruido para que no revelase mi presencia, era quien me hacía más compañía.

Mi situación parecía cada vez más difícil y no me imaginaba cómo salir de Francia. Con el retraso ya característico de todas

sus medidas, la Internacional Comunista mandó por fin sus consignas. No eran muy diferentes a las que Lenin había aplicado durante la Primera Guerra Mundial. Denunciaban la guerra como de tipo imperialista y los pueblos no sólo no debían participar en ella, sino que debían transformarla en guerra civil, para llegar a la revolución. La única diferencia con las consignas de 1914 estaba en que entonces se atacaba a todos los imperialismos sin excepción, mientras que ahora se presentaba a Inglaterra y Francia como las potencias agresoras. Esta línea no podía tener repercusión en Alemania cuyos comunistas estaban ya hacía tiempo muertos, en campos de concentración o emigrados, y si alguno quedaba tenía las manos bien atadas por el pacto germano-soviético. Pero al pueblo francés, cuya voluntad de luchar no era ya muy firme, lo colocaban en una situación todavía más desesperada. Los centenares de miles de comunistas franceses que seguían fieles a su partido, se convertían en portadores de la desmoralización en el ejército y en la retaguardia, colaborando implícitamente con la numerosa quinta columna que los alemanes tenían organizada en todas partes. Todo esto, unido al hundimiento total del ejército polaco, muy a mi pesar me llevaban a la conclusión de que Alemania estaba sacando el mejor partido de su pacto con Rusia, aunque pronto ésta entró también en el reparto de Polonia. El día 17 de septiembre el Ejército Rojo invadió la parte oriental y con facilidad, en pocas horas, se apoderó de todo el territorio fronterizo, haciendo miles de prisioneros. El día 27 Varsovia, que había resistido ante los alemanes, se rendía después de sufrir fuertes bombardeos aéreos. Al día siguiente Von Ribbentrop llegaba a Moscú, en cuyo aeropuerto engalanado con svásticas, fue recibido por Molotov, con quien firmó el tratado de amistad y fronteras entre la URSS y Alemania, tratando de legalizar el reparto de Polonia que, como antes Checoslovaquia, desaparecía como nación independiente.

La URSS no hablaba de ocupación, sino de la liberación de los hermanos bielorrusos y ucranianos, oprimidos por los señores feudales polacos, y señalaba que el desmoronamiento de Polonia había debilitado sus defensas por lo que el Ejército Rojo se había visto obligado a intervenir adelantando la frontera unos cuantos centenares de kilómetros hacia el oeste. Todos los comunistas de

Occidente estábamos educados en la idea de que Rusia, carente de verdaderos aliados, estaba obligada a tomar las medidas que fueran necesarias, para estar en las mejores condiciones posibles cuando llegara el choque inevitable entre Rusia y Alemania. Los acontecimientos nos convencieron que este era el plan de la diplomacia rusa que desplegó entonces una gran actividad: Impuso los pactos de asistencia mutua entre la URSS por un lado y Estonia, Letonia y Lituania por otro, ejerció una gran presión sobre Finlandia; aunque esta no cedió, firmó un convenio militar ruso-japonés gracias al cual terminaron los combates en la frontera entre Mongolia y Manchuria.

Inmediatamente el gobierno francés desencadenó una fuerte represión. El Partido Comunista fue declarado fuera de la ley: sus locales fueron clausurados; sus activistas detenidos; sus periódicos confiscados y sus parlamentarios desposeídos de su mandato. Los comunistas extranjeros, y de una manera especial los españoles, también fueron perseguidos. A las pocas horas de iniciada la guerra, la policía intervino la France-Navigation y el banco creado por los rusos para transacciones relacionadas con la compra de armas para el gobierno republicano (Banque Commercial pour L'Europe du Nord). En medio de todo este embrollo Maurice Thorez desertó, señalando a los comunistas franceses el camino a seguir.

Cuando ya empezaba a desesperarme me llegó la ayuda de mi antiguo amigo Fernando Claudín, que había llegado a Francia ilegalmente, más o menos en la fecha del pacto germano-soviético. Había un plan para sacar de Francia a algunos dirigentes comunistas y gracias a Fernando fui incluido en el grupo. Lisa me trajo un pasaporte chileno, con otro nombre falso extendido por el cónsul de Chile en Burdeos. Pude entonces quemar mi pasaporte cubano que conservaba por si podía conseguir el visado soviético para volver a la URSS. Si hubiera sido detenido con tal documento lo más probable fuera que me juzgaran como espía ruso. Al día siguiente el chofer con quien vivía, que seguía tan tranquilo como si nada estuviera ocurriendo en el mundo, me llevó a París al lugar donde estaba citado para el viaje. Me despedí de él con un fuerte abrazo deseándole suerte y como era pronto me metí en

un cine. Era ya un ciudadano chileno, con un cónsul que respondiera de mí, pero permanecer en la calle me parecía peligroso.

A la hora fijada apareció Claudín, con una gabardina inglesa idéntica a la mía, parecía como si la Komintern uniformara a los agentes que enviaba al mundo capitalista. En seguida, apareció Manuel Delicado y juntos nos fuimos a la estación del ferrocarril a tomar el tren a Burdeos, que por cierto iba abarrotado, hasta los topes. En el camino me contó Fernando que los documentos los teníamos gracias a Pablo Neruda, entonces ministro de Chile en París. El cónsul en Burdeos nos iba a ayudar a tomar un barco. Por carretera llegarían Pedro Checa y su esposa, Santiago Carrillo e Irene Falcón, en un auto del servicio diplomático que les facilitó Neruda, para que tuvieran un viaje más seguro.

A Delicado, que había sido dirigente máximo de nuestro Partido en la zona Centro-Sur, en Moscú lo habían hecho responsable de todas las vacilaciones frente a Casado en los últimos días de nuestra guerra; aunque a quien deberían haber pedido cuentas era a Togliati. En aquel momento Delicado estaba iniciando un descenso de categoría en el Partido, pero todavía tenían con él ciertas consideraciones. Llegamos a Burdeos sin que nadie nos pidiera la documentación. El cónsul chileno no sabía como ayudarnos. Suponía que al presentar la documentación, la policía pediría constancia de nuestra entrada en el país o algún otro tipo de documentación. Nuestro grupo se aumentó con la llegada de la esposa y la hija de Santiago Carrillo, traídas desde España por unos contrabandistas. El tiempo pasaba y no teníamos forma de conseguir el permiso que para abandonar Francia exigía la policía desde el comienzo de las hostilidades. El cónsul chileno se asustó cuando alguien de los numerosos refugiados españoles que vivían en Burdeos le fue a decir mi nombre y mi grado en el Ejército, cosa que el no sabía. Pedro Checa tomó una decisión: él con su esposa, y Carrillo con su familia, se trasladaban a París y nosotros continuábamos allí hasta recibir nuevas instrucciones. No me gustó la idea y convencí a Fernando de que plantease nos permitieran volver a la capital donde nos sentíamos más seguros. Para viajar por dentro de Francia hacía falta también un salvoconducto que conseguimos en un pueblito cercano donde teníamos un conocido "influyente" en el ayuntamiento. Teníamos que acercarnos a una ven-

tanilla y poner unas monedas de plata a la vista del empleado que ponía el sello en el permiso, lo que hicimos sin problemas. Diez horas después que Carrillo y Checa, salíamos para París Irene Falcón, Claudín y yo. Delicado saldría al día siguiente. Nuestro tren no iba demasiado repleto e hicimos un viaje normal. Nos pusimos de acuerdo en separarnos nada más llegar, inscribirnos en hoteles de barrios distintos con nuestros pasaportes chilenos, y encontrarnos a la mañana siguiente en un café del centro. Claudín e Irene tratarían de establecer contacto con el Partido.

Al llegar encontramos la estación completamente a oscuras, por las precauciones de la defensa antiaérea. No pedían documentos, pero cuando subíamos por la escalera varias veces nos enfocaban a la cara con lámparas eléctricas. Pasé un buen susto hasta comprender que no era cosa de la policía sino de personas que esperaban a familiares o amigos. Un taxi me llevó al hotel que había escogido en una guía de la ciudad, con tan mala fortuna que resultó cerca del Barrio Latino, lleno siempre de extranjeros y sujeto en aquellos momentos a continuas redadas policiacas. Después de registrarme traté de dar un paseo y a punto estuve de caer en manos de una patrulla que tenía rodeado a un grupo de sospechosos, así que decidí estar encerrado hasta el día siguiente que tenía que verme con mis compañeros. A la hora fijada estábamos allí los tres, pero no había nada en concreto y nos separamos rápidamente porque nos dimos cuenta que nos seguían. A las pocas horas Claudín resolvió el problema de la vivienda. Nos instalamos en un elegante estudio de Montmartre que había sido de Betty Wallace y su marido, ya incorporado al ejército inglés. Ella seguía en París, pero se alojaba en otra parte y sólo raramente nos visitaba.

Después de darle muchas vueltas a la situación, Fernando decidió que lo más sencillo era siempre lo mejor, y nos propuso abandonar toda clase de documentos falsos, conseguir otros verdaderos como refugiados españoles y luego salir para América con el visado de algún país que nos admitiera. Quemamos nuestros pasaportes chilenos y nos fuimos a ver a Santiago Alvarez para que nos facilitara pasaportes de la República Española. Con fecha atrasada, porque ya no existía, nos "extendió" nuestro consulado en París unos pasaportes llenos de firmas y sellos, aunque des-

cuidados y llenos de faltas, con nuestros auténticos nombres. Yo aparecía como nacido en Zaragoza en lugar de Madrid y la fecha de nacimiento tampoco era exacta, pero no era el momento para preocuparse. Esperábamos que la policía francesa tuviera demasiados problemas para revolver en sus archivos, en los que Claudín y yo aparecíamos como salidos legalmente del país, un año antes.

Como México había suspendido temporalmente los visados para refugiados españoles, recurrimos de nuevo a Neruda y en un par de días teníamos el permiso de entrada en Chile. Desde este momento si la policía nos localizaba, lo más probable es que se redujera a deportarnos. De todos modos decidimos cuidarnos y salir de Francia normalmente ya que las instrucciones de Checa eran que una vez en Nueva York, Claudín siguiera viaje a México e Irene y yo gestionáramos el permiso soviético para volver a Rusia. Irene, que usaba todavía el nombre de su primer marido, el periodista peruano César Falcón, tenía en la URSS a su segundo esposo, alto funcionario de la Komintern, judío de nacionalidad indefinida, al que llamaban Friedrich, y a su hijo en una escuela de niños españoles. Era, además secretaria de Dolores Ibarruri que también estaba en Moscú.

Irene restableció el contacto con la embajada soviética en París para que nos enviaran a los dos el visado al consulado de Nueva York. Resultó que Carrillo jamás les había comunicado que yo esperaba el visado a nombre de José Sandoval Fernández y dicha autorización había llegado a mediados de agosto, tal como Shorkin me había prometido. Por Irene supe también que mi maleta había estado arrinconada, sin que nadie la reclamase en el mismo sitio que la dejé, de paso para Lille.

La vida en el estudio de Montmartre transcurría tranquila. El edificio estaba casi vacío, pues sus inquilinos, la mayoría extranjeros, se habían marchado al empezar la guerra. Irene se encargaba de comprar la comida y salíamos sólo lo imprescindible. El único problema era enmascarar bien las ventanas por la noche para que no saliera ni un resquicio de luz. Una noche nos descuidamos un poco e inmediatamente nos golpeaba la puerta un voluntario de la defensa pasiva. Afortunadamente Irene hablaba el francés tan correctamente que el "voluntario" no sospechó que había en-

contrado un "nido de extranjeros". Cuando aún no estabamos seguros de que nuestros planes tuvieran éxito, vino a despedirse de nosotros Santiago Carrillo, que ya tenía todo arreglado. Muy bien vestido, aunque su abrigo imitando piel de camello resultaba un poco escandaloso y su sombrero flexible demasiado francés, a tono con el pasaporte diplomático chileno que a él y a Checa les había proporcionado Neruda. Fue una despedida un tanto fría. Fernando, Irene y yo estabamos demasiado preocupados y Carrillo demasiado optimista, gastando bromas de todo tipo, sin disimular su alegría por abandonar la ratonera.

Con ayuda del matrimonio Abbott nos dieron el 12 de octubre el visado de tránsito para los Estados Unidos. La condición fue que presentáramos los pasajes pagados hasta Chile. No teníamos dinero pero Federico Melchor consiguió que lo pagara el SERE (Servicio de Emigración para Refugiados Españoles), organismo de ayuda establecido por Negrín, donde tuvimos que hacer acto de presencia. Allí me encontré con la viuda del coronel Barceló y a otro conocido, que me preguntó a gritos cómo había regresado de Rusia. Inmediatamente compramos el pasaje en el vapor "Washington" de la United States Lines, que zarpaba de Burdeos el día 26 de octubre. Nuestra situación había mejorado pero no podíamos estar completamente tranquilos, si la policía nos detenía en la calle, o al tratar de conseguir el permiso de salida, se limitaría a ponernos a bordo del "Washington"; pero en ese caso ya no nos dejarían desembarcar en Nueva York y tendríamos que seguir viaje a Chile, lo que no estaba en nuestros planes. Por esto nos decidimos a dar un paso decisivo. Con la recomendación de un masón, el diputado socialista Cabrera, nos presentamos, bastantes nerviosos, en la prefectura, en la sección de extranjeros. En el interrogatorio yo dije que mi esposa se había quedado en Barcelona y modestamente, reduje mi categoría militar a Jefe de Batallón. Miraron en un fichero y sólo se pusieron un poco pesados con Irene, que tenía antecedentes debido a sus numerosos viajes y participaciones en congresos internacionales. Después de varias horas, salimos a la calle con nuestros flamantes "laissez passer". En vez de caminar recelosos eludiendo las patrullas, paseamos confiadamente hasta deseosos de poder enseñar a alguien nuestros documentos. Realmente tuvimos mucha suerte, a los pocos días

Delicado quiso hacer lo mismo y fue enviado a un campo de concentración para extranjeros, donde estuvo hasta que lo metieron en un barco rumbo a Chile.

El día 25 de octubre teníamos que estar en Burdeos, así que inmediatamente pedimos autorización para salir de Francia. Habíamos abandonado el estudio y estábamos instalados en un hotel en el No. 10 de la Rue Budapest, cerca de la Gare Saint Lazare. Nos compramos ropa y maletas. Todos los días pasábamos por la prefectura y nos encontrabamos con miles de extranjeros que, como nosotros, trataban de abandonar el país. Ya estabamos a 23 y aún no nos daban el permiso de salida; ese día Claudín y yo abordamos a un empleado al que expusimos lo crítico de la situación. Se compadeció de nosotros y en unos minutos nos dio los pasaportes con todos los sellos necesarios.

Nos despedimos de Melchor, Cabello y Azcárate, únicas personas con las que manteníamos relación y el 24 de octubre partimos para nuestro puerto de destino, esta vez sin preocupaciones inmediatas, pero ya inquietos por si en Nueva York no nos dejaban desembarcar. En Burdeos nos presentamos en la agencia marítima y el 26 de octubre por la mañana, en un tren especial abarrotado de pasajeros, nos dirigimos a La Rochela, donde después de un trámite formal de la Aduana preguntando si llevábamos más de los 3,000 francos permitidos, abordamos el buque. Al poco rato salimos del puerto y de las aguas territoriales francesas. En este momento pensamos en los miles de refugiados españoles que, menos afortunados que nosotros, quedaban en Francia sin perspectivas de salir y expuestos a todas las contingencias, privaciones y peligros de la guerra; aunque aún más desamparados quedaban los que en España seguían sometidos al "ajuste de cuentas". Con tristeza y preocupación, me quedé contemplando las costas de la agitada Europa, que entre la niebla se iba perdiendo en la lejanía.

El "Washington" era un trasatlántico de mediano tonelaje, lleno hasta los topes de pasajeros de todas las nacionalidades aunque predominaban los norteamericanos. Por todas partes habían colocado camas desmontables. A mí me tocó una en el centro de uno de los peores camarotes, en el piso más alejado de la cubierta,

por debajo de la línea de flotación. Claudín estaba alojado en las mismas condiciones; en cambio, Irene compartió uno muy bueno con una enigmática coreana. En el comedor conseguimos que nos sentaran a los tres en la misma mesa. Viajaban con nosotros algunos refugiados españoles, entre ellos Miguel Morayta y Manrique, de la Facultad de Medicina de Madrid, buenos amigos y Bernardo Giner de los Ríos, ministro de los últimos gobiernos republicanos, que iba contratado como arquitecto a Santo Domingo. También nos encontramos un grupo de estudiantes peruanos, conocidos de la FUHA de Madrid, repatriados por su gobierno. La travesía se desarralló sin incidentes. Por las noches unas luces potentes iluminaban los costados del buque para hacer bien visible la bandera norteamericana, tanto a los navíos ingleses que patrullaban el océano, como a los submarinos alemanes cada vez más audaces después de haber hundido al acorazado Royal Oak, en la propia rada de Scapa Flow.

Cuando ya nos acercábamos a Nueva York la tripulación organizó una cena de despedida, tratando de crear un ambiente de fiesta, con poco éxito; solamente un matrimonio de ancianos que ocupaba una mesa contigua a la nuestra parecía divertirse en grande. Se pusieron gorros grotescos, tocaron pitos y nos tiraron profusión de serpentinas.

El primero de noviembre al anochecer, vimos las luces de los rascacielos de Manhattan, pasamos luego junto a la Estatua de la Libertad y entramos en el Hudson. Irene, Claudín y yo, aparentábamos tranquilidad mientras esperábamos la revisión de nuestros pasaportes. Al inspector de inmigración parece que le fuimos simpáticos y después de comprobar que cada uno de nosotros tenía los cuarenta dólares que nos permitirían vivir mientras embarcáramos para Chile, nos puso el sello que nos permitió desembarcar. A Morayta y a Manrique también los dejaron, pero todos los demás españoles, incluyendo Giner de los Ríos, fueron a parar a Ellis Island.

Los agentes de la Aduana fueron muy amables. Nos dijeron que nos íbamos a encontrar muy a gusto en EE.UU. porque allí nadie era extranjero. Al salir abordamos un taxi y le dimos la dirección de un hotel regenteado por españoles que nos había re-

comendado un camarero del barco. El chofer irlandés que nos tocó en suerte empezó a renegar cuando se enteró que estaba en la calle 12 muy cerca del puerto, diciendo que no valía la pena un trayecto tan corto. Para que se callara le prometimos una buena propina. El hotel estaba completamente lleno, pero nos alojaron por aquella noche y nos dieron bien de cenar.

Por la mañana nos pusimos en movimiento. Fuimos al local de la Sociedad de Ayuda a los Republicanos Españoles. Irene conocía al Secretario que nos recibió muy bien. Instalaron a Claudín en casa de un matrimonio de jóvenes bohemios y a mi con un matrimonio judío. Irene se fue a vivir con Constancia de la Mora que ya llevaba algún tiempo en Nueva York. Aquella noche los periódicos publicaron en primera plana la fotografía de los ancianitos que estaban a nuestro lado en el comedor del buque y que tanto se habían divertido en la fiesta de despedida. Habían huido del país, hacía muchos años, después de haber asesinado a la primera esposa del señor. Seguramente la guerra los empujó a volver y habían sido reconocidos por la policía.

La familia Rabsen que me acogió, era muy hospitalaria y simpática. El era abogado y de unos treinta años, le gustaba mucho hablar y teníamos grandes conversaciones a pesar de mi deficiente inglés. Sus padres habían emigrado de la Rusia zarista y los de su esposa de Holanda. Tenían una hija, de cuatro años. Yo trataba de molestar lo menos posible; me levantaba temprano y después de desayunar desaparecía hasta la noche. Los Rabsen, sin embargo, insistían en invitarme a cenar sobre todo cuando se reunían con sus amigos que me asediaban a preguntas sobre la guerra española.

Mientras Claudín buscaba contactos para conseguir el visado mexicano, Irene y yo nos presentamos al consulado soviético. Nos recibió secamente un empleado que apuntó todos nuestros datos y nos pidió volviéramos dentro de unos días. No nos quedó más que esperar y dar vueltas por la ciudad que llegamos a conocer bien hasta desde el aire, pues nos paseó con su avioneta un instructor que enseñaba a volar a Rabsen. Nos encontramos alguna vez con Morayta y Manrique que pensaban quedarse en Nueva York y a muchos conocidos: un portorriqueño de la FUE, un oficial del general Miaja, y combatientes de las Brigadas Inter-

nacionales. Pasamos muchos ratos con Constancia de la Mora, que acababa de publicar su libro "In place of splendor" muy bien acogido. Era una defensa de la República Española a través de su propia biografía. Nieta de Antonio Maura, famoso ministro de Alfonso XIII, fracasó en su primer matrimonio con un aristócrata y se convirtió en la esposa de un militar republicano que luego fue el jefe de nuestra aviación durante la guerra: el general Hidalgo de Cisneros.

Estando en Nueva York leí el discurso que Molotov había pronunciado el día 31 de octubre ante el Soviet Supremo de la URSS, amenazando a los finlandeses para que aceptaran las peticiones rusas, la primera de las cuales: cesión de unos "pocos" kilómetros en la zona fronteriza próxima a Leningrado, representaba la entrega de la línea Manheim la más eficaz defensa de Finlandia. Algunas frases de Molotov como: "nuestras relaciones con el Estado Alemán se basan en la amistad, en la disposición de apoyar las aspiraciones de Alemania a la paz"... "hemos sostenido siempre el criterio de que una Alemania fuerte constituye una condición indispensable para una paz sólida en Europa"... no dejaron de sorprenderme, pero seguía pensando que Rusia tenía que jugar ese papel para ganar tiempo.

Pasaron en aquellos días por Nueva York Antonio Mije y Vicente Uribe, que con sus familias se dirigían a México. También pasó Codovila con su esposa, y puso a Irene en contacto con un personaje misterioso, representante de la Komintern, que podía recomendarnos al consulado ruso. Con su acostumbrado aire paternal nos dio muchos consejos para nuestro viaje.

A mediados de noviembre asistimos Claudín y yo a una junta de los miembros de la Brigada Lincoln, un puñado de sobrevivientes de las batallas de España. Salimos de allí melancólicos, recordando a todos los que habían quedado enterrados en tierras españolas.

Fernando recibió el visado mexicano y nos despedimos con fuerte emoción. Habíamos corrido muchas aventuras juntos y ahora no sabíamos cuándo nos volveríamos a encontrar. Me encargó que en su nombre pidiera en Moscú que enviaran a su mujer y a su hija a reunirse con él. Ya para entonces Irene y yo

teníamos el permiso soviético en nuestro poder. Cuando ya empezaba a impacientarnos la tardanza, en una de nuestras visitas al consulado ruso nos encontramos con un cambio total: todo fueron sonrisas y amabilidades y en unos minutos teníamos nuestros pasaportes listos. Estaba claro que habían recibido instrucciones al respecto, pero para nosotros empezaba otro problema: cómo llegar a Rusia.

Económicamente el asunto estaba resuelto, el pasaje a Chile que nos habían hecho pagar en Francia, cubría nuestro regreso a Europa. El camino más directo parecía ir en barco hasta Noruega y luego en tren atravesar Noruega, Suecia y Finlandia hasta Leningrado. Había el riesgo de que de un momento a otro estallara la guerra entre Finlandia y Rusia, pero una vez en Suecia podíamos tomar un avión de la línea Estocolmo-Moscú. Pedimos a todos estos países el visado de tránsito pero los consulados no tenían autoridad para darlos y debían consultar a sus respectivos gobiernos. Las contestaciones no tardaron mucho. Noruega nos lo concedería cuando tuviéramos asegurada la salida del país; Suecia nos lo negó, en cambio, Finlandia nos lo autorizó, no se si para agarrarnos, el día 30 de noviembre, cuando ya las tropas soviéticas habían cruzado la frontera finlandesa. La situación era para nosotros realmente crítica. Se nos acababa el tiempo de permanencia en Nueva York sin encontrar la forma de regresar a Europa, y cuando ya estudiábamos la posibilidad de atravesar EE.UU. para ir de San Francisco a Japón y de allí a Vladivostok, nos enteramos que de Copenhague a Tallin en Estonia, navegaban barcos de pequeño cabotaje. No fue difícil conseguir el visado estoniano una vez que enseñamos el soviético, y en el consulado danés, afortunadamente nos autorizaron el paso por el país sin preguntar a su gobierno. Con esto, estampado en nuestros pasaportes el visado de tránsito por Noruega ya pudimos adquirir en firme los pasajes hasta la frontera rusa.

El buque noruego que nos iba a llevar a Bergen no salía hasta principios de diciembre, así que tuvimos que pedir una prórroga de residencia a las autoridades americanas. Nos la concedieron fácilmente, aunque pasamos malos ratos pues en todas partes nos recibían con marcada frialdad. En aquellos momentos un visado ruso lo conseguían solamente comunistas de mucha

categoría o agentes del servicio de espionaje. Por este motivo la última semana de estancia en Nueva York estábamos bastante impacientes. Fuimos a despedirnos del delegado de la Internacional Comunista que nos dio varias instrucciones pero dos fundamentales: no recurrir a los consulados soviéticos más que en último extremo y eludir a toda costa territorio alemán. Como se nos estaba agotando el dinero, nos dio cien dólares, lo que era más que suficiente para llegar a Rusia si las cosas se desarrollaban como habíamos planeado.

No podíamos despedirnos ni de los amigos; afortunadamente Constancia de la Mora se iba a México porque su marido no había conseguido permiso de residencia en EE.UU., solamente Rabsen y una anciana maestra española, amiga de Constancia, supieron que volvíamos a Europa y a Rusia. Cuando ya estaba a punto de abandonar Nueva York sentí nostalgia por esta gran ciudad de tan abigarrados contrastes, y me dije a mí mismo que, en otras circunstancias, me hubiera gustado quedarme allí.

Las primeras noticias que la prensa publicó sobre la guerra de Finlandia, indicaban que las tropas rusas habían sido detenidas ante las fortificaciones finlandesas cercanas a Leningrado, entre Viborg (Viipuri) y el Lago Ladoga. La campaña se presentaba larga y costosa para los soviéticos, ya que el avance en Carelia en pleno invierno, no iba a ser fácil, aunque yo suponía que el alto mando ruso habría previsto todas las dificultades.

El día que embarcamos en el "Stavanger" Rabsen nos llevó en su auto hasta el puerto. Las formalidades de Aduana fueron mínimas pero nuestros pasaportes fueron sometidos a una revisión especial por un agente cuya única misión era comprobar que efectivamente abandonábamos Norteamérica. Embarcamos y nos instalamos en unos camarotes de tercera. Había muchos pasajeros, la mayoría noruegos, suecos y finlandeses. Vimos alejarse Nueva York bajo la ligera neblina de la mañana. Rabsen nos había prometido darnos el último adiós desde el aire, pero no conseguimos ver su avioneta. Dejamos atrás la estatua de la Libertad y al poco tiempo América era sólo una línea en el horizonte que pronto desapareció también.

Nuestra travesía duró unos ocho días. Hacía frío, el cielo estaba constantemente cubierto de nubes y el mar tenía un color

plomizo. Como todos los buques neutrales, el "Stavanger" se podía identificar a distancia por las grandes banderas pintadas en los costados, iluminadas de noche con los reflectores, aunque durante todo el camino no vimos ni un solo barco ni de cerca ni de lejos. Irene y yo procuramos aislarnos pero seguíamos con toda atención las noticias que diariamente colocaban en el tablero de anuncios del salón. Las de la guerra de Finlandia eran tan desfavorables para los rusos, que me hacían pensar que algo había fallado en la preparación del Ejército Soviético. También era evidente que todos los países escandinavos se sentían solidarios con Finlandia, lo que sin duda iba a complicar y entorpecer nuestro viaje a Rusia.

La tercera clase del barco noruego era casi tan buena como la turista del "Washington", pero mi litera estaba demasiado cerca del árbol de la hélice y las vibraciones no me dejaban dormir de noche, lo hacía de día sentado en un sillón. Al fin llegó la clásica cena de despedida y todos los pasajeros bailaron en corro alrededor de un pino colocado en el centro del comedor, mientras Irene y yo desde una mesa, contemplábamos el curioso espectáculo.

A la noche siguiente atracamos en el puerto de Bergen; el oficial aduanero nos dirigió una mirada muy poco amistosa y dio muchas vueltas a nuestros pasaportes, pero estampó el sello de entrada, al comprobar que teníamos autorizada la salida hacia Dinamarca. Hasta el último momento temimos que nos devolvieran a América en el mismo barco y estábamos bastante nerviosos. Tomamos el tren para Oslo. Los compartimientos de tercera, resultaron muy cómodos con buenas camas y buena calefacción, pero daba escalofríos ver los campos tan cubiertos de nieve. Por la mañana temprano, al llegar a la capital de Noruega, dejamos los equipajes en la estación y fuimos a la agencia de viajes, donde nos informaron que aquel mismo día debíamos partir para Copenhague, si queríamos alcanzar el barco que iba a Tallin. No valía la pena buscar hotel y nos pasamos el día paseando por la ciudad. La temperatura era bajísima y el sol apenas se elevó en el horizonte, brilló débilmente y se ocultó de nuevo. A la caída de la tarde embarcamos en un pequeño barco de línea entre Noruega y Dinamarca. Eramos los únicos pasajeros y teníamos a nuestra disposición una gran sala llena de incómodos bancos.

En primavera, cuando había pasado este mar en mi viaje a la URSS, había sido un placer, pero ahora el oleaje nos zarandeaba sin cesar y terminé mareándome. Al desembarcar, la policía danesa, a pesar de depender de un gobierno social-demócrata, o precisamente por ello, nos recibió muy mal. El primer funcionario que echó una mirada a nuestros pasaportes, llamó en seguida a sus superiores. Al momento llegaban varios agentes en dos automóviles, que nos llevaron a la Jefatura, donde nos hicieron un desordenado interrogatorio, evidenciando que nuestra llegada los había desconcertado. Nos hablaban en inglés, pero maldecían en danés, que Irene, excelente políglota, entendía bastante y me traducía con disimulo. Cuando estaban más furiosos llegaron a decir que lo mejor sería entregarnos a Franco. Nuestra versión del viaje era muy sencilla y respondía en parte a la verdad. Ibamos a Rusia a reunirnos con nuestros familiares, refugiados allí durante la guerra de España. Se mostraron indignados con el cónsul danés en Nueva York que nos había dado el visado y pronto se evidenció que les interesaba más estropearnos el viaje, que librarse de nosotros. Les pedimos que nos pusieran a bordo del barco que salía para Tallin la mañana siguiente. Sin preguntar a nadie, ni hablar con la agencia, nos aseguraron que el barco estaba completamente lleno y que no había lugar para nosotros. Estaba claro que mentían. Dos pasajeros siempre se pueden acomodar aparte de que era muy dudoso que hubiera tanto tráfico entre Copenhague y Tallin, ya bajo el dominio soviético, cuando desde Oslo habíamos llegado completamente solos. Les rogamos que nos dejaran tomar otro barco que partía a los pocos días, y nos contestaron que para entonces ya habría caducado nuestra visa estoniana. Esto se podía arreglar fácilmente hablando con el cónsul de Estonia o con el soviético, pero nos anunciaron que de ningún modo saldríamos de allí más que para tomar otro barco que nos devolviera a Oslo. Estábamos pues detenidos. Nos trasladaron a una cárcel, al departamento especial para extranjeros indeseables, donde pasé a ser el único ocupante de una gran sala llena de camas donde me instalé cómodamente, aunque la tensión nerviosa no me dejó dormir tranquilo. Me desperté pronto y me entretuve tratando de descifrar lo que en todos los idiomas habían escrito en las paredes "huéspedes" anteriores. Llegada la hora me reunieron con Irene y nos llevaron al barco.

Había en el muelle periodistas y fotógrafos que la policía apartó secamente. Me aterraba más volver a navegar por los estrechos que lo que nos pudiera deparar el destino. Volvimos a ser los únicos pasajeros y mareados y desmoralizados llegamos a Oslo en lo que parecía un viaje de regreso a América. El agente de inmigración que nos recibió resultó hombre asequible, quizá influido por el espíritu navideño, pero no hablaba inglés. Irene se decidió a hablarle en alemán, lengua que, dadas las circunstancias, había fingido ignorar durante el viaje. El funcionario escuchó la explicación con aire preocupado, pero nos dio la dirección de un hotel para que pudiéramos descansar antes de gestionar las visas que nos harían falta. Después de dormir algunas horas fuimos al consulado sueco donde nos dijeron que volviéramos al día siguiente pues tenían que consultar con Estocolmo. Previendo la negativa nos trasladamos a un hotel más modesto administrado por una sociedad protestante. Comunicamos a nuestro policía el cambio de domicilio y nos pidió que lo tuviéramos al tanto de nuestras gestiones.

Cuando los suecos nos negaron el tránsito decidimos quemar nuestro último cartucho y nos presentamos en el consulado soviético. Como en Nueva York, nos recibió un subalterno que se limitó a tomar nota de todo cuanto dijimos y nos rogó que volviéramos dentro de unos días. No podíamos hacer nada más que esperar y nos dedicamos a pasear por Oslo, gastando lo menos posible, pues otro peligro era que nos quedáramos sin dinero.

El día 24 nos dieron en el hotel una buena cena navideña, pero el 25 ayunamos, por nuestro desconocimiento de las costumbres. En los países del norte de Europa, el día de Navidad está todo cerrado incluso los restaurantes y los comedores de los hoteles.

En la agencia de viajes nos insistían en que siguiéramos viaje a través de Alemania, pero aparte de las recomendaciones recibidas en Nueva York, Irene tenía razones personales para no hacerlo. Su padre que había residido en España casi toda la vida, casado con española, era judío alemán y su apellido era Levi, lo que resultaba bastante peligroso en aquellos momentos.

Un par de veces, en el consulado ruso sin dejarnos pasar de la puerta nos habían dicho que no tenían nada para nosotros,

pero al fin el día 26 cambió el recibimiento. Todo sonrisas el cónsul en persona nos comunicó que ya habían llegado instrucciones de Moscú y que estuviéramos tranquilos. El haría una gestión en Oslo y la embajada rusa en Suecia presionaría en el Ministerio de Negocios Extranjeros. En el mismo momento nos entregó 50 dólares a cada uno que llegaron muy a punto pues nuestros fondos se estaban agotando.

Salimos de allí muy contentos: nos sentíamos apoyados y estábamos seguros de que todas nuestras dificultades se habían terminado. Efectivamente, Suecia aceptó en seguida darnos un visado por 24 horas, suficientes para tomar el avión a Moscú.

El día 27 por la noche salimos en tren hacia Estocolmo después de despedirnos del policía noruego que tan bien se había portado con nosotros. Al llegar a Estocolmo en la mañana del día 28 después de instalarnos en un hotel, fuimos a la embajada rusa, donde ya nos esperaban. Nos recibió, junto con otros diplomáticos, la propia embajadora, la famosa Alejandra Kollontai, que tendría entonces 70 años, lo que hacía difícil reconocer en ella a la autora de "La Bolchevique Enamorada", libro que tantas discusiones había provocado sobre el "amor libre". Nos trató de la manera más amable y hospitalaria. Estuvimos un gran rato conversando en francés y resaltó mucho su amistad con Isabel de Palencia, embajadora de la República Española en Suecia. Aproveché la ocasión para preguntar sobre la marcha de la guerra ruso-finlandesa, pero como buenos diplomáticos fueron poco explícitos. Sólo nos dijeron que una terrible ola fría había complicado la campaña, lo que me preocupó, pues por experiencia sabía que el "mal tiempo" suele ser un recurso para ocultar desastres.

Ahora que ya no teníamos miedo a quedarnos sin dinero, recorrimos la ciudad haciendo compras para nuestras familias. Irene tenía en Moscú además de su marido, a su hermana y a su hijo, un simpático muchacho de unos quince años. Nos daba optimismo pensar que ya pronto íbamos a dejar de ser unos pobres viajeros sospechosos, expuestos a todas las contingencias de la difícil situación internacional. El día 29, antes del amanecer estábamos ya en las oficinas de la compañía aérea sueca, que junto con la "Aeroflot" soviética cubría la línea Estocolmo-Moscú. A la misma hora salía un avión para Helsinki con voluntarios

que iban a incorporarse al ejército finlandés de modo que el viaje al aeropuerto resultó violento para todos ya que nos trasladaron en el mismo autobús. Mi última preocupación fue si por error nos subíamos al avión que iba a Finlandia, pero pronto comprendí que no era posible. En el nuestro destacaba el escudo soviético y el finlandés iba pintado de rojo para que la defensa antiaérea lo distinguiera fácilmente.

Subimos al avión media docena de personas y en un día muy claro abandonamos Estocolmo, cruzamos el Mar Báltico y descendimos en Riga, donde se quedaron todos nuestros compañeros de viaje menos uno. Al poco tiempo, volvimos a aterrizar en el aeródromo militar de Velikie Luki, lleno de cazas y bombarderos. Allí encontré a un intérprete que me conocía de España: así de pequeño es el mundo. En una barraca nos sirvieron la comida a pasajeros y tripulantes y pronto volábamos otra vez sobre bosques nevados. Empezaba a anochecer cuando divisamos Moscú, al poco rato pisábamos los montones de nieve retirada de las pistas y respirábamos aliviados. Nuestro viaje de Francia a la URSS había durado dos meses, pero, dadas las circunstancias, resultaba casi una proeza.

Esta vez supe cómo se recibía en la Unión Soviética a las personas consideradas importantes. Al único pasajero que venía con nosotros, que resultó ser un diplomático norteamericano, a pesar de sus protestas lo metieron en una habitación para que no estuviera presente mientras nos atendían. Shorkin en persona estaba en la Aduana y en unos segundos pasaportes y equipaje tenían los sellos de entrada. En una sala vecina estaba Dolores Ibarruri que había ido a recibir a Irene. Después de los saludos y abrazos correspondientes nos separamos: ellas se fueron al Lux y yo con Shorkin al hotel Nacional. Desgraciadamente "El Tenebroso" se quedó con mi pasaporte, con sellos y visas hasta en las tapas, que me hubiera gustado conservar como recuerdo.

Antes de acostarme estuve un rato en la ventana, contemplando la Plaza Roja y las torres del Kremlin, y me parecía mentira haber llegado a mi destino.

Al día siguiente no podía reprimir mi impaciencia por encontrarme con Carmen que, según me había dicho Dolores, ya no estaba en Planiernaya sino en Obninskoie, cerca de Moscú; pero

antes tenía que cumplir con ciertos requisitos. El primero, recibir un documento de residencia en Moscú sin el cual no se podía dar un paso; el segundo, asistir a una reunión del Secretariado de la Internacional Comunista. Shorkin me acompañó al edificio de la IC y me ayudó a atravesar múltiples controles hasta que llegamos a una gran sala donde se iba a reunir "el estado mayor de la revolución mundial", aunque visto así de cerca más parecía una reunión de pacíficos burgueses. Allí me encontré con Manuilsky, Marty, Blagoeva, Stepanov, Bielov, José Díaz, Dolores Ibarruri, Enrique Castro e Irene Falcón, y otros que antes no conocía: Kussinen, Gottwald, Pieck, Florin y Geroe. Dimitrov nos estrechó la mano con la mayor cordialidad a Irene y a mí, felicitándonos por el éxito de nuestro regreso. Luego empezó la reunión y apenas me enteré de lo que se discutía.

El 31 de diciembre amaneció muy frío con veintitantos grados bajo cero. Por la tarde salí para Obninskoie. Carmen había recibido una llamada telefónica de Enrique Castro comunicándole mi llegada, pero cuando llegué todavía no se había repuesto de la sorpresa. Todo el mundo le aseguraba que dadas las condiciones del momento era imposible mi regreso. Los residentes en Obninskoie eran la mayoría militantes checos y un grupo de españoles no acoplados todavía o que no querían mandar a las fábricas. Todos juntos festejamos el comienzo del año 1940, con esa melancolía que se aprecia siempre en las celebraciones de los emigrados. Un joven checo, hijo del Dr. Zdenek Nejedly, tocó muy bien al piano varias piezas de música clásica lo que aumentó aún más la nostalgia que todos sentíamos y la euforia de mi llegada se fue enfriando un poco.

Carmen me puso al corriente de las noticias llegadas de España a través de su hermana, ya residente en México. Los problemas que tuvo mi madre durante la depuración se habían resuelto favorablemente y estaba ya trabajando en su escuela. Mi hermana, en cambio, estaba en la cárcel de mujeres de Ventas, en Madrid, desde el verano anterior. Desde Francia no me había atrevido a escribirles y solamente desde Nueva York mandé una tarjeta a mi madre aun a riesgo de confundirla bastante. Me alegraba poder escribirles con tranquilidad a través de México.

Me interesó mucho la situación de la emigración española dentro de la URSS. Quitando los funcionarios, altos y bajos, de los distintos organismos de la Komintern y los seleccionados para las academias militares y la Escuela Política, todos los españoles habían sido destinados a fábricas, donde la inmensa mayoría lo estaba pasando muy mal. Mal preparados para competir en el trabajo a destajo, los sueldos eran ínfimos y el Socorro Rojo Internacional (MOPR) tenía que completarle hasta los trescientos rublos, considerados indispensables para sobrevivir. Todo eran quejas, problemas y luchas internas, en los colectivos españoles de las fábricas. La palabra "responsable" comenzaba a sonar con desprecio y a veces hasta con odio. El "responsable" era la persona nombrada por el Partido para dirigir los colectivos. En general, actuaba como un pequeño dictador; pero aun aquellos que trataban de ayudar, tropezaban con las dificultades y la escasez reinante.

No era más favorable la situación en las escuelas de niños españoles llegados a la URSS durante la guerra española. Habían vivido al principio con bastante abundancia, mientras funcionaba nuestra embajada en Moscú y el oro del Banco de España, depositado en Rusia, cubría todos los gastos. Luego, ante las perspectivas de una emigración larga, se fueron adaptando a las condiciones rusas, aunque siempre estuvieron mejor atendidos que los centros soviéticos similares. Estas crecientes dificultades materiales acrecentadas por lo duro del clima, repercutían en los niños, que cada vez añoraban más a sus familias y a su país. Los españoles que fueron enviados a trabajar con ellos se encontraron con un problema moral de difícil solución.

Las autoridades rusas habían intentado incorporar a la emigración a los aviadores españoles que no querían quedarse en la URSS. Algunos de ellos accedieron y entraron a trabajar en las fábricas, pero un grupo de irreductibles se negó terminantemente y vivían sin hacer nada, en una Casa de Reposo de los afueras de Moscú. Algunos especialistas de mucho prestigio consiguieron trabajo en su profesión, como Sánchez Arcas y Lacasa que fueron a trabajar a la Academia de Arquitectura; Molero, a la Academia de Ciencias; los doctores Bonifacio, Carlos Díaz y Planelles, en centros médicos y el periodista José Luis Salado a la Oficina

Soviética de Información. De los más jóvenes sólo unos pocos consiguieron seguir sus estudios, entre ellos Luis Gullón y mi cuñado Antonio Parga que ingresaron en la universidad de Moscú.

El día primero de enero Carmen y yo volvimos a Moscú después de haber sido testigos en la boda de Concha Castro, hermana de Enrique, y Osola, un interbrigadista italiano. Por cierto que el novio nos pidió este favor con una cierta solemnidad y resultó que éramos innecesarios. La ceremonia se celebró en una sucia, destartalada y fría oficina del Registro Civil, instalada en una barraca, donde un funcionario, con aspecto de campesino, anotó los datos en un libro e hizo firmar solamente a los contrayentes.

Nos instalamos en el Hotel Nacional y aquella misma noche vinieron a vernos Líster y Artemio Precioso, con flamantes uniformes del Ejército: estaban en el curso de la Academia Frunze a la cual tenía que incorporarme yo. El grupo, mandado por Modesto, estaba formado por treinta oficiales del Ejército Popular Español agrupados en tres secciones: una mandada por Soliva, otra por Líster y la tercera por mí. El profesor de la primera era Swierczewski y el de la tercera Malinowski, ambos ascendidos a Kombrig. El Ejército Rojo tenía entonces mariscales, pero no generales. Los oficiales superiores recibían el título de Kombrig, Komdiv, y Komandarm (comandantes de brigada, división y ejército). De nuestro grupo Modesto recibió la categoría de Kombrig, Líster de coronel y los demás de mayores, porque el grado de teniente coronel, que teníamos cinco de nosotros no existía aún en Rusia.

Inmediatamente me incorporé a la Academia Superior del Ejército Rojo "M. V. Frunze", llamada así en honor de un héroe de la guerra civil, fallecido en 1925 cuando era Comisario del Pueblo de la Defensa. El edificio era inmenso y en él centenares de oficiales y jefes de todas las armas, seguían tres años de estudios en escala de batallón, regimiento y división, preparándose tanto para las responsabilidades del mando como para el trabajo de Estado Mayor. Me acompañó un enviado de Shorkin. Después de pasar los controles acostumbrados en todos los edificios oficiales, me presentaron al director de nuestro grupo especial, coronel Polev. Un intérprete me ayudó en toda una serie de oficinas, sas-

tre, fotógrafo y almacenes para transformarme lo más rápidamente posible en un oficial soviético. En la documentación sólo eran verdaderas las iniciales del nombre y del lugar de origen y la fecha de mi nacimiento. Pasé a ser el mayor Mijail Mijailovich Tarasov, natural de Murmansk. Nunca comprendí bien esta delicadeza de dejarnos las iniciales, ya que no tuvieron la de pedirnos opinión o consentimiento para cambiar de nombre. Económicamente estábamos mejor asegurados que los alumnos rusos, porque nos dieron el sueldo correspondiente al grado de mando que habíamos tenido en España. También en las viviendas nos dieron trato de favor. Recibíamos además, como todos los oficiales soviéticos, los uniformes y ropa interior gratuitamente.

Todos los profesores y alumnos de la Academia vivían en un enorme edificio verdaderamente amontonados. En cada habitación una familia; y un baño y una cocina en cada uno de los largos pasillos, común para muchas habitaciones. A nosotros en cambio nos instalaron en la Bolshaya Kaluzhkaya, cerca de la Academia de Ciencias, en casas recién construidas, con departamentos de tres habitaciones cada una. Cierto que la norma era la misma: una familia en cada habitación, pero éstas eran amplias, con grandes ventanales y los servicios considerados colectivos (baño y cocina) eran sólo para las tres familias que habitaban el departamento. En depósito nos entregaron muebles y ropa de cama, y en el almacén especial para profesores de la Academia podíamos comprar alimentos y otras mercancías, que, aunque no eran nada excepcional, difícilmente se encontraban en la venta pública. Teníamos pues una situación de privilegio, no sólo en relación con los otros españoles, sino también con los oficiales soviéticos de verdad.

La selección para las academias militares no había sido cosa fácil para la dirección del Partido. Primero tuvo que separar a los militares profesionales de los procedentes de milicias, con escasa o ninguna preparación previa a la contienda. Esto se resolvió enviando a los primeros a la Academia de Estado Mayor que llevaba el nombre del Comisario del Pueblo de la Defensa, K. E. Voroshilov. Los encabezaba el general Antonio Cordón, reducido, bien a su pesar, a coronel. En la Frunze estábamos sólo los procedentes de milicias. En la selección pesó mucho el origen social:

se dio preferencia a los obreros y campesinos sobre los empleados o intelectuales. Se tuvo en cuenta también que hubiera representantes de todas las armas: infantería, artillería, ingenieros, tanques y marinos. Finalmente deberían estar representados los distintos frentes de guerra y como el PSUC era formalmente independiente del PC, también los catalanes de manera especial. Inevitablemente los seleccionadores se inclinaron hacia los que conocían personalmente y eliminaron a los que alguna vez se les habían enfrentado. Todo esto complicado por la lucha interna que afloraba dentro de la dirección, de tal modo que si alguien de un bando proponía a un candidato, los otros trataban de rechazarlo. El resultado fue que se olvidó un aspecto de la mayor importancia: la calidad del seleccionado para que pudiera asimilar las enseñanzas.

Fueron dados de lado magníficos oficiales jóvenes, como Fábregas del Estado Mayor del Ejército del Ebro y Luis Gullón, del XV Cuerpo. Líster, presente en Moscú durante la selección, se había batido por su gente y bastantes del V Cuerpo fueron seleccionados. Del XV me encontré con Pedro Mateo Merino, Beltrán y Ortiz, este último impuesto por Modesto. No esperaba tampoco encontrarme con El Campesino, separado del mando desde la batalla del Ebro, pero pesó su fama y la imposición de los rusos.

Ya asistía yo a las clases de la Academia cuando llegó a Moscú Santiago Carrillo con su esposa e hija. A pesar de su pasaporte diplomático su viaje había resultado más largo que el mío y no ocultó su extrañeza de encontrarme, pues me suponía en Francia o en Chile.

Transmití a Carrillo el encargo de Claudín para que le mandaran a su mujer y a su hija, pero lo mismo que cuando se lo pedí a Dolores me di cuenta que la petición era acogida fríamente y que nada se iba a hacer en este sentido. Cierto que las dificultades creadas por la guerra mundial hacían casi imposible el viaje. Fui con Carmen a visitar a Josefina a Planiernaya donde estudiaba en la Escuela Política y la encontramos completamente descentrada y nerviosa, afectada por la separación y falta de perspectivas.

Carmen empezó a trabajar de maestra en la escuela para niños españoles en la Pirogoskaya, cerca de la Frunze. Era la

única que había en el mismo Moscú y en ella estudiaban la hija de Dolores Ibarruri, la de Constancia de la Mora, las sobrinas de Antonio Machado y otros niños de familias conocidas. Esperanza Abascal, Julia Rodríguez Mata y Pepita Ganivet (sobrina del escritor) eran maestras en la misma escuela. A pesar de la crudeza del invierno, el peor desde la muerte de Lenin, según nos dijeron, Carmen y yo resistíamos bien el frío y todas las mañanas bien temprano nos trasladábamos en los abarrotados tranvías a nuestros lugares de trabajo. Pronto nos acostumbramos a dar codazos para abrirnos paso, a pagar mandando el dinero de mano en mano por una cadena de pasajeros apretujados, a perforar con una moneda y el aliento, la gruesa capa de hielo que cubría por dentro las ventanas, para tratar de ver la parada donde teníamos que descender, y a adivinar el momento en que teníamos que avanzar hacia la puerta de salida.

Al principio la vida no nos parecía muy difícil. Carmen comía en la escuela y yo en el comedor de la Frunze. Los desayunos y las cenas los improvisábamos. Pronto advertimos que mis 1,800 rublos y los seiscientos que ganaba Carmen se evaporaban demasiado de prisa. Empezamos a preguntarnos cómo se arreglaban los rusos. El comedor de la Academia tenía un menú variado, pero los precios no estaban al alcance de los sueldos de los oficiales rusos que pedían siempre lo más sencillo y barato. Decidimos imitarlos y disminuir nuestras compras en el almacén de la Academia, único lugar que podía tentarnos, ya que unas pocas semanas de guerra con Finlandia habían sido suficientes para vaciar por completo las tiendas públicas.

Todos los días al llegar a la Academia me paraba ante un enorme mapa de operaciones que había en el vestíbulo. La cuña que señalaba el avance del Ejército Rojo cada día se incrustaba más en el centro de Finlandia en dirección al Golfo de Botnia. La prensa rusa no daba un solo detalle de las maniobras, pero se esperaba que de un momento a otro las vanguardias soviéticas llegarían a Oulu y al mar envolviendo por el norte las fortificaciones de la línea Mannerheim. La guerra parecía ganada, pero de repente desapareció el mapa y corrieron rumores de que fuerzas de esquiadores finlandeses, atacando por los flancos habían aniquilado a las fuerzas que penetraban. Fue ésta la derrota de

Suomussalmi, que no dejó a los rusos otra alternativa que el duro y sangriento ataque frontal a la muralla de cemento del istmo de Carelia. Resultaba inconcebible que todo el poderío soviético se estrellara contra la voluntad de resistencia de un país pequeño. En aquel momento la URSS tenía 190 millones de habitantes y Finlandia tres millones y medio.

En esta derrota ante Finlandia tenían que influir la inexperiencia y el nerviosismo de los cuadros de mando supervivientes de la represión que exterminó en pocos meses a dos terceras partes de la oficialidad del Ejército Rojo, precisamente aquellos de más experiencia y mejor historial. De los cinco mariscales nombrados en 1935, sólo quedaban vivos y en funciones Voroshilov y Budioni, los demás: Tujashevski, Egorov y Blucher, habían sido ejecutados. Tres a dos, en número. Mil a cero en cuanto a calidad militar y humana. Y la misma proporción en todas las escalas del servicio. Pocos ejércitos podrían haber resistido una sangría de esta naturaleza sin desintegrarse por completo. El Ejército Rojo siguió en pie alimentado por la mística de la revolución y la guerra civil, entrelazada cada vez más estrechamente con las tradiciones militares de la antigua Rusia. Aparte de este problema humano el material y el equipo resultaron insuficientes. No se habían concentrado bastante artillería y aviación y las tropas no tenían buenas ropas de abrigo: los combatientes rusos morían helados ante los fortines donde los finlandeses los esperaban bien armados, y, sobre todo, bien vestidos, contra el rigor del invierno.

Como consecuencia de estas experiencias se hicieron algunas reformas. La primera fue cambiar el gorro de invierno terminado en punta, muy estético para los desfiles, pero ineficiente para el frío, por uno de piel con orejeras, copiado del que usaban los finlandeses. La segunda fue enviar al frente de batalla todos los efectivos que inexplicablemente no se habían enviado antes, quizá porque pensaban en un paseo militar. La tercera fue buscar responsables y Stern, Jefe del Ejército de Operaciones, cayó en desgracia a pesar de sus méritos como consejero en España y al mando de las tropas que rechazaron a los japoneses en el Lago Jasan en 1938. La cuarta, someter a todo el ejército en general a la juventud, a encararse con las condiciones invernales más

duras. Fue derogado un anacrónico reglamento según el cual pasados los 15° C. bajo cero se suspendían todos los ejercicios tácticos en el campo y las tropas se quedaban en los cuarteles junto a las estufas. Estaba tan arraigada esta costumbre que un día que varios españoles del curso decidimos ir a esquiar al parque Sokolniki, no nos querían alquilar los esquíes porque el termómetro marcaba —27°C. Pero llegó la nueva consigna y masas de deportistas, más o menos voluntarios, invadieron todos los campos apropiados sin mirar el termómetro.

Yo había llegado con bastante retraso a la Academia y tenía que recobrar el tiempo perdido. El sistema de estudios se basaba en una serie de conferencias a cargo de especialistas que los intérpretes traducían íntegramente. Luego venían los ejercicios tácticos sobre el plano, que al principio se hacían cómodamente reunidos en las clases, pero cuando llegaron las nuevas y severas órdenes de instrucción militar, comenzamos a hacerlos sobre el terreno por los alrededores de Moscú y pasábamos un frío espantoso. Malinovski era muy exigente con nuestro grupo en general y conmigo en particular, sobre todo cuando empecé a ponerme testarudo y llevarle la contraria en la elección de la dirección principal del ataque o de la defensa, alrededor de lo cual giraban todos los ejercicios. Cuando más tarde fui yo profesor de la Academia, comprendí la justa indignación de Malinovski ante mi resistencia a dejarme llevar por la pauta establecida.

El programa del curso empezaba a escala de batallón (marcha, ofensiva y defensiva), que mis compañeros habían terminado ya cuando me incorporé. Me puse a estudiar intensamente para ponerme al corriente. Lo hacía con gusto porque me interesaban todas las materias. Le dediqué mucho tiempo al idioma ruso. La materia más fácil era la de Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS. La más interesante resultaba la de Historia del Arte Militar. Las conferencias muy documentadas, daban una visión clara, aunque esquemática, de las reacciones de los grandes generales en las más diversas situaciones. Lo que claramente resultaba exagerado era el papel de Stalin en la guerra civil. Los adjetivos acumulados no impedían que recordara mis primeras lecturas sobre la guerra y la revolución rusa, narraciones originales en las que el nombre de Stalin ni aparecía. La nueva versión

de los acontecimientos podía justificarse por conveniencias políticas, pero era difícil que el mundo olvidara que el organizador del Ejército Rojo había sido León Trotzki, ahora acusado de haber saboteado los geniales planes militares de Stalin.

Por desgracia, el ambiente de nuestro curso no era el más apropiado para el estudio: había demasiadas intrigas, reflejo de la situación general de los emigrados y dentro del Partido. A pesar de que llevaba varios años ligado a la acción política creía que bastaba que una persona tuviera ideales puros para que se comportara éticamente. Me habían rozado maniobras más o menos tortuosas, como las que me habían apartado de las juventudes comunistas en 1934 o las de Santiago Carrillo para afirmar su control en la JSU en 1936. También habían llegado a mí ecos de las disputas dentro de la dirección del Partido en diferentes épocas; pero siempre las había considerado hechos aislados que no debían cambiar mi criterio. Pero ahora me encontraba sumergido de lleno y sin escape, en la lucha de camarillas para ir trepando en la jerarquía del poder absoluto. A la cabeza de estas intrigas aparecían los más ambiciosos, dispuestos a todo para comprometer o hundir a sus posibles competidores. Bien sé que esto no es privativo de los comunistas: en mayor o menor grado se produce en todas las sociedades humanas, especialmente en las políticas; pero se acentúa en los regímenes totalitarios, cuando no existe la lucha abierta y todo se hace en las sombras. Recuerdo que aquellos días cayó en mis manos el libro de Larreta "La Gloria de Don Ramiro" y me asombró el parecido de las emociones de su personaje en la corte de Felipe II y mucho de lo que observaba a mi alrededor.

En condiciones normales, aun viviendo en un régimen absolutista el hombre puede encontrar un lugar donde proteger su dignidad, ocupar un lugar por méritos profesionales y quedarse al margen de marejadas ocultas. En cualquier guerra, incluso en las condiciones más difíciles surgen nuevos generales. En cualquier sociedad, aun en la más ingrata, un inventor, un artista o un técnico, puede terminar imponiendo su calidad y hasta en las luchas del hampa, son los buenos pistoleros los que quedan vivos y adquieren prestigio. Entre nosotros, en los colectivos españoles, no privaban estas leyes. De nada le servía a un obrero matarse

trabajando "en servicio del Estado Soviético", si antes se había enfrentado con su responsable. El partido pedía que se aprovecharan los cursos militares y políticos, pero si alguien sacaba demasiado buenas calificaciones se le advertía que lo más importante era la fidelidad a la organización, y mucho cuidado con el "afán de destacar". Esta subversión de valores mataba todo estímulo y creaba muchos inadaptados.

En España el dirigente comunista era más bien un servidor del Partido y fuera de dos o tres de reconocida inteligencia y experiencia, los demás eran gente mediocre, funcionarios a sueldo casi siempre por causas económicas. En Rusia, nos encontramos con un sistema que imponía la infalibilidad del jefe en todos los escalones, y dadas las condiciones de vida en colectivos, con autoridad para decidir hasta en los más pequeños e íntimos detalles de la vida de todos. Aquello parecía más bien una orden monástica de la más estricta de las religiones sólo soportable con una fe monolítica u ocupando un puesto de mando. En principio me resistía a considerar estas cosas y quería creer que era algo pasajero producto de la emigración y de la derrota, pero desgraciadamente resultó algo que respondía a la situación y al sistema ruso.

Nuestra situación se agravaba por el hecho de que la más alta jerarquía estuviera sin cabeza efectiva. Oficialmente José Díaz seguía siendo el Secretario General, pero su aspecto era poco tranquilizador. Dolores Ibarruri había perdido su sonrisa y aparecía siempre seria y preocupada. Jesús Hernández pasó varios meses aislado en Suecia, con Juan Comorera, interrumpido su viaje a América por la guerra. Enrique Castro, que trabajaba como secretario de José Díaz, estaba ya suficientemente desilusionado como para que hiciera algo positivo. Como consecuencia nadie ejercía un mando efectivo y cada vez nos íbamos acercando más a algo que recordaba los Reinos de Taifas de la España musulmana.

Quizá fuera significativo que una campaña contra los "intelectuales" coincidiera con mi llegada a la Academia Frunze, aunque, en el fondo en esta denominación entraban todos los que por preparación o capacidad, podían seguir el curso satisfactoriamente. De todo el grupo yo era el único con un título universitario, Pe-

dro Mateo Merino y Artemio Precioso eran estudiantes, y luego venían varios antiguos empleados, técnicos y obreros calificados, que ofrecían un fuerte contraste con el grupo de semianalfabetos casi podría decirse "por vocación", que obtenían muy bajas calificaciones. Modesto y Líster, gente de experiencia y ex-alumnos de la Escuela Leninista de Moscú con un poco de esfuerzo y trabajo personal podían haber seguido los estudios aceptablemente, pero fue más cómodo para ellos ponerse, demagógicamente a la cabeza de los retrasados. En Modesto, que seguía tan aislado somo siempre influía su tradicional desconfianza, y en Líster el deseo de defender a los que habían llegado allí gracias a su recomendación y sus gestiones, y que lo seguían considerando "el jefe".

La rivalidad entre Modesto y Líster también nos trajo problemas. Para que fuera evidente su autoridad empezó Modesto castigando a dos de nuestros compañeros, uno de ellos Mateo Merino que, soltero y sin obligaciones, se había dedicado a "vivir la vida soviética", según sus propias palabras; el otro era Carrión, un catalán casado con una holandesa de las Brigadas Internacionales, de la que se decía que era espía. En el caso de Merino, resultaba cómico ver a Modesto convertido en puritano y en cuanto a la mujer de Carrión si realmente era sospechosa lo más sensato hubiera sido pasar el asunto a la Internacional Comunista, porque bien pudiera resultar su agente, pero en este caso los tiros iban contra Soliva el más destacado de los catalanes y el número uno del curso, y al que querían ver defender a Carrión, como seguramente esperaban que yo lo hiciera con Merino, siempre bajo la idea de grupos y camarillas.

Aunque encontré en el curso antiguos amigos, y entablé relaciones cordiales con otros que antes no conocía, me sentía rodeado de desconfianza. Por mucho que quisiera evitarlo yo era el número non y todo el mundo esperaba que hicieran inclinar la balanza por Líster o por Modesto, cosa que yo no estaba dispuesto a hacer. Creía inocentemente que la jefatura hay que ganarla por méritos no por intrigas, sin darme cuenta, entonces, que esto me colocaba en evidencia pues podía interpretarse como que me colocaba en terna. En aquel ambiente nadie creía en las buenas intenciones de nadie y el hecho de que yo me dedicara a cumplir con mis

obligaciones sin enfrentarme con nadie no me sirvió de nada y, como alguno de mis compañeros me reconoció más tarde, todos se andaban preguntando qué juego me traería entre manos.

Las medidas tomadas en el frente de Finlandia, después de durísimas batallas dieron por fin resultado y a principios de marzo los finlandeses, en el límite de su resistencia pidieron la paz. El día 13 se suspendieron las hostilidades. Antes, en el mes de febrero, hubo un momento difícil cuando ante la posibilidad del envío de un cuerpo expedicionario anglo-francés en ayuda de Finlandia, en un editorial del Pravda se insinuó una alianza militar entre Alemania y Rusia. Al firmarse la paz, la URSS se quedó con el istmo de Carelia, el puerto de Viborg, las orillas norte y oeste del Lago Ladoga, el puerto de Pechanga (Petsamo) al norte en el mar de Barents, y un arrendamiento por 30 años de la base naval de Hankö en la entrada del Golfo de Finlandia.

Se disolvió el gobierno "en el exilio" de la República Popular de Finlandia, que los rusos habían organizado para el caso de ocupación total, bajo la presidencia de un viejo dirigente de la Komintern, Kuusinen, que luego pasó a ser presidente del Soviet Supremo de la nueva república Carelo-Finlandesa, el miembro número XII de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Además se impuso la liberación del comunista Antikainen que llevaba veinte años en la cárcel de su país, por haber ayudado al Ejército Rojo cuando Finlandia consiguió su independencia.

Los alemanes que llevaban varios meses preparándose consideraron que era el momento de comenzar, y en la noche del 8 al 9 de abril invadieron Dinamarca y Noruega. Dinamarca capituló inmediatamente, pero Noruega ayudada por Francia e Inglaterra trató de resistir. La prensa rusa publicaba los partes de guerra de los beligerantes sin grandes comentarios, pero por lo que se podía apreciar en los medios dirigentes de la Academia y de la Komintern, preocupaba la amplitud de los planes de Hitler sobre Europa; pero aún se confiaba que en Francia se daría la gran batalla, lo que desgastaría a los dos adversarios.

En el Ejército Rojo la doctrina militar germánica estaba rodeada de gran prestigio. Técnicos alemanes habían colaborado después de la guerra civil, en la organización del Ejército Rojo y habían influido notablemente en la preparación de los cuadros

de mando y de los Estados Mayores, por cual, aun sin proponérselo, se observaba con simpatía los éxitos militares de los alemanes y se menospreciaba la capacidad anglo-francesa. En cambio, a pesar de las fallas reveladas en la guerra de Finlandia, la propaganda interior remachaba la idea de que las tropas soviéticas eran invencibles y que nada había que temer.

Llegó de nuevo el primero de mayo y todos los de la Frunze recibimos invitaciones para presenciar la parada militar desde la Plaza Roja. Debiéramos haber desfilado con el resto de los alumnos, pero no fuimos capaces de aprendernos el paso de parada, demasiado parecido al "paso de ganso" alemán tan desacreditado entre nosotros. El jefe de la Academia, Komandarm Jozin, cuando nos vio marchar en los entrenamientos dijo que parecíamos bailarines, y prescindió de nosotros. Esta vez observamos la parada con ojos más expertos. Pasaron en primer lugar los oficiales del Comisariado de la Defensa. Luego las Academias militares, con la Frunze a la cabeza. Después la guarnición de Moscú. Nos impresionó la artillería que había destrozado la Línea Mannerheim, pero los tanques y los aviones eran los ya anticuados que conocíamos de España. Nos consolamos pensando que los nuevos modelos no los enseñaban por razones de secreto militar.

Por aquellos días y como consecuencia indirecta de la invasión de Noruega, llegaron de regreso a Moscú Jesús Hernández y Comorera. El segundo marchó pronto a América, por otro camino, después de inyectar una buena dosis de independencia a los catalanes de nuestro grupo, lo que no contribuyó a aliviar las tensiones internas. Jesús Hernández fue nombrado representante del PCE en la Komintern, donde fue recibido con todos los honores y todo parecía indicar que era el elegido por las más altas jerarquías para hacerse cargo de la vacilante dirección de nuestro partido.

El 10 de mayo empezó la gran batalla de Occidente, y pronto nos dimos cuenta que se avecinaba una catástrofe para los aliados. La prensa rusa, sobre todo "Estrella Roja", órgano del Ejército, al que yo estaba suscrito, publicaba muchos detalles de las operaciones y de los esfuerzos del gobierno inglés, desde el 10 de mayo bajo la presidencia de Churchill, para levantar el es-

píritu combativo y ofrecer resistencia a los alemanes. Pero ya todo parecía inútil. El 14 de junio, los alemanes entraron en París, declarada ciudad abierta, sin la menor resistencia. Ese mismo día el gobierno francés, instalado ya en Burdeos, decidió rendirse a los alemanes, rechazando la oferta de Churchill de unir Francia y Gran Bretaña en un estado común que continuara la guerra contra Hitler. El 22 de junio en el mismo bosque de Compiègne y en el mismo vagón en el que en 1918 el mariscal Foch había presentado a Alemania las condiciones que daban fin a la Primera Guerra Mundial, los delegados del general Petain firmaron el acta de capitulación, en presencia del propio Hitler.

CAPITULO IX

LOS AÑOS DIFICILES

Entre nosotros causó una gran sensación e inquietud la victoria de los alemanes. ¿Qué sería de nuestros compañeros refugiados en Francia ahora a merced de la Gestapo? Nos resultaba difícil comprender la "no intervención" de los comunistas franceses en la "guerra entre dos imperialismos", y aunque yo trataba de conservarme ortodoxo, pensaba en mi interior que de haber continuado en Francia no hubiera vacilado en unirme a cualquiera que luchara contra los nazis. André Marty, no podía ocultar estas mismas ideas, se le veía avergonzado y hablando con nosotros llegaba a inventar manifiestos de los comunistas franceses declarando la guerra a muerte a las tropas hitlerianas invasoras. Desgraciadamente estas noticias nunca se confirmaban.

Con vistas a un enfrentamiento con la cada vez más poderosa Alemania, la URSS siguió avanzando sus líneas. El 28 de junio Rumania se doblegó al ultimátum y entregó a las tropas rusas Besarabia y una parte de Bukovina. Estos territorios, junto con otros fronterizos pasaron a formar la nueva República Socialista Soviética de Moldavia, la número XIII de la URSS, y Timoshenko recibió grandes elogios como organizador del avance de las fuerzas del Ejército Rojo que realizaron la ocupación, sin disparar un solo tiro, desde luego. Rumania fue obligada además a dejar salir a varios destacados comunistas que tenía en prisión, entre ellos Ana Pauker, que se incorporó a su cargo en la Komintern.

Había llegado para los alumnos de la Academia Frunze, el período de prácticas. Los oficiales rusos fueron enviados a cam-

pamentos situados cerca de la frontera con Alemania, pero los españoles, por razones de seguridad, fuimos a Zlatoust, en los Urales. El viaje desde Moscú duró dos días, que disfrutamos viendo por primera vez lugares evocadores: el ancho Volga, Ufa capital de la República de Bashkiria y los extensos campos del corazón de Rusia: primero grandes bosques alternados con zonas de cultivo, después grandes llanuras y a medida que nos acercábamos a Asia, sólo montañas cubiertas de árboles, con algunos pequeños claros. El paisaje imponente, pero los pueblos cada vez nos parecían más pobres.

Nos alojaron en una gran casa de madera en las afueras de Zlatoust, ciudad de unos cien mil habitantes, la segunda en importancia de la región de Chelyabinsk y centro metalúrgico desde el siglo XVIII. Nuestro alojamiento era sencillo y cuartelario: un dormitorio para cada grupo, pequeñas habitaciones para los profesores, las clases y un comedor. Procuraron instalarnos bien, hasta colocaron planchas de madera para convertir las letrinas colectivas en retretes individuales. Nos sorprendió que en una ciudad de aquel tamaño no hubiera todavía drenaje. Nos sometieron a un intenso entrenamiento en los campos de los alrededores. Muchas veces pasamos ante el mojón de piedra que señalaba el límite entre Europa y Asia. En los bosques nos asaltaban nubes de mosquitos y teníamos que fumar "majorka" para espantarlos: pero en los descansos nos hartábamos de frambuesas silvestres que crecían en los matorrales. Regresábamos agotados y quemados por el sol; pero como la alimentación era sana y abundante, todos mejoramos de peso y de salud.

Lejos de Moscú había entre nosotros más camaradería y menos problemas. Mientras íbamos horas y horas dando tumbos por las infames carreteras de la región, en lugar de maldecir, bromeábamos y nos reíamos de cualquier cosa: parecíamos niños en vacaciones lejos del terror del internado. La ciudad me recordaba la Rusia que conocía por la literatura de los tiempos zaristas. La madera era el principal y casi exclusivo material de construcción. Los escasos comercios estatales no ofrecían nada en venta. Comprobamos lo que ya nos habían dicho, que fuera de Moscú, Leningrado y alguna otra ciudad importante, la actividad comercial apenas existía, fuera del trueque de una mercancía por otra.

Oficialmente no existía racionamiento, pero los escasos bienes de consumo apenas bastaban para surtir a las capas privilegiadas de la población.

Por primera vez fuimos a los baños típicamente rusos. A la entrada recibíamos el balde para el agua y las ramas para golpearnos el cuerpo. Era toda una ceremonia que procurábamos imitar de los clientes habituales, que por cierto no nos prestaban ninguna atención. Raramente subíamos los escalones de la cámara de vapor, porque no resistíamos, de cualquier modo hacía bastante calor abajo, y después de arrojarnos por encima varios cubos de agua caliente y fría, con todos los poros de la piel absolutamente limpios, gracias a los golpecitos de las ramas, nos invadía una sensación de frescura y estábamos listos para otra agotadora jornada por los polvorientos caminos.

A pesar de que diariamente oíamos Radio Moscú y los periódicos llegaban desde la capital, las noticias parecían amortiguadas por la distancia y el tipo de vida que llevábamos. Los pocos ratos libres los aprovechábamos para descansar y parecía que Francia, derrotada, e Inglaterra dispuesta a resistir, estuvieran en otro continente.

A primero de agosto habían terminado los trámites legales que incorporaban definitivamente a la URSS las nuevas repúblicas formadas a costa de Rumania y de los países bálticos. Para mi mentalidad idealista el hecho resultaba un poco fuerte; pero recuerdo me impresionaron unas declaraciones de Churchill, reproducidas por "Pravda", defendiendo la invasión soviética de Estonia, Letonia y Lituania, porque representaban un reforzamiento considerable de la posición estratégica de Rusia en un eventual conflicto con Alemania. También afirmaba que las alianzas de la Segunda Guerra Mundial podían cambiar y al final los rusos unirse a los occidentales. A los alemanes no les debió agradar mucho que los rusos publicaran estos comentarios, pero formaba parte del doble juego de Hitler y de Stalin mientras estuvo en vigor el pacto germano-soviético.

Estando yo en Zlatoust llegaron mis suegros a Moscú, después de una larga lucha para que la policía les diera permiso de residencia. Las gestiones duraron varios meses y tuvo que inter-

venir la Komintern y hasta la Academia Frunze. El motivo era una orden muy estricta para que no se admitiera en Moscú ni una persona más, porque la vida era tan difícil en las provincias que la afluencia a la capital era constante.

Seguían llegando de España noticias a través de México. Mi madre y mi hermana eran muy cuidadosas y no escribían nada que pudiera resultar sospechoso a la censura española, pero siempre había alusiones a "enfermos graves" o de otros que "mejoraban" o "empeoraban" en su dolencia. De este modo supe la suerte de no pocos compañeros de la guerra y de la Universidad. Mi hermana tuvo suerte, fue puesta en libertad después de pasar diez meses en la cárcel en la época de mayor peligro, cuando cada día nuevos acusados eran condenados a muerte y cada noche se oían desde las celdas, las descargas de los pelotones de fusilamiento. Había entonces en España, tantos miles de personas sujetas a procedimiento judicial, y tan enormes montañas de expedientes, que algunas veces no tenían posibilidad material de completarlos y algunos afortunados, como mi hermana, eran liberados para dejar sitio a nuevos detenidos.

Aunque vivíamos bastante aislados en los Urales, aquel verano nos dimos cuenta que empezaban una serie de reformas para preparar al país para la guerra. El nuevo comisario de Defensa, Timoshenko ya mariscal y héroe de la Unión Soviética, parecía dispuesto a remover el Ejército de arriba a abajo. Lo primero que hizo fue exigir el saludo militar a todos los superiores, antes sólo obligatorio en actos de servicio. Suprimió los comisarios políticos, sustituyéndolos por "suplentes del jefe para el trabajo político", implantando de hecho el mando único. Abolió un artículo del reglamento, del tiempo de la revolución y la guerra civil, que permitía no cumplir órdenes que se consideraran equivocadas, y lo sustituyó por otro que establecía obediencia a rajatabla. Vientos nuevos corrían por el Ejército Rojo.

Por entonces tuvo lugar en México el asesinato de Trotzki. La prensa rusa le dedicó cuatro líneas diciendo que lo había matado con un hacha, un colaborador. Lo creímos al pie de la letra.

Nos examinamos de táctica y algunas materias en Zlatoust y volvimos a Moscú a finales del verano a rendir otros exámenes y dar por terminado el primer año de estudios. Bastantes compa-

ñeros recibieron calificaciones muy bajas y en tres casos el resultado fue prácticamente nulo. Uno de ellos era "El Campesino", al que yo había intentado ayudar porque no estaba de acuerdo con el ambiente creado en su contra. Cierto que no estaba muy capacitado para seguir estudios superiores pero no era el único, y mientras fuera nuestro condiscípulo había que tratarlo como tal. Con el tiempo "El Campesino" demostró que en la guerra no había destacado por casualidad y que era capaz de hazañas que ninguno de sus críticos hubiera intentado jamás. Se planeó la expulsión de los más atrasados y con este motivo la tensión volvió a subir entre nosotros. Modesto intentó aprovechar la ocasión para eliminar a Merino y Carrión que a sus "delitos", habían añadido uno: defenderse cuando los atacaban. Líster no estaba interesado en esta maniobra y se mantuvo al margen. Hubo reuniones con Jesús Hernández y Francisco Antón, recién llegado a Moscú a través de Alemania con la ayuda de los consulados soviéticos. Después de muchas discusiones Modesto perdió la batalla y Merino y Carrión siguieron en el curso, con lo que terminó la autoridad omnipotente de Modesto que desde entonces tuvo que contar con Líster, empezando entre nosotros un anticipo de lo que con el tiempo se llamaría "dirección colectiva".

De los tres suspendidos se permitió seguir a uno llamado Feijóo pero El Campesino y otro dejaron los estudios. Terminado el enojoso asunto vino a hablarnos Jesús Hernández, cuya influencia moderadora se dejaba sentir; pero hubo algo en su discurso, seguramente concesión a la doctrina reinante, que no gustó a muchos de nosotros. Dijo que el Partido necesitaba gente bien preparada, pero que había gente poco capaz para estudiar y que sin embargo eran "oro" para el Partido. Desde entonces entre nosotros la expresión "de oro" pasó a ser sinónimo de poco inteligente.

Francisco Antón recibió la misión de controlar a los grupos militares y nos visitaba con frecuencia. Líster y Modesto lo recibían con marcada frialdad sin disimular su antipatía, lo que era indicio de los problemas entre las altas jerarquías. La mayor preocupación no la constituíamos nosotros, ni los alumnos de la Escuela Política sino los centenares de españoles distribuidos por las fábricas, en difícil situación, agravada por las restricciones

impuestas por la guerra de Finlandia y la preparación de la que se avecinaba. Enrique Castro y Jesús Hernández, encargados de visitar los colectivos de los trabajadores se encontraban a veces cuadros desgarradores. Los jornales eran bajísimos y, pasados los primeros meses, los sindicatos soviéticos consideraron que no había que proteger a los españoles que quedaron expuestos a todas las rivalidades que el trabajo a destajo, bajo la nominación de "stajanovismo", creaba en las fábricas. A pesar de la insistencia de Jesús Hernández, no conseguían que las autoridades soviéticas se interesaran por el problema, quizá convencidos de que peor vivían los obreros rusos y no protestaban. Se acordó fijar una cuota mensual que pagábamos los que vivíamos aceptablemente en Moscú para ayudar a los menos favorecidos, pero ese dinero representaba muy poco para el volumen de las necesidades, y la autorización para hacer esa colecta tuvo que conseguirse del propio Comité Central del Partido Comunista de la URSS, como algo que rompía las normas de las emigraciones comunistas en Rusia.

En las escuelas de niños españoles repercutían también las dificultades generales que empeoraban el abastecimiento; pero el problema principal seguía siendo psicológico. Arrancados de sus hogares a causa de la guerra, la mayoría de los niños y de los jóvenes, se resistían más o menos conscientemente a ser educados por extraños y levantaban una barrera mental que a menudo ni siquiera los maestros españoles podían atravesar. Yo iba con mucha frecuencia a la escuela de Piragoskaya, donde trabajaba Carmen, y trataba de ayudarlos en lo que podía incluso preparando sus exámenes, pero era muy difícil ganar su confianza.

En otoño los almacenes de Moscú presentaron un espectáculo inusitado. Aparecieron a la venta muchos artículos de consumo popular confiscados en los países bálticos: pasta y cepillos de dientes, peines, jabón de tocador, alguna ropa, comestibles, aparatos de radio, etc... Como ya teníamos la mentalidad rusa de comprar cuanto se viera, hiciera o no falta, almacenamos lo que pudimos previendo que se agotaría pronto, lo que no tardó en suceder. No conseguí hojas de afeitar: las rusas además de ser muy escasas, no cortaban, arrancaban la barba. Claro que en este aspecto yo era un privilegiado de la fortuna al que todos envidiaban, gracias a veinte hojas Gillette y una máquina de afilar.

Allegro, que por fortuna se me ocurrió comprar en Estocolmo de vuelta a Rusia y que iban a batir todas las marcas de duración.

De vuelta en Moscú, volvimos a sentir curiosidad por la marcha de los acontecimientos, que se iban acercando a nosotros a través de los Balcanes. En una conferencia que dio Manuilski para los alumnos españoles de las Escuelas militares y políticas, sobre la intervención de Alemania en Hungría, Rumania y Bulgaria, nos dijo que la guerra era inevitable porque Rusia consideraba los Balcanes su zona central de influencia. Oímos sus razonamientos con marcada sorpresa, no porque no nos parecieran lógicos, sino porque por primera vez no nos hablaban de los intereses del socialismo; sino de la estrategia de las grandes potencias, reivindicando para la URSS las zonas de influencia heredadas de la Rusia de los zares.

Otro día, nos habló André Marty con gran entusiasmo de la resistencia de la Gran Bretaña a los bombardeos de los alemanes. Elogió también a De Gaulle y al movimiento de los franceses libres, y una vez más sacamos la impresión de que las ataduras del pacto germano-soviético lo tenían francamente disgustado. Este sistema de conferencias especiales suplían la falta de información de la prensa. Los que empezábamos a dominar el ruso no nos perdíamos ninguna de las que organizaba la Academia para tener informados a los jefes y oficiales que inevitablemente terminarían enfrentándose al ejército alemán. Gracias a esto seguíamos con todo detalle la marcha de las operaciones en todos los frentes.

El ambiente era de tensión y la gente más enterada estaba segura que la tregua del pacto germano-soviético estaba llegando a su fin. Seguían apareciendo reformas en los reglamentos. Se restablecieron los grados de general mayor, general teniente y general coronel. Esto dio motivo a una revisión de expedientes de todos los jefes de brigada, división y ejército, después de lo cual unos eran ascendidos y otros descendidos y no faltaban los que, como anacronismo quedaban con sus antiguas insignias, como le ocurrió al jefe de nuestro curso, Kombrig Polev. En cambio, Malinovski y Swierczewski recibieron inmediatamente el grado de general mayor. Se introdujo también el grado teniente coronel y volvieron a existir cabos, sargentos y suboficiales. Los soldados volvieron a llamarse así en lugar de "krasnoarmeyets" (comba-

tiente rojo). Estos cambios aparentemente formales eran muy profundos en el aspecto psicológico, y en muchos casos tropezaban con resistencia. Todos los días el jefe de la Academia se colocaba a la puerta y arrestaba a los alumnos que no lo saludaban y siempre había más de uno que tenía que ser castigado.

Se aseguraba que estaban en fabricación nuevos modelos de tanques y aviones y se observaban las experiencias alemanas para sacar conclusiones. Los consejeros rusos en la guerra de España, después de los descalabros de Seseña y Fuentes de Ebro, eran partidarios de que los tanques estuvieran agregados a las unidades de infantería; pero la conquista de Polonia y Francia por columnas blindadas alemanas les hizo cambiar de opinión y los tanques comenzaron a agruparse en unidades independientes. De todas formas en la doctrina militar soviética, la artillería seguía siendo el principal apoyo de las tropas.

También cambió la legislación de trabajo. La semana vigente de cinco días de trabajo y uno de descanso se cambió por la semana tradicional: otra vez hubo domingos. Se alargó la semana de trabajo de siete a ocho horas y se prohibió cambiar de ocupación. Obreros y empleados tenían que continuar en sus puestos mientras las autoridades no los necesitaran en otro trabajo y se consideró delito faltar e incluso llegar tarde, siendo el culpable entregado a los tribunales de justicia que podían incluso imponer penas de cárcel. Era una militarización total de la población civil, antes de que empezara la guerra.

Sin duda para dar al régimen un carácter más nacional sin romper abiertamente con la tradición de la revolución bolchevique, empezamos a apreciar ciertas novedades que se podían calificar como ideológicas. La lista de los héroes tradicionales rusos, como Alejandro Nevski, Iván el Terrible y Pedro el Grande, se amplió con todos los generales zaristas aprovechables. Suvorov, Usakov y Kutusov se idealizaron hasta lo inconcebible. Del primero se ocultaba su lucha contra los patriotas polacos sublevados en Varsovia y se disimulaba que su campaña del norte de Italia contra las tropas revolucionarias francesas, favorecía a las monarquías absolutas europeas. Usakov era a menudo comparado con Nelson y tampoco se mencionaba que su pequeña escuadra en el Mediterráneo había contribuido a aplastar la llama revolucionaria en

Nápoles y Grecia. A Kutusov, vencedor de Napoleón en 1812 lo presentaban como un verdadero genio militar lleno de inteligencia y tenacidad, cuando históricamente la única virtud que se le reconocía era la prudencia, que aliada al frío invierno terminó salvando a Rusia de los franceses. Quizás el mérito correspondió al zar Alejandro I que en aquellos momentos críticos prescindió de sus impulsivos y valerosos generales y puso a la cabeza de las tropas al más capaz para seguir la ineludible estrategia de la retirada. Conseguí leer una obra de Tarlé, el más famoso historiador soviético, en la que tachaba a Kutusov poco menos que de idiota, antes de que desapareciera de las bibliotecas y fuera sustituida por una nueva edición depurada y adaptada al nuevo criterio oficial.

Diariamente aparecían en la prensa recordatorios de episodios de la historia militar de la Rusia zarista para dar ejemplo de heroísmo y espíritu de sacrificio: relatos de la defensa de Sebastopol, durante la guerra de Crimea, dirigida por el almirante Najimov y el general Kornilov o del sitio de Port-Arthur en el Extremo Oriente durante la guerra ruso-japonesa, o la gran ofensiva del general Brusilov, durante la Primera Guerra Mundial contra los alemanes y austrohúngaros. Claro que al mismo tiempo se seguían ensalzando las batallas de la guerra civil, pero siempre era Stalin la figura decisiva en todos los frentes y en todas las situaciones. Los nombres de todos los otros jefes conocidos y destacados habían desaparecido de los libros y hasta de los museos y nadie se atrevía a nombrarlos. Solamente los muertos prematuramente como Chapaiev y Frunze eran utilizados por la propaganda lo que para nosotros era contraproducente porque naturalmente indagábamos, hasta enterarnos de que habían desaparecido todos en los procesos de Moscú, la mayoría fusilados. Me enteré que uno de los desaparecidos era el personaje que tomó Serafimovich como modelo para "El Torrente de Hierro", novela que tanto me impresionó en mi juventud. Resultaba muy difícil glorificar a los supervivientes: Budionni, porque era demasiado conocida su falta de inteligencia que ninguna Academia Militar había podido cultivar y Vorochilov, porque sus fracasos en Finlandia estaban demasiado recientes.

Este fervor nacionalista de la historia militar encajaba dentro de las tendencias que veníamos apreciando en otros aspectos de la vida en la URSS. No pasaba día sin que nos enteraran de algún invento que se atribuían. La telegrafía sin hilos se debió a Popov y no a Marconi. La lámpara eléctrica de filamento incandescente a Lodyguin y no a Edison, etc... Y siempre bajo la misma historia: el gran sabio de gran talento que no podía desarrollar sus ideas por la incomprensión zarista, lo que daba lugar a que se hicieran famosos otros. Había entre nosotros gente dispuesta a creerse todo, y lo suficientemente inculta para dejarse sorprender, pero en general, estas campañas eran acogidas por los comunistas no rusos con bastante escepticismo, y no resistíamos la tentación de reirnos de tantas presunciones cuando estábamos entre gentes de toda confianza, que esperábamos fueran discretos, aunque a veces nos equivocábamos. En general, nos adaptamos muy pronto al ambiente y procedíamos como los rusos: hablábamos con distinto grado de franqueza según quienes participaban en la conversación. Sabíamos que había amigos que nunca nos traicionarían, personas serviles dispuestas a denunciar a cualquiera y otras que eludíamos por tenerlas calificadas como agentes de la NKVD. Pero hay que hacer constar que criticábamos con cierto desahogo y que el terror todavía no había calado entre nosotros.

Mi cuñado Antonio Parga estudiaba en la Universidad y vivía en una residencia de estudiantes. Estaba delgadísimo y ya ni recordaba al joven deportista que corría por las canchas de Planiernaya. Se hizo novio de una compañera, Natasha Grigorievna, una muchacha muy inteligente con grandes ojos escondidos detrás de unos lentes, como si no quisieran llamar la atención en un ambiente hostil. Desde el primer momento se ganó nuestra simpatía peno notamos que se resistía a visitarnos. La historia de esta muchacha nos puso en contacto, rudamente, con la tragedia de la vida rusa. Había nacido en Siberia, donde sus padres estudiantes revolucionarios habían sido deportados en tiempos del zar. Después de la revolución se instalaron en Moscú y su padre ocupó diferentes cargos cerca del gobierno. En la época de las purgas de Stalin era secretario de Yaroslavski, viejo bolchevique autor de una historia del Partido y de una biografía de Stalin. Un día Yaroslavski fue detenido, pero consiguió comunicarse con Stalin

a un teléfono privado que conservaba de cuando escribía para él, y salvó su vida; pero su secretario desapareció. Natasha y su familia no fueron deportados a una región apartada de Asia, como era costumbre en esos casos, pero su hermano mayor fue expulsado de la escuela militar donde estudiaba. Su madre recurrió a la mujer de Lenin que conocía desde Siberia, tratando de salvar el porvenir de sus hijos. La Krupskaya habló con Yagoda, Comisario del Interior y éste le contestó secamente si se sentía tan segura como para interceder por alguien. El muchacho siguió expulsado y trabajaba como chofer de camión. La madre fue a trabajar a una fábrica y Natasha fue lo suficiente hábil para que no la echaran de la Universidad, pero vivía atemorizada y cuando mi cuñado le propuso matrimonio rehusó y le contó toda esta historia para disuadirlo. Cualquier muchacho ruso se hubiera echado atrás, pues no era agradable entrar en una familia de perseguidos; pero mi cuñado al fin y al cabo quijote y español, decidió tomarla bajo su protección. Se comprende que a nosotros nos preocupara esta alianza y tratamos inútilmente de disuadirlo. La guerra que se desencadenó muy pronto evitó, en cierto modo, las consecuencias que esto hubiera traído para él y quizá para nosotros.

Un día, en la biblioteca de la Academia llamaron nuestra atención unos libros sobre la guerra de España, escritos por los consejeros soviéticos, aunque sus nombres no figuraban. En uno de ellos dedicado a la batalla de Aragón y por tanto seguramente obra de Malinovski, se atacaba dura y personalmente a Líster y Modesto y en cambio se incluía un juicio muy favorable sobre mi actuación. Los criticados elevaron sus protestas a la Komintern y después de insistir mucho consiguieron que se formara una comisión encargada de recoger datos históricos "auténticos" sobre nuestra guerra. La consecuencia fue que mi situación dentro del curso se hizo más delicada y tuve que extremar los cuidados para no dar un tropiezo.

Otro motivo de rozamiento fue que antes que nadie, conseguí un teléfono. Había la opinión general que para que lo instalaran en una casa particular hacía falta una poderosa influencia que ya se había movido para conseguir uno para Modesto. A mí se me ocurrió pedirlo por mi cuenta; preparé con mucho cuidado los

documentos que demostraban mi calidad de alumno de la Academia Frunze y sucedió el milagro: mi solicitud fue atendida en unos días. Creo que nunca pude convencer a Modesto y a Líster de que no contaba con una fuerte y poderosa protección. Seguramente debido a las dificultades ya nadie lo pedía y mi solicitud, llegó en un momento oportuno.

Todo el mes de octubre participamos en los preparativos para la conmemoración del 7 de Noviembre en la Plaza Roja. Mezclados con los alumnos rusos, todos los días, durante dos horas, espoleados por los gritos de los instructores, ensayábamos el agotador paso de parada. Con los menos marciales fueron eliminados todos los españoles, menos yo y otro. Por primera vez el Ejército desfilaba con el nuevo gorro estilo finlandés y los generales con la "papaja" zarista. Nuestra Academia, que iba a la cabeza de la columna, estaba muy bien preparada. Con los tambores marcando el paso empezamos muy bien, pero al llegar cerca de la tribuna empezó a tocar una banda militar y nos desorientó, armándose un pequeño lío. Los generales que estaban al pie del Mausoleo de Lenin nos lanzaron los mayores insultos lo que aumentó el desconcierto, como yo iba en el flanco derecho, no pude ver a Stalin y demás personajes; tenía invitación especial y al salir de la Plaza Roja me trasladé a la tribuna, con la esperanza de ver nuevos modelos de armas que no llegaron.

El invierno fue tan crudo como el anterior y especialmente duro para Carmen, que en una etapa muy avanzada de su embarazo, tenía que batallar en los camiones atestados para llegar a tiempo a la escuela y no ir a parar a los tribunales si se retrasaba, además de atender a todas las compras de la casa. Mis suegros por su edad era difícil que aprendieran el ruso y se adaptaran a condiciones de vida tan distintas a las de su vida anterior. Incomunicados, sus únicas distracciones quedaban reducidas al seno de la familia y los pocos españoles que nos rodeaban. Mi suegro asistía con regularidad a la tertulia de los militares profesionales en casa de Cordón, a la que iban algunos marinos, después de salir de su trabajo. Había ingresado como ingeniero en una fábrica de frenos automáticos para ferrocarriles, donde fue bastante útil y apreciado, a pesar de las deficiencias del idioma que compensaba con su experiencia y conocimientos. Trabajábamos por lo

tanto tres de la familia y reuníamos tres mil rublos, lo que en aquel tiempo era una suma fabulosa. Los sueldos los recibíamos sin impuestos, como parecía lógico, puesto que el patrón era el Estado, pero cada año, como todos los obreros y empleados del país, nos suscribíamos "voluntariamente" al empréstito estatal con un mes de sueldo, que luego nos iban descontando. A pesar de ésto, vivíamos modestamente y casi todo se nos iba en comida, porque la dieta normal y económica de los rusos: col agria y arenques, no acababa de gustarnos para todos los días.

Aquel otoño asistimos por primera vez al crematorio, acompañando el cadáver del primer emigrado español que fallecía en Moscú. Era Barneto, un comunista sevillano que murió de cáncer. La ceremonia, que luego, íbamos a presenciar muchas veces, nos impresionó mucho, sobre todo cuando al final la plataforma en que descansaba el féretro descendía mientras el órgano tocaba la Internacional.

Seguíamos pendientes de la marcha de la guerra y cada vez más convencidos de que no tardaría en llegar hasta nosotros. La estrategia de Stalin seguía siendo dilatar en lo posible el fin del pacto germano-soviético dejando su rompimiento a la iniciativa de los alemanes pero, sin abandonar el reforzamiento de las fronteras. Como indicio de que Rusia estaba presionando a Turquía para conseguir bases en los Dardanelos aparecieron en la prensa soviética trabajos "históricos" que pedían la incorporación de gran parte del territorio turco a las repúblicas soviéticas de Georgia y Armenia. Este estilo de reclamaciones era demasiado parecido a las planteadas por Alemania; pero eran todavía más asombrosas, porque en los Sudetes sí había alemanes, pero en la zona reclamada por los rusos no vivía un solo georgiano o armenio.

El primero de enero de 1941 nació mi primera hija en el Segundo Hospital Municipal de la Bolshaya Kaluzhkaya a unos pasos de nuestro domicilio. Durante varios días me tuve que limitar a mandar notas escritas a mi mujer a través de una enfermera, ya que según las normas vigentes en los abarrotados hospitales, estaban prohibidas las visitas a las parturientas. Cierto que pronto las mandaban a casa. No dejaba de preocuparme el futuro y las privaciones y problemas que amenazaban a nuestra pequeña heredera. El primero fue la inscripción en el Registro

Civil: no hubo manera de que pudiera llevar su verdadero apellido y tuve que inscribirla como Carmen Mijailovna Tarasova, de acuerdo con el único documento que yo tenía. De todos modos, la recibimos con gran alegría. Para mi suegra representó un gran consuelo, puso en ella todo su cariño y le dedicó todo su tiempo y cuidados, lo que fue una gran ayuda para Carmen, que según la nueva ley no podía dejar el trabajo.

Los preparativos de guerra que ya se hacían sentir, empeoraban las condiciones en las fábricas, lo que repercutía especialmente en los obreros españoles porque les faltaba experiencia para sacar partido de condiciones de vida tan duras. Los obreros rusos no dudaban en robar en las fábricas, combustible, material y mercancía que luego vendían en el mercado negro o utilizaban en sus casas. Nuestros compañeros no sólo no robaban, sino que a veces trataban de denunciar a los que según ellos "saboteaban la producción socialista" y se encontraban con la sorpresa de que las autoridades de la fábrica conocían la situación, pero hacían la vista gorda porque, como ellos decían, la gente tiene que vivir.

En las escuelas de niños y jóvenes españoles surgió un serio problema. Aprovechando el pacto germano-soviético el gobierno de España había tramitado a través de Alemania algunas reclamaciones de niños cuyos padres se habían quedado en España. Las autoridades soviéticas decidieron no atenderlas y podían haber hecho simplemente oídos sordos, pero a algún genio burocrático se le ocurrió la idea de dar la ciudadanía soviética a los mayores de 16 años con lo que inmediatamente quedaban sometidos a las leyes que prohibían la salida de los ciudadanos de la URSS de sus fronteras. Jurídicamente era una monstruosidad porque se trataba de menores, pero hubiera sido aceptable si los jóvenes estuvieran de acuerdo. Por el contrario mostraron franca resistencia y pidieron que se les explicara a qué obedecía la medida. Varios de los emigrados adultos fuimos comisionados para, junto a los maestros, tratar de convencerlos. Fue una tarea desagradable, porque después de eludir las francas preguntas de los muchachos como ¿por qué nosotros vamos a tener pasaporte soviético, y vosotros los grandes, no? había que terminar con los más cínicos argumentos: mira, de cualquier modo no te dejarán salir; si te niegas a aceptar la ciudadanía soviética serás mal visto; cuando puedas

volver a España este documento no será ningún obstáculo, etc.; los jóvenes nos oían con manifiesta desconfianza, aunque la mayoría comprendía que estábamos tan atrapados como ellos.

Otro factor que repercutió negativamente en nuestros muchachos fue la creación de las escuelas de aprendices. El gobierno consideró que había llegado el momento de asegurar la producción de guerra y creó dichas escuelas donde ingresaban niños y niñas de 12 años para hacer algunos cursos de preparación e ir inmediatamente a las fábricas. Vivían en internados y usaban uniformes que recordaban los de los estudiantes de tiempo de los zares. Fue un terrible problema mantener la moral y la disciplina en un conglomerado de niños arrancados, la mayoría a la fuerza, de sus hogares campesinos, ya que cada koljos debía cubrir su cuota de niños lo mismo que hacía con las entregas de trigo. Las calles de Moscú se llenaron de bandadas de aprendices con sus nuevos uniformes que en general les venían grandes, ya que la mayoría de estos adolescentes mal nutridos, representaban menos edad de la que en realidad tenían. A este ambiente de por sí complicado se incorporaron numerosos niños españoles, quedando apartados de sus maestros, condiscípulos y compatriotas, es decir, de todo lo que les podía recordar su patria y su familia perdida. La escuela de la Piragoskaya se transformó en internado de los jóvenes que iban a seguir estudios superiores, y Carmen siguió trabajando en ella, ahora como educadora.

Entre la población cundía la inquietud conforme la guerra se iba extendiendo por Europa. Había rumores sobre movilizaciones secretas, sobre turnos extraordinarios en las fábricas de armamento, de movimientos de tropas, etc. La prensa, detrás de una aparente neutralidad, no disimulaba su simpatía por la resistencia tenaz de los ingleses y sus victorias sobre los italianos. Llegó a reproducir con todo detalle la heroica acción en Dunkerque de una brigada inglesa de la Guardia Real. En una ocasión, recuerdo, publicaban datos y estadísticas sobre la producción de guerra en los EE.UU., con el evidente objetivo de que los lectores sacaran la impresión de que el poderío alemán podía ser neutralizado, cuando la guerra se extendiera a todo el mundo.

Algunos generales de la Frunze recibieron mando directo, entre ellos Malinovski, que fue nombrado jefe de División. En el

grupo nos alegramos mucho de que reconocieran sus méritos, aunque perdíamos un buen profesor. Era realmente un hombre de excepcionales condiciones de inteligencia y energía. Un poco antes de su nombramiento nos organizó un juego militar en campo abierto y nos lo hizo llevar a cabo a pesar de los 30 grados bajo cero. Sobre esquís, hicimos una marcha nocturna que resultó agotadora y cuando al amanecer llegamos a una aldea nos considerábamos acabados e incapaces de pensar ni dar un paso más. Manilovski resultó incansable y nos obligó a terminar el juego sin darnos reposo. En la Academia Frunze y seguramente en todas las academias del mundo, había profesores que tenían este trabajo porque por algún motivo no se les confiaba mando de tropas. Resultó que Malinovski también tenía una "mancha" en su expediente. El propio Timoshenko lo llamó un día para aclararlo. Siendo un joven de 20 años había ido voluntario en una de las unidades rusas que fueron enviadas a Francia durante Primera Guerra Mundial y luego repatriadas a Vladivostok para ser incorporadas a las tropas blancas que luchaban contra los bolcheviques. En la primera oportunidad Malinovski desertó y acabó la guerra en las filas del Ejército Rojo. Después de 20 años de servicios, seguía pesando en su expediente este episodio de la juventud y realmente había tenido mucha suerte de encontrarse en España en los momentos en que muchos jefes militares fueron eliminados, algunos con pretextos aún más insignificantes.

El 1º de marzo Bulgaria se unió al eje Roma-Berlín y el 25 del mismo mes el regente de Yugoslavia hizo lo mismo, pero a la noche siguiente la guarnición de la capital se sublevó al mando del general Simovic, abolió la regencia, declaró la mayoría de edad del rey Pedro, rompió la alianza con Alemania e Italia y firmó un pacto de amistad y ayuda mutua con la URSS, que no llegó a entrar en vigor porque en la madrugada del 6 de abril, comenzó la ofensiva alemana con un gran ataque aéreo sobre Belgrado. La prensa rusa, que no había disimulado su simpatía por el nuevo gobierno yugoslavo tuvo que publicar, sin comentarios, los avances de los alemanes, que al mismo tiempo declaraban la guerra a Grecia y con una efectividad verdaderamente impresionante, en pocos días habían liquidado toda resistencia. A finales de abril los Balcanes estaban en poder de Hitler: quedaba sola-

mente Turquía decidida a mantenerse neutral en los Dardanelos, a pesar de su alianza con Inglaterra.

A la incertidumbre creada por la situación en el mundo, se añadía entre nosotros la producida por la enfermedad de José Díaz. Su salud había vuelto a empeorar y sufría fuertes dolores. Resultaba difícil creer en la versión oficial de una úlcera de estómago operada con éxito, y comenzábamos a sospechar que padecía cáncer. Esto parecía explicar todo: su rápida salida de España, la apresurada intervención quirúrgica; la larga convalescencia y la agravación posterior. También así se comprendía la lucha entablada entre los dirigentes que estaban en el secreto de que el Jefe del Partido tenía los días contados. Tenía que ser muy doloroso para José Díaz ver como se disputaban su herencia sin esperar a que desapareciera. Dolores Ibarruri por su carácter y por su ligazón con Francisco Antón, vivía muy aislada de la emigración; en cambio, Jesús Hernández, desarrollaba una gran actividad y tenía su casa siempre llena de gente que buscaba su ayuda o su comprensión. Aunque su matrimonio con Pilar Boves, divorciada de Domingo Girón, no había sido muy bien visto por los dirigentes del Partido, los militantes no se lo tenían en cuenta, aparte de que Pilar con su inteligencia y habilidad se había ganado a muchos.

Yo seguía al margen de las intrigas que ahora giraban en torno a una nueva promoción de estudiantes en la Escuela Política y en la Escuela Militar. El ser seleccionado representaba un notable mejoramiento en la situación material y una subida en el escalafón del Partido. Di los mejores informes sobre Luis Gullón y parecía que esta vez sí iba a ingresar en la Academia Frunze. No me resultaba agradable haber influido para que fuera a la URSS y verlo luego pasar calamidades como estudiante de la Universidad de Moscú, aunque su capacidad e inteligencia habían acabado imponiéndose y ya estaba trabajando en Radio Moscú, con lo que su situación había mejorado.

Se acercaba el primero de mayo y de nuevo fuimos sometidos a intenso entrenamiento para formar parte de la parada. Como novedad, los jefes de los batallones desfilarían con sables de cosacos y todos nosotros estrenábamos una guerrera especial de gala, idéntica a la del Ejército zarista y, por razones de pro-

cedencia común, muy semejante a la del ejército alemán. Esta vez no me tocó ser el primero de la fila y pude ver a Stalin y al gobierno cuando dieron la orden de volver la cabeza para saludar.

A principios de mayo, de acuerdo con una costumbre establecida, Stalin reunió en el Kremlin a los graduados en las Academias militares. El discurso que pronunció no fue publicado en la prensa, pero yo me enteré por un capitán de la Academia que había asistido al acto. Stalin no les ocultó que la guerra con Alemania era inevitable, pero les habló de formidables fortificaciones en las fronteras, de las numerosas unidades desplegadas y de las nuevas armas. Les aseguró que la contraofensiva soviética llevaría al Ejército Rojo hasta Berlín. Confirmando esta información, la prensa del 6 de mayo traía la noticia de que Stalin había tomado el puesto de Presidente del Consejo de Ministros, en sustitución de Molotov. Todo el mundo pensó que la guerra era ya inmediata y que esta medida tenía por objeto de que todo el mando estuviera en una sola mano, y en verdad, que no había otra mano más firme que la de Stalin.

Estábamos llegando al final de nuestro segundo año de estudios y nos pidieron un trabajo escrito, obligatorio, sobre la guerra de España. La mayoría se limitó a salir del paso; pero los que quisimos hacer algo más serio fuimos autorizados a examinar documentos y mapas originales que estaban en el archivo secreto de nuestra Academia. Con mis recuerdos y los datos que pude recoger escribí un trabajo de 100 páginas, sobre la batalla del Ebro. Con esto terminamos y fuimos al campamento de prácticas. Primero pensaron mandarnos mezclados con los otros alumnos, pero se consideró peligroso por lo cerca que estaban de la frontera. Nuestro jefe, que era ahora el general Swierczewski, consiguió que nos mandaran al Cáucaso a una división de infantería. A primeros de junio salimos de Moscú rumbo a un campamento situado al sur del río Kubán, entre Krasnodar y Novorossisk. Como el año anterior, el viaje que duró tres días nos sirvió para conocer una parte de Rusia. Bosques y más bosques, primero, luego llanuras inmensas con el trigo ya próximo a ser segado y recogido. Conforme bajábamos hacia el sur se iba elevando la temperatura. Pasamos por Voronezh, la cuenca del Do-

netz, Novocherkassk y Rostov del Don. Al llegar a nuestro destino resultó que la división a la que debíamos incorporarnos ya no estaba: había sido enviada a la frontera con Alemania. Quedaban en el campamento sólo servicios y escuelas divisionarias y nos tuvimos que concretar a realizar juegos sobre el terreno, pero sin tropas, más o menos como hacíamos en los alrededores de Moscú, con la diferencia de que allí el calor era terrible y el termómetro subía a veces hasta 50° a la sombra.

La región era bastante rica, con agua abundante y tierra favorable para el cultivo. Abundaban los huertos, pero nos sorprendió ver muchas granjas abandonadas y en ruinas, con árboles frutales vueltos al estado silvestre. Pueblos que figuraban en los planos habían desaparecido por completo y solamente quedaban en el lugar algunas piedras. Nos explicaron que allí vivieron los cosacos del Kubán, la mayoría campesinos ricos o acomodados, que, con resistencia que algunas veces llegó a la lucha armada, habían sido deportados a Siberia acusados de "Kulaks" durante los años de la colectivización de la agricultura.

A los pocos días de instalarnos, el general Swierczewski fue llamado para mandar una división: otro indicio de que la guerra estaba ya en las puertas. Como presagio de la tormenta que se avecinaba la prensa apenas publicaba noticias de los teatros de operaciones de todo el mundo, que hasta entonces llenaban los periódicos. Parecía que callaban preparándose para dar una noticia más sensacional. El domingo 22 de junio estábamos jugando un partido de futbol con los "kursantis", alumnos de la Escuela divisionaria, que nos estaban ganando, con poca técnica pero mucha juventud y resistencia física, cuando llegó un oficial con un telegrama circular del mariscal Timoshenko, que anunciaba la movilización general por orden del Soviet Supremo de la URSS. Cuando llegamos a nuestras barracas nos enteramos del discurso por radio de Molotov anunciando que las tropas alemanas habían cruzado la frontera y bombardeado las ciudades fronterizas en el amanecer de aquel día. Así había quedado roto el pacto germano-soviético que Stalin había mantenido a toda costa cumpliendo fielmente hasta el último momento los compromisos de envío de materias primas, sobre todo gasolina, que seguramente había permitido a Alemania trasladar sus tropas. En el fondo de nues-

tros pensamientos más de uno pensábamos que más inteligente hubiera sido tomar la iniciativa y actuar antes que Hitler, sin embargo, todos creíamos que los preparativos del ejército y del Estado soviético serían suficientes para contener la invasión.

Recibimos la orden de regresar a Moscú. Cuando llegamos a la estación de ferrocarril más cercana a nuestro campamento, nos encontramos una muchedumbre de movilizados. No se veían manifestaciones externas de entusiasmo; pero los rostros serios reflejaban decisión de defender la tierra rusa, independientemente de los zares o del comunismo, con el mismo fatalismo con que lo habían hecho muchas generaciones de antepasados. Se comportaban con toda naturalidad como el que cumple una obligación inevitable; algo muy distinto de lo que había observado en Francia en 1939, donde la movilización fue aceptada con la cabeza baja como una calamidad. Aquí la preocupación no se advertía en los que se iban, sino en los que se quedaban: ancianos, mujeres y niños, que tendrían que recoger la cosecha sin caballos, ni camiones, ni tractores oruga, que también se estaban reuniendo en los muelles de embarque para incorporarlos al ejército. Así de total era la movilización de recursos.

Cuando llegó el tren tuvimos que tomarlo por asalto e instalarnos donde pudimos. Lleno siempre hasta los topes, los vagones se vaciaron y se volvieron a llenar varias veces, durante el trayecto hasta Moscú, con masas de gente que se dirigían quien sabe a qué destino. Llegamos a la capital con bastante retraso. Unos autobuses de la Academia nos estaban esperando y nos llevaron hasta la Bolshaya Kaluzhkaya. En casa encontré a toda la familia serena, y a mi pequeña hija de escasos seis meses de edad durmiendo tranquilamente en su cuna, bien ajena a lo que le reservaba el porvenir.

Nos lanzamos ávidamente sobre los periódicos. Los primeros partes de guerra no eran muy favorables para el Ejército Rojo. Quizá la única noticia alentadora era el discurso de Churchill pronunciado por radio la misma noche del 22 de junio, diciendo que Inglaterra estaba al lado de la URSS y que le prestaría toda la ayuda posible en su lucha contra los invasores hitlerianos. En la Academia nos dieron noticias de las que no salían en los periódicos. Los alumnos del campamento de verano, cerca de la

frontera, habían pasado una terrible odisea. El ataque alemán consiguió una sorpresa absoluta. Las unidades soviéticas concentradas no estaban preparadas para el combate; tenían, por ejemplo, las municiones en un lugar, la artillería en otro, los tanques distribuidos para la instrucción entre las unidades de infantería. En estas condiciones fue muy fácil para las columnas blindadas alemanas, deshacer las fuerzas de cobertura, que en realidad no cubrían nada, sino que descansaban plácidamente después de un día agotador de instrucción militar. La aviación rusa fue aplastada en sus aeródromos avanzados antes de que pudiera levantar el vuelo. Los alumnos de la Academia habían sido sorprendidos durmiendo: algunos perecieron, otros se dispersaron y muchos seguían perdidos. Nosotros estábamos desconcertados y extrañados de que no se hubiera puesto a todas las fuerzas cercanas a la frontera en estado de alerta, ya que por muy deficiente que fuera el servicio de información debería saber que el ataque de las tropas hitlerianas era inminente. Según me contó Luis Gullón, el sábado 21 de julio, se comentaba en Radio Moscú que los finlandeses habían iniciado acciones en la frontera rusa, lo que se tomaba como señal de que la guerra contra la URSS iba a empezar, pero ningún síntoma fue tomado en cuenta por los que debían velar por la seguridad de la nación. La única explicación posible era que ningún escalón de mando, por muy preocupado que estuviera, se atrevía a tomar medidas si la decisión no venía del propio Stalin, que evidentemente no creyó llegado el momento. La autosuficiencia del dictador (genial e infalible según la propaganda) puso a la Unión Soviética en peligro y le causó pérdidas incalculables en vidas y bienes materiales. Al error de dejar a los alemanes el privilegio de escoger el día, la hora y el terreno de combate, se sumó el de que las tropas soviéticas no estuvieran listas para recibir al enemigo. Claro está que entonces, aunque ví esto claramente no se me pasó por la cabeza culpar a Stalin y achacamos la derrota a la burocrática incapacidad de sus subordinados.

La gravedad de la situación pesaba sobre todos y buscábamos la posibilidad de luchar: nuestra suerte estaba unida a la del pueblo soviético y si éste era derrotado, nada nos salvaría del exterminio. Inmediatamente después de haber llegado a Moscú pedimos a la Komintern, ser enviados al frente. A los pocos días

nos llamó Dimitrov para decirnos que Stalin había denegado nuestra petición, diciendo que nuestro lugar era España y que debían reservarnos para combatir allí. Alguien insinuó que nos incorporaríamos al Ejército Rojo cuando llegara a París, lo que por el momento parecía bastante lejano. No nos quedó más salida que seguir estudiando y viendo cómo alumnos y profesores desfilaban hacia unidades de combate. Los veíamos marchar con envidia, ya con sus uniformes de campaña, en los que habían desaparecido los alegres colores de las insignias; ahora sobre la tela kaki sólo a muy corta distancia se apreciaban los distintivos militares. El único español que consiguió ir entonces a la primera línea de combate fue Rubén Ruiz Ibarruri, el hijo de Dolores. Estudiaba en una escuela rusa de oficiales y cuando empezó la guerra marchó al frente como teniente de una división motorizada.

La avalancha de compradores había vaciado las tiendas ya poco surtidas. A nosotros nos quedaba el recurso de comprar en el almacén de la Frunze. Los aparatos de radio fueron recogidos y conservarlos significaba ser acusados de espionaje. Se implantó una aún más rígida censura de prensa para el correo interior; la correspondencia con el exterior, simplemente era detenida: jamás llegaba a su destino. Nos resignamos a quedar aislados de toda nuestra familia de México y España, mientras durara la guerra. La actividad policiaca de "vigilancia" se hizo evidente. Los pilotos españoles que se habían negado a trabajar, y que vivían cómodamente en las afueras de Moscú, en una Casa de Reposo, fueron enviados a Siberia. También fueron a parar allá algunos otros compatriotas, acusados de actitudes antisoviéticas, como el maestro Bote, que acostumbraba criticar las dificultades materiales con que trabajaba.

Los partes de guerra del Ejército Rojo, no daban muchas esperanzas de que el enemigo pudiera ser detenido en las fortificaciones de la antigua frontera, conocidas como la Línea Stalin. En pocos días los alemanes se habían apoderado de toda Bielorrusia y Ucrania Occidentales, que antes formaban parte de Polonia, y de gran parte de los países bálticos, aunque algunas guarniciones y tropas rusas resistieron cercadas cierto tiempo. A fines de junio los invasores entraban en Minsk capital de Bielo-

rrusia. En el avance se apreciaban tres direcciones claras: Leningrado, Moscú y Kiev. El mando soviético en estos sectores lo tomaron Voroschilov, Timoshenko y Budionni. El cargo de Comisario del Pueblo de Defensa fue ocupado por Stalin, que el 3 de julio pronunció un discurso por radio en el que no disimulaba los reveses sufridos y daba la consigna de "tierra quemada", para no dejar nada de valor en los territorios cedidos al enemigo. Esto presagiaba años de privaciones sin cuento, ya que una gran parte de Rusia iba a ser destruida por ambos combatientes en este gigantesco campo de batalla.

Un día nos reunieron a todos los alumnos de la Academia y con la mayor solemnidad nos comunicaron que una serie de generales habían sido fusilados por errores cometidos ante el enemigo. El más destacado de ellos era Pavlov, jefe de los tanques rusos en España que mandaba los ejércitos derrotados y desintegrados, en Bielorrusia. Sin duda alguna en la frontera se habían concentrado los mejores generales soviéticos y resultaba desconcertante que fueran condenados a muerte a los pocos días de iniciada la guerra. Pagaron con su vida más que las propias, las culpas ajenas, porque estaba claro que se trataba de que Stalin conservara intacto su prestigio. Pero ni los juicios militares sumarísimos, ni las ejecuciones de los generales vencidos, ni el apresurado restablecimiento de los comisarios, cambiaron la marcha desastrosa de los acontecimientos. Los alemanes eran los dueños del campo de batalla. Aniquilaban los tanques y aviones soviéticos y, dotados de mayor movilidad, cercaban fácilmente a grandes masas de combatientes rusos inmovilizados por falta de camiones y por las órdenes de resistencia a ultranza. Aunque resultaba un anacronismo, la única fuerza del Ejército Rojo con capacidad de movimiento resultó la caballería. Cierto que las unidades alemanas estaban sufriendo pérdidas muy superiores a las de sus campañas anteriores, pero los éxitos obtenidos las compensaban con creces.

Formalmente continuábamos nuestros estudios, pero vivíamos pendientes de desentrañar las enrevesadas noticias de la prensa y captar los rumores que llegaban a la Academia. Otra fuente de noticias era Enrique Castro, que estaba muy impresionado con lo que sucedía y desilusionado por la marcha inesperada de los

acontecimientos. Castro seguía siendo el secretario de José Díaz, cada vez más enfermo y que pronto iba a ser trasladado a Tiflis alejado ya de toda actividad política.

Natasha, la mujer de mi cuñado se había incorporado voluntariamente al Ejército, y como sargento de Sanidad partió para el frente. Consideró que tenía que hacerlo para proteger en lo posible a su familia por lo ocurrido con su padre; pero también porque amaba a su patria y le parecía una buena ocasión para demostrarlo. La vimos partir con pena porque le habíamos tomado verdadero cariño.

En los partes de guerra se advertían los equilibrios que los redactores hacían para que no trascendiera la verdad, pero los nombres de los campos de batalla indicaban un retroceso rápido y constante del Ejército Soviético. A mediados de junio grandes masas de soldados habían sido cercados al oeste de Smolensk, y Lituania, Letonia, Estonia y Besarabia estaban ya en poder de los alemanes. Por nuestra experiencia en España sabíamos cómo en condiciones adversas se pulverizan las unidades militares, así que preveíamos que pronto habría que organizar la defensa de Moscú, distante de Smolensk sólo 300 km. Una orden de evacuación obligatoria de la capital confirmó nuestros temores. El 9 de agosto le tocó el turno de salir a las familias de los alumnos y profesores de la Academia Frunze. Con muy pocas horas de anticipación nos avisaron del tren y la hora en que debían partir nuestras mujeres y niños advirtiéndonos que sólo debían llevar 16 kg. por persona. De mi casa salían tres: mi suegra, mi mujer y la niña de seis meses de edad y ella sola necesitaba todos los kg. asignados. Cuanto llegamos a la estación vimos que la mayor parte de las rusas, con mucha mayor experiencia, no habían obedecido la orden y cargaban con todos los bultos imaginables, pero ya nada podíamos hacer. El punto de destino era la región de Penza a 500 km. al suroeste de Moscú, así que el viaje duraría seis o siete horas, lo que parecía tolerable ya que aunque los vagones eran de mercancía, habían sido acondicionados con tablones y colchonetas. Pero el viaje resultó mucho más accidentado de lo previsto. El oficial que estaba a cargo del convoy aceptaba cualquier vía que lo alejara de Moscú, y cuando las mujeres se dieron cuenta de que se acercaban a Siberia se plantaron, y lo obligaron a retroceder al punto de destino. Trató de

justificarse diciendo que cuando habían salido de Moscú, Smolensk estaba en manos del enemigo y no había tropas que pudieran detener su avance. En realidad exageraba muy poco; pero las mujeres insistieron y lo amenazaron con escribirle a Stalin y consintió en pedir vía de vuelta. El día 18 el tren llegaba a su destino. Fueron nueve días de hambre y calamidades; en las estaciones apenas había ya que comprar y los niños más pequeños llegaron enfermos y deshidratados.

Distribuyeron a los evacuados por las distintas aldeas de la región y a nuestras familias les correspondió ir a Yableika, del distrito de Kuznetsk. La idea era repartir a las mujeres y los niños por las casas de los campesinos, pero éstos mostraron cierta resistencia a aceptar a las españolas "por si llegaban los alemanes", apreciación no del todo descabellada. De momento las instalaron en "isbas" viejas y abandonadas, aceptables mientras duró el verano. Cuando llegó el invierno, la hospitalidad rusa y la solidaridad ante el frío, alejó todo prejuicio y también las españolas entraron en los hogares campesinos. De los niños de nuestro grupo sólo murió uno, los demás, entre ellos mi hija, se fueron recuperando de las privaciones sufridas en el viaje.

Las mujeres sin hijos, y las que tenían a quien dejarlos, fueron incorporadas al trabajo del Koljos. Carmen, que trabajaba en una trilladora me escribía asombrada de la vida primitiva y difícil en aquel rincón de la vieja tierra rusa, donde la mayoría de la gente pertenecía aún al pasado en todos los sentidos. Las mujeres hacían todos los trabajos, aun los más duros, pues salvo el "brigadier" (pulido sinónimo de "capataz") no había en la aldea un solo hombre útil y pronto fueron movilizadas las muchachas también.

La atención del enemigo se había dirigido hacia Leningrado y Kiev: esto salvaba de momento a Moscú. A principios de agosto, los alemanes rompieron la línea del río Luga, y pocos días después ocuparon Chudovo, cortando el ferrocarril Leningrado-Moscú. A fines de mes tenían a la vista la antigua Petrogrado y completaban el cerco al apoderarse de Petrokrepost a orillas del lago Ladoga. Hábilmente los finlandeses se limitaron a ocupar el territorio que Rusia les había arrebatado a principios del año 1940, negándose a avanzar por el istmo de Carelia, a pesar de la

insistencia alemana. De esta forma no se estrechó el cerco y la guarnición de Leningrado, reforzada con voluntarios de la población civil, rechazó los ataques alemanes, que estrellaron sus tanques contra fortificaciones improvisadas pero imponentes. Comenzó entonces la increíble defensa de esta ciudad que resistió el hambre más espantosa y los más terribles bombardeos de aviación y artillería. Los niños españoles de las escuelas de Leningrado vivieron toda esta odisea, en los frentes y en la retaguardia: por ellos supimos después muchos detalles del cerco. Un grupo de nuestros jóvenes hecho prisionero por los alemanes fueron en esta ocasión enviados a España.

Muy pronto dejó de hablarse de Voroshilov, jefe de este teatro de operaciones: pensamos que había sido retirado de su cargo, a pesar del fracaso de Hitler para tomar la ciudad. En cambio en el sur, en Ucrania, habían sido cercados y aniquilados centenares de miles de soldados rusos durantes los meses de agosto y septiembre. Este frente estaba al mando de Budionni, quien dio un magnífico ejemplo de cómo no se deben dirigir unidades de combate. No conocíamos entonces los detalles, pero los suponíamos, porque era notoria su incapacidad; tampoco supimos que su comisario era Nikita Jruschiov, que compartió la responsabilidad de uno de los desastres militares mayores que conoce la historia. La causa principal de la derrota fue la resistencia estática, que los inmovilizaba, siendo fácilmente cercados.

Los alemanes cruzaron el río Dnieper a fines de agosto y ocuparon Dnepropetrovsk, por lo que los soviéticos se vieron obligados a volar la presa de Dneprostroi, orgullo de los planes quinquenales stalinistas. Pero la más terrible catástrofe que costó a los rusos no menos de medio millón de hombres, tuvo lugar en Kiev que los alemanes tomaron el 19 de septiembre, después de una brillante operación de tres semanas, pero cuyo mérito se reduce si se tiene en cuenta que las tropas rusas estaban mandadas por generales sólo preocupados de no caer en desgracia ante Stalin, partidario de la defensa a ultranza. El mayor problema para los invasores era luego liquidar los restos de las unidades rusas, que a menudo seguían combatiendo cuando ya todo estaba perdido, libres por lo menos, de jefes anquilosados. Así, cayó en manos alemanas toda Ucrania con sus inmensos campos, sus reservas de trigo y sus zonas industriales. Budionni fue destituido y volvió a

sus anteriores misiones decorativas, pero no fue llevado a un consejo de guerra, que merecía más que Pavlov y los otros generales del frente occidental, quizá porque hubiera sido demasiado evidente que el propio Stalin estaba sentado con él en el banquillo.

Antes de ser evacuadas nuestras familias, hubo en Moscú la primera alarma aérea en pleno día, pero resultó que se trataba solamente de un ejercicio. Pero pronto empezaron las alarmas de verdad. A fines de agosto, los alemanes empezaron a mandar oleadas de aviones contra la capital rusa. La primera incursión que observé desde el tejado de mi casa resultó impresionante. Al anochecer, los rayos de centenares de reflectores se cruzaban en el cielo de Moscú. Luego, durante varias horas, los cañones antiaéreos de todos los calibres dispararon sin interrupción, mientras explotaban las bombas, que lanzaban en desorden los pocos aparatos enemigos que lograban atravesar los sucesivos cinturones de la defensa rusa y esquivar el ataque de los cazas soviéticos, aparatos modernos ya de la serie de los Mig. Se veían numerosos incendios, sobre todo cerca de las estaciones ferroviarias y de las obras del nuevo Palacio de los Soviets.

Habíamos hablado con un vecino ingeniero que dirigía la defensa civil de nuestros edificios, para ponernos a su disposición durante los bombardeos. Por eso, los cinco españoles de la Frunze que vivíamos junto estuvimos aquella primera noche en el desván de la casa contemplando la lucha contra la aviación alemana, librándonos de bajar al refugio. El responsable de nuestra escalera se sintió celoso de nuestra presencia y pasada la alarma fue a denunciarnos. Estaba yo todavía arriba con Muñoz, cuando llegó un miliciano, nos pidió la documentación y sin devolvérnosla nos pidió lo acompañáramos a la estación de policía del barrio. Allí nos dieron toda clase de excusas sobre el ridículo incidente, después de que contamos lo ocurrido y expresamos nuestra indignación. El resultado fue que nos encomendaron a los españoles oficialmente nuestra escalera y ya no apareció por allí ningún ruso durante las alarmas que se repitieron después casi cada noche. Cumplimos bien con nuestra obligación: apagar las bombas incendiarias que en dos ocasiones cayeron en nuestro tejado.

Las incursiones aéreas, siempre nocturnas, de la aviación alemana contra la capital no hacían mucho daño debido a la efi-

cacia de la defensa antiaérea, pero siempre andábamos escasos de sueño después de las guardias en el tejado. El único que dormía era mi suegro, que se negaba a bajar al refugio, aunque, como pude comprobar después, todo el tiempo había estado tomando por bombas enemigas las descargas cercanas de una batería rusa de 76.2 mm. que hacían retemblar nuestra casa.

Del interior del país vino la noticia de que toda la población de la República Socialista Soviética Autónoma de los alemanes del Volga, había sido deportada a Siberia. Estos alemanes eran descendientes de colonos establecidos allí doscientos años antes. Siempre habían sido considerados buenos ciudadanos soviéticos y sus instituciones, sobre todo las culturales, presentadas como modelos. Al parecer se temía que pudieran ayudar a los ejércitos hitlerianos. Tropas del NKVD ocuparon militarmente la región y en unas pocas horas sus habitantes iban camino del este, dejando abandonadas sus ciudades, pueblos y aldeas, con todas sus propiedades. Nadie fue exceptuado de esta medida, ni los dirigentes del gobierno, ni siquiera los funcionarios del Partido Comunista. La taiga siberiana los recibió a todos y es de suponer las privaciones y calamidades que allí sufrieron. La medida nos pareció muy dura, aunque en cierto modo explicable por las circunstancias de la guerra. Precisamente a aquella región completamente vacía, fue evacuada la escuela de niños españoles de Tarasovka, donde trabajaba Laín y la esposa de Castro.

En Moscú la escasez de racionamiento se dejaba ya sentir, porque además todo lo que podía conseguir en el almacén de la Frunze se lo mandaba a la familia a Yableika, donde tenían aún más dificultades. Allí tuve que mandar también a mi suegro cuando la situación fue más crítica.

En la Frunze, cada vez más alumnos y profesores eran incorporados a unidades de combate. Al propio teniente general Jozin llegó su turno. Nuestro curso especial de españoles fue disuelto y nos mezclaron con los alumnos rusos. A mí me incorporaron a un grupo de jóvenes capitanes y tenientes, magníficos camaradas con los que en seguida me compenetré. Nos acuartelaron en unos edificios antiguos próximos a la Academia. Cuando había alarma aérea, si no estábamos de servicio en los dormitorios, teníamos que bajar al refugio, intricada red de extrañas

galerías, donde podíamos dormir en literas improvisadas. El 30 de septiembre, los alemanes desencadenaron lo que debía ser su ofensiva decisiva sobre Moscú. Los partes de guerra soviéticos volvían a traslucir graves descalabros, entre frases preparadas con cuidado para no causar alarma. Fueron dos semanas de incertidumbre. Corrían los rumores más pesimistas: Orel ocupado por el enemigo; grandes masas de soldados cercados en Vjazma y Bryansk... Mirar un plano daba escalofríos: Moscú estaba ya al alcance de la mano de las tropas alemanas. Sobre todos nosotros pendía una pregunta: ¿hasta cuándo podrá el Ejército Rojo sustituir con nuevas unidades las continuamente destrozadas en el frente de batalla?

Todas las dependencias militares de la capital tenían su personal organizado en batallones para ocupar, en caso necesario, las líneas fortificadas, que miles de trabajadores cavaban febrilmente en los accesos inmediatos a la capital. Una noche fuimos los alumnos de la Frunze a ocupar unas posiciones en la autopista de Minsk. Era un ejercicio, pero en cualquier momento podía ser una realidad. Desde el lugar que ocupaba en un puesto de observación avanzado, vi, al amanecer, cómo una masa de mujeres terminaba sin darse descanso, una zanja antitanque. Otro día fuimos a trazar nuevas fortificaciones alrededor de unas fábricas. Con estacas de madera las señalábamos en el suelo, y detrás de nosotros zapadores voluntarios, todavía vestidos de civil, con gran entusiasmo iban abriendo trincheras y ramales, que en poco tiempo quedaron terminados. Por primera vez, el grupo español de la Frunze estaba mezclado con el pueblo ruso y su determinación y energía estimulaba aún más nuestros deseos de participar en la guerra.

Una noche mi grupo de estudio fue designado para cubrir los puestos de oficiales de enlace. En un pequeño auto abierto recorrimos toda la ciudad vacía. A mí me tocó permanecer en la Academia Lenin, donde se preparaban los comisarios. Me apresuré a explicarle al oficial de guardia que yo era español, para que no se extrañara de mi ruso defectuoso. Me miró entonces con mucha simpatía y me obligó a echarme en un diván, mientras él seguía atendiendo a los teléfonos, que no dejaron de sonar ni un solo momento.

Para evitar complicaciones, en aquellos momentos que se hablaba de paracaidistas alemanes con uniforme ruso, a los españoles nos cambiaron los documentos militares de identidad. Yo seguía siendo Mijail Mijailovich Tarasov, pero ahora figuraba como nacido en Madrid, en lugar de Murmansk. De esta forma resultaríamos menos sospechosos si alguna patrulla nos interrogaba. Para algunos de nosotros era un serio problema, porque seguían sin hablar, prácticamente, ni una sola palabra de ruso. Claro que a éstos no los mandaban a ninguna parte. De todos modos, sobre todo nuestro grupo gravitó este problema, porque prensa y radio advertían repetidamente a la población que se habían infiltrado agentes enemigos camuflados. Sin embargo, nos favorecía el que siendo la URSS un estado multinacional, había en el ejército muchísima gente, que hablaba mal el ruso. En general, nos tomaban por georgianos. A mí nunca me pidieron papeles, ni me preguntaron la nacionalidad, y si por iniciativa propia decía que era español, era porque sabía que así me tratarían con más confianza. En la Unión Soviética, el solo nombre de España despertaba la simpatía y el cariño, porque desde tiempo inmemorial nuestro país es allí una nación de leyenda, con bellas mujeres, personificadas por Carmen, la de la ópera, y valientes soldados que lucharon como guerrilleros contra Napoleón, y que acababan ahora de combatir casi tres años contra los fascistas. A lo largo y a lo ancho de toda Rusia, el ser español era una especie de pasaporte, y por eso los ex combatientes de las Brigadas Internacionales, no sólo los latinos, sino hasta los alemanes y los polacos, se presentaban como españoles.

Tuvo lugar el examen final en la Academia Frunze, pues urgía mandar a los alumnos a las unidades militares. Ese día estaba de servicio en el cuartel con otros compañeros lo que nos liberaba de las pruebas, pero a última hora el jefe del curso nos hizo presentar. Nos pusieron a resolver sobre el plano un ejercicio de regimiento a la defensiva, que debía contraatacar para liquidar la penetración enemiga. El problema planteado se salía de lo corriente y trataba de recoger las experiencias de los últimos combates. Desde el primer momento todo me pareció claro, tomé en seguida la decisión y escribí las órdenes sin olvidarme, como otras veces, de ninguno de los detalles necesarios, ya que me sentía completamente tranquilo. Fui el único alumno que propuso

la solución considerada correcta por la cátedra de táctica, por lo que fui felicitado.

El parte de guerra soviético del 16 de octubre aceptaba sin ambigüedades la extrema gravedad de la situación. Reconocía que los alemanes habían roto el frente y que no se sabía hasta dónde habían penetrado en dirección a Moscú. Todo esto tenía que provocar pánico en la población y sobre todo en los funcionarios de todas las categorías, muchos de los cuales recibieron órdenes apresuradas de evacuación. Sin duda, debió haber muchos casos de desconcierto, pero el aspecto externo de la ciudad seguía siendo casi normal.

En nuestro cuartel, no quedamos más que los españoles. Con todos los alumnos rusos que no se habían incorporado, se formó un batallón, encuadrado por profesores, que salió a ocupar las posiciones previamente señaladas cerca de Naro-Fominsk.

En la tarde de ese mismo día, el Estado Mayor de la Frunze me mandó como oficial de enlace a una división del NKVD. Debía informar que las patrullas motorizadas enviadas por la Academia a lo largo de las carreteras de entrada en Moscú, habían sido detenidas a los pocos kilómetros por puestos de retaguardia de las fuerzas soviéticas que se acercaban. Mis jefes no pudieron facilitarme ningún vehículo, y tuve que incorporarme a mi destino en metro y en tranvía. A través de toda la ciudad fui observando a la gente, que no parecía más preocupada que de ordinario. Cuando estaba cerca de los cuarteles a donde me dirigía, empezó a caer la primera nevada de invierno. Llegaba, al fin, el mejor aliado para la lucha contra los alemanes. Encontré al jefe de la división rodeado de sus oficiales, me identifiqué y le di la poca información que llevaba. Se le veía cansado, sólo hubo una chispa de animación en sus ojos cuando se enteró que era español. El edificio estaba lleno de soldados bien equipados, listos para salir al combate. Todos eran muy jóvenes, y sin excepción llevaban fusiles automáticos especiales, que escaseaban mucho en el Ejército. Cerca de la madrugada, llegaron los jefes de los regimientos para recibir la orden de ocupar al amanecer posiciones fortificadas en el lindero oeste de Moscú. El puesto de mando de la división se estableció en la estación del metro de la plaza de Smolensk. No tenía yo ninguna misión especial así que me pasé

largo rato junto a los centinelas apostados en la puerta. Había cesado de nevar y el día se presentaba claro, pero bastante frío. Desde muy temprano las calles se llenaron de gente con bultos, que trataban de trasladarse a las estaciones del ferrocarril. Cuando les decíamos que el Metro no funcionaba nos miraban con angustia. Estuve allí todo el día hasta que al atardecer vinieron a relevarme.

Los alemanes se habían apoderado primero de Rzhev y Gzhatsk, luego de Kalinin y Kaluga y ahora se combatía en Volokolamsk, Mozkaisk, Medin y Maloyaroslavets; pero su avance se contenía y el peligro para la capital no era inminente. El gobiero soviético se había trasladado a Kuibychev; pero Stalin seguía en Moscú. La evacuación de la Komintern fue muy precipitada y a Dolores la arrollaron y pisotearon aterrorizados funcionarios, que trataban de abordar los trenes. Había cierto desorden en la ciudad y se comentaba el saqueo de algunos almacenes.

Un gran error, que afectó mucho a la moral de la población fue suspender el funcionamiento del Metro, aunque el resto de los transportes urbanos continuó trabajando con mayor o menor regularidad. Algunos de nuestros compañeros, que fueron la noche antes a la Bolshaya Kaluzkaya, me contaron que los trolebuses no seguían una ruta fija, sino que la cambiaban a petición de los pasajeros. Se veían por las calles muchos voluntarios con los guateados uniformes de la "Narodnoie Opolchenie" especie de milicia popular. Junto a la estación del Metro de la Plaza de Crimea, encontré a un grupo de soldados con motocicletas nuevecitas, pero con fusiles corrientes, en lugar de las ametralladoras ligeras que les correspondían, señal clara de la escasez de material de guerra.

Casi al atardecer, la defensa antiaérea comenzó a tronar contra los aviones alemanes que, por primera vez, se atrevían a acercarse con luz diurna. Sin embargo, con muy buen acuerdo no sonaron sirenas de alarma y la circulación por las calles no se interrumpió.

En la residencia de jóvenes de la Pirogoskaya se fueron concentrando todos los españoles desperdigados por Moscú, abandonados a su suerte por la evacuación de nuestros dirigentes. Entre ellos estaba Sánchez Arcas y mi cuñado Antonio Parga. Luis

Gullón había quedado como único locutor español de Radio Moscú, muy satisfecho de encontrarse en primera línea. A los alumnos de Planiernaya, los incorporaron a un batallón del NKVD y fueron acuartelados cerca del Kremlin. Nuestro grupo de la Frunze seguía dueño y señor del enorme edificio, donde vivían antes todos los alumnos. Nos instalamos en el piso bajo en unas habitaciones pequeñas, provistas de estufas, y allí dormíamos tranquilamente por las noches sin poner centinelas, confiados en nuestra buena suerte, aunque todo nuestro armamento se reducía a revólveres "Nagan", muy anticuados por la lentitud con que se recargaban, lo que no era un problema grave, porque casi no teníamos cartuchos. Algunos comenzamos a considerar que era el momento de incorporarse al frente, permaneciendo en Moscú cuando evacuasen a la Academia. La idea no era mala, aunque con ciertos riesgos, pero Modesto y Líster cortaron de raíz todos estos planes, nos dijeron que habían hablado con los jefes superiores y que si alguno de nosotros no salía de la capital sería tratado como desertor.

Estuvimos aún varios días en Moscú, sin tener casi noticias de lo que pasaba, pero apreciando que en la ciudad se restablecía el orden y la confianza. El 19 se declaró el estado de guerra y patrullas del NKVD recorrían las calles para detener a asaltantes y saboteadores, con atribuciones para fusilarlos sobre el lugar. Ayudamos en lo que pudimos a los españoles rezagados para que pudieran abandonar la ciudad. En la Frunze, conseguí documentación para que mi cuñado marchara a Yableika a reunirse con la familia, con la que yo estaba seguro de no perder nunca el contacto.

A fines de octubre, nos citaron una mañana en la estación ferroviaria de Kazán. El tren de la "Frunze" se componía de grandes vagones de mercancías, provistos de literas improvisadas con tablones, más dos estufas de leña por carro. El nuestro lo compartíamos con un grupo de alumnos mongoles y con tres oficiales letones incorporados al Ejército Rojo. Amontonados en el vagón pasamos la primera noche sin salir de Moscú, detenidos en alguna vía de maniobras, mientras la aviación alemana realizaba una incursión más y sonaban muy cerca las explosiones de las bombas. Nadie durmió, pero tampoco nadie hablaba, hasta que

al amanecer nos pusimos en movimiento y fuimos saliendo de la ciudad.

El viaje duró casi cuatro semanas, lo que no era mucho para aquellas circunstancias. Todos los ferrocarriles, eran de vía sencilla, lo que no permitía un tráfico fluido. Después de la experiencia de la primera noche, en la mitad del vagón que nos pertenecía, dormíamos en dos turnos lo que ya era más tolerable. Teníamos organizados, servicios de estufa y de cocina, además de centinelas. A base de voluntarios, organizamos la compra de víveres cuando el tren se detenía, lo que ocurría con frecuencia. Otro problema grave era conseguir leña, pues la estufa devoraba rápidamente todo lo que le echábamos. Mientras cruzamos regiones boscosas no hubo problema; pero luego en la estepa nos vimos obligados a robar maderas de las líneas férreas. Algunos de nuestros compañeros se pasaron el viaje tumbados en las literas, sin descender del carro más que para realizar imperiosas necesidades fisiológicas, pero la mayoría bajábamos en todas las oportunidades, a curiosear o con misiones de aprovisionamiento. Mi compañero de correrías en muchas ocasiones fue Feijóo, con el que ni antes ni después del viaje, tuve casi ninguna relación, pero que tenía un gran sentido práctico, de mucho valor en aquellas condiciones.

En ocasiones, conseguíamos un plato de "kasha" en algún comedor militar, lleno de soldados en tránsito de todas las unidades posibles, incluso de las checoslovacas y polacas que se estaban organizando en Rusia. Las estaciones estaban llenas de evacuados. Muchos ancianos, mujeres y niños, sentados en sus bultos esperando días y días el tren que los iba a sacar del atolladero. Los más débiles estaban destinados a perecer pronto de hambre, enfermedades y privaciones. A veces, nos encontrábamos con algún muerto, tapado con una manta, en espera de que lo recogieran sin que la gente alrededor le prestara mucha atención. Impresionaba ver bastantes personas procedentes de las ciudades, a juzgar por la ropa que vestían, mezcladas con la nube de desarrapados, que habíamos visto ya en los ferrocarriles rusos antes de la guerra.

Los letones que nos acompañaban eran gente educada y nos inspiraban simpatía. Se les veía abrumados por todo lo que habían

perdido en pocos meses, siempre bajo el peligro de que la próxima revisión política los declararan indeseables. La mayoría eran de cierta edad y los acompañaba la esposa de uno de ellos, que iba todavía vestido con ropas finas, de corte occidental, inadecuadas para el invierno. Tuvimos con ellos las mejores relaciones, hasta que a los pocos días fueran trasladados a otro vagón.

Con los mongoles la situación fue diferente. Ya al embarcar tuve un incidente con un capitán, que quiso quitarme un tablón. Algunos viajaban acompañados de sus mujeres, todas ellas rusas de clase modesta, pero rubias y agraciadas. En seguida notamos que a los maridos no les gustaba verlas siquiera cerca de nosotros. El caso es que todo el tiempo hubo una rígida frontera hispano-mongola, que cruzaba el vagón por el centro, y aunque nunca hubo incidentes graves, procurábamos ignorarnos mutuamente.

Al principio, no sabíamos a dónde enviaban nuestro convoy. Nuestra principal preocupación era ver si pasábamos cerca de Yableika. Primero fuimos derechos hacia el este, hasta Ufa, en Bashkiria, cerca de los Urales. Durante este tiempo, constantemente nos cruzábamos con trenes cargados de tropas que se dirigían a Moscú, y adelantábamos a fábricas enteras que iban de Ucrania hacia Siberia, sobre vagones abiertos, de los usados para cargar carbón o mineral, a los que habían superpuesto unos cobertizos improvisados para, someramente, abrigar a los obreros y sus familiares. Luego cambió nuestro itinerario y nos comunicaron que nuestro destino era Tashkent en el Asia Central. Entonces, planteamos al jefe militar del tren, que se nos permitiera recoger a nuestras familias. Primero se negó rotundamente, pero fue tal nuestra insistencia que acabó permitiendo que dos de nosotros se separaran de la expedición y fueran a buscarlas. Ese mismo día, Líster y Rodríguez se quedaron en un cruce ferroviario. Sabíamos que su misión era difícil, pero que la cumplirían fueran cuales fueran las dificultades. Ya más tranquilos, seguimos atravesando los campos de Rusia, ya cubiertos por la nieve. La temperatura era cada vez más baja y el frío se colaba por todas las rendijas del vagón. Nos apenaba ver por todas partes inmensos campos con los haces de trigo amontonados y pudriéndose. Era evidente, que la movilización había interrumpido

la recogida de la cosecha y que el hambre amenazaba al país junto con todas las otras calamidades inherentes a la guerra.

El comisario del tren nos pasaba copias a máquina de los partes de guerra y a veces algún periódico atrasado de la capital. El 6 de noviembre Stalin se había dirigido al pueblo soviético afirmando, rotundamente, que la moral del ejército era más elevada que nunca, porque defendía su propio país, mientras que el ejército alemán llevaba una guerra de agresión y de conquista. Por esto, terminaba: "Nuestro ejército debe ganar y ganará; el ejército alemán debe ser derrotado y lo será". Al día siguiente, el propio Stalin había asistido al desfile habitual del aniversario de la Revolución de Octubre; pero esta vez participaron unidades de combatientes. La situación seguía siendo de extrema gravedad en el inmenso campo de batalla; pero cuando el invierno se instalara por completo, la marea germana tenía que ser detenida. La batalla de Moscú giraba esos días al sur alrededor de Tula, que los alemanes no consiguieron ocupar, a pesar de haberla rebasado ampliamente a través de Stalinogorsk (Novomoskovsk) y Venev. En cambio, más al sur Kursk y todo Ucrania estaban ya en manos de los invasores. El puerto de Odessa había caído a mediados de octubre, diez días después Jarkov y a fines de mes toda la cuenca industrial del Donetz con la ciudad de Stalino. A mediados de noviembre se perdió la península de Crimea, excepto la base naval de Sebastopol, que quedó sitiada.

Llegamos a Tashkent a fines de noviembre, después de pasar por Chkalov (Orenburg) y Aktiubinsk, bordear el mar de Aral y atravesar el desierto de Kyzyl Kum. El clima era ya otro: lucía el sol y pudimos prescindir de los gorros de piel y de los abrigos. Parecía mentira oír que había terribles tormentas de nieve en la región de Moscú, con temperaturas de 30°-40° bajo cero. La capital de Uzbekia era una mezcla de ciudad moderna, con parques, jardines y buenos edificios en el centro, y barrios extremos orientales de callejas estrechas, artesanos al aire libre y mezquitas arruinadas. Había muchas acequias que parecían muy románticas, hasta que el olor indicaba que formaban parte del sistema de drenaje a cielo abierto. Los naturales del país iban vestidos todavía con sus trajes típicos, batas y gorros multicolores, y algunos con grandes pañuelos con nudos, a modo de cinturón. Luego supimos que cada nudo representaba una esposa,

aunque la poligamia estaba oficialmente prohibida. Bastantes mujeres llevaban la cara tapada con una especie de cortina tejida con crín negra de caballo, algo muy diferente del velo insinuante y vaporoso usado en otros países musulmanes. Cuando en el mercado o en las tiendas se levantaban el velo para mirar lo que compraban o contar el dinero, se veía que la mayoría eran mujeres de edad, aunque a veces se descubría alguna joven y bella. Abundaban los judíos, ya que el Uzbekistán había sido en tiempos de los zares lugar unas veces de deportación y otras de refugio, en tiempos de progroms. Se veían también muchos rusos, porque esta ciudad de medio millón de habitantes estaba recibiendo nada menos que un millón de evacuados. No todos eran honrados ciudadanos. Al acercarse los alemanes, fueron puestos en libertad los presos comunes de cárceles y campos de trabajo y la mayoría prefirieron trasladarse a las regiones más cálidas y seguras del Asia Central. También había desertores del ejército y de los convoyes de las fábricas, además de muchos adolescentes separados de sus familias o escapados de las escuelas durante la evacuación. Surgía de nuevo el problema de los niños abandonados o vagabundos de después de la guerra civil que impresionaron nuestra imaginación en los relatos de Makarenko o en la película "El camino de la vida". Como resultado, la ciudad no era nada segura y menudeaban los robos y asaltos. Durante toda la noche se oían tiroteos y a la policía le era difícil controlar la situación.

La Academia Frunze se instaló en varios edificios en el centro de la ciudad. Recibimos un dormitorio para todo el grupo y nos adscribieron al comedor de profesores. En pocos días, aparecieron nuevos alumnos y empezó a organizarse un curso intensivo. No teníamos noticia alguna de Yableika, pero confiábamos que nuestros familiares estarían ya en camino. Un día recibí la visita del coronel Sorokin mi consejero en España. Era jefe de la guarnición y director de la Academia Militar de Tashkent. Estaba muy ocupado, pero encontró tiempo para recordar con Merino y conmigo los tiempos del Ebro, que le valieron la orden de la Bandera Roja. Nos ofreció habitaciones en la ciudad para vivir independientemente, pero fuimos lo bastante ingenuos para no aceptar de inmediato la oferta. Confiamos en que habría tiempo, pero, de repente, Sorokin fue nombrado jefe de división y abandonó Tashkent.

El jefe de la Academia comunicó a Modesto, que ya no habría más estudios para los españoles. Había pedido instrucciones a sus superiores, pero mientras no llegaba una contestación, pedía que algunos de nosotros, una tercera parte del grupo, comenzáramos a trabajar en seguida como profesores. De momento, escogieron a los que hablábamos mejor el ruso, pero algunos más podrían desempeñar esta función, después de cierto entrenamiento. Había tal escasez de personal docente en la Frunze, que los españoles designados constituíamos casi la mitad de la cátedra de táctica. Los elegidos aceptamos sin vacilación los nombramientos, contentos de poder ayudar de un modo efectivo en la guerra. Trabajábamos duramente: ocho horas diarias de clase y dos por carreteras polvorientas y caminos abandonados para ir y volver a la zona de ejercicios. El resto del día lo pasábamos reunidos con el jefe de los profesores del curso o preparando las clases. Nuestra mayor dificultad era, al principio, el idioma, nos faltaban palabras y teníamos que esforzarnos mucho para hacernos entender.

El primero de enero de 1942, el mismo día que mi hija cumplía su primer año de vida, nuestras familias pasaron por Tashken, pero ni siquiera pudimos verlas, porque las mandaron a Kokand; Rodríguez vino a avisarnos, pero Líster se quedó en el tren. El jefe de la Frunze, se negó a ayudarnos, alegando que la ciudad estaba ya saturada de refugiados. Trataba de no añadir un problema más a los muchos que tenía que resolver, pero su posición no era correcta, mientras nosotros continuáramos en la Academia, sobre todo cuando varios éramos profesores, con derecho a tener a nuestro lado a los familiares. Tuvo al fin, que ceder ante la insistencia de Modesto y al día siguiente, antes de lo que esperábamos, nuestra gente estaba otra vez en la estación de Tashkent. Ya era de noche, cuando pude encontrar el vagón en una de las numerosas vías de maniobra. Venían además de mi mujer y mi hija, mis suegros y mi cuñado, que consiguió llegar a Yableika después de varios peligrosos rodeos. A las pocas horas, después del paso obligado por una cámara de desinfección, nuestras familias estaban instaladas en un sótano convertido en refugio antiaéreo reforzado con maderos y vigas. Era una sala toda llena de camas y las condiciones higiénicas dejaban mucho que desear,

aunque teniendo en cuenta las semanas pasadas en el limitado recinto de un vagón, aquello representaba gran mejoramiento.

Mi mujer me contó todas las calamidades pasadas en la aldea, que se agravaron con la llegada del invierno y de las heladas. Todo escaseaba. No había ningún servicio médico, los niños que enfermaban se curaban solos o morían. Conseguir agua en los pozos abiertos a la orilla del río helado, era una aventura peligrosa, lo mismo que ir a buscar provisiones a los pueblos cercanos por caminos cubiertos de nieve. Los campesinos miraban a las españolas con cierta desconfianza. Sin embargo, al final se habían encariñado con ellas y hasta sintieron que se marcharan. La "jozyaika", o dueña de la isba donde vivía mi familia, lloró largo rato con lamentaciones y refranes, preguntándose a sí misma quién la ayudaría ahora encender el horno, a serrar los troncos y partir la leña, etc. Mi esposa, efectivamente, la había ayudado mucho, lo mismo que a la antigua sacristana, que lavaba la ropa de mi hija, a cambio de lo cual Carmen iba a menudo casa por casa con el aviso del comienzo de tal o cual festividad. Por cierto, que de las cinco aldeas que formaban la unidad comarcal, dos pertenecían a un rito, el de los "viejos creyentes" y tres a otro, lo que traía bastantes complicaciones para las relaciones entre ellas.

Como siempre suele ocurrir, a pesar de las penalidades del trabajo en el campo, o en la construcción, Carmen guardaba buenos recuerdos de su estancia entre aquellas sencillas y desgraciadas gentes.

El viaje a Yableika de mi suegro no tuvo grandes tropiezos. En cambio, mi cuñado corrió grandes aventuras. En vagones destartalados, sin calefacción y llenos de agujeros, fue a parar hasta Siberia, pasó hambre y frío sin cuento y sólo por un esfuerzo de voluntad llegó por fin a su destino en un estado de completo agotamiento físico.

No se había aún repuesto cuando vinieron Líster y Rodríguez para organizar la nueva evacuación. Nuestras familias salieron en trineos hasta Kuznetsk, que era la estación ferroviaria más cercana. Allí intentaron comprar algo en el mercado, con mala suerte, porque no había nada a la venta y, en cambio a mi mujer le robaron todo el dinero que le quedaba. Por fortuna, las instalaron pronto en un vagón, pero sin más provisiones que dos

sacos de patatas heladas y otro de pan seco, que los rusos llaman "sujari". Por el camino no fue posible encontrar nada de comer y llegaron a Tashkent delgados y demacrados, con los niños desnutridos y casi todos enfermos de tosferina. Y lo peor fue que en esos momentos las condiciones materiales de la capital de Uzbekia eran ya muy malas. En el comedor de profesores de la Frunze, pasábamos verdadera hambre y mirábamos con envidia a los alumnos que en la otra mitad del salón comían mucho mejor, porque recibían ración de soldado en retaguardia, que aunque reducida, representaba mucho en aquellos momentos. Las camareras eran objeto de toda clase de atenciones, con la esperanza de utilizar su influencia para repetir algún plato. Había otro comedor para los familiares de los empleados de la Academia, pero allí nunca dieron más que sopa hecha con tomates verdes hervidos, sin sombra de grasas o proteínas. Bien poco se podía conseguir con las cartillas de racionamiento. La mía la tenía que entregar en mi comedor y la de los no trabajadores consistía en unos gramos de pan negro diario y un par de cajas de cerillos y un poco de sal, al mes. Las cartillas de los niños tenían, teóricamente, algo más; pero los almacenes estaban vacíos incluso el de la Frunze.

No quedaba más solución que el mercado koljosiano, donde los campesinos ponían a la venta los sobrantes de sus granjas individuales aunque a precios astronómicos. No se podía llamar mercado negro, porque la policía permitía su libre funcionamiento, que si en tiempo de paz representaba una válvula de escape, ahora era imprescindible para que la población subsistiera. Como en un par de días se agotaba nuestro sueldo, las mujeres tuvieron que empezar pronto a vender ropa, pan negro, cerillos o sal para poder conseguir, al menos, algo de leche y alimentos para los niños. Pero esto, sí era considerado mercado negro y perseguido por la policía, que de vez en cuando hacía redadas de vendedores. Por eso al principio lo rehuimos, y Carmen vendió en la casa oficial de compra-venta lo mejor de nuestro equipaje a un precio irrisorio. Estas casas, luego lo supimos, hacían en la trastienda negocios fabulosos, pero en el mostrador, a los inocentes como nosotros, les pagaban el precio marcado por el gobierno. El empleado que atendió a mi esposa la miraba asombrado palpando las prendas de calidad "occidental", que seguramente sustituyó des-

pués por algunos harapos. Por ejemplo: por la magnífica gabardina, que me dieron en Moscú cuando salí para Francia, le dio seiscientos rublos cuando valía quizás veinte mil. Así malbaratamos nuestras mejores pertenencias, aunque en compensación, más tarde, ya muy apurados y con mayor experiencia, sacó mucho más de cualquier prenda olvidada en las maletas y que, en otras circunstancias, habría terminado como trapo de limpieza.

Todas las mañanas, Carmen se levantaba pensando qué vendería para asegurar la comida de nuestra hija. Revolvía una y otra vez el equipaje y decidía de qué podríamos prescindir. La situación de mi familia se complicaba más por la presencia de mis suegros y de mi cuñado, ya gravemente enfermo, tres bocas más para el reparto de lo poco que conseguíamos. Para intentar resolver por lo menos el problema del alojamiento fui con Merino a visitar a la esposa del coronel Sorokin, para ver si el nuevo comandante militar nos facilitaba las habitaciones que nos había prometido el anterior. Pero era inútil insistir, incluso a ella la estaban presionando para que abandonara el alojamiento que ocupaba en la Academia Militar. Tashkent, a pesar de todas las limitaciones, seguía recibiendo miles de refugiados, legales e ilegales. La vida en la ciudad era cada vez más difícil e insegura, se oían tiros en cuanto anochecía y por las mañanas, cuando nuestras mujeres salían para hacer cola en las panaderías, encontraban cadáveres tirados en las calles. Quizás muertos de hambre o a consecuencia de las luchas entre maleantes o con la policía.

Se dio la orden de detener a los sospechosos y empezó por la ciudad una verdadera cacería. Un día vimos el deprimente espectáculo de una gran columna de "besprizorniki", adolescentes andrajosos con un mundo de odio y desesperación en los ojos, custodiados por gran cantidad de policías que, seguramente, los llevaban a algún campo de castigo. Los guardianes llevaban látigos y uno de ellos en la más céntrica plaza de la ciudad, dio una terrible golpiza a uno de aquellos "prisioneros" que intentó escapar, hasta que lo vio echar sangre por la nariz y la boca. Las mujeres presentes se echaron a llorar y los hombres desviaban la vista, pero nadie se atrevió a intervenir.

En el mejor hotel de Tashkent se había instalado la misión polaca, que representaba al gobierno de Londres, y organizaba

el ejército del general Anders. Todas las mañanas veíamos allí una larga cola de desarrapados, venidos de campos de prisioneros, a donde habían sido llevados, cuando el ejército ruso entró en Polonia en 1939. Su aspecto miserable indicaba las enormes privaciones a que habían estado sometidos. Me impresionaron una vez dos mujeres con la cabeza rapada, indiferentes a todo, que despiojaban en la vía pública unos harapos procedentes de prendas que alguna vez habían sido elegantes. En el hotel se bañaban, recibían documentación y uniformes ingleses y salían por otra puerta completamente transformados, erguidos y desafiantes, mirando a todos los transeúntes, y sobre todo a los que vestíamos uniforme soviético, con un odio concentrado y terrible, que no parecía dispuesto a admitir perdón, ni olvido. Porque la mayoría de esos polacos (entre ellos no pocos simpatizantes comunistas) habían buscado refugio en la zona de Polonia ocupada por los rusos, huyendo de los alemanes, para acabar siendo enviados a Siberia sin discriminaciones. No los salvaba de esta suerte, ni siquiera el ser judíos. La hermana de León Rubinstein estuvo también largo tiempo presa hasta que la Komintern consiguió liberarla.

Entre tanta desgracia que nos rodeaba, mantenían nuestra moral las buenas noticias que venían de los frentes. La contraofensiva de las tropas soviéticas en Moscú había tenido completo éxito y los alemanes tuvieron que ceder todo el terreno conquistado de los accesos inmediatos a la capital. El ataque ruso, que comenzó a principios de diciembre fue apoyado por tanques T-34, por primera vez en número suficiente para mostrar su superioridad en el campo de batalla, y por bastante artillería, en particular, los terribles lanzacohetes "Katiusha", de enorme densidad de fuego. A pesar del mal tiempo, la aviación soviética volvía a aparecer en los cielos, en ayuda de las tropas de tierra, con vuelos rasantes de los Yak, aviones de asalto (shturmoviki). A la dureza de los combates se unían las inclemencias del clima, para las cuales no estaban preparados los alemanes, quienes a mediados de enero tuvieron que realizar un repliegue general para evitar el cerco y el aniquilamiento. En la operación, perdieron muchos hombres y material, pero pudieron mantenerse delante de Rzhev, Vyazma, Bryansk y Orel. Se hizo público que la contraofensiva había sido dirigida por el general del ejército Zhukov,

cuyo comisario era Bulganin. Uno de los jefes más destacados era el general teniente Rokossovski, que al empezar la guerra estaba en prisión, como consecuencia de las purgas de jefes militares.

No sabíamos entonces que casi dos millones de soldados soviéticos cayeron prisioneros de los alemanes en sólo medio año de guerra, pero no ignorábamos que las sucesivas derrotas aniquilaron la parte más escogida del Ejército Rojo. Pero la catástrofe era de tal magnitud que no era el momento de detenerse a pensar en las responsabilidades de Stalin, al contrario, debíamos confiar en que su carácter duro, tenaz e inflexible era, precisamente, la mejor garantía para que Rusia saliera del atolladero.

Millones de hombres debían reemplazar en el frente a los desaparecidos, y las fábricas trasladadas a la taiga siberiana tenían que producir armamento. La ayuda anglo-nortemericana sólo comenzaba y no podía ser decisiva. La propaganda soviética hablaba bien poco de comunismo o de revolución, todo se concentraba en la defensa de la patria contra los invasores. En la prensa, venían incluso declaraciones y fotografías de soldados zaristas veteranos de la Primera Guerra Mundial con las cruces de San Jorge, que ganaron entonces contra alemanes y austriacos. Se sacó a los popes de la cárcel o del olvido para que predicarán la guerra santa en nombre de la Iglesia Ortodoxa y de la Madre Rusia. En medio de los azares de la guerra se iba creando la ilusión de mayor libertad para después de la victoria, ya que no habría necesidad de dictadura una vez eliminado el enemigo exterior.

La situación de nuestros familiares era cada vez peor. Mal alimentados, amontonados en el reducido espacio de la "cueva", como llamábamos al sótano, eran presa fácil de cualquier enfermedad, que se extendía sin obstáculos. Así se desarrollaron epidemias de sarampión, tos ferina y bronconeumonía. Tanto entre los niños como entre los adultos aparecieron síntomas de tuberculosis. Uno de los atacados por la enfermedad fue mi cuñado. Al poco tiempo de llegar a Tashkent tuvo un vómito de sangre, y el médico que lo examinó le dijo a Carmen que rara vez había visto empezar esta infección con un carácter tan virulento. Le recetaron unas tabletas de calcio, lo único disponible en las farmacias; comida abundante, completamente fuera de nuestro alcance; y mucho reposo, que sí podía hacer. Solamente su juven-

tud lo sostenía. Carmen, que llegó a perder 30 kilos de peso y que lo atendía, afortunadamente no enfermó y la niña resistió bien. Cierto que la abuela la sacaba de la "cueva" desde el amanecer y se pasaba el día entero en un jardín próximo, donde Carmiña sufría, porque no podía correr como otros niños por falta de calzado, hasta que a la niña de Líster le quedaron pequeñas unas botitas que traía desde Francia y mi hija pudo empezar a andar por la calle, le gustaba estar con los niños y entendía el ruso y el español. Hasta el año y medio su madre siguió alimentándola, para de alguna manera protegerla. Durante la guerra de España creíamos haber pasado privaciones, pero ahora por primera vez sabíamos lo que era el hambre de verdad y las calamidades. Por ejemplo, teníamos solamente una cuchara y ni siquiera jabón para lavarla bien. Cuando enfermó mi cuñado me decidí a robar una en el comedor de la Academia, metiéndola disimuladamente en una bota. Esto hacía todo el mundo, por eso los cubiertos desaparecían rápidamente de los comedores.

Los profesores de la Academia lo pasábamos bastante mal. Aguantábamos largas horas de ejercicios en el campo, bajo un sol abrasador en el verano, azotados por el frío y la lluvia en el invierno, de acuerdo con los cambios bruscos de temperatura característicos del clima continental. Desayunábamos un poco de pan negro y un vaso de un líquido ligeramente coloreado llamado té. Al volver, ya avanzada la tarde comíamos unos macarrones hervidos sin grasa y algunas veces una minúscula albóndiga (Kotleta). Después de trabajar toda la tarde cenábamos aún peor que habíamos comido y nos acercábamos unos minutos a ver a las familias, llevándoles parte de lo que nos daban en el comedor, resistiendo la tentación de devorarlo. Dormíamos pesadamente y antes del amanecer nos levantábamos para empezar la nueva jornada. Los españoles teníamos además los problemas que nos planteaba el colectivo. Modesto y Líster sacaron la teoría de que si aceptábamos unos cuantos un trabajo docente era un obstáculo para que nos mandaran a todos al frente. Así tranquilizaban su conciencia y tenían una disculpa para no trabajar. El resultado fue que sólo algunos españoles realizamos un trabajo útil, preparando centenares de oficiales, mientras la mayoría del grupo, se dedicaba a hacer tertulia, recorrer mercados y jugar a las cartas. La única excepción fueron cinco compañeros escogidos

entre los menos significados que fueron incorporados a las unidades guerrilleras.

De las fábricas evacuadas desde Ucrania algunos españoles habían llegado a Tashkent, donde vivían en condiciones de la más negra miseria. Otros vivieron en trenes que durante meses fueron de un lado para otro. Un día en el mercado nuestras mujeres encontraron un españolito de apenas quince años, que vivía robando. Era alumno de una escuela de aprendices y por alguna falta había sido expulsado del tren y abandonado en pleno desierto. Pudimos convencer al irresponsable director de que lo volviera a admitir.

El 21 de marzo recibió Modesto un telegrama comunicándole el fallecimiento de José Díaz, en Tiflis. Dimos por supuesto que había muerto víctima de su enfermedad y pasó algún tiempo hasta que llegaron a nosotros los primeros rumores de que se había suicidado. Aunque trataron de ocultarlo cuidadosamente, la capital de Georgia estaba llena de evacuados, entre ellos muchos niños españoles, que supieron que se había tirado a la calle desde un balcón, y fueron divulgándolo por todo el país, por transmisión oral, que era como en general se conocían las noticias "no publicables". Al principio nos negábamos a creerlo, por muy insistente que fuera el rumor, pero terminamos por convencernos, aunque nunca se haya aceptado oficialmente. ¿Qué indujo a José Díaz a tomar esta determinación? En primer lugar debieron ser los atroces dolores que sufría, falto de medicinas, aislado por completo de la emigración y la dirección y, por tanto, desorientado sobre la marcha de los acontecimientos. Seguramente terminaría de quebrantar su moral conocer las terribles penalidades que estaban pasando los españoles y muy particularmente los niños, enviados a la URSS para salvarlos. A medida que el riguroso secreto se fue diluyendo por las inevitables indiscreciones, se supo que había dejado varias cartas que pasaron al agente del NKVD que siempre lo acompañaba. El que nunca se hayan publicado hace creer que José Díaz dejó escrito algo que estaba en desacuerdo con la ortodoxia comunista. Lo más probable es que nunca se sepa cuál fue su testamento.

Desaparecido el secretario general, lo natural hubiera sido una reunión de dirigentes que eligieran un sucesor. Pero nada

se hizo como para demostrarnos a los militantes que realmente no era necesario; cualquiera podía ser agente de enlace. Por el momento aparecieron dos: Jesús Hernández, que estaba en Kuibyshev al lado de Dimitrov, y Dolores Ibarruri, que residía en Ufa, en las oficinas de la Komintern. Esta situación anormal iba a reflejarse pronto en los colectivos españoles.

Líster y Modesto se pusieron abiertamente al lado de Jesús Hernández y Dolores empezó a ser objeto de toda clase de epítetos despectivos, que subían de tono cuando se referían a Francisco Antón, al que llamaban "Godoy" en recuerdo del favorito de la esposa de Carlos IV. Mi situación dentro del colectivo había empeorando, porque en la nota necrológica de José Díaz que publicó toda la prensa soviética, firmada por todas las personalidades del mundo comunista, venía mi nombre junto al de Líster y Modesto, lo que provocó que éstos pensaran que en las altas esferas estaban tratando de utilizarme a mí, en contra de ellos. Como consecuencia, mis compañeros me eludían cuando estaba presente algún incondicional de nuestros "responsables".

En la primavera, Francisco Antón, que recorría en visita oficial los colectivos españoles de Asia, llegó a Tashkent. Venía a tratar de resolver nuestros problemas materiales y a la vez, era evidente, sondear las opiniones con vistas a la elección de nuevo Secretario General. Con este fin dejó instrucciones a una persona de su confianza para que le siguiera mandando información. Aproveché la ocasión para plantearle la situación creada con la enfermedad de mi cuñado, y en honor a la verdad hizo todo lo posible por ayudarnos a todos. Lo más urgente era liquidar la "cueva" que Antón encontró en plena epidemia de sarampión, durante la cual falleció una niña de Muñoz. Consiguió del Ayuntamiento órdenes de alojamiento para nuestras familias que repartieron Líster y Modesto, quedándose ellos naturalmente con la primera que se consiguió y dándome a mí la última. En una ciudad tan terriblemente recargada a cualquier cosa se podía llamar alojamiento, y el que me tocó en suerte era un pequeño almacén situado en el patio de una casa. La puerta tenía puestos sellos y un candado que rompí y dejé a mi suegro al cuidado de nuestro posible hogar. Mientras iba a la Academia a buscar un camión para hacer el traslado llegaron otros ciudadanos con una orden

tan válida como la mía y echaron a mi suegro. Modesto y Líster me achacaron a mí la culpa, lo que les sirvió de pretexto para no volver a preocuparse de mi problema, que resolvió la Academia trasladándome a la residencia de los profesores y empleados, instalada en un lugar pomposamente llamado "Palacio de los Sindicatos", que antes de la guerra había alojado las oficinas de todos los sindicatos de la ciudad. Consistía en un enorme patio, rodeado de pabellones, algunos de dos pisos, con un pequeño jardín al fondo. Todos estaban sobrecargados, pero nos hicieron sitio en un lugar de paso, especie de portal con una pequeña ventana al fondo. Separando con unas cuerdas y unas mantas la parte utilizable de la que seguiría siendo paso, instalamos nuestras cuatro camas, alrededor de una mesa, con lo cual sustituimos las sillas. El vivir allí tenía dos ventajas: la puerta estaba guardada por vigilantes por lo que era un lugar seguro, y todas las tardes había servicio de "Kopyatok", enorme samovar que proporcionaba agua hirviendo, nuestra única cena durante mucho tiempo, raramente enriquecida con unas hojitas de té, y siempre sin azúcar. Lo único desagradable eran los retretes colectivos siempre sucios y de tiempo en tiempo inutilizables, hasta que venían a vaciar los pozos negros. De todos modos, una vez instalados nos consideramos privilegiados en cuanto a alojamiento, y sólo quedaba resolver el problema de la alimentación. Entonces ocurrió una desgracia que vino a favorecernos: un alto dirigente del Partido Comunista checoslovaco murió de hambre y fue enterrado en la fosa común. Cuando llegó la noticia a las altas esferas, cayó sobre el MOPR (Socorro Rojo Internacional) una buena reprimenda y el problema de los emigrados políticos empezó a preocuparles. Por esto empezamos a recibir un racionamiento especial de comestibles de mala calidad (el aceite de algodón sin refinar recordaba el de motores y el arroz y los fideos, venían mezclados con las cosas más increíbles), pero que fueron recibidos con gran alborozo.

Como el problema era general, la Academia también gestionó que los profesores recibieran ración de soldado en retaguardia, con lo cual nuestra situación mejoró notablemente, podíamos ya comer hasta dos veces al día.

A mediados de 1942 la Academia Frunze se convirtió en un gigantesco centro educativo. Venían a estudiar oficiales de todos

los frentes y de todas las regiones del país, generalmente muy bien informados de la marcha de los acontecimientos. La opinión general era que la situación ya no era tan grave como en el otoño del 41. Se organizaban muchas nuevas unidades, la industria reinstalada empezaba a surtir armamento suficiente y la ayuda anglonorteamericana se empezaba a notar. Había completa confianza en que la próxima contraofensiva sería un descalabro para los alemanes. Trabajábamos a gusto con este tipo de alumnos llenos de moral. Estábamos bien considerados en nuestro trabajo, teníamos la experiencia de la guerra de España y sabíamos dirigir los ejercicios con bastante realismo. Destacábamos además porque la mayor parte del personal docente era improvisado, muchos no tenían suficiente preparación y otros estaban de profesores solamente porque habían fracasado en el frente o escapado de algún cerco, lo que era impedimento absoluto para volver a recibir mando. Yo conforme iba adquiriendo dominio en el idioma, me sentía muy a gusto en mi trabajo; aumentó mi seguridad en mí mismo cuando un grupo de alumnos escogidos, todos coroneles llenos de condecoraciones, consiguieron del jefe del curso que fuera yo su jefe de táctica, después que les di clase unos días por enfermedad del titular, un general mayor.

Sin embargo, estaba tan agotado físicamente que al llegar el verano las clases en el campo, siempre en los linderos del desierto, se convirtieron en una verdadera tortura. Usábamos un sombrero de ala ancha, reglamentario para el ejército ruso en el Asia Central, de tela demasiado fina para aquel sol abrasador. Aseguraban en Tashkent que la temperatura en el campo subía en el verano hasta 70°C. En la ciudad el calor era también enorme. El asfalto se reblandecía y en las primeras horas de la tarde las calles se vacíaban, aunque la guerra hubiera eliminado la costumbre de la siesta.

A primeros de julio los alemanes llegaron al río Don delante de Voronezh, y más al sur avanzaron por la estepa sin encontrar obstáculos. Los mandos soviéticos seguían ahora una táctica de defensa elástica, conservando sus fuerzas aun a costa de perder terreno. No hay duda que esto no era muy del gusto de Stalin, como lo demostró una editorial publicada en "Pravda" con motivo de la pérdida de Rostov del Don, abandonada apresuradamente a

fines de julio, cuando los alemanes ya habían cruzado el Don en la Stanitsa Tsimlyanskaya. En tono amenazante el órgano soviético advertía que ya no se podía entregar al enemigo ni un palmo de tierra más. Luego supimos que había sido Malinovski el que se retiró, para evitar el cerco de sus tropas por lo que fue degradado del mando de un Ejército al de una División. De todos modos la realidad se impuso y los rusos siguieron retrocediendo hasta Stalingrado. Durante el mes de agosto en las estepas entre el Don y el Volga la resistencia se fue endureciendo y todo indicaba que Stalingrado era el límite de la retirada soviética.

A mediados de septiembre las unidades alemanas del 6° Ejército, mandadas por el general Von Paulus, ocuparon la orilla del Volga al norte y al sur de la ciudad y empujaron las tropas rusas hacia el río. Durante varias semanas se combatió casa por casa o mejor, ruina por ruina. La radio alemana se ufanaba de que toda la ciudad estaba dominada, salvo pequeños focos que no tardarían en caer aniquilados, pero la realidad fue que no lo consiguieron nunca. Estos focos de resistencia, durante la noche eran abastecidos a través del Volga y la artillería rusa desde la otra orilla martilleaba sin cesar las posiciones alemanas.

Los rusos sufrieron grandes pérdidas, pero menores que cuando eran cercados por los alemanes en los primeros meses de la guerra. Los relatos sobre la batalla de Stalingrado llenaban la prensa diaria y pronto fueron familiares los nombres de los jefes: mandaba el frente Yeremenko que tenía a Jruschiov de Comisario; Chuikov, era el jefe del Ejército y Rodimtsev, consejero de Líster en España, mandaba la División de la Guardia. Para nosotros resultaba incomprensible la ofuscación de los alemanes en su empeño por conquistar unos cuantos edificios destruidos, defendidos sólo por unos puñados de combatientes, lo que nos recordaba la batalla del Ebro; pero confiábamos en que los rusos pudieran aprovechar mejor que nosotros el tiempo que ganaban en la batalla, ya que sus posibilidades eran mucho mayores que las nuestras en 1938. Un grupo de profesores estaba encargado de preparar planes para la defensa del Asia Central, para el caso de que el enemigo pudiera pasar el Volga, pero nadie admitía que eso pudiera suceder.

El ala sur del avance alemán, separada del ala norte por la estepa semidesértica de los Kalmukos, tampoco alcanzó éxitos decisivos. Una patrulla de cazadores alpinos austriacos, llegó a poner una bandera nazi en la cima del monte Elbruz, a 5,658 metros de altitud, pero en el río Terek fueron detenidos, con lo que fracasaron los planes de ocupar la zona petrolífera del Cáucaso. Durante esta ofensiva cayó en manos de los alemanes un grupo de jóvenes españoles que evacuaban una escuela desde Stalingrado. Fueron enviados a España.

En ese verano me destinaron a un curso de la Academia que estaba instalado en otro local, con todos los servicios independientes. Comía allí después de las clases, y luego, para no llegar tarde, iba corriendo al comedor del edificio principal, del que conservaba los talones. De esta forma, podía llevar algo a casa. Con las prisas me comí una vez un "piroshok" tan duro, que me rayé el esófago con sus aristas y estuve varios días molesto. El médico me dio un poco de aceite albaricoque para tragarlo; pero mejor lo utilizamos para cocinar. La vida de nuestra familia giraba en torno a mi hija, todo lo sacrificábamos para que sintiera lo menos posible las privaciones que sufríamos. A pesar de que no había jabón, su madre y su abuela se las arreglaban para llevarla muy limpia, por lo que siempre llamaba la atención. Mi suegra la sacaba diariamente al parque desde las ocho de la mañana; pero a Carmiña le encantaba deambular por nuestros dominios: el patio y el pequeño jardín. La única niña de su edad en nuestras viviendas, era una tártara, que le enseñó su idioma. Nosotros le hablábamos en español, los vecinos en ruso, uzbeco o polaco, y ella contestaba a todos sin confundir un idioma con otro con su limitado vocabulario, sólo algunas veces al empezar a hablar tartamudeaba un poco, como si no supiera qué lengua utilizar. La protegíamos todo lo posible e iba eludiendo todas las enfermedades que acechaban a los niños en Tashkent. Un día pudo haberla picado un escorpión que encontramos debajo de su almohada, lo que nos hizo aumentar la vigilancia.

Mi cuñado no mejoraba, estabamos haciendo gestiones para que lo internaran en un sanatorio, pero no lo conseguíamos. Mi suegro se derrumbaba también a ojos vistas, todo su afán lo puso en conseguir una pensión como enfermo que tras mucho

papeleo, y por gestiones del MOPR, le concedieron en el Soviet de la ciudad. Eran sólo doscientos rublos mensuales, pero el primer pago, con los atrasos, fue de ochocientos rublos lo que fue para él una gran alegría, pues así cooperaba a la carga familiar. A mediados de julio, su estado se empeoró con una fuerte diarrea. Lo reconocieron en el dispensario antituberculoso, al que iba mi cuñado y le apreciaron una grave insuficiencia cardíaca, ni siquiera quisieron hacerle una radiografía "preocúpese de su hermano", le dijeron a mi esposa, "y dé por perdido a su padre, en otros momentos quizá se pudiera hacer algo, pero en estos" terminó la médica, encogiéndose de hombros.

Con la llegada del verano comenzó a abundar la fruta. Carmen vendió su reloj Longines, lo único de valor que nos quedaba, y todo fue a parar en unos enormes y sabrosos melones. Los comíamos vorazmente, y desnutridos como estábamos, todos tuvimos disentería. La mía no se curaba con los medicamentos disponibles. Los médicos de la Frunze no me podían liberar del trabajo, porque sólo en caso de fiebre podían hacerlo, y yo nunca la tenía. Pero como cada vez estaba más débil, terminaron mandándome al hospital militar de la ciudad completamente repleto de heridos y enfermos. En cuanto llegué, me hicieron tomar una ducha, me afeitaron los sobacos y las ingles y me instalaron en una sala para oficiales de la sección de gastroenterología. Primero me purgaron, con las consecuencias previsibles, luego me dieron a beber un bacteriófago y como los análisis no mostraron infección, no me trataron más que con una rigurosa dieta, al principio pan seco y té sin azúcar. Quedé reducido a huesos y pellejo, pesaba veinte kilos menos de los que correspondían a mi estatura. Lentamente me fui recuperando, la dieta empezó a incluir algunas papillas, y a los 15 días me encontraba ya lo suficiente bien para pedir el alta, lo que me concedieron en seguida, pues necesitaban mi cama para otros enfermos que aguardaban.

Después de salir del hospital estuve unos días en una casa de reposo de la Academia para convalecientes o agotados. Me sentía cansado, no tenía mucho apetito y pronto recaí de mi enfermedad. Cuando volví a dar clases me encontraba tan mal como antes del tratamiento. De repente, a principios de octubre, mi

hija presentó un día síntomas de fatiga, la llevó su madre al dispensario infantil y la médica no le dio importancia, dijo que la mayoría de los niños de Tashkent estaban así o con los ojos inflamados: "es el polvo del algodón", añadió.

A pesar de su tranquilidad, cuando llegué por la tarde a casa, estaban todos alarmadísimos. Unos vecinos nos recomendaron un médico. Resultó ser un hombre ya de cierta edad, muy culto, educado en Francia y que tenía una idea muy romántica de los españoles. Era un gran especialista y director del Hospital Infantil. Opinó como la doctora del dispensario, pero nos tranquilizó diciendo que, según su experiencia, cuando los niños se iban de Tashket no volvían a enfermar, que nuestra hija estaba increíblemente sana dadas las circunstancias y que con un poco de adrenalina se pondría como nueva. Pero como nosotros estabamos tan asustados y sabíamos que en las farmacias era imposible encontrar medicinas, le pedimos que admitiera a la niña en su hospital acompañada de mi esposa. El aceptó, aunque no lo consideraba imprescindible.

Aquella tarde, por motivos que nadie aclaró nunca, dejaron de funcionar los tranvías de la ciudad y una masa inmensa de personas se desplazaba en todas direcciones, después de salir de sus trabajos. No tuve paciencia para intentar conseguir un coche en la Frunze y andando, yo con la niña en brazos, nos trasladamos hasta el Hospital Infantil, que estaba en las afueras de la ciudad. Me olvidé de mis achaques y sólo iba pendiente de la respiración de mi hija, aunque ella nos parecía sentirse mal, miraba con curiosidad a la gente y hasta hacia comentarios. Al llegar a nuestro destino, la dejé allí junto con su madre, y en cuanto la inyectaron, desaparecieron todos los síntomas, que curiosamente no se le volvieron a presentar, aunque es de suponer que el polvo del algodón siguiera aún muchos días en el aire. Por precaución, estuvieron allí unos días, muy bien atendidas, como pasaba casi siempre con los españoles en todas partes, pero la situación en el hospital era terrible y deprimente. Con ellas habían hecho una excepción, ya que las madres sólo eran admitidas con sus hijos, cuando éstos tenían menos de seis meses. Además Carmiña se encontró pronto bien y era la consentida de médicos y enfermeras, que por oirla le hablaban en tártaro o

en uzbeco. Pero había una enorme mortalidad entre los pequeños pacientes, la mayoría con bronconeumonías infecciosas, y por las mañanas muchas cunas se vaciaban y sus ocupantes eran trasladados al depósito de cadáveres. No había sulfas, aunque se vendían, más o menos adulteradas, en el mercado negro. Las mismas enfermeras avisaban a los padres, que si no obtenían fuera la medicina, el niño se moriría y los hacían salir despavoridos hacia el mercado donde todo se podía conseguir. Nunca olvidará Carmen los gritos de una judía polaca que entraba radiante con el "sulfidín", comprado sabe Dios a qué precio, para encontrar a su hijo muerto.

A mi suegro hubo que mandarlo también al hospital civil para curarle su diarrea. Allí mejoró rápidamente, se alimentaba mejor e incluso engordó un poco. El día 8 de noviembre fue Carmen a verlo; cuando llegó era hora de la comida, y la enfermera que subía a la sala, le dijo que esperara un poco, que su padre estaba bien y pronto bajaría. Sin embargo, a los pocos momentos, volvió muy agitada porque su paciente acababa de morir de un paro cardiaco. Lo único que se le ocurrió decirle para consolarla, fue que era una suerte que ella se encontrara allí, pues morían los enfermos y no tenían medio de avisar a los familiares, pues el correo interior no funcionaba, y cuando las dificultades de la vida les permitían ir a ver a los hospitalizados, se enteraban que hacía tiempo descansaban en la fosa común. Como confirmación le señaló un camión que salía lleno de cadáveres completamente desnudos. No nos quedaba otra cosa que organizar nosotros el entierro, lo que no parecía cosa fácil. Modesto, me aseguró que el hospital se encargaría de hacerlo, que no nos preocupáramos de eso, que así había ocurrido en el caso del suegro de nuestro compañero Boixó, fallecido poco antes. En cuanto a gestionar una caja con el MOPR, lo consideraba inútil, ya que un alto funcionario de la organización, muerto poco antes, había sido enterrado en un féretro de segunda mano, que, casualmente, había aparecido en un Instituto de Investigación. Prescindí entonces de Modesto y me puse arreglar las cosas por mi cuenta, estaba dispuesto a evitar que mi suegro fuera lanzado como tantos otros a una tumba colectiva. Le había prometido a la abuela que, dentro de las circunstancias, su marido tendría una sepultura decente. Fui a hablar con el jefe de servicios de la Academia, que com-

prendió mi caso y sin dificultades me concedió que en su taller de carpintería me hicieran una caja y me prestó un camión. El problema que quedaba era encontrar un enterrador que preparara la fosa. El día 9 de noviembre, por la mañana mandé a mi cuñado, con fiebre de 38°, al cementerio con cien rublos y un paquete de tabaco, a contratar a alguno. Necesitaba además ayuda para cargar el ataúd y recurrí a Sánchez Tomás, antiguo jefe de artillería de Líster, hombre de cierta edad, ex-sargento del ejército, poco destacado en todo y apartado de las intrigas políticas. Yo estaba seguro de que no tendría inconveniente de colaborar en el acto pequeño burgués (así fueron calificados por nuestros dos responsables nuestros sentimientos) de dar tierra a un muerto.

Por la mañana, fui al Soviet de la ciudad a conseguir el acta de defunción y el permiso para el entierro. A primeras horas de la tarde me dieron el camión y con él fui a buscar la caja, que estaba hecha de madera de embalaje, y, naturalmente, sin pintar. Hacía frío y empezaba a lloviznar aguanieve. Carmen se sentó delante con el chofer y Sánchez Tomás y yo, detrás, encima del modesto féretro. En el hospital hice que mi mujer quedase en la cabina y con mi compañero entré en la barraca donde se amontonaban los muertos, todos desnudos. Una mujer de la limpieza se encargó de amortajar a mi suegro con una sábana que le dimos, lo acomodamos en su ataúd y salimos para el cementerio. Allí todo fue rápido. Mi cuñado tenía contratado un hombre, que en pocos minutos cavó un profundo hoyo, manejando hábilmente, una enorme azada. Bajo su dirección bajamos la caja, que pronto estuvo cubierta por la tierra. Excepto Sánchez Tomás al que forcé a venir pidiéndoselo personalmente, ningún compañero mío nos acompañó en esos momentos. Algunos de ellos se disculparon luego.

Aquel otoño trágico en Tashkent, la mortalidad subió enormemente. Las enfermedades hacían presa fácil en las personas agotadas. Durante todo el día que pasó mi cuñado en el cementerio esperándonos, había visto llegar muchos vehículos cargados de cadáveres, que sin miramiento amontonaban en una sala usada como depósito. Lo que más le impresionó fue ver a un empleado arrastrando por los cabellos a una mujer desnuda, sin duda ya cansado y sin fuerzas para cargarla. Como contraste, cuando salíamos del cementerio, vimos a toda una familia rusa, la viuda y

una serie de hijos, que siguiendo la costumbre, se estaba retratando junto al féretro un poco inclinado para que se viera también el difunto. Fotos como aquella habíamos visto muchas veces en las paredes de las isbas campesinas. Por la ciudad presenciamos muchas veces entierros de niños, un solo hombre o mujer, cargando una caja improvisada o, simplemente, un paquete alargado, preguntaba el camino del cementerio y al que se trasladaba en tranvía. Otras veces, con más ceremonia, se veía a un padre llevando colgado del cuello el pequeño féretro profusamente adornado por manos amorosas con papeles recortados. Un día mi suegra, yendo de paseo con mi hija, se acercó al que creía vendedor ambulante de caramelos y cuál no sería su sorpresa cuando comprobó que se trataba de un cortejo fúnebre.

Pero cuando los difuntos eran adultos, ya era más difícil organizar sus funerales y eran los servicios municipales los encargados de darles sepultura en la forma cruda ya relatada.

A mediados de noviembre, el MOPR, al fin, obtuvo el ingreso de mi cuñado en un sanatorio antituberculoso de las montañas. Iba sin limitación de tiempo y esperábamos que fuera sometido allí a un verdadero tratamiento. Nos escribió muy contento de las condiciones de vida y la alimentación, lo que para su enfermedad era decisivo. Estaba además descubriendo un mundo exótico: el pueblo uzbeco, no mediatizado por la ciudad.

En el otoño, vino a Tashkent el comisario del batallón español del NKVD, Francisco Ortega, que tenía el grado de mayor. Presumía de campesino y hasta se ofendió cuando le dije que un abuelo mío también lo había sido, y que gran parte de la población urbana de España y del mundo entero procedía, precisamente, del campo. El se creía con derecho a la exclusividad. Por lo demás, era un funcionario medio, típico del Partido; de maneras suaves, que nunca le miraba a uno a la cara y con quien no podía pensarse en hablar francamente, porque su principal misión era encontrar desviaciones políticas en las palabras o en las actitudes de sus subordinados. En una palabra, tenía la actitud del sacerdote fanático de cualquier religión.

Tuvo Ortega largos conciliábulos con Líster y Modesto que lo alojaron en su casa. Me enteré de que su visita estaba relacionada con el traslado a Trascaucasia de su unidad, desarrollando, al

mismo tiempo, los planes de Jesús Hernández, de incorporar a la misma a todos los españoles desperdigados y en pésimas condiciones, para asegurarles, al menos, el racionamiento militar para evitar que siguieran pasando hambre. Cinco alumnos de nuestro grupo de la Frunze fueron también incorporados a dicho batallón. Nuestros dos responsables hablaban de esa unidad como si se tratara de un sanatorio de recuperación, pero era evidente que su traslado obedecía a algún plan y que ya no iba a desempeñar tranquilas funciones de guarnición, como al principio, sino que estaba destinado a cumplir misiones de guerrilleros ("partizany") en la retaguardia del enemigo. Tuvimos una reunión para despedir a los que se iban. Fue bastante triste, a pesar de las risas y de los brindis, ya que no nos engañábamos acerca del futuro peligroso que los esperaba.

También Fusimaña pasó por Tashkent. Charlamos bastante pero noté en él algo raro. Habíamos tenido gran confianza mutua en Cataluña, que se consolidó en los primeros meses en la Unión Soviética. Ahora lo veía preocupado por algo que no me dijo y nuestra conversación estuvo llena de frases convencionales. No pude dejar de pensar, que tenía problemas serios con Ortega y ya no se fiaba de nadie.

A primeros de noviembre, empezó a mejorar la situación militar para Rusia y sus aliados. Stalingrado resistía, aunque su guarnición estuviera fragmentada en grupos aislados, colgados virtualmente del borde de la abrupta orilla derecha del Volga, que en cuanto se helase iba a permitir un aprovisionamiento más fácil, casi imposible en estos momentos por los bloques de hielo que arrastraban las aguas. En su discurso del 6 de noviembre, la víspera del aniversario de la Revolución de Octubre, Stalin había citado el refrán "también en nuestras calles habrá fiesta" como indicación clara de que se acercaban grandes acontecimientos.

Efectivamente las reservas soviéticas, que habían sido concentradas en el mayor secreto, comenzaron el 19 de noviembre una gran ofensiva en el frente de Stalingrado. Los flancos del ejército de von Paulus, defendidos por rumanos, fueron aplastados por terrible fuego de artillería y bombardeos de aviación, luego, por las brechas abiertas, se precipitaron masas de tanques, caballería e infantería, que en la tarde del 23 de noviembre se

juntaron cerca de Kalach, cercando a los alemanes. Von Paulus, que pudo abrirse paso con sus fuerzas si emprende la retirada a tiempo, recibió orden de no abandonar la ciudad y todas las unidades alemanas disponibles fueron lanzadas en su socorro. Pero a mediados de diciembre, otro nuevo golpe ruso colocó a sus enemigos en una situación desesperada. A pesar del mal tiempo, de las temperaturas bajísimas y las nevadas, al noroeste de Stalingrado, las unidades soviéticas, al mando del general Vatutin, cruzaron el Don y desbandaron a un ejército italiano. Los T-34 avanzaron rápidamente hacia el sur y surgió para los alemanes el peligro de que con la toma de Rostov fuera cercado también su ejército del Cáucaso. Así Von Paulus quedó abandonado a su suerte y el cerco se hizo más firme, sin esperanzas de ayuda, pues hasta los aviones que trataban de aprovisionarlo eran casi todos derribados por los rusos antes de llegar a su objetivo.

Durante el mes de enero de 1943, las unidades alemanas cercadas en Stalingrado fueron metódicamente aniquiladas por las fuerzas soviéticas del Frente del Don, del general Rokossovski y del Frente de Stalingrado, del general Yeremenko; fue una batalla de exterminio en la que los rusos hicieron valer su superioridad en medio de las condiciones inclementes de un invierno excepcionalmente riguroso. La lucha terminó a fines de mes con la rendición de Von Paulus, de dos docenas de sus generales y cerca de cien mil soldados. En la zona de los combates se contaron más de ciento cincuenta mil cadáveres de alemanes y quedaron abandonadas montañas de material de guerra de todas clases. En largas columnas, los prisioneros cruzaron el Volga camino del cautiverio, del que muy pocos sobrevivirían para poder regresar a su país.

Esta gran victoria sacudió de un extremo a otro todos los confines de la Unión Soviética. Representaba un cambio decisivo en todo el desarrollo de la guerra. El ejército ruso no sólo se había reorganizado después de muchas derrotas y catástrofes, sino que, bien armado por una industria que empezaba a funcionar después de su traslado al este había conseguido, con gran habilidad, concentrar sus fuerzas en secreto, en los puntos débiles del enemigo y asestar golpes contundentes que aniquilaron las mejores unidades del ejército alemán. Llegaba la hora de liberar al

territorio nacional ocupado. La moral del pueblo soviético se elevó notablemente y nadie dudaba ya de que se podía derrotar a Alemania, aunque quedasen aún por delante muchas privaciones en la retaguardia y muchas batallas en el frente.

En Stalingrado murió el teniente Rubén Ruiz Ibarruri. Herido en el otoño de 1941, había sido evacuado a Ufa con la Komintern, pero luego insistió en volver al frente. Su vida, junto a la de muchos otros jóvenes se sacrificó en aquella batalla decisiva que iba a cambiar la historia del mundo.

La ofensiva rusa de invierno se desarrolló también en otras partes. A mediados de enero en Leningrado, después de duros combates, las tropas soviéticas ocuparon Petrokrepost, abriendo así un camino para el abastecimiento de la ciudad sitiada. En ese sector a primeros de febrero, fue roto el frente defendido por la "División Azul" de falangistas españoles, que sufrió muchas bajas, entre ellas bastantes prisioneros. En la primera mitad de febrero, los rusos liberaron Kursk, Belgorod, Rostov del Don y Jarkov. Mientras tanto, los alemanes evacuaron apresuradamente todo el Cáucaso, excepto una pequeña cabeza de playa en Novorossisk y la península del Kubán, para cubrir el estrecho de Kerch.

A principios de 1943, las tropas soviéticas recibieron nuevos uniformes. Aparecían en ellos las antiguas charreteras o "pogony" de las tropas zaristas. Era inevitable recordar las historias de la guerra civil cuando esas insignias diferenciaban a los rojos de los blancos. Quedaba aún la estrella roja de cinco puntas con la hoz y el martillo, pero en el aprovechamiento de las pasadas tradiciones, le había tocado el turno a las hombreras. Los coroneles recibieron como gorro de invierno la "papaja" zarista, que ya usaban los generales soviéticos. En las guerreras se incluyó un anticuado cuello rígido, muy incómodo y además de la clásica "guimnastiorka" (variedad militar de la "rubashka" campesina), los jefes, oficiales y clases, podían usar el "kittel" alemán con su fila de botones, que se había adoptado en Rusia en el siglo XIX. Se ordenó que mejorara la presentación de los mandos, sobre todo en retaguardia, y tuve que cambiar mi largo capote de campaña de burda lana, por uno corto de tela inglesa recién llegada, y mis botas gruesas por otras más finas.

Los nuevos uniformes vinieron acompañados de otros cambios. El Ejército Rojo iba a perder hasta su nombre para convertirse en "Ejército Soviético". De esta forma se quería, sin duda, acentuar el carácter institucional de las fuerzas armadas surgidas de la revolución bolchevique, y a la vez, recordar menos a la guerra civil, que había instaurado dicho régimen. Volvieron a desaparecer los comisarios, es decir, se restauró el mando único, con sustitutos para el trabajo político, adjuntos a los jefes en todos los escalones, pero supeditados a ellos. Se trataba sin duda de demostrarles confianza a los cuadros de oficiales, imprescindibles para la derrota de los invasores.

Por fin, Jesús Hernández consiguió que admitieran en el batallón del NKVD, a todos los españoles que estaban pasando calamidades. No se iba a hacer distinción entre sanos y enfermos. Así, estos últimos podían recibir atención médica y tenían más posibilidades de sobrevivir. Fue una especie de movilización general, para aligerar de cargas a los colectivos y de la que se excluyó sólo a ciertos elementos como "El Campesino". Este había sido evacuado a Kokand y se decía que era una de las figuras del hampa local y del mercado negro. Pero también se aseguraba, que cuando los otros españoles acudían a él, los ayudaba a resolver sus problemas. Modesto escribió a mi cuñado, que se encontraba muy mejorado en el sanatorio, para que se incorporara a dicho batallón. Ni Carmen ni yo estábamos de acuerdo en que abandonara el tratamiento, pero él se presentó en seguida en Tashkent, recogió sus documentos y marchó al Cáucaso. Tenía que atravesar todo el Asia Central, para llegar a Krasnovodsk, luego cruzar en barco el mar Caspio, desembarcar en Bakú y seguir hasta su destino. Temíamos que su salud se quebrantara definitivamente, pero él por una parte deseaba no sentirse inútil y por otra se veía más protegido en una unidad militar, donde tendrían que mandarle a un hospital si se agravaba. Le abrumaba también la carga que representaba para nosotros. Sin embargo, no podíamos imaginarnos todos los riesgos que iba a correr a causa de su decisión.

Por entonces, falleció Ajumbabaiev el Presidente de la República Socialista Soviética de Uzbekia. A su entierro, asistió una muchedumbre, llegada de todas las ciudades y pueblos, por lo

que la capital estuvo durante un par de días inundada de gente con sus trajes típicos. Mi suegra no se perdió ni una sola de las ceremonias, acompañada de mi hija, que estaba muy impresionada por aquel espectáculo lleno de colorido. A mediodía se podían ver grupos de visitantes, que en cualquier fuente hacían sus abluciones, extendían esterillas en el suelo y oraban vueltos hacia La Meca.

A pesar de todas las angustias de la vida en Tashkent me interesé por estudiar cómo el poder soviético había procedido en el Asia Central. Tengo que confesar, que fui de sorpresa en sorpresa. En primer lugar, nada quedaba de las antiguas civilizaciones. El país había sido ocupado por los árabes y luego por los mongoles convertidos a su vez al islamismo y en el siglo XVI fue la base del gran imperio de Tamerlán, pero desaparecieron sin dejar rastro las minorías cultas que alguna vez adornaron la corte de los magnates. El desierto fue acabando con grandes zonas cultivadas, antes florecientes junto a los ríos Syr Darya y Amu Darya, y populosas ciudades fueron tragadas por las arenas. Cuando en 1860-70, las tropas zaristas ocuparon parte del Turquestán, con los sultanatos y emiratos de Bujara y Jiva, encontraron un país feudal, atrasado, inculto, poco poblado, con pastores nómadas en los terrenos semidesérticos y algunos núcleos de agricultores en las gargantas fértiles de las montañas. Del pasado quedaban sólo ruinas irreconocibles y leyendas de glorias desaparecidas. Entre los vestigios estaban las famosas torres de Samarcanda, construidas con miles de cabezas cortadas por los mongoles a los prisioneros de guerra.

La revolución rusa expulsó a los señores, y las tropas de Frunze establecieron en la región el nuevo régimen. Pero pasaron años antes de que se terminara con las bandas de "basmachis" que incursionaban saqueando pueblos y matando funcionarios soviéticos. En la Academia Militar de Tashkent vi, en el salón de actos, placas conmemorativas de combates mantenidos por los alumnos sólo ocho años atrás. Convertir el Asia Central en repúblicas soviéticas fue un verdadero rompecabezas, pues los distintos pueblos: kasajos, kirguises, uzbecos, tadzhicos, turkmenos, etc., estaban mezclados en muchas partes. A pesar de que las fronteras seguían líneas sinuosas, los uzbecos dentro de su territorio eran

sólo la minoría más importante, pero no la mayoría de la población, y lo mismo pasaba en las otras repúblicas. La minoría eslava (rusos, bielorrusos y ucranianos), incrementada por los numerosos funcionarios, era cada vez más grande, porque, además, el Asia Central seguía siendo lugar de deportación para ciertos delitos, como en tiempos del zarismo.

Después de la guerra civil, los rusos siguieron dirigiendo la vida económica y política de aquellos pueblos. Sin embargo, les dieron un alfabeto (primero latino y luego ruso), estimularon el desarrollo de su cultura y de su folklore y propiciaron la formación de una clase media antes inexistente de empleados, maestros, profesores, técnicos, militares, etc. Pero lo más importante es que les imbuían un sentimiento de nación. Esto era un arma de dos filos, ya que fortalecía, inevitablemente, el nacionalismo y, de vez en cuando, había que eliminar a todos aquellos que lo tomaban demasiado en serio. Víctimas especiales de las represiones stalinianas fueron los "nacionalistas" de los pueblos de la Unión Soviética. En resumen, hablar de independencia, siquiera relativa, de estas repúblicas del antiguo Turkestán era completamente ilusorio, tanto más en un Estado tan centralizado como era la Rusia de Stalin. Los naturales de la región, si no se pasaban de ciertos límites, podían ingresar en la clase dirigente. Pero los jefes principales seguían siendo rusos o estaban casados con rusas, si eran del país, como garantía mínima indispensable, que no estaba escrita en ningún reglamento.

Para todos nosotros, quedó clara la solución dada al problema nacional en la URSS. La parte inculta de los pueblos anexionados seguía considerando a los rusos como a extraños y los integrantes de la parte educada tenían tendencia a sentirse miembros de su nación antes que soviéticos, excepto un puñado de altos funcionarios. Quizá con el tiempo se resuelvan estas contradicciones, pero durante la Segunda Guerra Mundial, existían y se pusieron en evidencia cuando las tropas alemanas llegaron a regiones habitadas por pueblos no rusos, que inmediatamente se convirtieron en colaboradores del invasor, borrando de un solo golpe todos los años de régimen soviético. Así pasó primero con los tártaros de Crimea y al año siguiente con los kalmucos y varios pueblos del Cáucaso.

Era una situación latente de colonialismo. Los que estaban más desconcertados eran los catalanes de nuestro grupo. Cuando les decíamos si ellos se consideraban los uzbecos de España, quedaban con la boca abierta sin saber qué contestar. Porque la realidad era que siendo Cataluña quizá la región más desarrollada cultural y económicamente de España, carecía de valor todo lo escrito por Stalin sobre la "opresión nacional" y, desde luego, no había manera de establecer un paralelo entre la realidad española y el ejemplo vivo que estábamos contemplando en Asia Central.

Residía en Tashkent un viejo camarada nuestro llamado Cañameras, que por propia iniciativa o a petición de Francisco Antón, le enviaba informes sobre los españoles que nos encontrábamos en la ciudad. Estaba en relación con Sánchez, un compañero de la Frunze, antiguo jefe de brigada en Madrid que no era profesor y tenía tiempo para esas intrigas. No era más que un episodio insignificante producido por la dualidad de poderes dentro del Partido después de fallecido José Díaz; pero Líster y Modesto organizaron una reunión interminable, para acabar con el "traidor" que se había atrevido a ignorar su indiscutible autoridad. Tuve que aguantar durante largas horas interminables discursos, a pesar de que me encontraba mal y con fiebre, pues aquel mismo día me habían cauterizado las amígdalas, que se me inflamaban muy a menudo. Pero no podía dejar de asistir, porque Cañameras visitaba con frecuencia a mi familia y no quería que nos metieran en líos. Sánchez se defendió muy bien, no se acobardó y la mayoría salimos del paso procurando no comprometernos mucho. Se tomó una vaga resolución, condenando el trabajo fraccional, que se envió a Jesús Hernández, al que no creo ayudara mucho la adhesión de "los militares", al contrario, quizás sirvió para darle a Pasionaria más posibilidades, al ser evidente que trataban de desplazarla. Lo verdaderamente anormal de la situación era que pasado más de un año desde la muerte de José Díaz, aún no se hubiera nombrado nuevo Secretario General, porque ejercer la dirección colectiva era inconcebible para las costumbres comunistas en tiempo de Stalin.

Empezaron a llegar rumores de que muchos españoles del batallón del NKVD habían perecido como guerrilleros. Este era el

precio que se pagaba para que pudieran subsistir todos los enfermos e inválidos incorporados a esa unidad. Nuestros compatriotas no rehuían esa arriesgada participación en la guerra, al contrario, la aceptaban con todo entusiasmo; sin embargo, era evidente que los mandos soviéticos, utilizaban esos magníficos combatientes como carne de cañón, sin tener en cuenta lo que habían sido o pudieran ser algún día en nuestra patria. Lo peor fue la desorganización y la impericia manifiesta en muchas de las misiones de combate. Un grupo de nuestros compañeros fue lanzado en paracaídas al noroeste de Moscú, con un error de varios kilómetros, que, en lugar de en la profunda retaguardia, los hizo caer entre las reservas alemanas que los aniquilaron fácilmente. En ese grupo iban Alcalde, que había sido jefe de brigada en nuestra guerra, y Diego Pastor mi comisario de la 3ª División en El Escorial. La misma trágica suerte tuvieron en Crimea los que mandaba Fusimaña. Eran la mayoría catalanes, entre ellos Boixó, nuestro compañero de la Academia. Descendieron a tierra cerca de la costa en lugar de hacerlo en el interior de la península. Los tártaros de un pueblo cercano avisaron a los alemanes, que cercaron en una playa a nuestros camaradas y acabaron con todos ellos. También desapareció Feijóo, que en otra misión nocturna se arrojó al espacio antes de tiempo, cuando dieron la voz de "preparados" y el avión volaba aún sobre el mar. Tuvo que ahogarse sin remedio, ya que ni siquiera sabía nadar. De esta forma, a poco de llegar los cinco agregados de la Frunze, ya habían muerto dos. Otro compañero, Alhama, lo pasó muy mal en el Cáucaso, el paracaídas, quizás por su inexperiencia, lo había arrastrado un gran trecho y cuando pudo incorporarse a los rusos que avanzaban, tenía helados los dedos de un pie. Los dos restantes, Casado y Torijo, tuvieron más suerte y sobrevivieron a su misión en Crimea.

En el Cáucaso, murieron entonces varios españoles, entre ellos, Fábregas, el jefe de operaciones del Ejército del Ebro, y Justo Rodríguez.

Mientras todo esto ocurría, mejoraba la situación militar en la Unión Soviética. Una muestra de que se miraba el futuro con optimismo fue que empezaron a volver muchos evacuados a su lugar de origen. Numerosas oficinas gubernamentales retornaban

a Moscú con sus empleados y familiares; sin embargo, regresar individualmente requería un permiso especial de la policía, que no se conseguía con facilidad. Había que justificar muy bien los motivos. Como el Asia Central se consideraba una región desfavorable para los tuberculosos, demostrar esa enfermedad ayudaba bastante para conseguir los documentos de viaje. Oímos entonces estupefactos que en el mercado negro se llegó a la venta increíble de esputos contaminados con bacilos de Koch para facilitar análisis fraudulentos.

Empezó a correr el rumor de que la Academia Frunze volvía a Moscú. Cuando se confirmó la noticia, Artemio Precioso fue autorizado para trasladarse a la capital y gestionar se liberaran las habitaciones que los españoles teníamos en la Bolshaya Kaluzhkaya. Había un decreto del gobierno que nos protegía en este sentido, pero sabíamos bien que en Rusia era un serio problema desalojar las personas que se instalaban en una vivienda desocupada.

* * *

A primeros de marzo una ofensiva soviética desarrollada durante un par de semanas recuperó Rzhev y Vyazma al oeste de Moscú, alejando a los alemanes de la capital. Sin embargo, en el sur, el enemigo reunió reservas traídas de otros frentes y en un contraataque consiguió volver a ocupar Jarkov a mediados de mes, y unos días después, Belgorod. A estos reveses, no se les dio mucha importancia, porque los rusos habían adquirido conciencia de su propia fuerza, y su moral combativa después del gran triunfo de Stalingrado era muy elevada.

Cuando faltaba un par de días para nuestra salida de Tashkent, apareció por casa mi cuñado. Había pasado una verdadera odisea y sólo gracias a su enorme fuerza de voluntad consiguió volver, ya que sus condiciones físicas eran en extremo deficientes. Al incorporarse a la unidad de guerrilleros, se le produjo un derrame pleurítico bilateral, que ahogaba en líquido los dos pulmones y que casi no lo dejaba respirar. Mezclado con multitud de heridos y enfermos, que mandaban lo más lejos posible del Cáucaso, atravesó de nuevo el Mar Caspio y cruzó el Asia Central. Contaba de su viaje escenas dantescas, como cuando los evacuados se lanzaban en masa tumultuosa sobre el barco o el

tren que tenía que llevarlos a la retaguardia. Sobrevivían los más fuertes que pisoteaban a los débiles o agonizantes. En uno de estos traslados, perdió de vista a otro español que lo acompañaba y del que nunca más se volvió a saber.

No podíamos dejar a Antonio abandonado en un hospital de Tashkent y decidimos llevarlo con nosotros a Moscú. Como era muy difícil que la Academia lo admitiera en nuestro convoy, hice gestiones con el comandante militar de la estación ferroviaria y pude arreglar sus papeles para que viajara a la capital en un vagón reservado para heridos y enfermos. Si las cosas iban bien, llegaría a su destino antes que nosotros pero, desgraciadamente, no habían acabado para él todas las aventuras.

A primeros de abril, empezaron a salir los trenes de la Frunze. Volvíamos a la capital en condiciones diferentes a cuando la abandonamos a fines de 1941. Los vagones no eran de carga sino de pasajeros, con los servicios inherentes. Mi familia recibió dos literas superpuestas y yo dormía encima, en el tercer piso junto al techo, lugar reservado normalmente para los equipajes. El viaje, que duró unos diez días fue bastante cómodo, nos dieron provisiones, y en muchos lugares nos servían comida caliente. Habíamos recibido órdenes estrictas de que nadie comerciase en el camino; pero desde que comenzamos a atravesar el desierto del Asia Central, todo el mundo descendía en las estaciones a cambiar té (que habían comprado en Tashkent en el mercado negro) por sal. Mi esposa también había preparado su provisión de té, pero yo me resistía a hacer el trueque, en parte por disciplina y además porque creía que ya no era necesario. Me sugestionó lo que nos dijo el jefe de la Academia antes de partir: "formamos parte del ejército vencedor en Stalingrado". Sin embargo, presionado por Carmen, y pensando que por algo lo hacían los demás, me bajé en la última parada junto al mar de Aral y, sin competencia, porque a todos se les había acabado el té lo cambié por una sal finísima, de calidad muy superior a la conseguida antes por mis compañeros de viaje, y al mismo precio: un cubo de sal por cada paquete de té. Un poco de esa sal sirvió para obtener bastante mantequilla una vez que llegamos al corazón de Rusia, y el resto fue nuestro mejor capital durante muchos meses, cambiándola en el mercado por leche, carne, etc., ya que para los

campesinos, que necesitaban conservar alimentos para los larguísimos meses de invierno, la sal era imprescindible.

Llegamos a Moscú en plena primavera. Artemio tenía casi resuelto el problema de nuestros pisos. Todos estaban libres, excepto dos ocupados por gente influyente que se negaba a desalojarlos. Uno era, precisamente, el que yo compartía con José Vela. En él se había metido un secretario de comité de radio del Partido Comunista. El contiguo, que pertenecía a Artemio Muñoz y Vitorero, estaba en manos de Skidanenko, viceministro de la industria eléctrica. El Soviet de la ciudad nos había confirmado por escrito el derecho a disponer de nuestras viviendas, el problema era cómo expulsar a los intrusos, ya que la policía no iba a intervenir en contra de tan altos funcionarios. Debíamos recurrir a la astucia. Una vez en la Bolshaya Kaluzhkaya, José Vela y yo con nuestras familias, subimos inmediatamente a nuestro departamento, llamamos y en cuanto nos abrieron la puerta, irrumpimos dentro y nos instalamos en una de las habitaciones, sin dar tiempo a reaccionar a la esposa del secretario, que llamó en seguida a su marido. Este llegó hecho una furia amenazándonos con recurrir a la milicia. Pronto se dio cuenta que le había caído un hueso duro de roer. Le enseñamos nuestro permiso escrito, le dijimos que estaba violando todos los reglamentos, y que podíamos demandarlo además por usar nuestros muebles y por la suerte que hubieran podido correr nuestras pertenencias que dejamos allí al abandonar la ciudad. Seguramente que un ciudadano ruso no se hubiera atrevido a decirle esas cosas y quedó tan desconcertado, que terminó asegurando que en su distrito él hacía cumplir las leyes, pero que la Bolshaya Kaluzhkaya estaba fuera de su sector. Como no estaba dispuesto a abandonar la vivienda seguimos allí todos amontonados. Artemio y sus compañeros tuvieron peor suerte. La esposa de Skidanenko tenía una cadena en su puerta y no los dejó entrar. El escándalo llegó hasta el Soviet de Moscú. Fuimos llamados por el vicepresidente, un hombre gordo que escuchó pacientemente lo sucedido y luego nos dijo que la ley estaba de nuestra parte, pero que las personas que se apoderaron de nuestros departamentos no podían ser desahuciadas y nos ofreció otros pisos a cambio. Le contestamos indignados que queríamos los nuestros y que los intrusos eran los que debían trasladarse.

Por nuestros antiguos vecinos, sabíamos que todas las viviendas que se desalojaron en 1941, habían sido objeto de desenfrenado saqueo, siendo entonces fusilado como responsable el administrador o "comandante" del grupo de casas. Sin embargo, su sustituto no parecía que estuviera escarmentado, pues nos recibió teniendo puestas unas botas que dejó Artemio. De mis muebles faltaba la cama doble niquelada y por algo que dijo el funcionario tratando de justificar su calzado, sospechamos que la tenía Skidanenko. Le aseguré entonces que íbamos a presentar una denuncia por robo, y que ya teníamos preparada la lista de lo que nos faltaba. Se lo fue a contar en seguida a los interesados, que era lo que yo pretendía, y eso resolvió todo el problema. Nos volvió a llamar el vicepresidente del Soviet y nos comunicó la salomónica decisión final e inapelable. El secretario del Comité de Radio abandonaría nuestro departamento inmediatamente; pero al viceministro no lo sacarían de su lugar en ningún caso, de modo que si nuestros compañeros no consentían en recibir otras habitaciones se quedarían sin nada. De momento tuvieron que aceptar con la duda de si cumpliría o no el Soviet su promesa. Al poco tiempo, les entregaron a cada uno un piso diminuto, pero independiente, en una casa que estaban terminando cerca de la estación ferroviaria de Kiev.

Quedamos así instalados de nuevo. Más adelante con los Skidanenko tuvimos buenas relaciones sobre todo con su hija Liuba, joven estudiante de lenguas orientales, que se encariñó mucho con nuestra Carmiña.

Como nuestra casa estaba pegada al parque Gorki, mi suegra podía sacar a pasear a su nieta en un ambiente mucho más sano que el de las calles de la capital de Uzbekia. Afortunadamente, se cumplieron las predicciones médicas y la niña mejoró por completo de salud al cambiar de aires. Guardábamos como oro en paño un tubito con adrenalina sólida, que una médica le había dado a mi esposa en pago de un suéter que le tejiera, pero, por fortuna no tuvimos que utilizarla jamás. Porque Carmen, que tenía gran habilidad para hacer punto, ingresó en Tashkent en un taller para conseguir la cartilla de racionamiento de obrera y, en seguida, tuvo muchas clientas que le pagaban muy bien y conseguía al mes bastante más que yo con mi sueldo de jefe de

Cuerpo de Ejército. Tan pronto llegamos a Moscú se incorporó a un taller próximo a nuestro domicilio, para el cual tenía que tejer, en casa, tres prendas mensuales, que le pagaban a treinta rublos cada una, pero los encargos privados que recibía de gente de posibilidades (generalas, esposas de altos funcionarios, artistas del teatro Bolshoi, etc.) la iban a hacer ganar mucho dinero, mucho más que si se dedicara a funciones docentes. Era esta una actividad privada, y por lo tanto ilegal en la Unión Soviética, pero de hecho tolerada igual que lo era el mercado negro.

Mi cuñado, contra todo lo previsto llegó a Moscú unos días después que nosotros. El vagón en que viajaba fue desenganchado en una estación ya cerca del Volga por haberse descubierto en él un caso de tifus. Tuvo entonces que seguir su viaje en trenes abarrotados. Se le agotaron las provisiones y enfermo como estaba su situación volvió a ser crítica. Al final, encontró a funcionarios de la Komintern que regresaban de Ufa, entre ellos Irene Falcón, Enrique Castro y su mujer Esperanza Abascal, que le ayudaron a llegar a su destino. Ya en la capital ingresó en un sanatorio antituberculoso, en el que trabajaba un médico español, Carlos Diez, que lo puso en tratamiento, consiguiendo pronto que mejorara notablemente.

Un día llamaron a la puerta y al abrir mi mujer se llevó la sorpresa de encontrarse con su cuñada Natasha, de la que hacía mucho tiempo no sabíamos nada. Era teniente de Sanidad Militar y venía con permiso. Físicamente había cambiado mucho. Ya no era la muchacha delgada, de aspecto enfermizo; tampoco usaba lentes y la vida al aire libre, y una mejor alimentación la habían convertido en una bella mujer. Sin embargo, seguía tan insegura de su futuro como antes, siempre temiendo posibles complicaciones o investigaciones policiacas. Se había ganado nuestro cariño y confianza y la tratábamos como a una hermana, pero nos angustiaba sentirnos impotentes en las condiciones de la URSS, para poderla ayudar si surgía algún problema político. Seguramente que también ella temía por nosotros, lo cual daba a nuestras relaciones una cierta melancolía que todos tratábamos de disimular. Pudo pasar unos días con su marido y en seguida volvió al frente.

Al volver a la capital nos encontramos con Luis Gullón que seguía trabajando en Radio Moscú. Se había casado con una locutora italiana, y vivían en el Metropol, hotel reservado para diplomáticos y visitantes extranjeros y en el que habían conseguido instalarse en los tiempos difíciles cuando la ciudad estaba medio vacía. Podían acudir al restaurante del hotel que aunque a precios elevadísimos servía comida de buena calidad, muy superior a la que se conseguía fuera. Una noche que fuimos a verlos nos dieron un pastel para nuestra hija. Nos hizo mucha ilusión porque Carmiña, que ya había cumplido los tres años nunca había probado uno. Lo llevamos a casa con todo cuidado para que no nos lo aplastaran en el trolebús, pero nos llevamos una gran desilusión cuando al día siguiente lo rehusó, después de probarlo: no estaba acostumbrada a lo dulce.

La Academia Frunze se instaló de nuevo en su enorme edificio moscovita. Como muestra de la confianza en el futuro de la guerra, además de los cursos acelerados que duraban sólo algunos meses, organizó uno normal de tres años de estudios, para oficiales que ya no tendrían la oportunidad de volver al frente. Unos cuantos españoles seguíamos de profesores, pero menos que al principio, porque hubo quien con pretextos eludió ese trabajo y dejó de asistir a sus clases, sin que intervinieran, para evitarlo, ni el jefe de la Academia ni Modesto. Los demás continuamos cumpliendo nuestras labores docentes. Estábamos muy bien considerados y hasta dos de nosotros fuimos escogidos una vez para un curso especial en escala de Ejército, que seguí con tanto interés por lo menos como mis propios alumnos, todos ellos oficiales de alta graduación y llenos de condecoraciones.

Por aquellos días recibimos la noticia de que Francisco Gullón había vuelto de la retaguardia enemiga y se encontraba herido en un hospital de Leningrado. Ya sabíamos por "Pravda" que le habían concedido la orden de Lenin, una de las más altas condecoraciones soviéticas, por su actuación como guerrillero en el frente sur, al oeste de Rostov, durante el invierno de 1941-1942. Estaba allí al mando de un grupo de españoles, la mayoría antiguos obreros de la fábrica de tractores de Jarkov. Luego, había combatido detrás de las líneas alemanas en el frente de Kalinin y más tarde al suroeste de Leningrado, donde pasó seis

meses con sus guerrilleros, sufriendo las mayores penalidades ya que el mando soviético había perdido el enlace con ellos y dejó de mandarles víveres, pertrechos y, lo que era peor, ropa de abrigo, para poder aguantar el durísimo invierno. Pero como el destacamento olvidado seguía volando trenes y atacando las guarniciones alemanas, los rusos enviaron radistas, que restablecieron el contacto y dieron orden a Gullón de volver a territorio propio lo que tuvo que hacer a través de las líneas del frente, junto con otro español, únicos supervivientes del grupo primitivo de nuestros compatriotas. El paso lo hicieron de noche en medio de un gran tiroteo. Gullón fue herido en el vientre pero la bala se desvió en la hebilla metálica de su cinturón reglamentario y no penetró mucho. Al fin, pudieron llegar a una unidad soviética que se hizo cargo de ellos.

Recuperando de su herida volvió a Moscú y recibió en el Kremlin la Orden de Lenin. Lo propusieron además para Héroe de la Unión Soviética. Lo encontré mucho más serio, hablaba poco y su mirada parecía perdida, como si estuviera distraído en el recuerdo de todo lo vivido y sufrido. Ya no era el joven aniñado que se lanzaba con ímpetu a cualquier misión de combate. Quería que lo mandaran de nuevo a la retaguardia y lo incorporaran al batallón español de la NKVD, sin embargo era evidente que había rebasado con creces lo que podía esperarse de la resistencia humana y que no le darían más misiones mientras no descansara lo bastante hasta recuperarse por completo.

En mayo, sin ningún aviso previo, nos enteramos por la prensa soviética que había desaparecido la Internacional Comunista. Se decía en el comunicado que los partidos comunistas afiliados a ella, habían adquirido la madurez necesaria para funcionar de modo independiente. Nos pareció claro que esta disolución estaba dirigida a adormecer las suspicacias de los aliados, lo mismo que la consigna de Unión Nacional dada antes por la Komintern, según la cual todo se subordinaba a la guerra con Hitler, dando libertad a los partidos comunistas para que colaboraran con cualquier tipo de gobierno. La Komintern que nosotros conocimos al llegar a Rusia estaba dirigida por Manuilski, que era el representante del Partido ruso, pero se guardaban ciertas formas y

figuraban en las distintas secretarías venerables comunistas extranjeros, y Dimitrov como hombre de paja.

Después de la disolución, todas las oficinas de la Internacional Comunista siguieron funcionando más o menos de igual manera, pero bajo la dependencia directa del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Sin duda, Stalin había llegado a la conclusión, precisamente opuesta a lo que se había publicado, de que la sumisión a Rusia de los partidos comunistas era tan absoluta, que podía asegurarse directamente, por lo cual la Komintern resultaba un organismo intermediario inútil y anquilosado, que siempre iba a remolque de los acontecimientos, recolectando fracasos. Bastaban los malabarismos políticos a que había recurrido durante el pacto germano-soviético, para desacreditarla definitivamente. En suma, que para satisfacer a los aliados anglo-norteamericanos se estaba sacrificando un cascarón cuyo valor real era más que dudoso.

La delegación del Partido Comunista Español se estableció cerca del Hotel Lux, en un edificio negro que oficialmente era el Instituto Marx, Engels, Lenin, Stalin. Más tarde abrieron otra oficina cerca de la Plaza de Arbat para tratar los asuntos con la masa de los afiliados. En las alturas seguía la lucha por el puesto de Secretario General. Casi todos los comunistas españoles refugiados en Rusia, estaban con Jesús Hernández, porque era al que habían visto tratando de resolver sus problemas y se sabía que era partidario de que salieran de la Unión Soviética la mayoría de nuestros compatriotas. En cambio, eran muy pocos los que estaban incondicionalmente con Dolores Ibarruri. Aparte, naturalmente, de Francisco Antón, contaba con su secretaria Irene de Falcón e Ignacio Gallego, al que había llevado a trabajar con ella a la delegación. La pérdida de su hijo Rubén había sido para ella un golpe muy duro que la encerró más aún en sí misma. Aislada de la mayoría de los militantes, tuvo que sufrir mucho al verse desplazada, cuando parecía su herencia segura, por haber sido nombrada por Stalin al lado de José Díaz como dirigente de "temple bolchevique". Además cometió el error de creer que las quejas de los españoles sobre la situación general eran exageradas y utilizadas por Jesús Hernández para crearse popularidad.

Líster y Modesto eran los más fervientes propagandistas de Jesús Hernández. Su acción no se limitó al grupo de la Frunze, sino que se extendió a todos los emigrados. Sus domicilios siempre estaban llenos de españoles que llegaban de todas partes. Conmigo no tenían ninguna confianza pero no podían evitar que me enterase de cómo habían subido de tono sus ataques verbales a la Pasionaria y a los que la apoyaban. En una ocasión vi cómo confeccionaban las listas con el orden en que saldríamos los españoles de la Unión Soviética. No me atreví a preguntar en qué lugar me habían puesto, de seguro que entre los últimos. Yo trataba de seguir al margen de todo, neutral en esta lucha mezquina, pero desgraciadamente esta posición no fue del agrado de ninguno de los dos bandos y terminé quedando mal con todos.

Los españoles de más categoría política asistían todas las noches a las tertulias en el domicilio de Jesús Hernández, en el Lux. Este era considerado el vencedor indiscutible y todos querían hacerse notar a su lado para asegurar sus ambiciones. Líster y Modesto iban con frecuencia, pero yo no, a pesar de que a veces iba al Lux a visitar a Enrique Castro y a Esperanza Abascal.

La ayuda material de Gran Bretaña y los EE.UU. era ya muy evidente. Se veían muchos camiones modernos Dodge y Studebaker, además de los pequeños "Jeeps" que los rusos llamaban "Willys", de acuerdo con su marca de fábrica. También a juzgar por lo que recibíamos en el racionamiento habían llegado conservas norteamericanas suficientes para constituir la base de nuestra alimentación hasta el final de la guerra. Llegaban a la URSS productos de todas clases y materias primas indispensables para la industria, pero pocas armas, ya que el gobierno soviético siempre se consideró capaz de fabricarlas mejor adaptadas al teatro de operaciones y al enemigo que tenía enfrente.

A primeros de julio empezó la última gran ofensiva alemana, pronto detenida por los rusos que demostraron enorme superioridad en el armamento. En el contragolpe fueron liberados Orel, Belgorod y Jarkov, iniciándose así toda una serie de triunfos que iban a llevar al Ejército Soviético hasta las fronteras de Alemania. Todas las noches eran festejadas en Moscú y en las principales ciudades, las victorias rusas con salvas de artillería y disparos de miles de cohetes luminosos de señales, con variados colores.

En las órdenes del Mando Supremo que se hacían públicas, aparecían los nombres de los generales que dirigían las grandes unidades. Así nos enteramos que Malinovski, rehabilitado, ascendía de categoría: de jefe de división a jefe de ejército y luego a jefe de uno de los frentes ucranianos.

Durante el verano de 1943 la situación material fue mejorando, sin embargo, la base de la economía doméstica seguía siendo la compraventa en el mercado negro, a donde mi mujer acudía muy frecuentemente, pues el dinero tenía cada vez menos valor, "medio kilo" o "medio litro" refiriéndose al pan o al vodka, era la contestación más corriente al ¿cuánto cuesta? dirigido a los campesinos o traficantes. En la Academia nos proporcionaron, bastante lejos de Moscú pequeñas parcelas de terreno ya sembrado de papas, que nosotros deberíamos cuidar y recolectar. Yo resulté bastante mal agricultor y recogí pocas patatas, pero suficientes para alejar el fantasma del hambre.

Cuando se acercaba el otoño supimos que Jesús Hernández y Francisco Antón saldrían hacia México. Esto quería decir que en Rusia no se había resuelto el problema de la dirección del Partido, y que la batalla iba a darse en América, donde el prestigio de Dolores era mayor que el de Jesús. Para los que vivíamos en la URSS todo estaba ya resuelto, porque allí quedaba Dolores dueña del campo, ya que su autoridad estaba muy por encima de cualquiera de los dirigentes comunistas españoles que antes se movían a la sombra de Jesús Hernández. Nunca se sabrán todos los detalles de la lucha desarrollada entre bastidores. Sin embargo, no hay duda de que Jesús Hernández, debido a su simpatía personal, inteligencia y audacia, fue durante mucho tiempo el candidato de Manuilski y Dimitrov para la Secretaría General del Partido Español. Como tal lo trataron hasta mediados de 1943, alentando sus ambiciones. Seguramente influyó en esto el hecho de que la más caracterizada aspirante al puesto fuera una mujer, ya que la tradición soviética y de la Komintern, no reconocía capacidad al sexo femenino, más que para puestos secundarios o decorativos. Pero sin duda, los dirigentes de la Komintern debieron irritarse por la agitación entre los emigrados y las promesas de que iban a salir en masa de Rusia. Llegaron probablemente a pensar que la presencia de Jesús Hernández era un

peligro, pues su postura tenía demasiados ribetes de independencia, con la que simpatizaban casi todos los españoles. El hecho de mandarlo a México con Francisco Antón demostraba que ya no contaba con la bendición de Moscú y que cuando se reunieran, al final de su viaje, con el resto de la dirección del Partido, elegirían Secretario General al propuesto por los rusos, y éste ya no sería Jesús Hernández. Por exclusión, tenía que ser Dolores la que recibiera el cargo.

Al frente de la delegación del Partido Comunista Español en la URSS quedó José Antonio Uribes, que había conocido en Valencia en 1933 con motivo del congreso de la UFEH, su norma de conducta era no crearse problemas y no enfrentarse con nadie y menos con Dolores Ibarruri. Enrique Castro seguía dirigiendo la famosa "Radio España Independiente. Estación Pirenaica", cuyas emisiones habían empezado desde Ufa, durante la evacuación, pero que ya emitía desde Moscú. Segis Alvarez, seguramente siguiendo instrucciones de Jesús, citó, poco antes de la marcha de éste, a una reunión a los antiguos cuadros de la JSU. Nos dijo que había que reorganizar la dirección juvenil en la URSS para que interviniese activamente en la solución de los problemas de la emigración, sobre todo los referentes a los niños y los jóvenes españoles. Resultaba evidente que se trataba de constituir un organismo que le diera futuros quebraderos de cabeza a Dolores Ibarruri. No se acordó allí nada práctico y la proposición de Segis fue recibida fríamente, pues llegaba con cuatro años de retraso. Nadie quiso comprometerse en aquellos momentos, y mucho menos yo, puesto que la coincidencia con la marcha de Jesús Hernández me pareció demasiado evidente. Además era ridículo tratar de los intereses de las supuestas juventudes entre gente ya un tanto madura. Yo había cumplido ya los treinta años y no era ni mucho menos el más viejo.

Cuando partieron Francisco Antón y Jesús Hernández, quedaron los partidarios de este último completamente consternados. Además, el suspenso duró varios meses porque los viajeros estuvieron bastante tiempo en Vladivostok hasta que pudieron embarcar. Mientras, Dolores Ibarruri fue saliendo de su aislamiento. Recuperó las riendas de la dirección, y comenzó a preocuparse ahora de verdad de los problemas de los emigrados. Seguramente

se asombró de lo justificadas que estaban las quejas y, paradójicamente, planteó la urgencia de soluciones ante los soviéticos con más crudeza, o, al menos, con más éxito que lo había hecho Jesús Hernández. La gran mayoría de los españoles, incluidos los jóvenes y los niños fueron concentrados en Moscú donde era más fácil que se recuperaran de las terribles privaciones de la guerra y de la evacuación.

Los que antes no faltaban una noche a las tertulias de Hernández no desaprovecharon oportunidad para acercarse a Pasionaria, tratando de que olvidara su actitud anterior. A mí naturalmente no se me ocurrió en ningún momento ir a visitarla y mucho menos darle detalles de cómo Líster y Modesto habían agitado en contra de ella.

Todos estos acontecimientos inevitablemente influidos por la mentalidad y el terror estalinista, iban cambiando mi manera de pensar. Comenzaba a tener serias dudas sobre la eficacia del régimen comunista y lo benéfico de la violencia.

No me asustaba la explosión revolucionaria, pero sí los inevitables abusos de poder una vez instaurado el nuevo régimen. Con el ejemplo de las purgas en Rusia me aterraba la idea de lo que podía ser algo parecido en mi patria, si se instauraba allí un régimen comunista. Sin embargo, me empeñaba en creer que al fin triunfaría la justicia y que el comunismo representaba, a pesar de todo, el único ideal aceptable.

Lo curioso es que mientras yo trataba de seguir como espectador intenté convencer a Enrique Castro, para que aceptase los cables que le estaba tendiendo Pasionaria, con propósitos conciliadores. Sin embargo no conseguí nada, ya que él había escogido el camino más difícil, que lo iba envenenando poco a poco y no estaba dispuesto a transigir. Sentía una profunda antipatía por Dolores y no la disimulaba, sin importarle el quedarse prácticamente solo, ni las consecuencias que podría acarrearle esta posición. Todas sus desilusiones políticas se habían cristalizado en una aversión insuperable a todo aquel ambiente, que ni podía ni trataba de disimular.

Comenzó un nuevo año de guerra: 1944. Un día llegaron a la Academia Frunze dos oficiales que nos fueron interrogando a

todos los españoles por separado. No llevaban uniformes del NKVD pero era obvio que buscaban gente para algún servicio de inteligencia ultrasecreto. Como resultado, tres compañeros de nuestro grupo fueron enviados a una escuela especial. Dos de ellos, García Vitorero y Rodríguez, renunciaron pronto, con buen juicio y volvieron con nosotros. El tercero, Soliva, siguió su entrenamiento hasta el fin. Modesto y Líster se indignaron con este reclutamiento y fueron a protestar ante Dolores Ibarruri, pero ésta les dijo que no podía intervenir, aunque le desagradaba también el asunto. Como las entrevistas se hacían por orden alfabético yo llegué ya preparado y tuve buen cuidado de resaltar mis antecedentes "pequeño-burgueses", nada proletarios. Por esto o por lo que fuera, afortunadamente no fui elegido.

Dentro de los medios de la emigración española, sobre todo en el batallón del NKVD bastantes españoles fueron incorporados a servicios soviéticos secretos. Otros de menos categoría se convertían simplemente en informadores de la policía sobre las interioridades de los colectivos españoles. Eran fácilmente reconocibles porque mejoraba rápidamente su situación material y adquirían un aire de seguridad y confianza. En general, todos sabíamos quiénes trabajaban para el NKVD. Entre ellos destacaba una catalana de cierta edad con el pelo completamente blanco. Nos la encontramos en Moscú a la vuelta de la evacuación y en seguida nos llamó la atención la seguridad con que se movía y el respeto que le demostraban los rusos. Estaba condecorada con la Orden de Lenin. Con toda tranquilidad se dirigía duramente a los funcionarios soviéticos, sobre todo si veía que no les mostraban suficiente atención a los españoles. Se llamaba Caridad Mercader y estábamos entonces bien lejos de suponer que su condecoración la había ganado por el asesinato de Trotzki. Su hijo, Ramón del Río Mercader autor material del crimen, purgaba en México una condena de veinte años, lo que sin duda colaboraba a su nerviosismo. Con ella vivía un hijo más pequeño y la mujer de Ramón, Elena Imbert, enferma de tuberculosis, que había perdido todo estímulo para vivir y se negaba a seguir los tratamientos. Murió en el Sanatorio de Carlos Díez.

En una reunión solemne que hubo en la Academia Frunze a primeros de noviembre con motivo del aniversario de la Revolu-

ción de Octubre, nos dieron menciones honoríficas y premios a varios profesores españoles. El premio que me dieron consistió en un reloj de pulsera Hamilton de los enviados por el Comité Norteamericano de Ayuda a Rusia, según indicaba una inscripción que llevaba grabada en ruso: "Al heroico pueblo soviético del Comité Norteamericano de Ayuda a Rusia". Nos dieron además el grado académico de asistente de la Cátedra de Ciencias Militares.

Por fin un día llamaron a todos los españoles de la Frunze a la sección de cuadros del Ejército donde nos recibió uno a uno el general Golikov. Dijo que era para mandarnos al frente; pero el motivo bastante menos heroico, lo supimos después: se trataba de ascendernos.

El problema de los militares españoles había llegado a las alturas y la primera medida había sido ésta. En las listas de generales que publicaba la prensa soviética aparecieron los nombres rusos de Líster, Modesto y Cordón. Para los dos últimos la medida honorífica no representaba más que reconocerles el grado que ya tenían en España. Sin embargo Modesto podría así prescindir de su raído uniforme de Kombrig y Cordón colmaba la aspiración de su vida al verse por fin elevado sobre los otros militares profesionales de la Academia Voroshilov; pero el único realmente ascendido era Líster. A todos los demás nos subieron un grado.

A los pocos días nos citaron a gran parte de los miembros del partido español que estábamos en Moscú, para una cena en honor de los tres generales. Del Hotel Lux partimos en autobuses especiales hacia Kuntsevo, la antigua residencia de verano de los jefes de la Komintern. El ambiente estaba al principio tan glacial como los campos nevados que rodeaban la finca. Todos se preguntaban el motivo de aquella celebración. Asistió Manuilski y otros soviéticos. De ellos sólo conocía a Stepanov. Dos vestían uniforme de generales del NKVD. Pronto estuvo todo claro: se trataba de presentar a Dolores como jefe del partido ante los militantes más destacados, aunque no se pronunció todavía la sagrada palabra de secretario general. Nadie se fijaba especialmente en mi y no me sentía nada violento; pero Enrique Castro y Segis Alvarez estaban completamente aislados y la gente los

rehuía abiertamente, hasta el punto que no sabían dónde sentarse. Me sentí incómodo y les hice un lugar en mi mesa. Sirvieron una comida magnífica con tal abundancia y variedad de platos, postres, vodka y vinos, que pronto se extendió por la sala una ola de optimismo.

Luego vinieron los discursos. Manuilski se limitó a unas cuantas generalidades como corresponde al anfitrión. Pasionaria lanzó claras y duras amenazas para los que se le siguieran oponiendo. Los tres generales agradecieron lo que con razón denominaron honor inmerecido. Ninguno de los oradores hizo la menor alusión a los otros españoles que había en el Ejército Soviético, ni a los que habían conquistado en el frente grados militares y menos todavía a los que sin nombramiento alguno habían muerto como guerrilleros.

Eran los buenos tiempos del culto a la personalidad y multitud de espontáneos se precipitaron para hacerse oír y llenar de elogios a Dolores Ibarruri y a los homenajeados, cada vez más hinchados de satisfacción ante la avalancha de adjetivos. Beltrán se arrancó con una jota en la que aseguraba que los veríamos mariscales. Esta canción le iba a proporcionar pronto buenos dividendos. Yo permanecí callado y debía tener la cara muy seria ante este espectáculo deprimente de las flaquezas humanas. No cabe duda que mi actitud en aquella ocasión me hizo perder bastantes puntos en el gran reajuste del escalafón del partido que se estaba realizando en aquellos días. No me creía directamente amenazado, pero empecé a sentir bastante angustia, ya que caer en desgracia dentro de Rusia era lo peor que me podía ocurrir. Empecé a disculpar a todos los comparsas que se habían apresurado a cubrirse las espaldas, pues iban a vivir más tranquilos que yo.

No quedaba más remedio que buscar un quehacer, aunque fuera aparente, a los nuevos generales, y se lo encontraron en el nuevo ejército polaco que se estaba organizando en la URSS en sustitución del de el general Anders que ya se había ido a Irán. A diferencia del anterior en este ejército predominaban los comunistas. Había bastantes antiguos combatientes de las Brigadas Internacionales, como mi amigo León Rubinstein, e incluso

muchos ciudadanos soviéticos de origen polaco. El jefe era uno de los oficiales polacos prisioneros en Rusia desde septiembre de 1941, el general Berling, y su suplente era Swierczewski, que después de mandar una división soviética, cuando el ataque alemán a Moscú, había dirigido una escuela de oficiales en la retaguardia.

El problema de su inmediato vecino occidental era muy delicado para la Unión Soviética ahora que sus tropas se acercaban de nuevo al territorio de Polonia. Había, aparte de la enemistad histórica, profundas diferencias políticas entre el gobierno polaco emigrado en Londres y el Comité de Liberación que se preparaba bajo el manto protector de Rusia. Estaban además los agravios recientes que difícilmente podían ser olvidados, cuando las tropas soviéticas, de acuerdo con las de Hitler, se apoderaron de un buen pedazo de Polonia, y deportaron a Siberia a gran parte de su población. También pesaban los 15,000 oficiales y suboficiales polacos, que, hechos prisioneros contra toda ley, desaparecieron sin dejar rastro. En abril de 1943 los alemanes aseguraron haber descubierto sus cadáveres en tumbas colectivas en los bosques de Katin, región de Smolensk. Afirmaban también que ninguno de los documentos, cartas o periódicos encontrados tenían fecha posterior a la primera semana de mayo de 1940. El gobierno soviético declaró entonces que los prisioneros habían sido capturados por los alemanes durante la invasión de 1941 y cuando esa zona volvió a su poder nombró una comisión investigadora que volvió a desenterrar a los muertos y mostró documentos con fechas que llegaban al otoño de 1941. Está claro que lo ocurrido en aquel bosque será siempre una grieta profunda en las relaciones entre Polonia y Rusia. Resulta simplemente inconcebible y fuera de toda lógica policiaca que la eficiente NKVD mantuviera tanto tiempo campos de militares prisioneros cerca de la nueva frontera alemana, mientras los demás polacos, civiles en su mayoría, fueron enviados a Siberia sin dilación. Y queda la pregunta ¿qué ley autorizaba al gobierno soviético a tener prisioneros a los oficiales del ejército de un país que no estaba en guerra con ellos?

En esta delicada situación en la que se veían los polacos prosoviéticos enfrentados con sus otros compatriotas, nuestros generales no podían más que estorbar, si no los mantenían estric-

tamente apartados. No sabiendo además hablar bien el ruso y menos el polaco, era evidente que se trataba de mantenerlos fuera de Moscú y crear la apariencia de que intervenían, al fin, de algún modo en la guerra.

Antes de marcharse Modesto nos citó a una reunión a todos los españoles de la Frunze. El día antes había estado en mi casa Líster, lo que nos había sorprendido ya que hacía tiempo que no aparecía por ella. Dijo que quería que mi suegra, que era su paisana, viera su nuevo uniforme. Mi impresión fue que quería comunicarme algo y que al fin no se decidió. La incógnita se resolvió cuando en la reunión dijo Modesto que por decisión del Partido, la dirección del colectivo la llevaría Beltrán. Todas las miradas se volvieron hacia mí ya que por categoría militar el cargo me correspondía. Acostumbrados a que los responsables fueran impuestos desde arriba, nadie dijo una palabra. Para mí la situación era violenta; no por haber sido postergado, cosa que a menudo pasa en la vida y en cualquier parte, sino por lo que representaba. Obviamente Dolores me había incluido en la lista de sus enemigos, lo que ofrecía los peores augurios para el futuro. Mi línea de conducta, mantenida tanto tiempo, de ser espectador en la lucha por la dirección del Partido, la había echado a perder algunos gestos humanos, como tenderles una mano a los discriminados en Kuntsevo. Comprendí que si me callaba estaba perdido, así que me fuí a ver a Dolores y le pregunté que es lo que tenía en contra mía. Me contestó que se había designado a Beltrán jefe del colectivo porque mi trabajo de profesor no me dejaba tiempo para el cargo, pero que el Partido seguía teniendo confianza en mí y me pedía que procurara ayudar a mi nuevo jefe, peor preparado que yo políticamente.

Durante los primeros meses de 1944 siguió la ofensiva del Ejército Soviético, que los alemanes, con sus fuerzas dispersas en multitud de frentes, no podían detener. Después del hundimiento de Italia y las derrotas en Rusia, Hitler debió haber replegado sus fuerzas de la periferia al centro, pero se empeñó en sostenerse en todas partes.

Los ejércitos rusos que avanzaban, encontraron un país arrasado. Además de las destrucciones propias de la guerra, había la requisa de todos los víveres y bienes materiales; la deporta-

ción a Alemania de trabajadores forzados; el aniquilamiento de la población judía; la ejecución de rehenes y de los sospechosos de sabotaje o de colaboración con los guerrilleros, y otros muchos aspectos de la dura ley a que habían estado sometidas las regiones ocupadas. Los soldados soviéticos se iban cargando de odio en su marcha a occidente, al comprobar por sí mismos las grandes calamidades sufridas por la población civil, y en mucho casos por sus parientes y amigos. A la prensa soviética le sobraban materiales gráficos y declaraciones de testigos presenciales, para utilizarlos en su propaganda contra el enemigo. La tragedia de los pueblos de la URSS se acentuaba porque los que habían colaborado con los alemanes eran sometidos ahora a juicios sumarísimos y nacionalidades enteras, no rusas, emprendían el camino a Siberia, como castigo colectivo por su conducta.

Por fin, el Comisariado del Pueblo para la Defensa, pensó en los españoles, tomando la decisión de mandarnos de "stazhirovka", es decir, de prácticas a distintas unidades de reserva de la región de Moscú. Así nos prepararíamos para ser enviados después al frente. A mí me mandaron a doblar al jefe de Estado Mayor de la Primera División de Infantería de Reserva, situada en Vladimir y sus alrededores a unos 200 km. al este de la capital. Carrión fue destinado a uno de sus regimientos cerca de Ivankovo, y así fueron repartidos todos los compañeros. Para asegurar la situación de nuestros familiares, recibimos pases para un almacén especial, reservado únicamente para generales y héroes de la Unión Soviética que se encontraba en el último piso del "Voentorg", gran tienda solamente para militares. Además de víveres, en este almacén se podían adquirir prendas de vestir, buena moneda de cambio en el mercado negro.

Pero a primeros de mayo, antes de que saliéramos para nuestros destinos, se desató la tormenta en la dirección del Partido. En una reunión parcial del Comité Central, formada con los miembros que estaban en Moscú reforzados con otros militantes seleccionados, se comunicó que Jesús Hernández, había sido expulsado del Partido en México por su labor fraccional para apoderarse de la Secretaría General y por sus actividades antisoviéticas, al proponer la salida de la URSS de los emigrados españoles. Así pasaba automáticamente a la categoría de traidor

y enemigo del pueblo. En la misma reunión de Moscú, Enrique Castro, fue separado del Comité Central y de su puesto en la radio, considerándolo "corifeo" y representante en Rusia de Jesús Hernández. No era expulsado del Partido, pero era evidente que en él y en algunos reacios se iba a hacer un escarmiento, dentro de los clásicos procedimientos estalinianos.

Corrió la noticia y el terror por toda la emigración. Los antiguos partidarios de Jesús Hernández, por haberlo sido; los que tenían relaciones amistosas con Enrique Castro, por mantenerlas; los que se habían acercado tardíamente a Dolores, por si se lo tendría en cuenta; incluso los que en nada habían participado, por si algún enemigo personal aprovechaba la confusión para hacerles daño. Sólo pisaban terreno firme los pocos que se habían sostenido fieles a la Pasionaria cuando ésta se encontraba aislada. Los que la habían combatido directa o indirectamente, que eran la mayoría, o los que simplemente se habían mantenido al margen, todos estábamos a su merced si ella decidía sacar a relucir su actuación pasada.

La obligada reunión del colectivo para tratar estos problemas se adelantó, dado que teníamos que salir de Moscú hacia nuestros destinos. Estuvieron presente también los de la Academia Voroshilov. Para asegurar una información fidedigna al Secretario General, ya que de repente, sin una explicación previa, se empezó a llamar así a Dolores Ibarruri, asistieron Ignacio Gallego, Modesto y Líster, estos dos últimos muy serios y preocupados. Los tres representaban al Comité Central, es decir, venían en calidad de fiscales, no a hacerse la autocrítica, sino a exigírnosla a nosotros. Gallego tuvo una actitud discreta, no así los generales, que ante un auditorio que les había oído muchas veces atacar e insultar a la Pasionaria y a Francisco Antón y elogiar a Jesús Hernández, no tuvieron inconveniente en pedirnos que denunciáramos cualquier pequeño detalle que contribuyera a desenmascarar a los expulsados y a otros posibles traidores que hubieran colaborado con ellos en su labor contra el Partido, contra Dolores y contra la Unión Soviética. Como estaban comprometidos y asustados daban golpes a diestro y siniestro para salvarse, sin importarles a quien pudieran hundir.

Era el momento para desenmascararlos diciendo en público todo lo que pensaba de ellos y de su ruin comportamiento, pero estaba claro que Dolores, completamente aislada, se estaba apoyando en ellos para aquella depuración, y hubiera sido yo el que saldría perdiendo. En definitiva, todos estábamos cogidos en una inmensa red y cada uno se defendía a su manera. Por eso me limité a salir del paso en mi intervención de la mejor manera posible; al fin y al cabo era cierto que yo no había intervenido en ninguna de las intrigas y me sentía limpio de culpa en los supuestos delitos que allí se estaban juzgando. Hubo en la reunión alguna insinuación malévola hacia mí y hacia mi mujer, por nuestra amistad con el matrimonio Castro, pero nadie se atrevió a achacarme algo concreto, lo que me hubiera obligado a defenderme atacando. De todos modos estaba claro que como mi actitud había sido incomprensible para ellos, pues no podían admitir mi falta de ambiciones políticas, no supieron por dónde atacarme.

Al salir de la reunión estaba convencido de que mi posición era peligrosa y que no podía seguir no dándome por enterado. Fui de nuevo a ver a Dolores Ibarruri, ahora ya investida del cargo máximo del Partido. Le volví a preguntar que tenía el Partido en mi contra y qué derecho tenían Líster y Modesto para convertirse en acusadores, cuando habían sido colaboradores tan destacados en todo lo que ahora se criticaba a Jesús Hernández. Me contestó otra vez que personalmente nada me reprochaba, y que el Partido sabía muy bien cuál había sido la conducta de todos y ya se sacaría a relucir cuando fuera conveniente. Se mostró muy irritada con Segis Alvarez por la organización de aquella famosa reunión "juvenil" pero aclaró que ninguna responsabilidad teníamos los que habíamos asistido a ella. En resumen, la entrevista con Pasionaria me tranquilizó bastante y salí convencido de que podía contar con su apoyo si los dos generales trataban de crearme complicaciones. En realidad, yo tenía de Dolores buenos recuerdos, siempre había adoptado conmigo una actitud cordial y alguna vez que nos habían retratado en grupo había exclamado bromeando: yo al lado de Tagüeña que es el único que me da la talla, a su lado no tengo que encogerme. Para mí está completamente claro que a pesar de que trató de darme una lección apartándome de la dirección del colectivo, en los momentos más críticos me protegió y frenó las intenciones de mis "compañeros".

Quiero hacer constar que todas aquellas luchas y ruindades que tanto me herían no hicieron, sin embargo, que me apartara del comunismo. Por mucho tiempo aún seguí considerando que los ideales no podían identificarse con las debilidades humanas de sus partidarios. Por otra parte, tenía la ilusión de que la victoria contra Hitler, que tantos sacrificios estaba exigiendo, representaría un viento de libertad que hasta suavizaría los duros rasgos del régimen soviético. Además, por instinto de conservación, todas las dudas las iba almacenando en el subconsciente, pues si me paraba a analizarlas no podría disimular corriendo el riesgo de ir derecho a la lista negra, con lo cual comprometería mi salida y la de mi familia de la Unión Soviética o, en un caso extremo, podría perder mi posición privilegiada e ir a trabajar a una fábrica apartada o ser incluso deportado a Siberia, lo que venía a ser casi lo mismo. En España, o en cualquier otro país, los comunistas teníamos al menos la libertad de perder la fe y abandonar el Partido, que siempre sufría una gran fluctuación de militantes. En Rusia carecíamos de esa posibilidad y era inconcebible un apartamiento voluntario. Sólo la desesperación extrema podía llevar a un enfrentamiento irreconciliable con los dirigentes del Partido, como sucedió en el caso de Enrique Castro.

A mediados de mayo llegué a Vladimir. Cuando me presenté al jefe de Estado Mayor de la División me dijo que se alegraba mucho que hubiera llegado, que se iba unos días a Moscú y que yo quedaba en su puesto. No me dio ninguna explicación acerca de lo que sería mi trabajo, se limitó a darme las llaves de la caja fuerte donde se guardaba el sello de la unidad. Por suerte, había un viejo mayor al frente de la sección de organización y un joven capitán en la de cuadros, que conocían bien el oficio y me explicaron las decisiones que debía tomar en los cientos de asuntos administrativos que se planteaban cada día. De todas formas me sentí aliviado cuando al cabo de una semana regresó el jefe y volví a mi condición de suplente, aunque sus ausencias se iban a repetir muy a menudo.

La división tenía varios regimientos y escuelas, con varios miles de soldados, oficiales y clases, procedentes, en su mayor parte de hospitales. Había también reclutas de 18 años del último reemplazo, y otros de más edad enviados por los centros de movi-

lización que por algún motivo no se habían incorporado antes al ejército. Entre éstos, una categoría especial la formaban los que venían de regiones liberadas por las tropas soviéticas, que habían vivido algún tiempo bajo la ocupación alemana. Nuestra misión era equiparlos, instruirlos militar y políticamente, y establecer con todo cuidado sus antecedentes personales y políticos. Cada día recibíamos telegramas pidiéndonos grupos con distintos destinos: escuelas de oficiales, de sargentos o de diversas especialidades (tanques, aviación, marina, etc.) o bien para unidades del frente. Cada contingente debía reunir las condiciones precisas, según la función que les tocaría desempeñar. Eran excluidos, rutinariamente, de cualquier misión importante, no sólo los procedentes de zonas que estaban o habían estado en manos del enemigo, sino aquellos que en ellas tenían parientes. Para los que no había exigencia de ninguna clase era para los que iban a la gloriosa infantería; ni límite de edad, ni de condiciones físicas, ni de preparación escolar, ni política. Luego daba pena ver estas compañías en marcha: eran gente de bastante edad con grandes bigotes o muchachitos imberbes que arrastraban los largos capotes.

Había un problema que no nos afectó porque nadie en estas condiciones llegó a la división, pero a mí me impresionó leer la orden que decía que todos los ciudadanos soviéticos que en su documentación tuvieran declarada la nacionalidad alemana, austriaca, finlandesa, rumana, húngara o italiana, deberían ser entregados al NKVD, para ser enviados a un campo de concentración. Eran tratados como enemigos, aunque la mayoría pertenecía a familias que vivían en Rusia a través de varias generaciones, completamente identificados con la URSS y que no conservaban del país de origen de sus antepasados más que la mención burocrática en sus papeles de identidad, en los cuales aparece claramente distinguida la ciudadanía y la nacionalidad de origen. Otros eran emigrados políticos que recientemente habían adoptado la ciudadanía soviética. Entre estos últimos estaban los jóvenes españoles, algunos de los cuales fueron a parar a estos campos, porque algún jefe de policía se le ocurrió que en la lista de países faltaba España por equivocación. A todos éstos poco afortunados se unieron después los tártaros de Crimea, los kalmucos y las nacionalidades del Cáucaso, todos deportados a Siberia. A poco

de incorporarme a la división, fue arrestado y degradado un capitán de Estado Mayor, al descubrirse que era tártaro.

Para el mantenimiento de las disciplina, el jefe de la división tenía una arma poderosa: sus atribuciones para mandar a compañías de castigo a los que cometieran faltas graves, por ejemplo, desertar. La sentencia era inapelable y la muerte segura, ya que estas compañías rompían el frente en primera línea y pocos de sus componentes sobrevivían. Si alguno era solamente herido, quedaba inmediatamente libre de sentencia y al salir del hospital se incorporaba a unidades militares normales.

Mis funciones periódicas como jefe de Estado Mayor, me permitieron conocer algunas órdenes confidenciales. En una de ellas leí que los años pasados en la cárcel, durante las represiones policiacas tan frecuentes en los años anteriores a la guerra, se contaban para los oficiales soviéticos como tiempo de servicio activo. Antiguos sospechosos políticos arrestados cuando las purgas, habían demostrado cumplidamente su fidelidad a la patria socialista y su heroísmo en el frente, y con esta orden eran reivindicados. Pensé que tenían que ser muchos para que les dedicaran una orden especial. Era inevitable pensar que también muchos en las mismas condiciones, habían perecido en aquella absurda época de aniquilación que había arrasado gran parte de los cuadros del Ejército.

Un problema serio, tanto en mi división como en todas las unidades de reserva, lo constituían los oficiales. Había tanta abundancia, que el ejército no necesitaba de todos y podía escoger a los mejores. La mayoría llegaba de los hospitales sin documentación, con un papel que sólo reproducía lo que el herido había declarado al llegar: su nombre y su grado. Si traían condecoraciones, carecían casi siempre del comprobante de ellas. No había forma de comprobar sus antecedentes ya que habían pertenecido a unidades cercadas o destruidas, cuyos archivos habían desaparecido. La sección de cuadros les hacía llenar extensos formularios con centenares de preguntas y luego comenzaba una laboriosa investigación para comprobar lo que manifestaban. Las confusiones eran tan frecuentes, que en una orden de la región militar de Moscú se desenmascaba a un sedicente teniente coronel que había falsificado todos sus ascensos.

Fue una suerte para mí haber sido destinado a una de las más antiguas ciudades rusas. Situada a orillas del río Klyazma, Vladimir fue en el siglo XII la sede de un floreciente principado, cuando Moscú no era todavía más que una pequeña aldea comercial. En el siglo XII fue conquistada y destruida por los mongoles. En ocho siglos no prosperó mucho, pues en 1944 tenía solo poco más de 50,000 habitantes, y aunque contaba con algunos edificios modernos, alguna industria y muchos cuarteles, todavía carecía de alcantarillado. Del pasado quedaban partes de sus viejas murallas, con una de sus puertas, la "Puerta de Oro" y algunos templos. Uno de estos había sido abierto al culto, después de cuidadosa restauración, y destacaba con sus blancas paredes y cúpulas doradas. En los alrededores se podían ver otros monumentos famosos, como las iglesias de Suzdal, ciudad ligada históricamente a Vladimir o el monasterio de Bogolinvski. Cerca de Ivanovo se encuentra el pueblo de Palej, donde los artesanos trabajan hasta hoy las conocidas miniaturas de laca, pintadas con motivos tradicionales. Al principio me instalé en el único hotel de la ciudad, pero en mi cuarto había centenares de chinches, que no podía exterminar. Pronto conseguí trasladarme a una pequeña y más limpia habitación alquilada en una casa particular. En realidad sólo era una parte de la sala separada del resto por una mampara de cartón. El mayor inconveniente era que para todos los vecinos de aquel enorme edificio de varios pisos, y múltiples departamentos, sólo había unas pocas letrinas en el patio, siempre sucias y malolientes.

Carrión estuvo algún tiempo en un regimiento bastante lejos de Vladimir, hasta que conseguimos que lo trasladaran al Estado Mayor y se vino a vivir conmigo. Tuvieron con nosotros toda clase de atenciones. Nos dieron cartillas especiales de racionamiento "liter B" que no teníamos que entregar en el comedor del Estado Mayor. De esta forma podíamos disponer de una reserva de víveres para llevar a nuestras familias. En la sastrería de la división arreglaron nuestros uniformes a la medida y nos hicieron "Kitels" de tela norteamericana repelente al agua. Pero lo más importante para nosotros fue la cordialidad con que nos recibieron todos los oficiales, lo que facilitó mucho nuestra rápida y completa adaptación en aquel ambiente. Encontramos en seguida un

trabajo en el que podíamos ser muy útiles: dirigir la preparación de jefes y oficiales por medio de ejercicios tácticos con tropas o sin ellas. Contábamos con la experiencia de España y la adquirida en tantos años de Academia. Al principio, el jefe de la división nos miró con cierta desconfianza. Era un coronel ascendido por méritos de guerra, que carecía de cultura y hablaba un ruso vulgar lleno de palabrotas. Como tal despreciaba a los intelectuales, pero no tenía nada de tonto, y cuando después de unos ejercicios recibió calurosas felicitaciones de los representantes de la Región Militar de Moscú, cambió completamente su actitud hacia nosotros.

En la división luchaban los tres poderes que existían en el Ejército Soviético: el jefe de la Unidad, el sustituto para el trabajo político (que era el representante del Comité Central del Partido) y el oficial que dirigía la Sección Especial, es decir, el delegado del NKVD. Los tres se llevaban muy mal entre sí y me tomaron a mí como depositario de sus confidencias. El primer jefe de Estado Mayor que me tocó en suerte, era bastante despreocupado, se pasaba la mayor parte del tiempo en Moscú, mientras yo lo reemplazaba; pero luego fue sustituido por un coronel, convaleciente de sus heridas, que trajo a Vladimir a su familia y cumplía sus funciones con gran sentido de responsabilidad. Era judío y tenía una profunda instrucción militar y general. El y yo entablamos largas conversaciones sobre toda clase de temas.

* * *

El 17 de julio tuvo lugar en Moscú un desfile de prisioneros. Cerca de 60,000 alemanes cruzaron a pie toda la ciudad. Una parte de la columna pasó por la Bolshaya Kaluzhkaya y en casa me contaron la impresión que producía ver a los generales y oficiales, que trataban de conservar la dignidad en la derrota, y luego, los soldados con sus uniformes destrozados y con aspecto de desmoralización y agotamiento físico. Los rusos los veían pasar en silencio y con odio para los vencidos; pero había mujeres que rompían a llorar, tan deprimente era el espectáculo de aquellos hombres que difícilmente podían arrastrar los pies. Para mayor escarnio, los prisioneros iban enmarcados por tropas del NKVD con uniformes impecables, montados en hermosos caballos, limpios y bien cuidados. Detrás de la columna iban camiones cisterna

que regaban las calles con líquidos desinfectantes. Así era humillado el ejército que en 1941 cruzó la frontera soviética con paso de victoria.

La suerte de estos prisioneros no era envidiable. Sería parecida a la de otros centenares de miles de sus compatriotas que los habían precedido en el cautiverio. La alimentación insuficiente, de acuerdo con las mismas privaciones que sufría la población civil rusa; las enfermedades, los trabajos penosos, como la construcción de ferrocarriles hacia los puertos del Artico, y, sobre todo, el clima, acabarían con la mayoría de ellos, aunque no existiera un propósito deliberado de las autoridades soviéticas. Cerca de Vladimir había varios campos de prisioneros y por las calles de la ciudad se les veía a menudo trabajar o desfilar cantando, en formación militar, cuando volvían a sus barracas. Unos cuantos tenían aspecto normal y sano. Encabezaban a los demás y eran los posibles supervivientes. Otros, en cambio, se veían al borde de la consunción. La mayoría parecían apáticos y con la mirada vacía de la gente que ha perdido toda esperanza.

El primero de agosto se sublevó en Varsovia el ejército clandestino polaco (Armja Krajowa) subordinado al gobierno de Londres. El alzamiento tenía fines políticos, ya que trataba de liberar la gran ciudad antes de que llegaran las tropas soviéticas. Los alemanes llevaron allí tropas seleccionadas y empezó una larga lucha sin cuartel que costó muchos miles de víctimas y dejó la ciudad casi totalmente destruida. Los aliados occidentales estaban muy lejos para poder auxiliar a los combatientes polacos; los rusos, situados a poca distancia, no tenían interés en hacerlo. Su próximo golpe expulsaría, sin duda alguna, a los alemanes de las regiones que aún ocupaban en Polonia, pero no querían precipitar los acontecimientos, hasta que el comité polaco organizado por ellos, que se había establecido en Lublin, estuviera en condiciones de tomar el control del país.

A principios de septiembre, los soviéticos ocuparon Bucarest y el 5 de septiembre previa declaración de guerra, invadieron Bulgaria que se vio forzada a capitular. Así se abrían para los rusos las puertas de Hungría y Yugoslavia. Los alemanes tuvieron que escapar de los Balcanes por las pocas vías de retirada que les quedaban libres. En Rumania y en Bulgaria se formaron go-

biernos "populares" que declararon la guerra a Alemania y unidades rumanas y búlgaras se unieron a las soviéticas que avanzaban hacia Budapest y Belgrado. Finlandia también consiguió un armisticio, en las mejores condiciones posibles, ya que no vio invadido su territorio y solamente tuvo que aceptar las fronteras que le habían sido impuestas en 1940. La relativa benevolencia hacia los finlandeses fue quizá el pago por no haber apretado el cerco de Leningrado en 1941-1942, Los alemanes, entonces ocuparon el extremo norte del país, con el puerto de Petsamo (Pechenga) pero antes de dos meses los rusos no sólo los derrotaron, sino que cruzaron por este sector la frontera de Noruega avanzando por la costa del mar de Barentz.

Durante todos aquellos meses del verano de 1944, iba periódicamente a Moscú a llevar a mi familia todos los víveres que conseguía reunir. Casi todo eran conservas norteamericanas, sobre todo "svinaya tushionka" o sea, carne estofada de cerdo. En la capital estaba el menor tiempo posible, procuraba no ver a ningún español y me volvía a Vladimir. Fue una suerte poder estar alejado en aquellos meses. Mientras en grandes batallas se decidía el destino de la humanidad, el Partido comunista español se dedicaba en Rusia a la "cacería de brujas", es decir, a celebrar reuniones para "desenmascarar" a Jesús Hernández, a Enrique Castro y a todos sus posibles simpatizantes y "cómplices".

A estas reuniones, invariablemente, asistían representantes de la dirección del Partido, generalmente antiguos colaboradores o amigos de los líderes caídos en desgracia, que pedían con cara muy seria, que se hicieron acusaciones contra los comprometidos en la lucha "contra el Partido". Los presentes o bien se callaban, o, si querían destacar sacaban a relucir cualquier detalle, real o inventado, para atacar a los dos dirigentes sancionados o a cualquier otro compañero que se quisiera perjudicar. Lo que nadie hacía nunca era denunciar a los miembros presentes del Comité Central.

Había pasado bastante tiempo y las mujeres de los militares no habían asistido a ninguna reunión. Por fin un día las citaron en el local central de la delegación del Partido. Asistieron a la reunión Ignacio Gallego y Rafael Vidiella. La mayoría de estas mujeres vivían dedicadas a su familia y a sus hijos y poco era lo

que podían contar; la reunión languidecía hasta que Vidiella se dirigió a mi esposa para decirle que ella era vieja militante de las juventudes comunistas, que tenía una buena preparación política y había tratado a Enrique Castro, así que el Partido esperaba que tuviera cosas interesantes que contar. Carmen que esperaba esto, le contestó que le parecía innecesario, pues Vidiella había estado en casa de los Castro por lo menos tantas veces como ella, así que esperaba que ya hubiera contado todo lo posible, ahorrándole el trabajo. Ignacio Gallego, siempre discreto, cortó la reunión con algunas generalidades.

Toda aquella inútil campaña, además de aterrorizar a los militantes, les hacia perder la fe en los dirigentes. Ahora muchos sabían que la vida dentro del Partido era falsa y que no eran respetados los principios éticos más elementales. Se había desarrollado un pleito interno en las altas esferas, para heredar el puesto de José Díaz y ahora los participantes directos de esta lucha, eran los que molestaban y asustaban al militante de base, que había estado por lo general alejado de todo, dispuesto solamente a obedecer. En realidad, no se tomaron medidas serias contra nadie, también es cierto que nadie opuso la menor resistencia, pero sí hubo muchos cambios de categoría en la complicada jerarquía del Partido. Enrique Castro quedó completamente aislado de la emigración, pero seguía viviendo en el Lux y se comentaba que estaba haciendo gestiones para marcharse a México.

Las condiciones materiales de mi familia habían mejorado algo, gracias a los víveres que yo traía de Vladimir, pero un tremendo esfuerzo seguía gravitando sobre mi esposa, obligada a tejer continuamente prendas de punto y a realizar trueques en el mercado, que seguían siendo imprescindibles. Afortunadamente su salud y sus nervios aguantaban esta enorme tensión y seguía adelante. Nuestra hija Carmiña se criaba muy bien. Iba a cumplir ya cuatro años y había escapado a la tuberculosis, a pesar de lo expuesta que había estado al contagio, ya que esa infección se desarrollaba entre los niños españoles con una virulencia que sorprendía a los tisiólogos. Mi suegra seguía consagrada a su nieta y la traía siempre por el parque Gorki, hiciera buen o mal tiempo. La principal preocupación de todos nosotros era mi cuñado, ya que era difícil pensar en una curación permanente, des-

pués de los tremendos daños sufridos por sus pulmones al comienzo de la enfermedad. Sin embargo, el proceso parecía haberse detenido y ahora había esperanzas de vida.

Un día me llamó por teléfono desde Moscú Carmen, para darme una mala noticia: casi repentinamente había muerto Francisco Gullón. Después de haber jugado con la muerte tantas veces, en España y en Rusia ahora, un abceso pulmonar había acabado con él en pocas horas. Impresionaba su fin, en plena juventud y víctima de una enfermedad que en otras circunstancias se hubiera podido combatir. Me puse en camino de inmediato para llegar a tiempo a su entierro. La capilla ardiente estaba instalada en el local del MOPR de donde nos trasladamos al crematorio para su incineración. Dolores Ibarruri estaba sinceramente conmovida y quiso que se le dieran los honores posibles. Por encargo suyo, se avisó especialmente a todos los españoles que residían en Moscú. Ella estuvo junto al féretro y en su mirada se veía cómo recordaba en estos momentos a su hijo Rubén muerto en Stalingrado. A mí no se me apartaban de la mente todas las peripecias de la guerra que pasamos juntos, desde que Francisco Gullón apareció en La Salamanca, como voluntario del batallón Octubre No. 11, en el otoño de 1936. Me fue imposible encontrar palabras de consuelo para su hermano Luis, que lo había visto crecer con cariño y admiración para las cualidades que habían hecho de Francisco un muchacho extraordinario.

El día 3 de octubre se rindieron a los alemanes los sublevados de Varsovia. La ciudad en ruinas y llena de cadáveres insepultos, quedó vacía, porque la población civil fue deportada en su totalidad. Fue un golpe definitivo para los que seguían al gobierno de Londres. Los soviéticos se encargaron después de acabar con los restos del ejército clandestino, para facilitar así la transformación del Comité de Lublin en gobierno de Polonia.

La octava ofensiva soviética, que había empezado a mediados de septiembre, reconquistó en unas cuatro semanas Estonia y Letonia con sus respectivas capitales Tallinn y Riga. Los restos de las unidades alemanas quedaron arrinconados en la península de Curlandia, con el Mar Báltico a sus espaldas, y allí resistieron hasta el final de la guerra. El noveno golpe estaliniano había llevado a los ejércitos rusos a territorios de Hungría y Yugoslavia,

mientras Malinovski, junto con unidades rumanas avanzaba lentamente hacia Budapest, que quedó cercado a fines de diciembre, las de Tolbujin, apoyadas por el ejército búlgaro, entraron en contacto con los guerrilleros del mariscal Tito y el 20 de octubre liberaron Belgrado.

Recibimos alegremente el año 1945, con una buena cena familiar. Hasta adornamos el departamento y mi hija Carmiña, recibió juguetes en su cuarto cumpleaños. Encontramos para ella una buena muñeca vestida de bruja, con todo y escoba, que la hicimos volar entre nuestras dos habitaciones con el paquete de regalos. Eran nuestros invitados la familia Laín y Carmen Alonso. Esta última era muy amiga de Carmen desde sus tiempos de la juventud comunista de Madrid. Separada de su esposo, que quedó en Francia trabajando para el Partido, había pasado muchas calamidades en la URSS y ahora trabajaba de modista en un taller del Lux. Yo seguía viniendo regularmente a Moscú, aunque mis estancias en la capital eran muy cortas. El invierno era muy duro y los trenes viajaban con gran retraso. En una ocasión, a casi 20° bajo cero, tardé casi un día en llegar a la capital, cuatro veces más de lo que se tardaba normalmente. Casi quedé bajo un vagón al cambiar de tren en Pietuski a 125 km. de Moscú y cuando llegué al fin a casa con la pesada maleta de víveres, estaba completamente agotado.

En aquellos viajes frecuentes entraba en contacto con gente de todas las regiones de la URSS, que se trasladaban de un lugar a otro. Abundaban los convalecientes que volvían al ejército o desmovilizados, a sus hogares. Me trataban con la mayor confianza como compañero de armas y curiosamente nunca nadie me preguntó mi nacionalidad, a pesar de las imperfecciones de mi ruso. Me admiraba su resignación, su espíritu de sacrificio, la tranquilidad con que hablaban de las duras pruebas sufridas y la confianza que demostraban en el futuro. Y todo ello con la mayor sencillez, sin ninguna de las frases hechas de la propaganda oficial, como si todo lo ocurrido fuera algo inevitable, decidido por el destino. Quizá por esto hablaban también sin odio, al contrario, con una especie de compasión para todos. Una vez mi compañera de viaje fue una joven casi ciega por una explosión. Nos habló de sus peripecias y de las heridas sufridas como de algo sin im-

portancia. Su vitalidad era asombrosa, cosa que ya me había llamado la atención en los numerosos inválidos, que muchas veces con muletas, y con una pierna artificial de madera colgada al hombro, hormigueaban por todas las estaciones del ferrocarril. Cuando estaba en Moscú también me asombraba ver los centenares de amputados de un centro de rehabilitación, establecido en una escuela enfrente de mi casa. Parecían indiferentes a la desgracia sufrida, se comportaban con naturalidad, hacían deporte, cortejaban a las muchachas que se agolpaban en los alrededores y paseaban con ellas por el parque Gorki. Algunos, sin las dos piernas, se movían sobre sus pequeñas plataformas con ruedas por toda la ciudad, subiéndose solamente con la ayuda de sus brazos a trolebuses, tranvías y autobuses. Estaba claro que a esta clase de gente nada podía detenerla. Ahora comprendíamos que una enorme fuerza se ocultaba bajo el aparente infantilismo de los rusos, que explicaba cómo después de las terribles catástrofes del principio de la guerra, Rusia había podido rehacerse y derrotar a sus enemigos. La organización y la "unidad de mando" no hubieran bastado de no contar con ese material humano en la base.

El batallón español del NKVD no parecía haber contribuido mucho a la lucha guerrillera en los últimos tiempos, y ahora, liberada toda la Unión Soviética, no existían misiones que realizar. Tres supervivientes de los cinco de nuestro grupo que se habían incorporado a este batallón volvieron a la Academia. Dos de ellos habían sido lanzados también en Crimea, pero quedaron en las montañas y permanecieron allí algún tiempo, con destacamentos soviéticos, hasta la liberación de la península. Para los pocos españoles que habían intervenido directamente en la guerra, llegaba el momento de la desmovilización. Un pequeño grupo había sido enviado a una Academia de Ingenieros y luego fueron incorporados al frente con el grado de tenientes. Entre ellos se encontraban Alberdi y Escudero, antiguos subordinados míos en la 3ª División, y otros más jóvenes, como el hijo de Margarita Nelken, muerto por la explosión de una mina. No tenía sentido, después de tanto hablar de la necesidad de conservarnos para España, que oficiales de experiencia fueran dedicados a la tarea de abrir brechas en campos minados. Ellos sin duda lo hacían con gusto, por participar en la guerra, pero no parecía muy racional. Por el cuñado de José Vela, que llegó convaleciente de

sus heridas, supimos que también un grupo de aviadores españoles había sido incorporado a la aviación soviética y por lo menos dos de nuestros marinos estaban también en servicio, en barcos rusos.

No tardaron en comenzar nuevas ofensivas contra los quebrantados restos del ejército alemán. Los rusos fueron los primeros en atacar en Polonia. Tenían el dominio absoluto del aire, superioridad completa en artillería y una masa aplastante de tanques, con los nuevos Iosif Stalin con cañón de 120 mm. El frente enemigo fue literalmente despedazado y en pocos días las tropas soviéticas ocuparon Prusia Oriental y liberaron todo el territorio polaco al oeste de Vístula, incluidas las ruinas de Varsovia y las ciudades de Poznan (Posen), Lodz y Cracovia. Las unidades de Rokossovski, Zukov y Koniev entraron en las provincias prusianas de Pomerania, Brandeburgo y Silesia y dejaron atrás a muchas guarniciones alemanas cercadas y condenadas a seguro aniquilamiento. Sólo se detuvieron a primeros de marzo al llegar a la orilla del río Oder, después de ocupar algunas cabezas de puente y rechazar el último contraataque desesperado de sus enemigos. Berlín quedaba así a sólo unos 100 km del campo de batalla. A la vez, los ejércitos de Malinovski y Tolbujin, que habían rechazado las acometidas alemanas en el lago Balaton, complementaron a mediados de febrero la ocupación total de Budapest, después de varias semanas de asedio.

En los momentos culminantes de la gran ofensiva soviética de invierno, se celebró en Yalta una nueva conferencia de jefes aliados. En antiguos palacios zaristas, limpiados a toda prisa de las huellas de la guerra se reunieron Roosevelt, Churchill y Stalin. Si en Teherán se pusieron de acuerdo para conseguir la derrota de Alemania, ahora trataban ya los problemas de la paz. A Alemania no se le dejaba más salida que la rendición incondicional. Detrás de las frases solemnes de los comunicados no había duda de que los regímenes políticos de los países liberados u ocupados, los decidiría, principalmente, el ejército que entrara antes. Esto sellaba ya el destino, tanto de los guerrilleros comunistas griegos, como de los gobiernos yugoslavo y polaco en la emigración. En Yugoslavia estos planes estaban facilitados por el gran prestigio popular de Tito, en Polonia los dificultaba el profundo odio hacia

los rusos, sin embargo el resultado fue el mismo. El Comité de Lublin se transformó en gobierno provisional y contra viento y marea fue extendiendo su dominio por toda Polonia, venciendo poco a poco la resistencia de la población. Se presentaba como una coalición presidida por un socialista, Osubka-Moraniski y hasta consiguieron incorporar a un polaco de Londres, Mikolajczyk, pero era bien sabido que las posiciones claves estaban en manos de los comunistas. Cuál era el verdadero sentir del pueblo polaco lo pude comprobar en Vladimir cuando llegaron a mi división los movilizados de la región de Bialystok, en ruso Bielostok. Eran ciudadanos soviéticos a la fuerza por haberles tocado vivir en la llamada Bielorrusia Occidental, anexionada a la URSS en 1939, por el acuerdo con Alemania. Todos, sin excepción, en número de varios centenares, se declararon polacos y rehusaron la incorporación al ejército soviético. Lejos de su país, en el corazón de Rusia, hacía falta valor para mantener esta actitud, pero no hubo manera de convencerlos. El mismo problema se planteó en otras divisiones de reserva, cercanas a la nuestra, y en alguna llegó a haber consejos de guerra y fusilamientos. Nuestro comisario fue más comprensivo, contemporizó, hasta que la magnitud del problema llegó muy arriba, y el alto mando ordenó que estos reclutas fueran devueltos a su lugar de origen. Seguramente este hecho influyó en que la región de Bialystok fuera devuelta en su casi totalidad a la Polonia Popular.

La excepción que la URSS había hecho con Finlandia, no volvió a repetirse. En Hungría se formó un gobierno con los puestos clave en manos de los comunistas antes emigrados en Rusia, de modo análogo a como se había procedido en Rumania y en Bulgaria. La inclusión de figuras decorativas para crear la impresión de que se formaban amplias coaliciones, no cambiaba las cosas. Los mismos métodos operaban en todas partes. En Grecia por ejemplo, los británicos, de forma violenta y descarada, acabaron con la oposición a cañonazos e impusieron el gobierno que les era grato. En Francia la gran popularidad del general Charles de Gaulle, facilitó el que a los comunistas franceses les fueran negadas las posiciones que habían ganado por su participación activa en la resistencia contra los alemanes, a partir de la agresión de Hitler a la URSS. Tampoco aquí tenía un significado especial que el gobierno francés admitiera ministros comu-

nistas para cubrir las apariencias. Maurice Thorez y François Billoux, eran en este caso las figuras decorativas.

Sobre la conferencia de Yalta circularon por Moscú, chistes de todo tipo. En uno de ellos se aseguraba que en el suntuoso banquete final se levantó Roosevelt para darle a Stalin las gracias por el té. Se aludía así al papel tan importante que jugaban los víveres anglo-norteamericanos en el racionamiento que recibíamos. En la película de la reunión, que se proyectó en todos los cines de la URSS, impresionaba el semblante demacrado de Roosevelt y su aspecto de extremo agotamiento. Era evidente que se encontraba muy enfermo y sorprendía que en esas condiciones resistiera todavía las abrumadoras obligaciones de su cargo.

Al avanzar las tropas soviéticas en Polonia, se comprobó que una de las peores lacras de la guerra, los campos de concentración, habían llegado a refinamientos de crueldad inconcebibles. En Treblinka, al este de Varsovia, en Majdenek, junto a Lublín y en Oswiecim (Auschwitz) cerca de Cracovia, los alemanes habían exterminado a millones de hombres, mujeres y niños, la mayoría judíos, pero también polacos, rusos, y de todas las nacionalidades de Europa. Se publicaron entonces horribles detalles de las cámaras de gas y de los gigantescos hornos crematorios. Los reportajes fílmicos y periodísticos, como el de Vasili Grossman, sobre Treblinka, narraban hechos tan crudos que la descripción resultaba pálida ante los hechos en sí. La minuciosidad germana, había ordenado y clasificado en sus almacenes todo lo que tenía algún valor de aquellas pobres víctimas. Era escalofriante ver, por ejemplo, los sacos repletos de cabellos femeninos o, más todavía, los grandes montones de juguetes, arrancados de las manos de los pequeños seres condenados al exterminio. La guerra fue, es y será siempre, inhumana en todos sus aspectos, pero aquella organización fría y científica de la muerte, no tenía precedentes ni podía compararse con otros horrores anteriores.

Cuando la ola incontenible del ejército soviético entró en Alemania, sometió a la población civil a saqueos y violaciones sin cuento. El sucio oficio de la guerra envilece sin duda a vencedores y a vencidos, pero hay que tener en cuenta que en los soldados rusos estaban frescos no sólo los recuerdos de la patria arrasada, los familiares muertos o desaparecidos, sino también los

horrores de estos campos. Acostumbrados a una vida dura, careciendo de lo más indispensable, no es de extrañar que se apoderaran de todo lo que podían, admirados de todos los bienes materiales que poseían los invasores. En un principio se permitió el saqueo y hasta se decía que era a cuenta de todo lo que la URSS había sufrido durante la guerra. Sin embargo, pronto decidieron intervenir, desde muy arriba, limitando sobre todo los daños a las personas, principalmente a las mujeres siempre víctimas de toda soldadesca. Hay que señalar que el comportamiento de las tropas de primera línea, de los verdaderos combatientes fue como siempre, mucho más digna, pero detrás iba una ola de unidades menos controladas a cuyo cargo corrieron la mayoría de las fechorías. La primera señal de que se iban a tomar medidas, fue un editorial de Pravda, arremetiendo contra Ilya Erenburg, autor seguramente por encargo de artículos muy violentos y muy difundidos no sólo en la URSS sino en el extranjero, en los que se decía que todos los alemanes sin excepción merecían el castigo de tantos crímenes. En este editorial se pedía a los soldados que respetaran a los civiles enemigos, no porque se lo merecieran, sino porque estaba en juego la propia dignidad del Ejército Soviético.

El avance de las tropas soviéticas dio libertad a miles de trabajadores envíados a la fuerza a Alemania desde todos los confines de la nueva Europa, soñada por Hitler. Había franceses, belgas, holandeses, noruegos, checos, yugoslavos, italianos. etc. Estos extranjeros eran los únicos que gozaban ahora de libertad en las regiones fronterizas. Se vengaban de sus antiguos guardianes. Se apoderaban de los medios de transporte y vituallas de todo género. Protegidos por improvisadas banderas de sus países respectivos, los antiguos esclavos formaban abigarradas columnas que llenaban las carreteras con la seguridad de tener pronto vía libre para volver a sus hogares. Los menos felices de los liberados eran los rusos, ya que de ellos se hacía cargo el NKVD con su secuela de interrogatorios, pesquisas y amenazas para el futuro.

Al acercarse la primavera de 1945 la situación era tan desesperada para los alemanes, que el triunfo completo de los aliados se veía inminente. En Vladimir, mi división de reserva

se vaciaba mandando contingentes a todas partes, refuerzos para la ofensiva decisiva. La población civil se veía más optimista y hasta los prisioneros alemanes desfilaban con más marcialidad, a pesar de lo humillante que era para ellos ser vigilados por sus antiguos aliados y compañeros de cautiverio, pequeños rumanos de tez cetrina que habían recibido brazaletes rojos y viejos fusiles al convertirse su país en aliado de la URSS. Aquellos prisioneros acariciaban sin duda la esperanza de no soportar otro crudo invierno ruso. En el anterior, que había sido durísimo, diariamente se retiraban de sus campamentos vagones llenos de cadáveres. Yo mismo asistí a un terrible espectáculo: en una estación del ferrocarril, varios rumanos enfermos eran trasladados de un tren a otro. Iban vestidos con ropa de guata y gorros de piel completamente nuevos, pero su estado físico revelaba la más extrema consunción. Iban con ellos unos compatriotas con aspecto normal, seguramente al servicio de los soviéticos, que los llevaban a un hospital. Los pobres estaban a tal grado extenuados que se veían incapaces de andar el centenar de metros que los separaban de su vagón. Al fin dos de ellos, delante de todos nosotros, se tumbaron en el suelo, como el que se echa a dormir, y quedaron muertos. Lo más impresionante era que los demás, por un reflejo adquirido en muchos meses de hambre espantosa, indiferentes a esta tragedia, extendían sus manos hacia nosotros pidiéndonos comida, aunque sin duda no eran alimentos lo que entonces necesitaban, sino un milagro, para que pudieran restaurar sus organismos aniquilados.

A primeros de abril, las unidades del mariscal Tolbujin avanzaron por el Valle del Danubio y se aproximaron a Viena, que fue ocupada el día 13. Dos días después comenzó en el Oder la ofensiva soviética que tenía por objetivo Berlín. Las tropas de los mariscales Rokossovski y Koniev tropezaron con una desesperada resistencia, pero su superioridad material era aplastante y en poco más de una semana la capital de Alemania estaba cercada. Comenzaron entonces feroces combates de calles, en los cuales los tanques y la artillería soviética de todo calibre, pulverizaban a tiro directo los últimos reductos de la resistencia del enemigo. De nada servía que los rusos fueran momentáneamente detenidos por algún alemán armado con su "panzerfast", sólo eficaz

a poca distancia, ya que el audaz era inmediatamente sepultado entre los escombros del muro que le servía de refugio. Pronto se supo que los defensores de Berlín eran restos de las unidades más diversas, encuadrados por los fanáticos de las SS, reforzados por muchachos imberbes de las juventudes hitlerianas. Pero todo llegó a su fin. Hitler y Goebbels se suicidaron el 30 de abril y en los días siguientes, poco a poco, capituló lo que quedaba de la guarnición berlinesa.

Luego se precipitaron los acontecimientos. El 25 de abril rusos y norteamericanos se encontraron en el Elba. Contactos parecidos se establecieron de norte a sur por todas partes. A fines de mes las columnas blindadas norteamericanas del general Patton, habían atravesado el sur de Alemania y entraron en Austria y Checoslovaquia. Era evidente, que debido a acuerdos previos, los aliados occidentales no habían querido avanzar hacia Berlín, dejando esa misión a los rusos. El almirante Doenitz, que había sido designado jefe del Estado por Hitler, trató sin éxito de dividir a los aliados, rindiéndose sólo a los occidentales. El dos de mayo capitularon las tropas alemanas en Italia, después que Mussolini había sido apresado y fusilado por los guerrilleros italianos, cuatro días antes. De hecho ya no se combatía y solamente se negociaba; los alemanes tratando de ganar algunas horas y los aliados algunas vidas. El cuatro de mayo se rindieron al general Montgomery las tropas del norte de Alemania.

La radio soviética dio la noticia de la firma de la capitulación en Reims como un simple acto preliminar, ya que consideraba la ceremonia que iba a tener lugar en Berlín el día 8 como la decisiva. Pero era evidente que era sólo una cuestión formal y que se podía festejar ya la victoria. Así lo entendieron los españoles del Lux que se lanzaron de noche por la calle Gorki, rumbo a la Plaza Roja con gran algarabía de vivas y canciones, ante la sorpresa de los pocos transeúntes rusos poco acostumbrados a las manifestaciones espontáneas. La gente oía las noticias por los altavoces y parecía que no acababa de darse cuenta de lo que estaba pasando. Desde luego la primera reacción fue de tristeza, como si pesaran demasiado todos los sufrimientos y el recuerdo de tantos seres caídos durante la contienda. Al día siguiente fui con mi mujer y mi hija a casa de la madre de

Natasha, de la que no se había recibido carta desde fines del año anterior y cuya suerte nos preocupaba mucho, por lo que nosotros tampoco nos sentíamos muy alegres. Estando allí nos enteramos que se festejaría la victoria al anochecer en la Plaza Roja, con salvas de artillería, y fuimos allá mezclados con una gran muchedumbre que entonces ya desbordaba de entusiasmo; mientras surcaban el cielo miles de cohetes de múltiples colores y resonaban los cañonazos en honor de las tropas que habían derrotado a la Alemania de Hitler. En la parte central de la ciudad todo el tráfico quedó interrumpido, los trolebuses dejaron de circular, así que la vuelta a casa fue bastante pesada, porque además la niña se durmió y tuvimos que llevarla en brazos por turno, durante varios kilómetros hasta la Balshaya Kaluzhkaya.

Había en Moscú una gran oficina central, que daba informes sobre los miembros de las fuerzas armadas muertos, heridos o desaparecidos en el frente. Fui allí varias veces para obtener noticias de Natasha pero no conseguí nada porque los datos los recibían con demasiado retraso. Me impresionó mucho ver los miles de personas que allí acudían para tratar de saber la suerte corrida por sus seres queridos, todos con la esperanza de que no se confirmaran sus temores. Los nuestros desgraciadamente se confirmaron. Un día recibió la madre de Natasha un pequeño paquete con algunas pobres pertenencias de su hija. Habían sido enviados por el comisario de su unidad con una breve referencia: "Objetos personales que pertenecieron a la teniente Grigorievna". Todos quedamos completamente abrumados. Mi cuñado escribió pidiendo noticias sobre su muerte. La contestación, que no se hizo esperar, aumentó nuestra angustia y la magnitud de la tragedia. Natasha estaba con las fuerzas que cercaban Budapest, cuando un día fue requerida por la sección de cuadros del Estado Mayor de una unidad superior. El comisario aseguraba no conocer los motivos de esta llamada, sólo sabía que al volver se había tendido en la cama, se había cubierto con su abrigo militar y se había pegado un tiro en el corazón, Quedamos verdaderamente anonadados y llenos de dudas sobre lo que la empujó a tomar tan fatal determinación, solamente unas semanas antes de que terminara la guerra. La recordábamos llena de vida y confiando en la nueva situación que nos traería la victoria, durante sus dos

visitas a Moscú. Algo muy grave tenía que haber derrumbado su moral. Como sabíamos que su mayor preocupación era superar el problema que representaba para su familia el desgraciado fin de su padre, llegamos a la conclusión que las encuestas y preguntas que le hacían también en el ejército los órganos del control policiaco, la convencieron, que aun habiendo estado en el frente durante toda la guerra, seguiría siendo en la Unión Soviética una persona sujeta a sospechas y discriminaciones. Una vez nos había dicho que cuando detuvieron a su padre estuvo a punto de suicidarse y no lo hizo por no dejar sola a su madre. Algo hizo que volviera a vivir toda su tragedia y en un momento de depresión decidió acabar con tanta angustia. No podía prever que en poco más de diez años Stalin iba a ser acusado de asesinar a muchos miles de comunistas sinceros, como su padre, y mucho menos que las víctimas de estas absurdas represiones iban a ser oficialmente reivindicadas en lo posible, porque no hay poder humano que les devuelva la vida.

La muerte de Natasha nos produjo a su marido, a Carmen y a mí, una tremenda impresión. No era sólo la pérdida de un ser querido, sino que de golpe nos habíamos visto afectados por el inhumano aspecto policiaco del régimen soviético. Habíamos oído muchos relatos sobre el triste destino que pesaba sobre los miembros de las familias de los perseguidos políticos, pero ahora éramos participantes de una tragedia que nos afectaba profundamente. Nos habíamos repetido muchas veces que esas injusticias, al parecer inevitables al construir una nueva sociedad, debían ser cosa del pasado; ahora la realidad desmentía esto. La más afectada fue Carmen que no podía apartar de su mente la idea de que en sus últimos momentos Natasha había pensado sin duda en nosotros, y había sacrificado su vida por facilitar la nuestra. Durante cierto tiempo estuvo completamente desesperada, obligada además a fingir que Natasha había muerto en el frente, delante de amigos y conocidos. Cuando pudo sobrellevar esta crisis, había roto de una manera definitiva con el comunismo. Yo tardé todavía cierto tiempo en cortar todas las amarras.

Séptima contraofensiva de la batalla del Ebro. Mapa original e inédito del autor.



Artilleros republicanos

Mapa original e inédito del repliegue planeado y ejecutado por el autor, en la batalla del Ebro.



Р. Я. МАЛИНОВСКИЙ НА ПОЗИЦИЯХ РЕСПУБЛИКАНЦЕВ ПОД МАДРИДОМ



Reproducción de una foto aparecida en una revista rusa, donde se ve al autor -izquierda- con su comisario Fusimaña.



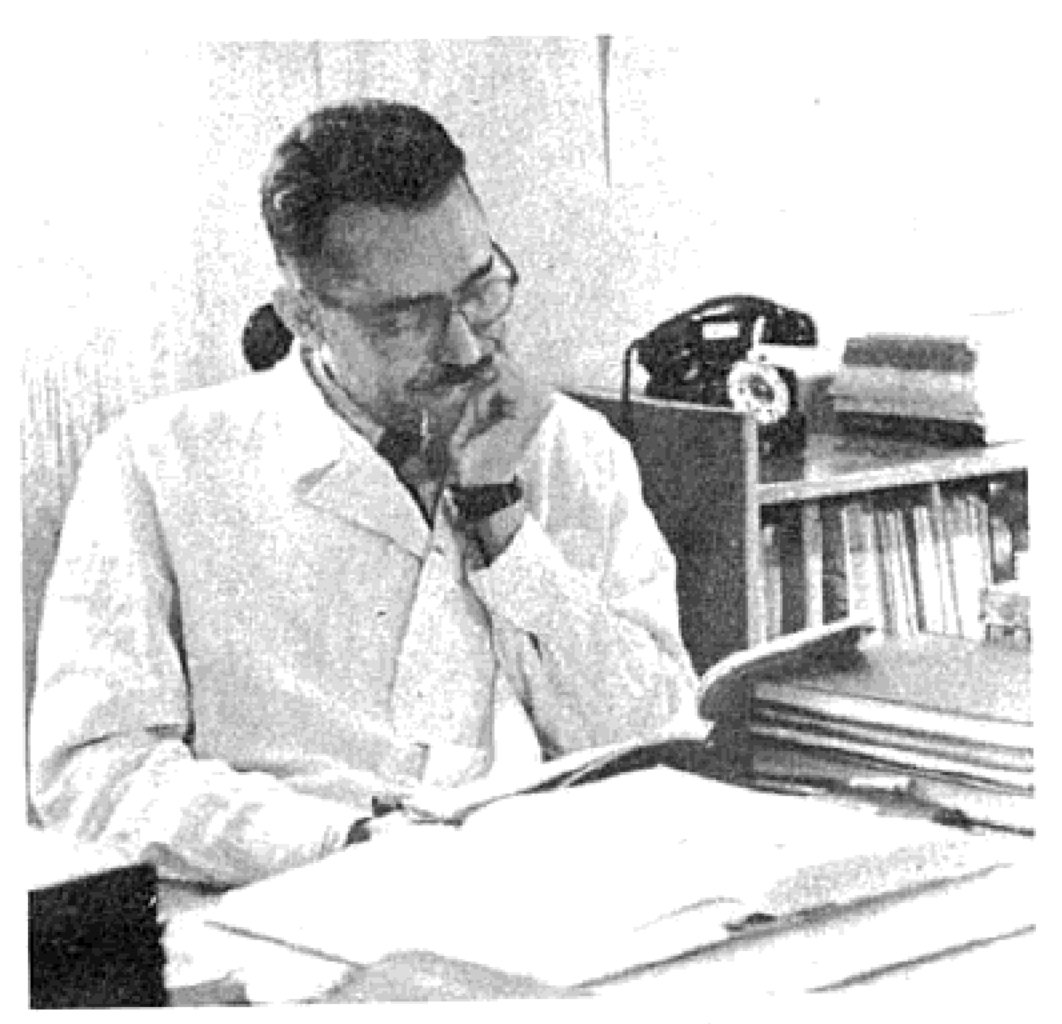
Con un oficial ruso, durante unas maniobras en Yugoslavia.



Con uniforme de gala del Ejército Rojo.



Con los miembros del Instituto de Biología en Checoslovaquia, desfilando el



En Checoslovaquia en su laboratorio

Z biologického ústavu lékařské fakulty Masarykovy university v Brně
Přednosta: Prof. dr Ferd. Herčík.

MANUEL TAGÜEÑA a VLADIMÍR RAUŠER

Účinek záření na spory Rhizopus nigricans

Scripta medica, t. 26, f. 6, 1953.

Ústav pro lékařskou fysiku lékařské fakulty Masarykovy university v Brně.
Přednosta: doc. dr. Manuel Tagüeňa.

MANUEL TAGÜEÑA

Hradlové fotočlánky a změna elektrické vodivosti různých látek v dosimetrii roentgenových paprsků

Твердые фотоэлементы и изменение электрической проводимости различных веществ в дозиметрии рентгеновских лучей.

(С русским заключением.)

Les cellules photovoltaïques et la variation de la conductibilité électrique de différentes substances dans la dosimétric des rayons röntgen

(Avec un résumé en français.)

Trabajos científicos publicados en Checoslovaquia.



Con sus hijas, en Checoslovaquia.



En México, con su primera nieta.



CAPITULO X

LA POST-GUERRA. DOS AÑOS EN LA YUGOSLAVIA DE TITO

La Unión Soviética, después de la tremenda tensión de los años de guerra tenía que enfrentarse a una dura tarea: reconstruir las ciudades y las fábricas destruidas y volver a encuadrar en la vida civil a muchos millones de soldados y desplazados. Las pérdidas humanas y materiales habían sido tan enormes, que las estadísticas nunca podrán reproducirlas fielmente. En el territorio de la URSS que llegó a estar ocupado por los alemanes, vivía antes de la contienda un 50% de la población del país y representaba todavía un porcentaje mayor desde el punto de vista económico. Sin embargo, nadie hubiera creído entonces que la cifra oficial iba a pasar de los veinte millones de víctimas, lo que representaba más de la tercera parte de los muertos en todo el mundo a causa de la Segunda Guerra Mundial. Los desaparecidos eran demasiados para ser sustituidos fácilmente. Si gigantesco había sido el desplazamiento de la industria hacia el este ante el avance alemán, no menos grandiosa era ahora la tarea de poner todo de nuevo en funcionamiento en el oeste del país.

El resultado inmediato era que millones de rusos estaban en movimiento de un lado para otro: desmovilizados, evacuados, gente enviada por el gobierno a repoblar regiones fronterizas o devastadas. El sistema favorecía todos estos cambios. La gente ya estaba acostumbrada a ser trasladada con o sin bienes y allí donde llegaban recibían por lo menos tan poco como habían dejado. Pero era inevitable que en estas circunstancias muchos miles escaparan al rígido control estatal y merodearan de un lado

para otro sin documentos, desertores del ejército y de las fábricas, delincuentes, especuladores e inadaptados de todo tipo. Muchos de estos integraban bandas de verdaderos forajidos, que vivían de asaltar y robar. Un grupo numeroso, lo constituían niños y jóvenes abandonados a los que se veía viajar vestidos con andrajos, en los topes de los trenes o deambular por las ciudades que cayeron como la langosta en Alemania, detrás del ejército soviético. Los llamaban allí pequeños "Ivanes" y constituían una verdadera pesadilla para la población alemana y para la policía militar soviética.

Los largos sufrimientos y penalidades de la población, que la guerra había agravado, provocaron una relajación de la conducta social. Debilitados y rotos los vínculos familiares los jóvenes se descarriaban fácilmente y les resultaba más atractivo vivir al margen de la ley que disciplinados en las instituciones soviéticas. Ya se sabía entonces que también algunos muchachos españoles escapados de sus colectivos se dedicaban al pillaje. El hermano de una antigua alumna de Carmen en la Piragoshkaya, resultó muerto a tiros por el vigilante nocturno de una fábrica donde había entrado a robar. Los mercados estaban llenos de "juliganes" que robaban a compradores y campesinos sin que nadie se atreviera a defenderse, porque eran hábiles con una hojilla de afeitar que ponían entre los dedos de la mano y con la que amenazaban con cortar los ojos. Una vez en Vladimir intervine para separar a dos chicos que luchaban a la salida de un cine. No tendrían más de quince años y me sorprendió su actitud amenazante y los terribles insultos que se dirigían cuando eran llevados a la estación de policía. La relajación moral llegaba también a algunos de los que vivían en familia. En la Bolshaya Kaluzhkaya el hijo de un coronel vecino y sus amigos, todos estudiantes de bachillerato, mataron a hachazos a una anciana que se negó a darles vodka. En pocas horas los culpables fueron juzgados, condenados a muerte y fusilados. No era posible, en aquellos momentos intentar regenerar a tantos jóvenes desquiciados, y con su característica dureza el gobierno optó por aplicarles todo el rigor de la ley.

Corría peligro la seguridad personal en Moscú en los primeros meses después de terminada la guerra. Todo eran rumores

de atracos, robos y asesinatos. Se decía que en unos retretes públicos que llevaban cerrados mucho tiempo, habían aparecido montones de cadáveres completamente helados. La situación llegó a ser tan grave que, como en 1941, fue declarada la ley marcial. Tribunales especiales y patrullas del NKVD empezaron a restaurar el orden con mano de hierro y sin apelación. En unos minutos eran juzgados, degradados y ejecutados los responsables de actos de bandidaje, sin tener en cuenta algunas veces que el culpable fuera héroe de la Unión Soviética o tuviera el pecho lleno de condecoraciones. Estas medidas enérgicas fueron dando resultado, pero pasaría mucho tiempo hasta que la gente se atreviera a abrir la puerta de casa una vez que anochecía.

La necesidad de dar una base más firme a la sociedad soviética, había llevado al gobierno de la URSS a promulgar, ya el año anterior un decreto, que daba a la familia una estabilidad oficial de la que había carecido desde la Revolución rusa. Se preveía así, además, el desequilibrio moral que acompaña inevitablemente a cualquier guerra. La nueva ley consideraba obligatorio el matrimonio civil y el Estado dejaba de reconocer las uniones libres, que hasta este momento tenían validez legal. Se suprimía el derecho de las mujeres a reclamar alimentos para los hijos nacidos fuera del matrimonio, que no podían siquiera ser reconocidos por sus padres y deberían ser inscritos en el Registro Civil con el apellido materno y el patronímico de su abuelo. Se eliminaba, por lo tanto, fuera del matrimonio cualquier investigación sobre la paternidad, que antes daba lugar a muchos abusos por la facilidad con que eran otorgadas las compensaciones pecuniarias, que fueron entonces anuladas con efecto retroactivo. A cambio, el gobierno se ofrecía a hacerse cargo de la manutención y educación de los hijos de madres solteras que éstas decidieran entregar a su custodia. Finalmente, el divorcio quedaba limitado, por lo costoso y prolongado de los trámites. Las nuevas normas obligaron a presentar ante el juez, acompañados a veces de hijos y nietos a parejas que llevaban mucho tiempo viviendo juntos. La nueva ley fue bien recibida con la esperanza de que influyera favorablemente en la vida del pueblo soviético eliminando muchas lacras anteriores. Sin embargo, uno de los apartados iba a traer numerosos problemas. Según él, las mujeres soviéticas conservaban su nacionalidad al casarse con un ex-

tranjero y no podrían salir de la URSS sin un permiso especial que, por lo menos mientras vivió Stalin, no se concedió a nadie.

A mediados de 1945 floreció el mercado negro nutrido por el alud de mercancías diversas, traídas por los soldados rusos de todos los rincones de la Europa ocupada, pero principalmente de Alemania. Los que no venían desmovilizados, lo hacían con permisos temporales o al ser trasladados a otras unidades; pero todos, sin excepción, venían cargados de maletas y bultos, cuya cantidad incluso llegó a reglamentarse oficialmente. De este modo, los mercados se vieron llenos de "trofeos", marca de fábrica que al principio fue sinónimo de calidad y luego perdió prestigio al comprobarse que muchas de aquellas cosas eran malos productos de tiempo de guerra. Sería difícil establecer cuáles de aquellos "trofeos" fueron tomados de casas abandonadas, cuáles de manos de sus ocupantes y cuáles legítimamente adquiridos como regalos, que los alemanes hacían a veces tratando de garantizar su seguridad personal. Al fin y al cabo, la zona oriental de Alemania no llegó a compensar con sus bienes más que una parte de lo que el ejército hitleriano había destruido en la Unión Soviética.

Claro que no parecía este el método más justo. También es cierto que la iniciativa particular dio lugar a conductas muy diferentes. Conocí a muchos rusos (y españoles incorporados al ejército soviético) que volvían con las manos vacías. En cambio, en plena calle Gorki por una botella de vodka se podían adquirir brillantes, relojes, y las más finas alhajas, y alrededor de todos los mercados de la capital miles de personas vendían y compraban toda clase de objetos con lo que se beneficiaban principalmente los especuladores profesionales. Había gente especialmente lista, como un oficial que, según le confió a un español compañero de viaje desde Berlín a Moscú, traía en una sola maleta medio millón de agujas de máquinas de coser, mercancía muy solicitada y que fácilmente se podía vender a cinco o seis rublos cada una. También había quien abusaba de su cargo, como un general vecino nuestro que trajo muebles, vajillas y hasta un piano, todo lo cual tuvo que amontonar en el antiguo refugio antiaéreo.

Vi llegar algunas veces a Vladimir los trenes con los desmovilizados de la región. Todo era alegría y bullicio en el recibi-

miento. Tocaban las bandas de música, se desbordaba el entusiasmo y había muchas escenas emotivas al encontrarse los familiares que habían pasado muchos años de separación y angustia. Pero era muy triste ver los que se quedaban esperando a los parientes que en muchos casos ya no volverían jamás. También veíamos pasar trenes con tropas, tanques y artillería, pero esta vez hacia el este. En el Extremo Oriente, la URSS se preparaba a participar con sus aliados en el último acto de la guerra: el aplastamiento del Japón.

Aunque el ejército japones conservaba todavía inmensos territorios conquistados, su situación militar era ya desesperada a mediados de 1945. Había llegado inexorablemente la hora de la derrota.

Desde el 17 de julio al 2 de agosto, se celebró en Potsdam no lejos de Berlín, una nueva conferencia de los Tres Grandes. Asistieron Stalin, Harry Truman (en lugar del finado Roosevelt) y Churchill, pero este último, a los pocos días fue reemplazado por Clement Attlee, jefe del Partido Laborista que había ganado las elecciones en la Gran Bretaña. Los vencedores tenían que ponerse de acuerdo en muchos problemas relacionados con la organización de la paz cuyas bases habían establecido en Teherán y Yalta. El acuerdo más trascendental fue que Polonia sería compensada en el oeste, a costa de Alemania, por los terrenos, que en el este pasaban a ser de la Unión Soviética. De este modo, las fronteras occidentales polacas avanzaban hasta las orillas de los ríos Oder y Neisse. La URSS se anexionaba Koenigsberg (rebautizada como Kaliningrado) y todo el resto de la Prusia Oriental. Checoslovaquia recobraba en Occidente sus antiguas fronteras, pero tenía que ceder a Rusia su extremo oriental con la Rutenia o Ucrania subcarpática. Los dos millones de alemanes sudetes fueron obligados a abandonar Checoslovaquia y marchar a Alemania con todos sus bienes transportables. Hungría tuvo que devolver a sus vecinos: Yugoslavia, Checoslovaquia, y Rumanía todas las zonas fronterizas que Hitler le había obsequiado. En dichas zonas, vivían desde siempre muchos húngaros a los que tampoco se tuvo en cuenta. Yugoslavia ocupó la península de Istria, pero los británicos se le adelantaron ocupando Trieste, que Tito reclamaba. Rumanía perdió de nuevo Bukovina y Besarabia,

pero recuperó Transilvania. Las minorías germánicas de todos estos países fueron deportadas a Alemania, que se vio obligada a atender, en sus destrozadas ciudades, no sólo a los alemanes sino a miles de personas desplazadas, de múltiples nacionalidades, que no querían volver a sus países de origen, en el oriente europeo. Los representantes de la "raza superior" se vieron ahora tratados con gran dureza, y en todas partes sufrieron toda clase de humillaciones, aunque para ellos no se organizaron campos de exterminio como les correspondería si se hubiera aplicado la ley del talión.

En Postdam se discutió también el régimen militar de ocupación al que sería sometida Alemania; las reparaciones que ésta debería pagar por los daños ocasionados en los distintos países y el castigo que deberían recibir los jefes nazis acusados de crímenes de guerra. Otra resolución fue negar a España el derecho a ingresar en las Naciones Unidas mientras siguiera en el poder el general Franco. Esto fue recibido por todos los españoles vencidos en la guerra civil como un anuncio de que las potencias victoriosas sobre el fascismo, se aprestaban a acabar con un régimen impuesto a España con el beneplácito y la ayuda directa de Hitler y Mussolini. Los españoles republicanos habíamos considerado la Segunda Guerra Mundial como la continuación de la guerra civil y la causa contra el fascismo seguía siendo nuestra causa. Los emigrados habían aprovechado todas las oportunidades para luchar contra las tropas del Eje. Era bien sabido que el "maquis" francés, se había nutrido, sobre todo en el sur del país, con gran número de españoles. Refugiados españoles hubo en todos los ejércitos aliados, ya que, aunque con distintos puntos de vista, agravados en la emigración, en una cosa estábamos todos de acuerdo: en la guerra se estaban ventilando los mismos problemas ideológicos que se habían puesto en juego en España y nuestra causa no estaba perdida porque aún podía vencer en el mundo. Nuestra experiencia militar fue aprovechada en muchas ocasiones, y nadie podía entonces prever que el sacrificio de tantos de nuestros compatriotas iba a ser borrado de los libros oficiales de la Historia, para justificar el que las naciones triunfantes no acabaran con el único aliado sobreviviente de los vencidos. No iban a pasar muchos años sin que el general Franco tuviera la satisfacción de verse admitido en las Naciones Unidas,

con el voto unánime, incluida la URSS, de las mismas potencias que en Postdam se pronunciaron contra él.

Los Tres Grandes se ocuparon también en la reunión de los planes para acabar con el Japón, al que se dirigió un ultimátum exigiendo su capitulación incondicional. Como ésta tardase en ser aceptada se desarrollaron los planes previstos. El seis de agosto fue lanzada en Hiroshima la primera bomba atómica, de tremenda fuerza explosiva, que barrió literalmente toda esta ciudad japonesa. El día 8, la Unión Soviética declaró la guerra al Japón y al día siguiente las tropas rusas mandadas por el mariscal Malinovski y otros altos jefes militares, entraron en Manchuria y en Corea sin encontrar gran resistencia del ejército japonés del Kuantung, cuyas unidades se rendían en masa. El mismo día cayó la segunda bomba atómica en Nagassaki, con las mismas terribles consecuencias que la anterior. El 14 de agosto aceptaba el emperador del Japón la rendición de su país, ordenando para el día siguiente el cese de hostilidades. El 2 de septiembre los plenipotenciarios japoneses firmaban su derrota en el puente del acorazado norteamericano "Missouri" ante el general MacArthur y los delegados aliados. Los rusos se apoderaron rápidamente de Manchuria, del sur de la isla Sajalín, de las islas Kuriles y de la parte norte de Corea hasta el paralelo 38, donde se encontraron con los norteamericanos según lo acordado en Potsdam.

Mucho se ha debatido ya, y se seguirá debatiendo en el futuro, sobre si estuvo o no justificado el empleo de las bombas atómicas por los norteamericanos. La guerra, sin embargo, es horrenda en todos sus aspectos y el número de víctimas en Hiroshima y Nagassaki, que pasó de 150,000, es sólo una pequeña fracción de los cincuenta millones de personas que perdieron la vida en la Segunda Guerra Mundial. Alemania sufrió mucho más que los japoneses por bombardeos de la aviación aliada. En febrero de 1945 Dresde fue destruida en un solo día y hubo por lo menos 100,000 muertos entre la población civil que atestaba la ciudad. No hay duda de que el Japón estaba perdido a principios de agosto, pero también es cierto que su espíritu combativo les permitiría aún enfrentarse con todas sus fuerzas a un desembarco en sus islas. De todas formas, aunque los EE.UU. hayan alegado que mostraron el poderío de su nueva arma al Japón para ahorrar

las vidas de sus soldados, e incluso a las tropas y civiles del enemigo arrastradas a una defensa inútil, siempre estará en pie la pregunta de si podían haberlo realizado sin aniquilar de un golpe tantos seres inocentes, escogiendo objetivos menos populosos. Todo parece indicar que los Estados Unidos quisieron demostrar su fuerza no sólo ante el Japón, sino ante todo el mundo, incluyendo sus aliados, sobre todo la Unión Soviética.

Con la victoria en el Extremo Oriente se desarrolló en la prensa de la URSS una campaña de euforia. El país tenía ahora sus fronteras perfectamente aseguradas. Los artículos hablaban de la "sagrada" tierra rusa cuando se referían no sólo a Sajalín y las Kuriles, sino a Port-Arthur y Daiven. También se mencionaban los derechos rusos al ferrocarril de Manchuria. Nosotros comentábamos que no se hubiera expresado de otra forma la prensa zarista, de haber ganado la guerra ruso-japonesa de principios de siglo. Chiang Kai-shek concedió a la Unión Soviética, de mejor o de peor grado, los derechos que ésta pedía en territorio chino. Los rusos consiguieron un enorme botín, porque los japoneses habían montado muchas grandes fábricas en el norte de China. Las armas que les entregaron los japoneses al capitular, fueron a parar a las tropas comunistas de Mao Tse-tung que con esta ayuda iba pronto a conquistar todo el país.

En Manchuria vivían muchos rusos blancos emigrados desde la revolución, que junto con sus descendientes, recibieron, en general con alegría a las tropas soviéticas. La URSS los recibió en su seno, pero pasados los primeros días de entusiasmo, fueron "depurados" por el NKVD que mandó a muchos de ellos a "regenerarse" en campos de trabajos forzados en las regiones inhóspitas de Siberia. Al calor de la victoria hubo entonces una campaña internacional para que volvieran a Rusia muchos de los antiguos emigrados políticos, sobre todo en los Balcanes. No tuvo mucho éxito, pero en relación con ella, circulaba por Moscú un chiste muy mal intencionado. Un repatriado llegaba a la capital y delante de la estación dejaba sus maletas en el suelo y mirando a lo lejos exclamaba: ¿Te reconoceré, Madre Rusia? Luego volvía la vista a tierra y al comprobar que habían desaparecido sus maletas, exclamaba resignado: ¡Te reconozco, Madre Rusia! La

realidad es que los que regresaban a la patria, encontraban una vida difícil, agravada por los problemas de la postguerra, aparte de que no dejaban de ser sospechosos para la policía.

Al contrario, muchos emigrados políticos comunistas de todos los países liberados de Europa volvían ahora desde Rusia a sus países. Iban a ocupar cargos más o menos elevados allí donde se habían instaurado regímenes prosoviéticos. En especial, dejaron de verse por el "Lux" muchas caras conocidas, lo que vino muy bien a los españoles que suspiraban por una habitación y ahora podían instalarse en los cuartos vacíos. También volvieron tristes a su patria la mujer y la hija de mi amigo Rodionov. No había tenido noticias de él durante casi toda la guerra, hasta que supe que pereció en Bulgaria donde había sido enviado a organizar un movimiento guerrillero.

Sin embargo, conocí en Rusia algunos extranjeros que después de muchos años de vivir en la URSS deseando marchar, no aprovechaban la oportunidad única que se les presentaba entonces para regresar a sus países. Muchos años antes, se hubieran ido a ojos cerrados, pero ahora, ya adaptados, temían cualquier cambio. Otros, no querían volver a sus países para ser tomados como agentes rusos en las nuevas repúblicas populares. Recuerdo unos polacos que no se atrevían a volver a Polonia por las cartas que recibían de los que se habían ido ya, en las que les hablaban del odio que rodeaba a todo lo ruso y a los que volvían de la Unión Soviética. Estos casos eran explicables por las circunstancias tan especiales, pero supe de algunos búlgaros, italianos, brasileños y de otras nacionalidades, dispuestos a pasar el resto de su vida en la tierra donde tanto habían sufrido antes de lanzarse a la aventura de lo imprevisto. En cuanto a los españoles, creo que todos estaban dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad para salir de la Unión Soviética.

En Vladimir mi división se iba a disolver pronto. Muchos oficiales y soldados eran desmovilizados y volvían a la vida civil. Había cada vez menos trabajo y me mandaron por una semana a una casa de descanso que estaba cerca de Fedoskino, el rival de Palej en arte popular, a unos 30 km. al norte de Moscú. Estaba repleta de oficiales jóvenes y optimistas que gozaban y se divertían todo lo que podían, desparramándose por los pueblos cerca-

nos. Había demasiado barullo y acabé marchándome antes de que terminara mi plazo de estancia. Ahora podía ir a la capital con más frecuencia y asistía a algunas reuniones de mis compatriotas. Todos estaban muy optimistas y daban por seguro la próxima vuelta a España. Dolores Ibarruri y un grupo de dirigentes del partido, entre ellos Líster, Modesto y Cordón, se iban a Francia a reunirse con otros dirigentes que irían desde México. Hubo un acto de despedida en el local del Socorro Rojo Internacional. Dolores se mostró muy optimista en cuanto a las perspectivas inmediatas de unidad con otros grupos políticos incluyendo al de Indalecio Prieto, a pesar de su conocida posición anticomunista. Al final, los presentes se despidieron de los viajeros. Yo me limité a acercarme a dar la mano a Dolores, que me pidió me portase bien, lo que me llenó de dudas acerca de lo que habían decidido sobre mi futuro. Alrededor de Modesto y Líster se apelotonaban los que daban por seguro que pronto los seguirían a Francia. Seguía confiando en que los generales no tuvieran una influencia decisiva sobre mi suerte, porque, en caso contrario, ya podía ir preparándome para ser el último en salir de Rusia.

Era el primer grupo de comunistas españoles que salían de la URSS. Con anterioridad habían salido otros como el Dr. Carlos Díez y Carmen Brufau, pero eran conocidos como agentes del NKVD. Carlos Díez había mantenido en Rusia una actitud independiente y ayudado mucho a los españoles enfermos, sin importarle quedar mal con la dirección del Partido que llegó a negar alguna vez la existencia de tuberculosis en la emigración. Como sabía que no saldría pronto de la URSS por decisión del Partido y preveía otras dificultades, se arriesgó a dar un paso peligroso, ayudado por Caridad Mercader: ponerse al servicio del NKVD. De este modo salió de Rusia antes que nadie, llegó a México, donde tuvo una actividad muy discutida, luego se trasladó a Venezuela y quien sabe qué problemas lo llevaron al suicidio o a que lo "suicidaran". Era un hombre muy inteligente, pero dudo que tuviera los nervios de acero imprescindibles en un espía.

Al frente de la emigración española en la Unión Soviética quedó, afortunadamente, José Antonio Uribes. Por comodidad, por haber recibido instrucciones de benevolencia, o simplemente, por humanidad, no puso obstáculos para que marcharan a México y a

otros países bastantes personas reclamadas por sus familiares. Esto provocó una desbandada general de todos aquellos que tenían alguna posibilidad de escape. Claro que se trataba de personas sin posición ni responsabilidad política dentro del Partido Comunista. Por mi parte, vestía el uniforme del ejército soviético, era un técnico militar y sabía demasiado bien que no podía salir de Rusia más que enviado por el Partido, así que ni se me ocurrió intentar nada.

Se celebró en Moscú el desfile de la victoria. Fue una parada militar impresionante de las tropas que clavaron en Berlín la Pandera con la hoz y el martillo. Trepidó el pavimento de la Plaza Roja con las moles de acero de los impresionantes tanques Stalin y de la artillería autotransportada de grueso calibre. Centenares de banderas alemanas fueron arrojadas en la base del Mausoleo de Lenin, desde cuya altura presenciaba la ceremonia el generalísimo Stalin rodeado de sus mariscales. De todos, menos de Malinovski, que no fue invitado a subir y presenció la parada desde abajo, en recuerdo, quizá, de que una vez se atrevió a evacuar Rostov, en contra de la opinión del mando supremo. Seguramente esta discriminación ayudó más tarde a Malinovski para llegar a ser Ministro de la Defensa de la URSS.

En la recepción que tuvo lugar en el Kremlin, Stalin brindó por el "gran pueblo ruso" al que llamó el hermano mayor de todos los pueblos de la Unión Soviética, que había estado al frente de la lucha y arrastrado con él a todos los demás. Era un reconocimiento inusitado para la posición oficial de antes de la guerra, pero justo sin duda alguna, ya que sobre la espalda de los rusos había pesado la mayor parte de todos los sacrificios en la lucha contra el invasor. También dijo Stalin que él y su gobierno habían cometido muchas faltas, pero que el pueblo siguió siendo paciente con ellos y les prestó su apoyo hasta la victoria. Añadió, que otro pueblo en esas condiciones hubiera derribado a sus gobernantes por ineptos. Sin embargo, le faltó recordar que el NKVD hubiera dado buena cuenta de cualquier eventual sublevación. Era tan absoluto el poder de Stalin y de su policía, que a él corresponde tanto la responsabilidad principal en las derrotas iniciales, como los méritos en los triunfos posteriores, así como el precio excesivo en vidas humanas que exigieron esos vaivenes. Pero el

dictador hubiera sido impotente si no se hubiera despertado el alma ancestral del pueblo ruso en su lucha por la independencia. El mérito de Stalin fue comprender esto, y estimular ese despertar por todos los medios restaurando muchas de sus tradiciones, junto con vagas promesas de libertad para el futuro, todo lo cual unió para aquel momento a todos los rusos, simpatizantes o no, con el régimen soviético.

Mi división, por fin, desapareció. El jefe nos entregó a Carrión y a mí la Medalla de la Victoria y nos comunicó que estábamos propuestos para recibir una orden de más categoría por los trabajos realizados mientras estuvimos a sus órdenes. A nuestro ruego nos puso a disposición de la Sección de cuadros de la Región militar de Moscú, donde debían de tener de nosotros buenos informes, porque inmediatamente quisieron destinarnos. A mí me mandaban de jefe de Estado Mayor de una División de la Guardia, que iba a llegar a Tula; a Carrión le daban el mismo cargo en un regimiento. Fuimos entonces a visitar a Uribes y le dijimos si había alguna posibilidad de que el Partido nos diera algún trabajo fuera de la Unión Soviética, para, en caso negativo, incorporarnos a nuestros destinos. No nos contestó de inmediato, nos tuvo unos días en suspenso, mientras consultaba, pero la contestación fue que teníamos perspectivas inmediatas de salir de Rusia y que el Partido Comunista Soviético se encargaría de pedir a nuestros jefes militares que nos enviaran de vuelta a la Academia Frunze.

Como no iba a estar cruzado de brazos sin hacer nada, me puse a redactar y traducir artículos para la Oficina Soviética de Información. El trabajo me lo facilitó por su cuenta y riesgo, José Luis Salado, antiguo periodista de "El Heraldo de Madrid", casado con la viuda de Etelvino Vega. Salado hacía su trabajo con mucha responsabilidad e independencia, y no aceptaba colaboradores que no tuvieran la preparación cultural necesaria. A Uribes quizás no le pareciera bien que me escogiera a mí, pero no intervino, aunque nuestro Partido reservaba estos puestos bien retribuidos para premiar a los buenos militantes, por más que vacilasen en la ortografía. Un caso claro de discriminación tuvieron con Carmen a la que no sólo la apartaron de las clases sino que le negaron estos trabajos de traducción, que podía hacer

muy bien, por lo que tuvo que seguir haciendo punto. Un día que fue a reclamarle a Uribes le dijo claramente que esos cargos eran para los fieles y disciplinados y que ella no sólo no se había humillado sino que sabía que seguía haciendo chistes antisoviéticos.

En menos de tres meses gané unos 12,000 rublos. Uno de los funcionarios de la Oficina de Información era el famoso Mixail Borodin consejero en un tiempo de Sun Yat-sen y luego de Chiang Kai-shek. Me lo enseñaron un día en los pasillos y no se podía reconocer al personaje que aparecía en los relatos de André Malraux sobre la revolución china. Era un anciano que pasaba inadvertido, extrañado él mismo, quizás, de ser uno de los pocos supervivientes de los viejos bolcheviques, eliminados casi todos por Stalin. Cuando muchos años después leí "1984" de George Orwell, comparé mentalmente a Borodin con algunos de los personajes de este sombrío relato, que perseguidos por el dictador y con la voluntad destrozada, son puestos en libertad cierto tiempo, como fantasmas vivientes mientras llega el momento de su desaparición definitiva.

Para mi trabajo de redactor y traductor tuve que comprarme una máquina de escribir, que encontré en una casa de empeño del Estado, una semiportátil alemana, marca "Olimpia". El soldado ruso que primero le había echado la vista encima, no pudiendo abrir el estuche le hizo en la tapa un gran agujero, para ver lo que había dentro. Por lo demás, estaba en perfecto estado y me fue muy útil. Beltrán hacía ahora pareja inseparable con Marín, en sustitución de la dualidad anterior Modesto-Líster. Parece que la tendencia española a las parejas no se limita a la Guardia Civil o a los jesuitas. A Marín se le veía muy ocupado, pero no supe yo entonces qué es lo que realmente hacía. Mucho tiempo después, poco antes de morir en México, Beltrán me aseguró que Marín estaba encargado de perseguir a los jóvenes españoles convertidos en bandidos; juzgarlos, e incluso, ejecutarlos sumariamente en los casos considerados como de imposible rehabilitación. El Partido Comunista de España se había encontrado con el problema de que los jueces soviéticos los ponían en libertad sistemáticamente al conocer su nacionalidad. Quisiera creer que Beltrán exageraba al acusar de esto al Partido Español y a Ma-

rín, ya que aparte de que nadie tiene derecho a disponer de la vida de los hombres, aun siendo delincuentes peligrosos, en este caso se trataba de niños arrancados de España para salvarlos, víctimas luego de las circunstancias reinantes en la Unión Soviética.

En el otoño y a comienzos del invierno de 1945, salieron bastantes españoles de la Unión Soviética reclamados por sus parientes en el extranjero. Enrique Castro, Esperanza Abascal y su hermano Alejandro, partieron para México después de vencer montones de obstáculos. Castro había escrito cartas a Molotov y a Stalin, con el resultado final que las autoridades rusas consideraron la mejor solución al problema planteado el facilitarles el viaje. Si hubiera dependido del Partido Español se hubiera quedado en Rusia para toda su vida, pero los rusos se consideraban tan por encima de los dirigentes de los otros países que, cuando no les atañía de una manera directa rehuían inmiscuirse en los problemas internos y menos tomar partido. Admitían también la posibilidad de que alguien estuviera en contra de sus dirigentes pero siguiera aceptando la inspiración de Moscú. De hecho, era conocido el caso de varios dirigentes extranjeros que habían preferido pasar a depender directamente de los órganos soviéticos, NKVD y similares. Por esto los rusos preferían correr el albur, aunque deben ser incontables las personas que una vez fuera no han querido saber nada que se relacionara con ellos. El caso de Castro es en esto típico.

Luis Gullón se fue con su familia a Italia reclamados por los parientes de su esposa. Nos despedimos de ellos con mucha emoción, recordando los tiempos que habíamos pasado juntos, y con la seguridad que pasaría mucho tiempo antes de que pudiéramos encontrarnos, si es que nos encontrábamos alguna vez.

Empezó a organizarse el primer grupo de once españoles de la Frunze que iba a salir hacia Francia. Se hacía en gran secreto, pero pronto supimos quiénes iban. La mayoría eran incondicionales de Líster y Modesto, pero iban algunos bastante independientes, lo que me daba a mi alguna esperanza para el futuro. José Vela, que pertenecía al grupo, me tenía al corriente de los preparativos; les habían dado ropa civil, una maleta y algunos francos. Con ellos iba uno solamente del grupo de la Academia

Vorochilov: el coronel Manuel Márquez. Cuando casi había perdido las esperanzas, nos citaron en la Sección Extranjera del Comité Control del Partido Ruso a Artemio, a Carrión y a mí. Allí, la camarada Ivanova nos hizo un interrogatorio y llenamos por enésima vez unos formularios detallados de toda nuestra vida y parte de la vida de nuestros ascendientes directos. Carrión fue eliminado después de esto, seguramente debido a que su ex esposa Jacqueline había regresado a Holanda donde, al parecer, escribió reportajes periodísticos sobre los alumnos españoles de la Frunze. Luego nos vistieron a Artemio y a mí con una ropa espantosa, que nos venía pequeña y sombreros flexibles de modelo anticuado. No nos dieron francos, sino moneda yugoslava, prueba de que nuestra salida de la URSS era de alcance más limitado. De todos modos, lo importante para mí era marchar, cierto que se quedaba mi familia, pero confiaba en poderla sacar más tarde. Era un riesgo que no teníamos más remedio que correr.

Aun con nuestra inclusión, los seleccionados, de la Frunze seguíamos siendo menos de la mitad del grupo. Quién sabe cuántos conciliábulos hubo antes de llegar a la decisión definitiva. Los que se quedaban tenían la ilusión de ser incluidos en otro grupo posterior, que nunca llegó a organizarse. Todavía no me explico cómo se decidieron a escogerme. Según Beltrán, mi ficha era poco recomendable, "no se le debe confiar ningún mando", decía, pero afortunadamente me reconocían cualidades técnicas como oficial de Estado Mayor y esto fue lo que me salvó.

Con la casi seguridad de abandonar pronto la URSS, celebramos lo mejor que pudimos el primero de año de 1946. Hubo bastante alegría mezclada con la tristeza de la próxima separación. Invitamos algunos buenos amigos, como Carmen Alonso que estaba a punto de irse a Francia a reunirse con su esposo, superviviente de los campos de concentración alemanes. Vinieron también los Laín que tardarían más de diez años aún en salir para España. Mi hija Carmiña celebró muy bien su aniversario. Lo único que me tranquilizaba era la seguridad de que no les faltaría ayuda económica. Nuestras familias iban a seguir cobrando nuestros sueldos y seguirían disfrutando de las mismas cartillas y almacenes. Además, la venta en el mercado de todos nuestros

uniformes, les permitiría tener una pequeña reserva: yo dejaba incluso uno sin estrenar.

A finales de febrero llegó la orden de partida. Vino a buscarnos un autobús a la Bolshaya Kaluzhkaya. Un funcionario ruso nos recogió la documentación militar y nos entregó un papel que nos autorizaba a viajar a Yugoslavia y algunos dólares. Nos despedimos de la familia y de los compañeros que se quedaban y salimos aquella fría mañana hacia el aeropuerto de Vnukovo, tiritando de frío con nuestra ropa de paisano. Allí nos reunimos con un grupo de españoles del batallón del NKVD, dirigidos por Francisco Ortega. Nos subieron a todos a un avión bimotor de carga, con bancos laterales, usado alguna vez para paracaidistas. El ruso que nos acompañaba, más experimentado que nosotros, llevaba abrigo y gorro de piel, además de botas de fieltro. Nos dimos cuenta que íbamos a helarnos de verdad en este viaje, pero era tarde para tomar cualquier medida.

Cuando el avión despegó de la pista rodeada de montones de nieve, pronto perdimos de vista la tierra rusa entre brumas, pero el intenso frío que sentíamos nos impidió ponernos muy sentimentales. Todos estábamos pensativos. Para mí estaba claro que algo importante y contradictorio había ocurrido en mi vida. Por un lado, había sufrido en la URSS muchas amarguras y desilusiones, la causa del comunismo, a la que había consagrado mi vida en la temprana juventud, aparecía ahora llena de manchas, que a duras penas podía justificar. Dos aspectos principales empezaban a perfilarse en mi mente, poco propicia a admitir que se había orientado en sentido equivocado. Por un lado, el abuso de poder en todos los escalones y en todos los partidos comunistas, que atentaba contra lo más íntimo de la dignidad humana y que aniquilaba físicamente a los que se resistían, y por otra, la ineficacia administrativa y la burocracia que imponía al pueblo dificultades materiales injustificadas e insufribles. Pero, por otra parte, había vivido plenamente la lucha del pueblo ruso contra sus invasores, guerra completamente justa como lo es la de cualquier país que defiende su propia existencia. Yo había participado en la guerra sin reservas y sólo lamentando que no me permitieran hacer algo más. Toda esta lucha me había ligado a los rusos, a quienes había aprendido a estimar y valorar y dejaba en la Unión

Soviética muy buenos amigos, con los cuales sabía que no podría siquiera intentar comunicarme en el futuro.

Todas estas cosas me alteraban, y me tranquilicé llegando a la conclusión de que todo se arreglaría de alguna forma, que los abusos e irregularidades se corregirían y que los rusos, después de la victoria, conseguirían una vida más fácil y mayor libertad. Esperaba convencerme, viendo cómo estos pueblos que emprendían bajo el tutelaje ruso, la senda del comunismo, iban a evitar caer en los mismos errores. Con esta moral llegué a Yugoslavia.

Volábamos entre nubes y el frío era cada vez más intenso. La tripulación del avión abrió la puerta de la cabina, que sí tenía calefacción y allí nos agolpábamos los pasajeros, por turno, para recibir algunas bocanadas de aire caliente. El fuselaje y las ventanas se habían cubierto de hielo en el interior del avión. Nuestro compañero ruso sacó un termo con café caliente y ante nuestras miradas ansiosas, no tuvo más remedio que invitarnos: el líquido se acabó enseguida. Después de algunas horas de angustia empezó a subir la temperatura conforme nos acercábamos al sur. Primero se derritió el hielo, y pronto, a través de los jirones de niebla, empezamos a ver el suelo gris del suroeste de Ucrania y luego los Balcanes. El sol aparecía de vez en cuando, recibimos sus rayos como el mejor regalo. Ya nos acercábamos a Bucarest y según la costumbre de los aviones soviéticos, el nuestro empezó a planear descendiendo, cuando aún estaba a algunos kilómetros para ahorrar gasolina. El brusco vaivén que creaban las corrientes de aire, pronto nos mareó a todos.

Nada vimos de Bucarest: la escala era sólo para abastecernos de combustible. Nos dejaron bajar del avión a estirar un poco las piernas y quitarnos el mareo. El tiempo mejoraba por momentos; vimos de pronto el Valle del Danubio y llegamos a Belgrado (Beograd). Bajo los rayos del sol poniente sobrevolamos los arrabales de la ciudad y descendimos en el aeropuerto. Allí nos esperaban algunos yugoslavos, uno de los cuales, con uniforme de capitán hablaba correctamente el español, había vivido algún tiempo en América del Sur. Llevaba una condecoración especial que nos explicó correspondía a los guerrilleros que se habían

incorporado a la lucha contra los alemanes en 1941. Los trámites de aduana fueron mínimos. En un autobús atravesamos Belgrado y ya de noche llegamos a una escuela política instalada en un magnífico edificio aislado, cerca del parque Topcider, no lejos del antiguo palacio real, donde ahora vivía el mariscal Tito. Cenamos en un enorme comedor, donde los alumnos, muchachos y muchachas muy jóvenes, con uniformes militares, nos miraron con la mayor curiosidad. En uno de los pisos nos destinaron algunos dormitorios.

Nada sabíamos acerca de nuestro futuro. Salíamos a dar vueltas por la ciudad, en grupos con algún acompañante, y esa era nuestra única distracción además de discutir horas y horas sobre las posibilidades de volver a España. Las relaciones entre nosotros se hicieron muy francas. Fuera del ambiente "de colectivo" los de la Frunze y los del batallón del NKVD nos entendimos muy bien. Por ellos supimos que estaban hartos de Ortega por la forma sectaria y dictatorial con que los trataba. Nos dijeron que lo aguantaban porque les interesaba volver a luchar y él estaba en condiciones de impedirlo. Al parecer, todos los dirigentes de nuestro partido que habían ido a Francia lo habían hecho a través de Yugoslavia. Sólo había quedado allí temporalmente, el general Cordón, que vivía en un pabellón cerca del Palacio de Tito, como huésped de honor del mariscal.

Los funcionarios yugoslavos que se hicieron cargo de nosotros no quedaron muy bien impresionados de la vestimenta civil que habíamos recibido en la Unión Soviética y nos mandaron en seguida un sastre, para tratar de corregir los defectos. Cuando la cosa no tenía remedio, como en mi caso, nos hicieron ropa a la medida. De todos modos, pronto, para facilitarnos los movimientos por Belgrado, nos dieron uniformes del ejército con el grado que habíamos tenido en España o en Rusia. La tela era de color verde claro y las insignias se parecían mucho a las del ejército republicano español. De este modo, empezamos a transitar por la ciudad libremente y sin acompañantes.

Belgrado era una ciudad muy agradable, con barrios antiguos y avenidas modernas, que me recordaba Madrid. No se apreciaban mucho las huellas de la guerra, salvo en las ruinas de algunos edificios destruidos por los bombardeos alemanes en 1941. En

muchos lugares había tumbas de soldados rusos y yugoslavos caídos durante los combates por la liberación. Una de estas sepulturas estaba cerca de nuestra escuela y no tenía más que un pequeño letrero indicando que se trataba de un soldado soviético, pero sin nombre ni ningún otro dato. Una tarde nos llevaron al monte Avala, a unos 20 km, al sur de la capital, donde se encuentra un grandioso monumento en mármol negro, al Soldado Desconocido, levantado después de la Primera Guerra Mundial.

Mientras seguían los conciliábulos de nuestros dirigentes con Cordón y los yugoslavos, organizamos los acostumbrados cursos políticos y culturales para matar el tiempo. Charlábamos medio en ruso, medio por señas con los de la escuela, que tenían un magnífico aspecto y hacían pensar en la solidez de un régimen que contaba con tales jóvenes entusiastas. Para parar en seco a los posibles tenorios, nos explicaron que desde los primeros días de las guerrillas estaba prohibido y severamente castigado cualquier noviazgo o relación sexual entre hombres y mujeres al servicio de la causa. Estas últimas hacían gala de un puritanismo extremo, no se acicalaban nada ni daban pie siquiera a una aproximación amistosa.

Los primeros contactos con la realidad yugoslava, por limitados que fueran, confirmaban la opinión que ya teníamos en Moscú de que todos los cambios en el país habían sido realizados por fuerzas internas. En la guerra contra los alemanes había participado una gran parte de la población, con grandes pérdidas de vidas: más de un millón y medio, o sea, un 10% de los habitantes. A Tito se le respetaba, pero ante todo se le quería por haber defendido la independencia yugoslava en aquel caos de "chetnikis" y "ustashas" que siguió al hundimiento de la antigua monarquía. El patriotismo era un lazo de unión y junto al cariño que se manifestaba hacia la URSS, se apreciaba un gran orgullo por todo lo que habían conseguido por propio esfuerzo. Se advertía entusiasmo revolucionario en todos los que tenían puestos de mayor o menor responsabilidad en el ejército o en el aparato estatal del nuevo régimen y también entre los jóvenes, que se volcaban a crear una nueva sociedad, para que Yugoslavia fuera más fuerte y más importante en el mundo. Parecía que este país, creado un poco artificialmente al terminar la Primera Guerra

Mundial, era ahora cuando tomaba conciencia definitiva de su existencia. Servios, croatas, eslovenos, macedonios, montenegrinos, albaneses y de otras nacionalidades, comenzaban apenas a sentirse yugoslavos. Tito era el único dirigente comunista en Europa Oriental, que gracias a su prestigio en el interior del país, podía afrontar unas elecciones libres. A fines de noviembre un plebiscito popular aprobó la abolición de la monarquía y la instauración de la república federal, por una gran mayoría. Se creó con esta base la República Federativa Popular de Yugoslavia, que con gran ímpetu se disponía a jugar un importante papel en el mundo. Este comunismo nacional a mí me parecía perfecto y era lo que yo hubiera deseado para mi propia patria, desde que me acerqué al movimiento revolucionario.

Muchos de los generales y altos funcionarios yugoslavos eran antiguos miembros de las Brigadas Internacionales que por las vías más accidentadas y difíciles se habían abierto camino desde los campos de concentración franceses hasta las montañas de su país. Muchos habían ido como trabajadores voluntarios a Alemania para desde allí huir más fácilmente. Nos aclararon entonces que contra una creencia muy generalizada, Tito nunca había estado en España, aunque sí había intervenido en la organización de las Brigadas Internacionales enviando voluntarios de su país. Algunos de nuestros antiguos compañeros de lucha habían caído en las batallas contra los alemanes y habían recibido el título de "Héroes populares". Entre los sobrevivientes estaban los generales Koca Popovich, jefe del Estado Mayor Central, Iván Gosnjak, Viceministro de Defensa, Peko Dapcevic, Goiko Nikolic, Jefe de Sanidad Militar y Kosta Nadj. Este último había estado en el batallón especial del XV Cuerpo de Ejército en el Ebro. Veljko Blajovic que durante toda la guerra había estado en Moscú tenía un alto cargo en el Comité Central del Partido Comunista, como encargado de las relaciones con los otros partidos comunistas extranjeros. Un día fuimos varios de nosotros a visitarlo. La entrevista fue bastante formal y lo noté conmigo especialmente frío, no sé si se le había subido el cargo a la cabeza o si lo habían predispuesto en contra de los dirigentes comunistas españoles que habían pasado antes. En todo caso existía bastante diferencia con el gran afecto con que me saludaba cuando nos encontrábamos en Moscú.

Pronto se decidió el destino de parte de nuestro grupo. Marcharon a Francia todos los antiguos integrantes del batallón del NKVD acompañados de Beltrán y Marín: todos los demás quedábamos en Yugoslavia. Artemio y yo contábamos con ello, pero para el resto fue una desilusión. Dedujimos que el viaje de nuestros compañeros iba a ser ilegal a través de Trieste y el norte de Italia, utilizando agentes yugoslavos e italianos distribuidos a lo largo del camino. Nos despedimos de ellos con el convencimiento de que la mayoría iba a ser enviada inmediatamente a España a incorporarse al movimiento guerrillero contra el régimen de Franco. Ellos sabían que iban a jugarse la vida con muchas probabilidades de perderla, pero no les importaba ante la perspectiva de volver a luchar dentro de España. Admirábamos su espíritu y hubiéramos querido compartir su suerte, pero nos aseguraron que estábamos en reserva, como técnicos, para una etapa más avanzada de la lucha. "Responsable" de los españoles que quedábamos en Yugoslavia fue designado por "orden superior" el coronel Márquez. No era mala persona, pero no muy inteligente y sobre todo, vacilante e inseguro en todo lo que rozara problemas políticos, característica común de los militares profesionales que las circunstancias habían ligado al movimiento comunista. Márquez iba a hacer ahora lo que mandase Cordón sin que se atreviera a desviarse un milímetro de las instrucciones recibidas, para tratar de que se olvidara la amistad tan estrecha que lo había ligado a Enrique Castro. Su nombramiento indicaba además que mi posición dentro del Partido no había mejorado nada, pero mucho peor hubiera sido para mí quedarme en Rusia.

Cordón invitaba por turno a los miembros de nuestro grupo para que fueran a comer con él. Todo se hacía de una manera bastante protocolaria. Yo ni fui de los primeros ni de los últimos invitados. Es la única vez que tuve con él una conversación larga, ya que nos habíamos limitado a cruzar meras palabras de cortesía. En la URSS, al principio, debió haber pasado muchas preocupaciones sin saber cómo orientarse para conservar al menos la jerarquía que había alcanzado durante la guerra. Su famosa tertulia de la Bolshaya Kaluzhkaya, a la que jamás asistí, había estado siempre bastante concurrida y, ayudado por su esposa Rosita, había conseguido mantenerse acertadamente, sin comprometerse con ninguno de los bandos en lucha dentro del Partido.

Al entrar en terna con Modesto y Líster para recibir los nombra mientos soviéticos, empezó para Cordón la buena racha, que aprovechaba lo mejor que podía, y no estaba dispuesto a dar ningún paso en falso, que lo hiciera regresar de nuevo a la masa anónima de los afiliados. Durante la comida nos observamos mutuamente y conversamos de todos los temas posibles, incluso de matemáticas y física, eludiendo las cuestiones políticas, mientras saboreábamos sabrosos platos procedentes de la cocina del mariscal Tito.

En nuestra residencia nos habían facilitado un buen receptor de radio y nos pasábamos el día y parte de la noche tratando de oír noticias de España. Recibíamos también la prensa española editada en Francia, tanto republicana como comunista. Por ella conocímos el fallido intento de invasión por el valle de Arán. No se dieron muchos detalles de cómo comenzó aquella aventura pero sí recuerdo haber oído que Santiago Carrillo, que acababa de llegar a Francia, dio personalmente la orden de retirada a los dos generales españoles de la FFI, que dirigían la operación. Apareció entonces en "Nuestra Bandera", un documento del Buró Político del Partido, expulsando a Jesús Monzón y a Gabriel León Trilla, que habían dirigido la organización clandestina de los comunistas españoles en Francia durante la Segunda Guerra Mundial, en los peores tiempos de la ocupación alemana. A Monzón le recordaban sus antecedentes socialistas y a Trilla el haber sido expulsado del Partido en 1932, por formar parte del grupo Bullejos. Los insultaban llamándolos agentes franquistas, pero la acusación fundamental era la de haberse apoderado de la dirección del Partido Comunista Español en Francia, aprovechando la ausencia de los auténticos dirigentes que pasaron estos años, con más o menos comodidad, a muchos kilómetros, en la URSS o en México.

La posición internacional del gobierno de Franco se agravaba por momentos; sólo la Argentina del general Perón estaba decididamente a su lado. El punto culminante de la crisis llegó cuando, antes de terminar el año, la Asamblea de las Naciones Unidas acordó retirar de España los embajadores de los países miembros, lo que equivalía a una ruptura de relaciones. Los refugiados estábamos llenos de ilusiones, considerando inminente el cambio

político. Sin embargo, los acontecimientos iban a favorecer a Franco: se aproximaba la guerra fría.

Los países de Europa Oriental, ocupados por tropas soviéticas, con imposiciones y maniobras políticas, se iban convirtiendo en satélites de la URSS. Se cometía en nombre del comunismo la mayor herejía, condenada por Marx y Engels: imponer a los pueblos su pretendida liberación. Esta aberración se defendía con el argumento de que Rusia necesitaba asegurar sus fronteras con una serie de Estados que amortiguaban cualquier ataque futuro desde Occidente. Era el mismo argumento imperialista que sirvió para la creación del "cordón sanitario" alrededor de la URSS, después de la Primera Guerra Mundial y aunque su misión fuera ahora la contraria, el resultado era el mismo: los pueblos más pequeños e indefensos de Europa pasaban a ser defensores de intereses ajenos. El último país en caer bajo este sistema fue Checoslovaquia. En las elecciones celebradas en mayo el Partido Comunista consiguió casi el 40% de los votos y su secretario general Klement Gottwald recibió, constitucionalmente, la presidencia del Consejo de Ministros, en sustitución del socialista Fierlinger. Los comunistas tomaron en el gobierno dos puestos claves: el Ministerio del Interior, ocupado por Václav Nosek y el de Defensa a cuyo frente estaba el general Ludvik Svóboda, jefe de las tropas checoslovacas organizadas en Rusia durante la guerra. Esto hacía ilusorio cualquier intento del presidente Eduard Benes de controlar y menos orientar, el gobierno. Aunque el general Svóboda fue más bien neutral en la lucha de Gottwald por el poder absoluto, Nosek desde el Ministerio del Interior consiguió crear un clima especial que sustituyó favorablemente a la ocupación de las tropas soviéticas. Se abrieron las puertas del Partido a todo el mundo. Los obreros y los empleados encontraban cada mañana la hoja de filiación en sus lugares de trabajo, y utilizando por un lado el prestigio de los comunistas por sus luchas durante la guerra, y ejerciendo cierta coacción con las tropas rusas estacionadas al otro lado de la frontera, se consiguieron centenares de millares de nuevos afiliados que dieron al Partido Comunista la mayoría absoluta dentro del país.

Mientras tanto, en Europa Occidental los grandes partidos comunistas de Francia e Italia, de una manera bastante más

espontánea habían crecido notablemente, llegando a tener el control de la mayoría de los sindicatos y minorías parlamentarias muy fuertes. También formaban parte de los gobiernos, pero su poderío en vez de aumentar al mismo tiempo que los partidos de los países orientales, fue decreciendo. En Europa Occidental estaban las tropas norteamericanas y su simple presencia jugó un papel muy parecido al de las tropas soviéticas en el oriente europeo.

Stalin seguramente hubiera pasado a la ofensiva si hubiera contado con la bomba atómica, que al final de la guerra había aumentado la potencia de sus aliados. Estos aceptaron que las fronteras de influencia quedaran donde habían sido señaladas al final de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de que tenían que suponer que la ventaja que les daba el poderío atómico no podía durar mucho. En estos momentos, un cambio político en España alteraría la correlación de fuerzas, ya que una república estaría inevitablemente sometida a fuerte influencia comunista, dada la organización, audacia y medios, con que contábamos en estos momentos. Como consecuencia, los dirigentes de los países democráticos no se mostraban muy decididos a una lucha abierta contra Franco, aunque tomaran medidas más bien simbólicas para contentar a la opinión pública que lo seguía considerando como el aliado más fiel de Hitler y Mussolini, merecedor de la misma suerte de estos dos dictadores. De este modo, mientras en Nuremberg eran llevados a la horca varios jefes nazis declarados responsables de crímenes de guerra, principalmente del exterminio de millones de judíos y prisioneros de guerra, en España siguieron actuando con entera libertad los tribunales militares contra los más decididos partidarios de los aliados occidentales.

Durante 1946 fueron legalizándose nuevas formas de gobierno en la mayoría de los países europeos, bajo diferentes auspicios. Surguieron repúblicas democráticas en Albania, Hungría y Bulgaria. En Italia, se derrumbó la comprometida dinastía de la casa de Saboya y se implantó la república. En cambio en Grecia se restableció la monarquía con un plebiscito, lo que condujo al país de nuevo a la guerra civil. Las guerrillas griegas fueron apoyadas abiertamente por los yugoslavos, pero nunca llegaron a tener la efectividad alcanzada contra los alemanes. El ELAS tuvo que

lamentar amargamente el haber entregado las armas a principios de 1945, cediendo a la presión de las grandes potencias, entre ellas Rusia.

En la URSS hubo cambios pero sólo aparentes. Después de muchos años reapareció el título de "ministro" y desapareció el de "comisario del pueblo". Igual que antes, al suprimir la Internacional como himno nacional, o al introducir uniformes de corte zarista, esta nueva medida tendía a diluir, en cierto modo, el origen revolucionario del régimen soviético, tratando de fusionarlo con las tradiciones de la vieja Rusia.

Nuestro pequeño grupo de doce españoles, en vista de la marcha de los acontecimientos que alejaba nuestro posible traslado a Francia, se dispuso a aprovechar el tiempo estudiando, y hasta tres de nuestros compañeros que en la Frunze habían hecho bien poco, se esforzaban ahora todo lo que podían. Estudiábamos sobre todo el servio-croata y nos lanzábamos con avidez sobre todo lo que podía darnos alguna información sobre Yugoslavia y la lucha contra los alemanes. Cordón nos leyó un trabajo suyo muy documentado, sobre las distintas etapas de la guerra de liberación. Seguramente había tenido acceso a muchos archivos y su narración castrense, con múltiples cifras y datos, era impresionante. La bandera yugoslava azul, blanca y roja, con la estrella roja de cinco puntas había ondeado por todo el territorio y recogido voluntarios y patriotas de todas las clases sociales. Muchas veces los guerrilleros habían estado en situación difícil, al borde del aniquilamiento, completamente cercados, y sin embargo, lograban escapar. La participación rusa en la liberación de Belgrado había sido limitada a algunas unidades ya que el ejército guerrillero yugoslavo había crecido tanto que ya podía asegurar por sí solo la liberación del país. El hecho de que esto fuera posible por la derrota del ejército alemán en Rusia y por la entrada de las tropas soviéticas en los Balcanes, no quitaba ningún mérito a los guerrilleros de Tito. Leímos con el mayor interés la biografía del mariscal, escrita por Vladimir Dedijer, donde de una manera más bien novelesca aparecía toda la epopeya de aquellos años y se justificaba el gran prestigio ganado por Tito en la dirección de la lucha armada. Ante sus generales, jefes y soldados, era el indiscutible jefe militar que dio siempre el ejemplo y

los llevó al triunfo en las circunstancias más desesperadas. Había desde luego culto a la personalidad, pero en este caso al menos, la personalidad existía, recia y excepcional. Pronto nos dimos cuenta que a Tito le gustaba gozar de todas las prerrogativas de su cargo, tenía cotos de caza particulares, y hasta una isla en el Adriático, la de Brijone, y pasaba temporadas en palacios que databan de tiempos de la monarquía o del imperio austrohúngaro; pero esto no parecía dañar su prestigio.

Algunas veces habíamos visto al mariscal pasear a caballo por el parque de Topcider rodeado de su escolta. También lo observamos de cerca durante el desfile del primero de mayo en Belgrado. Después de las tropas, pasaron en columna interminable las delegaciones de todas las repúblicas federadas, con sus trajes multicolores. Todos aclamaban a Tito con grandes muestras de entusiasmo, que contagiaba bastante. También nos emocionó el aspecto de alegría que tuvo la ciudad durante la tarde y la noche. Estuvimos mezclados con el pueblo en el parque que rodea la antigua fortaleza turca de Kalemegdan, viendo los fuegos artificiales y luego deambulamos por plazas y calles, entre una inmensa muchedumbre que al son de estruendosas bandas cantaba y bailaba incansablemente el popular "Kolo" en sus numerosas variantes, algunas de ritmo tan rápido que era difícil seguir con la vista los pasos de los danzantes.

Un día nos anunciaron que el grupo de militares españoles íbamos a ser recibidos por el mariscal Tito. Acompañados por Cordón atravesamos los puestos de guardias de su palacio y nos introdujeron en una habitación con muebles antiguos lujosamente tapizados. Al cabo de un rato se abrió una puerta y vimos entrar un enorme perro pastor alemán seguido por Tito. Le observé con atención mientras Cordón nos iba presentando. De estatura regular y ancha complexión, correspondía a la idea que nos habíamos hecho de él como caudillo de un país y de una lucha. Su uniforme era impecable y relucía por todas partes el oro de sus insignias. Estuvo muy afable con nosotros. Nos invitó a cenar y mientras comíamos no se cansó de contestar a todas nuestras preguntas. Nos habló de lo que había sido la lucha guerrillera en Yugoslavia, y aunque no hacía más que repetir hechos conocidos por nosotros, nos agradó extraordinariamente oírlo de sus labios.

La conversación se llevaba en ruso. Yo estuve sentado enfrente de Tito y por no perder palabra de lo que decía casi no probé los delicados platos que nos servían. Luego en el patio del Palacio nos proyectaron una antigua película española de Imperio Argentina como final de la entrevista.

Asistimos a algunas de las sesiones del proceso a que fue sometido el antiguo jefe de los "chetnikis", el general Draza Mihailovic. Había estado escondido en cuevas de las montañas muchos meses después de terminada la guerra, con la idea de escapar a Occidente, hasta que fue detenido. Durante el proceso conservaba sus barbas e iba vestido con un uniforme de burda tela oscura, mal cortado y sin insignias. Su palidez era extraordinaria. Febrilmente se dedicaba a tomar notas de las acusaciones del fiscal, pero cuando le daban la oportunidad de hablar se perdía en la discusión de pequeños detalles como si no se diera cuenta de que su suerte estaba decidida. Fue condenado a muerte y fusilado a mediados de julio.

La prensa yugoslava no dejaba de plantear el problema de Trieste y su territorio, exigiendo que fuera incorporado totalmente a Yugoslavia. Las conversaciones se prolongaban, pero era evidente que los aliados occidentales, especialmente los ingleses, no iban a ceder en este caso. En Italia se había desatado una gran campaña nacionalista que exigía, a la inversa, que toda la península de Istria volviera a ser italiana. Se recordaba a Gabriel D'Annunzio ocupando Fiume con un grupo de voluntarios en 1919. Esta campaña era apoyada por el Partido Comunista Italiano, representado en Trieste por Vittorio Vidali, el comandante Carlos del 5º Regimiento en los tiempos de la defensa de Madrid. Esto indignaba a los comunistas yugoslavos que sostenían la tesis de que, aunque en Trieste predominara la población italiana, era preferible que pasara a formar parte de un estado socialista que seguir en un estado capitalista. Palmiro Togliati, secretario general del Partido Comunista Italiano, se hacía el sordo a estos requerimientos. Es la historia siempre repetida de las regiones fronterizas con población mixta. Yugoslavia tenía en otros lugares de su territorio albaneses, búlgaros, rumanos y húngaros, que no le iban a reclamar en esos momentos.

Se celebró por aquel tiempo en Belgrado una reunión de antiguos miembros de las Brigadas Internacionales. Además de los yugoslavos, que eran los anfitriones, asistieron polacos, húngaros, checoslovacos, búlgaros, rumanos, albaneses y de otras nacionalidades. Hubo varios actos oficiales a los que asistimos los españoles mezclados entre el público, ya que no nos permitieron entrar en contacto con los invitados. Sin embargo, los polacos enterados de nuestra presencia consiguieron permiso y vinieron a visitarnos a la escuela donde habitábamos. Estaba entre ellos el general Swierczewski y mi buen amigo el coronel León Rubinstein. Poco después ambos fueron asesinados en una emboscada que les tendieron los nacionalistas ucranianos del atamán Bandera, que entonces merodeaban por el sur de Polonia. Los interbrigadistas que se reunieron en Yugoslavia estaban bien ajenos a las persecuciones que bien pronto iban a desatar contra la mayoría de ellos aquellos regímenes comunistas que habían ayudado a implantar, y que en aquel momento glorificaban.

Al fin, nos comunicaron oficialmente que nuestro viaje a Francia aparecía como una perspectiva muy lejana y que íbamos a ser utilizados como consejeros en distintas unidades del ejército yugoslavo al lado de los oficiales soviéticos. Por razones conspirativas pasaríamos por rusos. Volví a recibir un documento a nombre de Tarasov, pero ahora mi nombre era Mihailo, en vez de Mijaíl. Nos asignaron a todos el sueldo de jefe de División. Estaba visto que mi categoría militar tenía mala suerte. En Rusia no me reconocieron el grado de teniente coronel, porque allí no existía, ahora no me reconocían el mando de jefe de Cuerpo, porque no había Cuerpos de Ejército en el ejército yugoslavo. No se me ocurrió objetar nada, pero más tarde me enteré que Márquez, que estaba en las mismas condiciones que yo, recibía sueldo de jefe de Ejército, aunque su desconocimiento del ruso, y aún más del servio-croata, le imposibilitaron para prestar la menor ayuda a la unidad a que fue destinado. Cierto que él era el "responsable" del grupo y eso justificaba todo.

Cordón por fin, marchó a Francia, un año después de haber salido de Moscú. Llegó entonces a Belgrado José Sevil, como representante del Partido Comunista Español y para controlar las emisiones en español de Radio-Belgrado. Yo lo estimaba, parecía

buena persona, y aunque su ciega obediencia a la dirección le hacía cumplir cualquier orden, no era capaz de conducirse del modo hipócrita y arbitrario, característico de cuadros políticos como Francisco Ortega. Lo malo era que, como aragonés, y por su escasa cultura trastocaba todos los acentos y era de temer que su labor en la radio no enriqueciera el idioma.

En el verano de 1946, en parejas nos distribuyeron por todo el país. A Angel Muñoz y a mí, nos enviaron a Nis al Estado Mayor del Primer Ejército, con sus unidades distribuidas en el centro y en el sur de Servia. Fuimos muy bien recibidos por el general teniente Tersic y por su comisario Scekic, con los cuales hicimos pronto buena amistad. El primero era servio, oficial del antiguo ejército que se había unido a los guerrilleros en 1941. De amplia cultura tenía unos ojos inquisitivos que todo lo observaban, y era lo bastante inteligente para limitar su ambición a la posición que ocupaba, comprendiendo que para un militar profesional era una buena carrera en el nuevo régimen, al que era desde luego, adicto, más por razonamiento intelectual que por entusiasmo irreflexivo. Su comisario como buen montenegrino, era de carácter abierto y exhuberante había abrazado la causa guerrillera con fe profunda y estaba dispuesto, si fuera preciso a poner el mundo entero bajo su bandera. Era un ejemplo destacado de esa juventud estudiantil que había fundido en un solo ideal una Yugoslavia fuerte, dirigida por el mariscal Tito, y un régimen socialista que, suprimiendo las injusticias, uniera al pueblo para darle precisamente al país esa fuerza deseada. Bajo esta mística revolucionaria aquellos jóvenes estaban dispuestos a ayudar a cualquier pueblo que quisiera imitarlos: a los españoles, a los griegos, a quien fuese.

El ayudante del comisario, coronel Mirko Jovanovic, se encargó personalmente de atendernos y se convirtió inmediatamente en un buen amigo. En largas conversaciones, medio en ruso, medio en servio-croata, nos contó numerosas anécdotas de la guerra. Mirko pertenecía a una familia servia de la clase media que íntegramente se había unido a los guerrilleros. Su hermana mayor había muerto luchando, otra, pertenecía ahora al Ayuntamiento de Belgrado y un hermano al cuerpo diplomático. Elogiaba sin reservas a la URSS, hasta el punto de decir que prácticamente

Yugoslavia era una república más de la Unión Soviética. Sin embargo, nos habló con franqueza de ciertas objeciones. Primera, la irritación que durante la guerra les producía oír en Radio Moscú elogios a Mihailovic, hasta el punto de que un día, según él, Tito, enfurecido, rompió a patadas el receptor. Por cierto, que los guerrilleros creían al principio que Tito era ruso, ya que hablaba el servio-croata con acento raro después de tantos años pasados en la URSS. La segunda objeción fue la extrañeza que les causó el contacto con las tropas soviéticas que ayudaron a liberar la capital. Los guerrilleros, que exigían y practicaban una conducta personal muy rígida, no podían comprender los intentos de saqueo y los ataques a las mujeres por parte de los soldados rusos. Pero todavía les impresionó más la forma cruel e inhumana con que los jefes soviéticos imponían la disciplina en sus unidades cuando se les denunciaba algún acto de pillaje. El culpable podía ser muerto de inmediato sin formación de causa. Mirko no se explicaba además por qué los mandos soviéticos maltrataban de palabra y obra a sus hombres aun por causas nimias. Cuando le preguntó a un general de tanques porque usaba fusta, si no tenía caballo, éste le contestó que sus hombres eran tardos de oído y había que recordarles las cosas con el látigo. Para la mentalidad yugoslava era esto de lo más sorprendente, ya que ningún guerrillero se hubiera dejado humillar de esta forma. Cuando Milovan Djilas, uno de los más cercanos colaboradores de Tito que dirigió la primera delegación yugoslava en Moscú, expuso diplomáticamente sus objeciones al comportamiento de las tropas soviéticas, Stalin se indignó de que se diera importancia a hechos que, según él, debían juzgarse benévolamente, ya que se trataba de soldados que habían recorrido miles de kilómetros a sangre y fuego. Pero esto no podía convencer a los yugoslavos que habían luchado duro sin dejar de comportarse intachablemente.

A Muñoz y a mí, nos instalaron en la casa del Ejército, un hotel moderno, en el centro de la ciudad, frente a un parque y junto a la orilla sur del río Nisava. Nis está situada en uno de los nudos de comunicaciones más importantes de los Balcanes. La ciudad fue sucesivamente romana, bizantina y turca, hasta que en 1877 pasó a formar parte del reino de Servia. En 1946 se le apreciaban las huellas de recientes bombardeos en sus pocos

edificios modernos y muchos barrios antiguos. Contaba con unos 50,000 habitantes, mezcla de razas y nacionalidades, incluso bastantes gitanos, sabe Dios cómo, salvados de las campañas de depuración de los nazis. Había hasta turcos a los que se podía ver en una diminuta y medio arruinada mezquita.

En la orilla norte del Nisava se erguía una vieja fortaleza turca, muy bien conservada, con sus murallas, fosos y subterráneos. A la salida de la ciudad, frente al hospital militar, donde comienza la carretera que va a Bulgaria, se levantaba la torre de los cráneos (Cele-Kula) construida en 1809 por el bajá de Nis, con las cabezas de 152 servios caídos en la batalla de Kamenica. Es una torre del tipo de la de Samarcanda, aunque mucho más modesta. Es impresionante ver las hileras regulares de las calaveras, que parecen mirar con sus cuencas vacías.

En el Estado Mayor del general Tersic nos dieron una pequeña habitación y empezamos a trabajar. Angel Muñoz había sido en España jefe de brigada de la Décima División. Carnicero antes de la guerra, estaba muy orgulloso de su carrera militar y tenía una gran confianza en sí mismo y en su futuro. Con gran tenacidad había superado en sus estudios la falta de base cultural y llegó, porque se lo propuso, a profesor de la Frunze, aunque en principio no había sido seleccionado. Nada más llegar a Nis tuvo el suficiente poco tacto, aunque le agradecí la franqueza, de advertirme que se consideraba de la misma categoría que yo y que por lo tanto no estaba a mis órdenes. Era evidente que trataba de aprovecharse de mi evidente "desgracia" dentro del Partido. Este incidente, y algunos otros que provocó, me convencieron que nuestros dirigentes, teniendo yo buenos amigos en el grupo, premeditadamente escogieron a Muñoz y lo aleccionaron para "pararme los pies". De todas formas tuvo que colaborar conmigo, y hasta recurrir a mí en más de una ocasión.

Nos fue fácil adaptarnos a nuestro nuevo trabajo. El preparar ejercicios militares no era problema para nosotros y pronto empezaron a realizarse en la zona ocupada por nuestro ejército. Esto nos permitió, además, conocer la región, sucesión indefinida de montañas escarpadas y preciosos valles, con caminos difíciles que zigzagueaban por lugares a primera vista inaccesibles. Al poco tiempo, llegaron varios consejeros soviéticos encabezados por el

coronel Kochetov, que al principio nos miró con recelo, pero al saber que éramos egresados de la Academia Frunze, comprendió que seríamos allí sus mejores colaboradores, y pronto reinó entre nosotros la mayor armonía. Convivíamos con los oficiales yugoslavos. Los domingos hacíamos excursiones al campo e incluso, el 7 de julio, aniversario de la sublevación servia, asistimos a una concentración campestre de antiguos guerrilleros. Esperaban la visita de Tito, pero en su lugar vino el general Gosnjak. Para nosotros, desgajados de todo lo que había sido nuestra lucha, era particularmente emocionante ver reunidos a miles de veteranos, muchos de ellos vestidos con los típicos trajes campesinos, que llegaban con sus familias a celebrar y a recordar. Si no hubiéramos estado ya convencidos del carácter popular de la guerra de liberación, aquel día se hubieran eliminado todas las dudas.

Nuestros progresos en servio-croata eran muy grandes y cada día teníamos más posibilidades de relacionarnos con la gente que nos rodeaba; en consecuencia, cada día estábamos más compenetrados con el ambiente y éste nos atraía de tal modo que, por lo menos yo, había momentos en que hubiera deseado fundirme con él para siempre. Aunque oficialmente éramos rusos, todos los que nos rodeaban sabían que éramos españoles o lo sospechaban. Esto facilitaba la compenetración, ya que nuestra causa seguía levantando olas de simpatía. Estudiábamos con el mayor interés la realidad que nos rodeaba. Allí, en el corazón de Servia, se reunían dos épocas: la que se desarrolló en la guerra contra los turcos, con la surgida en la reciente guerra con los alemanes. Todo parecía armonizarse en una continuidad perfecta, de ambición de independencia, al fin alcanzada. La sociedad antigua, representada en las obras clásicas del teatro de Nis, no parecía haber cambiado mucho al menos temperamentalmente, con el progreso material del siglo XX. Campesinos pobres y medios, en los pueblos, y una clase media de gran apetencia de cultura, en las ciudades.

Claro está que las condiciones tenían que ser diferentes en otras regiones de Yugoslavia, sobre todo en las más industriales de Croacia y Eslovenia, en la atrasada Macedonia o en la rica costa del Adriático. Los que me resultaban un enigma eran los musulmanes de Bosnia y Herzegovina, que constituían una gran parte de la población en estas regiones. De raza eslava, habían

adoptado la religión de los invasores turcos evidentemente para evitarse problemas y conservar la tierra. Formaron parte luego del Imperio Austro-Húngaro y fue en Sarajevo, la capital de la región, llena de mezquitas con gallardos minaretes, donde saltó la chispa de la Primera Guerra Mundial. Formaron parte del reino de Yugoslavia, hasta que fue desmembrado por los alemanes en 1941. El dictador de Croacia, aliado de los alemanes, Pavelic, los aduló durante toda la Segunda Guerra Mundial, construyendo para ellos en Zagreb una lujosa y monumental mezquita. En cambio fueron perseguidos a muerte por los chetnikis.

Muchos musulmanes estuvieron en el ejército guerrillero de Tito. Pero era evidente que ya habían abandonado las creencias de sus padres. Sigo sin comprender cómo los verdaderos creyentes, podían compaginar su fe islámica con su fidelidad a uno u otro estado dirigido por infieles. Seguramente que los habitantes de esa especie de isla mahometana, asistían pasivamente a todos los cambios, adaptándose a todo, para poder sobrevivir. Algo parecido al caso de sus correligionarios del Asia Central Soviética. Sin embargo, los musulmanes gozaban en Yugoslavia de ciertas consideraciones desacostumbradas en Rusia. Por ejemplo, en las unidades militares tenían sus propios cocineros y se les servía un rancho especial sin carne o grasa de cerdo que, paradójicamente son muy abundantes en la dieta de los serviocroatas.

La prensa yugoslava, aunque en forma escueta, dedicaba bastante atención a las noticias internacionales. Los periódicos republicanos españoles editados en Francia, pronto dejamos de recibirlos, pero en el Estado Mayor del Ejército circulaba un boletín confidencial que nos tenía bastante enterados de lo que pasaba en el mundo.

Yugoslavia se había ganado un gran prestigio en todos los países de Europa Oriental; sus delegaciones acudían a todos los eventos y eran recibidos siempre con grandes aclamaciones. Era evidente que el general Tito iba representando un papel director en todo aquel conjunto de países que, de una manera o de otra, estaban entrando en el campo socialista. No me podía imaginar entonces que algo que nos parecía tan normal dada la historia de la última guerra, pudiera dar origen a tantas complicaciones en un futuro muy próximo.

A fines de año, nos reunimos todos los españoles que estábamos en el Ejército Yugoslavo, para celebrar juntos el comienzo de 1947. Nos alojamos en la misma escuela donde residimos recién llegados a Belgrado. Los que teníamos la familia en la URSS, aprovechamos la oportunidad para pedir que vinieran a Yugoslavia. Sevil, que tenía a su mujer e hija en Rusia, apoyó nuestra proposición y se encargó de transmitirla a los camaradas yugoslavos. Estos no sólo la acogieron bien, sino que no regatearon esfuerzo para que se realizara nuestro plan. Según supimos más tarde, Juan Antonio Uribes no estaba de acuerdo con el traslado, seguramente por miedo a que cundiera el "mal ejemplo"; en cambio, la embajada yugoslava de Moscú dio toda clase de facilidades. Nuestros familiares recibieron pasaportes yugoslavos y su presión ante las autoridades soviéticas fue constante hasta que se consiguieron los permisos de salida.

Durante los primeros meses no nos habían permitido ni escribir libremente, pero cuando se decidió que permaneciéramos en Yugoslavia por tiempo indefinido habíamos conseguido reanudar la relación, pero en vez del "aparato" del Partido, utilizamos el correo lo que provocó en Uribes otro disgusto, por nuestra "indisciplina". Gracias a ésta pudimos estar al tanto de los preparativos de traslado. Una gran preocupación de mi esposa era su hermano Antonio que, aunque de momento había escapado a la muerte que le habían vaticinado los médicos de Tashkent, no estaba en condiciones de quedarse en Rusia sin familia. Afortunadamente a primeros de febrero mi cuñado pudo embarcarse en un barco ruso que iba desde Batumi, en el Mar Negro, a Nueva York, a donde llegó a fines de mes. Allí el servicio de inmigración lo tuvo unos días en Ellis Island mientras la familia en México terminaba de arreglar sus papeles, y mes y medio después de haber abandonado Rusia estaba en la ciudad de México en casa de su hermana, para empezar una nueva vida que desgraciadamente, no iba a ser muy larga.

Pasaron con bastante rapidez los primeros meses de 1947 y el 30 de abril, por la mañana, recibí un telegrama de Sevil, comunicándome que mi familia estaba ya en Belgrado, instalada en el hotel Balkan. Me puse en camino en el primer tren y por la noche llegué a la capital. Encontré en el hotel a mis familiares, los de José Vela, los de Santiago Aguado y los de Sevil. Con ellos había

llegado también una hermana de Enrique Castro que iba a reunirse con su marido en Italia. Su pequeña hija había salido de Moscú con una fiebre altísima, pero mi esposa le había aconsejado correr el riesgo y no perder la oportunidad que se le presentaba, pues podía no haber otra. Afortunadamente la niña fue mejorando durante el viaje y ahora madre e hija sonreían felices. Habían llegado en un avión bimotor del servicio regular de pasajeros entre Rusia y Yugoslavia, con parada en Lvov y Budapast. El vuelo fue mucho más cómodo que el nuestros unos meses antes; sin embargo, también se marearon terriblemente al descender verticalmente en Lvov y al cruzar las estribaciones de los Cárpatos ahorrando combustible, que la tripulación cambió por vodka en el aeropuerto de Budapest, delante de los mareados pasajeros.

Nadie esperaba a nuestras familias en el aeropuerto de Belgrado. Pero como sabían que Sevil trabajaba en la radio les fue fácil comunicarse con él y hacerlo venir al aeródromo. Las atendieron bien y las llevaron a pasear por la ciudad mientras no llegábamos los maridos. Mi hija Carmiña había correteado tanto, que cuando llegué estaba profundamente dormida y no hubo manera de despertarla. Dormida y todo no me cansaba de mirarla. Había cambiado mucho sobre todo por su pelo muy corto pues acababa de pasar la escarlatina, obligatoriamente internada en un hospital, donde la habían rapado.

El primero de mayo la policía nos despertó bien temprano, para que abandonáramos nuestras habitaciones mientras tenía lugar el desfile. Las tribunas del mariscal Tito y sus invitados estaban situadas en la Plaza Terazjíe, bajo las ventanas del hotel, en cada una de las cuales se instalaron guardias armados. Salimos todos a pasear sin extrañarnos de la medida, pues en Rusia eran aún más estrictos. Por las calles laterales vimos parte de la manifestación que ofrecía el aspecto acostumbrado de alegría y entusiasmo popular. Me contó Carmen todas las novedades desde nuestra salida de Moscú. En primer lugar, todas las dificultades que hubo que vencer para conseguir que su hermano saliera hacia México. Carmen tuvo que trabajar duro, dando clases y tejiendo y vender muchas cosas para reunir los rublos que costaba el pasaje. Menos mal que el barco era ruso y no hubo que pagar en dólares. La policía rusa, como sistema, ponía obstáculos bu-

rocráticos uno tras otro, para aburrir a cualquier solicitante. Sin embargo, algo había en el ambiente que forzaba a la gente a insistir y perseverar en lo que antes de la guerra nadie se hubiera atrevido a solicitar. Seguramente la creencia de que tantos sufrimientos pasados y tanta sangre derramada, daban ciertos derechos a los supervivientes, aunque nadie se hacía muchas ilusiones y estaban seguros de que la posibilidad de salir legalmente de Rusia no iba a durar mucho. Por esto, todo aquel que tenía familia en un país extranjero más o menos asequible, gestionaba frenéticamente un visado, con los pretextos más diversos, porque algún pretexto hay que tener para salir del "paraíso". En estas condiciones sólo una minoría de españoles lo consiguió, aunque la inmensa mayoría lo deseara. Como salir de la URSS era de hecho romper con el Partido Comunista, solamente no lo intentaron aquellos que tenían ambiciones políticas dentro del mismo, los que temían represalias o enfrentamientos, o los que todavía creían que la sabiduría de Stalin pronto nos llevaría al triunfo en todo el mundo. Incluso nuestras familias, que no pedían la salida para un país capitalista, tuvieron problemas. Un alto jefe de la policía llegó a decirle a Carmen que ella podía irse, pero nuestra hija no, porque era rusa como lo demostraba su apellido. Mi mujer se puso furiosa, le habló del derecho internacional y de los derechos del hombre cosa que dudo alcanzara a comprender el policía; le dijo que tenía mentalidad de miliciano de la calle, no de jefe. Por fin, a regañadientes les dieron el visado de salida.

El Partido Comunista español, representado por Uribes, no ayudaba, pero tampoco aumentaba las dificultades. En el caso de nuestras familias creo que hasta se alegró porque le dio posibilidades de utilizar nuestras viviendas, que eran de toda la emigración las únicas que valían algo la pena. En las dos habitaciones que disfrutábamos mi familia y yo, fueron instaladas dos numerosas familias de compatriotas, a pesar de que una de las habitaciones era de paso. La crisis de la vivienda era en la postguerra aún más angustiosa que antes, lo que aumentaba en muchos las ganas de salir de la URSS.

El dos de mayo todos nos fuimos de Belgrado. La hermana de Castro y su hija, rumbo a Italia a través de Trieste. Aguado, Vela y yo, cada uno con sus familiares a nuestras ciudades de

residencia. Nosotros, de momento, nos instalamos en la Casa del Ejército de Nis, pero al poco tiempo llegó la mujer de Muñoz y nos dieron a las dos familias una casa sola de dos pisos. Estaba en la calle de Miko Paligoric, en la orilla norte del Nisaba, entre dos puentes y cerca de todas partes. La casa estaba bastante estropeada porque había sido utilizada por las tropas alemanas durante la guerra. Por cierto que mientras unos prisioneros alemanes la arreglaban y pintaban, mi suegra cogió la costumbre de acercarse por las mañanas durante su diario paseo con la niña, a ver cómo iban las obras. Como entre ellas hablaban español, el secreto de nuestra nacionalidad quedó descubierto porque uno de los prisioneros, doctor en filosofía, hablaba español. Esto nos favoreció porque él dirigía la brigada y los hizo trabajar con entusiasmo dejando la casa con un magnífico aspecto. En pago mi suegra, el día del traslado les preparó una fabada, que los prisioneros comieron con avidez y agradecimiento.

Empezó nuestra vida familiar con los mejores augurios en aquella pequeña ciudad, en la que se podía ir a pie a todos los sitios. Las condiciones de vida eran mucho mejores que las que habíamos encontrado en cualquier época de nuestro exilio. No sólo no había escasez de alimentos, sino que además en el mercado se podían encontrar montones de vituallas a precios bastante accesibles. Los artículos manufacturados no abundaban, pero era posible conseguirlos. No había mercado negro como en Rusia. Cierto que las reformas sociales que el régimen había iniciado: nacionalización de la industria y el comercio y colectivización de la agricultura, iban pronto a complicar la vida, pero de momento, en el verano de 1947 la situación era buena.

Aquel verano decidimos pasar nuestras vacaciones en el mar. Mi suegra no quiso ir, pero Carmen, Carmiña y yo, nos trasladamos a Split, donde vivía José Vela y familia. Nos detuvimos en Zagreb, en casa de Artemio Precioso. Nos gustó la ciudad, de tipo muy europeo, que recordaba las ciudades francesas. Beatriz Eguidazu, la mujer de Artemio, no había llegado todavía de Moscú. Ella y otras dos esposas de miembros de nuestro grupo, eran antiguas alumnas de las escuelas de niños y jóvenes españoles, y habían recibido la ciudadanía soviética, entrando de lleno en la ley restrictiva que prohibía salir de Rusia a cualquier ciudadano.

Para al fin poder sacarlos, la influencia yugoslava tuvo que emplearse más a fondo. Pasamos las vacaciones con Pepe y su hija Carmela. Había gran amistad entre nosotros y fue un verdadero relajamiento estar tumbados en la playa, tratando de olvidar tantas calamidades que habíamos pasado juntos. Todavía ahora teníamos cerca las consecuencias. Petruca la esposa de Pepe, llegó a Yugoslavia con la salud tan quebrantada que hubo que internarla en un sanatorio en Slovenia. José Vela, o Pepillo, como lo llamábamos todos, era un sevillano típico. Capaz de correrse una juerga con el menor pretexto y de conservar el humor en los momentos más difíciles. En una ocasión en Moscú, en la peor época, estuvo toda una noche tocando palmas y cantando flamenco, celebrando el encuentro con otros dos andaluces, sin más bebida que un frasco de jarabe para la tos que sabía a anís. Aunque su carácter era totalmento opuesto al mío, nos entendimos siempre muy bien. Eramos verdaderos amigos y mutuamente apreciábamos hasta nuestras diferencias. Los dos habíamos sufrido fuerte desilusión en la URSS. Especialmente para él había sido un rudo golpe el suicidio ocultado y nunca esclarecido, de su tío José Díaz, Secretario General del Partido, al que quería y respetaba mucho. Ambos colocábamos nuestra amistad por encima de las conveniencias del Partido y así íbamos a seguir en el futuro, fuera él o yo, el caído en desgracia.

De vuelta a Nis organizamos nuestra vida como si fuera a durar indefinidamente. Así se manifestaban, sin duda, los deseos reprimidos tanto tiempo de gozar de tranquilidad y sosiego. Mi trabajo en el Estado Mayor me absorbía bastante, pero tenía tiempo de descansar. Mi mujer se dedicaba exclusivamente al hogar y la familia. En el patio, de acuerdo con los Muñoz instalamos un gallinero y jaulas para conejos, pero como rancheros resultamos un fracaso, porque sucesivas epidemias acabaron con casi todos los animales. Mi suegra era feliz dando largos paseos con su nieta por la ciudad y asistiendo a los servicios religiosos ortodoxos, sin dejarse afectar por las diferencias de idioma y de rito. Mi hija aprendió el servio a la velocidad del relámpago. Ya durante nuestro viaje a Split, nos sorprendió hablando por los codos con un pasajero en lo que resultó ser un dialecto. Creo que ella era la que más disfrutaba de la nueva vida. Su conocimiento del idioma le permitió tener en seguida amigas y aumentó

su mundo con una perra, que llegó una noche de lluvia transida de frío a las puertas de casa, como es clásico en los cuentos infantiles, y a la que bautizó con el nombre de "Nelka", y un gato llamado "Puma" que resultó bastante aventurero y terminó fugándose. En el otoño, empezó normalmente su vida escolar con lo que sus progresos en el idioma fueron aún más notables.

Manteníamos buenas relaciones con las familias del general Tersic, de los consejeros soviéticos y de algunos jefes yugoslavos como el de Sanidad y el de Artillería del Ejército. El coronel Scekic estaba también casado, pero su mujer, antigua guerrillera, tenía cargos políticos y la veíamos pocas veces. La esposa del general era joven y muy simpática. Contaba alegremente sus andanzas durante la guerra por ciudades ocupadas por los alemanes, pero recibiendo de vez en cuando, por mensajeros especiales, el sueldo de su marido, incorporado al Estado Mayor de Tito. Tenía seis hijos. Cuatro de antes de la guerra y dos gemelos de después para compensar el tiempo que habían estado separados. Seguíamos saliendo al campo los fines de semana. Tampoco faltaban entretenimientos nocturnos. Ibamos a los cines de la ciudad o al de la Casa del Ejército aunque preferiríamos el teatro, por lo interesante del ambiente de la antigua Servia. Nos habían prestado un receptor de radio y oíamos regularmente las transmisiones extranjeras para estar al tanto de la situación en el mundo. Procurábamos mejorar nuestro servio, con lo cual empeoraba nuestro ruso, cosa que notábamos cuando teníamos que hablar con los consejeros y sus familias.

Muñoz disfrutaba tanto de aquel ambiente, que yo casi le perdoné todas sus impertinencias, viéndolo tan feliz. Llevaba su uniforme impecable y las botas relucientes. Le encantaba inspeccionar cuarteles y llamar la atención por cada mota de polvo, cosas que yo reconozco, nunca fui capaz de hacer aceptablemente. Era buen jinete, porque el servicio militar lo había hecho en España en caballería, y a las ocho de la mañana ya tenía a la puerta el asistente con su caballo reluciente, para dar un paseo matinal, al que algunas veces me arrastraba a mí, aunque mis habilidades fueran limitadas. Sin embargo, una vez di una exhibición involuntaria porque llegando a un campo de entrenamiento, mi

caballo, educado para el salto, se arrancó y saltó de un tirón todos los muros y barreras, sin conseguir tirarme, afortunadamente.

Aquel período de tranquilidad tuvo corta duración. Primero fueron las noticias de España, donde las actividades guerrilleras eran reprimidas con una nueva ley "contra el bandidaje y el terrorismo". Las ejecuciones estaban a la orden del día. En una de las primeras listas figuraba Lucas Nuño, uno de los compañeros que se había despedido de nosotros en Belgrado, pocos meses antes. Los reportajes de Jesús Izcaray en "Mundo Obrero" reflejaban las condiciones de la lucha en las montañas de Teruel, pero a la vez su carácter limitado y local. Nada anunciaba una sublevación o resistencia general. Un día oí por radio que a mediados de junio habían sido detenidos en Madrid un grupo de guerrilleros entre los cuales estaban dos mujeres. En seguida, pensé en mi madre y mi hermana, no por presentimiento, sino porque ellas eran mi preocupación constante. A las pocas semanas recibimos de México la noticia, de que las dos estaban en la cárcel. Al poco tiempo el marido de mi hermana, nos escribió desde París, confirmando la noticia y dando detalles.

Julio Nava, primo de los Gullón y antiguo oficial de mi Estado Mayor, después de haber destacado en las unidades españolas del Maquis francés, había regresado a España ilegalmente, a fines de 1945, enviado por el Partido Comunista. Vivió grandes aventuras, incluso en agosto del 46, detenido y esposado, consiguió huir con otro preso escapándose de un cuartelillo de la Guardia Civil. Después, se unió a un grupo de guerrilleros que actuaban en los montes de la provincia de Cáceres, con los que participó en varios asaltos a pueblos y fincas. Estuvo varias veces en Madrid para ponerse en contacto con la organización comunista de la capital, y una de las veces vivió en casa de mi madre, en Huertas 20. Cuando en Cáceres la situación era muy difícil, volvió de nuevo a Madrid con otro guerrillero del que nunca se conoció más que el apodo: el Tronchón, y ambos pidieron alojamiento a mi madre. No parece que cumplieran ni con las más elementales reglas conspirativas, porque Julio salía cada día a sus contactos madrileños y el Tronchón, que había estado refugiado en las montañas desde el comienzo de la guerra civil, sacaba a pasear a mi pequeña sobrina a la Plaza de Santa Ana. El 10 de junio la policía

detuvo a Julio Nava, supo cuál era su refugio y un grupo de agentes, con lujo de fuerzas, se presentó en casa de mi madre a primeras horas de la tarde. El Tronchón había salido con mi cuñado después de comer, a tomar el café. Mi madre y mi hermana trabajaban en la escuela. Los policías mandaron a las niñas a su casa diciendo que iban a pintar el aula. Montada la trampa cuando el Tronchón volvía tranquilamente, a la misma puerta de la casa lo acribillaron a tiros sin intentar apresarlo. Luego declararon que había intentado defenderse con una pistola, cosa falsa, porque la única arma que traía, a ruegos de mi madre, estaba escondida en un ropero. La pistola por cierto resultó ser, de uno de los guardias civiles muertos en Cáceres por los guerrilleros.

Al ruido de los disparos se llenó la escalera de vecinos. Una mujer trató de ayudar al moribundo, inútilmente, porque pronto expiró; entonces, sin siquiera mirar a los policías se puso a rezar las oraciones de muertos. Algunas niñas de la escuela, por su propia iniciativa, fueron a avisar a mi cuñado que trabajaba cerca, en la Plaza del Angel, de lo que estaba ocurriendo. Escapando a la detención marchó a Galicia y se escondió en la Coruña en casa de una tía de mi mujer, hasta que consiguió cruzar la frontera francesa. Mi madre, desde el primer momento tomó sobre sí toda la responsabilidad, tratando de salvar a mi hermana, pero ambas fueron detenidas y llevadas a la Dirección General de Seguridad. Mi sobrina de cinco años quedaba sola en casa, pero afortunadamente llegó por allí mi tía Encarnación Tagüeña que se hizo cargo de ella hasta mandarla a Galicia con sus abuelos paternos.

Aun antes de saber lo que había ocurrido, nada más tener noticia de la detención, mandé a través de Sevil una carta a Francisco Antón pidiendo para mi familia la ayuda del Partido. Me contestó diciendo que mi cuñado ya estaba en Francia, me mandaba incluso su dirección, y que mi madre y mi hermana serían atendidas. La realidad fue que recibieron ayuda de amigos y parientes, de antiguos alumnos de Huertas y de la guardería de Alicante, que el Estado le siguió pagando a mi madre el 50% de su sueldo, gracias a lo cual pudo ayudar incluso a otras presas políticas menos afortunadas que ella; pero jamás recibió nada de los comunistas, siquiera simbólicamente. Yo hubiera querido man-

darles dinero pero era necesario un permiso especial de las autoridades yugoslavas para conseguir divisas, y Sevil no quiso tramitar mi petición por considerarla innecesaria después de la promesa de Antón.

Mi madre y mi hermana pasaron varios días difíciles en los sótanos de la Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol, viendo y oyendo los malos tratos que recibían los detenidos, que atestaban todas las celdas. Mi madre se vio rodeada del cariño de todos los presos, e incluso del respeto de sus guardianes. En todos los interrogatorios se limitó a repetir que había acogido en su casa a los dos perseguidos, porque ella tenía un hijo por el mundo, no sabía dónde, que quizás también necesitara la ayuda de alguna otra madre. Insistió en que ni su hija ni su yerno habían influido en ella y que estaba dispuesta a aceptar toda la responsabilidad por sus actos. A mediados de octubre, fueron llevadas a un consejo de guerra, esposadas y con escolta de guardias civiles al mando de un alférez muy joven que estaba tan azorado que al hacerlas entrar al tribunal no encontraba las llaves de las esposas y tuvo mi madre que calmarlo y ayudarlo. A última hora cambiaron al defensor de oficio, y el nuevo estaba bien poco informado. Mi madre le pidió que no se preocupara de ellas y que tratara de salvar la vida de Julio Nava. El consejo de guerra dictó sentencia en unas pocas horas. Mi madre y mi hermana fueron condenadas a tres años de prisión, en lugar de los doce que pedía el fiscal; los otros encartados que habían ayudado a los guerrilleros en distintos grados, recibieron también penas de reclusión, pero Julio Nava fue condenado a muerte. Durante un mes el expediente pasó por diferentes manos hasta que el gobierno ratificó la pena y dispuso que se le aplicara garrote vil, lo que tuvo lugar el 20 de noviembre, día especialmente escogido para las ejecuciones, por ser el aniversario del fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera. De nada sirvieron todas las gestiones de los padres de Julio, que consiguieron incluso la intervención del obispo de Madrid-Alcalá.

Aquellos días escribió mi madre una tarjeta postal, que pasando por México llegó a mis manos. Se disponía a cumplir su condena con buen ánimo. Nos recordaba que su característica era apurarse en las cosas pequeñas y tomar los problemas serios con

valor. Efectivamente así fue. Trabajó de maestra en la escuela de la cárcel, aún con más interés, si esto fuera posible, que había trabajado siempre, ganándose el cariño de sus alumnos y hasta dos premios de la dirección de la prisión. Allí cumplió 60 años, adquiriendo con esta edad el derecho a dormir en cama.

A mis preocupaciones personales se unieron pronto otras relacionadas con mi posición dentro del Partido. Nos habían pedido trabajos para ser publicados en una revista militar, que Modesto dirigía en Francia. Estuve dudando si escribir o no, pero por fin envié dos artículos, uno sobre los combates en la cota 496, en la batalla del Ebro y otro sobre 36 días de lucha de la división Montenegrina de choque, en Yugoslavia. Ninguno de los dos fue publicado. Más tarde mandé la traducción de un trabajo de Koca Popovich que resumía el papel de Tito en toda la guerra de liberación, que Modesto, por lo visto, no se atrevió a dejar de publicar desgraciadamente para él, como se verá más adelante. Por aquellos días, llegó a mis manos un periódico editado en Francia, con un artículo de Rafael Vidiella dedicado a la batalla de Cataluña. En él se citaban todos los jefes republicanos, incluso mis jefes de División, pero yo había desaparecido de la histórica lista. No es que a mí me importara mucho, pero conocía bien ese síntoma, y como no estaba dispuesto a humillarme y hacerme la autocrítica escribí a Dolores Ibarruri una larga carta. Era, como la visita que le había hecho en otra ocasión en Moscú, una medida estrictamente defensiva. Le pedía que la dirección del Partido dijera públicamente qué tenía en contra de mí, en lugar de sembrar la desconfianza. Mi gesto, en el fondo, se debió a que aún conservaba una cierta fe en el Partido; unos meses después se me iban a quitar definitivamente las ganas de escribir cartas de este tipo.

En el otoño llegaron de Moscú la mujer de Artemio y las otras dos españolas con ciudadanía soviética. También llegaron dos rusas, las esposas de Merino y García Vitorero. Habían tenido mucha suerte. La hermana de Beatriz, casada con un albanés, iba a tardar mucho más en reunirse con su marido. Las viajeras nos trajeron las últimas noticias. La reforma monetaria, tratando de detener la inflación; los problemas de la postguerra que seguían haciendo la vida difícil; el bandidaje producido por la desmovilización. Pero la noticia más sensacional se refería a los refugiados

españoles. O las autoridades soviéticas dieron la voz de alarma por la cantidad de gente que pedía salir de la URSS, o la dirección del Partido cayó en la cuenta de que iba a ser difícil de explicar el éxodo; el caso fue que el Buró Político mandó a Moscú a Santiago Carrillo y a Vicente Uribe a poner las cosas en orden. Destituyeron a José Antonio Uribes, acusado de "blando", y en reuniones repetidas y agobiadoras, ordenaron a los militantes que abandonaran la idea de salir de Rusia y pidieron a los que ya tenían el visado que los rompieran demostrando así su amor a la URSS y su fidelidad al Partido. Todo esto aderezado de amenazas a los "antisoviéticos", de críticas y autocríticas, ocasión magnífica para que los arribistas arremetieran contra los más vacilantes, tratando de escalar posiciones políticas. Algunos de los que ya tenían el visado se arriesgaron y consiguieron salir, el resto se resignó a su suerte.

Uno de los que quedaron atrapados en la ratonera fue José Tuñón, compañero mío de la Universidad, aviador durante la guerra y viejo comunista. Tenía ya el permiso de entrada en México enviado por su hermano, pero llegó tarde para conseguir el permiso de salida. Tenía amistad con el agregado obrero de la embajada Argentina y, en su desesperación, aceptó el plan descabellado de salir de Rusia metido en un baúl del equipaje diplomático. Descubierto por la tripulación, en vez de aterrizar en Praga dieron la orden de volver a Kiev, donde ya los estaban esperando varios altos empleados del NKVD, puestos sobre aviso por radio. El diplomático argentino fue obligado a abandonar Rusia, esta vez para siempre. José Tuñón fue condenado a 25 años, acusado de espionaje, y enviado a cumplir la pena a campos de trabajo forzado en el noroeste de Siberia, en la región minera de Magadán. A pesar de las pocas probabilidades que tenía de sobrevivir (el promedio de vida en estos campos era de ocho años) circunstancias excepcionales y la muerte de Stalin, le permitieron regresar de allí e incluso salir de la URSS diez años más tarde. Pero entonces lo dimos por muerto.

Vicente Uribe pasó por Belgrado de vuelta de Moscú. Conservaba su acento vasco y su brusquedad, que le ganó el apodo de "el sargento". Nos reunió a todos y tuvo con nosotros varios cambios de impresiones. Sin dar detalles que lo confirmaran, nos

aseguró que el movimiento guerrillero en España era muy importante y crecía de día en día, aunque la realidad era que ya entonces empezaba a desintegrarse. Afirmó tajantemente, que por orden del Partido León Trilla había sido ejecutado en una calle de Madrid, y que Jesús Monzón escapó a la misma suerte al ser detenido por la policía. Se expresó con el mayor odio respecto a "esos traidores", aunque nos quedamos sin saber en qué había consistido la traición. Todos permanecimos en silencio, mientras Uribe con voz tonante auguraba el mismo fin para todos los que se opusieran a la línea del Partido.

No menos tajante fue su informe sobre lo sucedido en Moscú. El y Santiago Carrillo habían ido a echar a José Antonio Uribes y a mandarlo a trabajar a una fábrica, por haber permitido la salida de muchos españoles. A Carrillo, como dirigente de la JSU, le había correspondido "convencer" a los jóvenes españoles de las escuelas que no debían reunirse con sus padres aunque éstos los reclamasen.

En aquellas reuniones de Moscú, habían sido de nuevo lanzados a las fieras los que ya habían sido perseguidos antes, cuando la pugna Jesús Hernández-Dolores se decidió a favor de ésta. José Antonio Uribes los había dejado vivir tranquilamente y esto era imperdonable. Segis Alvarez, por ejemplo, iba a saber ahora lo que "era una fábrica". Mientras lo oía pensaba dos cosas. Que tenía gracia que en un estado socialista una fábrica fuera considerada un lugar de castigo, solamente un poco mejor que un campo de trabajo, y después que mi mujer y yo, por unos pocos meses, nos habíamos librado de encarar problemas muy graves. Afortunadamente, estábamos en Belgrado, lejos de las reuniones depuradoras, y mi cuñado estaba ya en México, donde tenía alguna probabilidad de sobrevivir.

Teníamos ya suficiente experiencia política para comprender que toda esta polvareda indicaba que la situación de España no era favorable para nosotros, y que la posibilidad de volver se alejaba. El terror propagado entre los militantes emigrados en Moscú tenía por objeto anularlos para que no se atrevieran a levantar la voz ni la cabeza. En víspera de una posible vuelta a España hubiera resultado inconcebible la actitud de nuestros dirigentes.

En una reunión informal que tuvimos con Uribe nos completó la información sobre lo ocurrido en Moscú y tuvo que oír nuestras opiniones en lo que se refería al grupo de militares. Le explicamos lo sucedido durante la guerra, cómo mientras unos trabajamos de profesores y otros luchaban en las guerrillas, la mayoría, apoyados por Modesto y Líster, no habían hecho absolutamente nada.

A Uribe no le disgustaron nuestras intervenciones. Al contrario, nos dejó desahogar y luego manifestó que tenía los mejores informes de los camaradas yugoslavos respecto a la eficacia de nuestro trabajo. De paso, hizo los mayores elogios de Tito, insistiendo en la ayuda económica y de todo tipo que prestaba al Partido Comunista Español, por lo que estábamos aún más obligados a no regatear esfuerzos.

Finalmente, tuve una reunión personal con Vicente Uribe. Le hablé de la situación de mi madre y mi hermana, que él no conocía. Me prometió que el Partido se interesaría por ellas, promesa que, como la anterior de Francisco Antón, nunca se cumplió. Luego me habló de mi carta a Dolores y con toda franqueza le hice las mismas preguntas: ¿qué tiene la dirección del Partido en mi contra? ¿Soy o no miembro de la Comisión Ejecutiva de la JSU? Es lástima no haber tenido una grabadora, para que sus contestaciones quedaran como un buen ejemplo de "democracia interna". Me aseguró que la dirección del Partido no tenía nada contra mí, pero que las circunstancias obligaban a utilizar a una persona u otra según los intereses del Partido. Que un miembro del Comité Central podía prácticamente dejar de pertenecer a él, sin que ni siquiera se le comunicase. Que el Partido nunca se equivocaba y que había que tener fe ciega en él. Que sabía todo y estaba en todas partes y que el deber del militante era esperar a que lo utilizaran sin pedir explicaciones como había hecho yo. Hablaba en la forma más tranquila, como un buen sacerdote aconsejando humildad y obediencia, no hacer caso de las vanidades humanas, confiar en la infalibilidad de la Iglesia y en la justicia divina.

No me convencieron en absoluto sus argumentos; sin embargo, me sentía incómodo, porque no quería pasar por un ambicioso, que deseaba estar siempre en primera fila. Había comprendido de momento una cosa: que era inútil defenderse. Las críticas o las

alabanzas iban siempre entre bastidores, y cuando salían a la luz, como había ocurrido en Moscú, era con un fin político determinado. Comuniqué a Uribe que no volvería a escribir más cartas y que me dedicaría a mi trabajo.

Así terminó la entrevista que me dejó completamente tranquilo.

También pasó por Belgrado Federico Melchor, de la Comisión Ejecutiva de las Juventudes. En España habíamos tenido bastante amistad, sellada en la guerra, porque estuvimos juntos en Peguerinos, en el batallón Octubre No. 11. Me enteré que estaba, por casualidad y fui a verlo por propia iniciativa. Me recibió bastante frío, medía cada palabra y nuestra conversación empezó ya agonizando. Pero afortunadamente ya no me preocupaba.

El año 1947 había visto afirmarse muchas de las tendencias iniciadas con la postguerra. En las "democracias populares" del Oriente europeo se afirmaba el poder de los comunistas, que con la mayor facilidad eliminaban a sus "compañeros de viaje" de los primeros gobiernos de coalición. En Polonia. Mikolajezyk había conseguido escapar en avión a Occidente, pero su partido campesino fue deshecho. El país lo dirigían Bierut, exfuncionario de la Komintern, Cyrankievicz, antiguo socialista, y una figura nueva, Gomulka, secretario del Partido Obrero Polaco. El gobierno comunista húngaro, con Rakosi al frente, había eliminado al Partido de Pequeños Propietarios vencedor en las elecciones el año anterior. En Bulgaria fue aplastado otro partido campesino, cuyo jefe Nikola Petkov fue condenado a muerte y ejecutado. Finalmente Rumania se agitaba en una crisis política que también iba a resolverse a favor de los comunistas. El rey Miguel, que tan bien había recibido a las tropas soviéticas, tuvo al fin que abdicar y abandonar el país, sin que nadie recordase la Orden de la Victoria que hacía poco le había concedido el gobierno soviético.

En Rusia, Stalin seguía de Presidente del Consejo de Ministros, pero había cedido el puesto de Ministro de la Defensa al general Bulganin, que a pesar de su grado y de sus condecoraciones era un desconocido antes de la guerra. Resultaba extraño que el nombramiento no hubiera recaido en alguno de los grandes

caudillos militares soviéticos, especialmente en el mariscal Zhukov. Bastaba leer la prensa para comprender que se procuraba realzar lo menos posible a los generales triunfantes. Se podía pensar que era algo preconcebido para realzar la supremacía del poder civil, y evitar cualquier indicio de bonapartismo; pero era contradictorio que Stalin ya no apareciera en público sin el uniforme de generalísimo, por lo que más bien parecía celoso de sus colaboradores en la victoria.

La contraofensiva americana a los acontecimientos en el oriente europeo, fue la doctrina Truman de ayuda a los pueblos dominados o en peligro de serlo, por el comunismo. Esta doctrina tomó forma en el Plan Marshall, que iba a derramar millones de dólares en los países al oeste de la Cortina de Hierro, como Churchill bautizó a la nueva frontera entre los dos mundos de la postguerra. Esto en nada cambió la situación de los pueblos que ya habían caído bajo la influencia soviética, pero pulverizó las esperanzas puestas por Moscú en los dos grandes partidos comunistas: el de Francia y el de Italia. En mayo, los comunistas franceses fueron eliminados del gobierno y a sus camaradas italianos no les fue mucho mejor. Muchos millones de votos no impidieron que estos partidos estuvieran cada vez más lejos de la dirección de sus países.

El contragolpe soviético fue crear la Oficina de Información de los partidos comunistas, o Cominform, sustituto parcial de la antigua Komintern. Formaban parte del nuevo organismo los partidos comunistas de la URSS: Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumania, Francia e Italia. No estaban incluidos los comunistas de Albania ni de los otros partidos europeos y mucho menos del resto del mundo, con lo que de hecho aparecía un nuevo punto de vista dentro del comunismo: partidos necesarios e innecesarios. Su primera misión, pronto olvidada, fue criticar duramente a los partidos francés e italiano por dejarse desplazar, sin tomar actitudes revolucionarias. Era un claro llamado a la violencia. La segunda misión y fundamental, era asegurar el control soviético en las "democracias populares".

Nadie se ocupaba de la situación de España, considerada casi al margen de la situación. Se sucedían los gobiernos republicanos en el exilio; los guerrilleros seguían pereciendo en los com-

bates o eran ejecutados en cumplimiento de sentencias de los consejos de guerra; las cárceles estaban rebosantes; pero el gobierno de Franco iba consiguiendo lo inconcebible: superar la crisis y mantenerse en el poder.

A fines de 1947 se intensificó mucho la actividad política en Yugoslavia. Se multiplicaban reuniones de todo tipo: intercambio de delegaciones y creación de numerosas organizaciones agrupando a jóvenes, ex-combatientes, periodistas, mujeres, etc. Todas estas nuevas organizaciones tenían la sede en Belgrado. Los soviéticos participaban en todos estos eventos, pero la popularidad de los yugoslavos los hacía ocupar un segundo lugar, al que no estaban acostumbrados. Mirko Jovanovic nos contó que su hermana había estado en Varsovia en una reunión, representando al municipio de Belgrado, y quedó sorprendida de la ovación tumultuosa que le prodigaron, mucho mayor que la dedicada a los soviéticos. Estos casos no eran la excepción, sino la regla. La simpatía hacia Yugoslavia era muy fuerte y el factor principal, el prestigio ganado en la lucha contra los alemanes y el aire de seguridad que esto les daba.

Esa polarización política hacia Belgrado, no parecía que fuera mal vista por la URSS. Pensando ingenuamente, parecía lógico suponer que era parte de un plan común para atraer ciertos elementos que no simpatizaban mucho con Rusia, pero que podían ser atraídos por un campo socialista amplio lo que ayudaría a formar un bloque poderoso que protegiera las fronteras occidentales soviéticas. Parecía confirmar esto, la visita de Dimitrov a Tito y la firma del tratado de amistad entre sus países, que se presentó como un paso inicial para una unión estatal que podía ser extendida luego a todos los Balcanes y quizá después a los países del centro de Europa. Bastaba la simple suma de recursos humanos y económicos de todas las naciones susceptibles de ser enroladas en tal plan, para darse cuenta de la trascendencia que para toda Europa y hasta para todo el mundo, tendría la realización de estos propósitos.

En el interior de Yugoslavia también se desarrollaba una febril actividad. La colectivización de la agricultura y la socialización de la pequeña industria y comercio, trataban de transformar a Yugoslavia en un país socialista al estilo de la URSS. Esta

reorganización también llegó al ejército. Se formaron grupos de ejércitos en lugar de ejércitos. El del sur tenía su sede en Nis y vino a mandarlo el general Kosta Nadj, con Scekic como comisario. Uno de sus ejércitos tenía el Estado Mayor en Kragujevac y estaba bajo el mando de Tersic, con Mirko Jovanovic de comisario. Era evidente que se daba una gran importancia a la frontera con Grecia. Hubo un gran simulacro militar en Skoplje, la capital de Macedonia, que organizaron los consejeros rusos, y en el cual participamos algunos españoles como árbitros. Estuvieron presentes casi todos los altos jefes militares yugoslavos y algunos oficiales albaneses y búlgaros de rango superior. Entre ellos me encontré con el coronel Cherkasov, ahora general Kimov, jefe del Estado Mayor General de Bulgaria. Hubiera querido preguntarle algunos datos sobre la muerte de nuestro común amigo, coronel Radionov, pero no tuve ocasión de hacerlo. Poco después de este encuentro pasó por Nis otro búlgaro, al que recordaba haber visto en El Escorial en un acto de la 14 Brigada Internacional. Era entonces consejero soviético y se llamaba Petrov. Ahora usaba su verdadero nombre, Ferdinand Kozovsky y era jefe de la sección política del Ejército Búlgaro. Al contrario de Cherkasov-Kimov, que derrochaba optimismo por todos los poros, Petrov parecía profundamente preocupado por algo. Quizá barruntaba ya entonces, ocurría ésto en febrero o marzo de 1948, el vendaval que iba a azotar muy pronto todo el campo comunista.

Los españoles, por lo menos los antiguos profesores de la Academia Frunze, dejamos pronto de ser consejeros supernumerarios y nos incorporaron a las plantillas de los estados mayores, siempre, naturalmente, con cargos técnicos, relacionados con la instrucción y educación militar. A mí me nombraron adjunto del jefe de operaciones para la preparación especial de los oficiales.

Prácticamente convertido en oficial yugoslavo me entregué a mi labor con todo entusiasmo, desarrollando una serie de planes. Me llevaba muy bien con todos mis compañeros del Estado Mayor, aunque con ninguno llegué a tener la amistad que con Mirko Jovanovic.

Algo comenzaba a flotar en el ambiente, pero no sospechábamos lo que era. Cuando iba a Kragujevac encontraba a Mirko un poco raro, sin atreverse a franquearse conmigo, pero dando

a entender que no todo iba bien. Con él asistí a un mitin en el que habló Milovan Djilas, una de las personas más ligadas al mariscal Tito, encargado de todas las cuestiones teóricas de propaganda. Aunque nunca usaba uniforme tenía categoría de teniente coronel.

En Nis, la sección de operaciones estaba preparando el plan de guerra de toda la frontera sur. El trabajo se hacía en unas habitaciones escrupulosamente cerradas, y con la entrada sujeta a un control muy estricto. Me pidieron ayuda, que yo presté con mucho gusto, y llegué a pensar que quizá fueran inminentes acciones militares directas en apoyo de los guerrilleros griegos. Albania jugaba, por su posición geográfica un importante papel en aquellos planes. Tropas yugoslavas y albanesas debían asestar un golpe decisivo hacia el este, al sur de los lagos Ohrid y Prespa, sobre toda la parte norte de Grecia.

Inesperadamente fueron llamados a Moscú todos los consejeros rusos, en la primavera de 1948. No teníamos ni idea del motivo de esta medida y lo que nos dijeron es que quizá fuera debido a la tensión creciente en la frontera griega, donde los incidentes eran diarios. Les dimos varias cenas de despedida, que fue extraordinariamente cordial por ambas partes. También los rusos desconocían las causas de la retirada. El general que los mandaba estaba muy preocupado por un simulacro de guerra en preparación, en el que iban a intervenir todos los cuadros de mando yugoslavos de regimiento para arriba. Como nos había visto trabajar en Skoplje, pidió que al menos tres españoles fuéramos destinados a la capital para continuar este trabajo. Fuimos escogidos Artemio Precioso, Mateo Merino y yo. Artemio y yo recibimos cargos en el Estado Mayor Central. Mateo Merino fue destinado a la Academia Militar que se estaba organizando en Belgrado, bajo la dirección de Arso Jovanovic, militar profesional de mucho prestigio, primer jefe de Estado Mayor de Tito, antes de Koca Popovic. Nuestra misión era seguir adelante con el juego militar empezando por los consejeros rusos y realizarlo.

El traslado a Belgrado fue muy rápido. Me ofrecieron varios departamentos donde habían vivido consejeros soviéticos. Escogí uno en la calle de Vojvoda Dobrnica, en la parte nordeste de la ciudad junto a los muelles de carga del Danubio, no muy lejos del edificio del Estado Mayor General. La vida estaba en la capi-

tal algo más difícil que en Nis, cuyo mercado siempre bien provisto añoraba mi mujer. Sin embargo, recibí autorización para comprar en un almacén especial para altos jefes militares, que nos resolvía todos los problemas. Mi hija reanudó sus clases en una escuela cercana y mi suegra los paseos con su nieta por los parques próximos. Teníamos todos una gran capacidad de adaptación.

Los soviéticos habían elaborado solamente el despliegue inicial de fuerzas, pero faltaban todas las etapas del juego. Fue una labor agotadora, porque la fecha de celebración estaba muy próxima. Gracias a que los tres estábamos muy compenetrados, conseguimos realizar a tiempo toda la montaña de documentos necesarios, y planear todo el desarrollo del ejercicio. Pasábamos muchas horas del día y de la noche encerrados en el despacho que nos habían asignado. Nuestro jefe era un coronel, oficial del antiguo ejército, que nos daba toda clase de facilidades para nuestro trabajo y nos resolvía, en seguida, todos los problemas de aseguramiento material que surgían.

El director del juego era el general Koca Popovic, ya ascendido a general coronel (lo mismo que Ivan Gosnjak, Peco Dapcevic Kosta Nadj y Arso Jovanovic). Ocupado en otras cosas, su intervención fue muy limitada. Aceptó las decisiones principales que le sugerimos y solamente al final se enteró bien del desarrollo para poder hacer la crítica de los ejercicios ante todos los oficiales reunidos, lo que llevó a cabo brillantemente. Era una persona de gran cultura y clara inteligencia, con sobrados recursos oratorios. No recuerdo haber estado en vida tan agotado físicamente como en los momentos en que Koca Popovic dio por terminado el juego militar.

Al día siguiente, en un tren especial, todos los participantes nos trasladamos a Bela Crkeva, cerca de la frontera rumana, a poca distancia de donde el Danubio entra en el desfiladero que separa Yugoslavia de Rumania, conocido como las "Puertas de Hierro" (Djerdap). En dicho campamento asistimos a una serie de ejercicios con tropas y fuego real, incluido un lanzamiento de paracaidistas. Pasamos allí la noche en tiendas de campaña habilitadas para el caso y a la mañana siguiente volvimos a Belgrado. Estando en este campamento Artemio me comunicó la sensacional

noticia que había sabido por un oficial muy amigo suyo. Hacía varios meses que entre el Partido Comunista Soviético y el yugoslavo se habían cruzado una serie de cartas. En las cartas rusas, firmadas por Stalin y Molotov se hacían acusaciones diversas a los dirigentes yugoslavos incluida la de trotzkismo, la más grave posible dentro de la ortodoxia comunista. No me esperaba yo nada de esta naturaleza, pero de momento comprendí muchas cosas que me habían llamado la atención. Las famosas cartas se habían leído en las reuniones del Partido pero ordenando la mayor discreción para que no trascendieran. Artemio me miró lleno de asombro cuando le dije categóricamente, que deseaba que no se agravara el problema, pero que si surgía a la luz yo estaba decididamente al lado de los yugoslavos.

Desde este momento estuve alerta a todo nuevo síntoma, y cuando el Comité Central del Partido Comunista de Yugoslavia expulsó de sus filas y acusó de traición, entregándoles a los tribunales a Zujovic y Hebrang, no necesité un informe especial para comprender que los yugoslavos no iban a ceder ante la presión rusa y que habían tomado medidas contra dos elementos prosoviéticos. Desde el primer momento estuve seguro de que los comunistas yugoslavos apoyarían a Tito en cualquier circunstancia. Me resultaba inconcebible que los rusos no comprendieran esto. Existían evidentes razones de influencia y de prestigio en la discusión planteada. Stalin estaba decididamente en contra de cualquier tipo de unidad entre los países de Europa Oriental que no estuviera bajo el paternalismo soviético, y eran los yugoslavos los únicos con autoridad para encabezar cualquier cosa de este tipo. La URSS había sufrido grandes pérdidas durante la guerra y estos países le eran imprescindibles para restaurar su quebrantada economía. Por otra parte, para sus planes de dominación les interesaba mucho conservar el prestigio de "hermano mayor". Para esto, los dirigentes rusos necesitaban obediencia ciega, plena colaboración y seguir manejando por separado pequeñas naciones. La unidad eslava hubiera dado lugar a una verdadera potencia, enclavada entre la Unión Soviética y el occidente europeo y aunque en estricta doctrina socialista no hubiera tenido nada de malo, hubiera acabado con la sumisión de los satélites.

En aquel momento éramos muchos los que esperábamos que los rusos fueran lo bastante realistas para no llegar a una ruptura abierta con los yugoslavos, una vez comprobado que éstos no estaban dispuestos a someterse. No podía comentar estas cosas más que con mi mujer y con Artemio. Los tres estábamos de acuerdo en las consecuencias negativas que tendría llegar a una escisión profunda en el mundo socialista que se estaba empezando a formar. Pero cada día que pasaba estábamos más pesimistas. No había manera de escapar a aquella preocupación. Incluso si íbamos a un partido de futbol a ver jugar al "Partizan", a a las playas de Zemun, en el Danubio, no se apartaba de nosotros la incertidumbre sobre el futuro.

Scekic, que había sido ascendido a general y estaba en Belgrado, en la Dirección Política del Ejército, vino a visitarnos un domingo, pero ni él habló demasiado abiertamente ni nosotros nos atrevimos a preguntarle. Nos limitamos a escucharlo. Lo único interesante que nos dijo fue que no nos hiciéramos ilusión alguna de volver a España, que la URSS había decidido no ayudar a posibles revoluciones en Occidente sino a limitarse a administrar su inmenso territorio y el de los países bajo su influencia. Realmente nosotros no nos habíamos parado a ver este aspecto del problema, pues eso representaba también la pugna con Yugoslavia. Un fin de semana Tersic nos invitó a pasarlo en Novi Sad, donde ahora mandaba un ejército. Nos vino a buscar en su auto y durante el viaje, en su casa a orillas del Danubio, y de regreso a Belgrado, hablamos mucho bordeando el asunto. Se le notaba muy irritado por lo que consideraba una inadmisible intromisión soviética, que hería profundamente su orgullo nacional y de guerrillero. Creo que se alegró mucho al comprobar que mi mujer y yo estábamos en lo fundamental de acuerdo con él.

Preocupados por estos acontecimientos que iban a afectar notablemente a nuestras vidas, apenas prestábamos atención a la tensión creciente entre orientales y occidentales. En Checoslovaquia se habían desarrollado desde febrero una serie de acontecimientos. Primero fue la toma del poder por los comunistas, presionada por desfiles de milicias obreras y manifestaciones populares, organizadas desde el Ministerio de Gobernación y apoyadas por la policía sin que el Ejército interviniera para

nada. Luego el suicidio de Jan Masaryk, Ministro de Relaciones Exteriores que se tiró, o lo tiraron, por una ventana del Ministerio. Más tarde, una nueva Constitución que orilló a dimitir al presidente Benes sustituido por Klement Gottwald, secretario general del Partido Comunista de Checoslovaquia. Cinco días después los rusos comenzaron el bloqueo de Berlín, al que sus antiguos aliados contestaron con el puente aéreo. De esta forma la guerra fría entraba en todo su apogeo. Pero algo falso había en la maniobra del bloqueo; a creer lo que nos había dicho Scekic, era una cortina de humo para cubrir el repliegue de los rusos a la Cortina de Hierro, incluyendo en ella a Checoslovaquia. Militarmente hablando, la URSS no podía pensar en lanzarse a fondo en ninguna parte, mientras no tuviera la bomba atómica. Sin embargo, por motivos propagandísticos quería aparecer como dueña de la iniciativa en el campo internacional y el bloqueo de Berlín le servía para eso a la perfección.

El 28 de junio, al atardecer, cuando llegaba a mi casa después del trabajo en el Estado Mayor General, Radio Belgrado comenzó a transmitir la larga resolución del Cominform contra el Partido Comunista de Yugoslavia. Como varios años después diría Nikita Jruschiov, Stalin había movido el dedo, convencido que eso era suficiente para liquidar a Tito y sus principales colaboradores: Kardelj, Djilas y Rancovic. El acta de acusación aprobada por "unanimidad", en ausencia de los delegados yugoslavos (siempre el sistema de acusación sin derecho a la defensa), me produjo una enorme impresión. Documentos parecidos había leído en mis largos años de comunista, pero nunca como ahora estaba en condiciones de comprobar las falsedades, las frases vacías y los hechos distorsionados. El documento comenzaba reconociendo que actuaban bajo presión rusa. Luego venía la enumeración de graves "errores" cometidos por los dirigentes yugoslavos.

Una vez leído el documento del Cominform, el locutor leyó la contestación del Comité Central del Partido Comunista de Yugoslavia que, en principio se defendía de la intromisión que suponía todo aquello en lo que eran asuntos privativos del país. Se informaba además que había habido un cambio de cartas entre las direcciones de los partidos soviético y yugoslavo y que al menos en Yugoslavia, habían sido discutidas por todas las organizaciones

comunistas. El argumento fundamental de los yugoslavos era que los soviéticos nunca habían tratado de discutir el fondo del problema, sino de imponer su criterio. Exigían simplemente que se admitiera su crítica como justa y que se cambiara la política seguida hasta entonces sobre todo en aquello que pareciera un intento de independencia de la política rusa. En una palabra, exigían sumisión completa. El mayor error del documento estribaba en "pedir la cabeza" de los dirigentes si se negaban a rectificar; pero aun rectificando, todos sabían lo que significaba ser calificado de "enemigo del Pueblo" y cómo habían terminado los que antes que ellos habían recibido tal calificativo.

Volvieron a leer de nuevo en Radio Belgrado los dos documentos que mi mujer y yo oímos con toda atención. No pudimos dormir en toda la noche, dándole vueltas al problema y a las consecuencias que tendría para nosotros. La tan temida ruptura se había producido ya. A los rusos quizá los cegó la soberbia. Parecían creer que una vez publicado el documento, Tito y sus colaboradores serían barridos y sustituidos por comunistas "dóciles". Pusieron a los dirigentes yugoslavos entre la espada y la pared, ya que aun cediendo a las exigencias soviéticas su aniquilación política y física era segura. No tenían más camino pues que resistir, y para esto contaban con el apoyo decidido de la inmensa mayoría del Partido y del pueblo. En todo caso, los problemas para el país iban a ser tremendos ya que su economía estaba totalmente orientada e integrada en el bloque soviético, pero era de esperar que el sentimiento nacional que le dio fuerzas para luchar contra Alemania, en inferioridad de condiciones, le ayudaría ahora a mantenerse independiente.

El sentimiento que me dominaba por la mañana era la indignación, de modo que lo primero que hice fue visitar a Scekic y decirle que me parecía completamente injusta toda la retahila de acusaciones y que como la razón estaba de su parte, triunfarían. Fue un gesto impulsivo pero del que no me arrepentí nunca. Me sorprendí a mí mismo cuando, por primera vez en mi vida, acusé a la URSS de imperialismo y de seguir en política exterior las mismas tendencias que los zares. Luego busqué a Artemio y a Merino y les expuse los mismos puntos de vista. Los dos se mostraron desconcertados. Más tarde vinieron a mi casa Márquez

y Sevil, quizá enterados ya de mi posición, y les hablé con la misma claridad. Al día siguiente me visitó Artemio y sin querer pasar de la puerta (ya empezaba a ser peligroso visitarme) me hizo su última confidencia: "él se había equivocado ya una vez al defender a Jesús Hernández, y que no pensaba equivocarse más. Pasara lo que pasara la Unión Soviética siempre tenía la razón". Esa fue en general la posición de todos los españoles, estaban desconcertados y disgustados por lo falso de su posición, pero pensaban seguir fieles a las consignas de Moscú y me oían con asombro exponer mis opiniones.

Una vez que me hube desahogado, como era incapaz de trabajar bajo aquella tensión, pedí mis vacaciones y me fui, con toda la familia a Split a casa de José Vela. Fueron unos días bastante angustiosos porque no podía huir de la realidad y constantemente pensaba qué actitud tomar al volver a Belgrado. Los tres españoles que había en Split estaban tan desconcertados como los de Belgrado, no podían justificar lo que estaba pasando, pero su posición era esperar órdenes y cumplirlas. Pero algo había en el ambiente que los obligaba a hacer algo desacostumbrado ya entre nosotros: pensar por su cuenta. El cambio se apreciaba especialmente en José Vela, con el que tuve largas conversaciones. Los dos estábamos de acuerdo en que si hubiéramos sido yugoslavos, sin la menor vacilación estaríamos al lado de Tito y en contra del Cominform. Pero éramos españoles, y a pesar de todas las desilusiones sufridas, nos considerábamos aún ligados a la causa del comunismo español. No era posible compaginar esto con nuestro deseo de ayudar a los yugoslavos en estos momentos difíciles.

Se publicaron todas las cartas cruzadas entre Tito y Stalin. En el capítulo de las amenazas Stalin le recordaba a Tito que Trotzki "también había prestado grandes servicios a la revolución", lo que no impedía que luego se hubiera convertido en un contrarrevolucionario. Tito sabía demasiado bien que ningún dirigente comunista podía sobrevivir después de tal analogía. Lo curioso es que Stalin reconociera algún mérito pasado a Trotzki, cuando la historia oficial soviética se los negaba todos. Quizá pensó que estas cartas jamás se publicarían.

Con cierta lentitud, producto sobre todo de la sorpresa y no porque vacilara la fe incondicional en Moscú, ahora victorioso sobre el fascismo, todos los partidos comunistas del mundo fueron solidarizándose con la resolución de la Cominform. Algunos simpatizantes y "compañeros de viaje" de la URSS, se desilusionaron ante la presión ejercida a este pequeño país que tantos méritos había contraído durante la Segunda Guerra Mundial, pero la mayoría, en uno u otro caso, siguieron fielmente las consignas. Destacaron en esta posición los partidos comunistas de Francia e Italia que hicieron en la prensa una gran campaña antiyugoslava. Los italianos aprovecharon la ocasión para pedir Trieste para Italia. Togliati podía ahora resarcirse del fracaso de su reciente gestión personal ante Tito y no es de extrañar que Vittorio Vidale, ex-Carlos Contreras, dirigente comunista de Trieste, se distinguiera por sus ataques al Partido Comunista Yugoslavo.

Pronto comenzaron a expulsar de las organizaciones internacionales, dirigidas por los comunistas, a los delegados yugoslavos acusándolos de traición y de otros crímenes, incluso en el "Congreso Mundial de la Paz", teóricamente abierto a todas las tendencias políticas y sociales.

Dentro de Yugoslavia no parecía que la posición soviética tuviera muchos partidarios. El gobierno iba a tener incluso más apoyo popular, porque muchas personas le achacaban subordinación a la URSS, objeción que ahora desaparecía. Hasta sus más acérrimos enemigos del interior tenían que ver con buenos ojos su defensa de la independencia nacional. El Partido Comunista, preparado ya por largos meses de discusión, estaba abiertamente al lado de Tito y dispuestos a afrontar la ruptura con "la patria del proletariado". Vacilaron en cambio algunos de los antiguos militares profesionales, que no veían perspectiva alguna frente al poderío soviético. Al intentar cruzar la frontera con Rumania, cerca de Bela Crkva, fue muerto a tiros por los guardias fronterizos yugoslavos el general coronel Arso Jovanic y detenido un comisario, el coronel Dapcevic, hermano de un general. Otro general, de aviación, conocido mío, se fugó a Rumania en un avión. Que yo sepa no hubo más deserciones.

Después de un mes de vacaciones regresamos a Belgrado. Nos encontramos con que seis españoles, todos ellos antiguos profeso-

res de la Frunze, habíamos sido ascendidos. Merino, Artemio, Vitorero, Muñoz y yo a coroneles y José Vela a mayor. Esto era una consecuencia de nuestra incorporación a puestos efectivos dentro del Ejército yugoslavo y no parecía tener relación directa con la situación política.

Encontré a la colonia española en Belgrado más ortodoxa que nunca, repitiendo como papagayos todos los infundios que lanzaban la prensa y la radio del comunismo internacional, y que la propia prensa yugoslava publicaba, quizá porque las falsedades eran tan evidentes que dentro de la población no podían hacer el menor daño. Por el contrario, en poco tiempo se había hundido por completo el prestigio de la URSS y de Stalin entre los yugoslavos. Por mi parte, no dejaba nunca de darles la razón y sinceramente los envidiaba, pues por muchas vueltas que le daba en mi cabeza no conseguía tomar una decisión definitiva para el futuro. A los pocos días, tuve un violento enfrentamiento con Artemio, que intentó darme lecciones de fidelidad hacia la URSS. Aunque sabía que sus palabras no podían sonarme sinceras, la discusión con él me hizo ver la necesidad de tomar una resolución. Me pasé en vela toda la noche siguiente, repitiéndome a mí mismo los razonamientos que me perseguían desde el 28 de junio. La solución más lógica puesto que estaba convencido de que los yugoslavos tenían razón, parecía ser romper con el comunismo oficial, con la URSS y con el Partido español, y quedarme en Yugoslavia a correr su suerte. Estaba convencido, que una vez libre de la tutela de los rusos, iban a corregir muchos de los defectos imitados del comunismo soviético y que a mí me molestaban. Tendrían que dar más libertad, para conseguir el apoyo de todo el pueblo, con lo que quedarían descartados los métodos policiacos. Yo seguía creyendo en el socialismo, pero me repugnaba cada vez más el camino soviético basado en el despotismo absoluto sobre vidas y conciencias, fuente de todo abuso de poder de individuos y naciones. El camino yugoslavo, pensaba yo, tendría que ser forzosamente más humano.

Ahora bien, para seguir en Yugoslavia tendría que compenetrarme con su lucha y participar en ella con todas mis fuerzas. Para esto, era necesario mucho entusiasmo y yo no tenía ninguno. No conseguía dejar de considerarme espectador en la con-

tienda. Había perdido la fe en demasiadas cosas para entregarme a una nueva causa. Mis simpatías estaban al lado de los yugoslavos, pero eran más personales que políticas. No me seducía nada dejar de ser stalinista para convertirme en titista. Había observado cómo los yugoslavos habían tratado, a veces, a los albaneses, con un sentido de superioridad análogo al que empleaba la Unión Soviética con los pueblos más pequeños. No era casual que los albaneses se hubieran puesto al lado de los soviéticos tan pronto surgió el conflicto. Si me quedaba me sentiría como un mercenario que vendía sus conocimientos militares a cambio de un ascenso a general y una vida confortable para la familia. Más deslealtad me parecía fingir adhesión, para luego pedir salir hacia México o algún otro país, librándome al mismo tiempo de los dos bandos, que era lo que en realidad más deseaba.

En el campo estricto de la lealtad, más obligado estaba con mis camaradas españoles, e incluso con los soviéticos, a cuyo lado había estado en la guerra de España y en la Segunda Guerra Mundial. Aunque profundamente desilusionado, no era posible cortar de un golpe los infinitos lazos que me ataban al pasado. También pesaba en mí el hecho de que mi madre y mi hermana estuvieran en España en la cárcel, precisamente por dar asilo a guerrilleros comunistas. Todo esto me llevó a tomar la decisión de aceptar la disciplina del Partido Comunista Español y hacer lo que él decidiera para nuestro grupo. Sabía muy bien que después de mi actitud pública a favor de Yugoslavia, sería dentro del Partido el último de los afiliados, pero eso era precisamente lo que yo quería: reducir al máximo mi responsabilidad política y dar tiempo al tiempo. Sabía que mi decisión podía representar para mí y para mi familia graves peligros. Nuestra perspectiva era regresar a Rusia o trasladarnos a algún país de la esfera soviética, y si consideraban en las alturas que yo me había pasado de la raya, procederían a aniquilarme, metiéndome por lo menos en la cárcel, en cuyo caso la situación de mi familia iba a ser terrible, pero tenía cierta confianza en que podría evitar los problemas. Carmen no era nada optimista al respecto, pero al verme decidido no se opuso a mis planes.

Luego todo se desarrolló con rapidez, como una pesadilla que todos teníamos ganas de acortar. Como Sevil se limitaba a esperar

órdenes y éstas podían tardar, lo convencí de que citara a una reunión de todos los españoles. Los yugoslavos dieron toda clase de facilidades. Fueron llamados los de provincias y nos reunimos en la Casa del Ejército de Belgrado. Si hubiera querido librar batalla hubiera agrupado a mi alrededor a algunos de mis compañeros. Eso temían los ortodoxos que no sabían cómo empezar, pero al ver que yo permanecía callado, se tranquilizaron y empezaron a discursear en competencia a ver quién era más fiel a las consignas del Partido y quién hacía más méritos para el futuro. Aunque personalmente nadie me atacó, estuve varias veces a punto de estallar y gritarles lo que pensaba de tanta bajeza. Sin embargo, me contuve, y en una intervención poco brillante dije que por disciplina aceptaba la resolución de la dirección de nuestro Partido apoyando al Cominform. La mayoría de la gente se limitó a unas palabras de circunstancias que a nada comprometían, evidenciando sus dudas internas, que sólo Casado expresó en voz alta, con palabras no muy firmes ni muy concretas, pero suficientes para que en el futuro compartiera conmigo el banquillo de los acusados. Finalmente, se acordó mandar un telegrama a la dirección de nuestro Partido pidiendo que nos sacara de Yugoslavia.

Por aquellos días mi hija Carmiña tuvo un accidente que pudo tener graves consecuencias. Mientras yo fui al médico con Carmen (que se encontraba en estado avanzado de embarazo), Carmiña con sus amigas, se fue a jugar a orillas del Danubio y en uno de los muelles se clavó un clavo en un pie. Debía estar aquello infestado de tétanos, pues las consecuencias del bloqueo económico ruso se empezaban a sentir y todo el transporte a los muelles se hacía con carros de caballos. La niña no nos dijo nada y al día siguiente sufría una terrible infección con alta temperatura. Con sulfas se le pudo atajar, pero también escaseaba el suero antitetánico y tuve que recorrer todo Belgrado hasta encontrarlo. Pronto mejoró pero nos dio un susto tremendo.

Mis compañeros y sus familias, nos trataban con cortesía, pero nos miraban con lástima, al parecer tenían de la URSS y de los dirigentes comunistas incluso peor opinión que nosotros, pues nadie dudaba que nos esperaban graves consecuencias por haber caído en desgracia. Solamente Casado y su esposa, sobrina del poeta Antonio Machado, y José Vela y su familia, seguían conser-

vando con nosotros las relaciones de siempre e incluso se vinieron a vivir a nuestra casa. Al poco tiempo Sevil recibió instrucciones de que nos trasladáramos a Checoslovaquia. El día antes de salir, vino a mi casa Scekic especialmente para ofrecerme ayuda si me quedaba en Yugoslavia, se lo agradecí y le explique mis puntos de vista. Yo seguía siendo y sintiéndome español y todas mis luchas habían sido solamente un compás de espera. En esos momentos hubiera deseado ser yugoslavo. Lo mismo le dije al coronel que era mi jefe en el Estado Mayor General. Fui a despedirme de la madre de Mirko Jovanovic, pero salí muy deprimido y decidí no despedirme de nadie más. La anciana, tan amable siempre, supo darme la impresión de que era un desertor.

Recibimos cartas de viaje, con el visado húngaro de paso, y el checoslovaco de entrada. Figuraban en ellas nuestros verdaderos nombres. Por mi parte me alegré mucho volver a ser Manuel Tagüeña de profesión físico, y dejar atrás para siempre, con el uniforme militar el Mijail o Mihailo Tarasov. En la oficina de turismo "Putnik" nos cambiaron sin limitación todos los dinares que teníamos, en coronas checas y nos dieron algunos florines húngaros para gastos de viaje. Sin embargo, a la mujer yugoslava de Alhama, que ya esperaba un niño, no la dejaron abandonar el país. Dijeron que cuando nuestro compañero estuviera establecido en alguna parte podría reclamarla. Todos los esfuerzos de Sevil fueron inútiles, las autoridades no cedieron.

La noche antes de tomar el tren para Praga, cuando todos tratábamos de sobreponernos a las preocupaciones y angustias que podía depararnos el futuro, mi hija que, con sus siete años, parecía un poco al margen de lo que estaba pasando, empezó a llorar sin consuelo por tener que salir de Yugoslavia. José Vela al querer consolarla, se emocionó también, diciendo que como era niña no le daba vergüenza llorar, pero que en realidad era lo que debíamos hacer. Creo que a todos se nos saltaron las lágrimas.

El equipaje ya estaba preparado. Dada la incertidumbre de nuestro futuro decidimos no abandonar nada que fuera transportable. Lo que no cabía en las maletas, lo acomodamos en grandes fardos atados con cuerdas. Me llevé también mis uniformes, a los que les quité las insignias. En uno de los armarios vacíos, dejé

solamente mis charreteras de coronel, con la seguridad absoluta de que allí terminaba mi carrera militar.

En la mañana del 11 de septiembre vinieron a buscarnos para trasladarnos a la estación. Un oficial me dio un recibo comprobante de que había entregado en orden los muebles y el departamento y dirigí una última mirada al que había sido nuestro hogar en pocos y agitados meses.

Nos habían destinado casi todo un vagón que nos llevaría directamente a Praga, sin necesidad de transbordos. Todos íbamos bastante tristes y sin hablarnos, cada uno se encerró en su departamento. Creo que hasta los más "ortodoxos" se sentían inquietos y miserables.

Atravesamos Vojvodina y en unas horas llegamos a la frontera húngara en Serbotica. Los trámites aduaneros duraron poco y entramos en Hungría por Kelebia. La suerte estaba echada, y ya nadie podía volverse atrás.

CAPITULO XI

EXILIADO EN CHECOSLOVAQUIA

Mientras atravesamos Hungría nos distrajimos contemplando el paisaje en la extensa planicie entre el Danubio y el Tisza (Tisa) una de las bases de la riqueza agrícola del país. Las estaciones aparecían polvorientas y sucias, evidentemente con muchos años de descuido. Pepillo, para animarse, empezó a celebrar su cumpleaños y en cuanto bebió un poco, se desbordó su gracia andaluza. Hacía chistes e interrumpía las conversaciones serias. Alguien para animarnos dijo que en Checoslovaquia viviríamos bien porque era un "país industrial y rico". "Sí, interrumpió Pepillo, y como los comunistas llevan poco tiempo en el poder, algo quedará todavía". El segundo golpe se lo dirigió a Artemio que hablaba de la gran ayuda soviética a Yugoslavia. "Mira, le interrumpió, yo no sé nada de economía política, pero que a los rusos no les sobra nada, lo sé muy bien. Les haría falta todo lo que produce Europa para ponerse al día". Con trabajo conseguimos sacarlo de la conversación y lo encerramos en su departamento para que no se comprometiera demasiado.

A primeras horas de la noche llegamos a Budapest, donde paramos bastante tiempo. Yo me acosté a dormir porque tenía fuerte dolor de cabeza, pero todo el grupo se paseó y subieron asombrados de la cantidad de mercancía que se veía por los alrededores y sobre todo los puestos de fruta. Compramos grandes pelotas de goma para los niños.

Por fin, llegamos a la frontera checa que cruzamos en Parkan. Atravesamos Eslovaquia, y su capital Bratislavia durante

la noche, y al amanecer paramos en Brno, o Brünn, capital de Moravia, que a mí me trajo a la memoria su fortaleza Spielberg, donde había estado prisionero en tiempos del imperio austrohúngaro el italiano Silvio Pellico, autor de "Mis Prisiones", libro que en mi juventud me había impresionado vivamente. Compré salchichas en la estación, bien ajeno a que precisamente allí iba a pasar casi todo el tiempo de mi estancia en Checoslovaquia. Nos quedaban solamente unos doscientos kilómetros hasta la bella capital, a donde llegamos a las dos de la tarde, después de atravesar la accidentada meseta checo-morava, en los confines de Bohemia. En la estación de Wilson (todavía entonces conservaba el nombre del ex-presidente norteamericano) nos esperaba el general Cordón, que ya había regresado de Francia, y algunos comunistas checos. En un autobús nos llevaron al Hotel París donde quedamos instalados. Por la tarde nos fuimos a deambular por la ciudad para conocerla. La primera impresión que nos causó la "Dorada Praga" no podía ser mejor. Admiramos la mezcla de estilos, y ese paisaje tan especial y conocido, con torres y cúpulas de iglesias y tejados de edificios asomando unos encima de otros, en todas direcciones. Yo me dejaba llevar, pues aunque estaba muy preocupado no quería demostrarlo.

Al día siguiente conocimos algo más de la ciudad. Mi mujer hizo algunas compras y yo encontré en una tienda veinte hojas de afeitar Gillette que vinieron a sustituir, al fin, a las que compré en Estocolmo casi nueve años antes. Tenía confianza en la industria checa, pero no tanta como para desaprovechar tal ocasión. Resultó muy buena compra, porque afiladas y suavizadas en mi máquina Allegro, me duraron siete años, hasta que salí del país, pues las hojas checas aunque mejores que las rusas dejaban bastante que desear.

Otra de mis compras fue un diccionario ruso-checo y otro checo-ruso.

Cordón, sin duda informado por Sevil, empezó a mirarme con la misma lástima que veía en los ojos de mis compañeros. De todas formas, por lo menos exteriormente tenían conmigo toda clase de consideraciones, sobre todo en privado, reflejo quizás de su conciencia poco tranquila.

Al día siguiente nos trasladaron a una casa de descanso situada a unos 120 kilómetros de Praga, donde íbamos a permanecer mientras se decidía nuestro destino. Me dio la sensación de que todo el grupo era alejado de la capital en una especie de cuarentena. Nuestro punto de destino era Hejnice, muy cerca de las fronteras de Polonia y Alemania Oriental, en el corazón de los Sudetes, de donde, hacía poco, habían sido expulsados todos los alemanes, sustituyéndolos con checos llegados del interior.

La casa que nos destinaron había sido la gran residencia de uno de los hombres más ricos de la región, al parecer fusilado al final de la guerra, por nazi. Rodeado de un gran parque, se alzaba un edificio de dos pisos, con bastantes habitaciones muy bien amuebladas y con vestigios de verdadero lujo. Había sitio suficiente para todos, pero no personal de servicio. En una pequeña casita, dentro del parque, vivía un administrador que se encargó de comprarnos los víveres y lavarnos la ropa. Desde Praga, nos traerían, además, de vez en cuando, alimentos suplementarios. Al principio, nos organizamos a base de comer en un restaurante de la pequeña localidad, dando nuestras cartillas de racionamiento; pero la comida, a base de harina, no nos gustaba, veníamos muy mal acostumbrados de Yugoslavia. Por cierto, que fue otro chiste de Vela, lo que nos hizo pensar en comer por nuestra cuenta. Salíamos un día del restaurante, sin casi haber probado la comida, y precisamente andábamos pensando cómo salir del paso con un informe sobre el desviacionismo yugoslavo que nos habían pedido de Praga. De pronto, se oyó la voz de Pepe ¡anda, que como estos se desvíen, vamos a escribir un informe, de verdad interesante!... Ya de una vez, decidimos organizar la vida de nuestro pequeño colectivo, con nuestros propios medios. Distribuimos todas las funciones; los compañeros más hábiles y conocedores, fueron nombrados cocineros y los menos hábiles, entre los que yo me encontraba, ayudantes y meseros, con turnos rigurosos; las mujeres se encargaban de la limpieza y, contra lo que se podía esperar, reinó el orden y la armonía, en los meses que tuvimos que vivir allí.

Hejnice, era un pequeño pueblo, con casas aisladas, muy típicas, con tejados pendientes, y algunos comercios y fábricas. Tenía una vieja iglesia a cargo de frailes franciscanos, a los que se podía ver en bicicleta o en moto, por las calles. Recuerdo a uno

que llevaba prendida en el hábito la insignia del Partido Comunista, indicio de la confusión de conceptos que privaba. Los habitantes eran, sin excepción, checos que acababan de recibir en depósito los bienes muebles e inmuebles de los alemanes expulsados. Se veían algunas casas abandonadas y fábricas vacías cuya maquinaria había sido enviada a Eslovaquia.

Los alrededores eran una sucesión de valles y montañas, alternando los campos cultivados y pequeños bosques, donde abundaba la caza y los hermosos paisajes. A unos dos kilómetros al norte, se encontraba el balneario de Lázné Libverde, con sus grandes caserones sin utilizar. Había muchos pueblecitos parecidos al nuestro, y buenas carreteras que se cruzaban en todas direcciones. Todas las indicaciones en caminos y calles estaban escritas en checo, aunque se reconocía el origen alemán de la mayoría de las denominaciones. Era evidente el gran trabajo que se había realizado para cambiar en lo posible la fisonomía de la región. Sólo los cementerios seguían siendo auténticamente alemanes; las lápidas, que cobijaban varias generaciones, y que ya nadie llegaría a visitar y cuidar, sí estaban escritas en alemán.

Tuvimos que ponernos a aprender checo y al poco tiempo varios de nosotros podíamos leer el "Rude Pravo", órgano del Partido Comunista. De la capital nos mandaban prensa comunista de otros países, en especial el Pravda de Moscú, L'Humanité de París y el Mundo Obrero publicado en Francia por nuestro Partido. A través de ellos pudimos apreciar que el enfrentamiento con Yugoslavia no sólo no se suavizaba, sino que al contrario, cada vez eran mayores los insultos y las amenazas a los dirigentes yugoslavos, como si aniquilar su rebelión fuera ahora el objetivo fundamental del comunismo en todo el mundo. Todo lo demás: la reanudación de la guerra civil en China, la guerra de Indonesia, el conflicto árabe-israelí, las convulsiones en Hispanoamérica, el bloqueo de Berlín y la guerra fría, pasaban a un segundo término.

Fuimos de excursión a Praga. Carmen se quedó porque ya no estaba para viajes, pero yo no quería perder la ocasión de enterarme de algo, ni podía aislarme de mis compañeros. Nos llevaron al teatro a ver la ópera "Carmen" a la que presté bien poca atención. En el Hotel París, nos encontramos a Modesto, re-

ción llegado de Francia. Era evidente que todo el movimiento del Partido Comunista Español hacia Francia, iniciado hacía dos años con el mayor optimismo, estaba en plena retirada, clara indicación de que las perspectivas de un cambio en España, habían vuelto a alejarse. Encontré a Modesto alicaído y preocupado por algo. Por intuición deduje que Líster le había ganado la partida desplazándolo de la dirección del Partido. No podía suponerme hasta qué punto era cierta mi corazonada. Cuando me acerqué a saludarlo me dirigió una mirada agresiva, pero no se atrevió a decirme nada. Sin duda, le duraba todavía la rabia de haber publicado el artículo de Koca Popovic sobre Tito, que yo le había enviado.

Al poco tiempo nos anunciaron la visita de Vicente Uribe. Mucho habían cambiado las circunstancias desde que el año anterior nos habíamos reunido con él en Belgrado. Estuvo dos días en Hejnice. Saludó a todos del modo poco amable que le caracterizaba y luego nos fue interrogando individualmente. Primero estuvo encerrado largo tiempo con Sevil y después fueron pasando los demás, por orden de comportamiento en la crisis yugoslava. Me imagino a los más ortodoxos, pregonando su fidelidad ante la sonrisa socarrona de Uribe, con demasiada experiencia en conflictos de este tipo, para fiarse de ardientes declaraciones. Al final del segundo día reunieron a todos menos a Casado y a mí, para comunicarles la decisión del Partido acerca de ellos. Luego Uribe llamó a Casado y, por último, tras de 48 horas de espera angustiosa, pues comprendía muy bien que estaba en juego mi futuro y el de mi familia, comparecí yo a declarar. Guardo buen recuerdo de aquella entrevista. No esperaba yo que Uribe me comprendiera tan bien, ni fuera a plantear ante mí de una manera tan cínica problemas políticos que hasta entonces habían sido para cualquier militante del Partido poco menos que sagrados. Primero no se hizo eco en absoluto de los intentos de Sevil, testigo de la entrevista, para ponerme en mal lugar. Lo que le dije fue que no comprendía la crisis a que habíamos llegado, que en estas condiciones me consideraba incapaz de toda acción política y que deseaba volver a trabajar de físico, sin llegar a un rompimiento con el Partido. Tenía yo bien presente los encendidos elogios de Tito que hacía apenas un año había oído de sus labios. Seguramente que él no había olvidado todas las reclamaciones que yo le

hice en Belgrado y que tan fuera de lugar parecían ahora, ante problemas mucho más serios. Pero ni él ni yo hablamos de estas cosas. Uribe me dijo que yo había cometido el error de pensar y de buscar causas y razones, cuando en estos casos no había más que obedecer y aceptar lo que decidía la Unión Soviética, que nunca podía equivocarse. Me pareció una manera elegante de decirme que él tampoco lo comprendía. Dejó para el día siguiente comunicarme la decisión del Partido sobre mi futuro con lo cual me hizo pasar otra mala noche.

Por la mañana temprano Uribe se marchaba sin decirme nada. Entonces lo interpelé. Me llevó aparte y, con tono amabilísimo, que nunca usaba en público, me pidió que comprendiera que no podía irme a Francia, porque la vida allí era muy difícil para los españoles refugiados, pero que se iba a dirigir al Partido Checo para que me aseguraron buenas condiciones de vida en mi profesión. Luego me indicó que el Partido exigía siempre a sus afiliados el estudio de los clásicos del marxismo, pero que en mi caso el consejo era que me dejara de teorías y procurase adquirir un sentido más realista de la vida. Tuve la impresión de que el simple hecho de seguir aliado a ellos era bien poco realista, y mi posición tan desusada que ni sabían qué decirme.

La solución que me daban me satisfacía por completo, era lo que yo buscaba y de momento nos aseguraba, a mi familia y a mí, la tranquilidad necesaria para poner orden en nuestras vidas. Volver a ser simplemente Manuel Tagüeña, físico, me llenaba de satisfacción. A Casado también lo dejaban en Checoslovaquia y volvería a ser panadero, el oficio seguramente ya olvidado de su juventud. En cambio, la decisión sobre los demás era que regresaran a la URSS. Esto les apagó el buen humor a todos, porque una cosa era ser fiel a la línea soviética y otra volver a Rusia. Cuando nos sentamos todos a comer, después de la marcha de Uribe, aquello parecía un funeral. Los chistes corrían a cargo de los castigados, mientras los ortodoxos hacían cábalas sobre si serían o no admitidos de nuevo en el Ejército. No se daban cuenta de que para los rusos, éramos todos igualmente sospechosos, por haber sido testigos de la verdadera situación en Yugoslavia, quizás más sospechosos los que propagaban más alto su fidelidad e inventaba "motivos", pues los que estaban en el secreto del con-

flicto planteado entre Stalin y Tito, sabrían muy bien como calificarlos.

El día 21 de octubre, después de comer, Carmiña tuvo un accidente. Jugando con los otros niños, rompió un vidrio y se hizo un gran corte en la rodilla. Mientras José Vela y yo la llevábamos al médico, Carmen que ya se sentía mal tuvo que ser trasladada al hospital de Frydlant. A las pocas horas comunicaron por teléfono que había dado a luz una niña. A la mañana siguiente, fui a ver a la madre y a la hija que estaban muy bien a pesar de las carencias del hospital. La comadrona alemana que seguía al frente de la sala, al enterarse que era española le había servido comida extra y también una rusa, casada con un checo en un campo de concentración, se desvivía por ayudar a mi mujer, aunque ella misma había tenido su niño sólo unas horas antes. Era una mujer muy enérgica, chofer de camión en su patria, brusca como soldado que había sido; las checas le tenían hasta miedo, pero mi mujer se hizo pronto su amiga.

Frydlant en Bohemia, o Friedland, su antiguo nombre, es una pequeña ciudad fundada en el siglo XIV, llena de restos de fortificaciones, de iglesias, y otros monumentos del pasado, coronados por el castillo del duque Alberto de Wallenstein, el caudillo imperial de la Guerra de los Treinta Años, del siglo XVII. Aunque estuve allí varias veces no tuve humor para visitar los museos de la villa, que debían ser muy interesantes. Y no era por falta de tiempo, pues aquel mismo día 22 me volví andando a Hejnice para hacer planes mientras caminaba.

Carmiña estuvo pronto bien de su herida. Incluso pudo acompañarme a Frydlant, antes de que Carmen y Julia, así decidimos se llamase nuestra segunda hija, salieran del hospital, por cierto antes de lo que pensábamos y luego comprendimos por qué. A Julia le había empezado una infección en el cuello, en forma de una pequeña vejiga. Nosotros no sabíamos lo que significaba pero la comadrona sí, y rápidamente se sacó de encima el compromiso. En pocas horas la pequeña estaba materialmente cubierta de esas vejigas y menos mal que el médico tenía sulfas que le aplicamos por vía oral y exteriormente y en dos días la infección desapareció. Cuando más tarde estudié medicina me enteré con sorpresa, de lo grave que era el impétigo en los recién nacidos, antes de los

antimicrobianos. También Carmiña estuvo entonces enferma, con una reacción tardía del suero antitetánico, pero, por fin, las dos mejoraron y pareció que se había acabado la mala época para nosotros.

Comenzó a visitarnos un representante del Comité Central del Partido Checo, que por haber estado en las Brigadas Internacionales hablaba algo español. Trabajaba en la sección extranjera con el marido de Irene Falcón que nosotros en Rusia habíamos conocido con el nombre de Friedrich y que ahora se llamaba Geminder y que al parecer, era la eminencia gris puesta por Moscú detrás de los dirigentes checos. Me pidió una biografía en francés de todos los estudios que había realizado. A Casado también le pidieron datos y no tardaron los demás en tener que contestar a cuestionarios parecidos, indicio de que su regreso a la URSS era dudoso.

Por entonces, los antiguos combatientes de las Brigadas Internacionales, querían celebrar el aniversario de la defensa de Madrid y nos pidieron que preparásemos un trabajo sobre la batalla alrededor de la capital de España. Hubiera sido muy difícil hacerlo de memoria, pero yo tenía varios libros rusos y las copias de las conferencias que nos habían dado en la Frunze. Todos colaboramos y resultó un resumen bastante aceptable. Lo que ya escribimos de peor gana fue una declaración individual de todos los datos que pudiéramos dar acerca de la "traición" de los yugoslavos al marxismo-leninismo-stalinismo. Se puede uno figurar las tonterías que algunos incluirían. Yo sudé tinta para que me saliera algo. Los checos dijeron, supongo que por cumplir, que era un material muy valioso.

Recibimos en Hejnice la visita del general yugoslavo de aviación que había desertado a Rumania. Tuvimos con él una conversación deprimente. Primero nos confesó que uno de los motivos había sido reunirse con su mujer rusa, que estaba en Moscú. Luego no hacía más que preguntarnos si creíamos que había hecho bien abandonando su país. Además de vacilante se veía preocupado. No volví a oír hablar de él. Si los rusos pensaron que podía servirles para encabezar un movimiento contra Tito, pronto se debieron desilusionar.

Nos permitieron escribir al extranjero y Carmen se puso en comunicación con su familia en México y con mi cuñado en París. De México recibimos, incluso, bastante pronto, un paquete con ropa para Julia. Luego vino la gran noticia: a mediados de noviembre mi madre y mi hermana habían sido puestas en libertad condicional. Mientras la libertad no fuera definitiva, tendrían que presentarse periódicamente a la policía, pero siempre era mejor que la cárcel.

Volvimos a hacer otra excursión a Praga y pude notar que ahora era yo el que estaba más tranquilo del grupo. Carmen se quedó al cuidado de siete u ocho niños y yo de buena gana me hubiera quedado en Hejnice, pero aproveché la ocasión para buscar libros de checo y de física que me ayudaran a prepararme.

En el viaje a Praga me encontré, en el ya famoso para nosotros Hotel París, a Lisa y su marido Artur London, que acababan de llegar de Francia. Sabía por Fernanda, hermana de Lisa y mujer de Raymond Guyot, que pasó con nosotros toda la Segunda Guerra Mundial en Moscú, las terribles pruebas y dificultades pasadas por esta pareja, desde que me despedí de ellos en septiembre de 1939. Muchos miembros de la familia habían perecido a manos de los alemanes, y Lisa que estuvo en la cárcel, se salvó de milagro de correr la misma suerte. Sus padres habían sobrevivido a todas las calamidades y London pudo escapar a Suiza donde estuvo recluido en un sanatorio antituberculoso. Crucé con ellos unas cuantas palabras, pero los vi felices y optimistas de encontrarse en Checoslovaquia.

En Hejnice tuvimos relaciones con la población, incluso jugamos un partido de futbol con el equipo local y que perdimos por un amplio margen. En un taller de sastrería convirtieron mi uniforme yugoslavo en un aceptable traje civil. Empezó el invierno. En poco tiempo todo quedó cubierto con un gran manto de nieve, lo que fue para nosotros una buena diversión. A veces algún venado penetraba en nuestro parque en busca de comida hasta la propia cocina. La vida seguía en nuestra residencia de lo más apacible, pero todos sabíamos que no iba a durar mucho. Por eso festejamos lo mejor que pudimos el nuevo año 1949.

A pesar de la vida de semi-aislamiento que llevábamos, no dejamos de estudiar la vida checoslovaca. Nuestra experiencia,

después de los largos años vividos en Rusia y Yugoslavia, nos permitía juzgar y hasta adivinar con facilidad. Después de una fuerte campaña de reclutamiento, el Partido Comunista Checo había crecido desproporcionadamente. A principios de 1948 el número de afiliados representaba el 20% de toda la nación, o sea, dos millones de personas. Esto les permitió, utilizando los puestos claves que tenían en el gobierno, hacerse los amos del país, con el golpe de estado de febrero que eliminó a Benes y a Masaryk. Pero ahora ya en el poder tenían que justificar su trayectoria cambiando toda la organización político-social del país y ligando su economía a la soviética, y de aquí tendría que venir la gran tragedia para la economía checa. Ya desde el tiempo del imperio austro-húngaro, predominaba la industria ligera en Bohemia y la agricultura en Moravia y Eslovaquia. Como excepción podían encontrarse regiones pobres y atrasadas en las montañas, pero, en general, predominaba una numerosa clase media de la ciudad y el campo acostumbrada a un nivel de vida material bastante elevado. Los grandes capitalistas, comerciantes y terratenientes, muchos de ellos alemanes o colaboradores, habían sido expropiados y la mayoría había tenido que huir al extranjero. El proletariado de las ciudades contaba ya desde antes de la Segunda Guerra Mundial, con un avanzado seguro social, muchos eran propietarios de sus casas, y de un pequeño huerto, y estaban de hecho, incorporados a la citada clase media. En una misma familia podían encontrarse mezclados e igualados, campesinos, abogados, obreros, médicos y pequeños comerciantes o industriales, según el tesón o la habilidad con que cada uno de ellos se había abierto camino en la vida. Sobre esta base social uniforme y sin diferencias de clase definidas, iban a experimentar los dirigentes comunistas checoslovacos la "experiencia" de la URSS, sin permitirse ninguna originalidad, sobre todo ahora que el anatema había caído sobre Yugoslavia. A la nacionalización de la gran industria, los bancos y el comercio, que a todo el mundo había parecido normal, iba a seguir ahora la del pequeño comercio y la pequeña industria; la colectivización forzada de la agricultura, la gigantesca planificación centralizada de la economía, planes quinquenales sacrificando la industria ligera a la pesada, aumento considerable en la industria militar y la organización de un gran

ejército. Finalmente, subordinación completa de toda la economía de la nación a los intereses de la Unión Soviética.

En cuanto empezaran a llevarse a cabo todos estos planes, bajarían bruscamente las condiciones materiales del pueblo, lo que iba a llevar la desilusión a muchos sectores, empezando por los propios militantes del Partido Comunista. Entonces el aparato policiaco tendría que reforzarse y se iniciaría un círculo vicioso de todo estado totalitario.

La confirmación de estos negros presentimientos apareció a primeros de enero. De sorpresa, y sin previo aviso, todo el comercio pasó a depender del Estado. En Hejnice, como en el resto de la antigua región de los Sudetes y en otras partes del país, las tiendas habían florecido en los últimos meses, en parte artificialmente, porque se limitaban a vender las mercancías almacenadas antes y durante la guerra. Los precios estaban libremente establecidos por la oferta y la demanda, pero con el nuevo sistema gubernamental los precios eran mucho más elevados, indicio claro de lo que se avecinaba para los consumidores. Inmediatamente fueron apareciendo amplios decretos que nacionalizaban o colectivizaban toda la economía del país, en absoluto. Aunque algunas de estas medidas se consideraran experimentos, para el pueblo se avecinaban escaseces y sufrimientos, inherentes a esta situación.

Por aquellos días, me ofrecieron trabajo de asistente en el Instituto de Biología en la Facultad de Medicina de la Universidad Masaryk, de Brno. No comprendía yo muy bien qué papel podía jugar allí como físico-matemático. A primeros de febrero, fui a hacer una visita previa y al pasar por Praga me explicaron el carácter de dicho Instituto, especializado en Biofísica, lo que ya se acercaba más a mi especialidad. Cuando llegué a la estación de Moravia me esperaba alguien del Comité del Partido, que me llevó a un hotel, el Slavia. Al día siguiente, me llevó al Instituto de Biología, situado en el número 10 de la Av. Benes. Me recibió su director el Dr. Ferdinand Hercík. Nos entendimos en francés. Me produjo una excelente impresión. Tenía alrededor de 40 años. Era alto y rubio, con señales de calvicie incipiente y unos ojos claros inquisitivos que daban la impresión de que comprendía mucho más de lo que había detrás de las palabras. Yo le expliqué mi biografía a grandes rasgos, que evidentemente le agradó. El

a su vez me informó de que su Instituto tenía mucho interés en la radiología y que yo podía allí realizar una labor útil. Aquella primera entrevista estableció entre nosotros comprensión y relaciones cordiales, que, aunque nunca llegaron a la intimidad, se iban a mantener inalterables. Yo sabía que él era un científico, para el cual su trabajo estaba por encima de todo y estaba adherido al Partido Comunista, no por hacer carrera política sino para encontrar las mayores facilidades en sus investigaciones. No me atrevería a juzgar lo que había en el fondo de su conciencia, pero en su posición oficial advertí una lógica fría y ningún entusiasmo por nuevas ideologías. Parecía aceptar el hecho de que Checoslovaquia hubiera caído en la órbita soviética, como producto de realidades históricas y geográficas imposibles de cambiar, y se había adaptado a la situación, para poder con mayor tranquilidad seguir dedicado a la ciencia. El, por su parte, creo que comprendió muy bien que yo era un desilusionado de la política, que trataba de escapar de ella, volviendo a actividades científicas. No podía interpretarse de otro modo que una persona de mis antecedentes, después de trece años de actividades militares, fuera enviado a una Universidad de provincia a desempeñar el modesto cargo de asistente, reservado, en general, para los jóvenes destacados que acaban de terminar la carrera, y que yo desempeñaba en Madrid muchos años antes.

Tuve que volver a Hejnice a recoger a la familia, dando además tiempo a que la Universidad hiciera los arreglos definitivos para nuestra instalación. Veía ya el futuro con más optimismo y estaba deseando comenzar mis nuevas actividades. Mientras, me dediqué a estudiar checo, física y matemáticas para ir tratando de recordar tantas cosas que había olvidado.

A fines de febrero, llegó la orden de traslado. Todos los miembros del colectivo nos acompañaron a la estación y ayudaron a subir el voluminoso equipaje, en los pocos segundos que paraba el tren con rumbo a Praga. Se despidieron muy afectuosos, aunque se advertía en ellos un sentimiento mezclado de lástima y de envidia, pues al menos nosotros ya sabíamos nuestro destino. Seguían creyendo que como fieles al Partido, su suerte sería mejor que la nuestra, pero se notaba la preocupación que los dominaba.

El viaje no era muy largo, pero hacía bastante frío y el tren no tenía calefacción. Mi hija Julia bien abrigada, miraba con curiosidad a todas partes, en esta que era su primera salida al mundo a los cuatro meses de edad. En Praga, nos esperaba en la estación de Wilson la misma camarada checa que nos había atendido al llegar y que nos llevó nuevamente al Hotel París. Allí seguía Modesto, tan seco y poco simpático como de costumbre, aunque me dio una buena noticia: que el Partido checo completaría con cierta cantidad el pequeño sueldo que iba recibir, por lo menos en los primeros tiempos. También nos encontramos con Soliva, de paso para la Unión Soviética después de una buena temporada de gran actividad política en Francia, donde había figurado mucho en el PSUC. Con él sí tuve una conversación muy cordial y saqué la impresión de que era llamado a la URSS para no volver a salir en bastante tiempo.

Al día siguiente, seguimos camino a Brno. Por cierto, cuando en la taquilla pedí los billetes, me los querían dar para Berna, Suiza, así era de bueno mi acento. Poco después de mediodía llegamos a nuestro destino. Nadie nos esperaba en el andén, pero al salir al vestíbulo de la estación se nos acercó un señor de mediana edad y de aspecto muy respetable, que nos saludó en francés y se presentó como el decano de la Facultad de Medicina. Era el Dr. Frantisek Hora, que nos hizo desde el primer momento una magnífica impresión, confirmada después por el gran número de atenciones que tuvo con nosotros, sobre todo durante la instalación. Nos llevó al hotel Slavia, donde viviríamos mientras no estuviera preparado el alojamiento definitivo.

Al día siguiente, por la mañana temprano, ya estaba yo en el Instituto de Biología dispuesto a empezar mi trabajo. El profesor Hercik me presentó a quienes iban a ser mis compañeros y demostrando una gran comprensión me dijo que durante unos meses me dedicara a prepararme teóricamente, estudiando además de física y matemáticas, biología, para iniciar después algún tema de investigación. Luego fui con él a visitar al secretario del Partido de la ciudad Ota Sling, que resultó ser un antiguo combatiente de la 11ª Brigada Internacional, herido varias veces durante la guerra de España, la última en el Ebro. Me aseguró que ya estaban tomadas todas las medidas para que recibiera una

vivienda adecuada para mi familia y que todos los meses recibiría del Partido 2,000 coronas para completar el sueldo de 3,000 de asistente. Me reiteró al despedirse, que ante cualquier problema que surgiera acudiera a él.

No es extraño que con su influencia en poco tiempo tuviéramos resuelto el problema del alojamiento. Recibimos el primer piso de una casita de dos, en el barrio de Zabovresky, en la calle de Zeleného en las laderas de una montaña cubierta de árboles, conocida entonces como bosque Wilson, que era el mejor y más extenso parque público de Brno. El departamento constaba de dos recámaras, sala, comedor, cocina y baño, y era mayor que el que teníamos en Moscú para dos familias. Los muebles, un poco dispares, procedían de algún almacén de objetos confiscados por las autoridades y que nosotros tendríamos que ir pagando poco a poco. El piso de arriba estaba ocupado por la dueña del edificio, un hijo soltero y dos nietas, hijas de un matrimonio que había huido al extranjero y que no tardaron en salir a reunirse con sus padres. La casa tenía delante un pequeño jardín y detrás un huerto con árboles frutales.

El barrio, formado por casas parecidas, algunas completamente iguales, estaba habitado por gente relativamente modesta, que construía un piso para vivir y otro para alquilar. La mayoría seguían ocupadas por sus dueños, pero los departamentos que quedaban vacantes eran concedidos por el consejo municipal de la ciudad, como había ocurrido en nuestro caso. Zabovresky estaba bien comunicado con el centro por medio de una de las líneas radiales de tranvías, que me permitían estar en la Facultad de Medicina en 15-20 minutos.

Comenzó así nuestra vida en la capital de Moravia, que pronto iba a perder esa categoría oficial para reducirse a simple centro de la región de Brno. El laboratorio que me dieron para mi trabajo, era una habitación enorme, bien equipada de todo lo necesario para futuros experimentos. Tenía adosada una larga mesa junto a los altos ventanales, donde se amontonaban libros, cuadernos y fichas. Yo mismo hice mi plan de trabajo y lo desarrollé intensivamente. Estaba solo, nadie me molestaba y podía aprovechar el tiempo hasta el último segundo. Había olvidado mucho y mucho me quedaba por aprender sobre todo en Biología. En la

biblioteca del Instituto encontré muchas obras en francés e inglés que pude aprovechar. Además tenía que aprender el checo. Con este objeto no me perdía ninguna reunión del profesor Hercík con sus asistentes, y aunque al principio no lo entendía todo, cuando me preguntaban algo procuraba expresarme en checo.

El Instituto de Biología estaba en uno de los dos edificios que ocupaba la Facultad de Medicina, y muy próximo a la pequeña plaza de Jan Amós Komensky, famoso pedagogo, más conocido como Comenius. Absorbido por mis estudios, apenas salía de él y tenía pocas relaciones. De mis compañeros sólo me visitaba con frecuencia uno llamado Novak, que me hacía muchas preguntas sobre España y la Unión Soviética, que yo eludía, a veces, con el pretexto del idioma.

Mi hija mayor comenzó a ir en seguida a la escuela primaria del barrio y lo mismo que en unas semanas pasó en Yugoslavia del ruso al servio, habló muy pronto el checo como si hubiera nacido en el país. La admitieron en el segundo curso y al acabar el semestre la pasaron al tercero, daba muestras sobradas de gran viveza de carácter. Julita se criaba muy bien. Su madre o su abuela, la sacaban a pasear en su carrito y pronto fue popular en todo Zabovresky. El domingo era yo el encargado de pasear a las niñas por el bosque de Wilson. Carmen se adaptó rápidamente a la nueva situación y se las arregló para convertir la casa en un verdadero hogar, en el que íbamos a llevar durante siete años una vida tranquila. Mi suegra estaba contenta, aunque su sordera y la incapacidad de aprender idiomas la aislaba del mundo exterior a la familia. Desde la ventana observaba el ir y venir de los vecinos, a los que designaba por curiosos apodos que ella se inventaba a cambio de los enrevesados apellidos. Había ya perdido muchas facultades intelectuales y físicas y andaba con cierta dificultad a causa de la artritis que le atacaba a las rodillas.

Nuestro nivel de vida era aceptable aunque muy lejos de la relativa abundancia que habíamos tenido en Yugoslavia. Los primeros meses fueron difíciles porque no recibía más que anticipos mientras se tramitaba mi nombramiento. Lo bueno fue que luego recibimos de golpe todos los atrasos, lo que nos permitió estabilizarnos. Los mercados públicos estaban más controlados que en Rusia y menos dotados de mercancías que en Yugoslavia. Lo que

nos maravillaba era recibir siempre lo designado en las cartillas, situación bien diferente a la que habíamos vivido en Rusia, donde muchas veces los talones de racionamiento eran papeles mojados. Había escasez de artículos manufacturados, pero también en esto habíamos conocido situaciones peores. En resumen, todas las privaciones pasadas en Rusia nos habían preparado perfectamente para esta vida. Los checos a veces se quejaban de cosas que a nosotros nos parecían muy aceptables.

La correspondencia con nuestra familia era también más regular que nunca. A través de mi cuñado, que estaba en París, escribíamos a mi madre y hermana. Mi suegra volvió a recibir fotografías de la familia de México que era lo que más apreciaba. Más tarde intentamos escribir directamente a España, pero las oficinas de correo las devolvían; en cambio, desde España llegaban normalmente. Aproveché esta circunstancia para que me enviaran desde Madrid una partida de nacimiento y un certificado de estudios, en el que constaba el premio extraordinario que había recibido en la licenciatura de Ciencias Físicas. Desde México, don Pedro Carrasco, último decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid antes de la guerra me mandó una declaración firmada de que había hecho los estudios de doctorado. Quería yo tener todos mis papeles en regla por lo que pudiera ocurrir.

A fines de junio mi madre y mi hermana recibieron el comprobante de que su condena había sido cumplida. Mi madre pudo volver a su escuela y la familia se instaló de nuevo en Huertas 20. Parecía que todas las aguas se iban encauzando.

Brno era una gran ciudad industrial con grandes fábricas de maquinaria; centro cultural con Universidad y Escuela Politécnica; nudo ferroviario y de carreteras entre Praga, Bratislavia y Viena. Con cerca de 300,000 habitantes extendía sus nuevos barrios en todas direcciones partiendo del centro comercial, lleno de monumentos históricos, dominados por los altos muros y casamatas de Spielberg y, casi a la misma altura, por las torres góticas de Petrov (iglesia de San Pedro y San Pablo). Además de algunas iglesias góticas y barrocas, destacaban entre sus edificios el antiguo y nuevo Ayuntamiento, algunos palacios, en uno de los cuales estaba el Museo de Moravia, la fuente barroca de la

Plaza del Mercado de Legumbres y más moderna, la Opera Janacek, que data ya de la segunda mitad del siglo pasado. Brno tenía todos los elementos que facilitan la vida en una gran ciudad, sin los inconvenientes de la aglomeración de masas y de las largas distancias de las capitales importantes.

El clima de la región era continental con las estaciones bien marcadas. Sin embargo, no era demasiado riguroso ni en invierno ni en verano y la primavera y el otoño eran muy agradables. Durante los calores estivales la población se volcaba a orillas de los ríos Svratka y Svitava, para bañarse en sus escasas y no muy limpias aguas. El mejor sitio para pasar un buen día de campo era el embalse de la presa de Knínice unido a la ciudad por una línea de tranvías. Fuimos allí alguna vez, pero, en general, preferíamos por comodidad, ir a pie hasta el Svratka, que pasaba muy cerca de Zabovresky.

Los checos son muy aficionados a las excursiones y en cualquier época del año y a la menor oportunidad, emprenden el viaje. Brno se vaciaba todos los domingos. Nosotros casi siempre nos quedábamos. Al principio, porque Julita era demasiado pequeña y luego por costumbre y comodidad, así que no llegamos a visitar ni la mínima parte de los bonitos alrededores de la villa.

En cuanto pude reunir el dinero compré un receptor de radio. Desde entonces todas las veladas, como muchos de mis vecinos, las dedicaba o oír transmisiones extranjeras: La voz de América, la BBC de Londres, estaciones francesas, italianas, yugoslavas y, con dificultad alguna española de onda corta. Así conseguía información completa de todo el mundo. "Rude Pravo" órgano central de Partido Comunista checo, al que yo estaba suscrito, daba noticias fragmentadas y cuidadosamente depuradas.

Aunque procurábamos no tomarlas mucho en cuenta, las noticias eran cada vez más inquietantes. A fines de septiembre el presidente Truman anunció que los rusos tenían ya la bomba atómica. En octubre, la guerra civil en Grecia terminó con la derrota total de los guerrilleros comunistas, privados de ayuda exterior. Al contrario, en China, las tropas de Mao Tse-tung acababan con los restos de los ejércitos del Kuomintang en la China Continental. Aquel año Indonesia consiguió su independencia de Holanda, pero en Indochina seguía la lucha contra los franceses.

Sin embargo, mucho más inquietante que este panorama internacional de guerra fría, batallas locales y tensión creciente entre los dos bloques, eran los acontecimientos internos que se desarrollaban en los países de la órbita soviética. Conociendo la estrategia estalinista no había duda de que se "reforzaría la unidad monolítica del campo socialista". En la propia URSS Zhdanov, considerado hasta su fallecimiento como el más cercano colaborador y posible sucesor de Stalin, había advertido a escritores e intelectuales que no se toleraría la más mínima desviación de la política oficial y que podían olvidar cualquier sueño de libertad si no querían ser tratados como agentes occidentales cosmopolitas. Rusia iba a tratar de acabar con Yugoslavia a toda costa, llegando incluso a la intervención militar. La preparación ideológica estaba ya en marcha. Ya no sólo se atacaba a los comunistas yugoslavos como traidores al marxismo, ahora, además, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania, con un estilo que recordaba el de los nazis cuando preparaban la anexión de Austria y la conquista de Checoslovaquia, hablaban de la liberación de minorías étnicas y reivindicaban territorios. En una palabra, se preparaban a repartirse Yugoslavia. Para más libremente llevar a cabo estos planes iniciaron una limpieza a fondo en todas las "democracias Populares" para exterminar a los posibles simpatizantes de Tito o a los que en el futuro pudieran oponerse a la política soviética.

Me asustaba la idea de poder encontrarme entre las víctimas escogidas para la purga que se avecinaba, y estaba bien arrepentido de haberme trasladado a Checoslovaquia, ahora que se empezaba a concretar un verdadero peligro.

Las señales eran inequívocas. En junio fue detenido Laszlo Rajk; ministro de Relaciones Exteriores de Hungría, en España comisario del batallón Rakosi de la 13 Brigada Internacional. Su proceso fue algo repugnante. Le obligaron a reconocer que había sido agente de la policía secreta húngara y ferviente trotzkista. Fue condenado a muerte y ejecutado en octubre con otros encartados tan inocentes como él. Muchos otros viejos comunistas y veteranos de la guerra de España, perecieron en este baño de sangre con que Rakosi establecía su estalinista dictadura personal. Más tarde supe que en esa represión se había distinguido por sus

brutalidades Mijail Wolf, el antiguo secretario de la Internacional Juvenil Comunista.

Jorge Dimitrov había fallecido a primeros de julio en Moscú. Si su muerte fue natural, fue muy oportuna, ya que su amistad y deseo de colaboración con Tito habían sido demasiado notorias. Peor suerte tuvo Traicho Kostov su viceprimer ministro, detenido, juzgado y ejecutado. Pero en este caso el proceso fue un fracaso. En presencia de periodistas extranjeros gritó que no era culpable de nada, obligando al presidente del tribunal a despejar la sala y a seguir en sesión secreta. Bulgaria quedó en manos del anciano Vasil Kolarov y de Chervenkov, conocido entre los españoles porque en una fiesta en Planiernaya lanzó un ¡Viva el Ejército Roto! en lugar de Rojo, cuando quiso mostrarse amable con nosotros y dar vivas en español. Parece que entonces perdió también la vida el general Kimov y fue condenado a larga prisión mi amigo el comisario Petrov. En Albania, Enver Hoxha, lo más rápidamente que pudo exterminó a todos los amigos de Yugoslavia, entre ellos algunos veteranos de las Brigadas Internacionales.

La situación en Polonia era demasiado complicada todavía para empezar con purgas, pero la Unión Soviética impuso como Ministro de Defensa al mariscal Rokossovski, que, aunque nacido en Varsovia, había vivido siempre en Rusia y tenía bien poco de polaco. En Rumania, Anna Pauker metió en la cárcel a Patrascano conocido teórico del marxismo, cuya larga agonía iba a durar cinco años hasta que se dio por fin la noticia de su ejecución.

En Checoslovaquia las cosas iban más lentas. Algunas detenciones que se hicieron públicas parecía que realmente estaban relacionadas con asuntos de espionaje. En otoño se dio a conocer el arresto de V. Novy, redactor jefe de "Rude Pravo", lo que ya tenía un franco carácter político. Pero eso fue todo lo que transcendió en 1949. Mucho después se supo que Rakosi había estado presionando para que fueran detenidos los checos antiguos miembros de las Brigadas Internacionales y los que habían estado luchando en Occidente durante la guerra. Como un paso en esta dirección fue creado un servicio especial para "desenmascarar y liquidar a los agentes del enemigo infiltrados en las filas del

Partido". Es bien sabido que cuando se dan alas a un organismo de este tipo, si no encuentra los enemigos, los inventa.

Metido en mi laboratorio poca gente de Brno conocía mi existencia, incluso en la propia Facultad de Medicina. Mi primera aparición en público fue con motivo de la manifestación del Primero de Mayo. En ella no me separé del decano Hora, que me presentó a algunos profesores. A los pocos días uno de ellos me pidió que fuera a cenar a su casa. Se reunieron varios médicos, entre ellos el catedrático de Dermatología Dr. Antonin Trib, al que llegué a apreciar mucho. Para sorpresa mía entendí bastante de la conversación. Sin embargo, detrás de los chistes y de las anédoctas que se cruzaban, había algo que preocupaba mucho al organizador de la reunión y que yo no llegué a captar. Quizá fuera algo de tipo político porque al poco tiempo marchó de la ciudad.

Durante mucho tiempo esta fue la única invitación que recibí de carácter privado. Era evidente, que detrás de las cortesías con que era tratado, había bastante prevención y sobre todo desconfianza, ya que al estar considerado como un destacado comunista extranjero lo menos que podían pensar de mí era que estaba en íntimas relaciones con la policía. Previendo esto decidí no invitar a nadie a mi casa, donde, naturalmente jamás se presentaron por propia iniciativa.

En octubre se celebró un acto conmemorativo de la guerra de España y de las Brigadas Internacionales. Sling me invitó a su palco y luego fui a su casa con un grupo de sus colaboradores inmediatos. Allí conocí a su esposa que era de nacionalidad inglesa. Estaban todos muy optimistas y parecían bien ajenos al peligro que se venía sobre sus cabezas. Tampoco podía yo suponer lo que se avecinaba, pero, en principio, me lo esperaba todo y procuraba no relacionarme con nadie, por muy bien situado que estuviera, para no verme complicado en algo desagradable. Cada vez más me enfrascaba en el estudio huyendo de la poco tranquilizadora realidad.

Mis compañeros españoles conocían mi dirección, pero a ninguno se le ocurrió escribirme, exceptuando, como siempre, a José Vela por el que supimos que de Hejnice los llevaron a Zvraslav

a orillas del río Vltava, pocos kilómetros al sur de la capital. De ahí los fieles seguidores de la línea soviética fueron enviados a trabajar en fábricas, la mayoría, salvo unos pocos escogidos que entraron a la sección española de Radio Praga. Algunos fueron enviados fuera del país con alguna misión. La mayoría de los que fueron enviados a las fábricas terminaron desertando, por no aguantar el esfuerzo y las privaciones. Como Casado había sido enviado a Usti nad Labem (Usti sobre el Elba) donde se colocó como panadero, con buenas condiciones de vida, y a mí me consideraban bien instalado en una universidad, lo que era cierto, algunos protestaron ante Vicente Uribe de que "los buenos" estuvieran en peores condiciones que "los castigados". Uribe con su brusquedad acostumbrada no les hizo el menor caso, y los apabulló contestándoles despectivamente que el Partido sabía siempre a dónde mandar a cada uno de sus militantes.

A poco de llegar a Brno me escribió Velasco, con el que yo había trabajado en 1933 en "Juventud Roja". Desde entonces me había encontrado con él en España y en la URSS, y siempre advertí el mismo recelo que me demostró desde nuestro primer encuentro. Me podía figurar lo que pensaba ahora de mí, después de mi actitud en Yugoslavia. Pero había sido nombrado responsable del Partido Comunista Español en Checoslovaquia y como buen burócrata se preocupó de tener alguna relación conmigo que se redujo a pedirme una cuota mensual de cotización y a enviarme prensa y boletines de información. No estuvo mucho tiempo en el país, pero el suficiente para conseguir que la policía expulsara a los representantes del Gobierno Republicano Español en el Exilio, en el que ya no figuraban ministros comunistas. Lo más vergonzoso fue que hasta en la prensa se les acusó de traficar con condecoraciones. Un buen ejemplo de sectarismo comunista y de la poca sinceridad a los llamamientos de unidad contra Franco, que hacía nuestro Partido.

Para el aniversario de la defensa de Madrid, Velasco me pidió fuera a Praga a una reunión conmemorativa. No tenía ganas de ir pero me decidí, sobre todo, por observar el ambiente a mi alrededor. El acto se celebró en un restaurant donde, después de cenar, nos endilgaron los discursos de rigor. Además de mis antiguos compañeros de Hejnice, me encontré allí con un hermano

de Santiago Carrillo que se daba la gran vida viajando por Europa Oriental, ejemplo claro de nepotismo, ya que sus méritos revolucionarios estaban inéditos. En cambio, me agradó mucho encontrar a uno de los héroes auténticos de la resistencia francesa, el general de guerrilleros Juan Blázquez, quien por algún motivo, que nunca supe, había tenido que salir de Francia. Había sido estudiante de la FUE. Lo acompañaba su mujer, apellidada Clavero, como una de mis bisabuelas, por lo que estuvimos tratando de establecer algún parentesco. Todos me trataron cordialmente, aunque, me pareció que algunos me veían como una muy posible víctima. Por esto regresé a Brno igual de intranquilo que había salido. De una cosa estaba seguro, si abiertamente caía en desgracia nadie movería un dedo por mí, como no fuera José Vela.

A principios del curso 1949-1950 hubo cambios importantes en mi trabajo dentro del Instituto de Biología. El profesor Hercik dio por terminado mi período de preparación y me asignó un tema de investigación: "Acción de las radiaciones sobre esporas de **Rhizopus nigricans** a temperaturas bajas y muy bajas", cosa que me alegró mucho, porque quería cumplir mi misión y no ser una figura decorativa. En temas parecidos habían trabajado el norteamericano Luyet y el ruso Gravievski. Primero llevé a cabo una intensa búsqueda de bibliografía, luego planeé el trabajo y diseñé sencillos aparatos que fueron construidos por el señor Bartunek, magnífico maestro mecánico del Instituto. Durante varios meses, ayudado por cuatro estudiantes voluntarios, dos muchachos y dos muchachas, realicé miles de pruebas, sometiendo a las esporas de hongos a las condiciones más diversas: bajo rayos alfa de una placa de polonio, rayos ultravioleta de una lámpara de cuarzo, a temperatura normal, de mezclas criogénicas, del hielo seco con alcohol y de aire líquido. En total contamos más de medio millón de esporas, para conseguir resultados "estadísticamente válidos".

Además del trabajo de investigación empecé a desempeñar todas las funciones inherentes a mi cargo. Dirigí grupos de alumnos en las clases prácticas de biología y realizaba, cuando me llegaba el turno, las medidas de fuentes capilares de radón que

se enviaban a algunos balnearios para usarlas en baños radioactivos. Cada vez me costaba menos trabajo expresarme en checo.

Pasamos la primera Navidad en Brno en la más estricta intimidad. Hacía frío y nevaba, pero la nieve se mantenía sólo unas cuantas semanas, no largos meses como en Moscú. El combustible estaba racionado, pero nunca faltaba para la calefacción. Nos adaptamos a las costumbres checas algo distintas a las españolas. Los niños recibían sus primeros regalos el día 6 de diciembre, festividad de san Nicolás. Ese día, algún adulto se vestía de santo y acompañado de un ángel, para premiar el buen comportamiento y de un demonio, para asustar a los más revoltosos, visitaba a todos los niños de la barriada, que los recibían ilusionados. El día de Noche Buena, bajo el adornado e iluminado árbol, se ponían regalos para todos. En la Universidad y en la mayoría de las empresas había vacaciones desde el 25 de diciembre al 2 de enero. Todos los empleados recibían una gratificación extraordinaria, que ayudaba a celebrar las fiestas.

No se apreciaban todavía limitaciones a los cultos religiosos. Las iglesias se veían esos días completamente llenas. Poco más de la mitad de la población era católica, el resto protestante de diversas denominaciones, y sólo una minoría se declaraba sin religión. En cambio, muy pocos judíos habían sobrevivido a la guerra, y no quedaban más que algunos aislados. La tradición de tolerancia entre todos, creyentes o no, era muy fuerte. El gobierno comunista trataba mejor a los "hermanos checos", por su carácter nacional y peor a los católicos. Un cura católico, Josef Plojhar ministro de Sanidad, dirigía un movimiento de "clérigos populares" de poca influencia entre los fieles. Todos los sacerdotes de todas las religiones cobraban sueldos del Estado, pero cualquier intromisión en la política oficial era castigada con tanta o más severidad que la de los laicos. En las escuelas públicas, únicas existentes, había una hora dedicada a las distintas religiones y para ser excluidos de esta enseñanza, tenían los padres que solicitarlo especialmente. Eran entonces muy pocos los niños que no recibían instrucción religiosa aunque sus padres fueran miembros del Partido Comunista, ya que todavía consideraban, ingenuamente, que era compatible esto con su credo religioso. No tardaron mucho en aclarárseles las ideas.

La religión jugó un papel muy importante en el desarrollo de la nación checa. El primer reformador religioso que se declaró contra la autoridad del Papa fue Jan Hus, quemado vivo en 1415 durante el Concilio de Constanza, a pesar de un salvoconducto que le había dado el emperador Segismundo. Sus seguidores se sublevaron en Bohemia y comenzaron una larga y sangrienta guerra sin cuartel. Sus caudillos Ziska y Prokop consiguieron grandes victorias sobre las sucesivas cruzadas enviadas por el Papa, hasta que el país, arrasado por la prolongada lucha, obtuvo su libertad religiosa y política.

Recordaba muy bien la impresión que me había hecho de niño, leer en la historia de César Cantú la descripción del terror de los caballeros cruzados al oir los chirridos de las carretas blindadas de los husitas. A principios del siglo XVII Bohemia, ya bajo el dominio de los Habsburgo, entra en conflicto con éstos por motivos religiosos y comienza la Guerra de los Treinta Años, que inicían los checos con la famosa desfenestración de Praga, echando por la ventana al delegado imperial. Dos años más tarde son derrotados en la batalla de la Montaña Blanca, perdiendo el país todas sus libertades y siendo sus jefes visibles, decapitados. La nobleza y la incipiente burguesía de Bohemia tienen que renunciar a la fe protestante o emigrar, como le sucedió a Jan Amos Comenio.

Después de esta derrota los campesinos, reducidos a la condición de siervos, son repartidos entre nuevos señores extranjeros, y obligados a aceptar el catolicismo. Las ciudades se germanizaron, la gente adoptó apellidos alemanes y se consideraba de mal gusto hablar checo. Sin embargo, cuando en 1781, el emperador José II decreta la abolición de la servidumbre y da cierta libertad religiosa, gran parte de la población rural saca a la luz sus biblias escondidas y se declara evangelista, única religión admitida al lado de la católica, y, en cuanto fue posible legalmente, los Hermanos Checos, herederos de la tradición husita, predominaron entre todas las confesiones protestantes. A la vez, comienza el renacimiento cultural y político checo, que salta del campo a las ciudades, y va haciendo surgir el sentimiento nacional, que iba a desembocar, al terminar la Primera Guerra Mundial en la constitución de Checoslovaquia como Estado independiente.

Comenzó el año 1950 sin que menguaran los peligros y las tensiones. La campaña antiyugoslava dirigida por Moscú, seguía recurriendo a todo tipo de calumnias y mentiras. Tito llegó a ser acusado de haber estado al servicio de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Y fue el general Cordón, precisamente, el encargado de utilizar todos los datos recogidos en Belgrado, mientras era huésped de honor del mariscal, sobre la guerra de liberación del pueblo yugoslavo, para, deformando todos los hechos, presentar a Tito como un agente de Hitler, en un largo artículo que fue publicado en toda la prensa comunista del mundo. Sólo una absoluta falta de escrúpulos, unida al servilismo cobarde, pudo llevar a Cordón a jugar tan triste papel. No creo que colmara su ambición el premio recibido a cambio: al marchar Velasco de Checoslovaquia, quedó de responsable de los españoles. También en este puesto demostró poca nobleza. Caciqueó a su gusto y viendo que Modesto había caído en desgracia se permitió humillarlo, vengando así los agravios y desprecios que sin duda él recibió en otra época.

En el Instituto de Biología empezó a sentirse preocupación por las posibles consecuencias que la discusión que del 31 de julio al 7 de agosto de 1948 había tenido lugar en la Academia de Ciencias Agrícolas de la URSS. En este momento yo estaba mejor informado incluso que Hercík, porque en la librería rusa había comprado las actas taquigráficas de estas reuniones, publicadas en Moscú en todos los idiomas. Poco a poco se fueron difundiendo los acuerdos de la reunión, capaces de aterrar a cualquier biólogo. El académico Lisenko apoyado por Stalin, había arremetido contra la flor y nata de los biólogos soviéticos, a los que acusó de seguir las doctrinas reaccionarias de la genética de Weissman-Mendel-Morgan. Esto condenaba a estos hombres de ciencia a perder sus puestos y a ser objeto de toda clase de persecuciones, que llevaron, efectivamente, a muchos al destierro y a la cárcel. Como doctrina oficial, única de acuerdo con el marxismo-leninismo, colocaba Lisenko una serie de confusas citas de Michurin, excelente fruticultor ruso, fallecido en 1935, al que desproporcionadamente se quería presentar como el continuador de Darwin y fundador de una nueva biología: la biología michuriniana. También tenía yo las Obras Escogidas de Michurin, unas 600 páginas de consejos útiles sobre árboles frutales, sin

pretensiones teóricas de ninguna clase. Lo que seguramente sedujo a Stalin fue la afirmación de Lisenko de que las leyes de la herencia eran falsas y que con sus nuevos métodos encontraría en breve plazo, magníficas variedades de plantas para aumentar la producción agrícola. El apoyo oficial compensó así la falta de base científica, y encumbró a las alturas a quien no era más que un vulgar charlatán, como demostró el tiempo. Pero mientras esto no llegaba, atreverse a insinuar alguna duda acerca de la doctrina de Lisenko en la URSS o en los países sometidos a su influencia, era convertirse en un delincuente político.

Todos los biólogos tuvieron que hacer públicamente propaganda del michurinismo y del mismo modo abjurar de sus concesiones a los genéticos reaccionarios. Una de las glorias de Brno era que Mendel hubiera realizado allí sus famosos experimentos con el cruce de los guisantes, pero esto no impidió que cerraran apresuradamente el museo que honraba la memoria del pacífico monje agustino. La situación personal de Hercík era bien difícil. Como especialista comprendía la falta de fundamento de toda aquella absurda negación de los principios científicos. Todas sus investigaciones y trabajos estaban en franca contradicción con lo que el Partido exigía ahora de los biólogos. Hasta había llegado a publicar un libro sobre Biología Cuántica, tratando de introducir toda una serie de conceptos y métodos físicos para llegar a encontrar los puntos sensibles que no podían ser más que los genes cuya existencia era ridiculizada por Lisenko. Toda la actividad de nuestro Instituto quedaba en entredicho, ya que la radiobiología era una disciplina que en bloque había pasado a la categoría de sospechosa. Sin embargo, no era fácil introducir cambios repentinos, entre el natural desconcierto, así que nuestro programa de investigación continuó de momento su marcha, y yo seguí contando mis esporas bajo el microscopio. Lo que se modificó fueron las conferencias para los alumnos de la Facultad de Biología. Se suprimió todo lo referente a genética y Hercík pasó, sin duda, grandes apuros para poder decir algo coherente sobre los nuevos puntos de vista impuestos por los soviéticos.

No era la primera vez que Stalin incursionaba en el campo de la investigación científica. Recién llegados nosotros a Moscú se desencadenó una controversia en torno de la lingüística, que

también hizo caer varias cabezas. Pero era difícil saber cuáles eran realmente los objetivos, como no fuera probar la fidelidad de los que se encerraban en la torre de marfil de la ciencia, tratando de salvarse del ambiente reinante en la política.

A fines de abril el periódico comunista de Brno publicó una entrevista que me hizo uno de sus redactores. Se titulaba "Hombre de ciencia español en la Universidad Masaryk". Incluía mi retrato y algunos datos biográficos, señalando que hacía trabajo de investigación en el Instituto de Biología. No sé de quién partiría la iniciativa de hacer pública mi presencia en la ciudad, cuando ya llevaba en ella un año. Quizá fue Sling, el caso que ahora todo el mundo en la Universidad y fuera de ella sabía algo de mí. Como consecuencia, entramos en contacto con la pequeña colonia española, constituida por tres familias de checos casados con españolas. El primero que conocimos fue Vladimir Bumbala, que había vivido en España varios años antes de nuestra guerra. Los otros dos checos eran combatientes de las Brigadas Internacionales.

Por intermedio de Bumbala conocimos a Amado de Santiago, que había sido soldado de la 60 División en el Ebro. Luego había estado en el maqui francés y terminada la guerra mundial, por una serie de circunstancias familiares, fue a parar a Brno donde terminó sus estudios de ingeniero. Se acababa de casar con una joven checa Slavka Krizova, doctora en Derecho. Fue con ellos con quien nos entendimos más, aunque al principio nos visitábamos con bastantes precauciones, eludiendo cuidadosamente los temas políticos. Con el tiempo fue borrándose la desconfianza, hasta anudar una sincera y firme amistad.

Ligados a la colonia "española" había también algunas otras personas conocedoras del idioma, que comenzaron a venir por nuestra casa, para satisfacción sobre todo de mi suegra que podía charlar a sus anchas. Por fin, ya no vivíamos completamente aislados.

Aquel año la manifestación del Primero de Mayo fue verdaderamente espectacular en Brno. Se hizo un derroche de organización y de preparativos. Nuestro Instituto desfiló con grandes pancartas "Planificamos el trabajo científico"; "Nos comprome-

temos a estudiar la Biología soviética"; "El campo del socialismo es el campo de la paz". Ibamos con las batas blancas del laboratorio y algún chistoso nos gritó ¡Vivan los peluqueros! Lo que no impidió que pasáramos marcialmente por delante de la tribuna desde la que Sling y los dirigentes de más categoría presidían el desfile.

A fines de curso, participamos en una sesión de la Sociedad de Biología de Praga. El profesor Hercík dio alguna excusa para no asistir. Sin duda, sabía bien cómo las gastaban los praguenses con los provincianos. Leímos nuestros trabajos y los "sabios" de la capital los criticaron sin piedad. Sólo yo, sin duda por ser español me salvé de juicios despectivos. Me sorprendió bastante el clima de la reunión científica y no sé si la política, una vez más, tenía algo que ver.

Llegó el segundo verano de nuestra estancia en Brno. Carmiña tenía ya numerosas amigas, estudiaba bien y se divertía mucho, a pesar del cambio de país, idioma y ambiente. Julita había cumplido año y medio y era un diablillo. A los diez meses hubo que abandonar el cochecito cuando salía con la abuela, por que al menor descuido se apeaba en marcha. Continuábamos con nuestros paseos al río cercano, y los domingos visitábamos a los "españoles", sobre todo a Bumbala que estaba de director en un internado en los alrededores de la ciudad. en Lelekovice, a donde se iba en tren. También teníamos buenas relaciones con los vecinos. El más inmediato, el Sr. Hrlicka, adoraba a Julita. Era de baja estatura y con esa delgadez esquelética que se adquiría en los campos de concentración, donde había estado varios años, para no perderla ya jamás.

El 25 de junio, el ejército de Corea del Norte, equipado e instruido por los soviéticos, cruzó el paralelo 38 y arrolló a las débiles fuerzas de Corea del Sur. La prensa comunista dio la versión de que a la agresión del Sur, había contestado el Norte con un brioso contraataque de centenares de tanques que habían penetrado en territorio enemigo. Pero las noticias que daban del frente ellos mismos y las que fueron llegando después, eran para mí pruebas evidentes de que se trataba de una cuidadosa ofensiva para la que habían acumulado suficientes fuerzas como para apoderarse en pocos días de toda Corea del Sur. Tan seguros es-

taban los soviéticos del triunfo fácil de sus protegidos, que cometieron el error de no asistir el 27 de julio al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, dando la oportunidad a éstas, libres por primera vez del veto soviético, de aprobar la resolución pidiendo la retirada de los agresores y ofreciendo a Corea del Sur la ayuda de los miembros de las Naciones Unidas para rechazarlos. De esta forma, las tropas americanas y de otros países que simbólicamente se les unieron, lucharon en Corea bajo la bandera de las Naciones Unidas.

El error de cálculo inicial iba a tener consecuencias imprevisibles. Cuando los norcoreanos estaban prácticamente vencidos, no fueron los rusos, sino los chinos, los que acudieron en su ayuda, haciendo retroceder a las fuerzas de las Naciones Unidas.

Los "voluntarios" chinos, suplieron con su número, su tenacidad y su valor, lo incompleto de su armamento, marcando la entrada de su país en la historia moderna, al enfrentarse con éxito contra el hombre occidental. La Unión Soviética con sus principales intereses dirigidos a Europa, no consideraba en estos momentos al Extremo Oriente más que como un teatro secundario, cuya misión principal era distraer las fuerzas de los EE.UU. Así le dio a China la oportunidad para adquirir conciencia de su fuerza y de sus posibilidades, salvando a los norcoreanos de su aniquilación total. El gran coloso, dormido durante siglos, armado con una ideología típicamente occidental y un profundo nacionalismo, se preparaba a tomar una posición que aun entonces parecía inconcebible: la ruptura completa con los comunistas rusos.

Estaba claro que para el bloque soviético, acabar con Yugoslavia, era la batalla preliminar a la que podía seguir la conquista de Europa Occidental. Para darme cuenta que esta era la estrategia de Stalin me bastaba observar la militarización progresiva de Checoslovaquia.

Toda la economía del país se iba subordinando a este objetivo. Fuera del racionamiento estricto poco era lo que se podía conseguir. A la vez, se veían por las calles muchos más militares, con uniformes nuevos, cuyas insignias eran copia de las de los soviéticos. Ante la sorpresa general, fue retirado el general Svoboda y nombrado ministro de Defensa un abogado casi descono-

cido Cepicka que desde hacía algunos meses desempeñaba el cargo de ministro de Justicia. Su nombre era un tanto ridículo (gorrilla, en checo) y su biografía nada impresionante. Desde el punto de vista militar estaba claro que no había sido ni recluta, y según las lenguas populares había colaborado con los alemanes. Pero se había casado con la hija del presidente Gottwald, forzada a divorciarse de su marido yugoslavo, después del rompimiento con Tito. Con esto aseguró un ascenso rápido en la jerarquía estatal. Recibió el grado, nada menos, que de general de ejército y aparecía con el pecho lleno de condecoraciones nacionales, soviéticas y de otras repúblicas "hermanas".

Funcionaba en Brno una escuela técnica de gran tradición en toda Europa Central. Allí se graduaban ingenieros civiles de varias especialidades, que tanta falta hacían para los planes de industrialización del país. De un plumazo, la transformaron en escuela militar, que se apropió, además, de los mejores edificios docentes de la ciudad, incluida la residencia de los estudiantes universitarios, que se convirtió en cuartel, y la Facultad de Derecho, donde estaba el Aula Magna para todas las ceremonias importantes. Miles de cadetes bien vestidos, alimentados y pagados, comenzaron allí sus estudios para ser oficiales de todas las armas especializadas: artillería, ingenieros, tanques y aviación. Era algo tan desproporcionado a las posibilidades de Checoslovaquia, que sólo la inminencia de una guerra en Europa podía explicar la magnitud de la empresa. La Facultad de Medicina de Hradec Králové, se convirtió al mismo tiempo, en Escuela Médico-Militar.

Todos estos preparativos intranquilizaban a la población poco dispuesta a aguantar sacrificios extra por este derroche. El descontento aumentaba ante la manifiesta incompetencia que los organismos gubernamentales mostraban en la administración. En el comercio había constantes reorganizaciones, las tiendas cambiaban sin cesar de rótulos y de mercancías, que de todos modos seguían siendo caras y escasas. Lo más ridículo fue el agrupamiento forzoso de los artesanos en colectividades de trabajo. Por ejemplo, en todo Brno sólo se podía reparar calzado en un lugar del centro, que tardaba luego varios meses en entregarlo, del

mismo modo, sólo un taller admitía relojes para arreglar, con el mismo resultado.

Junto a estos insensatos reajustes económicos, era un fuerte motivo de indignación que el país no pudiera disponer del uranio, su mayor riqueza natural en la naciente era atómica. Las famosas minas de Jachimov estaban en poder de los rusos desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Las consideraban de su exclusiva propiedad con el argumento de que se las habían expropiado a los alemanes. Se apoderaron al llegar de millares de toneladas de pechblenda, que se habían amontonado en las cercanías del yacimiento como residuo de poco valor después de obtener minúsculas cantidades de radio. El gobierno checoslovaco no sólo no recibía el importe de ese valioso y estratégico mineral, sino que facilitaba a los administradores soviéticos mano de obra gratuita, utilizando a los presos políticos.

Sin embargo, el descontento no era tan general como para crear al gobierno problemas serios. En primer lugar, la numerosa burocracia, los funcionarios del Partido y ahora el nuevo cuerpo de oficiales, tenían privilegios económicos, poder y autoridad, y constituían una firme base del régimen comunista, ya que no discutía consignas, sino que cumplía órdenes. Por otra parte la policía, cuyas funciones, medios y personal crecían y llegaban a todos los rincones, estaba lista para reprimir cualquier intento de rebeldía. Al lado del cuerpo de "Seguridad Nacional'" surgió el de "Seguridad del Estado", dedicado exclusivamente a perseguir los delitos políticos. Estaba bajo la dirección de Ladislav Kopriva, personaje poco conocido, que iba a tener en sus manos el derecho de vida o muerte sobre todos los ciudadanos del país, sin excluir, quizá, ni al propio presidente.

Se instauró un control estricto sobre todos los extranjeros, a los que se dieron documentos especiales de identidad. Se dictaron progresivamente toda clase de normas para conocer los movimientos de la gente dentro del país. En cada casa un vecino de confianza, de hecho funcionario de la policía, llevaba un libro de registro donde se anotaban los nombres de los que pernoctaban por cualquier circunstancia, en las viviendas. La principal misión de la nueva policía era perseguir a los supuestos enemigos infiltrados en el seno del Partido Comunista. La ola de terror insen-

sato que había ya agitado a otras democracias populares estaba llegando a Checoslovaquia. En la mente de todo el mundo estaba que era una imposición de los rusos, es decir, de Stalin. Los esbirros de Kopriva demostraron un celo extraordinario y empezaron los arrestos de gente importante. Las víctimas eran escogidas en la forma más arbitraria, característica de las purgas soviéticas. Jugaban importante papel las enemistades, las envidias, las sospechas, y las acusaciones anónimas. Pero los que caían en primer lugar eran los funcionarios que habían demostrado cierta independencia de criterio, o se habían atrevido a dar opiniones en lugar de limitarse a aprobar sin discusión las directivas que llegaban de arriba. Por eso era inevitable que, como ya había ocurrido en otras partes, fueran los veteranos de las Brigadas Internacionales los primeros candidatos, por su peligrosa costumbre de considerarse con méritos suficientes para poder decir las verdades o, por lo menos, dar una opinión, inaceptable en un país donde los más altos dirigentes nada heroico podían anotar en sus biografías, y donde arribistas como Cepicka podían escalar fácilmente el Ministerio de Defensa y el generalato.

En octubre de 1950 vi por última vez a Sling en la apertura del nuevo curso de la Universidad. Me saludó maquinalmente al pasar, con una mirada abstraída. Parecía muy preocupado y a los pocos minutos, abandonó el salón. Virtualmente a las pocas horas, era detenido por la policía y comenzaron los arrestos de sus colaboradores cercanos y lejanos. La noticia del encarcelamiento del secretario del Partido, se extendió rápidamente por Brno y llenó de angustia e incertidumbre los hogares de todos los funcionarios comunistas.

El primer problema que me planteó esta situación fue si debía o no presentarme en la tesorería del Partido a cobrar la ayuda mensual que Sling me había asignado. Decidí acudir, en la fecha indicada, como si nada supiera. El cajero estaba todavía en su puesto, pálido y en voz baja, mirando a un lado y a otro, por si alguien nos observaba, me comunicó que los subsidios que recibían algunos emigrados políticos extranjeros habían sido anulados. Le di las gracias y naturalmente no volví a aparecer por allí. No quedaba más que esperar los acontecimientos y confiar en la suerte. Seguí trabajando aparentando despreocupación a

pesar de que las noticias eran cada vez más alarmantes. En Praga, habían sido detenidos los más destacados veteranos de las Brigadas Internacionales, entre ellos el general Josef Pavel, viceministro del Interior.

De repente, comprendí que la policía tendría que fijarse en mí más pronto o más tarde, dadas las condiciones de mi llegada al país. El choque fue brutal, pero no inesperado, pues lo estaba intuyendo desde que dejé Yugoslavia, y era trágico pensar que viviendo en un país regido por los ideales a los que había dedicado mi juventud y una gran parte de mi vida, sin haber cometido el menor delito que pudiera ser penado por ningún código jurídico o moral, me encontrara en la categoría de "sospechoso".

Por primera vez, hice caso del consejo de Uribe y sin entretenerme en disquisiciones políticas ni teóricas, me hice el firme propósito de sobrevivir y sacar a mi familia del mundo "socialista". Así se lo prometí entonces a mi mujer, aunque no tenía la menor idea de cómo iba a cumplir esta promesa.

Afortunadamente, tenía mucho trabajo y poco tiempo libre para dejarme llevar por las preocupaciones. Terminé mis trabajos de investigación con el **Rhizopus nigricans**, y fueron publicados en el Acta Médica de nuestra Facultad. A mediados de septiembre, por iniciativa de Hercík fui nombrado Director del Instituto de Física Médica. El profesor Viktor Teissler que había ejercido dicho cargo, acababa de jubilarse, en parte por la edad pero principalmente como protesta por no haber recibido locales adecuados para la enseñanza y la investigación. Efectivamente, en una sala pequeña, junto al Instituto de Biología, estaban amontonados los instrumentos, que se debían trasladar al último piso del edificio de la Plaza Komensky, donde había unas pequeñas habitaciones, atiborradas de muebles nuevos, a ambos lados de un aula de unos 200 asientos.

En poco más de dos semanas, iban a empezar las clases y tenía que organizar conferencias y prácticas. El único auxiliar de Teissler, consideraba que era una misión imposible y no parecía muy dispuesto a colaborar conmigo; poco después, por razones de salud física y mental, tuvo que ser hospitalizado y ya no regresó. Mi principal colaboradora fue entonces Tihelková, una

médica recién graduada y funcionaria del Partido Comunista, que desarrollaba una gran actividad y tenía influencia para resolverme cualquier problema que surgiera. Carecía de atractivo físico, que por otra parte no intentaba mejorar. Vivía entregada por completo a su trabajo en decenas de organizaciones y comités, sin cuidarse en lo más mínimo de ella misma. Por ser considerada una fanática, la odiaban o temían, y creo que a nadie le simpatizaba. Afortunadamente para ella, había tenido algún enfrentamiento con Sling así que no fue afectada por la ola de detenciones, aunque tampoco subió de categoría dentro del Partido. De todos modos, a mí me fue muy útil su colaboración.

Algunos de los estudiantes que habían trabajado conmigo en Biología se vinieron al Instituto de Física Médica. Entre todos, resolvimos el problema planteado. Escribí las conferencias que Tihelkova corrigió y se imprimieron en mimeógrafo. Las prácticas se prepararon en pequeños grupos con los aparatos disponibles, y a primeros de octubre empezamos a trabajar con unos 500 alumnos de primer año de Medicina. Aquel año se ensayaba un plan de estudios con trimestres intensivos, que no dieron el resultado esperado y no volvió a repetirse. Cuando entré en el aula más grande de la Facultad iba bastante nervioso. Estaba consciente de que mis conocimientos del idioma eran insuficientes, pero ya no podía volverme atrás. Estoy seguro de que al principio apenas me entendían, pero como tenían el texto escrito podían rellenar las lagunas. Luego se fueron acostumbrando. Fue para mí una prueba dura, pero muy pronto llegaron los exámenes y quedé libre de obligaciones pedagógicas hasta el próximo curso.

Aquellos meses di también clases en la Escuela de Veterinaria. Eran sólo unos doscientos estudiantes y el programa más reducido, pero tuve que dar yo solo las conferencias y las prácticas. Fue un trabajo bastante agotador, porque además la Escuela de Veterinaria estaba lejos. Planeaban formar un Instituto de Física y encargarme a mí de su dirección, pero la Facultad de Medicina insistió en que siguiera con ella y pidió al Ministerio de Educación mi nombramiento definitivo.

Para trabajar con más seguridad decidí revalidar mi título español. El decano de la Facultad de Ciencias, profesor Zapletal, recibió mi solicitud con manifiesta desconfianza, que desapareció

cuando supo que era discípulo de don Blas Cabrera, al que conocía de varios congresos internacionales. Esa "nostrificación" como allí le llamaban, me costó pagar elevados derechos, unas cinco mil coronas, pero después trabajé más a gusto.

Las noticias relacionadas con España, al terminar el año de 1950, no podían ser peores, lo mismo en el terreno político que en el familiar. La guerra en Corea había agravado la tirantez internacional y la desconfianza entre los antiguos aliados, lo que hizo que las potencias abandonaran cualquier tipo de presión para democratizar el régimen español. Por el contrario, en Francia habían sido prohibidas las organizaciones comunistas españolas y los militantes más destacados se vieron obligados a abandonar el país; un grupo numeroso de ellos llegó a Checoslovaquia. Otros fueron presos y deportados a Alemania Oriental. Entre los detenidos estaba Antonio Beltrán, que desde que llegó de Rusia había organizado incursiones guerrilleras a España, hasta que empezó a desligarse del Partido Comunista.

A primeros de noviembre, las Naciones Unidas revocaron por gran mayoría, su resolución sobre la retirada de embajadores en España, acuerdo que nunca se había cumplido rigurosamente. El nuevo embajador norteamericano se presentó en seguida y a continuación los de la Gran Bretaña y Francia. Del mundo occidental, sólo México se negó a reconocer el régimen de Franco. De esta forma la guerra fría acabó con todas las ilusiones que los republicanos españoles se habían hecho sobre la ayuda de los países democráticos. El Gobierno Republicano en el Exilio quedó casi completamente aislado, reconocido solamente por México y Yugoslavia. Los países de la órbita soviética ya habían roto con él, con distintos pretextos, lo que quitaba todo valor a que no tuvieran relaciones con el general Franco, quien en aquella época, por razones obvias, no las hubiera aceptado.

Las noticias familiares eran también descorazonadoras. A las pocas semanas de incorporarse mi madre a la escuela, comenzaron sus problemas. Mientras ella había estado en la cárcel la había sustituido una maestra con muchas influencias en Falange y que deseaba recibir un nombramiento definitivo en Madrid a como diera lugar. Como consecuencia, mi madre fue separada del servicio activo, suspendida de empleo y sueldo y sometida a expe-

diente gubernativo. Los viejos amigos que seguía teniendo en el Ministerio, pudieron solamente retrasar esta medida. La situación de mis familiares era muy difícil, ya que sus reservas económicas hacía tiempo que estaban agotadas. Expulsadas de su domicilio tuvieron que buscar un rincón donde meterse. Mi madre no se amilanó y comenzó a entablar una serie de recursos para que le devolvieran su puesto. Quise enviarles dinero, y escribí a Cordón en este sentido; ni siquiera me contestó. Tampoco conseguí nada cuando se lo planteé personalmente, aprovechando un viaje a Praga para una reunión de profesores de Física Médica. Comprendí que esta actitud de Cordón no era sólo despreocupación burocrática de los problemas humanos de los militantes a su cargo. Reflejaba también lo delicado de la situación. En época de purgas nunca se sabe a quién puede alcanzar. Yo tenía como punto vulnerable mi bien conocida y nunca negada desviación política en Yugoslavia, pero él con sus antecedentes burgueses de militar profesional, tampoco debía sentirse muy seguro, y de ningún modo quería aparecer como complaciente conmigo. Como confirmación del porvenir que me auguraban mis compatriotas de Praga, está la advertencia que por entonces hicieron a una conocida, casada con un interbrigadista bastante destacado, de que no tuvieran relaciones conmigo ni con mi mujer, pues estábamos predestinados a terminar en un campo de concentración. A nuestra amiga no le importó comunicarnos la alarmante noticia, porque en definitiva su marido se encontraba en condiciones parecidas. Tuve que abandonar la posibilidad de ayudar a mi madre pensando amargamente que ella tendría más recursos para luchar contra la policía de Franco, que yo contra la comunista, si llegaba el momento. Porque, ¿qué podría hacer yo si la policía decidía involucrarme en el asunto de Sling o de los interbrigadistas? Decidí que quizá Fernando Claudín, mi mejor amigo en la juventud, respondería. Le escribí una carta exploratoria, con el pretexto de pedir a Moscú un acta de nacimiento de mi hija Carmiña. Me había enterado que a los hijos de los militares españoles desmovilizados en Moscú, y que como mi hija, estaban inscritos con nombres rusos, les habían cambiado el acta de nacimiento, cosa que a mí me urgía conseguir. Fernando tampoco me contestó. Ya no me quedaba más que esperar fatalmente el curso de los acontecimientos. Fuera de casa fingía la mayor

tranquilidad. En casa mi mujer y yo, cuando estábamos solos, nos dedicábamos a estudiar todos los indicios que pudieran darnos una idea de cómo iban a desarrollarse los acontecimientos que considerábamos inexorables, mientras hacíamos todo lo posible para que las niñas y la abuela siguieran viviendo lo más tranquilamente posible. nuestras conclusiones no podían ser más pesimistas, parecía que estábamos definitivamente atrapados.

José Vela, cuando podía, torcía el curso de algún viaje y nos visitaba en Brno, procurando que no se enteraran en Praga. Con toda franqueza, me informaba de lo que ocurría y se comentaba, de modo que siempre estuve bien informado por esa parte. Por entonces, su esposa, después de tener otra niña, había vuelto a enfermar seriamente y urgía internarla en un sanatorio. Pepe se encontró con el problema de sus hijas. La pequeña fue recogida por Juan Blázquez y su mujer; para la mayor, Carmela, el Partido dio la solución de un orfanatorio, pero la niña se negaba a ir, y como no entendía de complicaciones políticas pedía que la mandaran con nosotros. Pepe no lo dudó mucho tiempo y, ante la sorpresa general, nos trajo la niña que vivió con nosotros casi un año.

Cuando quedé libre de tareas pedagógicas me dediqué a organizar el Instituto de Física Médica. Hubo algunos cambios de ayudantes. Al de Teissler, lo sustituyó un físico recién graduado. Luego se nos incorporó un ingeniero electrónico y varios estudiantes voluntarios. Tihelková se trasladó a otro Instituto que le dejaba más tiempo libre para sus actividades políticas. Faltaban muchos aparatos, no sólo para las prácticas y demostraciones con los alumnos, sino para el trabajo de investigación. En los almacenes del hospital conseguí muchos aparatos anticuados, incluso uno de rayos X, que me fueron muy útiles. Algo se podía obtener nuevo, pero a través de la burocracia encargada de la planificación que cada vez exigía trámites más complicados. Afortunadamente pronto pude disponer de un pequeño taller mecánico con un buen operario que hacía reparaciones e incluso construía dispositivos sencillos.

El 6 de junio de 1951, fui nombrado Docente de Física Médica. La orden venía firmada por el ministro de Enseñanza, Dr.

Zdenek Nejedly, con quien yo había pasado en Obsninskoe (URSS) la noche del 31 de diciembre de 1939.

Trabajaba a gusto, pero tropezábamos con muchas dificultades materiales. A pesar de numerosas gestiones nos negaron autorización para comprar en Alemania una celdilla de sulfuro de cadmio. Para nuestra sorpresa, sin embargo, recibimos 5 g. de neocianina, sensibilizador de película infrarroja, por la que nuestra facultad tuvo que pagar 20,000 coronas. Luego nos dijeron que el planificador de Praga que había dado el visto bueno a ese renglón, se suicidó abrumado por la responsabilidad contraída al hacer un pedido de importación sin comprobar su costo en divisas, porque no fueron sólo nuestros modestos 5 g, sino cantidades mucho más elevadas que habían pedido otros centros de investigación.

Nos exigían planear por anticipado todas nuestras necesidades anuales. Si nos olvidábamos de algo no había posibilidad humana de recibirlo luego. A menudo, hacíamos entre nosotros una colecta para comprar clavos o tornillos.

Me dediqué a desentrañar los secretos de aquella absurda centralización y pude sacar partido de sus defectos. Entablé las mejores relaciones con las personas que en nuestra facultad se encargaban de planeación y en varias ocasiones les ayudé a disimular errores, aceptando materiales e instrumentos que habían contado de más y que casualmente llegaban.

Aunque mi futuro seguía siendo incierto, procuraba cumplir al máximo y desempeñar todas mis funciones. De esta manera, además, no tenía mucho tiempo para pensar en la realidad, cada vez más negra. En Praga habían sido detenidos destacados miembros de las Brigadas Internacionales, entre ellos Arthur London, que tenía un alto puesto en el gobierno. Lisa, su esposa había sido expulsada de Radio Praga, donde trabajaba y nuestros compatriotas habían recibido de Cordón la vergonzosa orden de negarle el saludo. En la prensa iban apareciendo nombres de nuevos "enemigos del pueblo desenmascarados". María Svermova, viuda de uno de los héroes de la insurrección eslovaca había sido acusada de ser amiga de Sling. Luego supimos de un grupo de nacionalistas eslovacos: Clementis, Husák, Novomesky y otros.

Pero todo el mundo sabía que eran miles los que había en prisión sin que se hicieran públicos sus nombres. A nosotros nos bastaba observar lo que ocurría en Brno. La manifestación del Primero de Mayo fue muy triste. Se advertía la falta de muchos dirigentes, y sobre todo, de Sling, hombre muy popular. Era público que los que más peligro corrían eran los viejos militantes, sobre todo si habían estado en un campo de concentración, en la guerra de España o emigrados en Occidente, lugares todos de "evidente contacto con los imperialistas". Aun los que escapaban al arresto eran relegados a puestos secundarios, siempre bajo la amenaza velada de que podía su caso "ser revisado". La gente sencilla, apartada de la política, estaba desconcertada y abiertamente lamentaban la suerte de los veteranos comunistas. En uno de sus mediocres discursos, el presidente Gottwald, anunció a todos los vientos el gran éxito de la vigilancia bolchevique, gracias a la cual se había descubierto "una extensa red de contrarrevolucionarios y espías al servicio de los gobiernos capitalistas y del sionismo internacional". Entre los "espías" colocaba en un lugar destacado a los antiguos miembros de las Brigadas Internacionales y a los voluntarios checoslovacos incorporados a los ejércitos aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Encomiaba la labor de la policía y anunciaba que todos los culpables recibirían el castigo merecido por sus crímenes. Con sus palabras quedaba sellado el destino de todos los perseguidos. El papel de los jueces no era investigar la verdad de las acusaciones, sino de dar forma y cumplimiento fiel a la decisión de los jefes.

Nos sorprendió el claro matiz antisemita que tenía la requisitoria de Gottwald. La referencia al sionismo era desacostumbrada en los documentos comunistas, y más aún, las acusaciones de cosmopolitas y apátridas, fraseología claramente nazi. Por primera vez caímos en la cuenta de que no pocos de los acusados eran de origen judío, aunque hacía tiempo que constaban sólo como comunistas, como Sling y London.

Al profesor Hercík lo veía poco. Malos vientos corrían por el Instituto de Biología. Paralizadas sus investigaciones, tenían que actuar con mucho cuidado pues no era el momento para ser acusados de oponentes a las doctrinas de Lisenko. Pudo eludir lo peor, pero lo obligaron a publicar una larga autocrítica, donde

reconocía todas sus desviaciones ideológicas, incluso la de haber escrito alguna vez ciertas narraciones sobre los lamas del Tibet. Nunca habló conmigo de ello, pero me daba perfecta cuenta de las dificultades y amarguras que estaba pasando. No podía hacer otra cosa que expresarle mi simpatía cuando nos encontrábamos, y de sobra sabía él que mi situación personal tampoco era envidiable.

El decano, profesor Hora, se sentía quizá más comprometido que Hercík, ya que su actuación había rozado más la política. Se le veía angustiado y envejecido a ojos vista. Se atrevió un día a preguntarme si creía que podían perjudicarle sus estrechas relaciones con Sling. Le tranquilicé todo lo que pude, diciéndole que él no era un viejo militante, sino un profesor universitario que en fecha muy reciente se había acercado al movimiento comunista, y bien clara se veía su buena fe. Otra cosa sería si fuera un funcionario destacado, pues entonces podían pedirle responsabilidades por falta de vigilancia. No estaba yo muy convencido de aquellos argumentos, que al parecer lo tranquilizaron algo. Sabía yo bien que en una purga estalinista además de estos factores contaban los enemigos personales que podían esconderse bajo una acusación anónima, siempre válida, y los polizontes de mentalidad deformada capaces de inventar las conexiones más absurdas. Afortunadamente, los intelectuales no estaban programados para aquella represión y Hora siguió de momento en su puesto, lo mismo que el rector de la Universidad, profesor Frantisek Trávnicek.

Algunos de los jóvenes asistentes de mi facultad con los que tenía más confianza, me hacían preguntas muy difíciles de contestar. Simpatizaban con el comunismo pero estaban desconcertados con aquel estado policiaco que veían surgir amenazante de las ruinas de todas las libertades humanas que consideraban imprescindibles en una sociedad moderna. ¿Cómo podía explicarles algo que yo mismo no entendía? En forma vaga, les hablaba de la diferencia entre los ideales y la realidad, entre la teoría y la práctica, salida siempre cómoda y poco convincente, porque nadie lucha porque no se hagan realidad sus ideales. Les pedía fidelidad a los principios morales y a las aspiraciones de justicia social y personal, que era lo permanente, y que

vivieran con la confianza de que lo abyecto era siempre transitorio. Realmente en aquella situación la única forma de seguir viviendo era poner las ilusiones en el futuro, porque la desesperación no podía llevar más que a estrellarse contra un régimen de momento inconmovible y todopoderoso. Sin renunciar a lo más íntimo, había que plantearse el sobrevivir. En definitiva, les recomendaba seguir la misma conducta que yo me había fijado.

En medio de la duda y la incertidumbre, cuando todo lo que había imaginado bueno y noble en la causa que ardientemente había defendido, se derrumbaba a mi alrededor, en contra de lo que me había aconsejado Uribe, traté de encontrar explicaciones estudiando más a fondo el marxismo. Nunca lo había hecho de una manera sistemática, y me entregué de lleno a esta labor. No hubo obra importante de Marx, Engels, Lenin y Stalin que no pasara por mis manos. Me interesaban especialmente las bases filosóficas, que pensaba utilizar en las conferencias de introducción a la Física. Mi sorpresa fue no encontrar un conjunto coherente, que representara una nueva concepción del mundo, sino al contrario, detalles aislados, unos muy importantes, otros banales, algunas veces discutibles y otras contradictorios. El materialismo dialéctico se me reveló como unas cuantas afirmaciones tomadas de filósofos anteriores, colocando la materia, lo primario, sobre la conciencia humana, lo secundario. Así la materia aparece como infinita en sus formas, extensión, duración, cambios y cualidades, en definitiva, puro panteísmo: Dios, la idea suprema o el espíritu absoluto, fundidos con la naturaleza, y recibiendo en conjunto el nombre de "materia".

Esta unión de lo terrenal y lo trascendente podía haber sido una buena base de partida para luego tratar de resolver los problemas eternos de la filosofía. Pero nada se había hecho. El método dialéctico en sí, no representaba nada nuevo para un científico, porque la ciencia no admite otro en su desarrollo. Por otra parte, un método no resuelve nada por sí solo. Llegar a conclusiones correctas depende de la habilidad, experiencia, conocimientos, buen sentido y honradez del que lo utiliza, y, sobre todo, de si contó con datos suficientes para aplicarlo. La dialéctica puede también prostituirse para justificar cualquier aberración o iniquidad. Los filósofos marxistas dentro de los países

comunistas, no podían hacer otra cosa que seguir repitiendo las frases de sus clásicos, sin atreverse a añadir nada y mucho menos cambiar nada en ningún sentido, lo que frenaba una evolución natural y, valga la paradoja, "marxista".

En el materialismo histórico, quinta esencia del marxismo, el panorama era aún más desolador. Sus pretensiones son no sólo dar la clave del desarrollo de la historia de la humanidad, sino armar al hombre para dirigir su propio destino. Pretende basarse en el materialismo dialéctico, pero parándose a pensar, en seguida aparece una extrapolación arbitraria, un verdadero salto mortal ideológico. Mientras en la filosofía todo es "materia", en la historia sólo los factores materiales cuentan, con lo que se cae en el materialismo vulgar. Cierto que los teóricos marxistas reconocen la influencia de otros elementos como las ideas, la conciencia, la moral, etc., pero con carácter secundario. Pero lo verdaderamente dialéctico sería considerar lo "material" dentro de nuestra sociedad como el conjunto de todos los factores, en sus múltiples aspectos, económicos, políticos, sociales, filosóficos, éticos, etc., que evidentemente intervienen en la vida de la humanidad, con mutua interdependencia e importancia relativa, diferente en cada momento histórico.

El sencillo esquema que dio Marx del desarrollo histórico me parecía dogmático e incompleto. Las formaciones sociales típicas, que se habían ido sucediendo (comunismo primitivo, esclavitud, feudalismo, capitalismo y socialismo) serían a lo más, líneas o tendencias generales de la evolución social, pero hay multitud de formas intermedias, de las que el marxismo se ocupa bien poco. Me pareció que era como tratar de profundizar en la Física nuclear con ayuda del álgebra elemental. Algo tan complicado como la sociedad humana, no puede encerrarse en un cuadro sinóptico.

La explicación marxista de las grandes transformaciones sociales comenzó a parecerme superficial y poco convincente. No es posible, por ejemplo, subordinar a problemas de fabricación de artículos de consumo, un movimiento como el cristianismo, que acabó con el Imperio Romano y con la esclavitud. Precisamente el hundimiento de la estructura política, arruinó toda la organización económica de esta época, que tardó siglos en volverse a

estructurar bajo los nuevos marcos del feudalismo, y durante este largo proceso, entra la cultura en retroceso, perdiéndose muchos de los valores de las civilizaciones anteriores.

En el paso del feudalismo al capitalismo, interviene claramente y con gran fuerza, la nueva clase burguesa, que buscaba ante todo condiciones para su desarrollo económico; pero la lucha planteada por las libertades políticas fundamentales, no se puede tomar como una consigna oportunista para "engañar al pueblo", sino como algo más hondo, unido al anhelo de libertad del hombre, que no ha perdido ni perderá actualidad, y que debería de tomarse en cuenta como uno de los factores que mueven la historia.

Marx sometió al capitalismo a un análisis minucioso y criticó justamente todas las injusticias que encierra. Aunque algunas de sus predicciones, como la depauperación progresiva del proletariado, resultaran erróneas, sus obras llevaron a la conciencia de grandes masas, la necesidad de llegar a una nueva organización en que los medios de producción fueran de propiedad social y el hombre pudiera añadir a sus otros anhelos el de la libertad económica, base de sus otras libertades. En este campo, más que en el filosófico, estriba el mérito de Marx.

Marx y Engels participaron activamente en la fundación y actividades de la Primera Internacional, que reunía, por primera vez a obreros de todo el mundo, contra la explotación capitalista. A veces tomaban posiciones dogmáticas como cuando se referían al papel hegemónico de la clase obrera o a la dictadura del proletariado, aunque ellos, como la mayoría de los dirigentes socialistas y comunistas pertenecían a la clase media intelectual, generalmente la mejor preparada para promover el progreso. Otras veces adulteraban la dialéctica lo suficiente como para aprobar el reparto de Polonia o la invasión de México por los EE.UU., considerando natural que los países más avanzados acabaran con sus vecinos socialmente retrasados. En general, reaccionaron con tanta flexibilidad a las circunstancias de su tiempo, que los marxistas que los sucedieron, reformistas o revolucionarios, encontraron siempre la cita apropiada de sus maestros para justificar cualquier cosa. Por ejemplo: Apoyaron la violencia en la Comuna de París, pero admitieron posible el paso incruento al so-

cialismo en países económicamente desarrollados, como los EE.UU., a los que admiraban.

Los fundadores del marxismo no se preocuparon nunca de teorizar sobre la futura sociedad socialista, y se refieren a ella muy esporádicamente. Tuvieron el firme criterio de que la revolución socialista era cosa exclusiva de los países capitalistas avanzados, y nunca pensaron que fuera Rusia el primer país que adoptara esta vía. Es más, así lo hicieron constar en una famosa entrevista con los emigrados rusos en Inglaterra. En una frase profética, hablando del paso al socialismo, Engels escribió que el proletariado triunfante no podría oprimir a otros pueblos, ni tratar de liberarlos a la fuerza sin socavar su propia victoria, en cuyo caso podría haber revoluciones y guerras contra un Estado socialista. El régimen dictatorial, no hay duda que lo consideraban como algo inevitable, pero transitorio, estrictamente limitado al tiempo necesario para que la nueva sociedad diera sus primeros pasos. El socialismo, inevitablemente acabaría con las clases, que surgen en la sociedad por la escasez de medios materiales a repartir, y desaparecerían con la abundancia y el gran progreso económico, según ellos, inevitable en el socialismo.

Pocas veces habrá habido discípulos tan dispares como los de Marx y Engels. De un lado los socialdemócratas de la II Internacional, tratando de conseguir pequeñas reivindicaciones para elevar poco a poco el nivel económico, cultural y político de los pueblos, sin descartar la colaboración política con los gobiernos burgueses. Por otro lado, los revolucionarios intransigentes, como el pequeño grupo bolchevique ruso, dirigido por Lenin, admitiendo como única salida la toma del poder. Lenin fue un genial estratega, que aprovechó circunstancias excepcionalmente favorables, para conquistar el poder en un país atrasado con un proletariado insignificante. Sin ningún precedente histórico, empezó a organizar el socialismo, dirigiendo con puño firme e imaginación. La consigna de "paz y tierra" le ganó la simpatía de los campesinos, mayoría en el país. Imbuyó en el Ejército Rojo la mística revolucionaria que le dio el triunfo en la guerra civil. Desencadenó el terror total contra la burguesía, pero supo maniobrar en tiempos de la Nueva Política Económica, transigiendo con ciertas formas capitalistas. Cuando murió, en 1924, el país no había si-

quiera conseguido reparar todo lo destruido en la guerra y la revolución, y la dictadura del proletariado, se ejercía en nombre de una clase obrera prácticamente inexistente.

Lenin había puesto grandes esperanzas en los movimientos revolucionarios de Alemania, Hungría y otros países, pero todos fracasaron, y Rusia se encontró sola ante la gran aventura. A su muerte, los comunistas rusos tenían ante sí dos caminos. El primero, hubiera sido conservar y acentuar la flexibilidad de Lenin, neutralizando los adversarios internos y externos, haciendo incluso más concesiones y aceptar cualquier ayuda para la recuperación económica, siempre que quedara a salvo la esencia socialista del régimen y la independencia del país. Conseguir la libre colaboración de todos los ciudadanos en la construcción de la nueva sociedad, darles estímulos para el trabajo y educar a la juventud para que participara a su vez en esta generosa obra colectiva; este camino sin duda era difícil y entrañaba serios riesgos, pero habría valido la pena intentarlo, porque era el único al servicio del hombre, que es tanto como decir al servicio del pueblo que pretendían representar.

Stalin escogió el segundo camino: el de la violencia y el terror al estilo de Iván el Terrible y de Pedro el Grande. El socialismo se implantó bajo la presión de un monstruoso aparato policiaco que acabó por situarse muy por encima de todas las organizaciones políticas y estatales. La colectivización del campo y los planes quinquenales para industrializar el país, se llevaron a cabo sin ningún miramiento. Millones de campesinos recalcitrantes y de gente sospechosa de todas clases, fueron exterminados sin piedad. Muchos otros millones de hombres fueron llevados como obreros para levantar con un esfuerzo sobrehumano, las nuevas fábricas, con el NKVD siempre detrás para impedir cualquier desfallecimiento.

En vez de una marcha armoniosa y voluntaria hacia el socialismo, hubo sangre, lágrimas, sufrimientos y privaciones. Con este precio, fueron levantándose en el cielo de Rusia las chimeneas de los centros industriales, pero fracasó el cultivo colectivo del campo, y a pesar de las drásticas medidas tomadas, los koljoses no consiguieron nunca alimentar aceptablemente a la po-

blación, que antes se había enorgullecido de poseer el granero de Europa.

Una tal *situación* tenía que engendrar oposición, que Stalin no toleró en lo más mínimo y aseguró su poder absoluto aniquilando con la crueldad de un fanático a la vieja guardia comunista, a los dirigentes principales del Partido, del Gobierno y del Ejército. Todo esto mató el espíritu creador y la iniciativa individual, y la burocracia se extendió por todas partes como un parásito que chupaba gran parte de las energías del país.

El marxismo llega con el estalinismo a su mayor aberración. A cambio de promesas para un futuro indeterminado, los pueblos soviéticos se vieron obligados a renunciar a todas sus libertades. El socialismo, destinado a liberar al hombre, iba a ser su peor carcelero. La Rusia de Stalin era un fenómeno histórico nuevo. Exteriormente se parecía mucho a otras dictaduras y a sus oligarquías, todo el poder estaba en manos del dictador que lo compartía con un pequeño grupo de fieles servidores. El culto a la personalidad llegaba a la adoración servil. Sus métodos despóticos no desmerecían de los utilizados por los tiranos de todos los tiempos. Su economía planificada parecía más bien capitalismo de Estado. Su exaltación del nacionalismo y sus deseos de expansión territorial le daban carácter imperialista. Pero ahí se acababan las semejanzas fundamentales, porque con estos procedimientos poco nuevos e inhumanos, se trataba de organizar una sociedad nueva socialista. La nueva clase de funcionarios y técnicos gozaba de grandes privilegios, pero no era estática, sino dinámica y se ampliaba constantemente con centenares de miles de nuevos miembros, la mayoría del más humilde origen, satisfechos ante todo de su propio progreso. Por costosos que fueran en medio de trabajos y en medios materiales, se conseguían avances económicos, y la Unión Soviética se iba convirtiendo en una potencia industrial, pero la gran masa del pueblo, en cuyo nombre se realizaba esta gigantesca labor, vivía sometida a las condiciones más miserables y privada de todos sus derechos.

Sólo en dos ocasiones Stalin hizo concesiones políticas importantes. Una fue antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando los fracasos del movimiento comunista internacional y el auge del fascismo, aislaron a la Unión Soviética y la pusieron en peli-

gro de tener que enfrentarse sola al mundo capitalista. Fue afortunado el título de un libro de Trotzki: "Stalin, organizador de derrotas". Estas llegaron al límite cuando Hitler subió al poder en Alemania en 1933. Hasta este momento, los partidos comunistas fuera de la URSS predicaban que sólo las tácticas revolucionarias valen para tomar el poder, copia al carbón de la teoría que empleó Lenin en 1917. A los socialistas que propugnaban colaboración de clases o simplemente que creían en la libertad, se les llamaba socialtraidores o socialfascistas. Idealizando la violencia, "la partera de cada nueva sociedad", como había dicho Engels, olvidaban que es un arma de dos filos que lo mismo puede favorecer el progreso que frenarlo y detenerlo. Los partidos comunistas bajo esta ideología se convirtieron en sectas estrechas, quintas columnas para crear dificultades a cualquier tipo de gobierno. Estrechamente gobernados desde Moscú, el estalinismo impidió que se desarrollaran diezmados siempre por expulsiones y cismas. Esta táctica errónea, acabó en Europa con la ola revolucionaria que después de la Primera Guerra parecía incontenible. De repente, Stalin dictó a la Tercera Internacional un cambio de política. Es la época del frente popular a toda costa, de la unidad contra el fascismo y el nacionalsocialismo; de los discursos de Dimitrov tendiendo la mano a los socialdemócratas y a todos los liberales. Las formas legales de lucha, antes menospreciadas o negadas eran admitidas, y se aplazaba indefinidamente la lucha por el poder soviético. Era una posición oportunista que revivió los movimientos de izquierda en muchos países, especialmente en Francia y en España, y rindió a la Unión Soviética magníficos dividendos, rompiendo en parte el aislamiento en que se encontraba. Llegó sin embargo, algo tarde y terminó bruscamente cuando Molotov firmó el pacto germano-soviético, que obligó a los partidos comunistas a hablar de nuevo de la guerra imperialista y a sabotear las medidas de los gobiernos occidentales.

El otro momento de flexibilidad lo tuvo Stalin dentro de Rusia, durante la Segunda Guerra Mundial. Para ganarse la voluntad del pueblo ruso los comunistas empezaron a idealizar las tradiciones rusas, incluso algunas claramente zaristas. Se dio cierta libertad religiosa abriendo al culto iglesias largo tiempo cerradas y se sembraron grandes esperanzas de que al final de la

guerra el régimen interior cambiaría dentro de un sentido más tradicional y de libertad. Con esta idea combatieron y trabajaron durante la guerra millones de ciudadanos soviéticos. Coincidiendo con estos virajes en el interior, los partidos comunistas de todo el mundo abandonaron toda actividad revolucionaria y colaboraron con cualquier gobierno o fuerza política que apoyara la guerra contra Hitler.

Cuando en 1951 me dediqué a examinar y analizar el marxismo en teoría y el estalinismo en la práctica, me dominó la desilusión. La URSS ya no estaba rodeada de países hostiles, el cerco capitalista había prácticamente desaparecido, pero la policía seguía conservando todas sus prerrogativas. Las dificultades de la postguerra eran enormes y ninguna de las ilusiones de liberalización se habían materializado. Por entonces vino el ataque de Zhdanov a poetas, escritores e intelectuales rusos, que, como en todas partes, se mostraban más sensibles a la opresión. Después el dogmatismo oficial empezó a penetrar en regiones científicas que antes eludía, como cuando Lisenko hizo limpia general de biólogos o como cuando bajo la firma del propio dictador se publicaron unas peregrinas teorías filológicas sobre el origen del lenguaje. Empezaba una nueva cacería de brujas que iba a dejar al mundo entero estupefacto. Aunque, para mi propia evolución había sido más importante lo que había vivido en Yugoslavia, ahora estaba observando en Checoslovaquia cómo se repetían todos los defectos y errores, que había observado en la URSS, peores ahora, porque eran aplicados a un país de condiciones muy diferentes a las rusas. Todo era antimarxista y antidialéctico. Saltaba a la vista la incapacidad para dirigir la economía nacional. Las bases industriales tradicionales del país se sacrificaban a las supuestas necesidades militares, que imponían gastos desproporcionados. La agricultura colectivizada había reducido considerablemente su rendimiento. El comercio nacionalizado estaba en perpetua reorganización. Los tratados comerciales, con condiciones increíbles, eran sólo ventajosos para la Unión Soviética, que ni siquiera había pensado devolver a su legítimo dueño, el pueblo checo, los yacimientos de uranio de Jachymov. Para el ciudadano corriente era claro que los comunistas eran pésimos administradores; a la vista estaba el descenso del nivel de vida en un país tan fuertemente industrializado. Pero nadie podía expre-

sar su descontento o criticar la actuación de los funcionarios del Partido o del Gobierno, sin caer bajo la acción policiaca. La vieja teoría de que hombres libres y conscientes iban a construir el socialismo había caído en desuso. El estalinismo había sustituido la colaboración entusiasta por la sumisión burocrática. Para afianzar este despotismo totalitario era imprescindible acallar en las filas del Partido todo sentimiento de duda y este era el objetivo de las purgas y las represiones. En éstas, los primeros en caer eran los comunistas más ingenuos, a muchos de los cuales ni se les había pasado por la cabeza criticar o protestar, porque el estalinismo se distinguió por acabar con sus enemigos en potencia antes de que éstos se dieran cuenta de que lo eran. La tantas veces cacareada "previsión estaliniana" era auténtica.

Si por aquel entonces alguien me hubiera preguntado si era marxista me hubiera puesto en un aprieto. Marx mismo, rechazó este calificativo, seguramente por huir del dogmatismo que inevitablemente encierra una denominación de este tipo. Pero ahora la cosa era peor, marxismo y estalinismo aparecían como una misma cosa, y a esto sí que no podía sentirme ligado, no sólo por razones ideológicas, sino también éticas. Seguía creyendo que suprimir las injusticias de la sociedad solamente era posible si los hombres participaban libremente en esta obra. Antes de llegar a la URSS había aceptado, sin pensar mucho en ello, que un eclipse parcial de la libertad humana podría ser útil al desarrollo social, pero ahora había visto demasiado de cerca las consecuencias de la dictadura y la tiranía para seguir admitiéndolo. Decididamente la idea del socialismo sólo la podría admitir unida a la de la libertad, única manera de elevar la dignidad del hombre.

En octubre de 1951 comenzó el nuevo curso académico, y yo mis clases de Física Médica. Mi vida particular transcurría apaciblemente, mientras en la Europa Oriental la represión política iba alcanzando a todos los sospechosos de mantener una posición tibia respecto a la línea estalinista. En Polonia fue arrestado Gomulka, secretario general del Partido Obrero (comunista). En Checoslovaquia fue detenido Rudolf Slansky, viceprimer ministro y hasta unas semanas antes, secretario general del Partido Comunista. Las acusaciones eran siempre las mismas: traición y espionaje. Esta detención no podía ocultarse y se difundió por

todo el país para que, en reuniones especiales, los militantes comunistas pudieran tomar acuerdos pidiendo al camarada Gottwald "el castigo más severo de los enemigos del pueblo". Simultáneamente, fueron a prisión toda una serie de personalidades destacadas del régimen, todas con elevados cargos, pero sus nombres no se publicaron, lo que contribuyó al confusionismo. Se propagaban rumores y se investigaba y creo que ningún comunista vivía tranquilo, sobre todo los que habían tenido o tenían cargos de responsabilidad, porque era evidente que se estaba preparando un gran proceso al estilo de los de Moscú.

A pesar de tantas preocupaciones nuestra vida familiar transcurría apaciblemente. Sólo nos tratábamos con los "españoles" pero sin intimar demasiado, pues no podíamos confiar en nadie.

La abuela se estaba quedando sorda y procurábamos que no viviera nuestras ansiedades. Carmiña, con excelentes calificaciones, iba ya en sexto año de primaria. A ella, no conseguíamos tenerla alejada del ambiente, aunque lo intentábamos. A través de sus amigas y de sus familiares recibía impresiones que hubiéramos querido evitarle. Era ella la que nos sorprendía a nosotros con información y, a veces orientaciones: "El maestro nos dice que gracias al camarada Stalin tenemos bienestar; esto es mentira, pero en la escuela hay que decirlo". Ante nuestra sorpresa insistía: "vosotros no os enteráis de nada porque no habláis con los checos, pero a mí me lo explicó el papá de Fulanita". Otras veces nos daba interpretaciones históricas y noticias sobre Benes y Masaryk que indudablemente no había aprendido en la escuela. Lo sorprendente era que la mayoría de las amigas eran hijas de trabajadores o de gente modesta, que, sin embargo, trataban de contrarrestar en sus hijos el efecto de la educación oficial a pesar del riesgo que esto representaba.

Los domingos íbamos al cine del barrio a ver viejas películas rusas, de guerra o de koljoses, y alguna que otra checa. Algunos veces íbamos a un centro recreativo del barrio donde el padre de una compañera de Carmiña dirigía un teatro de marionetas, en el que las niñas colaboraban moviendo los muñecos. Los temas, muy sencillos, encantaba al público infantil. Julita asistía a todas las representaciones muy orgullosa de que su hermana fuera una de las que movían los muñecos. Había cumplido tres años y era

muy inquieta. Tenía muchas amistades entre la gente menuda del vecindario y también entre los adultos a los que, ella sí, trataba sin restricciones. Patinaba y esquiaba ya muy bien y era muy popular en las cuestas del parque.

Las noticias que recibíamos de España seguían siendo malas. Mi madre no había conseguido la reposición en su cargo. Mi hermana había salido de la cárcel enferma y estaba internada en un sanatorio de las afueras de Madrid. Las cartas de mi madre procuraban ser optimistas, pero, conociéndola, podía suponerme lo que estaba pasando. Vivía en una habitación realquilada, sin calefacción, con la pequeña hija de mi hermana. Con el poco dinero que le quedaba tenía que atender muchas necesidades. Lo que más le dolió fue no poder pagar la renovación de la tumba de mi hermano Luis, cuyos restos fueron a parar a la fosa común. Durante la guerra yo había pagado la perpetuidad, pero el gobierno del general Franco, al anular los trámites hechos con dinero republicano, incluyó los pagos de las sepulturas. De esta angustia de mi madre me enteré yo muchos años después.

En el momento que las preocupaciones parecían agobiarme tomé de repente, durante la noche del 21 de diciembre, que pasé casi en vela, una decisión importante. Escogí nada menos que una nueva profesión. Se juntaron para ello varios factores, pero el fundamental fue el deseo de entregarme a algo que me tuviera tan ocupado que no me dejara tiempo de pensar en lo que ocurría a mi alrededor, en aquellos meses críticos de represión estalinista. Aquella noche mi hija Julia estaba enferma y yo no podía dormir. Buscando algo distinto en que pensar me llegó la idea. ¿Por qué no hacerme médico? Cuando me levanté estaba decidido. Esto me capacitaría mejor para explicar Física a los médicos, en casa sería una gran ayuda y llenaría mi tiempo y mi cabeza, al cien por cien.

A la mañana siguiente me presenté al decano Hora con mi solicitud para convertirme en alumno de la Facultad. Fui aceptado. Me revalidaron por mis estudios anteriores, la Física, la Química y la Biología y me autorizaron para examinarme en junio y septiembre de 1952, de los primeros cursos de la carrera. Hora me animó en mi decisión, pero los profesores a quienes visité me expresaron claramente que no me creían capaz de tal sacrificio y seguramente a alguno le pasó por la imaginación la

idea de que yo pensaba hacerme con un título sin mucho esfuerzo. En especial, el profesor de Anatomía Karel Zlábek, conocido por su rectitud, me marcó un rígido plan de trabajo. Me examinaría él personalmente cada semana de un capítulo del libro, y las prácticas de disección las realizaría yo solo cumpliendo el programa que generalmente desarrollaba un grupo de 15 o 20 alumnos. Siempre me habían repugnado los cadáveres, pero ahora, lo tomé como una obligación y una prueba para mí mismo, y me entregué a la tarea de preparar músculos y separar venas, arterias, etc... con verdadero ahínco. Durante varios meses, tuve permanentemente en mi nariz el olor a formol en que se conservaban los cuerpos. En todas las demás asignaturas me uní a los grupos de alumnos que el año anterior lo habían sido míos, para realizar las prácticas.

Mi objetivo de dejarme absorber se cumplió con creces. Ya no tuve un momento libre. Para ganar tiempo comía en un comedor de los sindicatos, cerca de la Facultad, y no tuve ya más fines de semana ni vacaciones. Por cierto que un asistente de la Facultad, que era doctor en ciencias, quiso seguir mi ejemplo, pero sólo resistió la tensión unas semanas, y lo dejó.

A Carmen tampoco le quedaba tiempo para preocuparse. Daba clases de español en el Seminario de Lenguas Romances de la Facultad de Filosofía y Letras, y llevaba la casa de todo a todo, ya que su madre poco podía ayudarle. Trabajaba muy a gusto en un ambiente muy cordial, una vez rotas las primeras barreras de desconfianza. Como los grupos de alumnos eran muy pequeños llevaba con ellos verdadera amistad, lo que para su tranquilidad no era demasiado bueno, pues tratábamos de huir de toda clase de confidencias.

Llegó el Año Nuevo de 1952 y lo celebramos como siempre, tratando de darle a las niñas la mayor sensación de estabilidad y alegría, y después de este paréntesis, siguió nuestra vida de trabajo. Por entonces, salió en la revista científica de la Facultad, "Acta Médica" mi primera publicación científica: un trabajo sobre las esporas **Rhizopus Nigricans.** Me proponía que mis estudios no interrumpieran mi trabajo científico.

Por la noche, nos sentábamos Carmen y yo al lado de la radio. Ella preparaba sus lecciones y yo estudiaba, pero habíamos de-

sarrollado un sexto sentido para aguzar el oído ante la noticia verdaderamente interesante, lo que era para nosotros una especie de enfermedad incurable.

En la ola de represión estalinista le llegó el turno a Rumania. Fue destituida Anna Pauker, que junto con sus colaboradores inmediatos, desapareció de la vida política, sin que nunca se supiera exactamente de qué era acusada quizá simplemente de ser judía. El poder pasó a manos de Ghorghiu-Dej. Este era un indicio más de que Stalin seguía encontrando resistencia en su política terrorista, lo que hacía difícil llegar a la unidad necesaria para llevar a cabo sus planes en relación con Yugoslavia primero, y con el resto de Europa después. Esto lo llevaría inevitablemente a apretar más las clavijas, lo que para nosotros no era nada tranquilizador.

En abril, la ola de la represión me salpicó directamente. Recibí un citatorio para presentarme en el edificio de la Policía de Seguridad, encargada de perseguir a los enemigos del Estado. Me citaban para dos semanas más tarde, período de espera suficiente para destrozar los nervios a cualquiera. Sin duda, era una norma premeditada para preparar a la víctima. En la fecha señalada acudí temprano al viejo caserón, terror de los ciudadanos de Brno. La cita era para las siete de la mañana. Más de una hora me tuvieron de pie en el portal, después de que me presenté a los guardianes. Por el portalón contiguo constantemente entraban y salían automóviles con detenidos a los que ponían lentes obscuros para dificultar su identificación. A pesar de eso, reconocí a una mujer, destacada comunista colaboradora de Sling. Por fin, me subieron a una pequeña habitación completamente vacía: su único mueble era una estufa apagada. De vez en cuando metían a otra persona, que me miraba con el mismo recelo que yo a él, y permanecíamos tensos sin dirigirnos la palabra hasta que un policía pasaba a buscarlo. Me entretuve mirando por la ventana y tuve la sensación de que los transeuntes evitaban este tétrico edificio. Paradójicamente allí encerrado fui tranquilizándome y tuve tiempo para pensar en mi situación y en mi pasado. Me arrepentí de haber consagrado lo mejor de mi vida a una causa capaz de devorar a sus mismos servidores de forma tan impersonal e inhumana y allí mismo hice el firme ju-

ramento de romper para siempre con todo lo que representaba el "comunismo al estilo ruso", que, por cierto, parecía ser el único posible en un mundo dominado en parte por el poderío soviético. En este momento me sentí libre y con ánimos de enfrentarme al interrogatorio al que estaban a punto de someterme.

A media mañana se presentó un esbirro de cara impenetrable y me condujo por largos corredores hasta una pequeña oficina donde estaba otro policía y comenzaron las preguntas que uno de ellos escribía a máquina con mis respuestas. Tuve primero que repasar mis antecedentes familiares, todos los detalles posibles sobre mis abuelos, padres, hermanos y parientes. Constantemente me interrumpían para que precisase algunos datos: ¿qué sueldo tenían? ¿formaban parte de algún movimiento político? ¿qué religión practicaban? y cosas así. Luego durante varias largas horas, describí toda mi vida desde mi infancia y, aunque ya en paz con mi conciencia fui lo mas objetivo posible, no pude evitar el dar énfasis a todo lo que yo creía podía favorecerme, como mi actuación en la guerra española y detenerme lo menos posible en lo que podía perjudicarme, como mi reciente actitud en el caso de Yugoslavia. Cuando me refería ya a mi estancia en Checoslovaquia, pensé citar a Geminder como la persona que podía garantizar mi conducta y avalar mi relato, pero decidí no dar ningún nombre y hablar únicamente "del Partido". Fue un acierto, porque en aquellas horas mi posible protector estaba ya preso y procesado. Premeditadamente no nombré tampoco a Sling. Cuando terminó la larga narración hubo unos segundos de embarazoso silencio, hasta que uno de los policías me preguntó qué relación había tenido yo con "el enemigo del pueblo" Sling. Les expliqué cuáles habían sido mis contactos con él y, por lo menos aparentemente, se convencieron de que nada interesante podían sacar de mí.

Terminando todo, mis interrogadores cambiaron su impenetrable máscara y uno de ellos, con cierta amabilidad, me acompañó hasta la puerta de la calle. Me alejé de allí a paso rápido feliz de haber pasado la prueba y encontrarme en libertad. Cuando me fui calmando me di cuenta de lo cansado que estaba. Eran las cuatro de la tarde y no había comido desde las siete de la mañana. Tomé un tranvía y me dirigí a casa, donde mi mujer me esperaba angustiada pensando que quizá ya no volvería.

Por algunos detalles nos dimos cuenta que el interés policiaco seguía rodeándonos. Un día, se presentó un agente a hacer unas preguntas a Carmen, no sé si por comprobar lo que yo había dicho. Otro día recibimos la visita de varios miembros del Comité del Partido, todos ellos vecinos a los que conocíamos de vista hacía tiempo. Por lo que dijeron supimos que les habían pedido informes sobre nosotros y ellos tuvieron que acusarse de falta de vigilancia pues nada sabían al respecto.

A los pocos días nos comunicaron, desde México, la muerte de mi cuñado, Antonio Parga. Su salud se había quebrantado demasiado durante la guerra en la Unión Soviética y aunque sus pulmones cicatrizaron, complicaciones cardiacas, quizá, agravadas por la altitud de la ciudad de México, acabaron con él a los cinco años de residir allí. Había tratado de rehacer su vida, casándose y dejaba un niño de corta edad. La muerte de su hijo fue un fuerte golpe para mi suegra. Su envejecimiento fue más rápido y su sordera y apatía más acentuadas. Andaba cada vez con más dificultad por la artritis progresiva de sus rodillas, rebelde a todo tratamiento. Por este motivo, se cayó en casa con tan mala fortuna, que se hizo una fisura en la cabeza del fémur. Por lo avanzado de su edad, el doctor Podlaha, que la atendió en el hospital de la Facultad, no quiso enyesarla y la encamamos rodeada de sacos de arena. Venció su naturaleza y después de varias semanas volvió a andar, y con masajes y corrientes eléctricas que yo mismo le aplicaba, conseguimos rehabilitarla.

Aquel año, formé parte de la comisión que seleccionaba a los aspirantes al ingreso en la Facultad de Medicina. Teníamos instrucciones de admitir, en primer lugar, a los de origen obrero o campesino, aunque su expediente académico no fuera muy brillante. Tomar en cuenta el origen social en un país como Checoslovaquia resultaba bastante estúpido. Frecuentemente los intelectuales eran hijos de obreros o campesinos que habían demostrado capacidad o interés para el estudio. Como en una ocasión le dijo a mi mujer un profesional, hijo de un ferroviario que estudiaba español con ella: Es ridículo que mis hijos no puedan entrar en la Universidad, en cambio los de mi hermano, que es obrero porque fue un vago, tienen todas las facilidades.

Los futuros alumnos de la Facultad llegaban atemorizados y trataban por todos los medios de demostrarnos que eran afectos al régimen. La gran mayoría no parecían sinceros y repetían como loros frases marxistas aprendidas de memoria. Muchos aseguraban también que no practicaban ninguna religión, aunque era evidente que mentían. Sólo una vez se presentó un candidato hablando con tal franqueza y espíritu crítico sobre todos los problemas del país, que no me atreví a apoyar su admisión, aunque personalmente apreciara más su honradez que la hipocresía de sus compañeros. Pude conseguir que algunos casos dudosos políticamente, pero con muy buenas calificaciones en el bachillerato, fueran admitidos, pero otras veces fracasé en mi intento. Si el fanático representante del Partido Comunista que vigilaba nuestro trabajo en la Comisión, hubiera podido leer el pensamiento me hubiera ido bastante mal, porque mi intención era que entraran los jóvenes más capaces independientemente de cualquiera otra consideración. Naturalmente que los beneficiados por mi actitud, no se daban cuenta de ello y seguramente pensaban que habían conseguido engañarme.

Aquel verano, durante las vacaciones, preparé mis exámenes. Los pasé con buenas calificaciones. Los profesores, salvo algunas excepciones, no eran muy exigentes conmigo, pero sí se daban cuenta de que yo había realizado un gran esfuerzo, dispuesto a no fracasar fuera cual fuera el tipo de prueba a que me sometieran. En septiembre, me matriculé en tercer año de medicina, y pude estudiar con más calma, sin el agobio con que había hecho los dos primeros.

En la Facultad hubo cambios. El profesor Hora renunció a su puesto de decano. Estaba moralmente destrozado y probablemente llegó un momento en que no pudo resistir más la tensión. Es posible también, que fuera destituido con disimulo. El caso es que no se recluyó en su casa y al poco tiempo moría de un infarto cardíaco.

El nuevo decano me nombró jefe de la cátedra de física y química lo cual, aunque mejoraba mi situación económica, me disgustó porque postergaba al profesor de química Oktavian Wagner, con más méritos que yo para ocupar el cargo. No me permitieron renunciar y tuve que franquearme con mi colega, que

comprendió la situación y siguió teniendo conmigo las mejores relaciones.

En casa, las cosas seguían su curso normal. Julita ya iba al kinder, cosa que era un alivio dada la situación de la abuela. Carmen tenía cada vez más trabajo en la Facultad y Carmiña seguía muy bien la escuela. De España las noticias seguían siendo malas. Mi hermana, al parecer, no mejoraba y mi madre no recibía su escuela. De repente, cuando todo parecía estar muy negro llegaron buenas noticias. Dieron a mi hermana por completamente curada y casi a la vez, mi madre fue repuesta en el magisterio aunque con la obligación de abandonar Madrid. Como ya casi era el número uno en el escalafón podía escoger lugar de trabajo y residencia. Ella eligió Alicante, ciudad con la que se había encariñado durante la guerra, y allá se fueron, madre, hija y nieta, a instalar los pocos muebles que les quedaban y el retrato al óleo que en 1935 me había hecho Desiderio Caballero, en un alegre departamento en la calle de Padrc Esplá número nueve. Mi madre empezó a dar clases en el grupo escolar Miguel de Cervantes y la vida renació para ellas a pesar de que la dolencia cardíaca de mi madre había empeorado bastante por falta de cuidados y exceso de preocupaciones. Afortunadamente, se encontraba en Alicante un cardiólogo amigo nuestro, el Dr. Tomás Richart, que desde su llegada la puso en tratamiento. Su diagnóstico fue poco optimista, bloqueo atrioventricular, con peligro siempre de muerte repentina. Las copias de los electrocardiogramas las vieron los profesores de mi facultad y fueron de la misma opinión. Empecé a hacerme pocas esperanzas de volver a ver a mi madre con vida.

Las noticias del mundo seguían siendo inquietantes.

En el XIX Congreso del Partido Comunista ruso, Stalin lanzó las que iban a ser sus últimas amenazas a todo el mundo. Su delirio de exterminio buscaba nuevas víctimas. No quedó la menor duda de que los judíos estaban ahora en la primera línea de las represiones, aunque no se revelaban aún las ejecuciones que habían tenido lugar en Rusia durante aquel verano. Esta posición antisemita se apreciaba también en Checoslovaquia. El ministro de Información Kopecky pronunció un día un discurso ante un auditorio seleccionado, del que formaban parte los profesores de la Universidad, en la Casa de la Cultura, y se expresó de un modo

tan rabiosamente antisemita, que al día siguiente el Rude Pravo, al informar, suprimió las partes más violentas. Lo curioso, es que Kopecky tenía rasgos hebreos típicos, y quizá por ello trataba de cubrirse, antes de que lo incluyeran en la lista de sospechosos.

Los partidos comunistas del mundo entero, incluyendo quizá en primera fila al español, se hicieron, servilmente, cómplices de esta locura criminal y no sólo reproducían en sus publicaciones los desatinos inventados por la policía soviética, para justificar la represión, sino que a menudo añadían algo de su cosecha. Sin embargo, siempre había militantes, incluso algunos destacados, que se enfrentaban con su propia conciencia y se apartaban o eran expulsados. De este modo, el ejército de ex-comunistas se iba incrementando. En él terminó ingresando André Marty.

Por aquel tiempo el general Eisenhower fue elegido presidente de los Estados Unidos de América. En su campaña electoral había prometido acabar con la guerra de Corea y repitió esta promesa al visitar el frente. También habló de liberar a los países sometidos a la influencia rusa. En Checoslovaquia, parte de la población lo tomó al pie de la letra e incluso celebraron su ascenso al poder. Nosotros lo supimos por una amiga española que trabajaba en una fábrica en el turno de noche. Después de que el encargado pasó revista, cerraron las puertas sacaron bebidas y brindaron por el triunfo de Eisenhower y por su pronta liberación del yugo. Cuando nuestra amiga les preguntó, extrañada, si les parecían mejores amos los norteamericanos, uno le contestó: malo es tener amo, pero es preferible servir a un amo rico. Los americanos se llevarían también el uranio, pero lo pagarían...

En noviembre, se celebró en Praga el primer proceso contra los dirigentes comunistas en desgracia. Leí con la mayor atención el acta de acusación que publicó la prensa y que transmitieron repetidas veces todas las emisoras del país. Eran catorce las víctimas, todos altos funcionarios del Partido o del Gobierno. Slansky, que durante varios años había sido la segunda personalidad de Checoslovaquia, aparecía en primer lugar. Varios eran judíos: André Simon, Geminder, Sling y London. A todos se les achacaban todos los posibles delitos, empezando por traición, espionaje y sabotaje. Se les acusaba además de ser enemigos declarados de la Unión Soviética y como tales, haber puesto inconvenientes cuando se

trataba de firmar acuerdos económicos con los rusos. Sin embargo, nos asombró y tranquilizó que apenas se nombraba a las Brigadas Internacionales, objeto, al principio, de burdas alusiones, lanzadas incluso por el propio presidente Gottwald.

Durante varios días, se obligó a todos los ciudadanos checoslovacos a escuchar la transmisión directa del proceso, indigno espectáculo que violaba las más elementales reglas jurídicas y rebajaba la dignidad humana al más ínfimo nivel. El efecto en el pueblo era contraproducente, pues todo el mundo pensaba en las terribles presiones morales y físicas a que habrían sido sometidos aquellos hombres, para que se aprestaran dócilmente a jugar aquel papel. Todos, con voz monótona, renunciaban a defenderse; aceptaban cualquier cargo que les hiciera el fiscal por absurdo que fuera, y se declaraban culpables de los más variados delitos. Todavía no había leído yo la descripción que Arthur Koestler hizo de las purgas stalinianas, pero como testigo de una de ellas, debo afirmar que la realidad resultaba aún más abyecta y denigrante.

A Slansky le achacaron el "asesinato" de Sverma cuando los dos participaron en la insurrección eslovaca, casi al final de la Segunda Guerra Mundial. Sverma enfermó entonces y no sobrevivió a las privaciones y sufrimientos "que fueron aumentados por Slansky al darle unas botas que le venían demasiado estrechas y le dificultaban el andar" (sic).

Acusaciones de este tipo hubieran sido cómicas ante un tribunal normal, pero eran admitidas como "pruebas irrefutables" por aquellos inquisidores de nuevo, hasta peor cuño.

Me impresionó sobre todo la suerte de los tres acusados que conocía en persona. Geminder, que hablaba a la perfección varios idiomas, por lo menos, que yo supiera, el ruso, el alemán, el checo y el español, nacido en Checoslovaquia en tiempo del Imperio Austrohúngaro, educado en colegio alemán, reconoció no tener idioma materno, ser un cosmopolita corrompido, ligado a servicios de información extranjeros y "tener relaciones con un hermano dentista establecido en Santiago de Chile". ¿Acaso este viejo agente del NKVD, de la confianza personal de Stalin, se había prestado a "morir sirviendo al Partido", pero dejando para la historia los detalles que podían ridiculizar a sus verdugos? Nunca

lo sabremos. Sling aceptó ser un reaccionario nato, hijo de burgueses, que se había adherido al movimiento comunista para sabotearlo (y para disimular, pensaba yo, se dejó herir cinco veces en la guerra de España). London presentó su ingreso en un sanatorio suizo durante la Segunda Guerra Mundial, como obra de Allan Dulles que lo reclutó como agente del espionaje norteamericano. No se relacionaban las actividades de Sling y London con su estancia en España, pero tampoco se aducía en su defensa el haber sido voluntarios en nuestra guerra. Creí entonces que, por demasiado monstruoso, habían dejado a salvo las Brigadas Internacionales; pero perdí esta ilusión cuando me enteré que estaban preparando un proceso especial dedicado exclusivamente a los interbrigadistas checos y en el cual, quizá, encajara yo.

En torno a la persona de London se movieron distintos intereses. Raymond Guyot, casado con una hermana de Lisa, llegó desde París, para salvarle la vida. Supe después de los esfuerzos de London para que su mujer abjurara de él públicamente y se solidarizara con la sentencia, cosa a la que Lisa se resistía.

Ya en Rusia nos habíamos enterado con incredulidad, que una de las caras de la represión era obligar a los hijos y familiares de los acusados a solidarizarse públicamente con los verdugos y renegar de los "enemigos del pueblo". Tampoco faltó esto en la escenificación de Praga. Cuando el proceso estaba tocando a su fin, aparecieron en la prensa cartas de "aspirantes" "a viudas" y a "huerfanos" pidiendo al fiscal el justo castigo para sus parientes. Entre estas cartas destacó la del hijo mayor de London, prometiendo crecer y educarse en las filas del marxismoleninismo.

Por fin, terminó el juicio, pero no la pesadilla. En todo el país en reuniones preparadas por el Partido Comunista, los dirigentes, aterrorizados o fanatizados, que de todo había, redactaban telegramas para enviar al presidente Gottwald, pidiendo la pena máxima para los enemigos del pueblo, proposiciones que eran aprobadas por unanimidad. Quizá aún más vergonzosas fueron las intervenciones de los abogados defensores. Aceptaron sin discusión todas las acusaciones del fiscal, y se limitaron a pedir benevolencia al tribunal, como por fórmula. La sentencia fue de muerte

para once de los procesados y de cadena perpetua para los tres restantes, entre ellos London.

El día 3 de diciembre los condenados a pena capital fueron ahorcados. La gente escuchó la noticia por radio en medio del mayor silencio sin hacer comentarios de ningún tipo. A mí me impresionó terriblemente, y me sentía cómplice del crimen por haber servido a una causa que conducía a tal degeneración. Hay muchas maneras de morir y a lo menos que puede aspirar un hombre que se entregó a una lucha pensando en el mejoramiento de la sociedad, es a morir dignamente. Los comunistas Slansky, Geminder, Sling, André Simon y sus compañeros de infortunio, acababan de desaparecer de la manera más infame, a manos de sus propios correligionarios.

CAPITULO XII

¡HA MUERTO STALIN!

El año 1953 comenzaba bien tristemente. Se esperaban nuevos procesos y uno de ellos estaría dedicado a Josef Pavel y sus compañeros de las Brigadas Internacionales. Coincidiendo con este clima en Checoslovaquia, se anunció en Moscú la detención de un grupo de médicos especialistas de la clínica del Kremlin, acusados de haber asesinado a algunos dirigentes soviéticos y de preparar la muerte de varios más, incluido Stalin. Los acusados eran todos judíos y los había denunciado una médica que había alcanzado a oir sus tenebrosos planes. La agencia soviética Tass daba todos los detalles del increíble complot. Las pruebas acumuladas eran burdas y desprovistas de toda lógica, pero la denunciante fue condecorada con la orden de la "Bandera Roja" en premio a su patriotismo y su "vigilancia bolchevique".

Antes de salir de la Unión Soviética habíamos oído rumores de que Stalin había sufrido un ataque cerebral. En sus últimas apariciones en público creíamos advertir que movía un brazo con dificultad, hasta hicimos bromas porque los dirigentes que lo rodeaban también saludaban sin levantar demasiado el brazo. Pero no deducíamos de ello que su vida estuviera amenazada. Tenía tanto poder el dictador soviético que parecía inmortal. A primeros de marzo, durante varios días, Radio Moscú transmitió los partes facultativos de la enfermedad de Stalin, probablemente muerto ya cuando se publicó el primero de ellos. Recuerdo como dato curioso que en uno de los partes se anunciaba que se le habían aplicado sanguijuelas, supremo recurso de la medicina rusa. El 5 de marzo se dio la noticia de su muerte. Al regresar aquella

tarde a mi casa, compré una botella de vino, quizá la única que haya comprado en mi vida, fuera de alguna fiesta familiar señalada, y la dejé cuidadosamente escondida en el bolsillo de mi abrigo. Encontré a mi mujer colocando en la ventana un retrato de Stalin con un lazo de seda negro, siguiendo órdenes dadas por radio. Por cierto, que mi suegra cedió gustosa para la ocasión una prenda que guardaba desde España, aunque ya no le servía. Cuando las niñas y la abuela dormían ya, ante la sorpresa de mi mujer puse sobre la mesa la botella de vino y brindamos los dos al son de las marchas fúnebres que desde los altavoces ensordecían el barro. Era la mejor noticia que habíamos recibido en mucho tiempo y estábamos conscientes de que, aunque no representara el fin del estalinismo, iba a salvar muchas vidas y frenar la represión desencadenada. Además, nos considerábamos incluidos en la lista de los salvados.

En la Unión Soviética y en todos los países del campo socialista, se celebraron los más grandiosos funerales que puedan imaginarse. No se escatimaron adjetivos para elogiar al finado dictador, que había dominado y seguía dominando de modo absoluto las mentes de todos sus funcionarios, grandes y chicos. En todas partes, hubo reuniones fúnebres. En nuestra facultad hizo la necrología el profesor Tryb, nuevo decano y, la verdad que parecía sinceramente emocionado. Todos los profesores escuchaban muy serios y hasta compungidos, pero estoy seguro que no era yo el único con la máscara puesta. El día del entierro, por unos minutos se paralizó toda la vida en Checoslovaquia. Fábricas, escuelas, transportes, oficinas y hasta los transeúntes en las calles y caminos, escucharon en pie y en silencio el último acto de la adulación. Fue un espectáculo bien organizado y resultaba, en verdad, impresionante, aunque por desgracia, no merecido.

Nadie había en la URSS con categoría suficiente para recoger la herencia de Stalin: destino final de todas las dictaduras. Malenkov, en la cúspide, como presidente del Consejo de Ministros; Molotov, ministro de Relaciones Exteriores y Beria, ministro del Interior, formaron la "dirección colectiva". Malenkov era un obscuro burócrata que el dictador había escogido para sucederle, pero carecía de talla y tenía perdida la partida de antemano. Beria y Molotov volvían a ocupar los cargos perdidos en los últimos tiem-

pos. Bulganin también recuperó su puesto de ministro de Defensa. En último lugar, casi en las sombras, pero ya con el nuevo poder en la mano aparecía Jruschiov, nuevo secretario general del Partido Comunista Soviético.

Al poco tiempo fallecía el presidente Gottwald. Acababa de regresar de Moscú, donde a pie firme aguantó las ceremonias luctuosas de la Plaza Roja, mientras depositaban el cuerpo embalsamado de Stalin en el Mausoleo de Lenin. Le debió de calar hasta los huesos no sólo el frío moscovita sino también el recuerdo de Slansky y los demás compañeros de lucha ajusticiados recientemente. Murió en unas horas a causa de la ruptura de la aorta, y otra vez las radios checoslovacas empezaron a transmitir música mortuoria. Tan pronto se supo la noticia, hubo en Brno una concentración de todas las organizaciones de la ciudad en la Plaza del Ejército Rojo. En representación del claustro de profesores fuimos Hercik, otros compañeros y yo, vestidos con togas y birretes negros y con grandes medallones dorados en el pecho. Casi no podía contener la risa en aquella mascarada, pero procuré mantener la cara bien seria. En la ventana de casa pusimos ahora el retrato de Gottwald, con el lazo negro del luto anterior y por la noche mi mujer y yo brindamos, con lo que quedaba de la botella, por el descanso de muchos hombres para los cuales aquel fiel estalinista había sido una amenaza letal.

Se implantó también, y cómo no, en Checoslovaquia la dirección colectiva, aunque aquí el cambio no era tan evidente como en Rusia. Antonin Zapotocky pasó de presidente del Consejo a presidente de la República. Viliam Siroky ocupó su puesto anterior. De secretario general del Partido quedó Antonin Novotny, todos ellos incondicionales de Gottwald y cómplices de sus desafueros. Sin embargo, se pusieron de acuerdo para eliminar en breve plazo al yerno de Gottwald, el bizarro general Cepicka, que, con sus cargos, perdió sus grados desapareciendo de la vida pública. Pronto corrió el rumor de que Martha Gottwaldova había perdido la razón y a gritos decía que a su marido lo habían matado los rusos. Fuera cierto o no, el caso es que también desapareció por completo de la vida social.

En realidad nada parecía haber cambiado, pero seguir fieles al estalinismo una vez muerto Stalin, no era tarea fácil. Los rusos

habían liberado a los médicos judíos y la delatora había perdido la Orden de la Bandera Roja. Siguiendo esta línea, tampoco en Checoslovaquia habría más procesos públicos e incluso se supo de detenidos puestos en libertad. Decenas de miles de ejemplares de las actas de los procesos de Praga, traducidas a todos los idiomas quedaron almacenados en un sótano del Comité Central del Partido, en Praga. Lo supe por José Vela que había colaborado en la versión española. La posición oficial hacía todo lo posible por ser la de "el rey ha muerto, ¡viva el rey!" y era cómico oírles en los mítines dando vivas "al camarada Malenkov, jefe del proletariado mundial". En todos los despachos y oficinas apareció el retrato del supuesto "jefe del proletariado", con su aspecto gordinflón y su cara inexpresiva. En cambio, leyendo con atención la prensa rusa se advertía que allí la "dirección colectiva" era un hecho y que tenían mucho cuidado de que no destacara nadie sobre nadie. Esta línea también la aprecié claramente en el discurso de un general ruso que vino a Brno con motivo del aniversario de la liberación de la ciudad. Así que yo decidí no colgar el retrato de Malenkov en mi oficina y esperar pacientemente lo que pronto vino: una danza de órdenes y de retratos.

Los síntomas de la lucha desencadenada en torno al poder fueron pronto evidentes. Conociendo el sistema soviético, el hecho de que los médicos de Moscú hubieran sido declarados inocentes, admitiendo públicamente que las confesiones habían sido arrancadas por la policía por medio de malos tratos, era algo realmente trascendental. Por esto ya no fue sorpresa el que Beria fuera expulsado del gobierno y detenido. Corrió la suerte de todos los jefes policiacos que le precedieron. Le había llegado el turno de ser acusado de los mayores crímenes, los mismos que él había achacado a sus víctimas: "enemigo del pueblo, traidor, espía, saboteador", y todavía algo más, se le acusó de haber abusado de la autoridad "violado la legalidad socialista". Parecía que la revolución rusa había llegado a su termidor. Todas las posibles futuras víctimas se habían unido para acabar con él, pero en este caso no se atrevieron a hacerlo hasta que su "Robespierre" hubo fallecido de muerte natural.

No sólo los dirigentes comunistas checoslovacos parecían no comprender lo que estaba pasando en la URSS, lo mismo les pa-

saba a todos los dirigentes de los otros partidos. Nuestra Dolores Ibarruri escribía lacrimosos artículos, en los que Stalin era adulado como en los tiempos en que con mano férrea los tenía a todos metidos en un puño. De la manera más servil, corría por los partidos comunistas el deseo de que surgiera un nuevo jefe, que llenara el vacío y garantizara que las jerarquías no sufrieran daño. En una palabra, se agarraban a sus puestos, vitalicios como el del tirano, con uñas y dientes. Y para esto era necesario conservar pura la imagen de Stalin. En Francia, por ejemplo, causó gran revuelo el retrato que le hizo Pablo Picasso, que publicó Louis Aragón en "Lettres Francaises". En él, el genio del pintor traicionaba su posición política. Con trazos sencillos, presentaba un Stalin joven, de rasgos georgianos típicos, gran nariz, abundantes cabellos y bigotes negros, y una mirada torva, acerada, que causaba terror y en cuya profundidad parecían apreciarse millones de sus víctimas. Acierto de interpretación sólo comparable al que tuvo cuando creó la paloma, híbrido de gallina y águila, que adoptó como emblema el movimiento por la paz de inspiración comunista.

Imitando lo que ocurría en Rusia, la división de poderes se extendió por las repúblicas populares. En Hungría, Imre Nagy sustituyó a Rakosi al frente del gobierno, mientras éste seguía controlando el Partido, con la vieja guardia estalinista entre los que destacaba Geroe, el camarada "Pedro" que asesoraba a los comunistas catalanes durante la guerra de España. En general, todo parecía seguir igual, excepto en Alemania Oriental donde el descontento latente desató en junio la sublevación de Berlín, aplastada sin contemplaciones por los tanques rusos.

Los planes de Stalin para la conquista de Europa fueron, desde luego, archivados y Checoslovaquia tuvo que cambiar de nuevo la estructura de su economía, orientada en los últimos años hacia la guerra. Las nuevas readaptaciones debieron ser tan costosas como las anteriores, dada la ineptitud de los planeadores y dirigentes. Bastaba contemplar la situación en la escuela militar de Brno. Centenares de oficiales que terminaban en ella los estudios, como ya no podían ser absorbidos por el Ejército tenían que dejar el uniforme y trabajar en la industria como técnicos. Pronto se redujo el número de alumnos, y supongo que los

sables sobrantes se usaron como chatarra. El único beneficio inmediato que recibió la población civil fue la salida al mercado de gran cantidad de conservas alimenticias, de víveres, telas y otros artículos, procedentes de las reservas almacenadas. Pero antes, se llevó a cabo la reforma monetaria.

En la primavera de 1953 corrieron insistentes rumores de un cambio de moneda, el segundo después del final de la guerra. La gente se lanzó al comercio a hacer compras de pánico. Adquirían cualquier cosa que estuviera a la venta, algunas francamente poco utilizables. Los almacenes estatales hicieron buen negocio, librándose a precios altos de mercancía anticuada, invendible en condiciones normales, hasta que fueron vaciados y cerraron sus puertas. Un sábado, cuando ya sólo estaban abiertas panaderías, lecherías y algunas tiendas de comestibles, el gobierno publicó el decreto esperado ya por la mayoría.

El lunes siguiente era día de pago y todos los sueldos se darían en coronas nuevas, una por cada cinco de las antiguas. Los precios se rebajaban en la misma proporción, de modo que el poder adquisitivo, aparentemente, no cambiaba .Sin embargo, como a la vez se suprimía el racionamiento y se lanzaban al mercado muchos artículos antes inexistentes, hubo de hecho un encarecimiento general; pero al menos había algo que comprar.

Lo peor fue para los que tenían dinero ahorrado, cosa casi obligada entre los checos, gente ahorrativa por excelencia. Durante algunos días, oficinas especiales cambiaban 3,000 coronas por persona en la proporción de cinco a una, siempre que se presentasen documentos de identidad y cartillas de racionamiento. El resto del dinero lo cambiaban a razón de cincuenta a uno. Las coronas antiguas eran válidas para comprar también de cincuenta a uno, durante corto tiempo. Para mucha gente, sobre todo de cierta edad, que vivían pensando en la vejez o en la muerte y ahorraba todo lo que podía, fue una verdadera tragedia. Hubo numerosos intentos de suicidio que en algunos casos fueron fatales.

La reforma monetaria fue para el gobierno un magnífico negocio. Suprimió de golpe gran parte del dinero circulante, por un lado, y por otro se las arregló para especular a costa del

pueblo. Si los organismos oficiales debían algo a los ciudadanos se lo pagaban a razón de 50 a uno, pero lo que se le debía al Estado, impuestos, cuotas, etc., había que pagárselo de cinco por uno. Gracias a esta reglamentación muchas gentes resultaron estafadas, entre ellas mi mujer que, como lectora de español, recibía sus honorarios al final del curso de una vez y recibió diez veces menos de lo que le correspondía.

En estos momentos se ampliaron mis actividades. Se había creado, al estilo soviético, la sociedad checoslovaca para la difusión de conocimientos políticos y científicos. Una de sus misiones era facilitar conferenciantes a centros culturales y recreativos de todo tipo. La sección de Brno estaba dirigida por un antiguo colaborador de Sling que libre por milagro de la cárcel, fue relegado a este puesto secundario. Fui con él en varias ocasiones a los pueblos cercanos a informar a pequeños auditorios sobre la guerra española y la situación en mi país. Eran charlas informales y después contestaba las preguntas que me hacían. Participaba con gusto en esta labor de información aun antes de comprobar, con agradable sorpresa, que mi trabajo era retribuido. En aquellos viajes alrededor de la ciudad me acompañaban a veces otros comunistas extranjeros: un ingeniero griego ex-guerrillero y un italiano reclamado en su patria, quizá por espionaje, de acuerdo con lo que me dejó entrever. Emigrados recientes, los dos estaban desesperados al no ver ninguna perspectiva inmediata de dejar de serlo.

Llegaron los exámenes. Aprobé el tercer año de medicina y me dispuse a aprovechar el verano para descansar un poco. La tensión en que habíamos vivido había cedido bastante y teníamos más ánimos para relacionarnos con los otros "españoles", sobre todo con el matrimonio Santiago con el que íbamos a menudo al huerto del padre de Slavka, en Kralovo Pole.

Pensaba pasar mis vacaciones a la orilla del Soratka, pero en la facultad me dieron la posibilidad de ir un par de semanas a una casa de descanso situada en el "Paraíso Checo" cerca de Turmov, a unos 100 Km. al noroeste de Praga. Pasé unos días muy agradables en esa región agreste, cubierta de bosques y de aglomeraciones rocosas: Hruba Skala y Prachoske Skaly. Hice muchas excursiones y visité varios castillos, las ruinas de la for-

taleza de Trotsky y el monte Kazarov con sus yacimientos de piedras semipreciosas. Invitado por el maestro de un pueblecito cercano, fui a la escuela y pasé un rato muy agradable con los niños, que me devoraban con los ojos asombrados de tener la oportunidad de ver a un español. Fueron para mí unos días de relajamiento físico y mental.

Durante este tiempo, Carmiña, con un grupo de compañeras, recorrió, en un campamento móvil, cerros, montañas, y lugares históricos, y también volvió encantada.

Algo más tranquilos, mi esposa y yo podíamos ya soñar con salir de Checoslovaquia hacia cualquier país del mundo occidental, pero no sabíamos cómo. Confiábamos en que el proceso interno iniciado en la Unión Soviética, nos daría alguna oportunidad.

En agosto los rusos anunciaron que poseían también la bomba de hidrógeno, lo que restablecía el equilibrio nuclear entre Oriente y Occidente. Vivíamos con la esperanza de que ya más seguros se abriera algún resquicio en la Cortina de Hierro que nos permitiera salir.

A fines de septiembre, el general Franco alquiló por una buena suma de dólares, bases militares en España a los EE.UU. Esto no iba a agravar la guerra fría, puesto que los rusos preferían ver las bases americanas en Europa, lo más lejos posible de sus fronteras, pero la oposición política dentro de España quedó prácticamente eliminada. Siguieron declarándose huelgas esporádicamente, que el gobierno dominaba sin dificultad. Así culminó el proceso, inconcebible unos años antes, de que un estado totalitario, sobreviviente de la derrota mundial del fascismo, se estabilizara con la ayuda directa de una gran potencia democrática, pero cuidadosa escogiendo aliados. Esto provocó gran indignación entre los republicanos españoles, pero no repercutió de modo apreciable en la opinión pública mundial, preocupada por otros problemas y envenada por la guerra fría.

Terminaron las vacaciones y empezó un nuevo curso. Mis hijas volvieron a la escuela. Carmiña hacía el octavo y último año de la primaria y Julia el segundo del jardín de niños. Carmen y yo reanudamos nuestro trabajo en la Universidad. A ella

le subieron el sueldo, y empezaron a pagarle mensualmente, tratando de compensarle los meses que había trabajado casi de balde por obra y gracia de la reforma monetaria. Yo cada vez compaginaba mejor mis trabajos como profesor y mis estudios como alumno. Además contaba ya con un grupo muy valioso de jóvenes auxiliares a los que podía encargar de todas las prácticas y gran parte del trabajo de investigación.

Por el país corría una ligera brisecilla de libertad y la desconcertada policía era algo menos temida. Personas antes siempre silenciosas se atrevían ahora a expresar su disconformidad, aunque sólo fuera a base de chistes, llamados "radioactivos", porque sus autores o divulgadores corrían el peligro de ser enviados a las minas de uranio. La URSS y sus servidores checoslovacos eran el blanco de la más fina ironía, al estilo del buen soldado Svejk, el personaje literario de Jaroslav Hasek, convertido en héroe popular de la resistencia pasiva. Como burla de la actitud sumisa ante los rusos, se aseguraba que un tratado sobre elefantes editado en Checoslovaquia inevitablemente llevaría el título de "El elefante soviético nuestro modelo". En cuanto se inauguró en Praga el masivo monumento a Stalin, en donde aparecía la figura del dictador a escala gigantesca seguida de una serie de personas del pueblo, empezaron a llamarle "la cola de la carne" y se aseguraba que Stalin aparecía sonriente, porque estaba el primero. Otras veces las alusiones se dirigían a las orejas de Zapotodky, haciendo un juego de palabras con el verbo escuchar que en checo también significa obedecer. Abundaron los chistes sobre Cepicka mientras fue ministro, luego nadie se volvió a ocupar de él.

Dos de los comunistas más influyentes de mi facultad, tuvieron que abandonar Brno. Uno fue el jefe de la cátedra de marxismo-leninismo, de aspecto ascético y salud precaria, resultado de su internamiento en campos de concentración nazis. Siempre había mantenido las posiciones políticas más ortodoxas, hasta el punto de ser considerado más estalinista que Stalin. Pero tuvo que ser sometido a una intervención quirúrgica y bajo la influencia de la anestesia se liberó su subconsciente y empezó a insultar de la manera más soez a los más altos dirigentes del Partido y del Gobierno. La noticia corrió con rapidez y los

comentarios jocosos abundaron tanto, que el desprestigiado profesor ya no pudo volver a su puesto.

También Tihelková fue sacrificada. Había perdido toda su influencia y fue expulsada del Partido, sin tener en cuenta todos sus servicios. La medida causó sorpresa general, pero fue recibida con alegría, incluso entre sus propios ex-correligionarios. No fue a parar a la cárcel como le hubiera pasado unos meses antes, pero tuvo que abandonar la ciudad. Lejos de sentirse anonadada miraba a todos con altivez. Otra sorpresa fue que no se marchó sola, sino acompañada de un compañero médico con el que se casó a toda prisa en un inesperado final de novela rosa.

Tenía que frenar siempre a uno de mis asistentes que no desaprovechaba ocasión de manifestarse en contra de los comunistas. Trataba de convencerlo de que no se comprometiera inútilmente y que, en espera de tiempos mejores, se dedicara al trabajo científico. No es que añorase el capitalismo, pero no aguantaba la falta de libertad. En una de las reuniones de nuestra cátedra después de oír el obligado informe político, dedicado ese día a la "legalidad socialista", no pudo contenerse y preguntó cuándo se rehabilitan a Slansky y a los otros condenados en los recientes procesos. Su argumentación era sencilla; si en Moscú los médicos perseguidos habían resultado inocentes y la policía era la responsable, lo mismo podía haber sucedido en Praga. Decir eso públicamente en Checoslovaquia, estando en el poder los mismos que habían organizado los procesos entrañaba un gran riesgo, y todos nos miramos asombrados mientras yo me apresuraba a pasar a otro punto del orden del día. Por fortuna nadie lo denunció. Me preocupaba un asistente del profesor Wagner, el único entre los testigos miembro activo del Partido. Al terminar la reunión le sondeé al respecto y me prometió no dar importancia al incidente, promesa que cumplió.

Por intermedio de alguien de la colonia "española" entramos en relación con el ingeniero Ludvik Samek, hombre de bastante edad que había recorrido medio mundo. Hablaba bien el español y como vivía cerca de casa charlábamos con él a menudo. Era un hombre muy interesante. Miraba el mundo con ojos críticos desprovistos de pasión, con la serenidad del que va llegando al final de la vida después de vivirla intensamente. Llegamos a in-

timar bastante y a hacernos confidencias, coincidiendo en muchas cosas. Comentando esto nos dijo un día que éramos gente destinada a ser colgada: por los rojos, acusados de blancos: y por los blancos, acusados de rojos. Es muy difícil, agregó, tener una posición objetiva en este mundo lleno de fanáticos intransigentes.

Samek, a juzgar por sus estudios y experiencia, era un buen especialista, pero en aquellas circunstancias se contentaba con un empleo secundario en espera de la jubilación. Todavía era capaz de indignarse cuando nos hablaba de la desatinada economía checa sometida en absoluto a los intereses soviéticos. Su indignación subía aún más al narrar los trucos de los técnicos rusos, peores que los de cualquier empresa imperialista. Las mejores fábricas checas de la industria pesada trabajaban atendiendo pedidos soviéticos y cuando se presentaban los técnicos a recoger los encargos ponían todas las pegas posibles (por ejemplo, no les gustaba el color de la pintura), para retrasar la entrega, y así gracias a las multas especificadas en los contratos por retrasos, llevarse la mercancía casi regalada. Otras veces ni se presentaban y exigían que los propios checos trasladaran la mercancía a un país occidental, generalmente Suiza, donde sin pudor, les dejaban presenciar la transacción comercial a precios mucho más elevados que los que ellos habían pagado a sus satélites.

Las condiciones leoninas, que la Unión Soviética imponía a sus satélites en las transacciones comerciales eran realmente increíbles. Todas se hacían en dólares y como el cambio a rublos y a las otras monedas del campo socialista era completamente arbitrario y artificial, los rusos lo combinaban todo de la manera más favorable con la seguridad de que nadie iba a protestar, sobre todo después de los procesos, en los que la acusación principal había sido "poner inconvenientes a los tratados comerciales". Por todo esto no era de extrañar que clientes tradicionales del cristal de Bohemia, como Suecia, dejaran de comprarlo en Checoslovaquia, porque los rusos lo vendían más barato.

Los acuerdos con los otros países del bloque soviético eran también muy desfavorables para Checoslovaquia. Enviaban a China Roja tractores y maquinaria y recibían a cambio baratijas, como flores de papel, abanicos y palillos para comer, además de cigarrillos y gallina en conserva de buena calidad, pero extra-

ordinariamente encarecidos por el transporte a miles de kilómetros. Samek me aseguraba que en la fabricación de rieles había dejado de comprarse el hierro europeo y se traía desde China, para luego tener que venderlo a precio muy inferior al costo. Resultaba difícil imaginar un caso más disparatado de desajuste económico. Checoslovaquia había sido obligada por el dizque "plan de ayuda al desarrollo económico" a exportar fábricas de calzado, y ahora, el país donde surgieran las famosas fábricas de calzado Bata, que habían inundado el mundo entero con su producción, tenía que importar zapatos de Hungría...

Nuestra vida seguía deslizándose en Zabobresky bastante tranquila, hasta el punto de que si pudiéramos abstraernos de los problemas políticos y de nuestra calidad de extranjeros, quizá hubiéramos permanecido indefinidamente en Brno. Pero nuestra idea fija, seguía siendo aprovechar la primera oportunidad para escapar del país, puesto que no queríamos vivir los acontecimientos que inevitablemente sacudirían a los países socialistas cuando se debilitara el poderío soviético. Ajenas a esto, mis hijas vivían felices, adaptadas por completo al ambiente. Según la estación del año, pasaban de la bicicleta a los patines, o los esquíes, y eran muy buenas deportistas.

En el reparto de juguetes a los niños, San Nicolás seguía ganándole la batalla al "abuelo invierno", importación soviética que gozaba del apoyo gubernamental. Aquel año, Carmiña, vestida de diablo y sus dos mejores amigas una de ángel y otra de obispo, visitaron casi todas las casas del barrio ayudando a las mamás a repartir los regalos, según la tradición. Iban muy bien vestidas y tuvieron mucho éxito, menos con Julita, que inmediatamente reconoció a su hermana.

Cuando ya se acercaba la Navidad hubo un estallido de cólera popular. El gobierno decidió suprimir la gratificación navideña que tradicionalmente venían recibiendo todos los asalariados del país. El anuncio lo hizo el presidente Zapotovsky en persona, asegurando que la medida se tomaba a petición de las organizaciones de masas, y era debida a la "continua elevación del nivel de vida". Esta burla despertó gran indignación y dio lugar a muchas protestas que en Brno desembocaron en una huelga general espon-

tánea que durante varias horas paralizó casi por completo la ciudad.

A mediodía, los obreros de las principales fábricas, empezando por la famosa Zbrojovka, hicieron sonar las sirenas, abandonaron el trabajo y en manifestación se dirigieron al centro de la ciudad. El transporte urbano dejó de funcionar. Durante unas horas una gran muchedumbre se dedicó a dar gritos contra el gobierno y a injuriar de palabra y de obra a las personas que llevaban insignias comunistas o eran muy conocidas por su filiación. La policía no hizo acto de presencia. Cuando llegó la noche se fueron dispersando, satisfechos de haberse desahogado, cansados de las caminatas a lo largo de la ciudad y desilusionados por no encontrar enemigo que se les opusiera. Cuando quedaban solamente grupos de recalcitrantes salió la policía a la calle y en camiones se los llevó a todos detenidos.

A la mañana siguiente, obreros y empleados volvieron a su trabajo asustados de su audacia de la víspera y temiendo las consecuencias, a pesar de que el gobierno, asustado, había restablecido las gratificaciones. Se supo que en Plzen los desórdenes fueron aún más violentos. En ambas ciudades hubo numerosas detenciones de supuestos organizadores que fueron juzgados y condenados a largas penas de cárcel, a pesar de que evidentemente su lucha era justa, teniendo en cuenta el más estricto sentido de defensa de las conquistas obreras.

La víspera de Navidad se anunció en Moscú la noticia del fusilamiento de Beria y un grupo de sus más destacados colaboradores, confirmando el viejo proverbio de "quien a hierro mata a hierro muere". Bastaba leer los nombres del tribunal militar que los condenó, para darse cuenta de que el ejército soviético estaba tomando venganza de la policía política que tan bestialmente lo había diezmado en tiempos de las purgas estalinianas. En Checoslovaquia produjo una gran sensación; muchos me preguntaban cómo podían ocurrir esas cosas, y cómo era posible que un asesino hubiera estado tanto tiempo en el gobierno que admiraban todos los hombres progresivos del mundo. Era difícil contestar a estas preguntas, y salía del paso como podía: nosotros seguíamos observando la lucha por el poder en Rusia, estábamos seguros que solamente era el comienzo. Los altos jefes

habían empezado a devorarse entre sí, pero todavía no estaba claro quién quedaría en primera línea, pues Malenkov cada vez destacaba menos en las noticias de prensa.

Las vacaciones de fin de año, las disfrutamos con más tranquilidad. Sin hacernos grandes ilusiones, confiábamos en el futuro y estábamos optimistas. A ello contribuía las buenas noticias que llegaban de Alicante donde mi familia se reponía de las calamidades pasadas. Por unos días tuvimos un huésped inesperado. Estaba en Brno un comunista brasileño que había venido a hacerse cargo de la maquinaria para la imprenta del Partido. No hablaba palabra de checo y los funcionarios encargados de atenderle no sabían qué hacer con él durante las fiestas. Me rogaron que lo invitara para que por lo menos tuviera con quien hablar durante esos días en los que todo estaba cerrado. Nos entendimos muy bien. Charlamos largo y tendido, del Brasil, de España, del mundo entero, en tonos muy ortodoxos. Aunque parecía sincero militante, pudimos constatar que el comunismo criollo distaba mucho de la férrea ideología a que ya estábamos acostumbrados. Seguramente que él se hubiera sorprendido mucho si pudiera leer nuestros pensamientos.

Empezó 1954 con la misma rutina de años anteriores: Conferencias, prácticas y luego exámenes de mi asignatura. Pero este año hubo una novedad. El viceministro de Enseñanza Frantisek Kahuda, me nombró miembro de la Comisión Nacional de Expertos, encargada de mejorar los sistemas pedagógicos de las facultades de medicina, tanto en lo relativo a los planes de estudios como a libros de texto. A este respecto, tuve algunas reuniones con otros profesores de Física Médica. Estaban todos muy descontentos con el manual ruso traducido, que nadie utilizaba, pero no nos pusimos de acuerdo cómo sustituirlo. Por este motivo tuve que ir a Praga algunas veces. Trataba de visitar a Cordón, pero siempre estaba muy ocupado y si salía de su despacho, era sólo un momento para quitarse de encima al visitante no deseado. Había entrado a formar parte del Comité Central y ahora más que nunca deseaba no comprometer su carrera política. De todos modos yo estaba bien informado de la marcha de los acontecimientos en el colectivo "español", aumentado ahora con los co-

munistas expulsados de Francia y con los cuales aún menos querían que yo estuviera en contacto. Aunque nadie me lo había comunicado sabía que Líster miembro ya del Buró Político estaba al frente de la organización y, como era de esperarse, eran frecuentes las reuniones para acusar de tibieza o de trabajo fraccional a alguno de los militantes, según el estilo y la práctica de los colectivos españoles de la URSS. Modesto había sido desplazado de la dirección y era sometido a frecuentes humillaciones públicas.

Aquel invierno Líster estuvo en Brno para hablar en una asamblea de alumnos de las escuelas militares. Carmen y yo decidimos visitarlo en plan personal, puesto que curiosamente, había habido siempre entre nosotros una corriente de simpatía, enfriada por el engranaje político que nos manipulaba y al cual él por ambición, se había entregado. Pero nosotros ya nos sentíamos fuera de él, por lo menos en espíritu, que es lo más importante, y podíamos con toda tranquilidad enfrentarnos a cualquiera. Fuimos a verlo y charlamos con toda cordialidad, intercambiando noticias de la familia como si nada hubiera ocurrido entre nosotros. Se excusó de no poder visitar a la abuela, a la que siempre había demostrado cariño, y nos separamos amigablemente. Yo también fui invitado a la asamblea, en la que por cierto hubo un momento de gran comicidad, que sólo los españoles percibimos. Al final del acto, trataron de tocar el himno de Riego en honor de Líster, pero, por desconocimiento del idioma, el oficial encargado puso el otro lado del disco y todos los oficiales checos, y nosotros los españoles, no tuvimos más remedio que escuchar de pie, y en posición de firmes, las notas de la conocida canción popular "Marinerito arría la vela que está la noche tranquila y serena".

Mi presencia en Brno creo que le ahorró a la ciudad algunas visitas de delegaciones extranjeras, cuando en ellas iba alguien de habla española. En Praga, estaba la organización estudiantil mundial dirigida por los comunistas, uno de cuyos secretarios era Luis Azcárate, hermano de Manuel, mi compañero de la JSU. Jamás hicieron en todos aquellos años una sola visita a mi Universidad, aunque según leía en la prensa recorrían continuamente el país. Sólo una vez llegó un grupo de hispanoamericanos, y como era natural el decano me llamó como traductor. Encabezaba el

grupo un cubano que sin duda estaba prevenido, porque vigilaba todo lo que yo hablaba con los demás. Me di cuenta en seguida, y lo hice sufrir bastante. En otra ocasión fui de intérprete con una delegación panameña a un congreso de la Paz.

Nuestras relaciones con el grupo de "españoles" de Brno seguían siendo cordiales, incluso más que antes, ahora que todos nos sentíamos tranquilos. Bumbala enfermó gravemente y en poco tiempo murió. Sentimos mucho su muerte, y su entierro por una circunstancia musical resultó inolvidable. Durante la ceremonia en el crematorio unos violines tocaron La Paloma, su canción favorita, que, tocada como marcha fúnebre, resultó tan solemne y emocionante, que toda la angustia de la emigración pesó por un momento sobre nosotros.

Por las noches, nuestro entretenimiento seguía siendo oír emisiones extranjeras. Nuestra información dependía ahora de las estaciones italianas de onda media, sobre todo la de Roma, porque la onda corta estaba cubierta en su totalidad por interferencias soviéticas y de otros países comunistas. No sólo dentro de nuestro ambiente, sino en el mundo entero, se había establecido un compás de espera, mientras se definía la política rusa y aparecía a la luz pública el verdadero heredero de Stalin. El problema alemán estaba sobre el tapete, pero no llegaban a ningún acuerdo. Todos los días leía con suma atención el "Prada" de Moscú tratando de adivinar lo que decían entre líneas. Lo que trascendía era: desmantelamiento de la antigua policía; amplia amnistía para millones de presos políticos y comunes, que colmaban los campos de trabajos forzados, la lenta y continua disminución de frecuencia a los elogios al dictador.

Para los que conocíamos la URSS, estos síntomas eran de la mayor importancia y presagiaban cambios. Entre los liberados de las cárceles soviéticas, había muchos extranjeros que con mayor o menor facilidad, se les autorizó a volver a sus países. Como testigos presenciales de muchos horrores algunos hacían declaraciones a la prensa, aunque la mayoría, sorprendidos de estar vivos sólo trataban de olvidar las calamidades sufridas. Entre los que habían perdido toda esperanza y la muerte de Stalin resucitaron,

había cerca de 300 españoles que llegaron a Barcelona a fines de marzo. La mayoría eran prisioneros de la División Azul, pero había también pilotos y marinos republicanos sobrevivientes de los que en 1939 habían sido tratados como delincuentes por haber pedido salir de Rusia. El grupo lo completaban algunos de los "niños españoles" enviados a Rusia para "salvarlos" durante nuestra guerra y alguno que otro maestro.

Llegaron de nuevo las vacaciones, que pasamos en Podoli, distrito de Tisnov, donde la familia de un alumno de Carmen alquilaba unas habitaciones durante el verano. Era un pueblecito en las estribaciones sudorientales de la meseta checo-morava. Los campesinos de aquellos parajes, con poca tierra de labrantío entre tupidos bosques, eran también obreros en el aserradero local. Su nivel de vida era bastante alto. La casa donde vivíamos era amplia y confortable, con una buena biblioteca, en la que no faltaban los clásicos españoles, especialmente el Quijote. El hijo mayor de la casa era un excelente universitario y el pequeño estudiaba para técnico. Este nivel material y cultural no era una excepción en el campo de Checoslovaquia, incluso en esta zona relativamente pobre.

Pasamos unos días muy tranquilos y agradables con los vecinos y otros veraneantes. Fuimos en tren a visitar el famoso castillo de Pernstejn, situado a unos veinte kilómetros al noroeste. Es una fortaleza impresionante sobre un peñasco inaccesible, a orillas del Svratka. Construido en el siglo XIII fue más tarde rodeado de foso y murallones. En sus días, nada debió escapar a la vigilancia de los centinelas apostados en la elevada torre principal.

Pronto se acabó el verano y empezó, con el otoño, el nuevo curso. Carmiña empezó su bachillerato universitario y con ella algunos de sus antiguos compañeros. Los de calificaciones bajas tuvieron que contentarse con ir a escuelas profesionales, para luego ser obreros calificados en las fábricas. Julita aún no tenía edad para entrar a la primaria, pero aseguró que no aguantaría un año más de kinder; su maestra estuvo de acuerdo y después de pasar una prueba psicopedagógica fue admitida en el primer año, en la misma escuela en que había estudiado su hermana.

Carmen recibió el prometido nombramiento de lectora de español con sueldo mensual y yo empecé el último curso de la Facultad de Medicina.

En medicina interna tuve como maestro al Dr. Jaroslav Pojer, que había hecho su doctorado en París viviendo en la Casa de España. Hablaba correctamente el español y le gustaba conversar conmigo sobre temas históricos y filosóficos, lo más alejados posible de la realidad que nos rodeaba. Pasé con él muy buenos ratos.

La segunda mitad de 1954, fue pródiga en acontecimientos, algunos difíciles de valorar desde nuestro aislamiento, otros en cambio tenían para nosotros un significado bien claro. Primero, el pacto de ayuda mutua entre Grecia, Turquía y Yugoslavia, que incluía a esta última en el sistema de defensa occidental. Luego vino el tratado de seguridad del Asia Sudoriental. Siguió el acuerdo entre Italia y Yugoslavia, para repartirse el territorio libre de Trieste, y finalmente, las naciones occidentales restablecieron la soberanía de la República Alemana de Bonn, que entró también en la NATO. Todo esto perjudicaba la situación estratégica de la URSS, cuyo gobierno no estaría en condiciones de reaccionar mientras no resolviera su problema interno. En este proceso tenían significación algunos síntomas del debilitamiento del riguroso control económico ruso sobre sus satélites, como la disolución de las sociedades llamadas mixtas, en Rumania, que pasaron a ser propiedad del gobierno rumano, y si estos países no arrancaron entonces más concesiones a los soviéticos fue porque siendo sus gobernantes estalinistas acérrimos, lo que más les preocupaba era el apoyo ruso para seguir manteniéndose en el poder.

Fue aquel un año de verdadero estancamiento ideológico en el desconcertado mundo comunista. Precisamente entonces aparecieron dos libros, uno de materialismo dialéctico y otro de economía política, producto ambos de muchos años de trabajo de sesudas comisiones. Resultaron la prueba más evidente de la completa esterilidad de los filósofos y economistas soviéticos. Aburría leer tantas páginas sin ningún juicio o comentario original, llenos de lugares comunes y citas sobre citas, de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Pero hubo algo inusitado, dentro de la URSS surgieron algunos críticos de las dos obras, quedando completamente des-

acreditados los académicos que habían colaborado en ellos sobre todo G.F. Alexandrov, el "teórico" del partido bolchevique.

Desde Praga, llegó a visitarme un ex-combatiente de las Brigadas Internacionales. Se llamaba Otakar Cernoch y había estado en el batallón especial de mi XV Cuerpo de Ejército. Se dedicaba ahora a escribir y tenía preparado un libro sobre la guerra de España titulado "Arena Española". Quería que yo leyera el borrador y le diera mi opinión sobre la forma en que había captado nuestro ambiente. Conversamos largo y tendido sobre lugares y episodios de la batalla del Ebro. Hablamos también de los acontecimientos recientes y de las persecuciones que habían sufrido los interbrigadistas antes de la muerte de Stalin.

Me dio detalles realmente vergonzosos. En el reglamento del Ejército Checo llegaron a equipararse los servicios prestados en el Ejército Republicano Español, con los prestados en unidades nazis o colaboracionistas, ya que en uno y otro caso no eran tomados en cuenta para establecer la antigüedad. En cambio, a los que habían luchado en las unidades de los aliados en la Segunda Guerra en Inglaterra y Rusia, principalmente, les contaban el doble del tiempo en filas. Me habló del terror desatado por las detenciones en 1950-1952. Muchos de los detenidos entonces, estaban poniéndolos en libertad, en secreto, sin darles explicaciones y desde luego, sin devolverles sus cargos anteriores. Cernoch no había sido arrestado, pero le hicieron saber que su libro sobre España ya no interesaba. Ahora acababan de llamarlo para decirle que podía acabar su obra, que se la publicarían con mucho gusto.

En vísperas de la Navidad, la Universidad concedió varios premios a los "profesores distinguidos". Carmen y yo fuimos de los agraciados. A ella le dieron 500 coronas y a mí 2,000. Decidimos guardarlas para el momento en que nos fuera posible abandonar el país, pues presentíamos que la oportunidad se presentaría pronto. Nuestra situación económica era ya francamente buena y con perspectivas de mejorar. Pasamos así las vacaciones de fin de año y las fiestas correspondientes, siempre llenas de recuerdos y añoranzas, pero esta vez con muchas ilusiones, aunque el Termidor ruso se desarrollaba con tal lentitud, que algunas veces dudábamos de que llegara a consumarse. Todavía en di-

ciembre, un año después del fusilamiento de Beria, se anunció en Moscú la ejecución de un grupo de altos jefes policiacos. Era ya evidente que el temible NKVD había sido descabezado y que la fuerza estaba ahora en manos del ejército, al menos mientras se reorganizaba una nueva policía. Se hablaba cada vez más de respetar la "legalidad socialista" y de evitar el "culto a la personalidad", lo que llevaba implícita una crítica indirecta del período estaliniano.

Tenía yo un calendario soviético con todas las fechas conmemorativas, y observé en enero que la prensa rusa había silenciado el cumpleaños de Malenkov. Aquel detalle me puso sobre aviso, así que la noticia de su destitución, dada el ocho de febrero no me cogió de sorpresa. En la presidencia del Consejo de Ministros, lo sustituía Bulganin que dejaba el ministerio de las Fuerzas Armadas al mariscal Zhukov. Jruschiov seguía al frente del Partido Comunista. En el gobierno seguían figurando viejos colaboradores de Stalin, como Molotov, Kaganovich y Mikoyan.

La repentina caída de Malenkov causó en Checoslovaquia una gran impresión. De todos los despachos desapareció rápidamente su retrato, trabajo que yo me evité. Nadie se atrevía a poner en su lugar a Bulganin y menos a darle el ya sobado título de "jefe del proletariado mundial". Seguramente que los dirigentes recibieron muchas consultas porque llegó una orden oficial estableciendo los retratos autorizados. En la relación no se incluían más dirigentes soviéticos que Lenin y Stalin.

Después de tantos años de dominar en público mis reacciones y disimular mis pensamientos, comenzaban a fallarme los nervios. Hubiera querido gritar a los cuatro vientos que no aguantaba más y que quería perder de vista toda aquella mascarada. Mil veces hubiera preferido una cárcel en España, donde por lo menos podía vivir en paz con mi conciencia. Pero me daba cuenta que la única posibilidad que me quedaba era seguir esperando y disimulando, sin dar la menor oportunidad a los que de buena gana me hubieran aplastado. México, donde vivía la familia más cercana y donde estaba el centro de la emigración republicana española, era sin ninguna duda el refugio ideal, pero de momento aparecía inalcanzable. Había que seguir esperando y el trabajo

y las preocupaciones inherentes a la familia, entretenían nuestra espera.

Se preparaba en Praga una gran concentración gimnástica del tipo de las que organizaban los Sokols que habían rebautizado con el nombre de "Spartakiada". Con este motivo se había hecho un llamamiento a los checos que antes de la guerra habían emigrado a América y se esperaba una gran afluencia de extranjeros. Con gran sorpresa empezamos a advertir que la correspondencia llegaba sin señales de haber pasado por la censura. Todavía esperamos cierto tiempo para ver esto confirmado y por fin un día del mes de abril, después de una noche de insomnio, me decidí a empezar la batalla. Carmen se sorprendió bastante cuando le dije que sin demora escribiera a su hermana a México planteándole nuestro traslado. En la carta preguntábamos discretamente si podrían ayudarnos para el próximo año, aun sabiendo que no podríamos esperar tanto tiempo. Afortunadamente, contestó que estaba dispuesta a empezar inmediatamente a hacer las gestiones, así que decidimos llevar a cabo nuestros proyectos.

El plan era muy sencillo pero con bastantes incógnitas. La primera etapa dependía de la familia de México, pero yo confiaba en la capacidad y experiencia de mi cuñado, César García Lombardia. Mi suegra tenía en España algún dinero producto de la venta de un terreno y con él contábamos para los gastos que se presentaran para conseguir el permiso de residencia en México. César me escribió preocupado por si luego no nos daban autorización para salir de Checoslovaquia. Le contesté aclarándole bien que el riesgo era inevitable y que yo no podía empezar las gestiones mientras no estuviera respaldado por los visados mexicanos; mandé todos los datos y fotos necesarias y le insistí en que llevara las gestiones en el mayor secreto posible a fin de que los refugiados comunistas no se enteraran y dieran la noticia a Praga, a la dirección del Partido Español, a quienes deseaba dirigirme también debidamente asegurado.

Habíamos pasado nuestro Rubicón y la suerte estaba echada. En ningún caso podíamos ya retroceder. Todo dependía, de momento, de que nuestra correspondencia no fuera interceptada, en cuyo caso la policía checa tenía medios suficientes para frustrar

mis planes. Bastaba impedirme establecer contacto con la legación mexicana.

De nuestros amigos, solamente Amado de Santiago y su esposa conocían nuestros planes; ellos nos ofrecieron su ayuda en cualquier complicación que surgiera. Prometieron hacerse cargo de las niñas y la abuela en el caso de que Carmen y yo fuéramos detenidos, eventualidad que había que tener muy en cuenta. Slavka acababa de perder a su padre y estaba dispuesta a marchar a Occidente libre de preocupaciones familiares directas. Les prometimos ayuda incondicional si conseguíamos salir nosotros.

A las niñas hubo que explicarles muy bien la necesidad de que colaboraran guardando el secreto aun con sus íntimas amigas. Se portaron perfectamente y no cometieron la más mínima indiscreción, lo que no fue extraño en la mayor, de 14 años, capaz de comprender muchas cosas. Lo sorprendente fue en la pequeña de seis años, cuando tan frecuentes eran las historias de niños, aun mayores que ella, que hundían a sus padres repitiendo inocentemente lo que oían en la intimidad del hogar, a veces cuando sus padres los creían dormidos.

Había que seguir viviendo y trabajando como si no ocurriera nada extraordinario, aunque la preocupación, la angustia y la incertidumbre, no me abandonaran. Asistí, como un automáta, a la manifestación del Primero de Mayo, confiando en mi interior en que sería la última. Aprobé los exámenes del quinto curso de medicina y me afané para dejar terminados los experimentos para la dosificación de ultrasonidos.

También quería realizar unas pruebas sobre la visibilidad de los rayos X, cuando inciden sobre el ojo humano adaptado a la oscuridad y hacen percibir una luminosidad verdosa.

Las niñas terminaron muy bien el último año que iban a estudiar en Checoslovaquia, pero aquel verano no hubo vacaciones, necesitábamos todo el dinero que pudiéramos ahorrar.

Ahora más que nunca, estuvimos pendientes de las noticias del mundo, pero prestamos más atención a todo lo que se relacionaba con la URSS, otra vez activa en sus relaciones internacionales y con sus satélites. Imre Nagy fue eliminado de la jefatura

del gobierno húngaro y Rakosi recuperó todo el poder. A mediados de mayo, Rusia, Albania, Bulgaria, Alemania Oriental, Polonia, Rumania y Checoslovaquia, firmaron el pacto militar de Varsovia, contrapartida de la OTAN. De este modo se restablecía en parte el equilibrio europeo, lo que condujo de inmediato a un alivio de la tensión. Todo iría bien mientras la balanza no se inclinara demasiado a uno de los dos lados, obligando al otro a tomar medidas drásticas.

Los síntomas del apaciguamiento de la guerra fría, empezaron a multiplicarse. En mayo, tuvo lugar la histórica visita de Bulganin y Jruschiov a Belgrado para presentarle excusas a Tito, quien después de haber recibido los más feroces insultos en la prensa comunista, volvía a ser llamado "camarada". Hubo comunicados oficiales restableciendo las relaciones entre los dos países "hermanos", pero el gobierno yugoslavo se mantuvo firme en su tan difícilmente conquistada posición de independencia. Ese mismo mes Austria vio restablecida su soberanía y las tropas rusas, francesas, norteamericanas e inglesas, evacuaron el país. El pueblo de Brno siguió con el mayor interés por radio y televisión, estos acontecimientos en la vecina Viena.

Pero lo más sensacional, y que más iba a favorecer nuestros planes, fue el anuncio para fines de julio, de una reunión en Ginebra, de los jefes de Gobierno de las cuatro grandes potencias, a la que seguiría otra de los ministros de negocios extranjeros. Se llegó a pensar que había probabilidades de un tratado de paz con Alemania. Se celebró también en Ginebra una reunión mundial auspiciada por las Naciones Unidas, sobre el uso pacífico de la energía atómica. El deshielo entre la Europa Oriental y Occidental llegó hasta Brno. Hubo en la Casa de la Cultura una reunión de los profesores de la Universidad en la que llegó a plantearse la conveniencia de la colaboración científica con los países capitalistas, opinión que unos meses antes hubiera llevado a la cárcel a quien se hubiera atrevido a exponerla.

Hubo también un informe sobre economía de Bulganin que publicó Pravda de Moscú y tradujo toda la prensa checoslovaca. Era muy largo pero no tenía desperdicio. Recogía una relación de errores cometidos por los ingenieros soviéticos, por "no estar al tanto de los adelantos recientes de la técnica en los países

occidentales". Daba la consigna de asimilar al máximo los conocimientos extranjeros, lo que hacía bien poco era considerado como una clara manifestación de cosmopolitismo y de traición a la patria socialista.

Del 23 al 26 de junio se celebró en Praga la Spartakiada. Fue un gran espectáculo que despertó la admiración en los que tuvieron la oportunidad de presenciarlo. Pudimos hacernos una idea de lo que iba a ser al presenciar en Brno los ensayos eliminatorios de toda la región. La tradición de los Sokoles no sólo no se había perdido, sino que resurgía con nueva fuerza. Carmiña, con sus compañeras de la escuela, fue seleccionada y se trasladó a Praga para tomar parte en una de las tablas de gimnasia rítmica. Una gran masa de participantes, procedentes de todos los rincones del país, se concentró en la capital y la organización fue perfecta. Se comentó la sorpresa de los delegados soviéticos, tan orgullosos de sus desfiles deportivos, al comprobar que una pequeña nación, podía darles lecciones en este terreno.

A primeros de julio, se fue desenredando la madeja y los tan temidos trámites para salir de Checoslovaquia, comenzaron a desarrollarse al principio con sorprendente facilidad. Primero recibí una carta, enviada por César, del Dr. Carlos Graef Fernández, director del Instituto de Física de la Universidad Nacional Autónoma de México, en la que se me ofrecían facilidades para realizar investigaciones radiológicas. Esta carta me iba a ayudar mucho y en seguida la llevé a que me hicieran una traducción oficial debidamente legalizada. En una segunda carta me comunicaba que la Secretaría de Gobernación había autorizado nuestra entrada en el país y que por correo aéreo llegaría pronto a la legación mexicana en Praga la notificación.

Había llegado el momento de desarrollar la segunda etapa de nuestro plan. Tomé un tren nocturno, y a la mañana temprano llegué a la capital. Había estudiado bien una guía para no tener que preguntar nada a los transeúntes. Vagué algún tiempo por las callejas de la parte antigua de la ciudad, hasta que, en el barrio de las embajadas, encontré el viejo caserón que alojaba la representación diplomática de México.

Observé primero por si había vigilancia policiaca, pero nada se apreciaba en las cercanías. Rápidamente me metí en el portal, subí unas escaleras y pedí a una empleada checa ser recibido por el ministro. Después de unos minutos de espera, se presentó el licenciado Anselmo Mena. Le expliqué quien era, le enseñé la carta de Graef y le pedí que me avisara en cuanto recibiera mi visado. Me escuchó con atención y fue abandonando su actitud de reserva cuando vio mis documentos checos y españoles. Prometió ayudarme en cuanto recibiera los papeles.

Abandoné la legación optimista y sin tropiezo. La calle seguía desierta. Me fui directo a la estación del ferrocarril y a las pocas horas estaba de regreso en Brno. Al llegar a casa me encontré una nueva carta de mis cuñados incluyendo copia del permiso oficial para nuestra entrada en México. Releí muchas veces el esperado documento por si tenía algún error, siempre temiendo que la burocracia comunista se agarrara a algún detalle. Todo estaba en orden y su validez era de seis meses pero confiábamos en poder utilizarlo mucho antes. En sobre aparte llegaron unos pasaportes de la República Española, que no tenían ninguna validez en el mundo, pero deberían tenerla en Checoslovaquia.

Había que proceder con rapidez para que los trámites de salida estuvieran muy adelantados cuando la noticia llegara a mis camaradas de Praga, ya fuera por alguna indiscreción o porque las autoridades checas los consultaran cuando recibieran mi solicitud. El personal checo de la embajada ya habría informado a la policía de mi visita, pero era de esperar que estuvieran simplemente a la expectativa. En otros momentos no hubieran esperado, pero ahora la reunión de Ginebra había relajado la tensión, oportunidad que podía no repetirse en mucho tiempo. A pesar de esto no estábamos tranquilos y por si Carmen y yo desaparecíamos, Carmiña estaba instruida en los términos en que debería escribir a sus tíos a México y al secretario de las Naciones Unidas. Nos dolía acabar así con su niñez, pero ella lo tomó valientemente y añadió a la lista de posibles cartas una para el mariscal Tito a quien ella seguía admirando desde sus tiempos de escolar en Belgrado. Nosotros sabíamos que una vez llegadas las cosas a ese extremo, sería muy difícil conseguir ayuda, ni siquiera comprensión, pero algo había que planear.

No tuve tiempo de impacientarme porque recibí en seguida un telegrama del licenciado Anselmo Mena, comunicándome haber recibido mi permiso. Al día siguiente estaba de nuevo en la capital, y con más confianza que la primera vez, me presenté en la legación mexicana. El licenciado estuvo muy amable pero me comunicó que no me podía dar los documentos mientras no presentara la autorización para salir del país.

De la legación me fui directamente al Ministerio de Negocios Extranjeros. En la oficina que tramitaba las peticiones para abandonar el país, había una larga cola de centenares de personas, en su mayoría centroeuropeos a quienes la guerra había separado de su país de origen y de sus familiares, y que, como yo, consideraban que había llegado el momento de intentar salir. Cuando me llegó el turno, un empleado adusto, que olía a policía secreto, me entregó una larga relación de toda clase de formularios, certificados y avales que debía presentar con mi solicitud.

Regresé a Brno el mismo día y me lancé febrilmente a reunir todos los papeles necesarios. Lo primero que hice fue presentarme al decano de mi facultad, profesor Stejfa. Era un maestro de la vieja generación pero versado en problemas políticos. Le pareció muy natural que yo hubiera decidido trasladarme a México. Cierto que le di una versión bien estudiada destacando lo favorable y dejando en un segundo plano lo que pudiera parecerle sospechoso de enemistad. Le mostré el ofrecimiento que había recibido de la Universidad de México, aliciente para trasladarme a un país donde estaba concentrada la mayor parte de la emigración republicana española. Esto me permitiría hacer algo para "devolver la libertad a mi patria", era mi estudiada frase final.

El decano me deseó mucha suerte en mis proyectos y me mandó ir a ver al rector. El profesor Travnicek estaba de vacaciones y me recibió el prorrector Zacek. Este era un joven docente de mi facultad, con suficiente experiencia en el Partido Comunista, como para que no lo convencieran mucho mis explicaciones. Noté claramente que no comprendía mi decisión, sin embargo, como el problema rebasaba sus atribuciones, se abstuvo de hacer comentarios, me pidió fuera a Praga para planteárselo al viceministro Dr. Frantisek Kahuda.

No tenía ya sentido mantener secretos mis planes. Al contrario, decidí decírselo a todo el mundo, como forma de presión para conseguir la autorización de salida del país. Negármela causaría revuelo en la facultad, donde ya no podría seguir trabajando, y mandarme a prisión, si yo no cedía, única alternativa posible para un sistema policiaco, causaría un escándalo aún mayor, dada la conducta intachable que había guardado durante toda mi estancia en Checoslovaquia. Decidimos también dar la impresión de que en México mucha gente esperaba nuestra llegada, aunque en realidad nadie lo sabía, excepto nuestros parientes.

Comuniqué, pues, tanto a mis asistentes como a los profesores y empleados de la Facultad, que próximamente partiría para México. Lo mismo hizo Carmen en la Facultad de Filosofía y Letras. Muchas personas se daban cuenta de nuestros verdaderos motivos y empezamos a apreciar muchas más simpatías que antes. Veían que abandonábamos una posición de privilegio por un porvenir incierto, impulsados por nuestro desacuerdo con un régimen totalitario y poderoso. Muchos nos lo dijeron claramente, otros evitaban, por miedo, los comentarios. El único que se mostró completamente contrario a mi marcha, fue el jefe de la sección de cuadros de la Facultad, con toda seguridad miembro de la policía. Era un hombre joven y fanático que me soltó un largo discurso, sobre los países capitalistas, extrañándose de que yo pensara en vivir en uno de ellos teniendo la suerte y la oportunidad de vivir en un país socialista. Me puso en el plan de combatiente incansable y le dije que el lugar de un verdadero comunista estaba precisamente allí donde las condiciones fueran más difíciles y donde el enemigo estuviera más cerca. No pareció impresionarse mucho con mis razonamientos "romántico-revolucionarios", educado para no soltar la presa, su olfato de sabueso le decía que yo simplemente trataba de escapar. Por fortuna, la decisión final no dependía de él, la tomarían en Praga gentes de más categoría pero, por desgracia, de su misma mentalidad. A pesar de lo cual seguimos adelante con nuestros planes.

La "colonia española" de Brno y los vecinos de Zabovresky no ocultaron su sorpresa al saber la noticia, y más de uno dudó que consiguiéramos el permiso de salida, aunque nosotros actuáramos como si fuera algo inevitable.

Mis primeros esfuerzos se dirigieron a que me dejaran pagar el viaje en coronas. Representaban unas 15 mil coronas que no teníamos en efectivo pero que podíamos reunir vendiendo los muebles y demás pertenencias. En un país occidental bien poco hubiéramos sacado de nuestros usados muebles, pero en un país "socialista", aunque fuera Checoslovaquia, los bienes de consumo popular siempre escasean y en las transacciones privadas su precio a menudo es más elevado que el fijado por el Estado para su compra. Por esto, aun antes de atrevernos a hacer pública nuestra marcha, Carmen organizó un tanteo entre amigos y conocidos que nos permitió más tarde vender todo en buenas condiciones. Por cierto, que la primera en empezar las ventas fue Julita. Se había empapado tan bien de la situación que cuando oyó a una vecina que le gustaría comprar una bicicleta a su hija le ofreció la de Carmiña, con el pretexto de que íbamos a comprarle una más grande. Aunque la venta fue un éxito le exigimos que renunciara a su papel de agente de ventas.

En cuatro días reuní los documentos que debía conseguir en Brno. Luego fui a Praga al Ministerio de la Enseñanza. El viceministro, Dr. Kahuda escuchó atentamente mis bien aprendidas explicaciones y con evidente frialdad me dijo que por su parte no había ningún inconveniente en que me trasladara a México; sin embargo, me aclaró bien, que mi salida del país era un problema político, y que la autorización, en última instancia deberían darla los organismos competentes. Estaba claro que se refería a los partidos comunistas checoslovaco y español.

Me fui rápidamente al Ministerio de Negocios Extranjeros. La oficina de visados de salida seguía llena de gente y tuve que esperar bastante tiempo. Entregué al fin mi solicitud con toda la documentación exigida, que revisó con mucha atención el mismo funcionario poco amable de mi visita anterior. No pudo encontrar ningún defecto y admitió mis papeles dándome un comprobante. En contestación a mi pregunta me dijo de mala gana que volviera dentro de un par de semanas, para ver si se había resuelto mi petición.

Me faltaban aún dos gestiones. La primera en la oficina checa de turismo "Chedok". Pedí un presupuesto, incluyendo algún dinero para el camino. Con estos datos me fui al Ministerio

de Finanzas y presenté una solicitud para que me permitieran pagar todo en coronas. Allí los empleados me recibieron mejor, desde luego no eran políticos y me prometieron comunicarme por correo el resultado de mi petición.

Regresé a Brno por la tarde, cansado, pero satisfecho. Entrábamos en la última etapa de nuestra lucha. Estaba consciente, sin embargo, de que era la más difícil. Una vez iniciada la investigación policíaca de rutina, no tardarían en preguntar a mis camaradas de Praga, así que me puse a pensar en sus posibles reacciones para estar preparado ante ellos. De hecho habían dejado de preocuparse de nosotros, suponiéndonos resignados en el destierro a que nos habían enviado y contentos por nuestros éxitos profesionales, que nos proporcionaban una buena situación económica. Hasta es posible que, juzgando nuestras ambiciones por las de ellos, nos creyeran afilando las armas para aprovecharnos de los cambios de la política que estaban llevando las aguas a nuestros cauces. ¿Acaso el "traidor Tito" no había vuelto a ser el "camarada Tito"? Por esto no creía yo que fueran capaces de aconsejar la violencia para hacernos fracasar en nuestros planes, lo más probable es que trataran de presionarnos para conseguir que renunciáramos "voluntariamente", y para eso estábamos preparados sentimental e ideológicamente.

Decidimos que había llegado el momento de comunicar nuestros proyectos a mi madre y a mi hermana. Les dimos los menos detalles posibles, no sólo por discreción sino por no alarmarlas demasiado. Además tenía que conocerlos mi cuñado, por si en nuestro viaje hacíamos escala en París. Por cierto que por su reacción supusimos lo que muy pronto iba a quedar en evidencia: que había formado en Francia otra familia y que no eran precisamente las dificultades económicas lo que le impedían atender a mi hermana y a mi sobrina. Un motivo más para que yo saliera de Checoslovaquia.

Las ventas domésticas iban muy bien. Muy pronto no tendríamos más que las cuatro paredes, sin embargo aún no teníamos todo el dinero reunido cuando llegó la autorización del Ministerio de Finanzas para pagar los pasajes en moneda checa siempre que presentara un aval del Ministerio de Enseñanza. De nuevo a Praga. Conseguí una carta del Dr. Kahuda y ya más tranquilo fui a

concretar el viaje a Chedok. Me aconsejaron el viaje por la KLM, que hacía un vuelo directo de Praga a México con escalas en Amsterdam, Shannon, Gander, Montreal y Monterrey. El viaje duraba 36 horas y tenía la ventaja de que no hacían falta más visados que el de salida en Checoslovaquia y el de entrada en México. Le llamaban "la línea roja" porque sobrevolaba los EEUU, sin aterrizar en ellos y era entonces la única comunicación aérea entre el mundo comunista e Hispanoamérica.

Cuando en la oficina correspondiente escribían el oficio para las Líneas Aéreas Checoslovacas, pude leer que el permiso era sólo válido al presentar el visado de salida. Sin embargo, me indicaron que en cuanto pagara los boletos me los entregarían, pensando sin duda que nadie estaba bastante loco para comprar unos boletos que quizá nunca podría utilizar. Regresé a casa, y después de hacer balance total de nuestros efectivos nos faltaban dos mil coronas que nos prestaron Amado y Slavka. El 18 de agosto temprano, depositaba en las oficinas de las Líneas Aéreas un cheque por valor de 14,791.50 coronas que al cambio artificial representaban dos mil doscientos cincuenta dólares, aunque en realidad era mucho menos dinero. Creo que ha sido el único negocio que he hecho en toda mi vida. Con los boletos en el bolsillo pasé por el Ministerio de Negocios Extranjeros, donde me informaron que aún no se resolvía mi solicitud.

En cualquier país del mundo occidental hubiera podido decir que mi viaje estaba resuelto sin ninguna duda, pero estábamos en un país "socialista" y quedaba sin resolver lo más incierto y lo más importante: el permiso de salida. De momento ya no podíamos hacer más que esperar y hacer cábalas sobre las posibles complicaciones. Carmen se apresuró a vender lo que nos quedaba para pagar nuestra deuda a Amado, así que cuando recibimos la visita de un agente de la policía no encontró más que las maletas hechas y unos colchones por el suelo. El policía se mostró muy sorprendido de que estuviéramos seguros de realizar nuestro viaje y hasta nos regañó por desprendernos de cosas difíciles de conseguir. Llegó a exclamar: ¿Quién los autorizó para hacer una cosa así? A lo que le contestó mi mujer: ¿Pero hacía falta autorización? Me hubiera gustado leer su informe a Praga.

En la facultad seguía trabajando en las últimas investigaciones, aunque, para que no se olvidaran de la inminencia de mi viaje, pedí los certificados de mis estudios de medicina. Por aquellos días me anunciaron oficialmente un aumento de sueldo relacionado con el fin de mis estudios de medicina, pero yo confiaba en que no tendría que cobrarlo.

El 25 de agosto llegó por fin una carta que esperábamos. La firmaba Artemio Precioso y nos convocaba, a mi mujer y a mí, a una asamblea de la organización del Partido Comunista Español, que se celebraría el sábado 3 de septiembre a las 5 de la tarde en su local social, sobre el tema: "Informe del Comité sobre el plan de actividades durante el año de estudio 1955/56". Como postdata enviaban las direcciones del Partido en Praga, prueba evidente de que no las conocíamos, y nos advertían que corrían por su cuenta los gastos del viaje. Estaba claro que empezaba la contraofensiva y que mi petición había pasado todos los escalones y llegado al Partido Español. La sorpresa de mis compatriotas debió ser mayúscula y el primer problema que debieron resolver fue qué pretexto utilizar para acercarse a nosotros después de siete años de vacío. Nos llevó muy poco tiempo preparar la contestación. Empezábamos diciendo que su carta nos había sorprendido, pero que llegaba oportunamente porque teníamos que escribirles y ni siquiera conocíamos la dirección de los organismos españoles. Les comunicábamos que yo había sido invitado a trabajar en la Universidad de México y que era una ocasión que no podía desaprovechar. Podría así además resolver el problema de mi madre y de mi hermana "en situación difícil en España, sin que nadie las ayude y sin poder hacerlo yo". "No les habíamos consultado, porque no nos considerábamos obligados a ello. Durante siete años habíamos sido excluidos de toda actividad política y completamente aislados. Debía haber contra nosotros una sanción que nunca se nos comunicó. En cualquier caso no nos considerábamos ya miembros del Partido. Para tratar de coaccionarlos añadíamos que en las autoridades checas habíamos encontrado el máximo de comprensión y que esperábamos de un momento a otro el permiso de salida, para emprender inmediatamente el viaje. "... esperamos que vosotros —añadíamos— no haréis nada para retrasarlo pues ya hemos vendido todas nuestras pertenencias y en México nos esperan y queremos llegar allí de la manera más

normal, sin llamar la atención con un escándalo". Terminábamos despidiéndonos de todos los camaradas, que "de ninguno nos separa ninguna cuestión personal y de todos guardamos buenos recuerdos". "Si algo efectivo han tenido los siete años de aislamiento ha sido que las rencillas inevitables en la vida colectiva, fueron hace tiempo olvidadas por nosotros y nuestro mayor deseo es que hayan producido en vosotros el mismo efecto". Eramos en esto último completamente sinceros, nos íbamos de Checoslovaquia y del Partido Comunista sin rencor para nadie, y con el convencimiento de que si a veces son las ideas buenas y los hombres malos, otras muchas son los hombres víctimas de las ideas y no digamos, de los sistemas.

Aunque los profanos no lo crean, para sostener esta posición hacía falta mucho valor, pero no teníamos otra salida. Después de depositar nuestra respuesta en el correo empezamos a temblar por nuestro futuro pues no podíamos descartar la posibilidad de que por las alturas perdieran la paciencia y tomaran medidas drásticas contra nosotros.

A los tres días llegó otra carta. Venía también firmada por Artemio Precioso; seguíamos siendo camaradas, pero los "saludos comunistas" se habían transformado en "afectuosos saludos". Nos "proponían" ir a Praga para tener "una conversación franca y abierta". Pedían les pusiéramos un telegrama, con el día y la hora de nuestra llegada e incluso nos daban un teléfono de la sección española de "Radio Praga" por si no nos encontrábamos en la estación.

No podíamos negarnos a discutir, de modo que al amanecer del 2 de septiembre llegamos mi mujer y yo a Praga dispuestos a ganar la partida. En la estación nos esperaban varios camaradas, todos ellos antiguos amigos nuestros. Nos ofrecieron que fuéramos a descansar a una habitación reservada en el lujoso Hotel Alcron, pero rehusamos, ya que por larga que fuera nuestra entrevista, queríamos regresar a Brno el mismo día. Desayunamos en el restaurant de la estación, donde estuvimos de gran charla. Nos dijeron que Líster, Modesto y Cordón, estaban de vacaciones fuera del país. Desde allí nos fuimos directamente a la oficina-club de los comunistas españoles.

Serían las nueve de la mañana cuando comenzó la reunión. Carmen y yo estabamos nerviosos, pero dispuestos al combate. Enfrente de nosotros se sentaron dos compañeros de la Frunze: García Vitorero y Artemio Precioso. Presidía José Moix, catalán del PSUC, ministro del último gobierno Negrín, y ahora miembro del Comité Central del Partido Comunista español. En un extremo de la mesa un camarada desconocido para nosotros, se dispuso a levantar acta. Desarrollamos ampliamente nuestros puntos de vista, ante los ojos asombrados de nuestros oponentes, sobre todo del secretario que escribía sin parar lo que nunca hubiera creído poder oir dentro del Partido, y mucho menos en un país comunista. En definitiva no hacíamos más que ilustrar con nuestro ejemplo, lo que tímidamente y por instrucciones soviéticas, se empezaba a criticar públicamente: falta de democracia interna, culto a la personalidad, métodos dictatoriales de dirección, abuso de autoridad, desprecio de los valores humanos, etc. Hablamos de cómo habíamos vivido en Moscú siempre rodeados de sospechas e intrigas. En Checoslovaquia habíamos vivido condenados al aislamiento por haber demostrado simpatías hacia los yugoslavos en su conflicto con la Unión Soviética, y ahora resultaba que los dirigentes rusos iban a Belgrado a pedir disculpas. Cierto que nosotros teníamos la suerte de poder contarlo, pero qué iba a pasar con los desaparecidos. Por todas estas cosas nosotros nos considerábamos hacía tiempo fuera del Partido y queríamos aprovechar la oportunidad que teníamos de trasladarnos a México a rehacer nuestras vidas. Habíamos pensado muy bien nuestro proyecto y nada nos haría renunciar a él. Terminamos repitiendo que sólo les pedíamos no estorbasen nuestra salida.

El comité desarrolló entonces su plan de acción que constaba de cuatro etapas. Primero elogiarnos sin medida, asegurando que éramos cuadros preciosos para el partido; nuestras quejas estaban justificadas en parte, pero eran defectos del pasado que no se repetirían jamás. Nosotros debíamos, con nuestra experiencia, ayudar a corregir los errores. Admitimos que había cambios porque una discusión como la entablada con ellos era inconcebible antes, ¡pero cómo confiar en las palabras de las mismas personas que habían cometido toda clase de arbitrariedades! Tenía que pasar tiempo para que la realidad nos convenciera. Les estábamos dando precisamente la oportunidad para demostrar con

nuestro caso, que las cosas realmente habían cambiado, y que la gente no se jugaba la vida al discrepar.

Al fallar esta primera oleada de razonamientos siguió la segunda etapa a cargo de Moix. Empezó reconociendo que él tenía poca autoridad ante nosotros porque era un comunista nuevo "de la guerra", mientras que nosotros éramos viejos comunistas, lo que no le impidió recurrir a las amenazas. Presentó nuestro viaje como "un complot del imperialismo norteamericano", ya que sin él no se explicaba cómo había conseguido algo tan difícil como trabajar en la Universidad de México. Luego repitió frases bien conocidas del estilo estalinista: "Todo se lo debemos al Partido"; "El que se aparta del Partido se convierte inevitablemente en agente del capitalismo". "Solo el Partido tiene razón"; "El Partido aplasta sin piedad a sus enemigos". Su perorata no sólo no nos impresionó, sino que venía a demostrar nuestros argumentos anteriores. Los lobos se estaban cubriendo con pieles de cordero por motivos de táctica política. En lugar de asustarnos nos recordaba a cuánto nos exponíamos si nos quedábamos, porque en su letanía faltaba una: "El Partido no perdona nunca"; "el Partido no cree en el arrepentimiento". Estábamos pues entre la espada y la pared, así que pasamos a la ofensiva. Le contesté violentamente que yo no tenía nada que agradecer al Partido; sino el Partido a mí. Que no me había hecho comunista por hacer carrera; sino sacrificando mi propia carrera. Que el traslado a México era para mí algo de vida o muerte y que jamás renunciaría a él. Podían impedirlo sólo empleando la fuerza y que ellos verían si se decidían a aplicarla.

A estas alturas de la reunión ya sólo Moix intervenía contra nosotros. Fracasado en su intento de asustarnos, pasó a otra etapa y trató de comprarnos. Me ofreció que si renunciábamos al viaje seríamos trasladados a Praga, nos instalarían de nuevo y mejor, trabajaría en el Instituto de Investigación más importante, etc. Como es natural, rechazamos la oferta aduciendo que era ya demasiado tarde, que todo estaba ya preparado y sobre todo quedaba en pie la ilusión de reunirnos con familiares y amigos. Insistimos en esto, al no poder reconocer francamente que, aunque lo estaba utilizando como argumento, no eran mis ambiciones científicas las que me impulsaban a marchar ya que en este aspecto mi trabajo

en Brno cubría con creces todas mis aspiraciones. Sabíamos también que tardaríamos en conseguir una situación material como la que disfrutábamos. Nuestras razones eran quizá quijotescas, pero se nos hacía insufrible seguir viviendo en un régimen comunista y queríamos recuperar nuestra libertad personal y nuestra iniciativa, ser nosotros mismos, de una vez por todas.

Eran ya más de las dos de la tarde y era evidente que la discusión no conducía a nada, continuarla sólo nos llevaría a repeticiones. Moix nos lanzó entonces su ultimátum final: deberíamos admitir que éramos miembros del Partido y escribir a la dirección pidiendo permiso para trasladarnos a México. Temí una trampa y me negué tozudamente. Carmen me hacía señas para que cediera, pero después de todo lo que habíamos dicho me parecía una terrible hipocresía. La situación estaba de lo más tirante hasta que García Victorero, impaciente, nos hizo una seña que interpretamos como que esa era la única forma de que nos dejaran salir. Acepté a regañadientes. En una habitación contigua nos dejaron a Carmen y a mi acompañados de una máquina de escribir y unas hojas de papel. En voz baja todavía discutimos la posibilidad de negarnos a escribir la carta. Carmen sostuvo de que no estábamos en condiciones todavía de actuar con absoluta libertad. Mentalmente ya éramos libres, pero no físicamente y deberíamos emplear las mismas armas que ellos empleaban. Tampoco ellos eran sinceros. Redactamos una carta con algunas concesiones. Pero realmente eran mínimas. Se reducían a repetir algunas frases sobre fidelidad a los ideales. Sin embargo quedaba bien claro que creíamos tener toda la razón en nuestro enfrentamiento con el Partido. Terminábamos diciendo: "Os escribimos bajo la impresión positiva de nuestra reciente discusión con los camaradas, con el convencimiento de que los viejos métodos, tan duramente criticados en estos últimos años, están siendo eliminados de las relaciones entre la dirección y los militantes..." Tuvimos también buen cuidado de no solicitar "permiso"; nos limitábamos a pedir la ayuda del Partido para llevar a la práctica nuestros planes.

La batalla había durado seis horas en total. Entregué nuestra petición a Moix, que inmediatamente se fue diciéndonos que pronto nos entregaría la decisión. El secretario de actas se acercó a

darnos la mano efusivamente, mientras decía que había tenido mucho gusto en conocernos. García Victorero y Artemio Precioso nos invitaron a comer por cuenta del comité. Como habíamos sido buenos amigos tratamos de ser cordiales unos con otros, aunque la tensión de las últimas horas pesaba como una losa. Luego nos acompañaron a tomar el tren.

Paradójicamente, empezaron ahora para nosotros los peores momentos. Nuestros temores aumentaron cuando por una indiscreción de una funcionaria, antigua alumna de Carmen, supimos que en la oficina de visados habían dicho que la solución era mandarnos de vuelta a Moscú y que allí decidieran. Nosotros ya habíamos pensado en esta posibilidad y ya nos vimos perdidos en algún rincón de la inmensa Rusia.

Mi suegra había considerado una locura nuestro atrevimiento y ahora al vernos preocupados perdió toda esperanza. Echaba sobre Carmen y sobre mí toda la culpa y llegó a decirnos que debíamos haber esperado a su muerte para arriesgarnos. Enfermó hasta el extremo de preocuparnos su estado. Decidí hacer otro viaje a Praga, pero cuando me disponía a ir mi sistema nervioso también hizo crisis y me sentí completamente deprimido. Ante la situación, Carmen decidió reemplazarme y se fue, con Slavka, a Praga. Fue casi peor para mí porque la impaciencia me consumió mientras esperaba, pues ya no podía salir tras ellas.

Carmen llegó bastante optimista, o lo simulaba, pues aún nada estaba resuelto. Por la mañana Slavka y ella se enfrentaron con los policías del Ministerio de Negocios Extranjeros, exigiéndoles una información concreta. Dichos funcionarios acostumbrados a una actitud temerosa y servil de las personas que concurrían a esa dependencia, se asombraron mucho de que alguien les levantara la voz y las citaron para las dos de la tarde. Al salir de allí Carmen habló por teléfono con Artemio Precioso. Le dijo que nos urgía la solución del permiso de salida, que su madre estaba enferma y todos con los nervios rotos, y que no respondía de lo que nos pudiera traer aquella situación. Artemio la citó en un café de la Plaza de San Wenceslao y allí le comunicó con voz solemne que el Partido español no estaba de acuerdo con nuestra decisión ni con nuestra carta, pero que había comunicado a las autoridades checoslovacas que no ponía inconvenientes

a nuestra partida. A la hora convenida, fue Carmen otra vez a la oficina de visados, donde la trataron con más amabilidad que la primera vez, y le aseguraron una solución rápida de nuestra petición de salida.

Pasaron varios días y seguíamos sin noticias. Perdida ya la paciencia me decidí a escribir a Rudolf Barak, ministro del Interior. Era un paso audaz, pero peligroso, ya que sus efectos eran imprevisibles. Trataba simplemente de llamar la atención de la persona con más autoridad en un Estado policiaco, para que interviniera a mi favor, corriendo el riesgo de que interviniera en contra. Por fortuna no fue así. No sé si en su decisión influyera el que Barak era natural de Brno y que nuestro problema era ya popular en su ciudad natal. El caso fue que a los pocos días de enviar la carta recibí la visita de dos funcionarios venidos de Praga. Tuve una larga conversación con ellos en la cual claramente quisieron convencerse de que mis intenciones no eran de armar escándalo nada más saliera del país. Hice todo lo posible para convencerles de que mis problemas eran personales y familiares y que sentía profundo agradecimiento y cariño hacia el pueblo checo, en lo cual era completamente sincero. Así lo debieron pensar ellos, porque al día siguiente recibí el aviso de que podía ir a recoger nuestros permisos de salida. El día 26 de septiembre hice mi penúltimo viaje a la capital. Todo fueron facilidades en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Recibí las cartas de identidad con los visados. Salí de allí con una gran sensación de alivio, no sólo porque se había terminado una lucha de cuatro meses, sino porque no tendría ya que volver a esta oficina siempre llena de gente angustiada.

No me quedaba más labor que legalizar mi certificado de estudios de medicina, primero en el Ministerio de Enseñanza y luego en el de Relaciones Exteriores. En el primero de ellos el funcionario que me atendió elogió mi decisión con una frase que he recordado a menudo: "El hombre debe vivir donde pueda echar raíces".

El licenciado Mena se alegró mucho de saber que todo estaba resuelto y me aseguró que él también había hecho una gestión para tratar de ayudarme. No porque tuviéramos arreglado lo principal podíamos tomar las cosas con calma, siempre podía

aparecer algún contratiempo de última hora. Al llegar a Brno, hice las reservaciones para el avión que salía de Praga el día 11 de octubre. El jueves 29 de septiembre, entregué la dirección del Instituto de Física Médica y de la cátedra de Física y Química Médicas, al profesor Octavian Wagner. Firmamos el acta correspondiente y luego cenamos juntos todos los compañeros en mi antiguo laboratorio. Me emocionó bastante estar reunido por última vez con aquellos buenos amigos. Comprendían mi actitud y sinceramente me deseaban suerte en mi nueva vida, pero todos estábamos tristes.

El resto de la semana lo dedicamos a recoger las últimas cosas y despedirnos de conocidos y amigos. Aunque nadie hacía comentarios todos nos demostraron simpatía y algunos admiración. El profesor Tryb, que había perdido el habla por un ataque cerebral, se limitó a darme un fuerte abrazo mientras se le saltaban las lágrimas, yo tampoco pude articular palabra. Fui con Carmen a despedirme del profesor Pojer en su casa. Nos dijo que le apenaba perder unos buenos amigos pero que se alegraba por nosotros, de que pudiéramos marchar a México. Además estaba seguro de que en alguna parte nos volveríamos a encontrar. El decano y el jefe de la sección de cuadros de mi Facultad me entregaron una carta agradeciendo mis servicios y una pitillera de plata, como recuerdo. Mis asistentes me regalaron también una pluma estilográfica con la inscripción "Física Médica 1955". Carmen fue también cariñosamente despedida con una cena por sus alumnos de la Facultad y recibió una carta de agradecimiento del seminario y otra del Decanato de la Facultad, elogiando mucho su labor como lectora de español. Las niñas también tuvieron que despedirse de sus amigas. La más afectada fue Carmiña, porque para Julita, que aún no cumplía siete años, aquello no era algo muy diferente a un juego. Por último, tuve también que ir a la policía local, a comunicarles la fecha de mi marcha definitiva de la ciudad.

Era preciso reducir el equipaje al mínimo. Cada persona tenía derecho a 20 kilos y Julita, por viajar con medio boleto, a diez. Envié por correo seis maletas de libros, rellenando los huecos con algunas ropas de casa y cacharros de cocina. Las obras en español, las regaló Carmen a su Facultad y a algunos alumnos. Entre los

amigos y vecinos repartimos a última hora infinidad de cosas que ya no podíamos llevar con nosotros. Le obsequié a un vecino mi máquina de afilar Allegro que suponía no iba a necesitar en el mundo capitalista. Fui quizá demasiado duro en mis restricciones y siempre me arrepentiré de no haber dejado que Julita cargara con su oso de peluche. No lo olvidó nunca, aunque tratamos de sustituirlo, tan pronto como nos fue posible. Tuvó varios osos pero ninguno "como aquél". No nos desprendimos del cristal cortado y por el contrario, con nuestro último dinero compramos más para regalárselo a la familia. Era un peso suplementario, pero merecía la pena.

El martes 4 de octubre empezó nuestro viaje hacia México. La tarde anterior entregué las llaves de la casa y nos fuimos a pasar la última noche a casa de Amado y Slavka. Por la mañana tomamos el tren para Praga. En la estación se reunió bastante gente, mucha más de la que esperábamos: asistentes y empleados de mi Instituto, alumnos de Carmen, amigas de Carmiña... Procurábamos sonreír pero todos estábamos bien tristes: los que nos íbamos y los que se quedaban. Se rompían definitivamente fuertes lazos de esos que sólo se atan en épocas duras, y lo más probable era que la mayoría de nosotros no nos volviéramos a encontrar. De repente, el sistema nervioso de Amado hizo crisis y rompió a llorar, lo que agravó más el estado de ánimo general. Menos mal que en aquel momento el tren se puso en marcha. Un alumno de Carmen salió corriendo pegado a nuestro vagón y, sacando a relucir los motivos políticos, que sin nombrarlos, todos sabían que eran la verdadera causa de nuestro traslado gritó varias veces en español, "digan la verdad", "digan la verdad...". La ciudad fue quedando atrás y desapareciendo poco a poco. La última mirada fue para la fortaleza de Spielbergs.

Las escenas de la estación habían despertado la curiosidad de los pasajeros y empleados del tren y por cierto tiempo fuimos objeto de la curiosidad pública. Luego nos dejaron tranquilos y nos dispusimos a descansar. Llegamos por la tarde a Praga, sin apenas haber cruzado unas palabras entre nosotros. Estábamos demasiado impresionados. Nos alojamos en el Hotel Meteor cerca de la famosa Prasna Brana (Torre del Polvorín). Nos fuimos a cenar a un buen restaurán de las cercanías. Los últimos sueldos

cobrados nos permitían vivir con desahogo nuestra última semana en Checoslovaquia. Al día siguiente fuimos todos a la Legación mexicana, donde después de una serie de trámites recibimos la FM-2, documento oficial para los inmigrantes y pusieron el visado de entrada en nuestras cartas de identidad checoslovacas. El licenciado estuvo de lo más amable sobre todo con la abuela, que estaba feliz de poder hablar en español con un funcionario; bromeó con las niñas y regaló a Julita una bandera mexicana, que le encantó. Nos aseguró que en México encontraríamos una segunda patria, pues estaba seguro que nos iba a gustar. Como buen diplomático, no se dio por enterado de los verdaderos motivos de nuestra salida y dio por buena la versión de los "motivos fami liares", exclusivamente.

La sensación de tristeza que nos había invadido al abandonar Brno, se desvaneció rápidamente. Ahora nos era difícil disimular la alegría y esperábamos impacientes el momento de abordar el avión. Aunque en Praga íbamos a estar solamente una semana, tuvimos que inscribirnos en la policía local. También lo comunicamos al comité del Partido Español y nos enteramos que Líster había sido llamado a Moscú, quizá para dar explicaciones por la debilidad demostrada por la organización con motivo de nuestra marcha, debilidad que nosotros agradecíamos.

A veces aún nos asaltaba la preocupación, temiendo que surgiera algo que frustrara nuestro plan, pero era poco probable, ya que quedaban muy pocos días. Nos reunimos varias veces con José Vela y familia. Lo hacíamos con discreción, aunque Pepe estaba tan afectado por nuestra marcha que ya nada le importaba que se supiera. Estaba orgulloso del valor y la habilidad conque habíamos planeado todo y nuestro éxito lo tomaba como propio. A todos nos dolía separarnos, después de tantos años y tantas pruebas. De los demás españoles de Praga, solo Artemio y Victorero acudieron a vernos, y éstos como miembros del comité. Los dos trataron de poner de manifiesto nuestra antigua amistad. Sin duda lo hacían sinceramente, pero nosotros ya no creímos en ella. Una tarde nos llevaron al club, que estaba vacío, otro indicio del cuidado que tenían para evitar que no se acercasen a nosotros otros compatriotas. También José Moix vino a vernos, con la misma desconfianza que demostró en la reunión. Estaba seguro de que

en cuanto llegáramos a México estaríamos rodeados de toda clase de agentes imperialistas, empeñados en reclutarnos. La despedida fue, por esto, bastante fría, ni siquiera nos preguntó si necesitábamos algo para el viaje.

Bien diferente fue mi entrevista con Otokar Cernoch. Lo visité en su casa y hablamos con entera libertad. Le parecía muy bien mi decisión, comprendía mis disilusiones y mis escrúpulos de seguir colaborando con un régimen que cometía tantas injusticias. A mi vez estuve de acuerdo con él, que su deber era seguir en su país, para tratar de salvar los comprometidos ideales socialistas. Le preguntó sobre la situación de nuestros camaradas de la guerra de España. Me contó que hacía poco funcionarios del gobierno habían reunido a todos los antiguos interbrigadistas liberados de la prisión, no para darles explicaciones, sino sólo para pedirles que olvidaran lo ocurrido. Los carceleros no sólo no rendían cuentas de sus desafueros, sino que tenían el descaro de marcar normas de conducta a sus víctimas. Esperaban todavía adhesiones, pero nadie se prestó al juego y callaron obstinadamente. Sólo uno habló para preguntar quién le iba a devolver la salud perdida en la cárcel, donde había contraido tuberculosis. Me dijo también que Arthur London había salido de la prisión en muy malas condiciones físicas y lo tenían alojado en secreto en una casa de los alrededores de Praga, donde lo cuidaba su esposa, venida de Francia con ese objeto. Los ex combatientes de las Brigadas Internacionales eran gente valiente, difícil de doblegar, sin embargo varios le habían asegurado a Cernoch, que cuando eran apaleados sin piedad en los distintos interrogatorios aguantaban pensando que en Checoslovaquia había tenido lugar un golpe de Estado reaccionario, y no querían mostrarse débiles ante el enemigo, que si hubieran creído que sus verdugos eran sus propios "camaradas" quizá hubieran claudicado. Con su resistencia y voluntad de lucha, atrasaron el proceso y eso los salvó de ser ejecutados. Y, seguramente, me salvaron a mí de verme involucrado en un proceso sensacional.

Una vez roto el dique de la resistencia las autoridades checoslovacas se portaron muy bien con nosotros, como si quisieran borrar la mala impresión que pudiéramos tener y desde luego

estoy seguro que nos hubiera ido mucho peor si hubiéramos tenido que depender de los rusos o de los españoles.

Pasaron los días sin sentir. Las niñas se divertían paseando por Praga y mi suegra no acababa de creer lo que veía y todavía desconfiaba. A Carmen y a mí, nos invadía una sensación indefinida. No queríamos aceptar que pudiera surgir algún obstáculo y por primera vez en muchos años dejamos de leer periódico y de oír las noticias, quizá por un miedo subonsciente de que algo grave pudiera aún romper nuestras ilusiones.

Llegó el martes 11 de octubre. Por la mañana fuimos a la policía a entregar nuestros documentos de residentes en Checoslovaquia. Pagamos el hotel con nuestras últimas coronas y a las cuatro de la tarde un taxi nos trasladó al local de las líneas aéreas checoslovacas donde entregamos los equipajes. Abrazamos emocionados a todos los miembros de la familia Vela, que nos acompañaron hasta el último momento, y nos subimos al autobús que había de trasladarnos al aeropuerto Ruzyne a través de gran parte de la ciudad. Allí los trámites no fueron largos; pero por un momento renació el pánico que nos había dominado durante meses, porque nos separaron de todos los viajeros y nos dejaron completamente solos en una habitación. Nos creímos víctimas de una encerrona. Luego resultó que más bien era una distinción, ya que ni siquiera abrieron nuestras maletas ni tuvimos que hacer cola para que estamparan en nuestras cartas el sello de salida. Cuando, ya más tranquilos, marchábamos hacia el cuatrimotor de la KLM, vimos entre el público a mi asistente Vladimir Rauser que nos decía adiós con la mano. Fue nuestra última visión de Checoslovaquia. Subimos la escalerilla y nos sentamos muy serios en nuestros asientos, sin movernos ni hablar, como si esperáramos un lanzamiento. Cuando despegó el avión y emprendimos el vuelo, yo hubiera querido dar gritos de alegría, pero Carmen me hizo una seña y me contuve. Quería decirme: ¡todavía puede verse forzado a aterrizar! Pero la atmósfera tranquila del avión nos fue ganando. Las azafatas empezaron a servir la cena, que comimos sin perder de vista el paisaje. En la creciente obscuridad se

distinguían las montañas que marcan la frontera. Abajo, la Cortina de Hierro era algo real, visible, con campos de minas, alambradas, reflectores y patrullas, pero en el aire todo era limpio y sin límites en el horizonte. Pronto empezamos a ver la profusa iluminación de múltiples ciudades; ya no había duda de que estábamos en Alemania Occidental y nuestro viaje no tendría ya regreso. Y en este momento, cuando no había ya nada que temer, me sentí profundamente deprimido.

—F I N—

EPILOGO

> Apenas hay hoy un científico o un investigador digno de tomarse en serio, inclusive en la economía burguesa, capaz de negar que con las fuerzas productivas técnicamente existentes, sea posible, tanto material como intelectualmente, la eliminación del hambre y la miseria...
>
> Herbert Marcuse
> "El fin de la Utopía".

Han pasado casi catorce años desde que llegamos a México el 12 de octubre de 1955, fecha que consideramos de buen augurio: era nuestro descubrimiento de América. Desde entonces nunca he sentido el más leve remordimiento de haber dejado Checoslovaquia ni de haberme apartado del comunismo. Al contrario, cada vez me alegro más de haber tomado a tiempo esa decisión. No se confirmaron las negras predicciones del camarada Moix y ningún agente imperialista se acercó a presionarme. Como tampoco lo hicieron los agentes comunistas, he podido recuperar mi libertad y vivir tranquilo entre los dos bandos. No pude colocarme de investigador o de profesor universitario porque mi complicada biografía despertó en todos lados justificados recelos. Di clases en varios colegios de refugiados españoles; colaboré en centros de documentación y en una enciclopedia; traduje y redacté artículos científicos y libros de texto; pero mi ocupación principal ha sido, desde comienzos de 1956, la de asesor médico de un laboratorio farmacéutico.

Al llegar a México pedí permiso para regresar a España y hasta es posible que me hubiera ido a radicar allá, si las autoridades españolas me lo hubieran autorizado. Por fortuna, lo pensaron durante cinco años y cuando lo recibí lo utilicé para hacer una última visita a mi madre gravemente enferma. Entonces me di cuenta del grave error que hubiera sido volver a España con carácter definitivo. Mi presencia despertó demasiada sensación, había sido ilusoria mi idea de pasar desapercibido. Para vivir en paz tendría que aceptar el papel de "rojo arrepentido", lo que lesionaría gravemente mi dignidad y me haría caer en una situación parecida a la que viví en los países comunistas. Mientras los vencedores no acaben de una vez por todas, con el espíritu de la guerra civil, mi puesto está y estará, en el bando de los vencidos. Por este motivo no acepté la ayuda que me ofrecieron las autoridades españolas y volví a la emigración y a México, donde a la muerte de mi madre se nos unieron mi hermana y su hija. Consideramos una suerte haber tenido la oportunidad de haber venido a México, y creo que en ningún otro país nos hubiéramos adaptado tan sinceramente. Tanto las tradiciones del pasado, como las realidades del presente nos identifican con su pueblo y sus problemas. Mis hijas han crecido aquí, no se consideran extranjeras y tengo nietos mexicanos que me ligan aún más a esta tierra que no pienso abandonar.

Me aparté del comunismo no por sus fines, sino por sus métodos, pero ni me pasé al bando contrario, ni me desentendí de la inquietante realidad de esta época de crisis total de ideologías y regímenes políticos. De un lado, el capitalismo "agonizante", con los EE.UU. a la cabeza, ha sido capaz de un enorme desarrollo de las fuerzas productivas, su sistema económico ha resultado muy eficiente para crear grandes riquezas y bienes materiales, pero está enmarcado en estructuras políticas anticuadas y corrompidas que, aunque formalmente reconocen las libertades individuales, subordinan todo a la expansión comercial e industrial sin eliminar las injusticias sociales, ni las desigualdades entre los hombres y entre los pueblos. De otro lado en el mundo comunista nunca se llegó a la abundancia material de bienes tantas veces prometida. Seguramente sus ciudadanos producirían más y con mayor espíritu creador si se sintieran libres. La denuncia de

los crímenes de Stalin abrió una esperanza de liberación, pero sus mediocres herederos se aferran al poder y reprimen con dureza a los descontentos y reformadores, dentro y fuera de sus fronteras. Los procesos a los intelectuales, los confinamientos en cárceles y manicomios, la agresión a Hungría y la invasión de Checoslovaquia, son hechos que demuestran hasta que punto siguen encerrados en sus contradicciones.

Esta situación ha llevado a la confusión ideológica y a serias divergencias a los hombres que en uno u otro lado luchan por el mejoramiento de la sociedad. En Occidente la oposición a lo establecido, mezclando frases marxistas con actitudes anarquistas, considera la violencia y las guerrillas como la gran solución, despreciando cualquier conquista política o social, lo que parece tan anticuado como las consignas reclamando libertad e independencia de los jóvenes del mundo comunista.

Pero el mayor peligro para la humanidad está en la lucha por lo supremacía mundial entablada por los colosos que están o intentan estar a la cabeza de los dos campos. La historia está llena de estas pugnas, origen siempre de ruina y desolación, pero la amenaza actual de una hecatombe nuclear, ha convertido esta lucha por la supremacía en algo estúpido. Primero, porque la carrera armamentista consume cada vez mayores recursos que unidos a los exigidos por la competencia en la conquista del espacio, permitirían convertir en un vergel a la mayor parte de las regiones inhóspitas del globo. Segundo, porque cualquier intento de cambiar las condiciones políticas de un país de una zona de influencia, es considerado como al servicio de la zona contraria, con lo que se está reteniendo la evolución natural y necesaria, de gran cantidad de pueblos. Tercero, porque en los puntos fronterizos de las dos zonas inevitablemente surgen choques a los que acuden inmediatamente con armamento, y si es necesario con tropas, los grandes países con la idea de no perder posiciones o de adquirirlas. Tal ocurre en el Vietnam y en el cercano Oriente, con lo que se tiene a la humanidad siempre al borde de la histeria, pues la paz es o debería ser, indivisible.

Esto es tanto más trágico porque ocurre en una época en que la ciencia tiene posibilidades de resolver casi todos los problemas

del hombre. Visto desde una nave espacial nuestro planeta es un pequeño disco coloreado de azul, pero visto desde abajo es un pequeño infierno dividido en campos antagónicos preparándose para destruirse, para lo cual tratan de convertir al hombre en un autómata que sufre, pero no piensa. De ahí esas olas de rebeldía que azotan cada vez más a países e instituciones incluso las de reconocida estabilidad como la Iglesia Católica, y de ahí también la confusión ideológica que padecemos y los infinitos grupos y "poderes" que idealizando la violencia se estrellan contra los potentes aparatos estatales, a los cuales incluso refuerzan en lugar de debilitar y que no hacen más que caracterizar una época que pasará a la historia como ejemplo de desconcierto.

¿Dónde estará la solución? Urge crear una nueva ideología que dé sentido a todas las rebeliones, que justifique tantos esfuerzos y sacrificios y, sobre todo, que dé un nuevo sentido a la vida del hombre. Decía antes que la ciencia está en condiciones de resolver todos los problemas de la humanidad, pero desgraciadamente la filosofía no ha sido capaz de seguirla. Ideologías caducas, éticas insuficientes y filosofías trasnochadas, han llevado al hombre a la desorientación cuando no a la desesperación. Habrá que esperar a que surja algo nuevo. De lo que hay ahora queda por probar la fusión del socialismo con la libertad, fórmula inédita y única bandera bajo la cual merecía la pena luchar, con la esperanza de que abriera un camino a nuevas ideologías y a la paz, el bienestar y la unidad, de todos los pueblos de la tierra.

Domingo, 6 de abril de 1969.

INDICE

SEGUNDA PARTE

EDICIONES OASIS, S. A., terminó de imprimir **Testimonio de Dos Guerras** el 2 de Julio de 1973 en la Imprenta Venecia. Tiro de 2,000 ejemplares.